

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VIII

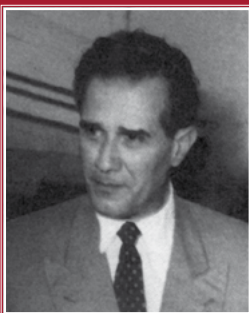
El Estado constitucional. Su consolidación



**Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México**

Secretaría de Educación Pública

JOSÉ C. VALADÉS ROCHA
(1901-1976)



José C. Valadés fue heredero del quehacer intelectual familiar. Al igual que su padre y su tío, defendió sus ideas a través de la prensa. Su padre, Francisco Valadés, fue editor de *El correo de la tarde*, periódico que apoyó a José Ferrel como candidato a la gubernatura de Sinaloa. Su tío, José Cayetano Valadés dirigió el diario *La tarántula*, cuya posición crítica con respecto al gobierno porfirista le costaría la vida. José C. Valadés fundó y dirigió *El correo de Occidente*. Su quehacer político desde la oposición lo envió varias veces al exilio, donde recogió los testimonios de muchos revolucionarios, lo que le permitió escribir numerosas páginas sobre la Revolución Mexicana. Esto hizo de él un pionero en la historia oral testimonial.

En 1952 participó en la fundación de la Federación de Partidos del Pueblo y su órgano de difusión, la revista *Tal*, en oposición al Partido Revolucionario Institucional. Al formar parte del servicio exterior mexicano, se desempeñó como embajador en Líbano, Siria e Irak (1951-1953), Colombia (1953-1956), Portugal y Marruecos (1963-1966). Como académico fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la cátedra de Historia de las ideas políticas en México en la Facultad de Filosofía y Letras, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre su vasta obra destacan las publicaciones dedicadas a los procesos históricos de México: *Orígenes de la República Mexicana* (1972), *El porfirismo: historia de un régimen* en dos volúmenes (1948), *Historia general de la Revolución Mexicana* en diez volúmenes (1963-1965) e *Historia del pueblo de México: desde sus orígenes hasta nuestros días* (1967). Entre sus biografías destacan: *Alamán: estadista e historiador* (1938), *Don Melchor Ocampo: reformador de México* (1954), *El pensamiento político de Benito Juárez* (1957), *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero* (1960).

El 7 de junio de 1984 el Congreso del estado de Sinaloa develó su nombre en el Muro de Honor del Salón de Sesiones del Palacio Legislativo. De manera póstuma, el INEHRM, en coordinación con la familia Valadés, emprendió la compilación de los artículos, entrevistas y reportajes publicados por José C. Valadés, publicados en ocho volúmenes bajo el título *La Revolución y los revolucionarios* (2006-2011); este volumen forma parte de la segunda edición de dicha compilación.

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VIII

**El Estado constitucional.
Su consolidación**



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
Emilio Chuayffet Chemor

Subsecretario de Educación Superior
Fernando Serrano Migallón



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo
Fernando Castañeda Sabido

Luis Jáuregui
Álvaro Matute
Érika Pani

Ricardo Pozas Horcasitas
Salvador Rueda Smithers
Adalberto Santana Hernández

Enrique Semo
Mercedes de Vega Armijo
Gloria Villegas Moreno

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VIII

El Estado constitucional. Su consolidación



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2014

F1234
V345
2014
Valadés, José C., 1901-1976
La Revolución y los revolucionarios/artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadés.—
México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014.
8v.—

ISBN-13: 978-607-9276-44-7, *La crisis del porfirismo (La revolución y los revolucionarios, Tomo I)*.
ISBN-13: 978-607-9419-03-5, *Maderismo (La revolución y los revolucionarios, Tomo II)*.
ISBN-13: 978-607-9419-04-2, *La Revolución constitucionalista (La revolución y los revolucionarios, Tomo III)*.
ISBN-13: 978-607-9419-05-9, *Las rupturas en el Constitucionalismo (La revolución y los revolucionarios, Tomo IV)*.
ISBN-13: 978-607-9419-06-6, *El convencionismo (La revolución y los revolucionarios, Tomo V)*.
ISBN-13: 978-607-9419-07-3, *El Estado constitucional. Sus inicios (La revolución y los revolucionarios, Tomo VI)*.
ISBN-13: 978-607-9419-08-0, *El Estado constitucional. Ajustes internos (La revolución y los revolucionarios, Tomo VII)*.
ISBN-13: 978-607-9419-09-7, *El Estado constitucional. Su consolidación (La revolución y los revolucionarios, Tomo VIII)*.

1. México-Historia-Revolución, 1910-. 2. México-Historia-Revolución, 1910-Fuentes.
3. México-Revolucionarios

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

Primera edición: INEHRM, 2011
Segunda edición: INEHRM, 2014

ISBN: 978-607-9419-09-7

Diciembre de 2014

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, fotográfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Hecho en México

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Enrique Semo..... VII

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN Y LOS REVOLUCIONARIOS

TOMO VIII

El Estado constitucional. Su consolidación

INTRODUCCIÓN

Enrique Semo

El octavo tomo, *El Estado constitucional. Su consolidación*, que comprende los artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadés, cubre los años 1936 a 1952, con los cuales Valadés colaboraba en varios periódicos: *Hoy* de México, *La Prensa* de San Antonio, Texas, y *La opinión* de Los Ángeles, California. En éstos incluye una serie de artículos sobre el periodo cardenista y buena parte del periodo del general Manuel Ávila Camacho. Casi todos se refieren a la clase política y, sobre todo, a sus personajes centrales. José C. Valadés, que para aquel entonces bordaba los cuarenta años, nos deja una serie de imágenes e impresiones extraordinariamente penetrantes y coloridas sobre sucesos centrales y personajes de la política nacional.

No se puede evaluar la importancia de estos artículos si no se hace una breve semblanza de José Cayetano Valadés (1901-1976): fue uno de los más distinguidos historiadores mexicanos de su época, el sinaloense también fue un activista político y un periodista significado siempre por su independencia, tanto en México como en Estados Unidos. Original en su visión de la historia y del mundo, Valadés se situaba más allá de la historia “satánica” o “apolínea”, términos utilizados por él para referirse al vicio de la condena o exaltación, a su juicio inaceptables en el historiador y perniciosos para

la sociedad.¹ Lo mismo hacía en su labor periodística. En el campo opuesto a la “política oficial” siempre era muy cuidadoso con sus juicios sobre los personajes de la política mexicana y pugnaba por comprender más que por juzgar. Su juventud está ligada a esa generación de intelectuales de los años veinte y treinta que consideraron a la Revolución Mexicana como burguesa y se afanaron en buscar el camino del socialismo o anarquismo, es decir, de la justicia social para la población trabajadora, la igualdad de oportunidades y democracia social. En esa época, principios del siglo XX, estuvo ligado al Partido Comunista y a la Confederación General de Trabajadores (CGT), de la cual llegó a ser secretario general. También participó en la década de los cincuenta en la candidatura de oposición del general Henríquez y luego fue funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores como embajador en Líbano, Siria e Irak (1951-1953), y más tarde en Colombia, Portugal y Marruecos. Su obra histórica, prolífica en extremo, cubre desde principios del siglo XIX hasta la Revolución Mexicana, y comprende como obra principal una *Historia general de la Revolución Mexicana* en ocho tomos y *Orígenes de la República Mexicana* y sobre los *Orígenes del movimiento obrero en México*. En el libro que el lector tiene en sus manos, el sinaloense —dedicado en esa época principalmente al periodismo— desarrolla hacia el cardenismo una posición a la vez positiva y valientemente crítica.

Comencemos con su visión del hombre Cárdenas. Siempre buscando varias perspectivas, Valadés, para quien la naturaleza mexicana refleja la contradicción entre grandeza y pequeñez, entre lo maravilloso y lo misérrimo, escribe:

¹Gloria Villegas Moreno, “El sentido integral de la explicación histórica en la obra de José C. Valadés”, Alberto Saladino García (comp.), *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2004, tomo I, pp. 505-526.

Allí está Orozco y Berra, insignificante burócrata, y Orozco y Berra, altísimo hombre de ciencia; allí está Porfirio Díaz, gustoso en el ejercicio de la violencia, y Porfirio Díaz, conciliador y formador de una nacionalidad; allí está Lucas Alamán, estadista inmenso, y Lucas Alamán, político de increíble timidez [...]

El general Cárdenas, visto a lo lejos produce el efecto de un hombre exótico, que no sabe lo que hace o que, si lo sabe, no sabe para qué o sobre qué lo hace.²

Y hablando sobre el mismo hombre nos dice:

Un caudal de voluntad, de ideas, de progreso, de sentido común [...]; un don de observación, de conocimiento, de trabajo [...]; un sentido de vida, de optimismo, de realidad [...]: he aquí lo que se ha de decir viendo de cerca al general Cárdenas.³

De los primeros años de Cárdenas, Valadés nos dice:

Comenzó así un procedimiento político que no conocían los mexicanos, y que consistió en que el presidente de la República, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, escuchara ya no sólo los conflictos de orden político y social sino los conflictos hogareños. En esa tarea que estaba bien lejana de las grandes tareas a las que estaba llamado a realizar el Ejecutivo de la Unión [...] perdió e hizo perder al país un tiempo precioso.

Posiblemente esta acción del general Cárdenas le hizo ganar muchas simpatías y numerosas adhesiones. Sin embargo, cuando volvió la cara a los problemas nacionales, se encontró que éstos estaban pasando por las más críticas condiciones.⁴

²José C. Valadés, *La revolución y los revolucionarios*, tomo III, Parte tres, *El Estado constitucional. Su consolidación. Artículos, entrevistas y reportajes*, México, INEHRM, 2001, p. 12.

³Ibidem, p. 11.

⁴Ibidem, p. 29.

Podemos no estar de acuerdo con las conclusiones del sinaloense sobre la forma de usar el tiempo de Cárdenas, pero no podemos negar la agudeza de Valadés al descubrir lo novedoso de la relación de Cárdenas con el pueblo; esta característica de escuchar atentamente los problemas individuales, antes de sacar conclusiones sobre qué es prioritario y qué secundario, fue la gran cualidad de Lázaro Cárdenas y sobre ella hay muchos testimonios.

Respecto de la forma de Cárdenas de hacer política, Valadés nos dice:

¿Qué ideas tiene el general Lázaro Cárdenas? y, ¿cuáles fueron las que animaron a su Gobierno de seis años? En cuanto a las ideas de Cárdenas ¿quién las conoce? Cárdenas es uno de los hombres más impenetrables de México. No hay un solo momento de su vida política en la que pueda resplandecer su sinceridad; y esto no porque no quisiera ser sincero sino porque no lo pudo ser.

Nadie, ni sus amigos más allegados, pudieron conocer sus ideas; nadie pudo penetrar en él. Es Cárdenas de esos hombres que saben cubrir sus pensamientos íntimos con la cortesía, con la caballerosidad; y más que con una y otra cosa, con la generosidad.

¡Amplio corazón el de este hombre que ha ocupado la Presidencia de la República! Pero ¡qué difícil es penetrar en su mente!

No es posible llegar hasta el pensamiento y las ideas de Cárdenas a través de los documentos oficiales; y no es posible porque si éstos son examinados cuidadosamente, se encontrará en ellos delicadas contradicciones. Esto se debe a que la documentación oficial fue redactada por distintas manos. En muy contados discursos y proclamas ha estado la mano directa del general Cárdenas.⁵

Sin duda, Valadés captó con una gran sensibilidad dos facetas esenciales del político Cárdenas: salir a escuchar al pueblo, su sentir

⁵Ibídem, pp. 39–40.

local y sus necesidades personales, que al fin y al cabo son condensación de demandas de grupo o clase para actuar de acuerdo con esas necesidades íntimas. También supo ver cómo al mantener en secreto absoluto sus planes, tanto para enemigos y como amigos, buscaba sorprender a los primeros y asegurarse de la lealtad de los segundos, y también supo ver que esa actitud había sido adquirida desde muy temprano para llegar a ser una parte del carácter del michoacano.

En una comparación entre Juárez y Cárdenas, Valadés establece la diferencia entre un gran hombre con ideología muy clara (la liberal) que logra atraer a un conjunto de pensadores de primera línea alrededor de sí, para dejar una corriente ideológica firme, y otro gran hombre, Cárdenas, que acorde con su tiempo de choque violento de ideologías —el tiempo que comparte con el argentino Juan Domingo Perón (1895-1974), creador del peronismo, y el brasileño Getúlio Vargas (1882-1954), propulsor del nacionalismo económico y la industrialización de su país— promueve cambios populares fundamentales basados en su carisma y su dirección personal, sin apoyarse en una ideología clara, dejando una herencia de hechos y de ideas sueltas para sus seguidores, cada uno de los cuales puede interpretarlas a su manera.

Cárdenas —escribe Valadés— es un hombre de altísimo carácter, de desmedida lucha, de ímpetus pocas veces alcanzados por un gobernante mexicano. Don Benito Juárez, no obstante la fama que tiene en los libros de historia oficial de haber sido un hombre de indomable carácter, no fue un tipo así, de tal voluntad. Juárez estuvo rodeado de una muralla de ideas, firme, firmísima, que daba al poder público un contingente de carácter y de firmeza, que jamás se ha vuelto a ver en la historia política de México. Cárdenas, en cambio, huyó de los grupos dirigentes; de esta manera resaltó su grandísima e incomparable voluntad.

Nada le detuvo para dar sorpresas al país, como las de La Laguna, como la de Yucatán y como la de la expropiación petrolera.⁶

Y respecto a la supuesta orientación socialista que muchos adjudicaban al presidente Cárdenas, Valadés escribe:

La impresión general es que el general Cárdenas es socialista; pero no hay que olvidar que el socialista es siempre un individuo convencido de la bondad de sus ideas y que, en cualquier sitio en donde se encuentre, trata de hacer de su idea una obra.

Con la autoridad de que goza un presidente de México, con la extensión de sus poderes que a veces son casi ilimitados, si el general Cárdenas fuera socialista, habría dejado para el país una huella hondamente socialista; habría intentado, por lo menos, formar una generación socialista y, lo que es más, habría hecho lo posible por entregar el poder a un hombre que fuese de sus mismas ideas.⁷

La única prueba que se podría aducir sobre el socialismo del gobierno del general Cárdenas es la “educación socialista”. Ciertamente es que el principio doctrinario está claro y expresamente asentado en el artículo tercero constitucional, pero ¿cómo puede haber educación socialista sin gobierno socialista? Además, ¿dónde está la pedagogía socialista?

La existencia de un artículo socialista en la Constitución de México es una prueba más de que este socialismo es producto de una ingenuidad o de una moda, no de un propósito serio del general Cárdenas de implantar el socialismo.⁸

⁶Ibíd., p. 41.

⁷Ibíd., p. 40.

⁸Ibíd., p. 43.

Sin embargo, la censura más aguda de José C. Valadés al gobierno de Cárdenas fue la ausencia de un plan conjunto en sus iniciativas:

Si ha existido en México un presidente que ha tenido la atención fija en todo cuanto se sucede en el país, este presidente ha sido el general Cárdenas [...]

Lo que sucedió fue que el general Cárdenas, sin capacidad directiva para las grandes cosas, se preocupó honda y únicamente por los problemas humanos.

Las reparticiones ejidales no tuvieron un fin de recuperación económica rural. El deseo indiscutible del general Cárdenas fue hacer un bien a todos y cada uno de los campesinos, pero sin un plan que pudiera señalar que también iba encaminado a formar una nueva economía agrícola.

Los nuevos derechos otorgados a los obreros, el alza de los salarios de éstos, las reducciones en las horas de trabajo, no formaron tampoco parte de un plan por el cual se intentase conducir al país a la formación de una nueva economía industrial.

La construcción de carreteras no llevó como finalidad un plan por medio del cual se pretendiese unir los principales centros agrícolas o industriales de México, para que éstos tuviesen una mejoría en la renovación de las comunicaciones. Las carreteras tuvieron así un aspecto de lujo y de atracción para el turista extranjero.⁹

De esas breves referencias surge la imagen que Valadés tenía del régimen cardenista. Lo consideraba bien intencionado, profundamente humanista hacia las mayorías populares, pero falto de un plan general coherente de cambios radicales para el desarrollo de México. Comprendió bien un aspecto fundamental del populismo cardenista: la falta de un programa general que permitiera la adhesión de la gente, no a la persona del presidente sino a su proyecto. En este sentido es muy perspicaz e incluso profunda su idea de

⁹Ibíd., p. 37.

impenetrabilidad del pensamiento de Cárdenas. En efecto, Cárdenas cuidaba mucho el principio básico de la política mexicana: “político previsible es político muerto”. En ningún momento sus seguidores sabían qué seguiría. Debían darle confianza absoluta al hombre y al hombre nada más, no a un programa. Otra vez Valadés se muestra muy perceptivo cuando titula uno de sus artículos “Hasta aquí hoy; hasta allá mañana”. De la impenetrabilidad del pensamiento de Cárdenas podía deducirse que cada gran decisión valía por sí misma y que no quedaba más que esperar la siguiente gran decisión con fe en el dirigente.

Pasando a otro tema, en uno de sus ensayos, Valadés supo ver que para América Latina los problemas centrales, después de la Segunda Guerra Mundial, serían la democracia y la soberanía.

Lo veremos: nunca el hombre será más celoso de sus libertades que cuando termine la guerra. De aquí ese deseo de ir adelantándonos a lo que viene; a lo que vendrá. Lo que implica el sometimiento lo hemos experimentado una y muchas veces en las formas decadentes “de la democracia nominal”; lo han sentido más directamente que nadie los hombres y los pueblos del Eje [...]

Y así como creemos en lo federal, creemos también en la necesidad del libre ejercicio de los pueblos pobres. Por eso, cuando se ha anticipado la posibilidad de que al terminar la guerra continúe la opresión ejercida por los pueblos ricos, hemos dicho: “Lo que se ha pensado en el momento crítico del drama debe ser ejercicio pleno y decisivo en la hora de la victoria”.¹⁰

En los textos de Valadés sobre el periodo que cubre el presente tomo, hay muchas anécdotas que retratan a políticos y periodistas de su tiempo. En una entrevista con el general Manuel Ávila Camacho, ya electo presidente, Valadés le pregunta a quemarropa:

¹⁰Ibíd., p. 493.

—¿Es usted católico?

—Soy creyente. [...] Pero ser católico no es ni clerical ni fanático. “Lo católico es —explica el general Ávila Camacho— por origen, por sentimiento moral. México y los mexicanos [...] tienen ante sí dos grandes problemas: el moral y [...] el de la miseria física”.

Es la primera vez, por lo menos desde que el liberalismo llegó al poder, que un presidente mexicano —escribe Valadés— tiene el valor de confesar su credo.¹¹

Y el desprecio con el que Vasconcelos ve la campaña presidencial [de 1940 (Ávila Camacho, Múgica y Sánchez Tapia)] —escribe Valadés— está significado en esta frase, dicha a amigos que recientemente le visitaron en Hermosillo:

“De los tres candidatos a la Presidencia [...] triunfará Ávila, porque de los tres es el único que no sabe leer”.

La frase es sangrienta, pero proviene de un hombre que ha trabajado, como nadie, por un México grande.¹²

Y otra más de sus anécdotas:

Los generales Díaz y Huerta cayeron del poder —y no deseamos mencionar hechos más recientes— cuando no tuvieron más que el apoyo de los *fiñes*, sin que por esto queramos señalar una causa, sino un síntoma.

Y el apoyo de los *fiñes* de la Ciudad de México empieza a manifestarse desde hoy, para el general Juan Andreu Almazán.

Cuando a lo largo de las avenidas Madero y Juárez no se oye hablar más que en favor del general Almazán, como del hombre único que puede dar “garantías a la sociedad” —y la sociedad, para los *fiñes*, sólo la constituyen los especuladores—, es un mal síntoma.¹³

¹¹Ibíd., pp. 416-417.

¹²Ibíd., p. 241.

¹³Ibíd., p. 241.

Respecto de los políticos empeñados en estar en el bando ganador, Valadés relata:

Algunos líderes políticos —senadores y diputados, en su mayoría— jugaban doblemente. En el mes de abril un grupo de senadores visitó al general Magaña en Morelia, para indicarle que habían resuelto apoyar su candidatura. Magaña los rechazó cortésmente, indicándoles la conveniencia de esperar a fin de no provocar inquietudes políticas prematuras, al mismo tiempo que les hizo saber que él, Magaña, no tenía intenciones de figurar como candidato a la Presidencia. Días después los mismos senadores acudieron al general Ávila Camacho llevados por las mismas pretensiones. Ávila Camacho se mostró también sereno, sabedor de que los senadores previamente habían “tanteado” el terreno cerca del gobernador de Michoacán.

Desconcertados los líderes políticos con las actitudes de Magaña y Ávila Camacho, se dirigieron al general Múgica, quien con toda franqueza rechazó las insinuaciones que se le hacían e invitó a los senadores para que se abstuvieran de continuar los trabajos presidencialistas que habían iniciado, no obstante lo cual, comenzaron a formarse grupos cuyas tareas apenas trascendían al público, pero que eran bien conocidas del mundo oficial.¹⁴

Leer los artículos y ensayos de Valadés sobre un periodo decisivo de la historia de México es someterse a un bombardeo de percepciones agudas y profundas que sólo los ojos entrenados en la observación y el análisis de la historia de México en sus diferentes periodos pueden tener.

La obra periodística de Valadés es una continuación orgánica de su obra histórica, llevada al suceso del momento, pasajero, pero no menos significativo, en el devenir de una nación.

Cuernavaca, 9 de abril de 2015.

•

¹⁴Ibíd., p. 81.

FACSIMIL

LA REVOLUCIÓN Y LOS
REVOLUCIONARIOS

TOMO VIII

EL ESTADO CONSTITUCIONAL. SU CONSOLIDACIÓN

ARTÍCULOS, ENTREVISTAS Y REPORTAJES
DE JOSÉ C. VALADÉS

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México



MÉXICO, 2011

Memorias y testimonios

ÍNDICE

CARDENISMO	9
Cárdenas habla de los problemas nacionales	11
La tregua	21
Seis años de cardenismo. 1935: los primeros tropiezos (cap. I)	25
Seis años de cardenismo. Los hombres del primer gabinete del general Cárdenas (cap. II)	33
Seis años de cardenismo. Cárdenas no es socialista (cap. III)	39
Seis años de cardenismo. Las obras meritorias que dejó Cárdenas (cap. IV y último)	45
Panorama político de México. El régimen de Cárdenas (cap. I)	51
Panorama político de México. La popularidad de Cárdenas es su mayor fuerza (cap. II)	57
Panorama político de México. ¿Ha sido el gobierno de Cárdenas dictadura? (cap. III)	63
Panorama político de México. Responsabilidad de Cárdenas en las elecciones (cap. IV y último)	69
El rompimiento Calles-Cárdenas	75

Realidades de la campaña presidencial. México se juega su porvenir político (cap. I)	79	Fantasma político (cap. XII)	273
Realidades de la campaña presidencial. Dos hombres se disputan Hoy el poder en México (cap. II y último)	91	Callismo y cardenismo (cap. XIII)	279
¿Quién sucederá a Cárdenas? Hay tres candidatos declarados y uno en potencia (cap. I)	101	¡No estoy loco! (cap. XIV)	285
¿Quién sucederá a Cárdenas? Sólo dos candidatos fuertes (cap. II y último)	109	Fantasia democrática (cap. XV)	289
¿Quién ganó en México? Fecha histórica: 7 de julio (cap. I)	115	Otros milicianos (cap. XVI)	295
¿Quién ganó en México? Se impuso la organización (cap. II)	121	LOS PRESIDENCIABLES	299
¿Quién ganó en México? Falsa acusación a Cárdenas (cap. III y último)	127	Múgica hace la semblanza de sus probables rivales	301
¿Habrá revolución en 1940? La interrogación de todo México surge (cap. I)	133	Amaro es idealista, dice el general Amaro	309
¿Habrá revolución en 1940? Todo indica que no hay peligro (cap. II y último)	141	Hay que mover las almas y crear un clima moral	321
¿Habrá imposición en 1940? La gran interrogación al acercarse las elecciones (cap. I)	147	Pérez Treviño acusa	327
¿Habrá imposición en 1940? Ganará el grupo con más fuerza (cap. II y último)	153	Amaro expone su doctrina	333
El México de afuera debería tener voz en las elecciones	159	El pensamiento político del licenciado Portes Gil	341
SATURNINO CEDILLO: SU VIDA Y SU MUERTE	167	La transformación de Antonio I. Villarreal	349
Cómo escaló el poder un hombre sin valor (cap. I)	169	"¡Rectificar!", grita Luis León	355
La hegemonía en San Luis Potosí (cap. II)	175	Almazán ya triunfó	361
Rodando hacia el abismo (cap. III y último)	183	¿Almazán no puede ser presidente de México?	367
LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL	191	México no quiere más caudillos	375
Tres ministros apolíticos (cap. I)	193	¿Por qué soy almazanista?	381
Un "albazo" a Múgica y a Sánchez Tapia (cap. II)	201	¿Triunfará Almazán?	387
Comienzan las imposiciones (cap. III)	209	Gobierno de mestizos	393
Ávila Camacho, el candidato (cap. IV)	215	Respeto para todos	401
Más notas diplomáticas (cap. V)	221	Con Ávila Camacho	409
Los candidatos en campaña (cap. VI)	231	Tres horas con Ávila Camacho	415
Del colaborador al director (cap. VII)	237	La oposición no debe acudir a la violencia	425
El cuadrilátero (cap. VIII)	245	La reorganización del PRM	431
Continúa la inscripción (cap. IX)	253	El nuevo gobierno será un gobierno democrático	437
Farsantes izquierdistas (cap. X)	261	La política al desnudo	443
Condición primera (cap. XI)	267	Gonzalo N. Santos explica su actuación pasada y presente	451
		Maximino Ávila Camacho habla claro y fuerte sobre sus bienes	463
		MÉXICO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	477
		Mi respuesta a una pregunta inquietante: ¿por qué entramos a la guerra?	479
		El exsecretario particular del canciller Padilla dice:	
		¡México debe pelear Las Filipinas!	483
		México en la guerra. ¿Por qué peleamos?	487
		Un compromiso continental	491

Índice

LA HISTORIA DEL MILLONARISMO	495
¿El millonarismo era necesario?	497
Cárdenas y los millonarios	501
Y así surgieron los millonarios en México	505
Exageraciones del millonarismo	509
La misión histórica de Maximino Ávila Camacho	513

CARDENISMO

CÁRDENAS HABLA DE LOS PROBLEMAS NACIONALES

SU MAYOR PREOCUPACIÓN ES EL PROBLEMA EDUCATIVO

Cree poder duplicar el presupuesto

EL PETRÓLEO ES ASUNTO LIQUIDADO

SE MUESTRA ARDIENTE DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE PRENSA

Un caudal de voluntad, de ideas, de progreso, de sentido común —significado inconfundible de hombre superior—; un don de observación, de conocimiento, de trabajo —manifestación de hombre vigoroso—; un sentido de vida, de optimismo, de realidad —retrato de hombre sencillo—: he aquí lo que se ha de decir, viendo de cerca al general Lázaro Cárdenas.

Sin pretender una valoración histórica; sin que una rápida revisión de su obra, sin que una visita fugaz constituyan un documento apodíctico, de Cárdenas puede decirse que, después del general Porfirio Díaz, es el único gobernante de México que ha hecho lo que ha querido hacer. Y así ha ido asombrando ya no sólo al país —que el país, por sus contrastes físicos, por sus rivalidades económicas, por sus alteraciones morales, por sus complicaciones orgánicas, ha caminado siempre de asombro en asombro—, sino al universo.

Y ese hacer constante del general Cárdenas no es más que el producto de un creador —de ese típico creador mexicano, que a su vez es producto de un México que encierra

grandeza y pequeñez; de un México que, frente a la maravilla de lo maravilloso, exhibe la miseria de lo misérrimo—. Por esto ha sido siempre tan difícil para la república de la política encontrar la normalidad y el equilibrio, sea en sus hombres, sea en su existencia.

La misma obra del pensamiento de los gigantes nacionales reproduce también la inconsecuencia de la desorganización fisiológica mexicana. Allí está Orozco y Berra, insignificante burócrata, y Orozco y Berra, altísimo hombre de ciencia; allí está Porfirio Díaz, gustoso en el ejercicio de la violencia, y Porfirio Díaz, conciliador y formador de una nacionalidad; allí está Lucas Alamán, estadista inmenso, y Lucas Alamán, político de increíble timidez; allí está Francisco Bulnes, destructor implacable, y Francisco Bulnes, cortesano de un régimen. Podríase decir que en estas contradicciones hay un fondo humano. Sin embargo, lo humano, en la normalidad, es humanismo de reciprocidad, de coordinación.

El general Cárdenas, visto a lo lejos, produce el efecto de un hombre exótico, que no sabe lo que hace o que, si lo sabe, no sabe para qué o sobre qué lo hace.

Las voces generales son siempre documentos fugaces, pero no por ello dejan de ser importantes. La voz general mexicana tiene siempre una fuerte dosis de suspicacia, de pesimismo, de negación. ¿No hasta los más altos valores intelectuales son negados en México?

Pues bien, la voz general —necesario es decirlo con toda la fuerza de la verdad y de las independencias políticas y económicas personal— habla del general Cárdenas como de un presidente que no sabe a dónde va y que no sabe lo que quiere. Así, cuando el general Cárdenas dicta una medida, se dice: que ha sido mal aconsejado por dos o tres líderes obreros o que ignora las condiciones económicas del país o que vive ajeno al concierto de las naciones o que pretende tomar una pose socialista, o que sobrepasa su posición de gobernante o que no tiene más afán que coquetear con determinada clase.

Y esto y más dice la voz del general; y la maledicencia humana agranda las cosas, desenvuelve los hechos, altera los pensamientos, y todo en tropel se amalgama, y ya entonces no sólo la perversidad y la virtud se confunden, sino que de una y otra cosa se forjan las leyendas.

Por eso es tan necesario el retrato moral y físico del hombre, como el retrato físico y moral de las naciones.

Para intentar hacer el del general Cárdenas, hay que llegar ante éste, sin el prejuicio de la autoridad, tratando de borrar los antecedentes de su obra. Hay que llegar ante él como se llega ante el más común de los mortales, con un solo afán; el de conocerle y tratarle, para luego dar la impresión de lo que se ha visto, de lo que se ha observado.

* * *

Con sus brazos cortos y tirados a plomo y llevando las manos cerradas; con un aire de mando en la cabeza erguida; con paso ágil, agílsimo, y como quien sabe apreciar lo que valen las horas, es como camina el general Cárdenas. Tras de él van sus colaboradores, sus ayudantes; éstos casi tienen que correr para alcanzarle.

Cuando se detiene, Cárdenas abre un poco las piernas, deja un brazo cayendo verticalmente, mientras que el otro, en ángulo, lo recarga discretamente sobre el bolsillo de la americana. Inclina el cuerpo un poco hacia atrás, pero entonces baja la cabeza, en acción de modestia y disponiéndose a escuchar con toda atención.

Las dos veces que le he visto en Palacio, viste un traje de gabardina café. Camisa, corbata, zapatos y calcetines del mismo color. La corbata y la camisa apenas con sencillísimos adornos blancos. Se abotona la americana en el segundo de los botones, seguramente no con propósito de coquetería, sino con el de indiferencia de un hombre falto de preocupación en la elegancia del vestir.

Sobre sus anchos hombros y tras de un cuello corto, se eleva una alta cabeza. Da la impresión de una cabeza de hombre que sabe sentir y esperar.

El óvalo de la cara tiene una línea de energía. El cabello es negro. Hay primeros síntomas de calvicie sobre el ángulo que ingresa en la frente y a cuyos lados se extienden dos espléndidas entradas. Parece como que estas entradas van señalando el progreso en el talento del individuo.

La frente sencilla, con tres o cuatro pequeños canales que en ella se dibujan cuando Cárdenas habla. Elevada y recta sobre el arranque de la nariz, tiene la frente característica de tranquilidad.

Contrastando con esta tranquilidad de la frente, está la viveza, la agilidad en la mirada. Bajo una espesa ceja brillan los ojos pequeños y de color verde del general Cárdenas.

Blanco el rostro, verdes los ojos, cerrada la barba, fuerte el óvalo de la cara, Cárdenas parece un castellano. Y la caballerosidad en sus modales y en sus hechos no hacen sino venir a confirmar su marcada ascendencia castellana. El porcentaje de sangre indígena es muy pequeño.

Cuando da la mano, lo hace siempre extendiendo el brazo hacia abajo, con la fuerza de un atleta. Esta característica de rectitud en el brazo, lo mismo al saludar que al caminar, es muy significativa. Aprieta la mano con vigor, y casi con efusión, hablando, entonces, más aprisa que como generalmente habla.

Habla y sonríe, sin que en el rostro se dibuje esfuerzo alguno. Parece su cara más la de un caballero acomodado que lleva al rostro las señales de la salud conquistada

en el deporte, en la tranquilidad, que la de un gobernante lleno de preocupaciones por el bienestar de su país. Sin embargo, a veces la señal de la fatiga mental aparece en sus ojos. Entonces le sacude un incesante parpadeo, y cuando lo domina, surge una clarísima mirada, con el aire de un romántico o de un visionario.

Hablando, lo hace con una voz gruesa, pero clara y sonora, y casi siempre muy quedo, sin más alteración que cuando va a terminar una frase. Entonces aumenta la velocidad de la palabra y va bajando la voz.

Sonriendo, levanta un poco el labio superior; y es cuando sus ojos brillan con un tanto de ingenuidad. Trata de ocultar la risa y se le escucha un oj, oj, oj, haciendo así de la risa, no una expansión, sino una aspiración.

* * *

Fue el general Gildardo Magaña, gobernador del Estado de Michoacán, viejo, respetado y querido amigo, quien tuvo la gentileza de introducirme ante el general Cárdenas; y es también el gobernador quien amablemente me lleva a la residencia presidencial.

Los gobernadores de los estados que han venido a la capital para asistir a una reunión se encuentran, en su mayoría, en los salones de Palacio. Unos platican animadamente; otros están sentados, muy circunspectos, en los viejos sillones del porfiriismo.

Allí están el gobernador de Veracruz, licenciado Alemán, nervioso y con visibles deseos de figurar en la primera fila de la política; el de Sonora, general Yocupicio, receloso e independiente; el de Chihuahua, ingeniero Talamantes, tipo de pacífico vecino; el de Guanajuato, licenciado Rodríguez, inquieto y aparatoso; el de Chiapas, ingeniero Gutiérrez, modestísimo y en quien brilla el talento; el de Sinaloa, coronel Delgado, indiferente y ajeno a las proporciones de su cargo; el de Durango, licenciado Calderón, jovial y con tipo de profesionista de bufete; el de Tabasco, doctor Fernández Manero, criollo por los cuatro costados.

Hay gobernadores muy austeros, como el de Nuevo León, como el de Nayarit, como el de Zacatecas. En éstos gobierna el antecedente militar.

Los gobernantes esperan al presidente de la República; pero como han pasado dos horas y el general Cárdenas no llega, resuelven pasar a deliberar al Salón de Embajadores. Quedan los otros salones de la residencia presidencial ocupados sólo por unas cuantas personas.

Un ayudante del presidente va indicando a un amigo las señales que dejó en el salón de consejos la tragedia de 1913. La puerta que comunica al despacho del presidente de la República tiene todavía los impactos de los disparos hechos el día que fue aprehendido el señor Francisco I. Madero. Frente a esa puerta, y sobre la alfombra en

cuyos ángulos está tejida el águila mexicana, cayó muerto el teniente coronel Riveroll. Los respaldos de dos o tres sillones ministeriales están perforados. En el techo, lo mismo que en los muros, se ven también los impactos.

Y si esas huellas de sangre y de odio repugnan, en cambio, de qué grande elogio son merecedores los gobernantes que han conservado mobiliario y tapicería del viejo palacio, por más que ese mobiliario y esa tapicería tengan el mal gusto de épocas pasadas.

Hasta el salón verde llega el murmullo de las discusiones de los gobernadores, cuando el general Cárdenas cruza los salones a grandes pasos. Va seguido del discreto secretario de Gobernación, licenciado García Téllez, y del señor Arroyo Ch., jefe del DAPP.

—Buenas noches, señores... dice el presidente de la República, al pasar por los salones y volviendo ligeramente la cara hacia las personas que esperan audiencia.

Luego se le ve envuelto por los gobernadores que se han puesto de pie para saludarle. El presidente extiende la mano a todos y cada unos de ellos y ocupa la cabecera del estrado.

Cuando termina la reunión, el general Magaña me invita a pasar al Salón de Embajadores. El presidente se aparta de los gobernadores, que se despiden de él. Parpadea incesantemente mientras le hago saber mi deseo de que me conceda una audiencia para tener la oportunidad de dar al público mi impresión personal de él.

El presidente sonríe amable; queda un momento pensativo, y luego dice:

—Lo recibiré el viernes, a la una de la tarde...

Luego, mientras me tiende la mano, dice, hablando muy rápidamente y en voz baja:

—Diga usted al señor Lozano¹ que estoy muy agradecido por la cooperación que sus periódicos están prestando a nuestro país.

El general Cárdenas tiene una memoria privilegiada. Cuando da una cita, y aun cuando ésta sea para cuatro o cinco días después, recuerda el nombre de la persona y a la hora que citó a ésta.

Cuando el viernes me presento ante el oficial de guardia en la residencia presidencial, éste me hace saber que no estoy en la lista de las personas que serán recibidas por el general Cárdenas, pero me advierte:

—Si es verdad que el señor presidente le citó para hoy, puede estar usted tranquilo, porque el señor presidente tiene una buena memoria.

Y en efecto, pocos minutos después de la una de la tarde, soy llamado al despacho del general Cárdenas.

¹ Ignacio E. Lozano, director de *La Prensa*, de San Antonio, Texas, y de *La Opinión*, de Los Ángeles, California. José C. Valadés, redactor de *Hoy* y autor de esta entrevista, es también corresponsal en México de los *Periódicos Lozano*.

El presidente está de pie. Tien de la mano —siempre con el brazo recto hacia abajo—, luego me conduce hacia el severo estrado del despacho y, señalando una silla, casi ordena:

—*Siéntese usted...*

Ocupa el general Cárdenas una silla, e insiste:

—*Siéntese...*

Ha cruzado la pierna. Sobre la rodilla descansa las manos entrelazadas. Ha levantado un poco la cara y clava la mirada en la del visitante.

—Del problema del petróleo. Hay razones para ello: creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Los periodistas no se pueden quejar... ya han tenido y tienen suficiente material para informar al público. ¿No lo cree usted? Por otra parte, tanto los periodistas nacionales como los extranjeros me han solicitado entrevistas, y si no se las he podido conceder se debe a que dispongo de pocos minutos, y se sentirían, tengo la seguridad, si hiciera un privilegio...

Así se expresó el presidente de la República, hablando con extrema sencillez. Luego sonrió amablemente.

Sin embargo, cuando le dije que existe incertidumbre, no por el paso dado por el Ejecutivo, sino por las consecuencias económicas que se cree pueda traer para el país la expropiación de las compañías petroleras, sin titubear, sin hacer esfuerzo alguno y como quien tiene la más absoluta confianza también completa de lo que es y puede ser el país que gobierna, dice:

—No creo precisamente en la existencia de la incertidumbre. ¿Por qué podría haberla? La expropiación de las empresas petroleras no ha sido más que una medida de liberación económica de mi país. Descarta que llegara al sentimiento nacional el propósito del gobierno de haber iniciado, mediante esa medida, que ha estado ajustada a la severidad de la ley, el deseo de llegar a nuestra liberación.

El presidente de la República se incorpora un poco y, sin variar el tono de su voz, prosigue:

—A la inconsecuencia de las compañías petroleras, que se negaban a acatar un fallo legal, el gobierno tenía que responder con una medida constitucional, prevista por nuestras leyes; y esta medida no podía ser otra que la de decretar la expropiación.

Y a la pregunta de si estima que México podrá cumplir con la obligación de pago que ha contraído con las empresas petroleras, el general Cárdenas, reposadamente contesta:

—El país saldrá airoso, tenga usted la seguridad... El país cuenta con los suficientes recursos para llevar a cabo sus planes, sin tropiezo alguno. Además, cuenta el gobierno con la cooperación de todos los mexicanos. Todas las clases sociales, y principalmente

las clases trabajadoras, han respondido entusiastamente al llamado del gobierno. Nos debemos sentir satisfechos.

A estas palabras del presidente de la República sigue un pequeño pero significativo silencio. En los ojos, en la palabra, en los gestos de energía que el general Cárdenas hace después de pronunciar las últimas palabras, brillan la esperanza y la voluntad.

Hombre de fe inquebrantable, parece que en el alto que ha hecho en su conversación pregunta en silencio si no es posible que un hombre, que un gobierno, que una nación, puedan hacer lo que quieran hacer.

—Pero hay un temor, señor presidente, y es que el gobierno no pueda vender el petróleo en el extranjero —objeto.

—Ese temor no tiene razón de ser. El gobierno tiene asegurada la venta del petróleo en el exterior —afirma enfáticamente el presidente.

Cambia entonces de postura. Se acomoda mejor la silla. Vuelve a cruzar la pierna. Coloca nuevamente las manos sobre la rodilla. Espera con marcada atención la pregunta que se le va a hacer; y así, cuando me refiero a la inquietud que reinó a raíz de la expedición del decreto de expropiación, principalmente en los mercados públicos, responde:

—Pero es que el mercado de la Merced, por ejemplo, no puede ser el barómetro de nuestra economía. El especulador aprovecha siempre cualquier incidente para provocar la elevación en los precios de los artículos de primera necesidad, para crear un estado de desconfianza; pero luego, cuando vuelve la calma, cuando se ve que en el pueblo no ha surtido efecto la alarma, la situación vuelve a la normalidad. No; en este paso que ha dado el gobierno no ha habido más que satisfacción nacional. De esto estoy seguro y el gobierno tiene pruebas inequívocas de ello. Este barómetro es el de los ingresos nacionales, y puedo decir que nuestros ingresos no han tenido el menor descenso. Por el contrario, han continuado ascendiendo, y esto nos dará oportunidad para continuar desarrollando las obras de beneficio general que hemos emprendido. A ninguna medida excepcional tendrá que recurrir el gobierno, ya que ha encontrado la simpatía y la cooperación de todo el país.

Pregunto entonces si México, al recuperar su riqueza propia, al engrandecer sus recursos, no estará amagado por una agresión del extranjero.

—Ese peligro —contesta rápidamente el presidente de la República— pudo existir cuando teníamos al enemigo en casa. Entonces sí pudo existir el peligro a que usted se refiere; pero cuando el país se ha librado del enemigo que vivía en el interior, ¿cuál otro puede existir?

Recuerda, a continuación, el general Cárdenas, los años que vivió en una de las más ricas zonas petroleras de México: el norte del Estado de Veracruz, en donde fue jefe de Operaciones Militares.

Quien asegure que Cárdenas obró, en el problema petrolero, ligeramente estará equivocado. Durante su larga residencia en el norte de Veracruz, el general observó muy de cerca las actividades de las empresas. Conoció la necesidad de los trabajadores, vio la miseria de aquellas familias que iban de un campo a otro arrastrando pobreza y desgracias, supo también de la absorción extranjera de territorio de México.

Y no se diga que este capítulo intenso de realidad económica es capítulo sentimental o demagógico. Lo sentimental y lo demagógico tienen siempre un fondo de vasallaje y de servidumbre; y lo que se veía y se observaba en la zona petrolera era una triste y vergonzante realidad a la que alguien tenía que poner fin. Cárdenas tuvo el valor de hacerlo.

Ese privilegio del dinero que daba la explotación de la zona petrolera era tan absurdo como todos los privilegios, incluido el del talento.

Hay que reconocer, pues, en el general Cárdenas la autoridad en el conocimiento de los problemas derivados de las actividades desarrolladas por las empresas petroleras. Y pudo así el presidente hablar al país con toda firmeza el 18 de marzo, y pudo así también decir con orgullo a la vez que con modestia:

—El problema del petróleo es problema liquidado para mi país, y tengo la certeza de que de él saldremos airosos...

Y después de dichas las anteriores palabras, el general Cárdenas vuelve, como cosa que le interesa, que le agita, a otro problema... Es éste el de la educación.

Con sencillez, dice el presidente:

—Creo que el país se ha olvidado de un problema más trascendental: éste es el problema educativo. Ustedes, los periodistas, lo han olvidado también. Y es de sentirse, porque ustedes podrían ayudar al gobierno a resolver este gran problema; ustedes, que se pueden hacer escuchar no sólo en México sino en el extranjero.

Parpadeca intensamente el general Cárdenas, quizás por el reproche que ha hecho. Luego fija la mirada, y continúa:

—El problema de la educación en nuestro país no es un problema de construcción de grandes y costosos edificios escolares. Cuánto quisiéramos, ciertamente, construir grandes edificios; pero nuestros recursos económicos no llegan a tanto. Lo que es necesario es llevar las letras, la cultura, a todos nuestros pueblos. Lo importante, también, es observar y desarrollar el ansia de nuestro pueblo, de saber. No hay lugar que haya visitado yo, o que haya visitado cualquier funcionario del gobierno, en donde no ha-

yamos tenido siempre la misma petición: queremos escuelas. Este deseo de escuela es muy significativo y nos debe llenar de orgullo.

Habla el presidente de sus observaciones en sus giras, a propósito de este problema, y anuncia:

—Nuestro presupuesto de educación ha ido creciendo, y mi mayor deseo es poder aumentar ese presupuesto en lo que resta de mi ejercicio. Posiblemente llegaremos a duplicarlo. Si los ingresos federales continúan aumentando como hasta hoy, mi intención es destinar la mayor parte de ese aumento a la atención de la escuela. Ésta es mi mayor preocupación. Pero, aparte de los esfuerzos que haga el gobierno, mi deseo sería contar con el apoyo y cooperación de todo el país. Esto será para el bien de nuestras letras, de nuestra cultura.

Y cuando, a propósito de educadores, menciona al licenciado José Vasconcelos, colaborador de *Hoy*, uno de los más distinguidos mexicanos, el presidente de la República comenta:

—Parece que el licenciado vive más a gusto en el extranjero que en su país...

Expreso yo, entonces, el temor de que si el licenciado Vasconcelos regresara a México, no faltaría quien hiciera alguna manifestación de hostilidad.

Y el presidente replica:

—No veo el porqué pudiera haber manifestación contra el licenciado. ¿Acaso porque ha escrito contra el gobierno? No lo ha hecho últimamente; pero aun en el caso de que así lo hiciera... ¿es que el gobierno pretende que sólo vivan en el país los que lo elogien? ¿No tenemos en esta ciudad varios periódicos y articulistas que a pesar de que atacan al gobierno, de que un día dicen que el gobierno está vendido no sé a quién, o al otro asientan lo contrario, gozan de la más absoluta libertad? La norma del gobierno ha sido del más completo respeto a la prensa; y esa norma será inquebrantable. Hemos concurrido a grandes luchas cívicas y armadas por la libertad, y una de nuestras conquistas ha sido la libertad de prensa.

Y a continuación, el presidente de la República quiere algunas noticias del mundo periodístico. Pregunta cómo estuvieron las fiestas de las bodas de plata de *La Prensa*; y cuando le digo cómo los miles de asistentes al Auditorio Municipal de San Antonio, Texas, cada vez que escuchaban el nombre del presidente de la República, lo ovacionan deliberadamente, con caballerosidad, el general Cárdenas, comenta:

—Si esto fue así, es de debérselo al periódico del señor Lozano; el señor Lozano es un buen amigo mío.

Se refiere el presidente a otros periódicos; menciona a la revista *Hoy*, de la que dice que es "una gran revista, muy bien presentada".

—El gobierno —dice para finalizar este capítulo de su conversación dedicado a la prensa— ha contado con la cooperación de todos los periódicos.

Después, el general Cárdenas habla de sus grandes proyectos de colonización en el norte de la República.

En el segundo semestre de este año, informa, estarán concluidas las obras de defensa del río Bravo. Seiscientas mil hectáreas quedarán convertidas en tierras de regadío.

—Las dedicaremos para frutales. Son tierras propias para frutales cítricos... Los mexicanos que residen en California, y que tienen una gran experiencia en el cultivo de frutales, nos podrán traer a esas tierras que el gobierno piensa destinar a la colonización, aparte de su experiencia, los elementos necesarios para el cultivo. Después del problema de la educación, y junto con éste, el país tiene otro de no menor importancia: el de la agricultura. Queremos desarrollar la economía agrícola. Todos estos problemas que el gobierno trata de resolver no encierran más que un gran deseo: el del bienestar económico nacional.

El general Cárdenas hace una pausa solemne. La plática ha terminado. Se pone de pie, con la cabeza erguida. En sus ojos brillan la esperanza y la fe.

Hoy, México, D.F., 16 de abril de 1938, año II, vol. V, núm. 60, pp. 20-21.

LA TREGUA

"HASTA AQUÍ, HOY; HASTA ALLÁ, MAÑANA"

Ni el retroceso ni la demagogia; pero sí una tregua. México quiere la tregua. Una tregua que dé lugar a afirmar lo pasado, a preparar lo futuro. Una tregua que no sea la revocación de lo que se ha hecho; que, bien o mal hecho, hecho está, sino una tregua que sea alta manifestación de paz orgánica, de entendimiento humano, de reunión de fuerzas, de consolidación definitiva de conquistas realizadas.

Así como no hay mexicano que piense seriamente en retornar al día anterior del 16 de septiembre de 1810; así como no existe tampoco quien crea sinceramente en devolver los bienes expropiados al clero y a la Iglesia por el juarismo; así como no hay quien sostenga que las tierras dadas a los campesinos deben ser puestas nuevamente en manos de los hacendados; así como no hay nadie que, inspirado por un sentimiento de justicia, afirme que las leyes del trabajo deben ser derogadas; así como nadie tendría el valor de devolver a las empresas petroleras los bienes que les fueron expropiados, así como no hay quien se oponga a los progresos obtenidos por la República en veintitantos años de sangrientas batallas.

Un partido político, por más fuerte y vigoroso que apareciese en México, no se atrevería a proclamar desandar lo andado. Un partido cuya bandera fuese tal estaría condenado a morir, no por la acción de las bayonetas, sino por suicidio.

Pero si el retroceso es antinatural, en cambio la tregua es don preciado de que dispone el hombre, que está en posibilidad de decir: "Hasta aquí, hoy; hasta allá, mañana". Y México quiere sentir el alivio a todos sus males, escuchando esta frase que ennoblecerá a quien tuviese el valor de pronunciarla: "Hasta aquí, hoy; hasta allá, mañana".

Y cuando se habla de males, no se quiere decir que el mal haya sido el reparto de tierras a los campesinos pobres; no quiere decir que el mal haya sido la organización sindical de los trabajadores de la ciudad; no quiere decir que el mal haya sido la expropiación de las empresas petroleras, ni la aplicación de nuevas modalidades a la propiedad privada. No; el mal ha sido otro: es el mal de ayer y el mal de hoy: el de los odios, el de la incertidumbre, el que se forja en la mente del individuo, cada vez que amanece un nuevo día; el que se encierra en esta clásica interrogación: ¿a dónde vamos?

Cuando el Estado, escuchando esta interrogación, que es hoy en México la más inquietante, la más profunda, responde a ella, señalando un alto, dando una tregua, la incertidumbre se vuelve tranquilidad; el odio es sepultado por la dicha.

La tregua da un nuevo giro al mundo. Hasta los señores más poderosos reconocen la unidad del Estado; y surge el Estado feudal, que lleva a los hombres a las Cruzadas; que hace aparecer la base sobre la cual ha de erigirse la sociedad moderna: la ciudad.

De las Cruzadas, que llevan a tantos miles de seres humanos al sacrificio; que hacen seguir un fracaso a otro fracaso, surge una nueva conmoción: el mundo quiere la paz. No desiste la cristiandad de la conquista del Santo Sepulcro, pero necesita tregua. No es la Tregua de Dios, dictada desde el monasterio de Cluny; es la Tregua Humana, ansiada por la sociedad que se organiza. No hay quien pida una rectificación, una vuelta hacia atrás. No; es el sentido del hombre que quiere aprovechar todo lo que han podido conquistar los cruzados.

Mediante esa tregua, aparece la Francia influyendo "de una manera decisiva en el aspecto espiritual sobre la cultura europea". El profesor Sternfeld explica cómo entonces, ocasionado por las Cruzadas, se provoca no sólo un resurgimiento científico y filosófico, sino también un florecimiento material. "El contacto con los pueblos orientales, muy civilizados en muchos aspectos, y la apertura de nuevas vías de comunicación dio lugar a un rápido progreso y a nuevas concepciones de la vida".

Y desde la Edad Media, la tregua es anuncio de formación de valores, de reorganizaciones domésticas, de alteza de principios.

México, durante veinticinco años —veinticinco años exactos a partir de la iniciación de la sublevación maderista hasta el ascenso al poder del general Lázaro Cárde-

nas—, fue caos, fue desorden; sintió las pisadas del extranjero enemigo sobre su suelo; desoyó todos los mandatos de respeto y de amor al prójimo, y llegó, al fin, al último piso de sus aspiraciones; último piso que debería también ser el de su descanso, el de su tregua.

Cárdenas redondeó —hay que decirlo con justicia y con toda verdad— lo que de bueno se había hecho y lo que faltaba por hacer. Para realizar la obra, no tuvo necesidad de usar medios violentos. México, quiéranlo o no los enemigos del presidente, ha contraído por ese hecho una deuda de gratitud con el general Lázaro Cárdenas.

Pero la República, sorprendida ante las realidades planteadas y llevadas a cabo por el general Cárdenas, sin saber, todavía atónita, si tiene en el más alto sitio a un genio o a un inconsciente, quiere la última acción que puede realizar un presidente que ha caminado entre flores durante cuatro años, y que está llamado a caminar dos más entre laureles: quiere que el presidente conceda una tregua. No será la Tregua de Dios, ni la Tregua Humana; será la Tregua Social. Una tregua que, en el lenguaje político, sería la de la fijación de un programa mínimo.

México presente esta tregua; la presente cuando dice que ha contraído la obligación de pagar, ya no los diez millones de dólares por expropiación de tierras a los norteamericanos; ya no sólo los otros tantos millones que habrá que cubrir a otros acreedores, sino también la gran deuda que empezó el 18 de marzo de 1938, y que, aun en la incapacidad económica aparente del país, el país está empeñado en pagar.

Y está empeñada la República en cubrir la deuda porque ya no es una deuda oficial, sino es una deuda del honor nacional; pero ese honor nacional sólo será patente cuando reine una tregua; cuando la tranquilidad vuelva a todos los hombres.

Si los trabajadores del campo y de la ciudad han luchado por conquistas, no ha sido por la conquista de un nuevo trozo de pan, sino por la conquista de un bienestar permanente. Obtenida esa conquista, el trabajador no pedirá más que una sola cosa: una tregua para saborear espiritualmente lo conquistado.

La República quiere participar también en esa dicha, que no puede ser del exclusivo privilegio de unos. La República, por eso, dice: hemos trabajado mucho, y ya es hora de descansar.

El descanso es la tregua. Nada más un descanso quiere México; si el presidente Cárdenas se lo concede, podrá ver en los años que le restan a su administración el florecimiento de la República.

La obra del general Cárdenas, al cabo de seis años de gobierno, no puede estar comprendida en números, es decir, en tantas más cuantas hectáreas de tierras repartidas a los campesinos, o en tantos más cuantos aumentos de salarios a los obreros.

No es posible que Cárdenas pretenda volver a la ilusoria visión de progreso de los tiempos porfiristas, cuyos prohombres representaban ese progreso, anunciando tantos más cuantos millones en las arcas del tesoro nacional, tantos más cuantos millones de exportación e importación, tantos más cuantos millones invertidos en la ganadería, en la industria y en el comercio.

Ese balance numérico ni es señal de progreso ni puede constituir la gloria de un Estado. Es la proporción cultural, el capítulo anímico, la obra humana, en general, la que habrá de resplandecer, sobre todas las cosas, en un final político e histórico.

México y los mexicanos anhelan ese renacimiento: el renacimiento que surgirá de una tregua; y si la tregua se concede al país, ya no sólo se verá salir entre laureles al general Cárdenas, sino que también la República verá llegar a la presidencia a un hombre ponderado, con espíritu de tregua, que tenga antecedentes de gobernante y que realice anhelos populares, y no a un hombre de retroceso. México no quiere ya vivir en el pasado; México desea vivir el futuro, un futuro de grandeza, sostenido en conquistas de veinticinco años.

Hoy, México, D.F., 10 de septiembre de 1938, año II, vol. V, núm. 81, p. 7.

SEIS AÑOS DE CARDENISMO

1935: LOS PRIMEROS TROPIEZOS

CÁRDENAS LOGRA AL FIN IMPONERSE FRENTE AL CALLISMO
Sube al poder contra la voluntad de Calles

LUCHA PARA GANAR LA VOLUNTAD DEL PUEBLO

DESAPARECE EL PELIGRO DEL DOMINIO CALLISTA
Pero surgen Cedillo y Lombardo Toledano

CAPÍTULO I

Solamente tres hombres han gobernado a México por seis o más años consecutivos: don Benito Juárez, don Porfirio Díaz y don Lázaro Cárdenas. Sin embargo, solamente los generales Díaz y Cárdenas lograron gobernar sin haber visto perturbada la paz de la República durante su gobierno.

Aunque no tan extraordinario como el gobierno del general Díaz, ya que éste encontró al país en una condición de desastre en todos los órdenes de la vida, el del general Cárdenas se significó por el ímpetu que dio a la vida nacional, por la limpieza de sus actos administrativos y por el valor de enfrentarse a determinados problemas.

Si el gobierno del general Cárdenas, que termina el 30 de noviembre, no ha sido el único en cuanto a duración, sí lo fue en cuanto respecta a la riqueza pública que manejó.

El gobierno cardenista, en seis años, ha dispuesto de más de dos millones de pesos, o lo que es lo mismo el doble de lo que dispuso el gobierno porfirista en treinta años de administración.

Contó también el general Cárdenas con todas las riquezas principales del país: ferrocarriles, petróleo, minas, agricultura y telégrafos. Fue también un apoyo tres veces superior del que existía durante el régimen porfirista.

Otro punto de apoyo que tuvo el gobierno cardenista, que jamás lo había tenido gobierno mexicano alguno, fue el de la organización política: Partido de la Revolución Mexicana, sindicatos obreros y ligas y sindicatos agrarios.

GRAN CONCENTRACIÓN DE FUERZA ECONÓMICA Y POLÍTICA

Con seis años de gobierno, puede asegurarse que el general Cárdenas tuvo en sus manos la autoridad más fuerte y más vigorosa conocida en la historia de México. Ningún otro gobernante había reunido en torno de él tal cantidad de fuerzas económicas y políticas como Cárdenas.

¿Y cuál fue la obra realizada en el sexenio por el general Cárdenas?

En primer término, el hecho de haber logrado reunir bajo su dirección a tamañas fuerzas pone de manifiesto una parte, quizá la principal, de la tarea del cardenismo. Corresponde, sin embargo, examinar qué beneficios alcanzó el país con un gobierno de la fortaleza y del vigor del que está por terminar.

El general Cárdenas subió al poder el primero de diciembre de 1934, casi sin oposición alguna, apoyado por un partido que, como el callista, tenía la dominación casi absoluta del país desde 1924.

El hecho de haber contado con el apoyo firme y resuelto del callismo fue para el gobierno del general Cárdenas una base sólida y firme. El general Calles, lleno ciertamente de errores, logró crear una organización política de magnitud tal que su poder llegó a ser casi indiscutible e insuperable.

Cuando el general Cárdenas surgió como candidato a la Presidencia de la República, era un hombre desconocido en la política nacional. Su principal oponente en la campaña electoral de 1934 fue el general Antonio I. Villarreal, hombre de personalidad más distinguida y más nacional que Cárdenas, pero sin los elementos de organización política con los que éste contaba.

CÁRDENAS SUBIÓ AL PODER CONTRA LA VOLUNTAD DE CALLES

Aunque el ascenso al poder del general Cárdenas se atribuyó al general Plutarco Elías Calles, la verdad es que éste no tuvo el interés que se le atribuye para hacer presidente de la República a Cárdenas. El candidato del general Calles fue notoriamente el general Manuel Pérez Treviño; pero el entonces presidente general Abelardo L. Rodríguez puso en juego todos los recursos políticos y económicos que estuvieron a su alcance para hacer triunfar la candidatura de Cárdenas.

Subió éste al poder en medio de la indiferencia nacional. Nadie lo creía capaz de hacer un buen gobierno; y no lo creían capaz porque en realidad no tenía ningún antecedente de hombre de administración, puesto que durante el tiempo que ocupó la gubernatura del Estado de Michoacán no dejó huella trascendental alguna.

Además se creía que con Cárdenas iba a suceder lo mismo que con los presidentes que habían ocupado el poder a partir de 1928; esto es que no tendría libertad de acción bajo el dominio de un partido tan poderoso y absorbente como era el callista.

Los primeros actos políticos del general Cárdenas fueron recibidos con manifiesta hostilidad por el país, pues el nuevo gobernante instaló en los ministerios a personas que no gozaban de simpatías, contándose entre éstos al entonces gobernador de Tabasco licenciado Tomás Garrido Canabal, hombre turbulento y de ideas que aparentemente eran socialistas, pero que en el fondo constituían una serie de manejos arbitrarios y despóticos.

LA LUCHA DEL CARDENISMO ENTABLADA CON EL CALLISMO

Y la opinión reinante pareció quedar confirmada cuando Garrido Canabal en vez de romper el sentimiento de antipatía existente contra él, procedió a organizar un grupo llamado de camisas rojas, cuya única tarea consistió en desafiar los sentimientos de la sociedad, llegando a provocar escándalos y tumultos como el ocurrido en la villa de Coyoacán, en donde fueron muertas varias personas.

Con estos hechos, Cárdenas, en lugar de atraerse las simpatías del país, puso en grave peligro la estabilidad de su gobierno; pero desde entonces comenzó a desarrollarse en el seno del propio cardenismo una lucha contra el partido encabezado por el general Calles, a quien se inculcó de la grave situación reinante en la República.

Fomentadas las discordias por propios y extraños, éstas no tardaron en tener resonancia en el seno del gobierno. Dos grupos, uno cardenista y el otro callista, comenzaron a perfilarse; y en pocas semanas estuvieron en abierta pugna.

Uno de los sostenes más fuertes del grupo cardenista era el general Saturnino Cedillo, cacique potosino, estimulado por la ambición de llegar a la Presidencia de la

República. En San Luis Potosí Cedillo se dedicaba a la conspiración contra el grupo callista, amenazando a éste con una sublevación popular para libertar a Cárdenas de la tutela del general Calles.

El propio presidente de la República no dejaba, por su parte, de alimentar al grupo que le era adicto en todos sentidos; y al objeto comenzó por dar vuelos a la organización sindical; y no sólo a amplificar la figura del líder obrerista Vicente Lombardo Toledano, sino que él mismo, el general Cárdenas, se convirtió en jefe de masas, menospreciando su alta investidura gubernamental.

ESTALLA LA PUGNA Y SALE CALLES AL EXTRANJERO

Muy extraña resultaba la composición del grupo cardenista, pues mientras que por una parte Cedillo reunía a todos los descontentos que representaban la tendencia derechista, por otro Lombardo encabezaba a los contentos del poder con miras izquierdistas. El juego era demasiado político pero también muy peligroso.

Sin embargo, el cardenismo pudo llegar triunfante hasta el momento de destruir al primer gabinete y de hacer partir a un destierro voluntario al general Calles.

Desde ese día el general Cárdenas quedó dueño absoluto del poder nacional, teniendo como principales puntos de apoyo al general Cedillo en la Secretaría de Agricultura y al licenciado Lombardo Toledano en la dirección de los sindicatos obreros.

Para México el general Cárdenas tomó un nuevo aspecto, y aunque sin creérsele todavía un gobernante de fuerza y de arraigo, se le concedió el título de Hombre de Buena Fe.

Pero para el general Cárdenas, después de la retirada del general Calles del escenario político, surgió un grave problema. No teniendo una actuación nacional que garantizara la fuerza de su gobierno, tuvo necesidad de buscar lo que hacía falta a su poder, esto es, potencia popular. Y al efecto, en busca de esta prenda tan necesaria para un gobernante, no sólo se dio a fortalecer al licenciado Vicente Lombardo Toledano y a la confederación obrera que éste dirigía, sino que optó por salir personalmente a recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas del país.

CÁRDENAS EMPRENDE LA CONQUISTA DEL PUEBLO

Haciendo bienes, no en sentido de gobierno, no en expresión de deber, sino con corazón de filántropo, el general Cárdenas desatendió todos los problemas que estaban

pendientes de resolución, tratando de conquistar simpatías y asegurar así definitivamente su estancia en el poder.

Comenzó así un procedimiento político que no conocían los mexicanos, y que consistió en que el presidente de la República, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, escuchara ya no sólo los conflictos de orden político y social sino los conflictos hogareños.

En esta tarea, que estaba bien lejana de las grandes tareas a las que estaba llamado a realizar el Ejecutivo de la Unión, el general Cárdenas perdió e hizo perder al país un tiempo precioso.

Posiblemente esta acción del general Cárdenas le hizo ganar muchas simpatías y numerosas adhesiones. Sin embargo, cuando volvió la cara a los problemas nacionales, se encontró con que éstos estaban pasando por las más críticas condiciones.

La desconfianza se había apoderado del país; el crédito había sufrido grande mengua; la balanza comercial estaba en completa ruina; la bancarrota moral era notoria. No es exagerado decir que el país se sintió sin timón y que de haber continuado tal estado de cosas, nada hubiera valido al general Cárdenas para seguir en el poder.

Por otro lado, las columnas principales del cardenismo: el cedillismo y el lombardismo, estaban en abierta pugna, que había conducido a unos y a otros a desenfrenos sin igual.

SURGE LA AMENAZA DE CEDILLO Y LOMBARDO

Mientras que en la Secretaría de Agricultura el general Cedillo tendía la mano abierta y francamente a los derechistas e insinuaba la posibilidad de convertirse en jefe y caudillo de una facción, por otro el licenciado Lombardo Toledano anunciaba públicamente su deseo de implantar en México un régimen soviético.

Tan dañosa para el país apareció la amenaza del general Cedillo como la de Lombardo Toledano.

Ésta era en realidad, y vista en toda su desnudez, la situación que prevalecía en el país al concluir el año de 1936.

Muy pocos gratos habían sido para México los dos primeros años de gobierno del general Cárdenas y sólo la esperanza de que el Hombre de Buena Fe, tomase seriamente las riendas del Ejecutivo de la Unión hacía creer que el caos que comenzaba a tomar proporciones se transformaría en una época de mejoramiento para México y los mexicanos.

Aparte de la pugna existente en las filas del propio gobierno cardenista, había otro obstáculo que parecía que constituiría una barrera infranqueable para que el general

Cárdenas lograrse consolidarse en el poder. Este obstáculo era el que presentaba el callismo.

Aunque el general Calles había marchado a un destierro voluntario, casi toda la maquinaria oficial estaba en su poder a través de sus numerosos protegidos, amigos y partidarios.

EL EJÉRCITO SEGUÍA OBEDECIENDO AL GENERAL CALLES

Casi todo el mando del ejército nacional pertenecía a generales de abierta filiación callista; la más de las autoridades locales respondía también al mandato de Calles.

La única autoridad sobre la que el gobierno del general Cárdenas podía sustentarse era una autoridad moral; era la autoridad que le daba la mayoría del país profundamente disgustada con el régimen callista.

El país estaba tan disgustado con el callismo, que si éste se hubiera atrevido a desatar la guerra contra el presidente Cárdenas, de seguro que la mayoría nacional habría apoyado a éste abierta y francamente, a pesar de los errores que había cometido desde el primer día de gobierno.

Calles mismo no ignoraba su falsa posición, debiendo recordar la famosa entrevista que había tenido con el general Cárdenas en 1934 en las playas de El Tambor, Sinaloa.

En aquella entrevista, cuyos detalles podrán ser dados a conocer en un futuro cercano, el general Cárdenas, días antes de las elecciones de julio de 1934, hizo saber al general Calles que si había aceptado su candidatura a la Presidencia de la República, había sido con una condición; y que ésta era la de que en un gobierno cardenista no habría interferencia callista.

La actitud de Cárdenas desde aquellos días había sido determinante y amenazadora; y el general Calles sabía que el presidente de la República no se detendría para hacer respetar su autoridad.

A mediados de 1935 Cárdenas y Calles eran, pues, enemigos en potencia; cualquier insistencia de este último en continuar en el manejo de los negocios públicos habría conducido al país directamente a una guerra civil.

Con buen tacto, el general Cárdenas rehusó concurrir, por de pronto, al campo de batalla. Sin embargo, a fines de 1935, sus amigos —varios generales entre ellos— preparaban una sublevación.

Hablar de los preparativos de esa sublevación en estos días es inoportuno. Varios de los generales entonces comprometidos no están exentos todavía de alguna represalia de partido.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 1 de diciembre de 1940, año xxviii, núm. 293, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 1 de diciembre de 1940, año xvi, núm. 77, pp. 1-2.

SEIS AÑOS DE CARDENISMO

LOS HOMBRES DEL PRIMER GABINETE DEL GENERAL CÁRDENAS

FALTÓ DIRECCIÓN EN LAS GRANDES COSAS DEL ESTADO
Pero Cárdenas pudo revelarse como un gran intérprete del alma humana,
y abrió al pueblo las puertas del Palacio Nacional

EL PRESIDENTE NO TERMINÓ LOS TRABAJOS EMPEZADOS
A pesar de las enormes sumas que tuvo en sus manos,
le faltó un plan de conjunto para desarrollarlos

CAPÍTULO II

Dos son los atributos de un gobernante: primero, la dirección de las grandes cosas; segundo, la interpretación del alma humana. Muy contados han sido los hombres de gobierno que han logrado reunir estos dos atributos. Para ello, se necesita ser un genio.

En cambio, todo hombre de Estado o sabe dirigir las grandes masas o sabe interpretar el alma humana. El general Lázaro Cárdenas es de estos últimos.

El adverso de la medalla lo fue el general Porfirio Díaz. Éste tuvo las más altas capacidades de que ha dispuesto un gobernante mexicano para dirigir las grandes cosas;

y sólo faltó a él y a su gobierno el conocimiento y la interpretación de lo humano. Si el general Díaz hubiera tenido la virtud que posee el general Cárdenas, lo más probable es, hablando sin un sentido estrictamente histórico, que hubiera llegado al fin de sus días gozando del poder público mexicano.

La opinión, conjunto de pareceres que tamizada hace llegar a una conclusión, no se equivocó respecto del general Cárdenas, cuando intuitivamente lo llamó Hombre de Buena Fe. Pero no sólo Hombre de Buena Fe ha sido el general Cárdenas; ha sido, sobre todo, el más importante intérprete del alma humana.

Los yerros cometidos en su administración se han derivado de la falta que Cárdenas posee en la dirección de las grandes cosas. Cuantas veces quiso emprender éstas las dejó a medias. No pudo dar al país un sendero de unidad constructiva; en cambio realizó lo que ningún gobernante mexicano había podido o intentado llevar a cabo, por lo menos en los últimos 75 años.

OBJECIONES DE LOS OPOSITORES DEL GOBIERNO

De aquí que la obra del general Cárdenas, diluida en todo el país, no pueda ser representada como un conjunto que tuviera por finalidad convertir a México en un país poderoso, como es el deseo de todos los mexicanos.

De aquí también que la pregunta: ¿Qué hizo Cárdenas en seis años de gobierno manejando más de dos mil millones de pesos?, no puede ser contestada con el monumento enorme que hubiera podido dejar otro gobernante, con el atributo de que gozó el general Porfirio Díaz, y que heredara al país grandes cosas.

Cárdenas dejó a México, después de seis años de gobierno, un caudal que solamente podrá ser conocido penetrando en el alma de pueblo mexicano.

Los opositores al gobierno cardenista, acostumbrados a ver únicamente al gobernante que realiza grandes cosas, hacen estas objeciones:

Primera, que el general Cárdenas, no obstante los millones de que dispuso, no pudo concluir ni una sola vía férrea de las tantas proyectadas.

Segunda, que el general Cárdenas no logró terminar ninguna obra portuaria de importancia.

Tercera, que el general Cárdenas dejó inconcluido el problema petrolero.

Cuarta, que el general Cárdenas, no obstante los mandatos del Plan Sexenal, sólo pudo llevar a feliz término la construcción de la carretera México-Guadalajara, dejando en punto y coma los importantes caminos de Nogales a Guadalajara y de México a la frontera guatemalteca.

Quinta, que el general Cárdenas no logró dar cima al problema rural, ya que limitó su acción a los repartimientos de ejidos, sin poner el toque final a la composición de la economía agrícola.

Sexta, que el general Díaz no pudo dar al país un camino definitivo para elevar la condición de las clases pobres.

LE FALTÓ EL SENTIDO DE LAS GRANDES COSAS

Las objeciones son justas, pues aunque a veces exageradas por las pasiones políticas, lo cierto es que al gobierno cardenista le faltó el sentido de la dirección de las grandes cosas.

Mas no es posible exigir a un gobernante, a menos de que no se trate de un genio, que posea los atributos unidos que sólo a éste pertenecen.

En cambio, la enumeración de los hechos magníficos del gobierno cardenista dedicado preferentemente a la interpretación del alma humana son elocuentes y hacen del general Lázaro Cárdenas un hombre excepcional en la historia de México.

Antes de intentar el balance de la obra humana del cardenismo, se hace necesario recordar quiénes fueron los colaboradores principales del general Cárdenas.

Hemos dicho en el número anterior que el primer gabinete del general Cárdenas fue el resultado de los compromisos y de la herencia que el nuevo gobierno recibió del partido callista. Este gabinete, organizado bajo el tema de la dirección de las grandes cosas, en las que el general Calles fue tan hábil y tan inteligente como el general Porfirio Díaz, estaba llamado a chocar, no sólo por intereses políticos, sino por principios de interpretación humana, con el grupo que dirigía el propio presidente de la República.

LOS HOMBRES PREPARADOS POR EL GENERAL CALLES

Los principales colaboradores del general Cárdenas: Rodolfo Elías Calles, Narciso Bassols, Tomás Garrido Canabal y Eduardo Vasconcelos, eran hombres preparados fríamente por el general Calles —gran maestro de la política y del Estado— para la dirección técnica de los negocios mexicanos.

Cárdenas necesitaba un ministerio, no de técnicos, sino de hombres sutiles que llevaran adelante la política de penetración en las masas populares.

Desde los comienzos de su gobierno, el general Cárdenas quiso dar a aquél todos los visos de humanidad; y al efecto empezó por abrir las puertas del Palacio Nacional lo mismo a los campesinos que a las cocineras, a los burócratas que a los militares, a los obreros que a los expendedores de pan y de legumbres de los mercados de la Ciudad de México.

Quiso en esta tarea noble, pero lejana de los grandes problemas del país, penetrar en el fondo de las necesidades y de los sentimientos populares de México.

Para la alta política nacional, no era posible concebir un presidente de la República que aparentemente se perdía en un mar de chismes y de opiniones individuales. Para el país existía la convicción de que el jefe del Ejecutivo estaba obligado a intervenir seria y definitivamente en las grandes cosas.

Sin embargo, en cuanto a esto, el país vivía en un error. Nadie se había preocupado por los problemas aparentemente pequeños; nadie había tomado en cuenta el sufrimiento y la desesperación de la gente que había vivido eternamente alejada de los altos problemas del Estado.

PROBLEMA DE CÁRDENAS: LA FALTA DE HOMBRES

Uno de los grandes tropiezos que seguramente encontró el general Cárdenas en su ambición de hacer el bien fue la falta de hombres que tuvieran los mismos propósitos y el mismo deseo de penetrar en el alma humana. Por esto también sus ministros fueron, con singulares excepciones, personas vacuas, sin ideas, sin proyectos, sin personalidad y dispuestos a decir sí a todos los negocios que planteaba el jefe del Ejecutivo.

En estas condiciones llegase a formar un grupo cortesano sin talento y sin virtudes, grupo que se dio a la tarea única de seguir los pasos del presidente de la República por todos los lugares a donde éste viajaba. Conocióse a este grupo con el nombre que la maledicencia pública calificó en México de la cortesía; ese grupo fue el del famoso FUL. (Frente Único de Lambiscones).

No se atribuyó jamás al FUL una influencia en los mandatos del Ejecutivo. Cárdenas, con verdadero tacto, desde la formación de su segundo gabinete trató de eludir la existencia de cualquier grupo que formase una camarilla de mandones en torno de él. En cambio se aseguró que el Frente Único de Lambiscones tenía como principal misión tapar los ojos del general Cárdenas, para que a éste sólo llegasen las alabanzas y no las protestas.

EN TODAS PARTES ESTABA LA MIRADA DE CÁRDENAS

En cuanto a esta acusación, nada más injusto. El grupo de cortesanos pudo velar hasta el sueño del presidente de la República; pero éste nunca permaneció ignorante de cuanto podía ignorar la política de su gobierno.

Si ha existido en México un presidente que ha tenido la atención fija en todo cuanto se sucede en el país, este presidente ha sido el general Cárdenas. Nada ignoró; nada quiso ignorar; supo de todo hasta donde es posible que lo sepa un hombre que tiene en sus manos tantas y tantas responsabilidades como primer mandatario del país.

Lo que sucedió fue que el general Cárdenas, sin capacidad directiva para las grandes cosas, se preocupó honda y únicamente de los problemas humanos.

Las reparticiones ejidales no tuvieron un fin de recuperación económica rural. El deseo indiscutible del general Cárdenas fue hacer un bien a todos y cada uno de los campesinos, pero sin un plan que pudiera señalar que también iba encaminado a formar una nueva economía agrícola.

Los nuevos derechos otorgados a los obreros, el alza de los salarios de éstos, las reducciones en las horas de trabajo, no formaron tampoco parte de un plan por el cual se intentase conducir al país a la formación de una nueva economía industrial.

La construcción de carreteras no llevó como finalidad un plan por medio del cual se pretendiese unir los principales centros agrícolas o industriales de México, para que éstos tuviesen una mejoría en la renovación de las comunicaciones. Las carreteras tuvieron así un aspecto de lujo y de atracción para el turista extranjero.

FALTÓ UN PLAN DE CONJUNTO EN LAS OBRAS

La falta de plan en lo que respecta a vías de comunicación queda comprobada cuando se sabe que el propio general Cárdenas, a pesar de carecer de conocimientos técnicos, hizo variar caprichosamente los trazos de la ingeniería, bien para favorecer la petición romántica de algún pueblo o bien para dar a la carretera un aspecto desde el cual el turista pudiese admirar los dones de la naturaleza.

Una de las más importantes obras del gobierno cardenista: la de irrigación, en la que fueron invertidos millones de pesos, tampoco fue realizada conforme a un plan general por el que se intentase convertir las tierras áridas y abandonadas en tierras útiles para la agricultura.

Sin embargo, nadie puede poner en duda que las obras de irrigación tuvieron como fin mejorar algunas regiones del país; pero no existió un plan de conjunto, que tantos beneficios habría dado al país.

Otra gran obra del gobierno del general Cárdenas fue la construcción del ingenio de Zacatepec, uno de los más notables del continente americano. Pero el ingenio fue construido bajo el anhelo de dar ocupación y bienestar a los campesinos del Estado de Morelos, olvidándose de lo que la producción azucarera constituye en la vida económica del país.

UN GOBIERNO DE INCAPACIDAD ADMINISTRATIVA

Cuando el gobierno del general Cárdenas volvió la cara, al fin de seis años, para darse cuenta de la tarea realizada, se encontró con lo que ya el país había notado: que hacía falta unidad en sus acciones, en sus buenas pero desorganizadas acciones.

Ha sido esa falta de unidad en la acción emprendida lo que formó una legión de descontentos. Éstos no eran, como generalmente ha creído el gobierno, descontentos causales o sistemáticos, eternos enemigos de las administraciones mexicanas que han llevado el calificativo de "revolucionarios". Sin saber precisamente por qué, los descontentos llegaron a dominar la opinión de la mayoría nacional.

Lo cierto es que la falta de unidad en las medidas y órdenes gubernamentales hubo de producir si no el caos, como han afirmado los políticos opositores, sí desconexión económica de tal naturaleza, que hasta hace que se sienta al gobierno con incapacidad administrativa.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 8 de diciembre de 1940, año xxviii, núm. 300, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 8 de diciembre de 1940, año xvi, núm. 91, pp. 1-2.

SEIS AÑOS DE CARDENISMO

CÁRDENAS NO ES SOCIALISTA

Siempre se pudo mantener alejado de esa doctrina;
tampoco es cierto que haya establecido la colectivización;
lo único que hizo fue entregar tierras a los campesinos

CAPÍTULO III

¿Que ideas tiene el general Lázaro Cárdenas? y, ¿cuáles fueron las que animaron a su Gobierno de seis años? En cuanto a las ideas de Cárdenas ¿quién las conoce? Cárdenas es uno de los hombres más impenetrables de México. No hay un solo momento de su vida política en la que pueda resplandecer su sinceridad; y esto no porque no quisiera ser sincero sino por que no lo pudo ser.

Nadie, ni sus amigos más allegados, pudieron conocer sus ideas; nadie pudo penetrar en él. Es Cárdenas de esos hombres que saben cubrir sus pensamientos íntimos con la cortesía, con la caballerosidad; y más que con una y otra cosa, con la generosidad.

¡Amplio corazón el de este hombre que ha ocupado la Presidencia de la República! Pero ¿qué difícil es penetrar en su mente!

No es posible llegar hasta el pensamiento y las ideas de Cárdenas a través de los documentos oficiales; y no es posible porque si éstos son examinados cuidadosamente,

se encontrará en ellos delicadas contradicciones. Esto se debe a que la documentación oficial fue redactada por distintas manos. En muy contados discursos y proclamas ha estado la mano directa del general Cárdenas.

La literatura de los documentos expedidos en los primeros dos años de gobierno cardenista tiene giros, conclusiones y principios distintos a la de los dos últimos de la administración.

A CÁRDENAS LE FALTA UNA SÓLIDA CULTURA

Lo más probable es que la única participación del general Cárdenas en esos documentos se limitó a dar los lineamientos generales; pues hay motivos en tales documentos que sólo se ocurren a un teorizante del liberalismo en los dos primeros años; del socialismo en los dos finales; y el general Cárdenas no tiene nada de teorizante en cualquier aspecto de la vida que se le conozca y se le trate.

Además, los documentos oficiales del último tercio del gobierno cardenista tienen, muy a menudo, un tono de polémica; y para tomar los tamaños de polemista, es necesario una sólida cultura, que a todas luces falta al general Cárdenas. Éste, pues, puede ser el argumento final para demostrar que los documentos salidos de la Presidencia de la República no pueden señalar las ideas del general Cárdenas.

La impresión general es que el general Cárdenas es socialista; pero no hay que olvidar que el socialista es siempre un individuo convencido de la bondad de sus ideas y que, en cualquier sitio en donde se encuentre, trata de hacer de su idea una obra.

Con la autoridad de que goza un presidente de México, con la extensión de sus poderes que a veces son casi ilimitados, si el general Cárdenas fuera socialista, habría dejado para el país una huella hondamente socialista; habría intentado, por lo menos, formar una generación socialista y, lo que es más, habría también hecho lo posible por entregar el poder a un hombre que fuese de sus mismas ideas.

TIENE UNA VOLUNTAD MAYOR QUE LA DE JUÁREZ

El socialismo es una religión, buena o mala, pero es religión; y los socialistas apegan todos sus actos a los mandatos ideológicos de su capilla. Cárdenas no hizo esto; no hizo tampoco socialismo. Su obra choca una y muchas veces con la obra que estaba obligado a realizar un socialista.

No falta quien asegure que si el general Cárdenas no hizo obra socialista se debió a que tuvo temor a las consecuencias interiores y exteriores. Pero esto no es más que una ficción. Cárdenas es un hombre de altísimo carácter, de desmedida lucha, de ímpetus pocas veces alcanzados por un gobernante mexicano. Don Benito Juárez, no obstante la fama que tiene en los libros de historia oficial de haber sido un hombre de indomable carácter, no fue un tipo así, de tal voluntad. Juárez estuvo rodeado de una muralla de ideas, firme, firmísima, que daba al poder público un contingente de carácter y de firmeza, que jamás se ha vuelto a ver en la historia política de México. Cárdenas, en cambio, huyó de los grupos dirigentes; de esta manera resaltó su grandísima e incomparable voluntad.

Nada le detuvo para dar sorpresas al país, como las de La Laguna, como la de Yucatán y como la de la expropiación petrolera; y nada le hizo flaquear ni en los momentos más intensos de la vida de su gobierno. En algunas ocasiones todo el país pareció estar firmemente en contra de la obra cardenista. Cárdenas, en esos instantes en que cualquier hombre habría entrado en condiciones placenteras, se mantuvo sereno, casi heroico.

SU NIÑEZ POBRE LE MOLDEÓ EL CARÁCTER

Mucho influye en la voluntad y el carácter del general Cárdenas la historia de su vida. Pasó su niñez en pobreza; a los 15 años se vio obligado a trabajar; su primer trabajo fue de mando, no obstante su juventud. Hizo su carrera militar no como caudillo, sino como soldado; y un soldado que llega al más alto grado del ejército tiene el don de la independencia, de la firmeza y de la voluntad.

Esa historia de la vida de Cárdenas puede también ser determinante para aceptar que no es hombre de ideas. Las ideas, a menos de que no se trate de un genio, nacen de la cultura.

Influye también en lo enigmático de Cárdenas la vida social dentro de la cual se desarrolló. La gente de la región de Jiquilpan es rímida a la vez que desconfiada. De ella, como de la de Morelia, se dice que da la mano pero jamás abre las ventanas para su interior. La misma timidez y desconfianza hacen formar un carácter propio, como único medio de defensa de que se puede disponer.

Pero si muy difícil es conocer las ideas de Cárdenas, en cambio sí se puede aceptar que éste no es socialista a menos de que sea poseedor de un socialismo especial.

Y si el general Cárdenas no fue socialista, ¿lo fue su gobierno?

NI CÁRDENAS NI EL PRM SON SOCIALISTAS

Es verdad que en un régimen presidencialista como el de México habría bastado que el presidente fuese socialista para que en torno de él se formase un partido de las mismas ideas. Pero ¿dónde está o dónde estuvo ese partido?

Nadie puede señalar al prrm como partido socialista. Es verdad que este partido en sus últimos estatutos apuntó que México marchaba con el socialismo; pero esto no fue más que el producto de las divagaciones de un grupo de jóvenes al que Cárdenas trató de dar contenido político haciendo especulaciones de este género. Pero en esencia el PRM se mantuvo siempre lejos del socialismo.

El mismo general Calles dio rienda suelta a cierta literatura socialista durante su Maximato. Sin embargo, ¿quién puede encontrar en Calles un ápice de socialista?

Además, si el socialismo tiene un mérito es el de ser coordinador de las cosas, supuesto que encierra una idea definitiva y marca todas las aplicaciones de ésta. Y el gobierno del general Cárdenas no tuvo coordinación, lo que indica de una manera precisa que no poseyó un programa socialista ni estuvo dirigido por socialistas.

La obra del general Cárdenas en La Laguna, por más que fue realizada con el calificativo de "colectivista", nada tuvo que ver con el colectivismo, doctrina que suprime el sistema de salarios, que se emancipa de la tutela del Estado, que establece un régimen común de trabajo, que hace de su distribución un método económico especial.

PUSO LA TIERRA EN MANOS DE LOS POBRES

Se antojó que la tarea del general Cárdenas en La Laguna era colectivista, porque "favorecían a la colectividad"; y en esta obra cardenista al igual que en las otras valió más el sentimiento generoso del presidente que la influencia que tal obra podía tener en la economía nacional.

En realidad, la "colectivización" de La Laguna no fue más que el acto del Estado recuperando las tierras que en el siglo pasado habían entregado a los hacendados, para ponerlas en las manos de los campesinos. Nada pues tenía que hacer el socialismo, y menos el colectivismo, en ese traspaso de terrenos que el Estado tenía la facultad de realizar.

En el mismo tenor se siguió en la "colectivización" de los campos henequeros de Yucatán. Allí tampoco fue abolido el sistema de salario para ser sustituido por los "bonos de trabajo" como preconizan los colectivistas; tampoco fue excluida la intervención del Estado en la vida económica de los que recibieron las tierras.

Uno de los más prominentes socialistas españoles llegados a México después de la catástrofe de España, hablando del supuesto socialismo del general Cárdenas y del gobierno mexicano, nos hacía esta pregunta sin malicia y con el deseo de saber lo que ignoraba:

"¿Me puede usted señalar dónde está la obra del socialismo mexicano? La he buscado por todo el país; he viajado en compañía del presidente de la República; he recorrido los campos agrícolas y los distritos industriales, y no la he encontrado. ¿Se trata acaso de una broma o es que los socialistas europeos ignoramos lo que es el socialismo?"

EN TODOS LOS SISTEMAS HAY ARBITRARIEDADES

Se podría argüir que el gobierno cardenista sí fue socialista, ya que contrarió el desarrollo del capitalismo y muchas arbitrariedades; pero la arbitrariedad no es socialismo: es exceso de autoridad. La arbitrariedad lo mismo la comete un gobierno liberal que uno que no lo sea. Además, aparte de la industria petrolera, que no fue socializada, sino nacionalizada, ¿qué otra industria fue alcanzada por los mandatos cardenistas? El aumento de los ingresos de Estado por concepto de contribuciones a la industria ascendió en los últimos seis años hasta en 50%. Si Cárdenas hubiera obstaculizado el desarrollo industrial, ¿cómo habría podido cumplir la industria con los nuevos impuestos?

Por lo que respecta a la modalidad que se dio a la propiedad rural, no fue consecuencia de la aplicación del socialismo. ¿Cuán distinto habría sido el régimen de la propiedad rural bajo un gobierno socialista! El gobierno juarista dictó una modalidad a la propiedad, y el gobierno juarista vivía bien lejos del socialismo. Obregón hizo grandes repartimientos y no era socialista.

EL RESULTADO DE LA EDUCACIÓN SOCIALISTA

La única prueba que se podría aducir sobre el socialismo del gobierno del general Cárdenas es la "educación socialista". Cierro es que el principio doctrinario está claro y expresamente asentado en el artículo tercero constitucional; pero ¿cómo puede haber educación socialista sin gobierno socialista? Además, ¿dónde está la pedagogía socialista?

La existencia de un artículo socialista en la Constitución de México es una prueba más de que este socialismo es producto de una ingenuidad o de una moda, no de un propósito serio del general Cárdenas de implantar el socialismo.

Además, si los textos escolares en los que se habla del carpintero, del ejidatario, del albañil y del expendedor de tomates tienen la misión de hacer una conciencia socialista entre la niñez, la verdad es que en lugar de hacer esa conciencia no harán otra cosa sino formar un espíritu de repugnancia del socialismo.

En seis años de "educación socialista", no se ha logrado ni siquiera hacer reducir una "avanzada socialista" de una generación que promete hacer socialismo. Ni siquiera ha habido capacidad para crear una nueva pedagogía.

Esta "educación socialista" no es prueba de que el gobierno cardenista haya sido socialista, aunque sí hace estimar la poca capacidad creadora y directora del cardenismo.

(Concluirá el próximo número).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 15 de diciembre de 1940, año xxviii, núm. 307, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 15 de diciembre de 1940, año xvi, núm. 91, pp. 1-2.

SEIS AÑOS DE CARDENISMO

LAS OBRAS MERITORIAS QUE DEJÓ CÁRDENAS
Avanzaron la salubridad y la asistencia social

UN POLÍTICO ROMÁNTICO

Eso fue Cárdenas en los negocios internacionales

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

¿Cuál fue, en resumen, la obra de seis años de gobierno cardenista? Si se recorren los campos agrícolas de México, se encontrará tristeza y miseria, desorganización y arbitrariedad. Pero entre todo lo malo, que no es posible extirpar en pocos años, se encontrará también el principio de nueva vida social y económica.

El gobierno del general Cárdenas, más que buscar el ordenamiento de la vida rural mexicana, en los repartimientos de tierras, fue impulsado: a) por un sentimiento exclusivamente generoso; b) por una política de dar más, para contar siempre con el apoyo de los beneficiados. Ambos impulsos están de acuerdo con el sentimiento de un hombre y con las medidas de un gobierno. Faltó, sin embargo, en esta tarea, un principio: el de una visión general de los problemas del país. La falta de este principio habla del general Cárdenas como de un hombre de gobierno, pero no como un hombre de Estado.

Deja, pues, latente el general Cárdenas el principio de la unidad y del desarrollo de la economía rural. Esto, no obstante, no resta mérito a la obra cardenista, ya que se deja preparado un estado de cosas que fácilmente se pueden encaminar hacia una unidad constructiva.

CÁRDENAS DESPERTÓ LA FE EN EL FUTURO

El mismo estado de cosas dejó el gobierno juarista, como herencia al gobierno porfirista. Juárez construyó las comunidades, disolvió las unidades agrícolas regidas por los intereses de la Iglesia; fue incapaz de dar orden y organización a la nueva vida, resultado de una obra destructiva; pero heredó al general Díaz todos los elementos necesarios para que éste pudiese formar el poder de las fincas de campo, de las haciendas.

Pero Cárdenas hizo algo más en los campos mexicanos que la obra material: él mismo, de una manera singular, llevó la fe para lo futuro. Deja así preparada una situación para un hombre que aparte de poseer los mismos sentimientos generosos, tenga también un sentido de dirección general de las cosas.

En los campos agrícolas deja el general Cárdenas algo más que la primera noción de una próxima y nueva economía: deja también escuelas. Es verdad que la escuela rural no fue creación del gobierno cardenista. Ya la había iniciado el gobierno del general Calles, aunque originalmente no fue idea de éste, sino del licenciado José Vasconcelos, secretario de Educación en el gobierno del general Obregón.

Pero el mérito del gobierno cardenista fue el no haber perdido de vista la importancia de la escuela rural, y de haberle dado una extensión sin límites. El país está actualmente cubierto por una red de escuelas, que ha hecho aumentar la población escolar en los últimos seis años hasta en 50%. Si al frente de la educación nacional el general Cárdenas hubiese tenido un creador de cosas, y no un continuador de hechos, con los presupuestos educativos de seis años se habría dejado una obra pedagógica imborrable en la historia cultural de México.

UNA OBRA MERITÍSIMA, LA DE SALUBRIDAD

Deja también el gobierno cardenista una obra meritísima en los pueblos que antes vivían alejados de la civilización: la salubridad. No es posible decir que la tarea fue completa, pero ¿quién puede poner en duda los esfuerzos del general Cárdenas por mejorar la salubridad de un país? Se cuentan por cientos los pueblos que conocieron el agua

potable, que oyeron hablar de dispensarios, que supieron lo que era una inyección preventiva; que pudieron tener a su alcance, por lo menos, la quinina, que conocieron a los médicos, que tuvieron noticias de lo que era el drenaje.

A esta obra de salubridad se unió la de asistencia social. Quien conoció la plaga de la mendicidad y de la vagancia de los menores de edad en las ciudades y poblaciones de la parte central de México hace diez años se quedará sorprendido hoy, al ver cómo ha disminuido la vagancia y la mendicidad. El mendigo ocasional, que por cientos llenaba las calles de la Ciudad de México, ha desaparecido. Queda, ciertamente, el mendigo profesional, mas justo es observar que éste no se acaba en el término de unos cuantos años.

El problema de la vagancia de los menores lo tomó Cárdenas con el empeño de un filántropo. Él mismo recogió a numerosos niños, les dio escuela, hogar y oficio. Hizo bienes personales incontables e hizo también bienes oficiales de importancia sin igual, abriendo caminos para que los niños pobres de México pudiesen tener asilo y letras.

EN LO INTERNACIONAL FUE UN ROMÁNTICO

En los negocios extranjeros, más que un diplomático inteligente, que pudiese jugar dentro de la alta diplomacia contemporánea, el gobierno cardenista fue un romántico. Sólo a un romántico se le ocurre defender al emperador de Abisinia, reyzeulo arbitrario que hacía consistir la independencia de su país en un sistema opresivo utilizado para sus propios beneficios. Romántica fue también la posición del gobierno en los asuntos de España. Además, ¿no era una inconsecuencia del gobierno cardenista intervenir en los asuntos españoles, cuando México ha reclamado, hasta lo más, su derecho propio de resolver sus problemas internacionales por sí mismo? Una diplomacia inteligente habría hecho jugar a México otro papel de mayor significación y mérito en la guerra civil de España.

Sin embargo, es necesario elogiar la labor del general Cárdenas al traer a México a los refugiados españoles. Todavía no es conocido el alcance verdadero que tiene esta obra. ¿Qué de recursos de trabajo, de técnica y de cultura se ha allegado el país con la inmigración española! Que entre esos inmigrantes vinieron gentes "peligrosas", es cierto. Pero ¿qué inmigraciones se escapan de tales gentes? No. La presencia de esos "peligrosos" no aminora la trascendencia de la obra del gobierno cardenista; y no es exagerado decir que México la agradecerá siempre, si es que no la llega a honrar como es debido.

EL ERROR COMETIDO EN LOS FERROCARRILES

Habrà que repetir que a las tareas del gobierno del general Cárdenas faltó una dirección. No se trata de una mera impresión, sino de una realidad: el que Cárdenas dio pasos de uno a otro lado de la vida mexicana, tanteando todos los terrenos, y sin un programa invariable que hiciese saber que no sólo estaba trabajando para lo presente sino para lo porvenir.

Así procedió en cuanto al problema de los ferrocarriles. Éstos fueron dirigidos, primero, por el Estado; luego pasaron a una dirección "obrera"; más tarde se ha intentado que el Estado vuelva a intervenir en ellos. Estos tanteos han sido peligrosos para el gobierno y para el país. Cier to que constituyen un mérito el reconocimiento de los errores; pero el Estado no tiene el derecho de equivocarse en un negocio de la magnitud del de los ferrocarriles. El problema de éstos no es un problema de "gerencias", sino económico. Para llegar a esta conclusión no es necesario ser un técnico, sino tener un poco de sentido común.

Los progresos de la aviación, de las carreteras, han obligado a todas las empresas ferrocarrileras de cualquier país del mundo a seguir dos caminos: a levantar sus vías férreas o inyectarlas económicamente para que puedan competir debidamente con los nuevos sistemas de transportación. Si el gobierno de México quería salvar el problema trenista, no tenía más que elegir uno de esos dos caminos; y como no era posible que levantase las vías férreas, estaba en la necesidad de transformar los viejos ferrocarriles mexicanos. Para esto, en lugar de hacer nuevas "gerencias" obreras o no obreras estaba obligado a la renovación, que implicaba una inmediata inyección económica. Pero en lugar de esta política de sentido común, el gobierno cardenista se distrajo en iniciar la construcción de nuevos caminos de hierro, dando por resultado que dejase en estado de coma un problema tan importante como el de las vías nacionales y dejase también a medias los nuevos ferrocarriles.

RECUPERACIÓN DE LA INDUSTRIA PETROLERA

Sin este sentido de dirección fue también como se llevó a cabo la expropiación de las empresas petroleras. México tendrá siempre que agradecer al gobierno cardenista haber recuperado una de sus principales fuentes de riqueza.

Si en lugar de haberse apoyado la expropiación en un conflicto obrero, se hubiese apoyado en un derecho nacional —y la nación tenía suficientes derechos sobre el petróleo—, la expropiación habría sido recibida con júbilo sin recelos. No fue así, pues se

trató, cuando menos en apariencia, de hacer justicia a una clase, y no justicia a todo el pueblo. Si se hubiera apoyado la expropiación en la justicia y el derecho de México, no se habría asistido al triste espectáculo que se dio, cuando el gobierno se vio desairado por el país, cuando éste fue invitado para que espontáneamente contribuyera a pagar la deuda contraída con las empresas expropiadas.

Pero atinado o no el recurso del Estado para la expropiación, en el fondo, el país se sintió satisfecho del paso dado por el general Cárdenas. No hubo quien no lo aplaudiera, aunque muchos lo hicieron en el rincón de su casa, sin atreverse a ser leales públicamente ya no con el gobierno, sino con sus propios sentimientos mexicanos.

EL RESPETO DE CÁRDENAS POR LA VIDA HUMANA

No obstante la falta de dirección de las cosas, el gobierno cardenista tuvo gran atinencia en el ordenamiento de dos factores de vida del Estado: el ejército y las rentas públicas. Nunca tamaño caudal ingresó a las cajas del gobierno como en los seis años de cardenismo; como nunca se pudo contar con un ejército como el actual, aunque de justicia es hacer mención de uno de los grandes organizadores militares de México: el general Joaquín Amaro, de cuya herencia se supo aprovechar el gobierno del general Cárdenas.

Falta examinar numerosos renglones de la vida del gobierno mexicano bajo el mando del general Cárdenas; y si es verdad que la actuación del ramo de la justicia causa bochorno; si es cierto que ningún paso formal fue dado en seis años para acabar con las inmoralidades del régimen judicial, también es necesario aclarar que el general Cárdenas no contó con el apoyo de un cuerpo que, como la Suprema Corte de Justicia, debió ser espejo de moral.

Y no es posible terminar de hacer este sencillo examen del sexenio cardenista sin reconocer el gran respeto que el general Cárdenas tuvo por la vida humana. ¿Que en algunos Estados hubo numerosos crímenes políticos? Ciertamente, pero ¿no fue esto consecuencia más de falta de dirección de las cosas que de un sentimiento humano del presidente de la República? Que el jefe cristero Lauro Rocha y el general Cedillo fueron asesinados, es verdad en cuanto al primero, no así en lo que hace al segundo. Todavía está por hacerse la historia del cedillismo y, cuando se haga, se verá qué lejos estuvo el gobierno de cometer un asesinato.

Compare el más obcecado el capítulo de respeto a la vida humana del gobierno cardenista con aquel de Palomera López, de Roberto Cruz, de Arnulfo Gómez, de Luis Morones y después haga un balance.

Tuvo también Cárdenas respeto por la libertad de expresión. Y en cuanto a la libertad política, también existió, aunque bajo el signo de una democracia incipiente y quimérica. Sirva el ejemplo humano del gobierno cardenista, por lo menos, para lo que en México viene.

Fin.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 22 de diciembre de 1940, año xxviii, núm. 314, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 22 de diciembre de 1940, año xvi, núm. 98, pp. 1-2.

PANORAMA POLÍTICO DE MÉXICO

EL RÉGIMEN DE CÁRDENAS
Un vistazo al campo de la política nacional

GOBIERNO HONESTO Y LIMPIO
Si el de Cárdenas no puede garantizar el voto libre,
habrá que perder toda esperanza

CAPÍTULO I

Si bajo el gobierno del general Lázaro Cárdenas la República Mexicana no ve realizarse limpias de fraudes y de sangre las elecciones presidenciales del domingo 7 de julio de 1940, los mexicanos tendrán que perder las esperanzas, por largos años más, de servirse del sufragio universal como medio para elegir a sus gobernantes.

Si un gobierno honesto, limpio, recto y romántico como el del general Lázaro Cárdenas no tiene el poder suficiente para dominar las ambiciones, los desenfrenos, las pasiones y los artificios, los cohechos de los políticos de México durante el acto electoral en el que se pretende designar al nuevo presidente de la República, no habrá en el país, quizá por largos años más, otro gobierno u otro hombre capaz de hacer lo que en esta vez puede hacer el general Cárdenas.

Por primera vez en la historia mexicana, 75% de la sobriedad y de la honradez de un acto electoral de la trascendencia del que se llevará a cabo el 7 de julio está en manos de un hombre.

EL PODER DE CÁRDENAS

Ningún otro hombre, excepción del general Porfirio Díaz de los primeros veinte años de gobierno, ha tenido en sus manos el poder que en estos días tiene en México el general Lázaro Cárdenas.

Y el poder que tiene en sus manos el general Cárdenas excede el que tuvo el general Díaz hasta los últimos años del siglo XIX, debido a que no es el poder de la violencia, ni de la autoridad civil o militar el que aquél posee. El poder de Cárdenas es un poder casi inigualado en la historia mexicana: es el poder moral. Cárdenas, a pesar de la críticas severas de sus enemigos, es dueño de un poder que una gran mayoría de la nación admite casi sin discutirlo. Manda sin despotismo, domina sin ejercer el terror. Su autoridad tiene un fuerte signo de paternal; y paternal es él. Quizá este patriarcado cardenista sea ingenuo y romántico, pero ha servido para dar un nuevo sesgo al poder de la autoridad en México.

Ningún otro presidente de la República había ensayado este sistema de convencimiento, de dominación y de autoridad que ha ensayado Cárdenas. Quizá otro tanto hubiese hecho el señor Madero si hubiese tenido la oportunidad de desenvolver todo el poderío que le había dado una revolución triunfante. Tal vez ese camino habría sido el de don Adolfo de la Huerta si éste hubiese podido seguir en la Presidencia después del interinato.

Pero en los "casos" de Madero y de De la Huerta hay que hablar en "suposición", en tanto que en el de Cárdenas hay que expresarse en realidad.

UN ALTO A LOS VICIOS DE LA POLÍTICA

¿Qué ha hecho el general Cárdenas para gobernar a México durante seis años, sin abrir las puertas de las cárceles para sus enemigos políticos, sin repetir la tragedia de octubre de 1927, sin recurrir a los cañonazos de a cincuenta mil pesos, sin dar prebendas onerosas para la nación a los viciosos y monopolizadores y sin hacer crear una casta de políticos privilegiados?

El general Cárdenas habrá cometido errores —errores debido, indiscutiblemente, a su falta de preparación como gobernante número uno de la República Mexicana—, pero ha tenido el buen sentido de no repetir los errores de sus predecesores.

Sobre todos los beneficios que ha hecho al país, el general Cárdenas se ha significado con este grandísimo beneficio: tuvo valor de marcar un alto a los vicios de la política y del poder mexicanos. Y lo hizo sin condenar a nadie. Lo hizo silenciosamente, con el más alto sentido, con la cordura más admirable.

Hay también que reconocer otro hecho, que si resta mérito a la obra de Cárdenas, en cambio enaltece la obra de los mexicanos; y es de creerse que Cárdenas acepte, en bien del país, que tiene mayor valimiento el poder de los mexicanos, que el poder de un gobierno. Un gobierno no tiene más que una época; un pueblo tiene una vida.

El México que Cárdenas "recibió" —y digamos recibió en un sentido figurado, supuesto que nada autoriza a nadie para "recibir" a un pueblo como cosa propia—, no era el México de 1920, ni era el de 1924, ni el de 1928, ni el de 1932.

EL DESEO DE LA MAYORÍA NACIONAL

Quince años después de la caída de don Venustiano Carranza, que jamás pudo ser una autoridad capaz de dirigir la República Mexicana, la situación política, económica y social de México había cambiado si no totalmente, sí había tomado nuevos caracteres.

En lo moral, las desilusiones de largos años de guerra civil habían empujado a México a la creencia de que no era por el ejercicio de la violencia como podría obtener mayor plenitud en su vida espiritual. En 1935 era ya notoria la reacción del pueblo mexicano contra cualquier acto de violencia. Los hombres estaban fatigados de luchar, de huir, de marchar al extranjero en busca de sosiego, de abandonar los campos para encontrar refugio en las ciudades.

La inmensa mayoría de los mexicanos había llegado a esta conclusión: quienquiera que sea el presidente de la República nos dará mayores beneficios en un estado de paz, que quienquiera que nos ofrezca las mayores ventajas en un estado de guerra.

Con este principio moral, México tenía que aceptar tranquilo y sereno el establecimiento de la autoridad, la función del Estado.

Afortunadamente, para corroborar este principio, que no era más que un deseo ardiente de una mayoría nacional, llegó a la Presidencia de la República, un hombre que, como Cárdenas, pareció, instintivamente, darse cuenta del nuevo estado moral de los mexicanos.

SE EXPLICA LA CAÍDA DEL CALLISMO

Y prueba de la correspondencia que desde un principio se estableció entre el nuevo presidente y los mexicanos fue la caída del general Calles. En otro estado moral que no hubiese sido el predominante en 1935, Calles y sus amigos habrían acudido a la violencia. Si no acudieron a ella, fue por falta de ganas, porque ¿quién abandona en México los jugos de una fruta, voluntariamente?

El callismo, que siempre se había significado por su agresividad, era el menos indicado para abandonar, sin hacer esfuerzo alguno de defensa, sus proposiciones.

Pero el callismo fue impotente para enfrentarse, no al general Cárdenas, sino a todo un país que estaba cansado de las tertulias revolucionarias, de los festines de sangre, de las orgías de los caudillos. En la historia de México, como en la de cualquier otro país, se ha comprobado que no es la impetuosidad o la heroicidad de un solo hombre la que conduce a las guerras civiles, sino que para que éstas se desarrollen es menester encontrar el espíritu de agresividad o de heroicidad entre el pueblo. El de México había perdido ambas "facultades" después de las insólitas guerras a las que había sido conducido a partir de 1911.

En un medio como el que existía en México en 1935, fácil fue para el general Cárdenas llevar al país hacia nuevas rutas. Éstas pudieron ser equivocadas en los sentidos social y económico, pero fueron certeras en cuanto a la comprensión del sentido moral.

EL "BIENINTENCIONADO"

Y una nueva prueba de que Cárdenas comprendió intuitivamente los deseos del país, y de que el país comprendió a Cárdenas desde el día en que llegó a la Presidencia de la República, fue que 99% de los mexicanos llamó a Cárdenas "el bienintencionado". Hasta los más severos críticos del cardenismo no pudieron contener esta frase: "Cárdenas está cometiendo serios errores, pero no dejaremos de reconocer que en el fondo tiene buenas intenciones".

¿Qué más podía pedir un gobernante de México, sino que hasta sus más enconados enemigos le reconociesen buena intención?

No era, por supuesto, el estado moral del pueblo de México el que iba a ayudar a Cárdenas a consolidar un gobierno sin dramas. Era también el estado económico.

Es necesario reconocer que si el gobierno del general Calles —y el apéndice de éste conocido con el sustancioso nombre de "régimen callista"— causó graves males a México, en cambio, aunque sin un plan, creó una economía propia del país.

Para el gobierno callista, no había más que dos caminos a seguir en cuanto al capítulo económico: continuar favoreciendo la expansión en México del capital extranjero o la creación de un capital nacional. Obregón había seguido el primer camino. Calles tomó el segundo. Pero decimos que lo hizo sin plan porque el capital nacional que comenzó a formarse a partir de 1924 fue consecuencia del azoramiento que entre los inversionistas extranjeros produjo la política social que con fines de partido condujo el general Calles.

LA CREACIÓN DE UNA INDUSTRIA PROPIA

El alejamiento del capital extranjero trajo a México, como resultado inmediato, la formación de una incipiente industria, que se ha ido desarrollando más y más, a pesar de que a Cárdenas se hayan atribuido principios de disolvencia capitalista.

No es necesario recurrir, en un trabajo meramente objetivo, a las estadísticas que señalan cómo a partir de 1924 México comienza a crear ramos que antes dependían únicamente de las importaciones del extranjero. Y es necesario también señalar que este interesante periodo del desenvolvimiento de una economía nacional comienza con el general Calles.

Antes del gobierno callista, México no poseía nada en cuanto a materias manufactureras, a no ser las rudimentarias telas de algodón y de lana. Con el general Calles empieza una industria que si no ha dado todo lo que debería dar, cuando menos ha conducido al país hacia un régimen económico de mayor independencia.

Este estado económico fue también elemento favorecedor para el gobierno del general Cárdenas. Si el gobierno cardenista ha logrado aumentar los presupuestos nacionales, se debe a que la hacienda pública ha encontrado un campo amplio de especulación fiscal en la naciente economía del país.

SIGNO DE MEJORAMIENTO

La naciente y nueva economía de México provocó un alza en los medios de vida, y es así como se observa un hecho que ha pasado inadvertido a los observadores. Este hecho, curioso a la vez que trascendental, es el siguiente: la colonia Roma, en la Ciudad de México, fue hasta hace diez años asiento de familias de acomodación burocrática o comercial. Nadie, que no perteneciese a los ramos comercial o burocrático, podía aspirar a una vivienda en la colonia Roma.

Actualmente, un alto porcentaje de los ocupantes de las viviendas en la colonia Roma pertenece a la clase obrera. Esto, para el más sordo o para el más ciego, debe ser signo inequívoco de mejoramiento económico del país. El primer síntoma de desarrollo económico que ha dado cualquier país ha sido siempre el de mejoramiento de la vivienda.

El tercer elemento favorable que encontró el general Cárdenas al llegar a la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 1934, y que mucho le ayudó a consolidar su situación como a extender pacíficamente su autoridad, es de tanta importancia como los dos anteriores. En este tercer elemento se ve reflejado el estado social de la República, e influyen grandemente en él los capítulos moral y económico.

No fue la formación de un estado social favorable para el advenimiento de un gobierno dirigido por un hombre de autoridad, de "buena intención" y de talento como Cárdenas, el resultado de una política anterior al cardenismo. Ese estado social fue el resultado de la composición moral y de la formación de la economía nacional ocurridos en México a partir de 1924.

DIFERENCIAS DE ESTADO SOCIAL

La diferencia entre el México social de 1920 y el de 1935 es mayor conforme más se penetra en el país y se observa todos y cada uno de los movimientos colectivos o individuales.

Mas como Cárdenas ha seguido con entusiasmo —entusiasmo quizá desmedido para un presidente de la República— el proceso social del país, será necesario hacer un alto a este capítulo de la vida mexicana para continuarlo más adelante.

Entonces veremos qué interesante ha sido el desarrollo del gobierno cardenista y qué importante será la última fase de este gobierno, principalmente a partir del día en que se efectúen las elecciones presidenciales.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 2 de junio de 1940, año xxviii, núm. 111, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 2 de junio de 1940, año xiv, núm. 261, pp. 1-2.

PANORAMA POLÍTICO DE MÉXICO

LA POPULARIDAD DE CÁRDENAS ES SU MAYOR FUERZA
La logró con trabajo incesante; pudo darse cuenta de que no sólo
en los trabajadores debería buscar apoyo

CAPÍTULO II

En un teatro tan propicio como era México en 1935, sólo faltaba la presencia y la actuación de un hombre. Y con buena intención llegó el general Lázaro Cárdenas a la Presidencia de la República. Pero no únicamente con buena intención, sino con otros dos elementos que han poseído pocos jefes del Ejecutivo mexicano: trabajo y creación.

Ningún presidente de la República —después de los primeros quince años de régimen porfirista, que fueron de progreso, de actividad, de trabajo, de desarrollo nacional en todos los sentidos— se entregó al trabajo con el afán con que lo hizo el general Cárdenas.

Sin embargo, el trabajo realizado por Cárdenas desde el comienzo de su gobierno parecería que no estaba encaminado sino hacia un solo punto de vista. Cárdenas se dio cuenta de lo débil que era, políticamente, su gobierno. Y en efecto lo era, porque estaba basado sobre los cimientos que había tendido el general Calles. Cárdenas no

tenía independencia política; en torno de él existía un partido dominante, casi arrollador. El presidente carecía de sus propias fuerzas, y había necesidad de construir esas propias fuerzas.

EL PODER DE LOS DIRECTORES OBREROS

De aquí que en el trabajo primero que desarrolló el general Cárdenas se descubriese una obsesión: crear una nueva fuerza política para evitar el derrumbamiento del nuevo gobierno, tal como había acontecido con gobiernos anteriores. Parece que el presidente Cárdenas, apenas en el poder, no se hacía más que esta pregunta: “¿Qué haré para que no me tumben?”. Y para evitar que lo tumbaran comenzó por intentar la conquista de las fuerzas populares. Sólo que Cárdenas entendió que esas fuerzas populares estaban radicadas en determinada clase social, olvidando que lo popular no es exclusivamente el obrero o el campesino. Lo popular lo constituyen todas las clases sociales sin privilegio.

La superficial visión que el general Cárdenas tuvo de lo que constituyen las fuerzas populares fue el motivo por el cual el nuevo presidente de la República se entregara demasiado a los directores de grupos obreristas y agrarios. Estableció estos coqueteos inesperados en un jefe de Estado primero; luego formó compromisos que lo ataron seriamente para el resto de su gobierno.

Los directores obreros, y con éstos las masas obreras, comenzaron a tomar tal poderío, que en lugar de constituir el “respaldo” popular del general Cárdenas, fueron una amenaza de consideración para la estabilidad del nuevo gobierno.

Pronto, el general Cárdenas se dio cuenta de que el apoyo popular que había buscado para su gobierno no podía estar sustentado exclusivamente en las fuerzas obreristas. Para darse cuenta de su error, fue suficiente la llamada de atención que dio el general Calles. Éste, obrando imprudentemente, y sin darse cuenta de que una advertencia al enemigo no serviría sino para poner en guardia a éste, hizo saber a Cárdenas que había otras fuerzas, aparte de las obreras y agrarias, que constituían el poder popular. Entre estas fuerzas, es claro, estaba el ejército.

EL PROBLEMA HUMANO

La falta de conocimiento del general Cárdenas de lo que constituyen las fuerzas populares había llevado al país a una situación angustiosa, puesto que los directores obreristas,

engolosinados por sus primeras y aparentes victorias, se habían atrevido no solamente a anunciar el establecimiento de un régimen bolchevique en el país, sino también se habían atrevido a atacar al ejército.

Fueron pues la advertencia de Calles y el desenfreno de los directores obreros lo que hicieron que el general Cárdenas se diese pronto cuenta de que lo popular no es un problema de clase, sino un problema humano que alcanza a todas las clases sociales y que solamente afecta al privilegio. El privilegio político de esos días lo constituía el callismo; el privilegio económico estaba comprendido en las viejas posiciones del inversionista extranjero.

Cárdenas hubo entonces de dirigirse más ampliamente a lo popular. Lo hizo con éxito, comenzando por destruir el privilegio político del callismo. El general Calles se vio precisado a salir del país.

Con este golpe al privilegio político el general Cárdenas se atrajo la confianza y la simpatía del ejército. Luego perforó otra de las más recias murallas populares y anti-gobiernistas hasta entonces: la que formaba la burocracia. Ésta ha tenido siempre en México una fuerte influencia sobre la vida moral y económica de la clase media.

LA BUROCRACIA Y LA MASA CAMPESINA

La clase media, aunque lo nieguen los opositores del gobierno cardenista, fue colocada en una situación si no de abierta simpatía para Cárdenas, sí de neutralidad; una neutralidad que poco a poco se fue haciendo extensiva hacia el favor al gobierno.

Siempre con la obsesión de “¿qué haré para que no me tumben?” el presidente Cárdenas buscó nuevos elementos para lograr el apoyo de nuevas fuerzas populares, y fue hacia la gran masa campesina; que no tenía tierras, que no tenía líderes, que siempre había vivido en la oscuridad y en el abandono. La encontró fácil para la conquista, y la conquistó.

Después se dirigió hacia otro medio representativo de grandes fuerzas populares: la Iglesia. No discutió más problemas religiosos; no rebajó la dignidad —dignidad, digamos, aunque sea la más impropia de las expresiones— del Estado; no hizo promesas. Con habilidad neutralizó la influencia de los más fuertes medios católicos. Abrió las puertas del país a los obispos desterrados; permitió el disimulo —la mejor arma que puede emplear el Estado para sus enemigos— y antes de que su gobierno llegara al segundo año, un conflicto que provocó tantas lágrimas a los mexicanos, había sido resuelto.

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

Faltaba de atraer a otra fuerza popular. Ésta era la más resentida con el poder público mexicano, y estaba constituida por lo que orgánicamente se denominaba "padres de familia". Éstos se mostraban alarmados, y con razón, por los sucesos de los últimos años del régimen callista. Todos los sentimientos habían sido lastimados, y no parecía haber otro medio de acabar con la tirantez que se había venido acentuando entre el gobierno y los "padres de familia", más que el gobierno rindiese todas sus armas y acabase con el estado moral que había formado la reglamentación del artículo tercero constitucional, que en el fondo no era más que una forma de dominación política sobre las fuerzas populares.

En este problema Cárdenas obró cautelosa y serenamente. No hizo concesiones públicas ni produjo retracciones que hubiesen aminorado la autoridad del Estado. Permitió que el problema tomara nuevas corrientes; encauzó los odios y la pasiones. Lo único que deseaba —y era un deseo no de procedencia religiosa sino de procedencia de libertades— era que frente a la escuela oficial pudiese establecerse una escuela particular. ¿Por qué todos los niños habían de estar sujetos a los mandatos del Estado? ¿No cada quien es muy libre para educar a sus hijos conforme a sus principios y a sus planes futuros?

SE REESTABLECE LA ESCUELA PRIVADA

La escuela particular —institución tradicional en México, ya que tiene su arraigo desde tiempos coloniales—, no pedía más derechos que el de su existencia. Claro está que también pretendía su independencia absoluta. Pero ¿era posible que el Estado aceptase esa independencia absoluta, cuando en todos los países del mundo el Estado se ha arrojado de hecho y de derecho la intervención de la enseñanza? No, para el gobierno era imposible hacer una concesión en términos absolutos, pero sí le era posible encontrar un punto de entendimiento. Ese punto de entendimiento fue el permiso para que continuase existiendo la escuela privada. Así, un problema que parecía estar a punto de provocar nuevos incidentes en la vida nacional quedó solucionado. Cárdenas logró atraerse la simpatía de otras fuerzas populares con las que no había contado ningún gobierno desde 1924.

Todos los motivos, examinados objetivamente, y sobre lo que habrá menester algún día apoyar en documentación oficial y no oficial, dieron al cabo de cuatro años del gobierno cardenista una extensión y una fuerza que lo convirtieron si no en un gobierno

popular (¿qué gobierno en México puede ser popular?), sí en un gobierno de consistencia popular, que ha podido sortear, con éxito, todas las tempestades.

LO QUE HA "ATORMENTADO" A CÁRDENAS

No ha faltado quien afirme que lo que ha favorecido a Cárdenas es "que es hombre con buena estrella".

Pero no. Cárdenas ha tenido los más serios tropiezos que gobernante alguno haya tenido en el ejercicio de su mandato; y si ha sorteado esos tropiezos no se ha debido a "buena estrella". ¿Quién cree en las "buenas estrellas", cuando el hombre y la sociedad son consecuencia de tantos factores? No; no hay hombres de "malas" o "buenas" estrellas. Hay hombres de talento; de cultura y sin cultura; de perspicacia y sin perspicacia; de valor y sin valor; de energía y sin energía; de trabajo y de vagancia. Cárdenas debe, y las tiene, virtudes. Sin éstas no hubiese hecho lo que ha hecho, y ni siquiera se hubiese sostenido en el poder; pues aunque todos los elementos nacionales que hemos señalado en un principio en esta serie le hubiesen sido propicios, de no haber tenido, como tiene, sus propias virtudes, habría fracasado.

Lo que ha atormentado a Cárdenas —y decimos "atormentado" en el grado superlativo de la suposición, ya que no es el momento preciso de exhibir documentos—, son los compromisos que hizo, en los comienzos de su gobierno, con las fuerzas que él, Cárdenas, creyó que eran las exclusivamente populares.

Muy serios fueron esos compromisos de Cárdenas; pero más serios todavía han sido los desenfrenos de la gente con la que hizo tales compromisos. Ésta llegó a constituir un peligroso grupo de privilegiados, hasta que el propio presidente de la República se vio en la necesidad de someterlos al orden, aunque en condiciones desventajosas para el poder público y para el país.

LA PROPAGANDA OPOSICIONISTA

Ninguna necesidad tuvo el general Cárdenas, pasados los comienzos de su gobierno y cuando buscó, en primer término, el apoyo de los directores obreristas, de hacer levantar una nube de publicidad nacional y extranjera en torno de una supuesta amenaza comunista en México. Cárdenas, que había condenado silenciosamente los métodos callistas, no pudo, en cuanto al panorama obrerista, abandonar resueltamente un camino que él había condenado. De aquí esas acusaciones de que el gobierno cardenista

es un gobierno de caos. En esta acusación no tienen la culpa los acusadores, sino el acusado.

Nadie puede decir que hay comunismo en México, ni menos que el comunismo sea una amenaza para el país, a menos de usar tales acusaciones como vehículo de propaganda de partidos políticos; pero sí se puede decir que mucho y muchísimo daño ha hecho al general Cárdenas esa propaganda anticardenista para la cual se han usado todos los vehículos al alcance de los opositores del gobierno.

Examinados así los problemas a los que ha tenido que enfrentarse el general Cárdenas en los primeros cinco años de gobierno, cabe una pregunta que nos puede conducir rectamente a descifrar el problema de las elecciones nacionales:

¿Reúne el general Cárdenas en sus manos tal cantidad de poderes que pueda servir para garantizar la efectividad del sufragio en las elecciones del 7 de julio?

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 9 de junio de 1940, año XIV, núm. 268, pp. 1 (capítulo II). Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 9 de junio de 1940, año XXVIII, núm. 118, pp. 1, 7 (capítulo II).

PANORAMA POLÍTICO DE MÉXICO

HA SIDO EL GOBIERNO DE CÁRDENAS DICTADURA
Un cargo dictado sólo por la pasión política

EN EL PRESIDENTE HAY UN EXCESO DE AMOR AL PUEBLO
Esto lo ha llevado a situaciones fácilmente criticables, pero nunca
ha empleado su poder para beneficio propio,
y su administración ha sido honrada

CAPÍTULO III

Reuniendo los poderes que ha reunido durante su gobierno ¿es el general Lázaro Cárdenas un dictador? La palabra "dictador" ha sido, desde los primeros años de la independencia mexicana, una palabra de especulación política. Dictadores, en el sentido de hombre que gobierna sin leyes y sin otros poderes que resten autoridad al dictador, no han existido en México.

Dos han sido los presidentes de México sobre quienes han recaído con mayor frecuencia las acusaciones de dictadores: el general Antonio López de Santa Anna jamás —ni durante la guerra con los Estados Unidos— llegó a ejercer un poder omnipotente. Fue ciertamente veleidoso y teatral, pero sus gobiernos no tuvieron el carácter de imperio absoluto. Tampoco el fue dictador el general Díaz.

Durante el porfiriismo hubo dictadura de grupo, en el sentido de privilegio político y económico, pero no en el de una fuerza de mando que se caracterizara únicamente por el ejercicio de una autoridad soberana e indiscutible que estuviera en manos del general Díaz. La prueba más evidente de que el general Díaz no fue un dictador es que en el régimen porfirista floreció el Ayuntamiento; y donde hay Ayuntamiento, no puede haber dictadura cesárea.

DESEO DE SERVIR AL PUEBLO

La acusación de dictador que se ha hecho al general Cárdenas no es más que consecuencia de la pasión política. Y si es verdad que Cárdenas ha dado a sí mismo determinadas atribuciones, algunas de las cuales riñen con el espíritu de la Constitución, estas atribuciones no han sido el resultado de un deseo de subordinar al pueblo a todos los mandatos presidenciales, sino el deseo de servir a los intereses populares.

En Cárdenas ha habido un exceso de querer servir a lo popular; y este exceso lo ha llevado a situaciones fácilmente criticables.

Cárdenas, por ejemplo, ha manejado los fondos de la hacienda pública no de acuerdo con la severidad del presidente sino con la libertad de que se siente protegida una autoridad que no quiere pasar por el poder sin haber dejado hondas huellas de sus pasos. Si este hecho está o no ajustado a los preceptos constitucionales, lo podrán discutir quienes pretenden seguir al pie de la letra las leyes, que siempre tienen un fondo antihumano; pero que este hecho sí ha estado conducido por el deseo de beneficiar es indiscutible.

La acción del general Cárdenas ha roto todos los procedimientos burocráticos que se habían seguido en México desde los días de independencia. Un pueblo que necesitaba agua estaba obligado a correr tal cantidad de trámites que para obtener lo que le era indispensable para su vida y su progreso, tenía que esperar años enteros. Cárdenas rompió el proceso burocrático, y él mismo, después de conocer las necesidades de los numerosos pueblos que ha visitado, dio órdenes para que se atendiese inmediatamente a los necesitados.

GRANDES BENEFICIOS

Nadie podrá poner en duda, después de hacer un examen sereno de la situación actual de México, que la acción de Cárdenas ha producido grandes beneficios.

Los acusadores, alarmados, han hecho hincapié en que el gobierno cardenista ha dispuesto de las reservas del Banco de México. Pero es indispensable hacer esta gran pregunta a México y a los mexicanos: ¿Una nación que ha ahorrado no tiene derecho de disponer de esos ahorros cuando sabe que pueden ser empleados para el público?

En anteriores gobiernos —y decimos "anteriores" sin especificar a que gobiernos, por carecer de una documentación oficial que asiente hechos indiscutibles— era costumbre disponer de las reservas de la nación, no para el bien de ésta, sino para la consolidación de grupos de privilegiados. Cárdenas condenó ese procedimiento, que sí entraña serias y graves responsabilidades, y en cambio dio un curso, que ningún gobernante había dado, a los ahorros nacionales.

Las obras que para el bien público ha emprendido Cárdenas empleando los ahorros de la nación —las reservas nacionales, en términos de técnica política y financiera— pueden ser ciertamente muy discutibles, ya que ha habido algunas que han sido realizadas sin un plan meditado y de conciencia; otras que han servido únicamente como un lujo al país; pero nadie puede afirmar, a menos de que sea guiado por los odios y las pasiones, que los ahorros de la nación han sido malversados.

SERIA APLICACIÓN DE LA HONRADEZ

La honradez en cuanto a los manejos de los fondos provenientes de ahorros o de impuestos, si no ha sido absoluta, sí ha tenido una seria aplicación. Cárdenas se encontró con un ambiente viciado al que nadie parecía poder escapar en México. Pudo, es verdad, haber obrado con mano más firme; pero ¿no todos los gobernantes han tenido temor de romper con los círculos que se forman en torno de los propios gobernantes y que constituyen fuertes pilares en los órdenes político y social?

Si Cárdenas rompe el círculo vicioso en el que han vivido los gobiernos de México, ¿cuánto bien hubiera dado a su país! Pero su carrera gubernativa ha sido demasiado precipitada; ha querido ir a todo, y a veces la fuerza del Ejecutivo se ha perdido arrollada por los altos sentimientos humanitarios del presidente de la República.

Sin embargo, durante el gobierno de Cárdenas no se han visto los espectáculos que han deshonrado a otras administraciones. Cárdenas no ha tenido un secretario de Hacienda que ha hecho ostentosas las riquezas obtenidas durante su gestión. Cárdenas no ha tenido un secretario de Economía con regalías de las empresas petroleras, que haya vivido una vida de orgía y que haya comprado las mejores fincas de la Ciudad de México. Cárdenas no ha tenido un secretario de Comunicaciones enriquecido con contratos favorables a sus propios intereses. Cárdenas no ha tenido

un secretario de Guerra que haya adquirido ingenios azucareros y haya especulado en la Bolsa de Valores de Nueva York.

LOS NEGOCIOS DE DÁMASO

No falta quien asegure que, en cambio, el general Cárdenas ha permitido el enriquecimiento de su hermano, el coronel y senador Dámaso Cárdenas. En esta acusación ha habido, como es natural, perfidia. No parece, de todas maneras, incierta la noticia de que el coronel Dámaso Cárdenas haya intervenido en algunas especulaciones que le han proporcionado la oportunidad de hacer fortuna; pero sin pretender exculpar al general Cárdenas, es necesario recordar la influencia que un hermano de un presidente de la República tiene entre los cortesanos que no han tenido el valor de rechazar los negocios que les haya presentado el coronel Cárdenas.

Estos negocios, por otra parte, han sido llevados al margen de la inversión que el gobierno federal ha hecho de los ahorros nacionales. El manejo de éstos ocupa un capítulo separado, que merece ser consignado como un capítulo en el que ha brillado la honradez, hasta donde han alcanzado los límites de prevención y de rigidez establecidos por el general Cárdenas.

México tendrá que agradecer siempre a Cárdenas que sus ahorros hayan sido empleados si no con el método u orden deseados, sí con la honradez que puede haber dentro de un régimen burocrático que hasta hace pocos años alcanzó un máximo de corrupción.

700 MILLONES INVERTIDOS

Cabe también señalar el hecho de que si algunas inversiones de los ahorros nacionales han sido desdichadas, no se debe a la falta de preocupación del gobierno, sino a que no es humanamente posible que todas las empresas realizadas y en las que se ha invertido, en cinco años y medio, más de setecientos millones de pesos, hayan sido coronadas con éxito. ¿ En dónde puede estar el hombre o el Estado capaces de no haber sufrido un solo fracaso en su vida?

Cierto que el Estado está obligado a garantizar el éxito en todas las empresas que emprende, supuesto que tal es la misión que “le ha confiado el pueblo”; pero ni en México ni en ningún otro país del mundo, el Estado ha sido capaz nunca de asegurar victoria.

Lo que sí ha de exigirse al Estado es la previsión; de aquí que los pueblos más civilizados sobre la Tierra busquen o sigan a los hombres más preparados para ocupar las más altas funciones del Estado. México, conducido por corrientes que provienen de una tradición contraria a la existencia de un Estado centralizado, no ha podido preparar estadistas. Sus gobernantes han sido siempre designados como consecuencia de “combinaciones políticas”.

EL ESPÍRITU EJECUTIVO DE CÁRDENAS

Cárdenas mismo, cuyo gobierno ha traído tantas y tantas sorpresas a México y a los mexicanos, era un impreparado al llegar al poder. Sin embargo, la “buena intención”, señalada por propios y extraños, por una parte, un alto sentido de responsabilidad, una acción emprendedora y un talento surgido en el desarrollo de su mandato, han hecho de Cárdenas, si no al estadista que sabe prever, metodizar, sí al gobernante que sabe ejecutar.

Ese espíritu ejecutivo que hay en Cárdenas es lo que para los enemigos del cardenismo —decimos cardenismo, suponiendo la existencia de un partido que apoya sin discusión alguna los mandatos del general Cárdenas— es dictadura.

Separadamente del poder político, hay otro poder que hace al general Cárdenas un presidente de indiscutible autoridad —no dictadura, sino autoridad—. Este poder es el moral. Pocos presidentes mexicanos han podido ejercer este poder que es tan determinante en las más críticas situaciones.

Lo más interesante de este aspecto de la vida política de Cárdenas es que éste no sabe tener amigos. La amistad para Cárdenas es un acontecimiento secundario en la vida del político, quizá en la vida de un hombre. No se le han conocido amigos; y aquellos a quienes se ha creído amigos, han sido “castigados” por el propio presidente. Varios ejemplos podrían citarse para comprobar que en Cárdenas no hay sentimientos de amistad; pero estos ejemplos pertenecen más a la biografía del actual presidente de México, que a la vida política del país que hemos venido examinando.

CÁRDENAS EN PLENITUD DE MANDO

No obstante ese grave defecto que hay en la vida de Cárdenas —en la vida del hombre y del gobernante—, éste ha llegado a la primera mitad del último año de su gobierno en toda su plenitud de mando.

La autoridad cardenista no ha venido a menos como ha ocurrido siempre con los presidentes que están por terminar su carrera en el Ejecutivo de la Nación. Cárdenas vive los mismos odios que vivió en 1935 y en 1936.

Precisamente por la aceptación general que hay en México sobre el poder de Cárdenas es por lo cual se cree que Cárdenas está en condiciones para obligar a que sea respetado el voto público, si es que hay voto, en las próximas elecciones de julio.

Y si la autoridad de Cárdenas parece indiscutible, sólo cabe llegar al final de esta serie preguntando: "¿Habrá elecciones?"

La interrogación no indica que las elecciones dejen de llevarse a cabo, sino que anuncia esta segunda pregunta: "¿Concurrirán los dos millones de ciudadanos mexicanos, aptos para depositar su voto, a las casillas que sean instaladas el 7 de julio?"

Un ligero estudio sobre este problema nos llevará a la conclusión esperada ansiosamente por todos los mexicanos que desearían seguir otros caminos que no sean por los que ha pasado el país cada vez que se le ha presentado el día de elegir al presidente de la República.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 16 de junio de 1940, año XIV, núm. 275, p. 1.

PANORAMA POLÍTICO DE MÉXICO

RESPONSABILIDAD DE CÁRDENAS EN LAS ELECCIONES

GARANTIZAR LA LIBERTAD DE SUFRAGIO

Está obligado, por la fuerza moral que tiene,
a hacer respetar el voto

UN RECURSO DE LOS CANDIDATOS

Demostrar que no cometen infracciones el día de la elección

CAPÍTULO IV Y ÚLTIMO

Si se acepta: 1o.— Que el general Lázaro Cárdenas ha llegado al primer semestre de su último año de gobierno en la plenitud del ejercicio de su autoridad;

2o.— Que el general Lázaro Cárdenas es poseedor de una autoridad moral, que se extiende a todos los órdenes de gobierno y que abarca a las fuertes porciones organizadas del país, es admisible aceptar también:

A— Que el general Lázaro Cárdenas, como presidente de la República, tiene en sus manos la suficiente autoridad para hacer que las elecciones nacionales del 7 de julio se efectúen con toda tranquilidad.

B— Que el general Lázaro Cárdenas, como jefe de un partido —no del PRM, sino de un partido que él y sus amigos llaman revolucionario— tiene la suficiente autoridad para obligar a quienes le siguen para que respeten el voto público.

C— Que el general Lázaro Cárdenas, gracias a su autoridad moral, puede restablecer la confianza popular para que los ciudadanos mexicanos acudan a las casillas electorales.

UNA SERIA RESPONSABILIDAD

Después de este ABC de la política cardenista, a nadie puede escapar que sobre Cárdenas descansa una seria responsabilidad en el capítulo final de la contienda electoral.

El país conoce bien a Cárdenas, y sabe, de antemano, que éste no podría argüir que la falta de respeto al voto público habría sido consecuencia de la ignorancia o mala fe de autoridades menores.

Se entiende claramente que el presidente Cárdenas no puede intervenir, teóricamente —esto es, de acuerdo con los severos mandatos constitucionales—, en la política de los gobernadores de los estados que no han tenido el menor recato para significar sus simpatías a favor de determinado candidato presidencial; pero también se entiende que el presidente Cárdenas, por su fuerza política y moral, sí puede señalar públicamente a los gobernadores que hubiesen violado flagrantemente el voto público.

No se ha visto en México, por supuesto, un acontecimiento de esta naturaleza. Los presidentes han dado siempre la impresión de que las autoridades inferiores han obrado por su propia cuenta en los periodos electorales, a pesar de que han sido los presidentes quienes en todas las veces han instruido a esas autoridades inferiores.

Un político, que fue una de las prominentes figuras en el gobierno del general Abelardo Rodríguez, nos ha referido que en octubre de 1934, cuando el general Antonio I. Villarreal, candidato a la Presidencia de la República, entró al Estado de Michoacán en gira electoral, el mencionado funcionario, por orden del general Calles y del entonces presidente Rodríguez, envió al gobernador michoacano un mensaje dándole un plazo de veinticuatro horas, para que obligara al general Villarreal a abandonar el citado Estado de Michoacán (copia auténtica de este mensaje la hemos tenido en nuestras manos).

UN DERECHO LEGÍTIMO

El general Cárdenas, sin embargo, ha quebrantado la vieja tradición política electoral de México. No ha dictado órdenes violatorias a las libertades políticas; no ha cometido

las torpezas de otros presidentes de la República. Esto no obstante, han sido notorias sus simpatías por la candidatura del general Manuel Ávila Camacho.

¿Quién tendría la audacia de negar las simpatías de Cárdenas para Ávila Camacho? Pero ¿quién también tendría el valor de negar al general Cárdenas el derecho de tener simpatía para uno de los candidatos a la Presidencia?

En los Estados Unidos, no obstante ser el país considerado como tradicionalmente democrático en la época contemporánea, ni el presidente de la República, ni los miembros del gabinete, ni sus amigos políticos, son capaces de ocultar sus simpatías por determinado candidato presidencial, ¿por qué en México se podría exigir un acto que es contrario a la razón humana al general Cárdenas?

Nadie, pues, tiene el derecho de discutir las simpatías de Cárdenas hacia el general Ávila Camacho. Lo que sí sería discutible y condenable sería el que Cárdenas empleara —después de las serias promesas que ha hecho, y después de su gran tarea como jefe del Ejecutivo Nacional— la maquinaria oficial para aplastar incondicionalmente al rival de Ávila Camacho.

LA AUTORIDAD MORAL

También sería discutible y condenable el que Cárdenas, no obstante la gran autoridad moral y política que posee, no hiciese uso de la fuerza ejecutiva para obligar a las autoridades inferiores a permitir que las elecciones se efectúen en un ambiente de tranquilidad y de que el sufragio sea respetado.

Es natural —por la misma naturaleza de los hombres, de la política, de las circunstancias— que una actitud resuelta del presidente Cárdenas le haría perder algunas fuertes columnas de su gobierno, por ejemplo —mas esto no haría sino consolidar su obra de seis años unida al sentimiento popular.

Lo anterior no quiere decir que el rival del general Ávila Camacho, el general Almazán, sea el candidato presidencial exclusivamente popular. No, también lo es Ávila Camacho. Éste tiene su popularidad.

El mal en esta trama electoral ha sido que la campaña a favor de Ávila Camacho tuvo, en su origen, los vicios de otras campañas electorales en las que tan directamente intervino la maquinaria oficial. Existe la seguridad de que si Ávila Camacho, con la experiencia adquirida en un año de campaña, hubiese comenzado por donde está a punto de terminar —en el fin de su campaña, Ávila Camacho ha tenido el buen sentido de atraer fuerzas populares contrariando la vieja táctica de elecciones anteriores—, de seguro que su candidatura no habría tenido que sufrir la acusación de “candidatura de imposición”.

UN RECURSO COMPROBATORIO

Sin embargo, todavía queda al general Ávila Camacho un recurso supremo para demostrar al país que si llega a triunfar, su triunfo no es obra de la maquinaria oficial sino de la fuerza de organización de sus partidarios. Este recurso es comprobar, limpiamente, que el 7 de julio el mayor número de votos fue depositado en su favor.

Y para hacer esta comprobación, necesariamente el general Ávila Camacho deberá dirigirse a sus partidarios y amigos y condenar, pública y enérgicamente, cualquier violencia durante el acto electoral, cualquiera violación de los votos en los colegios electorales y todo intento de cerrar las puertas de las Cámaras federales a quienes no sean precisamente aquellos a quienes ha designado candidatos el Partido de la Revolución Mexicana.

Si Ávila Camacho condena cualquier atentado contra los derechos ciudadanos, si sus partidarios permiten la instalación de las casillas que marque la ley, si sus amigos no rellenan fraudulentamente las ánforas, si en los colegios electorales se da entrada a todos los partidos, si las Cámaras dan asientos a los triunfadores, aunque éstos sean almacenistas o independientes, el general Ávila Camacho estará en posibilidad de comprobar su triunfo y de inaugurar un gobierno sano y vigoroso; tan sano y vigoroso como se necesita después de seis años de tareas supremas emprendidas por Cárdenas.

POR QUÉ SE PIDE TANTO DE ÁVILA CAMACHO

Pero si los partidarios del general Ávila Camacho emplean las tácticas eternas de violaciones y fraudes, si Ávila Camacho no tiene el valor para condenar esas tácticas, el general Ávila Camacho será perdido, aunque haya obtenido más votos que Almazán.

Y si de Ávila Camacho se reclama tanto, se debe a que es el candidato acusado de serlo únicamente del grupo oficial y no de la mayoría nacional. Y nada fuera si solamente se tratara de una acusación hecha por pasiones y odios políticos; pero es necesario recordar que esa acusación puede ser punto de partida para desórdenes en el país, desórdenes que es indispensable evitar a todo costo.

Si México puede ver elegir libremente a su próximo presidente, si éste llega al poder sin ser causa de tragedia alguna, en seis años más de paz y trabajo, cualquiera que sea el programa del próximo Ejecutivo de la Nación, México alcanzará una época de esplendor. El renacimiento que se ha comenzado a operar en las letras, en los métodos de la producción, en fin, en todos los órdenes de la vida mexicana, llegará a su punto culminante en el próximo periodo presidencial.

POCOS VOTAN EN MÉXICO

Mas no solamente Ávila Camacho está obligado a demostrar que fue el triunfador en las elecciones del 7 de julio. En igual condición se encuentra el general Almazán. Éste ha comprobado, hasta hoy, que a sus manifestaciones la gente concurre con mayor espontaneidad que a las de Ávila Camacho. Ha comprobado también que en algunas ciudades el número de partidarios ha sido mayor que el de su rival; ha comprobado que sus partidarios están llenos de entusiasmo y que el programa que presenta llena de satisfacción. Pero es necesario que compruebe que todas esas masas populares que lo han acompañado en día de fiestas, lo acompañarán también el 7 de julio presentándose a votar.

Para nadie es ignorado que en el país, el día de las elecciones, es un porcentaje ínfimo de ciudadanos el que concurre a depositar su voto. Los que no se presentan a votar son aquellos que tienen temor de hechos desagradables, los que no creen que su voto sea respetado, los que no son empadronados por deficiencia en el proceso electoral, los que se encogen de hombros creyendo que es igual que X o Z sea el presidente de la República: los que creen que siempre ha de ser jefe del Ejecutivo el candidato oficial.

Esta masa de indiferencia es un peligro para el almanismo. ¿Logrará el general Almazán vencer la resistencia de los miles y miles de ciudadanos indiferentes?

Si logra Almazán vencer a los indiferentes, el 7 de julio deberán presentarse a votar no menos de dos millones; la competencia entre Almazán y Ávila Camacho, sería un acontecimiento sin precedente en la historia de México.

UN JUEGO CON NUEVAS CARTAS

Si Almazán no logra vencer la indiferencia de los eternamente indiferentes, Ávila Camacho habrá triunfado, quizá no por una mayoría nacional, pero sí por una mayoría de votantes; y como la Constitución no exige que el candidato triunfante obtenga mayoría absoluta de los ciudadanos mexicanos, sino mayoría de ciudadanos que se presenten a votar, la victoria de Ávila Camacho será legal.

Sin embargo, Ávila Camacho debe tener la obligación moral de comprobar, hasta lo último, que ha logrado una mayoría de votantes. La vieja táctica de hacer aparecer al triunfador con dos millones de votos no haría sino enardecer los ánimos políticos y quizás nacionales.

En esta elección nacional que ha sido seguida con tanto interés por el país, tanto Almazán como Ávila Camacho están obligados a jugar con nuevas cartas y a exhibir sus cartas.

¿Podrá en esta vez el país ver que los candidatos, en vez de recurrir a las violencias, complazcan a los mexicanos haciendo la más completa comprobación de su triunfo?

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 23 de junio de 1940, año XIV, núm. 282, pp. 1-2.

EL ROMPIMIENTO CALLES-CÁRDENAS

LA CRISIS DE JUNIO DE 1935 TUVO SU ORIGEN EN EL TAMBOR

Que dos años antes de romper políticamente con el general Lázaro Cárdena, el general Plutarco Elías Calles expresó no sin cierta gravedad que parecía vaticinar los sucesos de junio de 1935, que no le gustaba el carácter independiente de Cárdena, y menos el desdén con que éste trataba a los amigos íntimos de él, de Calles, es lo que una persona que escuchó las palabras del expresidente de la República ha referido al representante de los *Periódicos Lozano*.

“No es que sea de carácter independiente, sino que todavía sigue siendo un rancho de Michoacán”, objetó Rodolfo Elías Calles al escuchar la expresión de su padre.

Las palabras del general Calles fueron lanzadas ante tres o cuatro personas, que se encontraban sentadas en el corredor delantero del pequeño bungalow que ocupaba el expresidente de la República en El Tambor, a fines de mayo de 1933, y mientras que el general Cárdena, en traje de baño y seguido por Gabino Vázquez, corría a lo largo de la playa, dando grandes zancadas y pareciendo querer probar su resistencia física.

PREOCUPADO

“Lázaro me ha dicho en muchas ocasiones que se considera como tu hijo...” —agregó Rodolfo dirigiéndose a su padre, quien, con la mirada fija en el mar, ceñudo y con el ligero movimiento en los labios que hace cuando no puede ocultar alguna preocupación, parece querer adivinar lo que sería de su futuro y del futuro de sus amigos.

Calles, sin embargo, no volvió a hablar. Con un “¿qué pasará?” pintado en el rostro, se levantó de su asiento, encorvado y arrastrando los pies para que las chancletas no se le escaparan y mientras la brisa permitía que las pijamas de seda que vestía se estamparan en su cuerpo, entró en el bungalow, siguiéndole al poco tiempo sus amigos.

Ya dentro del bungalow, el expresidente de la República, siempre con el rostro adusto, se sentó ante una mesita, tiró sobre la cubierta de ésta una baraja americana y, arreglando las fichas, invitó al gobernador de Sinaloa, Manuel Páez, y a las tropas personales que lo acompañaban a jugar.

El juego, según nos dice el testigo presencial de la escena, pareció disipar rápidamente en la mente del general Calles las dudas que abrigaba respecto a la conducta futura del general Cárdenas.

RUEDA MAGRO

Además, el doctor Rueda Magro empezó, como todos los días, a contar cuentos y a referir anécdotas y a hacer alusión a algunos actos poco dignos de funcionarios callistas. El expresidente, sin levantar la cabeza, seguía jugando, pero no por ello dejaba de festejar los chistes y los chismes del doctor Rueda Magro, que era fama, por lo menos entre la pequeña “corte” de El Tambor, de ser el único hombre que hacía sonreír al general Calles.

Del doctor Rueda Magro se decía, entre los íntimos del expresidente, que tenía la particularidad de que todo lo que hablaba le caía al “jefe” tan en gracia que le caían siempre las palabras y las canciones de Carlos Riva Palacio.

Y mientras que el expresidente de la República echaba albures con el gobernador Páez (albures que casi siempre se dejaba ganar el gobernador, para festejar la “buena suerte” del “jefe”), en la playa continuaba el general Cárdenas corriendo y a veces entrando al agua para jugar como un chiquillo, y a veces tirándose sobre la arena.

También afuera del bungalow estaban los amigos que acompañaban al futuro presidente de la República, y quienes de una manera notoria se mantenían alejados del grupo del general Calles.

SORPRENDENTE FRIALDAD

Esta escena, según asegura el testigo presencial, se registraba como a las 10 de la mañana, y una hora después, ya fatigado por el extenuante ejercicio al que se había sometido, el general Cárdenas entró al bungalow.

Al presentarse en el pequeño salón en donde el general Calles seguía teniendo éxito en el juego, las personas que rodeaban al expresidente se pusieron de pic, ofreciendo asiento al candidato presidencial.

Pero ante la sorpresa de todos, y mientras que el expresidente Calles, sin levantar la vista, barajaba los naipes con gran agilidad, el futuro presidente rehusó el asiento pidiendo excusas para retirarse a descansar.

CÓMO ACEPTÓ CÁRDENAS SU CANDIDATURA

No era ésta la primera vez que tal cosa acontecía. Cárdenas había llegado a El Tambor después de haber hecho un viaje a Sonora en donde, después de conferenciar con el gobernador Rodolfo Elías Calles, había resuelto aceptar su candidatura presidencial. El futuro Primer Mandatario no había querido dar un paso definitivo en la aceptación de su candidatura, sin antes hablar clara y francamente con Rodolfo, ya que había tenido informes de que era el gobernador de Sonora y no él, Cárdenas, el candidato del general Calles.

El gobernador de Sonora no solamente negó que él tuviera ambiciones presidenciales, sino que le aseguró que su padre, el expresidente, vería con gusto que Cárdenas aceptara su candidatura, y ya en este entendido, gobernador y candidato decidieron hacer juntos un viaje a El Tambor.

Calles recibió al general Cárdenas con extremadas muestras de cortesía y amabilidad, lo cual era bien raro en el expresidente, ya que era más severo hacia quienes iba a encumbrar o creía que iba a encumbrar, que con los amigos íntimos, a quienes trataba como subordinados.

BRUSCO CAMBIO

Pero esa amabilidad con que había recibido Calles al general Cárdenas terminó al siguiente día de la llegada a El Tambor del futuro presidente.

Este cambio se debió no a lo que ambos hombres hayan platicado en las horas que permanecieron frente a frente y acompañados sólo por Rodolfo, sino a la actitud de independencia que asumió el general Cárdenas al siguiente día de su llegada.

En efecto, al día siguiente, según dice el testigo ocular, Calles y Cárdenas aparecieron en el "porch" del bungalow vestidos de traje de baño. El expresidente señalaba con el índice los lugares más propios para tomar un buen baño. Ambos se dirigieron a la orilla del mar; Calles llevaba en las manos una gran pelota de hule, y arrojándola al agua, fue tras de ella.

Cárdenas vio cómo el general Calles, dando grandes brazadas, se alejaba mar adentro y en lugar de seguirle se separó del lugar, y acompañado de Gabino Vázquez emprendió la carrera a lo largo de la playa y como a dos o trescientos metros se le vio entrar al agua.

El expresidente de la República seguía nadando; a veces bocarriba daba muestras de ser nativo de un puerto; luego, jubiloso, jugaba con la pelota sobre la cual se lanzaba rápidamente y lleno de gozo.

Pero al placer que había experimentado sobre el agua, siguieron en Calles momentos de malestar manifiesto, cuando al regresar a la playa se dio cuenta de que el general Cárdenas le había abandonado para ir, con uno de sus amigos de confianza, a nadar a un punto lejano.

Calles apareció entonces adusto, y sin retozar sobre la arena como generalmente lo hacía después del baño, se dirigió al bungalow en donde se encerró a conversar con su hijo Rodolfo. Más tarde se pasó a jugar a los naipes, pudiendo ver en esa ocasión, por vez primera, que al futuro presidente de la República le disgustaba el juego.

Y a pesar de que el expresidente siempre fue muy medido para hablar de sus amigos que estaban en el poder o que estaban a punto de escalarlo, el general Calles no pudo dejar de escapar la frase por la cual criticaba el carácter independiente del general Cárdenas, que seguramente le hizo experimentar la "corazonada" de que entre él y el futuro presidente, habría, tarde o temprano, un rompimiento político y amistoso.

Magazín de *La Opinión*, domingo 15 de marzo de 1936, año x, núm. 182, p. 6-7.

REALIDADES DE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

MÉXICO SE JUEGA SU PORVENIR POLÍTICO

PRUEBA PARA LA LIBERTAD DE SUFRAGIO

México sabrá pronto si puede contar con ese sistema para elegir a sus gobernantes

INICIACIÓN DE LA LUCHA PRESIDENCIAL

Cómo surgieron Magaña, Sánchez Tapia, Ávila Camacho, Múgica y, por fin, Joaquín Amaro

CAPÍTULO I

México se juega, políticamente, el porvenir de toda una generación, en las elecciones nacionales del 7 de julio. De aquí la importancia que ha tenido, para lo futuro, la campaña presidencial comenzada formalmente en el mes de enero de 1939 y que ha terminado semanas antes de los comienzos de 1940.

Si económica y socialmente, el país ha pasado, en los últimos cinco años y medio, por serios ensayos, de no menor cuantía y trascendencia es el ensayo democrático que se ha llevado a cabo y que culminará con las elecciones del 7 de julio. Después de este ensayo político, México sabrá si es o no el sufragio universal la mejor forma de elegir a sus gobernantes, o si será menester buscar nuevos métodos colectivos.

El siglo pasado fue pródigo para México y los mexicanos en lo que hace a las formas para elegir a los gobernantes, y aun fueron ensayados varios sistemas de gobierno.

En lo que respecta a las formas de elección, quiso el partido dominante en los últimos años del siglo XIX, que quedase como fórmula legal la designación de los gobernantes por medio del sufragio universal, en tanto que la República quedó afirmada como sistema de gobierno.

LIMITACIONES DEL SUFRAGIO

Sin embargo, el sufragio universal quedó bajo las más estrechas limitaciones; pues aunque la ley no fijó esas limitaciones, el país no pudo alcanzar a contemplar una elección libre de gobernantes. Las elecciones fueron realizadas durante el régimen porfirista bajo un sistema especial confeccionado por las autoridades, que si no fue la "libre expresión popular", sí fue el que el partido dominante pudo encontrar para que el país tomara el camino de la paz.

La revolución de 1910, que condenó el procedimiento electoral que había subsistido en México desde el triunfo de la República, abrió nuevos caminos; pretendió crear un espíritu democrático e intentó que el sufragio universal dejase de ser una especulación política y se convirtiese en una realidad.

Si el partido triunfante, como consecuencia de los sucesos de 1910, no pudo ver realizada la democracia ni asegurado el respeto al sufragio universal, sí logró iniciar la formación de una nueva generación política que, a partir de entonces, ha venido proclamando la necesidad de la democracia y de la efectividad del sufragio.

En 30 años de batallas políticas las prédicas democráticas han formado una fuerte generación que día a día reclama lo que no se ha hecho y exige que se haga. De aquí que las campañas electorales tomen mayor cuerpo, y que se comience a confiar en lo que hasta hace poco no se confiaba.

AL INICIARSE LA LUCHA

La campaña electoral comenzada en enero de 1939 abrió de nuevo la posibilidad de una realización democrática; y aumentó esa posibilidad la actitud del presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, quien en su mensaje al Congreso en septiembre del año anterior, aunque condenando una campaña electoral prematura, hizo conocer

la firme resolución del gobierno de no intervenir, en el sentido de imposición, en los comicios de 1940.

Cuando el presidente Cárdenas leyó su mensaje al Congreso, ya habían sido iniciados sendos trabajos electorales a favor de dos candidatos a la Presidencia: los generales Gildardo Magaña y Manuel Ávila Camacho. Se hablaba de otros dos candidatos: los generales Francisco J. Múgica y Rafael Sánchez Tapia. Múgica, sin embargo, parecía inadvertido de que sus amigos y partidarios movían algunos recursos en su favor; en tanto que Sánchez Tapia se dedicaba únicamente a conquistar adeptos entre los militares.

A la sazón, el general Magaña era gobernador constitucional de Michoacán. Ávila Camacho ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina; Múgica era el titular de Comunicaciones y Sánchez Tapia el comandante de la Primera Zona Militar, que comprende al Valle de México.

Hasta fines de 1938, los trabajos a favor de Magaña y de Ávila Camacho habían sido realizados cautelosamente. Ambos parecían estar favorecidos con el apoyo del mundo oficial; y los líderes políticos profesionales movían todas sus actividades en torno de los dos presidenciables, a pesar de que tanto Magaña como Ávila Camacho habían rechazado todas las insinuaciones que se les hicieron desde la primera semana de 1938.

DESCONCIERTO ENTRE LOS POLÍTICOS

Algunos líderes políticos —senadores y diputados, en su mayoría— jugaban doblemente. En el mes de abril un grupo de senadores visitó al general Magaña en Morelia, para indicarle que habían resuelto apoyar su candidatura. Magaña los rechazó cortésmente, indicándoles la conveniencia de esperar a fin de no provocar inquietudes políticas prematuras, al mismo tiempo que les hizo saber que él, Magaña, no tenía intenciones de figurar como candidato a la Presidencia. Días después los mismos senadores acudieron al general Ávila Camacho llevados por las mismas pretensiones. Ávila Camacho se mostró también sereno, sabedor de que los senadores previamente habían "tanteado" el terreno cerca del gobernador de Michoacán.

Desconcertados los líderes políticos con las actitudes de Magaña y Ávila Camacho, se dirigieron al general Múgica, quien con toda franqueza rechazó las insinuaciones que se le hacían e invitó a los senadores para que se abstuvieran de continuar los trabajos presidencialistas que habían iniciado, no obstante lo cual, comenzaron a formarse grupos cuyas tareas apenas trascendían al público, pero que eran bien conocidas del mundo oficial.

Se debió seguramente a los trabajos que tan activamente llevaban a cabo senadores y diputados, que el presidente de la República hubiese dedicado un capítulo de su mensaje al Congreso al problema de la sucesión presidencial, pues ya para entonces era sabido la existencia de un bloque en ambas Cámaras federales que estaba resuelto a apoyar la candidatura del general Ávila Camacho.

EL PODER DE LOS GOBERNADORES

Hasta septiembre de 1930, tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados había una mayoría expectante. Esto es, una mayoría que esperaba sin atreverse a hacer un compromiso con los partidarios francos de quienes hasta entonces eran señalados como los más probables candidatos. A la conquista de esa mayoría se dirigieron todos los esfuerzos de los partidarios del general Ávila Camacho, valiéndose de un argumento que ya era de uso y de costumbre, desde hacía largos años, en las campañas presidenciales mexicanas. Este argumento era que el general Cárdenas, presidente de la República, “apoyaba” al secretario de Defensa Nacional, considerado como “hechura cardenista”, ya que Ávila Camacho había militado por largos años bajo las órdenes del general Cárdenas.

Más conocida la resolución del presidente Cárdenas de no inclinar a la maquinaria oficial a favor de uno de los presidenciables, el grupo de senadores y diputados camachistas no logró el éxito que buscaba, pues todavía para octubre de 1938, la posición de los candidatos parecía muy confusa.

Existía un poder que estaba llamado a determinar la fuerza política de alguno de los candidatos. Esta fuerza la constituían los gobernadores de los estados. El papel de éstos en la campaña estaba llamado a ser de primera línea, como resultado de la política no intervencionista del gobierno federal.

MAGAÑA PARECÍA EL MÁS INDICADO

Los gobernadores se mostraban vacilantes. Varios de ellos se habían acercado al presidente Cárdenas pidiéndole su parecer sobre el problema de la sucesión presidencial. Cárdenas no solamente había condenado de nuevo cualquier campaña prematura, sino que también desautorizó la intervención de las autoridades en esa campaña.

Urgidos por los senadores y diputados, y a pesar de la recomendación del presidente, los gobernadores comenzaron a participar activamente en los trabajos electorales. Siete gobernadores, por lo menos, se dirigieron personalmente al general Magaña, pidiéndole que aceptara inmediatamente su candidatura y ofreciéndole su incondicional apoyo. Magaña rechazó la oferta, insistiendo en que no tenía ambiciones presidenciales y, por otra parte, estimaba que, siguiendo la línea de conducta que había trazado el general Cárdenas, la aparición de un candidato a la Presidencia debería de ser resultado de un movimiento popular y espontáneo y no procedente de la maquinaria oficial.

Hasta esos días, el general Magaña parecía ser, no sólo por sus antecedentes políticos, sino principalmente por el papel que desempeñaba entre los gobernadores de los estados que se habían reunido en la Ciudad de México formando un grupo de fuerte apoyo al gobierno federal, el hombre más indicado para ser el candidato popular a la Presidencia de la República, contando al mismo tiempo con el poder moral del gobierno.

FUERTE APOYO PARA ÁVILA CAMACHO

Cuando se den a conocer lo que llamaremos los “secretos” de la campaña presidencial, se podrá apreciar si Magaña, al no aceptar el apoyo que le daban los gobernadores de los estados que a él se habían dirigido, estaba o no en lo justo. Por hoy, baste saber que los gobernadores, sintiéndose desairados por la actitud de su colega michoacano, encaminaron sus pasos hacia la fuerza que iba tomando la candidatura del general Manuel Ávila Camacho.

Un punto de apoyo de enorme cuantía para Ávila Camacho fue su hermano Maximino, gobernador del Estado de Puebla, hombre de carácter, de audacia, quien había logrado reunir en torno de él a viejos políticos mexicanos de grandes alcances, y entre éstos al licenciado Emilio Portes Gil, expresidente de la República.

El gobernador poblano, hábil y trabajador, logró formar un grupo de gobernadores de franca filiación camachista. Los primeros gobernadores reunidos por Maximino Ávila Camacho fueron los de Veracruz y de Tabasco. Éstos, llevados a la pendiente política, no se detuvieron, y sin encontrar obstáculos que vencer, en pocas semanas hicieron progresos increíbles en un principio.

La conquista de gobernadores se hizo casi simultáneamente con la conquista de altos jefes del ejército, a pesar de que muchos de éstos estaban comprometidos con el general Rafael Sánchez Tapia.

CRISIS PROVOCADA POR SÁNCHEZ TAPIA

Tan seguro estaba éste de contar con el apoyo de un buen número de jefes del ejército, que comenzó por provocar una crisis en el gabinete presidencial.

Todavía a fines de 1938, nadie se podía explicar cómo el general Sánchez Tapia se atrevía a dar un paso en firme a la campaña presidencial, cuando hasta entonces no era posible poner en duda las fuerzas políticas de que disponían Ávila Camacho y Magaña. Pero la verdad es que Sánchez Tapia había alcanzado grandes progresos en la conquista de los militares, despreciando a los líderes profesionales y a los gobernadores de los estados.

Confiado, pues, en que los jefes del ejército serían el eje de su campaña presidencial, Sánchez Tapia planteó ante el presidente de la República la necesidad de que las fuerzas de dos de sus rivales, que ocupaban los ministerios de Comunicaciones y de la Defensa, quedasen en "igualdad de condiciones" a la que él, Sánchez Tapia, tenía. Múgica y Ávila Camacho fueron señalados por Sánchez Tapia como "presuntos candidatos que se estaban aprovechando de su alta investidura oficial", para hacer progresos en su campaña.

Si es verdad que por lo que respecta al general Ávila Camacho, éste se encontraba ya en camino electoral, lo cierto es que Múgica era ajeno a las actividades que en su favor desarrollaban sus amigos. Nadie, hasta entonces, se había permitido hacer insinuaciones formales a Múgica.

TRES RENUNCIAS

Sin embargo, al plantearse la crisis, fue Múgica el primero en hacer su resolución de retirarse del ministerio de Comunicaciones, obligando así a Ávila Camacho a renunciar también a la Secretaría de la Defensa. Por su parte, Sánchez Tapia se separó de la jefatura de la zona militar del Valle de México.

De los cuatro candidatos mencionados hasta los primeros días de 1939, solamente el general Gildardo Magaña continuó desempeñando un cargo oficial, ya que, conforme a la Constitución, estaba obligado a renunciar al gobierno de Michoacán precisamente un año antes de que se efectuaran las elecciones nacionales.

Con las renuncias de Múgica, Ávila Camacho y Sánchez Tapia, el panorama electoral de México tomaba un nuevo e interesante sesgo; tan nuevo e interesante que hay que seguirlo despacio a través del año de 1939.

LA CAMPAÑA EN 1939

En los primeros días de enero de 1939, había tres candidatos a la Presidencia de la República: Francisco J. Múgica, Manuel Ávila Camacho y Rafael Sánchez Tapia. Un cuarto candidato, el general Gildardo Magaña, mantenía una actitud expectante.

Ninguno de los tres primeros candidatos había dicho una sola palabra. No solamente se ignoraba si aceptarían formalmente sus candidaturas, sino que también se ignoraba cuáles eran sus doctrinas.

La campaña comenzó a desarrollarse con la instalación de comités y de clubes; pero al igual que los candidatos, ni los clubes ni los comités hacían declaración alguna. Un misterio parecía rodear a los tres candidatos; un temor parecía dominarles en cuanto a dar a conocer sus principios.

El país parecía reclamar que se le diese a conocer quiénes eran los candidatos, qué antecedentes tenían y qué programas sustentarían. Toda la campaña bordaba en torno de la maquinaria oficial, y hasta fines de enero, ningún intento hacían los candidatos para conquistar las simpatías populares.

El primero de los candidatos en romper el silencio, en invitar a la discusión, en exponer sus ideas con toda claridad, fue el general Francisco J. Múgica.

Para el país, el general Múgica era el jefe de una izquierda extrema, en tanto que Sánchez Tapia representaba al partido moderado. El rumbo que podía tomar el general Ávila Camacho era completamente desconocido.

EL DOCTRINISMO DE MÚGICA

Múgica, sin embargo, al hacer sus primeras declaraciones, desconcertó a sus rivales, pues no solamente con todo valor encaró los problemas nacionales, sino que puso en claro que no era el extremista que el país había creído. Múgica presentó un cuerpo de doctrina insuperado por los otros candidatos. El exsecretario de Comunicaciones hizo conocer a México que era hombre de capacidad y de talento, y que sabía a donde iba. Y fue tan clara y tan precisa la exposición de Múgica, que Sánchez Tapia se vio obligado a hablar también. Lo hizo con recelo, con ambigüedades, no era ni la derecha ni la izquierda en la política mexicana; pretendió ocupar el centro, pero un centro de titubeos que lo mismo parecía inclinado a combinaciones derechistas que a combinaciones izquierdistas.

Con sus palabras, Múgica pudo haber logrado grandes ventajas en su campaña; pero Múgica esperaba un movimiento espontáneo en torno de su candidatura y no un movimiento forjado en intereses políticos y mercantiles.

De los tres candidatos, Múgica era, sin discusión alguna, el hombre más entero, más firme, más consistente; quizás el más capacitado para ocupar la Presidencia de la República.

Sánchez Tapia, en cambio, daba la impresión ser el más brioso, pues en pocos días puso en movimiento a sus partidarios, eligiendo para dirigir su campaña a gentes desconectadas con los medios políticos.

SURGE AMARO

Ávila Camacho continuó guardando silencio. Rehusaba hablar con los periodistas, y ni autorizaba ni desautorizaba los trabajos que se hacían en su favor. Con esta actitud dio la impresión de que sólo esperaba el favor oficial.

Y en tanto que los tres primeros candidatos estaban en plena campaña electoral, un nuevo movimiento se desenvolvía en el país con una fuerza aparente, fundada en deseos populares. Esta fuerza era la llamada oposición mexicana, esto es, la corriente contraria al gobierno y a los tres candidatos señalados como gobiernistas.

La oposición buscaba ansiosamente un jefe. ¿Quién podría serlo? El nombre del general Joaquín Amaro, exsecretario de Guerra en el régimen callista, comenzó a sonar como el más probable jefe de la oposición.

Para no comprometerse notoriamente, y con el buen tino del observador, el general Amaro había salido del país. Estaba todavía en armonía con el gobernador, por más que se tenían noticias de que meses antes había expresado al presidente Cárdenas su contrariedad ante ciertos actos del gobierno federal: el de la "colectivización" de las tierras de la región lagunera.

Y en tanto que Amaro se alejaba al extranjero para observar los primeros acontecimientos de la campaña presidencial, antes de dar un paso en firme para lo futuro, la oposición seguía tomando cuerpo encabezada por el general Manuel Pérez Treviño.

POLÍTICOS CAÍDOS

Éste, que había sido rival del general Cárdenas en las elecciones de 1934, después de renunciar a la misión diplomática que había encabezado en España, se dedicaba a reunir a los políticos caídos, principalmente a los políticos que habían figurado en el régimen callista.

Con valor, Pérez Treviño enarboló la bandera antigobiernista, acusando al gobierno del presidente Cárdenas de estar entregado a los comunistas. De aquí que al partido

que organizó le diera el nombre de Anticomunista. Había, sin duda alguna, mucha exageración en la bandera de Pérez Treviño; pero políticamente era una bandera capaz de dar guerra a las huestes gobiernistas.

Mayor desarrollo alcanzó la oposición con el regreso al país del general Amaro, quien seguidamente de su regreso, pidió licencia ilimitada para separarse del ejército y para dedicarse a asuntos políticos electorales.

La organización del Partido Anticomunista (PRAC) y la determinación del general Amaro preocuparon demasiado al gobierno. El general Cárdenas, perdiendo la serenidad que había sido su más poderosa arma desde el comienzo de su gobierno, utilizó todos los vehículos de propaganda oficial para acusar a Pérez Treviño, aunque indirectamente, de haberse convertido en un resorte de la "reacción".

La actitud del presidente de la República no hizo más que embravecer a los opositoristas, y el partido de Pérez Treviño, que posiblemente no habría logrado atraer la atención nacional, pudo extenderse rápido y amenazante por todo el país. Y tan amenazante fue este primer movimiento de la oposición, que un manifiesto del general Amaro alarmó al gobierno en grado superlativo, dando ocasión a que los políticos profesionales diesen rienda suelta a sus acostumbradas acusaciones contra "la reacción y los reaccionarios".

PERDIÓ SU GRAN OPORTUNIDAD EL PRAC

Amaro se convirtió así en el centro de la oposición. Y si a su manifiesto sigue una actitud enérgica, firme y desenvuelta tanto del general Amaro como del PRAC y de los opositoristas, Amaro se habría convertido a partir de entonces en el candidato único de oposición.

Tanta fue la impresión que causó el manifiesto de Amaro, tanto el temor inoculto del gobierno y de los gobiernistas, que si el PRAC continúa tomando la iniciativa que había tomado en sus comienzos, nadie ni nada le detiene en su carrera hacia la conquista del poder.

Mas antes de continuar con Amaro y el amarismo, que tan importante papel desempeñaron en los comienzos de la campaña presidencial, es necesario volver a los medios oficiales en los que se disputaban un triunfo los generales Ávila Camacho, Sánchez Tapia y Múgica.

Los opositoristas encontraron desorganizados y desorientados a los políticos profesionales del mundo oficial. Las fuerzas de lo que se llamaba el "partido revolucionario", estaban divididas, profundamente divididas.

La candidatura de Múgica era la de origen más espontáneo; la de Sánchez Tapia no pasaba la línea de los militares comprometidos con el tapismo; la de Ávila Camacho estaba vacilante, puesto que ni siquiera tenía el valor de exponer el más ligero programa político.

Entretanto, los trabajos a favor de la candidatura del general Magaña se realizaban casi en el misterio, pero sobre bases más sólidas de las que aparentemente se veían.

BLOQUES CAMACHISTAS Y MAGAÑISTAS

A la organización de un bloque camachista en el que figuraban varios gobernadores y un buen número de senadores y diputados correspondió la de un bloque de gobernadores dispuestos a apoyar a Magaña. Éste, sin embargo, se rehusaba a aceptar que su candidatura partiese de la iniciativa de autoridades locales. Al igual que Múgica, Magaña creía en la posibilidad de que el mundo oficial fuese arrastrado hacia determinada candidatura por la fuerza de un movimiento popular, y no que éste fuese improvisado por la autoridad.

Los partidarios del general Múgica dirigían sus esfuerzos hacia la conquista de los sindicatos obreros; pero advertidos éstos de que tenían que hacer abstracción de sus líderes, ya que éstos capitaneados por el licenciado Vicente Lombardo Toledano tenían ligas con el general Ávila Camacho. Los magañistas, en cambio, dirigían sus miradas hacia la conquista de las masas campesinas, pero sin detenerse en consideraciones hacia los líderes agraristas comprometidos, juntamente con Lombardo Toledano, con el camachismo.

A principios de febrero de 1939 los magañistas contaban con el apoyo de la mayoría de los miembros del comité directivo de la Confederación Campesina, así como el apoyo resuelto de las comunidades agrarias de 14 estados de la República. Seis gobernadores estaban comprometidos con los magañistas, y un buen número de diputados parecía dispuesto a engrosar las filas del general Magaña inmediatamente que éste se dispusiera a aceptar su candidatura.

EL PROGRAMA DE MAGAÑA

Cauteloso como el que más, el general Magaña, antes de determinar su posición en la campaña presidencial, hizo conocer sus principios políticos y sociales. Al igual que el general Múgica, el general Magaña tuvo el valor de exponer el programa. Era un pro-

grama no de continuación cortesana, sino de consolidación nacional. Se situaba en el mismo paralelo que el general Múgica y en un país en el que hubiesen podido quedar, a fines de febrero, dos candidatos presidenciales: Magaña y Múgica. Una lucha entre dos hombres de los tamaños de Múgica y Magaña habría enaltecido a México y a los mexicanos. No fue ése, desgraciadamente, el curso que habría de tomar la campaña presidencial.

A las actividades de limpieza política que desarrollaban los muguquistas, correspondieron las actividades siempre turbias y de combinaciones a las que tanto apego tienen los políticos profesionales.

Entró en juego en esos momentos, en los que el candidato del mundo oficial pudo haber tenido antes que el apoyo de este mundo el apoyo popular, la directiva del Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

ENTRA EN ACCIÓN LA CTM

Éste, dirigido por el licenciado Luis L. Rodríguez, joven de grandes ambiciones y sin más méritos que su oratoria, pretendió abreviar la campaña presidencial, temeroso precisamente de lo que querían Múgica y Magaña, esto es, de que se diese ocasión a las mayorías a expresar sus opiniones en torno del problema de la sucesión presidencial.

Fue necesario, ante la precipitación con que el PRM y los políticos profesionales querían conducir la campaña, la intervención del general Cárdenas, quien insistió en pedir ponderación a los políticos. Mas estos estaban ya en el torbellino de la campaña, y obrando con los procedimientos siempre en boga en el país, evitaron que los sindicatos obreros y campesinos —núcleos centrales de la fuerza del PRM— expresaran libremente sus sentimientos. Los directivos de las organizaciones agrarias que estaban empeñadas en que se les diese oportunidad a las comunidades para expresar su voluntad fueron expulsados mediante golpes de audacia, y lo que parecía que se realizaría democráticamente, quedó sometido a los mandatos de los políticos profesionales.

Sin escuchar la voz de quienes apoyaban otras candidaturas, la Confederación Campesina se declaró a favor del general Manuel Ávila Camacho; otro tanto hizo la Confederación de Trabajadores de México (CTM), bajo la dirección de Lombardo Toledano.

A partir de ese momento, se vio claramente que dentro del mundo oficial no había más que un candidato, y éste era el general Ávila Camacho.

Fue éste un golpe muy serio sobre las candidaturas de los generales Magaña y Múgica. Para los partidos de éstos quedaba, sin embargo, todavía un recurso, realizar un

movimiento tendente a la expulsión de las organizaciones obreras y campesinas de los líderes y políticos profesionales.

¿Qué repercusiones podría tener este movimiento en pro de la democracia? ¿Cuáles serían sus consecuencias?

Llegamos aquí al punto culminante de la primera fase de la campaña presidencial.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 30 de junio de 1940, año xxviii, núm. 139, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 30 de junio de 1940, año xiv, núm. 289, pp. 1-2.

REALIDADES DE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

DOS HOMBRES SE DISPUTAN HOY EL PODER EN MÉXICO

CÓMO HALLÓ CANDIDATO LA OPOSICIÓN

Temerosa del impulsivo Amaro, cayó en Almazán

A PESAR DE QUE ALMAZÁN NO ES EL HOMBRE PERFECTO,
LOGRÓ ENORME POPULARIDAD

Con él, la oposición obtuvo lo que no había logrado en
los últimos 20 años: levantar un sentimiento popular

UN INCIERTO PANORAMA EN EL PAÍS

La votación de hoy, si es precisa, lo aclarará

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

Con las convenciones políticas de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y de la Confederación Nacional Campesina (CNC), la campaña presidencial llegó a su punto más importante y casi definitivo para el futuro del problema de la sucesión presidencial.

En las convenciones de la CTM y la CNC fue adoptada la candidatura del general Manuel Ávila Camacho.

Un hecho de gran significación para el país contribuyó a que la candidatura del general Ávila Camacho fuese considerada como impositiva. Consistió este hecho en la poca o ninguna táctica de los líderes políticos profesionales, cuando en lugar de hacer un alto en las manifestaciones camachistas tanto de la CTM como de la CNC, se movieron demasiado aprisa y produjeron un programa contrario al espíritu que se tiene noticia ha animado siempre al general Ávila Camacho, y contrario también al espíritu nacional.

Los líderes profesionales encargados de dirigir las primeras maniobras de conquista camachista pretendieron continuar la vieja táctica del general Calles, quien precedía la designación de un candidato presidencial con la manufactura de un programa de avanzados propósitos sociales y económicos. Pero si el general Calles logró triunfos innegables en su táctica política y electoral, no así pudieron obtener la victoria los dirigentes del camachismo; les faltó el talento, les faltó la audacia y les faltó la energía que hay en el general Calles.

LA TÁCTICA DEL SILENCIO

No era posible que los políticos que rodearon a partir de enero al general Ávila Camacho pudiesen repetir un discurso electoral ya empleado por un régimen tan fuerte como había sido el del general Calles. De esta manera un programa "avanzado" expuesto y aprobado por la convención de la CTM y de la CNC sólo produjo un efecto contrario al que esperaban los líderes camachistas; y no solamente fue éste el resultado en la repetición del discurso del general Calles, sino que el propio general Ávila Camacho se encontró en una situación tan delicada, que hubo de seguir una táctica inconcebible en un candidato a la presidencia de la República Mexicana. Esta táctica fue la del silencio.

El general Ávila Camacho no supo ya a partir de ese momento qué decir, ni qué opinar; y lo que fue todavía más angustioso para su candidatura: no supo quiénes eran sus amigos o sus enemigos.

El mes de marzo de 1939 surgió la política mexicana oscura a la vez que vacilante. Todo parecía indicar que ante el silencio del general Ávila Camacho, ante la falta de táctica de los dirigentes camachistas y ante las veleidades observadas entre los altos funcionarios del gobierno, sólo un hombre de decisión podía en este instante salvar la situación política y llevar al país por otro camino —que no era el de la imposición condenada por lo menos públicamente por el presidente Cárdenas— y sí por el sendero de la popularidad.

EL MANIFIESTO DE AMARO

Con gran tino y con gran valor el general Joaquín Amaro eligió esta hora para expedir un manifiesto en el que si abundaban las buenas razones, faltaba un sentido de alta política nacional. Amaro no debió haber "calentado" el ambiente político con un primer documento; debió haber tenido la serenidad para entrar a una contienda sin alarmar prematuramente a los rivales políticos.

Sin embargo, el general Amaro despertó en el país un sentimiento de hostilidad para la candidatura del general Ávila Camacho.

Animada como consecuencia del manifiesto del general Amaro la opinión popular, y temerosa ésta a un choque inmediato con el "Poder Público", los políticos opositores mexicanos, tibios siempre, incomprensibles siempre y faltos de doctrina siempre, tuvieron temores de ser llevados por el amarismo a la violencia inmediata, y se dieron a buscar a otro hombre que les ofreciera no un triunfo guerrero como el que parecía ofrecer el general Amaro, sino un triunfo cívico más en consonancia con un país cansado por las guerras civiles.

SURGE ALMAZÁN

Surgió así una nueva candidatura: la del general Juan Andreu Almazán.

En la realidad de las realidades el general Almazán no podía constituir una garantía en el campo político de México; y no podía constituirlo porque su personalidad estaba más ligada a intereses mercantiles que a intereses cívicos y populares. ¿Qué había hecho en 19 años de paz nacional el general Almazán que pudieran revelar en él una personalidad de hombre de sacrificio y de Estado?

Si México tenía algo que exigir a cualquiera de los candidatos a la Presidencia de la República era una historia seria y fuertemente arraigada en el corazón de la nacionalidad mexicana. Almazán no podía, entre las virtudes o no virtudes que le adornan, presentar al país la historia política que el país exigía a su futuro presidente.

Presentado así el panorama político electoral de México para los principios de abril de 1939, se podía establecer:

Primero, que la candidatura del general Ávila Camacho había surgido como producto de la maquinaria oficial; que la candidatura del general Joaquín Amaro era presentada como la de un militar entero, valiente y digno, pero con aspiraciones de combate y de guerra; que la candidatura del general Almazán carecía de la consisten-

cia necesaria, debido a que el candidato no posee la historia de una vida política que garantizase el futuro del país.

Segundo, que México esperaba la aparición de un nuevo o nuevos candidatos a la Presidencia; y que entre éstos podía situarse a los generales Francisco J. Múgica, Gildardo Magaña y Rafael Sánchez Tapia.

TRES FIGURAS EN LA POLÍTICA

Estos tres últimos, no ignorando el papel que podían desempeñar en una era tan importante para México y para los mexicanos, procedieron a hacer lo que no habían hecho los tres primeros candidatos.

Múgica, con gran talento, aunque quizá llevado por un exagerado optimismo, fue el primero en desglosar ante el país un programa doctrinario, el más doctrinario de los programas de la campaña que ha terminado.

Magaña, con excesiva táctica y delicadeza, diseñó los lineamientos de toda una administración pública. Había en Magaña una gran dosis de estadista; pero faltaba en él el sentido de autoridad y de gobierno.

Sánchez Tapia optó por seguir la táctica de no comprometerse con tirios o con troyanos; de sus primeras declaraciones de moderación, de derechismo y de transigencia, varió su ruta en segundas declaraciones que eran precisamente lo contrario a lo que había sostenido en los comienzos de la campaña; no quiso Sánchez Tapia el título de "revolucionario".

Teniendo pues, a todas las personalidades que compusieron el cuadro electoral de 1939, es indispensable examinar una fuente indicativa de la fuerza que en una campaña electoral posee cada uno de los aspirantes al Ejecutivo de la nación.

APOYOS ECONÓMICOS

Esta fuerza se desarrollaba en los medios económicos de México.

Las experiencias de los últimos años han enseñado al país que no es posible desarrollar campañas electorales en los dos sentidos que hasta antes de 1939 se habían trabajado.

Comenzando en 1910 y hasta 1923, las campañas electorales mexicanas estaban basadas sobre sentimientos y acciones románticas. Cualquier ciudadano empujado por

el deseo de servir a su país podía presentarse como candidato a cualquier cargo público sin necesidad de estar apoyado por determinada acción económica. Después de 1923, los aspirantes a la Presidencia perdieron el aspecto romántico de los comienzos de la llamada democracia mexicana, para fundar su fuerza en el apoyo de fuerzas militares. En esta situación se desarrollaron las candidaturas de don Adolfo de la Huerta y los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo Gómez.

El panorama tenía que cambiar en 1939, y todo aspirante al Ejecutivo nacional estaba llamado a apoyarse en sectores económicos. No era ya posible esperar ni el resultado romántico de 1910, ni el resultado militar de 1924.

¿En qué sectores económicos de México tendrán que apoyarse todos y cada uno de los seis primeros candidatos a la Presidencia de la República?

EL APOYO OFICIAL

Por de pronto se podía establecer que la candidatura del general Ávila Camacho, nacida de la maquinaria oficial, tendría que fundamentar su éxito económico en el apoyo también económico que le diese la maquinaria oficial; y bien sabido es que lo mismo en México que en cualquier otro país democrático, la maquinaria oficial abunda en resortes con la suficiente capacidad para proveer de todo género de materiales a su candidato.

Pero ¿era en realidad el general Ávila Camacho el candidato oficial?

Todavía se tenía en perspectiva la posibilidad de que los generales Múgica, Magaña y Sánchez Tapia robasen a Ávila Camacho el lugar que éste había logrado consolidar seriamente.

Aunque el general Manuel Ávila Camacho aparecía hasta mayo de 1939 como el candidato apoyado por la maquinaria oficial ¿por qué no dudar que esa maquinaria oficial cambiase de posición y virara hacia otro de los candidatos?

La duda emanaba de lo siguiente: el general Ávila Camacho continuaba sin decir esta boca es mía. ¿Aprobaba o desaprobaba los programas de extrema izquierda de la CTM y la CNC? ¿Qué programa y qué doctrina era la del general Ávila Camacho? Si el gobierno del general Lázaro Cárdenas ha sido un gobierno de doctrina, de doctrina buena o mala pero de todas maneras de doctrina, ¿cómo era posible que el candidato del gobierno cardenista fuese una persona sin doctrina o cuando menos que no tuviese el valor de exponerla?

LOS PLEBISCITOS

Ya hemos dicho que hasta esos días los dos únicos candidatos con programa y con doctrina eran los generales Múgica y Magaña; ambos, pues, parecían ser los más lógicos candidatos apoyados por el mundo oficial. Sin embargo, para fines de mayo las candidaturas de Magaña y de Múgica estaban prácticamente derrotadas dentro de los sectores del gobierno. Señaló esta derrota la victoria del Partido de la Revolución Mexicana (PRM). La victoria señalaba un camino prohibitivo a seguir por Magaña y por Múgica, puesto que marcaba actos plebiscitarios dentro de los organismos pertenecientes al PRM y que tenían que desenvolverse en tal forma que sólo daba lugar a que en ellos participaran las autoridades locales.

Los gobernadores para ese entonces habían formado y solidificado un bloque en torno de la candidatura del general Ávila Camacho. Sin recato, las autoridades de los estados no sólo apoyaban de palabra a Ávila Camacho, sino que habían suscrito un pacto mediante el cual cada gobernador de estado quedaba comprometido a entregar determinada suma de dinero mensual para los gastos de la campaña camachista.

Y si los gobernadores tomaban una acción tan directa y tan resuelta en la campaña presidencial y que llegaba hasta comprometer los fondos públicos en esa campaña, lógico es que teniendo bajo su dirección los actos plebiscitarios del PRM, estarían obligados a exigir a los grupos de votantes sufragar precisamente en favor del general Ávila Camacho.

ACTIVIDAD DE LA OPOSICIÓN

Resultado de la oposición y de la actuación de los gobernadores fue que para el mes de junio quedase definitivamente como candidato oficial de los propios gobernadores la del exsecretario de la Defensa Nacional.

Mas antes de recordar lo que sucedió entre los candidatos que estaban llamados a competir dentro de los mismos sectores con el general Ávila Camacho, es necesario volver al desarrollo de los acontecimientos dentro de las filas de la oposición.

Hemos fijado que no por falta de personalidad, ni de valor, ni de energía, la candidatura del general Amaro sufría un debilitamiento con la proclamación de marzo. Un país con tradición democrática, con sentido de civismo, organización de partidos, habría hecho sin discusión alguna y con entusiasmo general candidato independiente a la Presidencia de la República a un hombre que como el general Amaro tenía el desplante de hablar con toda claridad a la nación de sus proyectos y de sus principios;

pero un país que como México carece de las rutinas más elementales de las naciones democráticas, tuvo que sufrir las consecuencias del opacamiento político que se ha vivido, y no pudo tener la entereza suficiente para apoyar la candidatura de un hombre que, como Amaro, está lleno de valimientos.

En estas condiciones la oposición siempre débil y desorganizada, veleidosa y timorata, buscaba su apoyo en el general Juan Andreu Almazán.

SENTIMIENTO POPULAR

La oposición logró lo que jamás había logrado, cuando menos en los últimos 20 años: levantar un sentimiento popular casi irresistible, fundado no tanto en el arraigo de la personalidad de su candidato, sino en el sentimiento adverso al gobierno del general Cárdenas.

Es indispensable aclarar que si el presidente Cárdenas ha podido durante su administración abrir hondos cauces de corrientes populares, también es cierto que ha segado numerosas fuentes que también eran populares, pero las que ha desconocido porque desgraciadamente el general Cárdenas cree que lo popular es exclusivamente lo huarachudo y lo sombrerudo, olvidándose que lo popular reside lo mismo entre las clases altas que entre las clases bajas que entre las clases medias.

Segadas, quizá más por inexperiencia que por otra cosa las fuentes en que el general Cárdenas había sostenido su popularidad, para hacerse así el presidente más grande de la historia mexicana, esas fuentes tuvieron al brotar, que ir a animar al partido de la oposición; de aquí se hizo evidente e innegable que grandes fuerzas populares de México concurrían al apoyo del general Almazán.

ALMAZÁN EN LA CAPITAL

Ganada una inmensa opinión nacional por el almanismo, el general Almazán, tímido y vacilante en un principio, se resolvió con decisión a ponerse al frente de sus partidarios, y la primera sorpresa dada al país después de criticables vacilaciones, fue su entrada a la Ciudad de México de 1939. Esta entrada de Almazán tiene en la historia política de México una doble significación, ya que ella no solamente establece la simpatía para un candidato a la Presidencia, sino que hizo saber también que había una abrumadora mayoría de mexicanos que condenaba a 20 años de vida política revolucionaria.

Establecidas las posiciones del general Ávila Camacho como candidato del mundo oficial y las del general Almazán como la del candidato del mundo popular, el primero de los otros rivales que comprendió la inutilidad de una lucha desigual fue el general Francisco J. Múgica.

Múgica se retiró no por "inanición" política, como se ha dicho, sino por talento y conocimiento en los negocios públicos de México. Sin embargo, su retiro, en lugar de opacar su personalidad, lo relevó de muchos cargos, haciéndole aparecer con toda la dignidad de un hombre que todavía es fuerte promesa nacional.

Obrando de igual manera que Múgica, pero con mayor ponderación y con todo tacto digno de encomio, semanas después se retiró de la contienda electoral el general Gildardo Magaña. Éste había logrado en pocos meses de campaña demostrar al país que había hombres capacitados no solamente en líderes políticos, sino en principios sociales y gubernativos.

Para fin de 1939 quedaban en la liza electoral los generales Ávila Camacho y Almazán, situados cada quien en su respectiva esquina; quedaban también los generales Amaro y Sánchez Tapia, pareciendo esperar un momento inesperado en la vida política de México.

FRENTE A FRENTE.

El año de 1940 se anunció en la vida política de México con el movimiento propio de quienes se disputan en todos los campos un triunfo; y quienes se disputan este triunfo eran los generales Almazán y Ávila Camacho.

No es posible poner en duda que cada uno de estos rivales contó con fuerzas poderosas y propias. Quién de los dos haya podido durante la campaña presidencial presentar el mayor número de partidarios es imposible atestiguarlo.

El número de manifestaciones de una y otra parte ha sido incontable; será siempre incontable, debido a que si es cierto que por un lado son miles los que concurrieron previo un pago, también es verdad que por la otra hay miles que asisten a las manifestaciones no por partidismo ni por simpatía sino por curiosidad.

El documento más objetivo sobre el apoyo popular de uno y otro candidato ha sido durante la campaña presidencial el de la fotografía. Pero ésta representa cuerpos inanimados e incapaces de decir qué condiciones y por qué condiciones han concurrido a los desfiles en honor de uno u otro candidato.

La prueba única y verdadera del apoyo popular, sea para Ávila Camacho o sea para Almazán, está significada en el resultado de la votación del 7 de julio. Si esta votación es clara y precisa, sólo lo dirán los acontecimientos que se sigan a este hecho.

EL PAÍS, TRANQUILO

Mientras tanto, solamente como final de esta reseña de 18 meses de campaña presidencial mexicana, es indispensable observar que durante los sucesos de que se ha hablado, el país siguió si no impasible sí tranquilo.

A pesar de las serias críticas hechas al presidente de la República, nadie puede poner en duda que el general Cárdenas ha superado los límites del partidismo y que hasta el final de la contienda si no una certeza sobre la actitud del general Cárdenas en el problema electoral, sí ha existido una satisfacción en el papel que ha desempeñado el propio Cárdenas en el desarrollo de la campaña presidencial terminada el 1 de julio.

Fin.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 7 de julio de 1940, año xxviii, núm. 146, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 7 de julio de 1940, año xiv, núm. 296, p. 1.

¿QUIÉN SUCEDERÁ A CÁRDENAS?

HAY TRES CANDIDATOS DECLARADOS Y UNO EN POTENCIA
Sánchez Tapia es el más culto; Almazán el más inteligente;
Amaro el más estudioso y Ávila Camacho el más sereno; tres nacieron
en humilde cuna; sólo Almazán es de familia acomodada

TODOS DIVISIONARIOS, TODOS HAN SIDO
COLABORADORES DEL GENERAL CÁRDENAS
Pero, a excepción de Ávila Camacho, los candidatos nada deben
en su carrera política o militar al presidente; Ávila es el que cuenta
con mayor fuerza organizada, ocupando Almazán
el segundo lugar, según estadística

CAPÍTULO I

Faltando cuatro meses para que se efectúen las elecciones nacionales, 18 millones de mexicanos parecen preguntarse con cierta ansiedad:

¿Quién será el próximo presidente de la República?

En ninguna elección anterior, a partir de 1910, había existido la ansiedad que reina hoy en México ante la cercanía de la designación del nuevo presidente.

La ansiedad, sin duda alguna, es el resultado de la muy rara a la vez que emocionante competencia que hay entre dos de los actuales candidatos a la Presidencia de la República.

Faltando cuatro meses para las elecciones, hay tres candidatos declarados como tales, y uno en potencia. Los tres primeros son los generales Rafael Sánchez Tapia, Manuel Ávila Camacho y Juan Andreu Almazán. El cuarto candidato es el general Joaquín Amaro.

No deja de ser significativo para el país el que los cuatro candidatos sean generales, muy conocidos todos ellos como hombres de guerra.

De los cuatro candidatos, el de mayor edad es el general Rafael Sánchez Tapia, quien ya ha llegado a los 60 años; el más joven es Manuel Ávila Camacho, que cuenta con 43. Le sigue, en edad, el general Joaquín Amaro, con 46 años y después Juan Andreu Almazán, con 51.

El general Sánchez Tapia es originario del Estado de Michoacán; Ávila Camacho es nativo de Puebla; Amaro, de Durango y Almazán, de Guerrero.

TRES NACIERON EN HUMILDE CLINA

A excepción del general Almazán, que es hijo de familia acomodada, los otros tres candidatos nacieron en humildes pañales.

Los cuatro cursaron las primeras letras, y Almazán, Amaro y Sánchez Tapia hicieron cursos superiores. Amaro recibió el título de tenedor de libros; Almazán abandonó la escuela cuando cursaba el segundo año de Medicina; Sánchez Tapia se inició en la carrera sacerdotal.

Almazán y Amaro tienen la misma antigüedad en el ejército mexicano. Ambos tomaron parte en la revolución de 1910. Almazán obtuvo el grado de general tres años antes que Amaro, cinco antes que Sánchez Tapia y diez antes que Ávila Camacho.

Por la sangre que corre por los cuatro candidatos se puede decir: que Ávila Camacho tiene un diez por ciento de sangre indígena; que Almazán tiene veinte por ciento de la misma sangre; que Sánchez Tapia tiene un treinta por ciento de indígena y Amaro más de un cincuenta por ciento.

Los cargos principales que han ocupado los cuatro aspirantes a la Presidencia de México son los siguientes:

El general Juan Andreu Almazán ha sido jefe de las armas del Estado de Morelos, jefe de un grupo revolucionario, comandante militar en varias zonas del país y secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

El general Manuel Ávila Camacho ha sido jefe de sector militar en Jalisco, comandante militar de uno de los estados de la República, oficial mayor, subsecretario y secretario de la Defensa Nacional.

El general Rafael Sánchez Tapia ha sido comandante militar en varias zonas de México, gobernador del Estado de Michoacán, secretario de Economía y jefe militar del Valle de México.

El general Joaquín Amaro ha sido comandante militar en varias zonas de la República, subsecretario y secretario de Guerra y Marina y director del Colegio Militar y de las Escuelas Militares de México.

TODOS SON CASADOS

Los cuatro candidatos son casados. Almazán, Ávila Camacho y Amaro son casados civil y religiosamente; el general Sánchez Tapia, solamente por lo civil.

Ninguno de los cuatro candidatos ha tenido el valor de decir su credo religioso, por más que se sabe que uno de ellos es profundamente católico.

De la fortuna personal de los cuatro candidatos, se puede decir que el más rico es el general Almazán. La fortuna de éste se estima en dos millones de pesos; la de Amaro, en un millón. Sánchez Tapia y Ávila Camacho poseen de dos a trescientos mil pesos cada uno.

Respecto a la capacidad mental de los cuatro candidatos, Sánchez Tapia es el más culto, Almazán es el de más viva inteligencia, Amaro es el más estudioso y Ávila Camacho, el más sereno.

La vida íntima de los de los generales Amaro, Almazán y Ávila Camacho es intachable. Los tres han sido y son hombres de hogar; y las esposas de estos tres candidatos harían un papel dignísimo como Primeras Damas de la República. El general Sánchez Tapia es víctima de un vicio, del que a menudo ha dado qué decir.

Los nombres de los generales Juan Andreu Almazán y Joaquín Amaro han estado enlazados grande y fuertemente a la política nacional en los últimos 15 años. Los nombres de ambos suenan como aspirantes a la Presidencia de la República desde hace no menos de diez años. En cambio, los nombres de Ávila Camacho y Sánchez Tapia, como de candidatos a la Presidencia, surgieron ya entrado el periodo gubernamental del general Lázaro Cárdenas.

SUS LIGAS CON CÁRDENAS

Dos de los candidatos, Amaro y Almazán, solamente han sido compañeros de armas y de política del actual presidente de la República. El general Sánchez Tapia ha sido, desde hace largos años, uno de los amigos de mayor confianza del general Cárdenas, en tanto que Ávila Camacho ha sido subordinado del actual presidente desde 1923.

A excepción del general Ávila Camacho, los tres candidatos nada deben, ni en su carrera política ni en su carrera militar, al general Cárdenas. Los cuatro, sin embargo, han sido colaboradores del actual presidente.

Sánchez Tapia y Ávila Camacho se separaron del gobierno cardenista en enero del año pasado, para aceptar su postulación a la Presidencia; Almazán dejó la comandancia de Nuevo León en junio de 1939, en tanto que Amaro fue separado de la Dirección de las Escuelas Militares y de la Jefatura del Colegio Militar, a raíz de la expulsión del territorio nacional del general Plutarco Elías Calles, llamado el "Jefe Máximo de la Revolución".

De los cuatro candidatos, Ávila Camacho y Sánchez Tapia están clasificados políticamente como cardenistas, Almazán como independiente y Amaro como el jefe de la extrema oposición.

SU FILIACIÓN SOCIAL

Respecto a la filiación social de los cuatro candidatos, puede definirse así:

El general Ávila Camacho, de tendencias moderadas, pero con compromisos con los grupos sociales y políticos de la extrema izquierda.

El general Sánchez Tapia, de tendencias izquierdistas, pero con compromisos con los grupos de la pequeña burguesía y del capitalismo nacionales.

El general Almazán, de tendencias centralistas, con compromisos lo mismo con los grupos de izquierda, como es el que representa Diego Rivera, como con grupos de derecha, como el que representa el Partido de Acción Nacional.

El general Amaro, de tendencias derechistas, con compromisos únicamente con grupos derechistas.

Faltando cuatro meses para las elecciones nacionales, la fuerza con que cuentan todos y cada uno de los candidatos puede ser computada de la siguiente manera:

General Manuel Ávila Camacho:

Miembros	
Confederación Nacional Campesina	300 000
Confederación de Trabajadores de México	200 000
Sindicatos agrarios y obreros al margen de las centrales mencionadas	100 000
Federación burocrática	100 000
Burócratas de los estados y municipios	50 000
Clubes y partidos	100 000
TOTAL	850 000

General Juan Andreu Almazán:

Miembros	
Sindicatos obreros	50 000
Ligas campesinas	100 000
Burocracia federal	50 000
Burocracia de los estados y municipio	50 000
Clubes y partidos	300 000
TOTAL	550 000

General Rafael Sánchez Tapia:

Miembros	
Clubes y partidos	50 000
TOTAL	50 000

General Joaquín Amaro:

Miembros	
Pequeños propietarios	20 000
Clubes y partidos	80 000
TOTAL	100 000

Los datos anteriores, obtenidos según los cómputos más imparciales y conservadores, no indican los miles de "espontáneos", que cada uno de los cuatro candidatos pueda o deba tener.

Cada uno de los partidos en pugna ha aumentado a gusto, sabor e interés el número de partidarios, resultando siempre cifras falsas, que no parecen tener más objeto que engañar a la imaginación popular.

FALSEDADES Y EXAGERACIONES

Los sistemas de propaganda, conforme están mejor organizados, son más exagerados. El número de campesinos adheridos a la Confederación Nacional Campesina han sido elevados hasta dos millones de miembros. Entre los adherentes, los informes de los líderes de la Confederación han hecho ascender a doscientos mil los campesinos organizados del Estado de Chihuahua, a cien mil a los de Aguascalientes, a cien mil los de Sinaloa, a pesar de que la población total de esos estados es apenas de tres veces más de los que indican esas "estadísticas" tan exageradas.

Igual procedimiento se ha seguido en cuanto a los miembros de la organización obrera. La CTM ha anotado a un millón doscientos mil obreros como pertenecientes a esa organización, a pesar de que el último censo hizo saber que el total de obreros de las diferentes industrias de México a penas llega a trescientos cincuenta mil, de los cuales, no más de un setenta por ciento está organizado en las diferentes centrales obreras.

Pero si se hace posible fijar en cifras aproximadas el número de adherentes organizados con que cuenta cada uno de los cuatro candidatos a la Presidencia de la República, es imposible fijar el número de los "espontáneos". Éstos, lo mismo pueden ser dos que cuatro millones de personas.

Si los "espontáneos" no pesan en un cómputo de organización que se hace cuatro meses antes de las elecciones nacionales, sí pueden pesar el día de la elección.

En un acto electoral completamente libre, ¿quién podría poner en duda que al abrirse las casillas, el 7 de julio, no se presentará espontáneamente un millón de ciudadanos a sufragar sus votos a favor del general Joaquín Amaro?

¿Quién puede prever que en una elección libre, el "espontáneo" juegue un papel decisivo en la contienda electoral?

LA ORGANIZACIÓN CAMACHISTA

La capacidad orgánica, corresponde hasta hoy al general Manuel Ávila Camacho. Nadie puede poner en duda que el camachismo cuenta con una de las fuerzas más poderosas con que puede contar un aspirante a la Presidencia de la República; y esa fuerza poderosa es la organización.

Para un candidato presidencial que tiene a su disposición ochocientos cincuenta mil ciudadanos, constituye ya una ventaja contar de antemano, para el día de las elecciones, con más de tres cuartos de millón de votos.

Y sin discutir si esa organización del general Ávila Camacho ha sido hecha legal o ilegítimamente o si es consecuencia o no de la coacción, el camachismo posee un principio de triunfo, que solamente podría ser barrido por la acción de los "espontáneos" el 7 de julio.

Sigue en fuerza organizada al general Ávila Camacho, el general Juan Andreu Almazán, quien en cortos ocho meses ha logrado levantar un respetable partido, que lo hace ser el más serio competidor del general Ávila Camacho.

El tercero en fuerza es el general Joaquín Amaro; y al último queda el general Rafael Sánchez Tapia.

Sin embargo, las tres fuerzas organizadas de los generales Almazán, Amaro y Sánchez Tapia no alcanzarían a superar a la del general Ávila Camacho.

¿Quiere decir lo anterior que el general Ávila Camacho tiene asegurado su triunfo en las elecciones de julio de 1940, contando con el mayor número de fuerza organizada que existe y que posiblemente ha existido en el país?

He aquí lo que examinaremos y diremos, tratando de hacer un pronóstico sobre las elecciones presidenciales de México, que tanto interesan a los mexicanos, que anhelan el bien de su país.

(Concluirá el próximo número).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 10 de marzo de 1940, año xxviii, núm. 27, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 10 de marzo de 1940, año xiv, núm. 177, pp. 1-2.

¿QUIÉN SUCEDERÁ A CÁRDENAS?

SÓLO DOS CANDIDATOS FUERTES

DILEMA POLÍTICO: ÁVILA CAMACHO O ANDREU ALMAZÁN

Las fuerzas de ambos candidatos se encuentran equilibradas, según los cálculos que se han hecho; en una elección libre, el triunfo de uno sobre el otro sería por un margen no mayor de 50 000 votos

FIGURAS SALIENTES EN LOS CAMPOS DE LOS DOS CANDIDATOS

Con Ávila Camacho están Portes Gil, Ortiz Rubio, Padilla Bassols, Toledano, Alemán y Villarreal; con Almazán: Montes de Oca, Mijares Palencia, Valenzuela, Soto y Gama, Neri, Emilio Madero y Gómez Morin

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

A pesar de que cada uno de los cuatro candidatos actuales a la Presidencia de la República cuenta con su propio partido, esto no significa que esos partidos, a excepción del Partido de la Revolución Mexicana, sean partidos políticos debidamente organizados.

El Partido de la Revolución Mexicana (PRM) es la continuación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), fundado en 1928 por el general Plutarco Elías Calles, y ha dominado la situación política del país por doce años consecutivos.

La fuente económica del PRM es el gobierno, aunque no de una manera franca, debido a que se sigue un sistema de cotización que obliga a los funcionarios públicos a contribuir para su sostenimiento. La fuente organizadora son los sindicatos y las comunidades agrarias. La fuente social, un programa que lo mismo puede ser de derecha que de izquierda. El PNR fue un partido esencialmente político y construido para la defensa del gobierno. Con la organización del PRM, se quiso dar al partido un sentido social, y en la apariencia fue fundado un partido de clase, del que formaron parte soldados, obreros, campesinos y empleados. Esta característica, sin embargo, fue superficial. Los directores del partido continuaron siendo los políticos profesionales.

Aunque no organizado con toda la disciplina y con todo el espíritu tan necesarios en un partido político, es el PRM un poder organizado de fuerza innegable; de aquí que su candidato a la Presidencia de la República cuenta con un serio apoyo, que si no le abre las puertas de la popularidad, sí le da un valor de fuerza organizada, que no posee ningún aspirante al Ejecutivo nacional.

Sigue en fuerza organizada al candidato del PRM, que lo es el general Manuel Ávila Camacho, el candidato general Juan Andreu Almazán. La organización del almazanismo ha sido levantada al calor de la lucha electoral; y de esa organización, la única que puede ser respetable es la que está agrupada en el Partido de Acción Nacional, que dirige el licenciado don Manuel Gómez Morín, aunque sin que esto reste fuerzas al Partido Sinarquista, cuya existencia data de hace cuatro años. El sinarquista, sin embargo, ha vivido dentro de las limitadas fronteras de los estados de Guanajuato y Querétaro y parte de Michoacán.

Apoyando la candidatura del general Joaquín Amaro, aparece el Partido Revolucionario Anticomunista (PRAC), presidido por el general Manuel Pérez Treviño; pero este partido no ha logrado extender sus fuerzas más allá de viejos grupos de políticos profesionales, que carecen de arraigo popular.

Pero si no existen serias y fuertes organizaciones políticas en México, ¿cuáles son los elementos de que disponen todos y cada uno de los candidatos a la Presidencia de la República tratando de obtener el triunfo en las elecciones de julio?

De las observaciones más imparciales hechas en un año de trabajos electorales, se puede fijar, casi inequívocamente, el siguiente importante cuadro:

	Camachistas	Almazanistas	Tapistas	Amaristas
Obreros	60%	35%	5%	
Campesinos	70%	30%		
Pequeños propietarios rurales	15%	60%	10%	15%
Pequeños comerciantes	20%	50%	10%	20%
Grandes comerciantes	5%	50%	10%	35%
Militares	35%	35%	20%	10%
Pequeños industriales	20%	50%	10%	20%
Grandes industriales	10%	40%	10%	40%
Intelectuales y profesionistas	40%	45%		5%
Estudiantes	30%	60%	5%	5%
Católicos	50%	50%		
Masones	75%	5%	20%	

LAS FIGURAS PROMINENTES

Conocidas las fuerzas numéricas con que cuentan todos y cada uno de los candidatos, sepamos a continuación quiénes son los hombres más prominentes que rodean a los generales Juan Andreu Almazán, Manuel Ávila Camacho, Joaquín Amaro y Rafael Sánchez Tapia.

Los hombres más prominentes del camachismo son:

Emilio Portes Gil, expresidente de la República.
 Pascual Ortiz Rubio, expresidente de la República.
 Ezequiel Padilla, exsecretario de Educación.
 Narciso Bassols, exsecretario de Hacienda.
 Vicente Lombardo Toledano, jefe de la CTM.
 Maximino Ávila Camacho, gobernador de Puebla.
 Miguel Alemán, exgobernador de Veracruz.
 Antonio I. Villarreal, excandidato presidencial.

Los hombres más prominentes del almazanismo son:

Luis Montes de Oca, director del Banco de México.
 Manuel Gómez Morín, exrector de la Universidad.
 Antonio Díaz Soto y Gama, exdiputado.
 José Mijares Palencia, exgobernador de Puebla.
 Gilberto Valenzuela, exsecretario de Gobernación.

Eduardo Neri, ex-Senador.
Emilio Madero, general.
Ramón P. de Negri, exsecretario de Agricultura.
Leonides Andreu Almazán, exgobernador de Puebla.

Los hombres más prominentes del tapismo son:
Ernesto Urtusástegui, exoficial mayor de Educación.
Juan C. Zertuche, excomandante militar de Sonora.
Bolívar Sierra, diputado.

Los hombre más prominentes del amarismo son:
Manuel Pérez Treviño, exgobernador de Coahuila.
Luis L. León, exsecretario de Agricultura.
Rodolfo Elías Calles, exsecretario de Comunicaciones.
Bartolomé Vargas Lugo, exgobernador de Hidalgo.
Plutarco Elías Calles, expresidente de la República.
Abelardo L. Rodríguez, expresidente de la República.

SÓLO DOS CANDIDATOS FUERTES

Vistas la calidad y la cantidad de las fuerzas de que disponen todos y cada uno de los candidatos, es notorio que la verdadera competencia electoral sólo existe entre los generales Manuel Ávila Camacho y Juan Andreu Almazán.

Pocas veces se habían visto, en la historia de México, fuerzas tan equilibradas como las que apoyan a Almazán y a Ávila Camacho. Unas elecciones preliminares darían quizá un igual número de votos para uno y otro candidato.

De aquí el interés que haya despertado no sólo en México, sino en el México de Afuera, el resultado de las elecciones presidenciales.

Pero, ¿podrá conocerse el resultado de las elecciones mediante los cómputos que se hagan quince días después de las elecciones, al instalarse los colegios electorales?

En México, el procedimiento electoral está sentado sobre las más frágiles bases, pues se supone que tal procedimiento apenas es practicable en un país con una amplísima tradición democrática que no tiene la República Mexicana.

El 7 de julio, a las nueve de la mañana, deberán quedar instaladas las casillas electorales en todo el país. La directiva de cada casilla ha de formarse mediante la elección entre los primeros ciudadanos que se presenten a votar. Para votar, se necesita ser ciudadano mexicano, tener 21 años cumplidos el día de la elección y estar empadronados en lugares visibles.

Instalada la mesa directiva de la casilla electoral, se procede a recoger los votos de los ciudadanos. La votación debe hacerse por medio de cédulas, que cada ciudadano llena, poniendo el nombre de su candidato y depositándola en una ánfora.

TRISTES ANTECEDENTES

En 20 años de experimentos, solamente en un cinco por ciento de las miles de casillas electorales que deben ser instaladas en la república se hacen las elecciones para directiva, y un igual porcentaje es el de las casillas en las que libremente se reciben los votos ciudadanos.

A las seis de la tarde, en cada casilla, son abiertas las ánforas y contados los votos. Para certificar el número de éstos, es levantada un acta, que queda en poder del presidente de la mesa electoral.

Los presidentes de las mesas electorales de cada distrito electoral de la República se reúnen, en el lugar que señala el gobierno, quince días después de las elecciones. A esta reunión se le da el nombre de Colegio Electoral. Los colegios electorales computan los votos de cada distrito.

En 20 años de experiencias electorales, no se ha logrado que se efectúen los cómputos en las casillas, porque o las ánforas son robadas o destruidas o el acto electoral es interrumpido por la violencia de los partidarios de uno u otro candidato.

En 20 años, tampoco se ha logrado la debida instalación de los Colegios Electorales, porque a última hora aparecen dos o más presidentes de casilla, cada uno de los cuales enseña su propia acta y reclama su triunfo. En la mayoría de las elecciones han surgido hasta tres y cuatro Colegios Electorales.

Éstos, inmediatamente después de realizado el cómputo, tienen la obligación de enviar todos los expedientes del caso a la Cámara de Diputados. Los expedientes deben ir sellados y lacrados.

EL PAPEL DE LA CÁMARA

La Cámara de Diputados se instala el 1º de septiembre e inmediatamente después nombra una comisión computadora. Esta comisión está obligada a abrir todos los expedientes electorales y a hacer el cómputo general. El cómputo general es presentado a la Cámara erigida en Colegio Electoral, para que sea la propia Cámara la que califique las elecciones y determine quién es el triunfador.

En 20 años de experiencias electorales, la Cámara de Diputados ha obrado festinadamente. En las elecciones de 1924, se dio el triunfo unánime al general Plutarco Elías Calles; en las de 1929, "concedió" un millón y medio de votos al ingeniero Ortiz Rubio y veinte mil al licenciado José Vasconcelos, no obstante que era notorio que Vasconcelos tenía más de veinte mil partidarios en el país. En 1934, los diputados dieron dos millones de votos al general Lázaro Cárdenas, quince mil al coronel Adalberto Tejeda y cinco mil al general Antonio I. Villarreal, a pesar de que los mexicanos sabían que el general Villarreal había tenido más de cinco mil partidarios.

Después de 20 años de experimentos electorales, las elecciones del 7 de julio próximo serán realizadas con los mismos procedimientos. Si estos procedimientos viciosos del sistema electoral mexicano no fuesen corregidos, el triunfo electoral estaría asegurado desde hoy para el candidato que está más ligado a los hombres del gobierno, y este candidato sería el general Manuel Ávila Camacho.

Pero si esos vicios son corregidos con mano de hierro, entonces, ¿quién triunfará?

FUERZAS EQUILIBRADAS

Las fuerzas de los generales Ávila Camacho y Almazán están equilibradas. La victoria de uno sobre el otro puede ser obtenida solamente por pequeñas cifras; por muy pequeñas cifras que quizá no llegan a más de cincuenta mil votos del uno sobre el otro.

A esto se debe, quizá, el interés con que el país ha seguido la campaña presidencial. Cuando en un país un candidato apenas si tiene la probabilidad de ganar sobre el otro por unos cuantos miles de votos, el país entero debe seguir con todos sus ojos el desarrollo del problema.

Es este el caso de México, que si no siente inquietudes, como en veces pasadas, de revueltas, sí siente deseos de que las elecciones sean llevadas a cabo dentro de todos los términos que marca la ley, para que el cómputo de votos pueda ser efectivo.

Si en las elecciones de julio se cumpliera con todos los requisitos electorales, seguramente que el país recibiría gustoso al triunfador, quienquiera que éste fuese.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 17 de marzo de 1940, año XIV, núm. 184, pp. 1-2.

¿QUIÉN GANÓ EN MÉXICO?

FECHA HISTÓRICA: 7 DE JULIO

Lo que hizo falta fue una maquinaria electoral

UN GRAN ENSAYO POPULAR

Eso fue la elección pasada: el gobierno no fue culpable de las deficiencias que existieron

CAPÍTULO I

En un país donde la maquinaria electoral está ajustada en todos sus engranajes, que es objeto de lubricación constante y metódica, que ha sido objeto de grandes pruebas y regularidad y que ha sido manejada por trabajadores inteligentes y especializados, el resultado de unas elecciones presidenciales podría ser conocido 24 horas después de haberse efectuado la votación popular.

No acontece así en México. No acontece, porque México carece de una maquinaria electoral debidamente organizada y dirigida por obreros técnicamente preparados; para que México contase con esa maquinaria electoral organizada en todos sus aspectos de dirección y de trabajo, debería reunir dos condiciones primordiales. Una, que la maquinaria hubiese sido instalada en el país desde hace largos años; desde que la Constitución estableció el voto directo. Otra, que el gobierno hubiese invertido más de diez

millones de pesos, por lo menos, en el montaje inmediato y rápido de esa maquinaria; inversión que no pudo hacer, apremiado el país, como ha estado, en la resolución de otros problemas de más inmediata y urgente resolución.

En seis años de gobierno, el general Lázaro Cárdenas no podía hacerlo todo; era humanamente imposible hacerlo. Sólo los obcecados pudieron exigir más de un hombre, el esfuerzo de un hombre y el poder de un gobierno.

INVERSIÓN DE PROBLEMÁTICOS RESULTADOS

La inversión de varios millones de pesos, no tendría resultados inmediatos. De aquí que el general Cárdenas, sin haberlo expresarlo así, pero sin que sus acciones en lugar a duda, prefirió invertir los fondos de la hacienda pública en medidas que proporcionasen beneficios inmediatos a México, y no hacer una inversión de problemáticos resultados, en negocios electorales.

Por otra parte, el presidente Cárdenas, con gran tino intentó, con las elecciones de julio, formar el espíritu público que ha de ser el pie para la organización futura de la técnica electoral, antes de fabricar la gran maquinaria electoral. Esta maquinaria incluía la formación de patrones generales, de consejos de listas electorales, de cuerpos consultivos, en fin, de toda una burocracia que se moviera matemáticamente, para evitar suspicacias y para que el voto público quedase debidamente comprobado.

No a la mala fe del gobierno ni a la mala fe de los partidos de uno de los candidatos presidenciales acusado de "imposicioncita", sino a la falta de una maquinaria electoral, se debe el que el país tenga que esperar largas semanas después del acto del domingo 7 de julio, para saber quién es el nuevo presidente de la República.

En los Estados Unidos al igual que en los países europeos donde la maquinaria electoral quedó establecida desde mediados del siglo pasado, es posible determinar quién resultó triunfante en una elección veinticuatro horas después de los comicios.

NO ES POSIBLE DECIR QUIÉN GANÓ

En México, en cambio, la tardanza para que el país conozca el resultado de unas elecciones se atribuye generalmente al "chanchullo" y la "imposición".

Pero es indispensable saber, ante todo, que no existiendo en México una máquina electoral debidamente organizada, es imposible indeterminar legalmente quién resultó triunfador. Ni el partido llamado oficial ni el partido de oposición pueden determinar

específicamente qué número de ciudadanos depositó su voto a favor de uno u otro candidato.

Aunque las elecciones del 7 de julio tuvieron un aspecto inusitado y sin precedente en la historia política de México, no por ello podrá saberse cuántos fueron destinados a cada uno de los candidatos que tomaron parte en la lucha. En esto, aunque así lo querían los más legalistas políticos, no son culpables ni el gobierno, ni los partidos, ni los candidatos. La única responsabilidad puede atribuirse al Estado mexicano, que no se preocupó en años pasados en la instalación de la maquinaria electoral.

Pero precisamente la acción cívica del domingo —y éste es el mérito del presidente Cárdenas y de los ciudadanos mexicanos— obligará al próximo gobernante de la República a iniciar la instalación de esa anhelada maquinaria.

ESPERANZAS PARA EL FUTURO

Si los partidos políticos que actuaron en la campaña presidencial que acaba de terminar no son disueltos aun cuando hallan perdido en las casillas; si los líderes de ayer siguen siendo los líderes de mañana; si los programas políticos se acentúan hasta llegar a convertirse en doctrinas políticas; si el país sigue viviendo en un régimen de democracia; si los sentimientos cívicos continúan desenvolviéndose y si el gobierno comienza, el primero de diciembre, preparando las bases sobre las cuales ha de ser establecida la máquina electoral para 1946, el pueblo mexicano podrá no solamente tener la completa libertad de elegir a sus nuevos presidentes, sino que estará en aptitud de evitar que se realicen "los chanchullos" y de que se sospeche de la parcialidad de las autoridades y podrá, al igual que en los Estados Unidos y que en Europa, conocer el resultado numérico de cualquier elección 24 horas después de que se hallan efectuado los comicios.

Hace seis años, precisamente el día en que tomó posesión de la Presidencia de la República el general Lázaro Cárdenas, los *Periódicos Lozano* lanzaron una iniciativa, que tendrá que ser recogida como un documento trascendental en la historia política de México. Los *Periódicos Lozano* sugirieron la conveniencia de que con la elevación al poder del general Cárdenas, se dieran los primeros pasos para la formación de un Partido Democrático.

Grandes y graves eran las razones que, editorialmente, daban los *Periódicos Lozano*, al hacer pública su iniciativa. Ésta no fue del todo desoída por los políticos, pero no tuvieron el "coraje" suficiente para emprender la gran obra a la que invitaban *La Prensa y La Opinión*.

PRONÓSTICOS DE HACE SEIS AÑOS

Si hace seis años hubiese sido fundado el Partido Democrático, México habría tenido la oportunidad de dar el primer paso hacia la organización de la maquinaria político-electoral. En seis años, habrían surgido los líderes; se habrían organizado los comités municipales, base de todo funcionamiento electoral. El Partido, quizá, habría sido el victorioso en las elecciones del 7 de julio.

Pero si el Partido no fue organizado, si la sugestión de los *Periódicos Lozano* no fue escuchada debidamente, queda a los periódicos anotarse dos grandes victorias. Una, la de haber vaticinado que bajo el régimen del general Cárdenas el país podría estar seguro de contar con todas las libertades políticas. Otra, la de que con el gobierno cardenista se iniciaría una nueva era de civismo nacional. Ambos pronósticos se han visto realizados.

Y al llegar casi al fin del gobierno del general Cárdenas y al estar casi en los albores de un nuevo gobierno, la recomendación de ayer de los *Periódicos Lozano* parece ser hoy una recomendación popular, definitiva y aceptada por la mayoría de los mexicanos.

Nadie duda ya que el pueblo, el gobierno, los partidos y los líderes políticos de México marchan hacia la organización de la maquinaria oficial.

TRES PARTIDOS QUE PUEDEN QUEDAR EN PIE

El pueblo ha probado que es capaz de salir a las calles a depositar su voto; el gobierno ha comprobado que las libertades democráticas no son la causa de trastornos del orden público; los partidos están convencidos de que es indispensable la organización; los líderes están seguros de que en México hay suficiente "material humano" para preparar a las nuevas generaciones.

El panorama, pues, que ofrece lo futuro, no puede ser más halagador. Si el 7 de julio de 1940 ha constituido un ensayo —un gran ensayo— político y electoral, el primer domingo de julio de 1946, sin exagerado optimismo, puede anunciarse desde hoy como la realización de esperanzas abrigadas durante ciento y tantos años de independencia mexicana.

Tres partidos, por los menos, de los que actuaron en la campaña presidencial que acaba de pasar, pueden y deben quedar en pie. Estos partidos son el Partido de la Revolución Mexicana, que de oficial debe pasar a constituirse en partido orgánico independiente; el Partido Revolucionario Anticomunista, del que es jefe el general Joaquín Amaro, y cuya existencia estará justificada hoy y mañana; y el Partido Acción

Nacional, dirigido por Manuel Gómez Morín, que constituye enseñanzas de decoro, de honestidad y de doctrina.

Estos tres partidos, habré de repetirlo, deben de formar el pie veterano de los grandes partidos que pueden desenvolverse durante el próximo periodo presidencial. Pueden ser el Acción Nacional, el Anticomunista y el PRM, para la política mexicana, lo que para la política de los Estados Unidos han sido el Demócrata y el Republicano.

LAS ESPERANZAS DE UN PUEBLO

Y si estos tres partidos continúan existiendo, si son punto de partida para la democracia mexicana y si logran fijar las bases políticas de lo porvenir, de seguro que a partir del 1º de diciembre de 1940 estarán en aptitud de comenzar la competencia electoral con la conquista de los ayuntamientos, cuya función ha sido tan despreciada en los últimos años.

Pero si éstas son las perspectivas que se ofrecen para después del 1º de diciembre de 1940, ¿cuáles son las que al país se ofrecen del 7 de julio al 30 de noviembre de 1940?

Durante un año, para el país no existió más que una fecha por delante que era como una puerta que se abriría para el porvenir. México, conforme se acercaba el 7 de julio, temblaba de emoción y también de angustia.

¿Qué pasaría el 7 de julio? y ¿quién resultaría electo presidente de la República ese soñado a la vez que oscuro domingo?

El 7 de julio, ya lo saben los lectores de los *Periódicos Lozano*, dio lo que nadie creía que pudiera dar: esperanzas democráticas; las más grandes esperanzas que haya tenido un pueblo.

El 7 de julio, el pueblo salió, desbordante de optimismo, de entusiasmo y de fe, a la calle. Nunca había visto México un espectáculo de tal naturaleza.

Hasta los ancianos que habían vivido los tiempos del general Porfirio Díaz, que nunca habían votado, que siempre habían permanecido indiferentes en el interior de sus hogares, salieron a depositar su voto.

Sin embargo, las elecciones, en el sentido técnico de la palabra, no lo fueron. Más que acto electoral, el del 7 de julio fue un acto plebiscitario. De aquí que con apego a las leyes, ninguno de los partidos rivales podrá decir, con números exactos, quién fue triunfador.

Luego, si no es posible determinar con cifras quién ganó en las elecciones del 7 de julio, ¿cómo podrá saber México quién es su futuro presidente?

He aquí el trascendental problema, de cuyo examen nos ocuparemos el próximo domingo, y varias semanas antes de que el Congreso de la Unión haga la declaratoria a favor de uno u otro candidato presidencial.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 11 de agosto de 1940, año XXVIII, núm. 181, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 11 de agosto de 1940, año XIV, núm. 331, pp. 1-2.

¿QUIÉN GANÓ EN MÉXICO?

SE IMPUSO LA ORGANIZACIÓN
Sólo el PRM contaba con una fuerza organizada

FUE IMPROVISO EL MOVIMIENTO DEL ALMAZANISMO
Se hace ver que declarar nulas las elecciones, debido a las grandes irregularidades que hubo, sería de muy grandes consecuencias para el país

CAPÍTULO II

¿Si el 7 de julio no funcionó en México una maquinaria electoral debidamente organizada, quiere decir entonces que no hubo elecciones o que éstas no fueron legales? No corresponde a estas observaciones del periodista entrar en la discusión del problema electoral mexicano desde el punto de vista jurídico. Si hubo elecciones o si éstas fueron o no legales, estará por resolverlo, en todo caso, quien conozca de la constitucionalidad o inconstitucionalidad de los hechos.

Lo que sí se debe de apuntar, en primer término, es que el gobierno cumplió convocando a elecciones de acuerdo con la Constitución; que las elecciones se llevaron a cabo en el día que marca la Constitución. Lo único que tocará resolver a expertos en la aplicación de las leyes es si el acto electoral estuvo ajustado a las reglamentaciones de la Ley Federal Electoral.

Lo que también es indispensable apuntar es que el 7 de julio, se presentaron a votar en las casillas miles de ciudadanos, y que numerosas de las casillas instaladas en el Distrito Federal lo fueron de acuerdo con los preceptos de la ley.

UN ACTO PLEBISCITARIO

Pero como los partidos de uno y otro candidato no podrán jamás determinar con precisión el número de votos emitidos legalmente: esto es, el número de votos depositados en las urnas en casillas legalmente instaladas; como no es posible determinar el número de votos, repetimos, la voz general acepta que más que un acto electoral, el del domingo 7 de julio fue un acto plebiscitario.

Más aún, habiendo sido un plebiscito, ¿quién o quiénes hicieron un recuento preciso del número de ciudadanos que asistieron a tal acto?

Posiblemente apegándose los constitucionalistas a la letra de la Ley, las elecciones deberían ser nulificadas; y deberían ser nulificadas para que se procediera a convocar nuevas elecciones, no sin que para esas nuevas elecciones se arreglara debidamente la máquina electoral.

Y ¿qué pasaría en caso de que las elecciones fuesen nulificadas?

En esta materia, el Congreso general se vería obligado a la designación de un presidente interino. Pero existe otro problema tan importante como el de la nulidad de las elecciones. Este problema radica en que, habiéndose efectuado simultáneamente las elecciones para diputados y senadores, de ser nula la votación para presidente de la República, tendría también que ser nula la votación para diputados y senadores.

DESAPARECERÍA EL ORDEN CONSTITUCIONAL

Nulificada la elección general, quiere decir que el 1.º de septiembre próximo, el país no tendría Poder Legislativo, y, por lo tanto, al no ser instaladas las Cámaras, la República dejaría de vivir en el orden constitucional.

Sin embargo, nada remoto sería que los constitucionalistas encontraran, ante un problema de la naturaleza del apuntado arriba, la fórmula para resolver tal problema.

La nulificación de las elecciones, aparentemente, podría ocasionar trastornos en el país, aparte de que daría lugar a que se reiniciara la agitación política que tanto daño causa siempre a México; y decimos aparentemente, porque en el fondo, la nulidad de las elecciones del 7 de julio daría fin a las pasiones desatadas y proporcionaría la oportu-

nidad para que el gobierno federal organizara debidamente la máquina electoral de que carece el país.

Para México, y al igual que en 1884, cuando el general Porfirio Díaz resolvió aceptar su reelección no obstante que la bandera de su partido había sido antirreeleccionista; para México, decimos, hay un problema que es el más trascendental y es el problema de la paz.

No solamente por razones de orden interior, sino también por razones de orden exterior, la República Mexicana necesita de la paz. La paz en estos días es el alimento primordial para la vida del país. Y con esto no se quiere decir que por la conservación de la paz del gobierno se verá justificado en recurrir a cualquier acto de violencia; pero sí se quiere decir que México está obligado a sacrificar todas las ambiciones de sus hombres y de sus partidos.

SACRIFICIO DE HOMBRES Y PARTIDOS

Un sacrificio momentáneo de los hombres y partidos no sería sino el afianzamiento del futuro. El futuro aguarda, sin duda alguna, sorpresas importantes; y entre estas sorpresas está la de que, organizada la maquinaria electoral, el país podría entregarse a un ensayo más eficaz que el que acaba de tener en materia electoral.

Pero si no se recurre a la nulidad de las elecciones, y si a todas luces la votación estuvo plagada de irregularidades hasta el grado de poderse decir que no hubo elección y sí un plebiscito, ¿entonces quién puede ser el presidente de la República?

Las juntas computadoras reunidas cuatro días después de las elecciones han anticipado un resultado electoral, atreviéndose a fijar cifras en la votación. Y aunque las cifras dadas a conocer por las juntas computadoras no tienen validez decisiva, puesto que, conforme a la Constitución, es el Congreso General el único autorizado para realizar el cómputo y la calificación definitiva de las elecciones, no por ello ha dejado de alarmar a los partidarios del general Juan Andreu Almazán, quienes creen tener el punto de partida para hablar de una "aplanadora oficial" dispuesta a "imponer" al general Manuel Ávila Camacho.

DEFECTOS DE LAS JUNTAS COMPUTADORAS

La verdad es que la instalación de las juntas computadoras tanto en el Distrito Federal como en los estados adoleció de los mismos defectos del acto electoral del domingo 7 de julio.

En la instalación de las juntas computadoras se comprobó una vez más que, no por mala fe, sino por falta de una maquinaria electoral debidamente organizada, era imposible determinar la legalidad de las cifras de votantes.

Las casillas instaladas legalmente en el Distrito Federal por los almanistas aparecieron en los recuentos de las juntas computadoras dominadas por los ávilacamachistas, dando cientos de votos para el general Ávila Camacho y unos cuantos para el general Almazán.

Este procedimiento de los políticos profesionales ya es viejo en la historia de México, y lo cierto es que nadie creía que las computadoras obraran de otra manera.

Mas si las computadoras dominadas por los ávilacamachistas obraron en tal forma, igual procedimiento siguieron los almanistas. Éstos no lograron sobreponerse a sus pasiones, no tuvieron el valor de hablar con la verdad y las cifras de sus cómputos hacen saber que en el Distrito Federal el general Ávila Camacho obtuvo unos cuantos votos contra miles a favor de Almazán.

FALTA DE ESCRÚPULOS

Esta falta de escrúpulos de los almanistas no hace sino justificar a sus rivales políticos, desgraciadamente. Y habrá que repetirlo una y muchas veces: ni una ni la otra parte puede garantizar la precisión y la legalidad en la votación.

¿Qué cabría en esta situación hacer para conocer quién o quiénes resultaron triunfantes en los comicios?

Las manifestaciones hechas a favor de los generales Almazán y Ávila Camacho durante la campaña electoral no pueden ser punto de partida para establecer quién de los dos tiene más partidarios. Y no puede ser punto de partida, porque a las manifestaciones de una como de otra parte asistieron miles de curiosos, miles de gentes sin partido.

Otro elemento para descartar la posibilidad de que por el número de manifestantes durante la campaña se pudiera establecer quién de los dos candidatos es el más popular es que los líderes políticos profesionales del almanismo y del ávilacamachismo movieron contingentes de "paga"; contingentes conocidos en el vocabulario electoral mexicano con el nombre "porras viajeras".

Además el recuento más imparcial de manifestantes durante un año daría desde luego un mayor número de votos al general Ávila Camacho. Para este recuento habría que partir del hecho de que Ávila Camacho visitó un mayor número de poblaciones que Almazán.

Éste dejó de visitar durante sus giras el sureste del país, que representa miles de votos en una elección nacional. Dejó también de visitar a los poblados agrícolas y los centros mineros en los que Ávila Camacho tuvo un éxito.

UN ARGUMENTO: LA ORGANIZACIÓN

Un cálculo conservador puede fijar que Ávila Camacho visitó regiones que en total tienen una población de no menos de diez millones de personas, sin que esto quiera decir que éste haya sido el número de gentes que concurrieron a las manifestaciones hechas en honor del candidato. Almazán, en sus giras, no alcanzó ni la mitad de los centros de población visitados por su rival.

¿Puede ser este hecho un punto de partida para calificar quién de los dos candidatos obtuvo más éxito durante la campaña presidencial?

Es muy atrevido hablar afirmativamente; pero sí se puede decir que puede ser un argumento que sirva de guía para lo que se determina en un futuro.

Mas si otro argumento es el de la organización, ¿cuál de los partidos, el almanista o el ávilacamachista, fue el mejor organizado durante la campaña presidencial?

Desde luego, hay que anotar que el ávilacamachismo heredó toda la maquinaria política que había organizado el callismo. En esencia, el Partido de la Revolución Mexicana es el Partido Nacional Revolucionario fundado por el general Plutarco Elías Calles en diciembre de 1928.

FUERZA ORGANIZADA

El programa del ex PNR fue objeto de algunas importantes modificaciones; su equipo político sufrió también cambio; pero los cuadros de la organización quedaron intactos. El nuevo PRM siguió abrazando en su seno a los gobernadores de estado, a los líderes provincianos, a los senadores, a los diputados y a los políticos profesionales. Aparte de esto, reforzó su estabilidad con la inversión de nuevas fuerzas. Éstas estuvieron representadas por los líderes obreros y los líderes militares. Y si los primeros no dieron más que vigor de multitud, en cambio los segundos le proporcionaron gran vigor.

Es cierto que los líderes militares no representan la totalidad de los sentimientos del ejército, pero sí forman un eje muy importante, el más importante, quizá, dentro de las filas militares. Sin la intervención de estos líderes en el seno del PRM, el partido habría perdido la conexión con el ejército.

Si el PRM es o no anticonstitucional, si es o no aceptado por la mayoría nacional, es un problema diferente al de la organización política. Lo apuntado es suficiente para comprender que el PRM significa organización y organización poderosamente extendida por todo el país.

Frente a esta organización, solamente habría cabido una organización disciplinada de los grupos opositores. Esta organización no ha existido. La formada por el almazanismo no fue más que consecuencia de un movimiento improvisado y empujada solamente por el estímulo de ganar el poder rápidamente.

Si los grupos opositores hubiesen escuchado hace seis años el llamado de los *Periódicos Lozano*, en seis años se habría organizado un partido político, quizá si no tan fuerte en número como el PRM, sí más poderoso que éste moralmente.

No fue así, y la oposición debe confesar su falta imperdonable.

Asentada la superioridad orgánica del ávilacamachismo —superioridad que constituye uno de los resortes más poderosos para el triunfo del general Ávila Camacho—, toca examinar la última parte del problema de la sucesión presidencial, señalada como la más determinante a favor de uno u otro candidato.

Esta última parte está representada por el general Lázaro Cárdenas, presidente de la República. ¿Será el general Cárdenas, legal o moralmente, quien dé la palabra final en este problema?

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 18 de agosto de 1940, año XIV, núm. 338, pp. 1.

¿QUIÉN GANÓ EN MÉXICO?

FALSA ACUSACIÓN A CÁRDENAS
El presidente de México no ha obrado como gran elector
en la lid política

EL CONGRESO DIRÁ QUIÉN ES ELECTO

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

¿Tiene el general Lázaro Cárdenas, como presidente de la República, que resolver la fase final del problema de la sucesión presidencial?

Durante las elecciones del 7 de julio, cuando el presidente Cárdenas se presentaba en las casillas, la multitud gritaba: "¡debes hacer justicia al pueblo, general Cárdenas!"

¿A qué justicia se refería la multitud? La justicia en esos momentos de estremecimiento popular consistía en que el general Cárdenas reconociera al verdadero triunfador en las elecciones. Los ciudadanos se dirigían a la autoridad más alta de la República Mexicana, creyendo que esa autoridad era la llamada a decir la última palabra en tan escabroso a la vez que trascendental problema.

Semanas antes de las elecciones, don Emilio Madero, presidente del PRUN (Partido Revolucionario Unificado Nacional), y el general Jacinto Treviño, celebraron una

conferencia con el general Cárdenas en el Palacio Nacional. Cuatro horas hablaron Madero y Treviño, como representantes del almanismo, con el presidente de la República.

CÁRDENAS, ¿GRAN ELECTOR?

Durante la conferencia, en la que, de acuerdo con la versión únicamente adquirida por los *Periódicos Lozano*, hubo abuso de palabras por parte de los líderes almanistas, el general Treviño dijo al presidente de la República que si entregaba el poder el 1° de diciembre al hombre que “verdaderamente resultara electo” el 7 de julio, que el general Cárdenas “pasaría a la historia como el más grande de los presidentes de México” y que “el pueblo mexicano le levantaría al general Cárdenas estatuas en toda la República”.

Ante tal promesa, el general Cárdenas contestó con dignidad que al cumplir con su deber no pretendía que se le erigieran estatuas, pues que no era estatuas sino el bien de su país lo que deseaba.

El ofrecimiento hecho al general Cárdenas, no hace sino revelar la ingenuidad del almanismo, pues con ello daba a entender que el presidente de la República tenía en sus manos todo el poder de un Gran Elector.

¿Puede acusarse al general Cárdenas de haber obrado como Gran Elector?

La acusación es injusta y es falsa. Injusta porque Cárdenas hizo que el gobierno nacional se apartara de los métodos empleados por el engranaje oficial desde 1920. Falsa, porque no se ha encontrado la menor prueba —cualquier prueba habría sido una arma de peso en manos de los almanistas— que indique qué el presidente de la República intervino en la campaña presidencial.

LA POLÍTICA PACÍFICA

El presidente Cárdenas no solamente se apartó de los métodos que habían sido puestos en boga por el gobierno, sino que además evitó los actos de violencia que realizaban anteriormente los políticos profesionales y ante los cuales el gobierno tenía la costumbre de lavarse las manos.

¿Quién puede olvidar que en 1923 permitió que los callistas llegaran al extremo de preparar un golpe de mano contra los partidarios de Adolfo de la Huerta? ¿Quién puede negar que en 1925 el gobierno dirigió los acontecimientos que culminaron con la trágica muerte del general Francisco R. Serrano y demás compañeros? ¿Quién

puede negar que en 1928 el gobierno permitió con el disimulo los asaltos al candidato independiente Ángel Flores? ¿Quién puede negar que el gobierno en 1929 permitió los actos de violencia contra los partidarios del licenciado José Vasconcelos?

Entre la violencia política de ayer y la política pacífica de la campaña electoral que acaba de pasar hay grandísima diferencia.

El régimen callista jamás permitió que el partido de la oposición pudiera realizar una campaña electoral con las libertades de que ha gozado durante el año pasado el almanismo. Tenemos a la vista un documento suscrito por tres exdiputados al Congreso de la Unión, en el que se certifica que en marzo de 1924, cuando el general Antonio I. Villarreal, a la sazón candidato a la Presidencia de la República, acompañado por el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y del profesor Aurelio Manrique, penetró en el Estado de Michoacán tratando de conquistar partidarios, el general Calles llamó a los entonces diputados y les dio un plazo de 24 horas para que pusieran “fuera del territorio michoacano” a Villarreal y socios. Resultado de este “mandato” del ex Jefe Máximo de la Revolución fue que el general Villarreal fuese objeto de brutales agresiones en Zamora y La Piedad.

NADIE PUEDE ACUSAR A CÁRDENAS

¿Habrá en 1940 algún líder político o diputado a senador que pueda suscribir un documento de tal naturaleza en el que se certificara que Cárdenas había dado órdenes a sus amigos para agredir al general Almazán o a los partidarios de éste?

No faltará quien considere que es una audacia “meter las manos en la lumbré”. Sin embargo, no habiendo agresión alguna contra el general Almazán, ya que la que sufrió en Zacapu bien sabido es que no sólo fue condenada por el presidente de la República sino por el rival del general Almazán, puede anticiparse, con precisión, que el general Cárdenas no obró un solo momento en la forma que obró el régimen callista.

Pero si el general Cárdenas no puede ser acusado de haber intervenido en la campaña presidencial contrariando los mandatos constitucionales ¿puede, en cambio, ser señalado como el autorizado para entregar el poder a quien él determine?

EL PROCESO SIGUIENTE

El final del proceso electoral, de acuerdo con la Ley Federal Electoral y de la Constitución, es el siguiente: reunidas las juntas computadoras el jueves siguiente al domingo

en que se efectuaron las elecciones, las juntas llevaron a cabo un cómputo de votos —sin calificar los votos— y expiden credenciales a los candidatos a diputados que estimen triunfadores.

Los presuntos diputados, después de hacer certificar sus credenciales por las autoridades civiles por la cabecera del distrito electoral, se disponen a concurrir a la instalación del nuevo Congreso, mientras que las juntas envían los votos reunidos al propio Congreso. Es éste el que determina si el presunto diputado fue o no electo legalmente y si tiene o no derecho a ocupar un asiento en la Cámara.

Los presuntos diputados se reúnen el 15 de agosto, comenzando desde luego la discusión de las credenciales, con el objeto de que el 1.º de septiembre estén aprobadas la mayoría de dichas credenciales para que el Congreso pueda inaugurar su periodo ordinario de sesiones escuchando el Mensaje del presidente de la República.

Instalado el Congreso, y después de haber escuchado el informe presidencial, los diputados proceden al nombramiento de una Gran Comisión, integrada por un representante de cada estado. La Gran Comisión es la encargada de hacer el escrutinio de los votos emitidos a favor de los candidatos a la Presidencia de la República.

¿CÓMO PODRÍA OBRAR EL PRESIDENTE?

Terminado el escrutinio, la Gran Comisión presenta su dictamen al Congreso, el que puede aprobarlo o rechazarlo. La parte resolutive del dictamen debe fijar a quién considera el Congreso electo presidente de la República.

Declarado presidente electo uno de los excandidatos, la declaratoria del Congreso debe ser seleccionada por el presidente de la República; el nuevo presidente ha de presentarse a rendir la protesta de la ley ante el cuerpo legislativo el 1.º de diciembre de 1940.

El proceso legal que ha de finiquitar el problema de la sucesión presidencial corresponde, pues, al Poder Legislativo. ¿Qué acción, dentro de este proceso, podría tener el general Cárdenas como jefe del Ejecutivo nacional?

La respuesta que dan los almazanistas es que el general Cárdenas posee la autoridad moral suficiente para exigir a los políticos profesionales el cumplimiento de una demanda del país entero: la demanda de que sea respetado el voto público. Esta demanda encierra no únicamente el respeto a la votación a favor del candidato independiente a la Presidencia de la República, sino también el respeto a la votación en favor de los candidatos independientes a las Cámaras federales.

En verdad, nadie puede concebir que habiendo jugado en las elecciones pasadas 150 candidatos independientes a diputados y 60 candidatos de la misma filiación para ocupar las curules del Senado, ninguno de estos candidatos haya podido triunfar.

¿Cómo es posible, se pregunta la opinión nacional, que ningún candidato almazanista haya podido conquistar una votación de quince mil sufragios capaces de darle un asiento en la Cámara de Diputados?

UNA PREGUNTA SIN RESPUESTA

El silencio ante esta pregunta parece revelar que no existió un manejo legal y ordinario en las juntas computadoras; existió el propósito de no permitir la libre expresión de los ciudadanos; que los líderes políticos profesionales se opusieron, por medio de sistemas condenados por el general Cárdenas, a que la elección fuese libre y legal.

Sobre el reconocimiento de la votación para los candidatos a diputados y senadores independientes es sobre lo que se ha pedido, con mayor insistencia, la influencia moral del general Cárdenas.

Instaladas las Cámaras federales, el presidente de la República no podrá intervenir en forma alguna para que el Congreso determine quién resultó electo nuevo jefe del Ejecutivo de México; y el general Cárdenas no podrá ser acusado de inclinación personal o gubernamental a favor de uno u otro candidato.

Durante 12 meses, el país ha esperado ansiosamente el momento de las elecciones. Realizadas éstas, México deberá esperar dos meses más para conocer el resultado definitivo de ellas. El resultado hará saber quién es el nuevo presidente de la República.

Si el engranaje electoral es deficiente a la vez que complicado, el engranaje político es casi determinante en el proceso final de la sucesión presidencial. Este engranaje político se basa sobre la organización de los partidos militantes, y, ¿quién puede negar que el PRM, arbitraria o indebidamente, es el partido que representa una organización de fuerzas políticas?

CAMINOS PARA MAÑANA

Los *Periódicos Lozano* lo dijeron hace seis años, apenas iniciado el gobierno del general Lázaro Cárdenas: mientras no existan partidos políticos en México, capaces de organizar todas las fuerzas cívicas del país, los grupos oficiales, perfectamente solidificados y organizados serán los únicos que puedan llevar al triunfo a sus candidatos.

La prueba a la que se sometió a los ciudadanos mexicanos ha sido magnífica y proporciona un balance favorable al despertar cívico. La prueba a que se sometieron los políticos desorganizados ha construido una nueva lección. El proceso electoral de ayer anuncia nuevos caminos para el proceso electoral de mañana.

Después de Cárdenas, México ha de decir que no es ya el presidente de la República quien manda en las elecciones nacionales; quien debe mandar es la organización de los partidos políticos.

Fin.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 25 de agosto de 1940, año XXVIII, núm. 195, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 25 de agosto de 1940, año XIV, núm. 345, p. 1.

¿HABRÁ REVOLUCIÓN EN 1940?

LA INTERROGACIÓN DE TODO MÉXICO SURGE

SURGE DE NUEVO LA AMENAZA

No sólo porque obra la vieja tradición mexicana,
sino porque son generales los seis precandidatos

NO SE HAN TOMADO AÚN LAS MEDIDAS NECESARIAS PARA QUE SE RESPETE EL VOTO
Y para México, acostumbrado a las elecciones trágicas,
resulta difícil aceptar que cinco candidatos acepten su derrota

HAY QUIENES CREEN QUE EL FASCISMO APROVECHARÁ LAS PRÓXIMAS ELECCIONES
Y que si Mussolini no enviará sus legiones, sí ayudará con dinero
al candidato que apoye sus doctrinas en México

CAPÍTULO I

¿Habrá una nueva revolución en México como resultado de la campaña presidencial?

Tal es la inquietante pregunta que se hacen los quince millones de mexicanos apenas comienza una campaña presidencial, volviendo inmediatamente la vista hacia los candidatos, tratando de descubrir quien de ellos sería capaz de encabezar la guerra civil. Éste generalmente es el hombre que figura como el jefe del partido antigobiernista.

No podía, por supuesto, evitarse la pregunta que lleva consigo la alarma nacional, con motivo de las elecciones presidenciales que habrán de efectuarse el primer domingo de julio de 1940; y no puede salvarse la interrogación, no sólo porque tal parece ser la tradición mexicana, sino también porque sus seis candidatos actuales son generales de División, lo cual es ya una amenaza en sí, porque se supone que los seis hombres de guerra no se contentarán con un fallo civil y, por tanto, deberán de apelar al ejercicio de la violencia.

Para el México acostumbrado a los trágicos efectos de las elecciones nacionales, no es posible aceptar a pie juntillas la posibilidad de que cinco de seis generales de División convengan en recibir resignadamente la noticia de que han sido derrotados en las elecciones; y esto se funda en el hecho de que en tanto que se hacen esfuerzos oficiales para evitar que las autoridades central y locales intervengan en sentido de imposición, no se han tomado las severas medidas tendientes a evitar que el voto ciudadano sea burlado en los comicios de 1940.

LA MASONERÍA FASCISTA

Además, la impresión dolosa que dejaron las elecciones nacionales pasadas hará siempre que reine el temor de la guerra civil; que los mexicanos estén midiendo las posibilidades militares de todos y cada uno de los candidatos; que ansiosamente quieran penetrar en los secretos de la campaña electoral; que se midan las fuerzas del gobierno; que se examinen las condiciones económicas del país; que se deseen conocer las influencias exteriores que pudieran estar interesadas en una conflagración interna.

Y todo esto hace que sean pocas las personas que crean en la posibilidad de que un nuevo presidente de la República pueda llegar al poder no sin antes haber sellado su elección con la sangre de los mexicanos.

A este panorama, bien triste por cierto, y que aparentemente no ha sufrido modificación en el transcurso de los años, se agrega la creencia de que en 1940, México no podrá permanecer alejado del choque entre las ideas que dividen a los países del continente europeo.

Para quienes abrigan esta creencia, el fascismo es una masonería que se extiende, a veces por medios pacíficos, pero casi siempre por medios violentos, por todo el mundo, y a la que México no podrá escapar.

Los pesimistas —y estos en México forman ejército— creen que nunca mayor oportunidad se presentará a la masonería fascista para penetrar en el país con motivo de la sucesión presidencial, que siempre parece oportunidad par introducir en México no sólo nuevos hombres, sino también nuevos sistemas.

Estos pesimistas opinan que el Duce Mussolini no tiene suficientes problemas en Italia y en Europa que le impidan interesarse en la sucesión presidencial en México y que, por tanto, deje de ser capaz de enviar si no las legiones que envió a España, sí dinero y pertrechos de guerra al candidato presidencial que pudiese comprometerse a extender el imperio fascista al continente americano.

EL IMPERIO ESPAÑOL

Y los pesimistas no llegan sólo a pensar en la posibilidad de que Mussolini llegue a extender sus ambiciones de dominación a la República Mexicana, sino que hablan de la posibilidad de que el general Francisco Franco, triunfador de la guerra civil de España, llegue a realizar —aprovechándose de la situación que en México llegue a crearse con motivo de la sucesión presidencial— un pensamiento ya expuesto públicamente: el de la formación de un imperio español, de un poderoso imperio español como el de los tiempos de Felipe II. Y comentando este pensamiento atribuido al general Franco, se llega a decir que alguno de los candidatos a la Presidencia “estará de acuerdo con el general triunfador de España, para hacer de México, como antes de 1810, una colonia española”.

¿Habrá quien crea estos vaticinios? Sí los hay, y los hay porque muy contadas son las personas que creen que las elecciones presidenciales terminarán pacíficamente, sin el ejercicio de la violencia.

De acuerdo con estos vaticinios, México debe ser desde hoy el terreno más propio para una nueva guerra civil, y muy contadas son las personas que conciben una elección nacional pacífica que llegue a su fin mediante el abrazo de los cinco candidatos que resulten derrotados.

POR AMOR PROPIO

Cierto es que, a partir de 1910, el país no ha podido llegar sin temores por realizar y con temores realizados al final de una campaña electoral. Cierto es también que los candidatos a la Presidencia no dejan de sembrar la alarma, pues aunque en un principio parecen estar acordes en el sentido de que “tendremos garantías”, las primeras manifestaciones de hostilidad de sus rivales o de los partidarios de éstos los hacen surgir amenazantes; y de amenaza en amenaza se llegan a colocar en tal situación que ya no por salvar al país de la “vergüenza impositivista”, sino por amor propio se ven

obligados a recurrir a los actos de violencia; y la violencia en México es significada con hechos de armas; con pronunciamientos, como se decía en el siglo XIX; con levantamientos, como se calificaba a las revueltas de 1910, o con sublevaciones, como son llamados los movimientos armados después de 1920.

Aunque en el siglo XIX, no pocos actos electorales tuvieron como corolario un pronunciamiento, la verdad es que esos actos electorales no tenían la trascendencia que tuvieron después de 1910. No había en ese entonces elección directa; la designación de un presidente de la República no se hacía depender del voto ciudadano, sino de los grupos partidarios que, sin una organización sistematizada, competían entre sí, lo que obligadamente los empujaba a una lucha de violencia.

Un examen histórico sobre la influencia que la designación de un nuevo presidente pudiera tener, durante el siglo XIX —exceptuando la de 1876—, podría hacer comprender claramente la diferencia que existió entre el “pronunciamiento” del XIX y el “levantamiento” originado por la renovación del Poder Ejecutivo en 1910.

Ningún movimiento armado anterior al que encabezó don Francisco I. Madero tuvo las típicas características de éste en lo que hace a “una expresión de protesta” por la imposición de un candidato.

LA “PROTESTA” DE 1910

Sin embargo, no fue la reelección del general Díaz en 1910, ni menos la del vicepresidente Ramón Corral, la única causa que pudo provocar el levantamiento de Pascual Orozco, de Luis Moya, de Figueroa y de otros tantos hombres. No fue tampoco la causa única del disgusto con que el país pudiera ver la nueva designación del señor Corral como vicepresidente, ni tampoco la influencia política que ejercía el Partido Científico pudieron —y nadie duda de esto— provocar manifestaciones de descontento, pero sin dar los elementos necesarios y capaces de conducir a todo el país a una guerra civil.

La bandera de la guerra fue la “no reelección”; y fue tomada por el señor Madero porque era la más sencilla de provocar los entusiasmos; porque cualquier bandera era buena si ésta era de un lema de fácil penetración entre las mayorías que no gustan pensar sobre todos los problemas que anhelan ver resueltos; y no habrá revolución que careciendo de un lema de fácil penetración en las grandes masas pueda conquistar el triunfo. Además, de una promesa de no reelección se deriva la posibilidad de que todos y cada uno de los mexicanos pudiesen resolver sus problemas; para esto se les ofrecía un nuevo gobierno; y los lesionados moral y materialmente por el existente tendrían que unirse a quienes hacían tal ofrecimiento.

Si la Revolución francesa no hubiese hecho de la palabra “libertad” su lema, no habría penetrado tan fácil y definitivamente como penetró en el corazón de los franceses. No fue necesario que inscribiese en su bandera: supresión del feudalismo, libertad de comercio, supresión de la monarquía, régimen de las asambleas, ejército del pueblo. No. La palabra “libertad” llenaba a todos: a los que querían libertad de comercio y no les interesaba la supresión de la monarquía; a los que querían ésta y no se preocupaban por la libertad de comercio o por la abolición del feudalismo.

EL PRETEXTO DE LA “NO REELECCIÓN”

Es igual aconteció con el lema “no reelección” que no lesionaba más que los intereses del régimen imperante en 1910; en cambio unía a quienes se interesaban bien por la supresión de las jefaturas políticas, bien por los sistemas alcabalariorios, bien por los impuestos per cápita, bien por la destrucción de sus haciendas, bien por los derechos de la pequeña propiedad, bien por la libertad de obtener concesiones, bien por el mejoramiento del salario, bien por las libertades religiosas o bien, en suma, por regeneración moral, política y económica de la nación.

Si tras el lema “no reelección” no se hubiese visto la posibilidad de que cada quien debe resolver sus propios problemas —problemas que ya no era posible resolver bajo un régimen que se había negado a resolverlos—, la continuación del general Porfirio Díaz en el poder no hubiese provocado, por sí misma, la guerra civil en 1910.

Mientras que no hubo otros factores para provocar la guerra que la reelección del general Díaz ¿quién se atrevió a encabezar una revolución?

Con firmeza se puede asegurar que un solo factor —el de la reformation de un gobernante— no sería suficiente para provocar una guerra civil.

¿A quién se le puede ocurrir que la sola intención del presidente Carranza de llevar a un amigo a la Presidencia de la República hubiese provocado una sublevación militar y política?

El desquiciamiento nacional, provocado por los sucesos de 1910, seguidos de los acontecimientos de 1913, no había sido remediado por el señor Carranza.

CUADRO PAVOROSO DE 1920

México tenía siete años de guerra civil; todos los valores nacionales estaban alterados; todas las funciones sociales vivían en el desorden. Ni siquiera de la paz gozaba la

República; y los odios entre los partidos y entre los hombres latían por todas partes. Ningún intento se había llevado a cabo por calmar las pasiones, y parecía que el deseo de ejercer venganza era lo único que alimentaba el gobierno federal. La producción agrícola había llegado a su mayor descenso. Los hombres carecían de trabajo y seguían emigrando a los Estados Unidos. No había un camino seguro.

Nunca un cuadro más pavoroso se había presentado la República Mexicana de 1920.

Las elecciones presidenciales vinieron a ser la válvula de escape, por una parte, y por otra, el motivo de la unión de todas las fuerzas nacionales descontentas contra el régimen carrancista.

Al estallar la sublevación la bandera de los sublevados no fue un programa general que diese a conocer todas y cada una de las causas por las cuales era batido el régimen carrancista. Un solo emblema fue suficiente para simbolizar los anhelos generales. Este emblema fue el de la "No imposición".

Bajo esta bandera se reunieron no sólo los enemigos políticos del candidato presidencial del carrancismo, sino todos los descontentos y los afectados por la situación que en ese entonces reinaba. Y eran tantos los descontentos, y tan difícil la situación reinante, que el gobierno del señor Carranza cayó tras de corta lucha con los sublevados.

Nadie puede decir que Carranza cayó por haber intentado "imponer" a un hombre en la Presidencia de la República, sino que esta "imposición" fue el motivo político que logró reunir a quienes creían que con un nuevo gobierno se abrirían nuevos horizontes al país.

Y SURGE CALLES

Nueva prueba de que no son los actos electorales los que provocan una sublevación popular, política o militar es el movimiento armado de 1923.

Dieciséis años después de los sucesos de diciembre de 1923, ya no es posible poner en duda que 90% de los mexicanos era enemigo de la candidatura del general Plutarco Elías Calles. El país parecía sentir lo que iba a pasar con el gobierno callista.

Demasiado violento era el general Calles para que el país le conociese cualidades de gobernante. Calles en su carrera política, anterior a las elecciones de 1924, no había dado una prueba que hiciese sentir a la nación simpatías por su candidatura. Los mexicanos ya presentían que el general Calles sería capaz de remover odios y de causar desgracias tan profundas como la de la guerra religiosa, que hizo retroceder a México

al siglo XIX; presentían también que su gobierno no sería más que un gobierno de inquietudes morales, sociales y económicas.

Ya en un juicio histórico, hoy puede decirse que grande fue la pérdida del país al no haber tenido un presidente de la República en 1924 como don Adolfo de la Huerta. La vida nacional hubiera tomado un sesgo completamente distinto al que tomó durante el régimen callista. Después del gobierno del general Obregón, ¿cuánto y cuánto hubiera ganado México con un presidente como De la Huerta! Los mexicanos no olvidarán jamás la pérdida que sufrieron con la derrota política de De la Huerta. Y esto dicho sin el menor asomo de pasión y menos de partidismo, puesto que muy lejos estuvimos de ser delahuertistas.

Y con esto queremos decir que nunca un movimiento armado y político estuvo más justificado que el encabezado por el señor De la Huerta, en quien se unían todas las fuerzas populares.

Sin embargo, la justificación política de la sublevación no fue suficiente para arrastrar a todo México al teatro de la guerra, ni para el triunfo de De la Huerta.

Esto quiere decir que no bastará la bandera de "imposición" para hacer triunfar una causa, ni menos para hacer mover todos los resortes del pueblo mexicano.

¿Y EN 1940?

El general Obregón —es necesario hacer honor a su gobierno— realizó lo que hasta antes de 1920 no se había podido realizar en México. Al caos del régimen carrancista le siguió una era de paz y de prosperidad. La mayor parte de las causas para provocar una sublevación popular no existían cuando el delahuertismo creyó que una sola causa, la política, sería suficiente para llevarlo al triunfo.

En tanto que en 1920 hubo causas trascendentes que empujaron al país a la guerra, en 1923 no las hubo.

¿Las habrá en 1940?

He aquí el gran problema del que será necesario hablar en el capítulo final.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 30 de abril de 1939, año XIII, núm. 227, pp. 1-2.

¿HABRÁ REVOLUCIÓN EN 1940?

TODO INDICA QUE NO HAY PELIGRO

NO EXISTEN LAS CAUSAS QUE PROVOCAN LEVANTAMIENTOS

CÁRDENAS NO INTERVIENE EN LA LUCHA

Y esto indica que los mexicanos podrán votar libremente

FIGURAN ENTRE LOS CANDIDATOS SÓLO DOS HOMBRES DE GUERRA

Son Sánchez Tapia y el Gral. Amaro

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

La obra realizada por el general Obregón tuvo tal trascendencia, llegó tan hondamente a todos los problemas nacionales, que sirvió de base y de sostén al gobierno del general Plutarco Elías Calles. Si un hombre de mayor capacidad que el general Calles hubiese no sólo continuado sino ampliado la obra de Obregón, México habría llegado al más elevado grado de progreso.

Y fue tan profunda la obra del gobierno obregonista que no sólo obligó al general Calles hasta donde sus odios y su poca visión le permitieron, sino que gracias a esa obra, se salvó al callismo del fracaso administrativo y de la derrota política que padeció en 1927, primero, y en 1929 y 1931, después.

Hablando en términos populares, se puede decir que el régimen callista terminó cuando acabó con las reservas morales, económicas, sociales, políticas y militares que le dejara el gobierno obregonista.

Si el general Calles, en lugar de encontrarse con la situación privilegiada del país que encontró en 1924, hubiese recogido la herencia carrancista, Calles, por su temperamento, por su ignorancia y por sus violencias, no hubiera alcanzado a permanecer en el poder medio año.

INTERESANTE ADMINISTRACIÓN

Calles no hubiera sido capaz de llamar a colaborar en su gobierno a los hombres que llamó el general Obregón y que le dieron lustre a su gobierno; Calles no hubiera dado las libertades religiosas y civiles que concedió Obregón; Calles no hubiera dado el auxilio que Obregón dio a la reconstrucción industrial; Calles no hubiera tenido la capacidad para convertir al oeste de México en el nuevo granero nacional, después de haber sido exterminado el granero de la mesa central.

Tan interesante fue la administración obregonista, a pesar de los errores a los que no pudo escapar el presidente Obregón —errores a los que le llevaban su corta ilustración, sus planes de caudillo, sus pocos sentimientos humanos y su anormalidad mental—, que el general Calles pudo salvarse de la rebelión de 1927, aunque no sin dejar de apelar a los más ruines procedimientos, haciendo asesinar en masa a los líderes políticos que en un país menos civilizado hubieran sido juzgados civilmente.

Para los cortesanos la sofocación de la sublevación de 1927 fue un triunfo del callismo; pero es que ¿qué más se podía exigir a los cortesanos?

Pero lo cierto es que si la rebelión en octubre de 1927 fue sofocada, no se debió más que a las bases indestructibles que había formado el gobierno del presidente Obregón, y que todavía serían capaces de resistir muchos años más.

Hay quienes afirman que si la rebelión de octubre, epilogada en Huitzilac, no tuvo éxito, se debió a que no tenía caudillos. Pero ¿quién puede negar que en Serrano y en Gómez había alma de caudillos?

REBELIÓN Y FRACASO DE ESCOBAR

Si otras causas, y no el poder del general Calles, hubiesen concurrido a hacer triunfar al general Serrano, México hubiera tenido oportunidad de ver crecer a un caudillo, y

un caudillo peligroso, porque Serrano era hombre que sabía hacer amigos y formar cortesanos: era dadivoso e inteligente, era persuasivo y dominante.

Todavía al estallar la rebelión encabezada por el general José González Escobar, el general Calles pudo triunfar debido que aún le restaban las reservas que le había dejado el gobierno obregonista. Y esto se ha repetido para comprender cuándo y cuánto puede hacer un hombre que quiere trabajar por el bien de su país.

Necesario es, sin embargo, recordar que la rebelión de 1929 no tuvo como causa directa un acto electoral. Fue un movimiento de los obregonistas contra el callismo; de los obregonistas que hasta años después se dieron cuenta de que el gobierno callista, si había podido subsistir, se había debido únicamente a que había aprovechado las reservas que había dejado el gobierno del general Obregón.

Pero las causas que concurrían a la existencia del callismo no podían ser tan fácilmente destruidas, y los sublevados en 1929 incurrieron en esta falsa creencia.

Y si el gobierno electoral no fue uno de los motivos que llevaron al general Escobar y a otros generales políticos a la rebelión de 1929, sí lo fue el que estuvo a punto de provocar una conflagración nacional en 1930.

TRIUNFO DE VASCONCELOS

Ya no es posible dudar que no fue el voto de los ciudadanos mexicanos el que hizo presidente de la República en 1930 al ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Un conocido político mexicano, refiriéndose a las elecciones de 1929, nos decía: “Algún día hemos de tener el valor de decir la verdad. De los doscientos y tantos mil votos depositados en las urnas electorales en 1929, el licenciado José Vasconcelos tuvo una inmensa mayoría sobre el ingeniero Ortiz Rubio”.

El político confesó que habiéndole tocado vigilar las elecciones, como representante del Partido Nacional Revolucionario, en cuatro distritos electorales del Estado de Michoacán, no sin sorpresa fue informado que la votación de Vasconcelos había sido abrumadora. “En Zamora, nos dijo el político, Ortiz Rubio no recibió ni el diez por ciento de la votación; y tuvimos que quemar todas las cédulas de votación para borrar las huellas del triunfo de Vasconcelos, viéndose precisados a trabajar dos días con sus noches para hacer votos a favor de Ortiz Rubio”.

Agregó el político que habiendo sido miembro de la junta computadora de la Cámara de Diputados, y no obstante que todos los diputados eran ortizrubistas, éstos hubieron de reconocer que “honradamente había ganado Vasconcelos”.

El líder político terminó diciendo: "Si los políticos tuviéramos valor, tendríamos que pedir perdón a Vasconcelos y ponernos a las órdenes del país para que nos juzgara".

Pero sin esta confesión del político mexicano, que algún día no lejano será hecho pública con todos sus detalles, estaba, desde el día siguiente de las elecciones, en la conciencia nacional, que el licenciado Vasconcelos había triunfado, y que la derrota de Ortiz Rubio había sido aplastante.

POR QUÉ VASCONCELOS NO ENCABEZÓ UNA REBELIÓN

Sin embargo, ¿este chanchullo electoral era suficiente para que los mexicanos llevaran a cabo una insurrección? ¿No había otras causas que, ajenas al gobierno y ajenas a los deseos populares, se opusieran a la insurrección?

Las había, sin duda alguna, y es que todavía perduraba la herencia de bienestar que había dejado el gobierno del general Obregón, y de la que se aprovechaba el régimen callista.

Para los superficiales, una insurrección en 1930 no podía prosperar porque Vasconcelos no tenía los tamaños necesarios para encabezarla. Quien esto afirme comete una falta imperdonable. Si Vasconcelos hubiese encontrado en el país las condiciones en que éste se encontraba en 1910 o en 1920, Vasconcelos encabeza y realiza la revolución más arrolladora que se hubiese conocido en México.

En la derrota, los enemigos de Vasconcelos pueden culpar a éste de falta de hombría; y Vasconcelos puede acusar a sus amigos de desleales. Pero ni aquéllos ni éste tendrán la razón. Otras fueron las causas que faltaron a la concurrencia para que se llevara a cabo la insurrección.

Pudo así seguir en pie el régimen callista; hasta que agotados los recursos que heredara del gobierno del general Obregón, hubo de desaparecer.

CÁRDENAS EVITÓ LA REVOLUCIÓN

Si el general Cárdenas no hubiese tenido las capacidades constructivas que tuvo el obregonismo; y si continúa aferrado al callismo destructor de la vitalidad nacional, el general Cárdenas no hubiera logrado sostenerse en el poder por muchos meses.

Cuando el general Cárdenas ascendió a la Presidencia de la República, el país estaba agotado. Una revolución parecía inminente. Y esa revolución hubiese triunfado

quienquiera que la encabezara. Seguramente que si Cárdenas no hubiera puesto fuera de los negocios políticos al callismo, el general Villarreal o el general Cedillo habrían sido los jefes de la nación.

Cárdenas evitó la revolución, y sin necesidad de un programa de anticallismo y solamente con el lema de "contra el gobierno irresponsable", triunfó fácilmente. El callismo, por sí mismo, había agotado las reservas que había heredado del obregonismo.

La obra del presidente Cárdenas ha sido la reconstrucción nacional en el sentido que le había señalado el gobierno obregonista e hizo que la economía se derramara sobre toda la República.

Y dada la situación actual del país, cabe preguntar: ¿Habrá revolución en 1940? ¿Existen las causas que pueden provocar un malestar nacional y, por lo tanto, conducir al país a una sublevación?

Sin acudir a los vaticinios, que generalmente resultan errados, sin el menor asomo de pretender halagar al poder público, sin intención de partido, es necesario hacer resaltar el hecho, muy significativo, por cierto, de que son contadas las personas que en México creen que las elecciones presidenciales puedan ser elemento para una sublevación popular o militar.

LA NEUTRALIDAD DEL GOBIERNO

A pesar de que las fuerzas que contendrán en las elecciones federales del primer domingo de julio del año entrante son vastas y encontradas; a pesar de que los candidatos son todos generales de división; a pesar de que existe el propósito de aplastar la leyenda del comunismo mexicano; a pesar de que han sido lesionados poderosos intereses económicos, nada hace sospechar que existan las causas fundamentales para alimentar una revuelta.

Por otra parte, ¿quién o quiénes de los seis generales de División candidatos a la Presidencia de la República encabezaría una revolución?

Antes de hablar de los candidatos, es indispensable dejar sentado que nada ha hecho sospechar hasta hoy que el presidente de la República tenga inclinación hacia determinado presidenciable.

La campaña actual, desde su iniciación, ha tenido, en la superficie, un aspecto. Éste es que el mundo oficial apoya la candidatura del general Manuel Ávila Camacho. Pero en el fondo, no ha podido ser descubierta ninguna manifestación que indique que el mundo oficial ha sido movido a favor del exsecretario de la Defensa Nacional por instrucciones del presidente de la República; y tanto es así, que no falta quien

diga: "Cárdenas está cometiendo una locura dejando al país en la libertad que lo está dejando para que haga la elección de su sucesor".

Esta expresión, aunque apasionada, no deja de tener un gran fondo de verdad. Los más allegados al presidente Cárdenas se niegan terminantemente, aun con sus amigos más íntimos, a hablar del problema de la sucesión presidencial; y todo hace creer que, por vez primera desde 1910, los ciudadanos mexicanos podrán expresar libremente sus simpatías a favor de cualesquiera de los seis presidenciables.

DOS "HOMBRES DE GUERRA"

De éstos, solamente dos son los mencionados como "hombres de guerra", capaces de encabezar una sublevación contra el poder público. Éstos son los generales Joaquín Amaro y Rafael Sánchez Tapia.

El tono agresivo que uno y otro han adoptado al empezar la campaña, la posición que ocupan como enemigos del Gobierno del general Cárdenas, sus contactos con elementos militares, parecen predecir disturbios armados en el país para 1940.

Sin embargo, estas actitudes pueden ser únicamente producto de las rivalidades existentes y de las pasiones del momento, puesto que nada indica que hagan preparativos bélicos para el futuro.

En estas condiciones, México puede esperar tranquilamente que la lucha presidencial se desarrolle, si no falta de las alteraciones consiguientes a una disputa en la que forman parte cientos de miles de ciudadanos, si falta de un movimiento armado.

Una nueva guerra civil en México haría retroceder al país en todos sentidos; provocaría el derrumbamiento de todo lo que se ha logrado en varios años de paz; acabaría con todas las esperanzas que se tienen para el futuro.

Las elecciones pacíficas anunciarían seis años más de paz, y dentro de la tranquilidad nacional ¡cuántas no serían las ventajas económicas y sociales que el país obtendría!

El fantasma de la guerra civil parece estar lejos de México en las elecciones de 1940.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 7 de mayo de 1939, año xvii, núm. 84, p. 1,7; segunda sección de *La Opinión*, Los Angeles, California, domingo 7 de mayo de 1939, año xiii, núm. 234, pp. 1-2.

¿HABRÁ IMPOSICIÓN EN 1940?

LA GRAN INTERROGACIÓN AL ACERCARSE LAS ELECCIONES

LOS PRESIDENTES MEXICANOS NUNCA HAN PODIDO IMPONER
A SUS SUCESESORES EN EL PODER

DÍAZ NO IMPUSO A CORRAL NI MADERO A PINO SUÁREZ,
NI CARRANZA A BONILLAS

EL PARTIDO MÁS FUERTE HA SIDO SIEMPRE EL QUE
HA IMPUESTO AL PAÍS SU VOLUNTAD

CAPÍTULO I

¿Habrá imposición presidencial? He aquí la clásica interrogación política mexicana escuchada desde los días anteriores a la revolución que encabezó don Francisco I. Madero; de la época cuando se aseguraba que el presidente de la República, general don Porfirio Díaz, imponía cada cuatro años —en los últimos de su gobierno— a don Ramón Corral.

La interrogación desde ese entonces se hizo clásico y ha quedado incluida en el alfabeto político de México, pareciendo ya consagrada por el uso y por el tiempo.

Por largos años ha sido arma terrible para motejar, por lo menos, a quienes ha considerado como candidatos de quienes se encuentran en el poder. En la literatura política ha tomado definitivamente carta de ciudadanía.

Nada de malo tendría, sin embargo, si el imposicionismo fuese una realidad. Pero ¿es que los presidentes de México, incluyendo al general don Porfirio Díaz, han logrado imponer ya en la Vicepresidencia o ya en la Presidencia, precisamente al hombre de su predilección?

Para que un presidente de la República lograra imponer a su sucesor, sería indispensable, en primer término, que el mandatario fuese un mandatario absoluto; que gozara de los atributos de un monarca.

Y ¿ha habido en México durante los 117 años de independencia algún presidente de la República absoluto?

EL ABUSO DE LAS PALABRAS

La literatura política mexicana más que cargada de odios ha estado sobrecargada de adjetivos y temores. Ha habido en México un celo excesivo de la palabra "libertad"; ha habido un abuso sin nombre de la palabra "dictadura". Para cualquier acto de la autoridad, no ha habido más que un calificativo: "tiranía"; y la empalagosa literatura política no ha sabido, para discutir los gobernantes, para discutir y plantear problemas nacionales, sin usar esas tres palabras de combate.

Y de tanto repetir esas palabras la mayoría mexicana ha llegado a creer que, en realidad, ha tenido una serie de odiosos tiranos, cuando los presidentes de los Estados Unidos han sido más centralizadores, más poderosos política y administrativamente que los presidentes mexicanos.

A fuerza de repetición del vocabulario político de México, se ha llegado a clasificar como dictador y tirano a un hombre que estuvo muy lejos de serlo: al general Antonio López de Santa Anna. Un tirano no hace lo que hace Santa Anna: que tras una escaramuza guerrera abandonaba el poder. Un tirano ahoga con sangre cualquier descontento de sus enemigos políticos. Un tirano no gobierna con una constitución como siempre gobernó Santa Anna; un tirano no consulta a los caciques y gobernadores si conviene o no un impuesto federal; un tirano no tiene que recurrir a la "leva" para formar un ejército, sino que manda la obligación en el servicio de las armas; un tirano no somete su legitimidad a una asamblea que esté formada aparentemente por amigos.

LA "DICTADURA" DE DON PORFIRIO

Ejerció más poder el licenciado don Benito Juárez que el general Santa Anna. Sin embargo, Juárez no fue motejado con el calificativo de dictador.

El abuso de la chabacana literatura política nacional hizo también influir entre las "feroces dictaduras" a la del general don Porfirio Díaz. Hubo, ciertamente, en el gobierno porfirista, momentos de tiranía política, pero también de democracia, aunque de una democracia sin libertad.

Y así como se abusó de la palabra "dictadura" y "tiranía", así también se abusó de la palabra "imposición".

¿Cuántas imposiciones ha habido en México, en los últimos treinta años?

¿Logró el general don Porfirio Díaz, a quien se ha concedido, literariamente, más poder que a cualquier otro presidente a partir de 1910 imponer en la Vicepresidencia al hombre de su predilección?

Cuando el general Díaz pretendió entregar el poder al licenciado José Ives Limantour, no pudo realizar sus propósitos. Los reyistas, unidos a los antiporfiristas, hicieron una tenaz campaña contra los planes de don Porfirio, y éste se vio obligado a abandonarlo. Un dictador hubiese acallado en cualquier forma la campaña de quienes le contrariaban para imponer a su sucesor sin discusión alguna.

UNA DERROTA DEL GRAL. DÍAZ

Poco después, el general Díaz pensó, al quedar establecida la Vicepresidencia de la República, en llevar a este alto cargo al general don Bernardo Reyes.

Los enemigos de Reyes, unidos a los antiporfiristas emprendieron una terrible lucha contra el entonces gobernador de Nuevo León; derrotaron a éste y derrotaron al presidente de la República, haciéndole aceptar a un hombre que no era de su predilección y confianza: a don Ramón Corral.

Sin embargo, don Porfirio fue acusado una y muchas veces de haber impuesto a don Róman Corral en la Vicepresidencia de la República.

La imposición de Corral fue realizada por un partido tan poderoso como el partido científico que había logrado atraer a sus filas a lo más granado de la intelectualidad mexicana, un partido debidamente organizado y que para destruirlo era necesario que surgiera otro partido también organizado.

Surgió, al fin, otro partido, que empezó por ganarse la simpatía de los intelectuales mexicanos que no estaban dentro del partido científico. Luego de ganarse estas simpatías se dirigió a la masa; y organizó a la masa.

Sólo un partido frente a otro partido fue lo que hizo que se iniciara una verdadera batalla política cuyo cambio quedó en poder del partido más fuerte, que fue el anti-releccionista.

EL CASO DE PINO SUÁREZ

Pero apenas triunfante el nuevo partido, estalló el grito de la literatura política de los últimos años: "¡imposición!" ¿Imposición de quién? Imposición del vicepresidente de la República.

No había en las elecciones presidenciales de 1911 más que un único candidato: un candidato de popularidad discutible como lo era don Francisco I. Madero. ¿Quién pudo negar en 1911 y menos negarlo hoy, que el señor Madero fue un candidato que tuvo el voto casi unánime de todos los ciudadanos mexicanos?

Pero algún motivo debían tener los políticos de México para volver a usar la palabra "imposición". No pudiendo hablar de imposición de la candidatura del señor Madero, hablaron de la imposición de la candidatura vicepresidencial del licenciado José María Pino Suárez.

Aunque en el caso del vicepresidente, bien se podría explicar el deseo del presidente de que su segundo fuese un hombre de su confianza, la realidad histórica revela que Madero distó mucho de haber impuesto al señor Pino Suárez.

Si Madero pensó en llevar a la Vicepresidencia a una persona que fuese de su mismo partido, esa persona no fue el señor Pino Suárez. Madero acarició la idea de que el segundo cargo de la República lo ocupase el doctor don Francisco Vázquez Gómez. La fórmula elegida desde la iniciación de la campaña electoral de 1910 fue Madero-Vázquez Gómez.

MADERO APOYARÁ A VÁZQUEZ GÓMEZ

Hasta el momento en que existió esa fórmula, a nadie se le ocurrió acusar al señor Madero de imposicionista, a pesar de la visible participación que éste tuvo en la designación del médico Vázquez Gómez como candidato a la Vicepresidencia.

Ya se ha visto por la correspondencia del señor Madero, cómo después del triunfo de la revolución que él caudilló, y a pesar de que el doctor Vázquez Gómez no le era leal política y amistosamente, el señor Madero insistía en apoyar al médico para la Vicepresidencia. Debió haber sido entonces cuando se acusara a don Francisco de imposicionista.

Los amigos del señor Madero insistían para que éste rompiera las relaciones con Vázquez Gómez y para que desistiera del propósito de llevarlo a la Vicepresidencia; pero Madero se rehusaba a escuchar a sus amigos.

Éstos se vieron en la necesidad de formar un grupo antivazquizta, que fue creciendo poco a poco, hasta que por su número y su consistencia obligó a Madero a desistir de sus planes, y se vio en la necesidad de aceptar al candidato vicepresidencial que surgía de entre sus amigos y simpatizadores. Este nuevo candidato fue el licenciado José María Pino Suárez.

Lo que entonces se dijo en la literatura política respecto a la candidatura del licenciado Pino Suárez no tiene validez alguna ante los documentos publicados por los *Periódicos Lozano*. En términos generales se puede decir que el señor Madero no impulsó al señor Pino Suárez.

Y después de estos hechos ¿quién puede creer en las "imposiciones"?

LA IMPOSICIÓN DE BONILLAS

Sin embargo, por años enteros ha perdurado en la literatura política nacional esta engañosa palabra, aunque dándose, ciertamente, un notorio caso de imposición, el que costó la vida de un presidente de la República.

Este caso, no obstante que fue notorio, tiene todavía explicaciones; explicaciones que si no justifican el hecho, sí se descubre que el mandatario que pretendió realizar la imposición no gozaba de una autoridad absoluta que hiciera indiscutible sus propósitos.

Se trata del caso de don Venustiano Carranza tratando de "imponer" al ingeniero don Ignacio Bonillas.

¿Qué alcance tuvo esta irrealizada "imposición"? ¿Era don Ignacio Bonillas realmente el candidato de don Venustiano?

Las noticias sobre el particular son bien escasas, debido a que ha habido un particular interés en que la documentación escrita de esa época no sea conocida. Lo que hasta hoy ha sido publicado es aquello que puede favorecer a la administración carrancista.

Hay quienes tienen preocupaciones absurdas, mediante las cuales creen salvar a los amigos o a los jefes.

Para la mayoría mexicana, el gobierno carrancista es todavía muy negro; y más negro seguirá apareciendo cuanto mayor sea el empeño de que sean publicados solamente aquellos documentos que aparecen favorables a don Venustiano.

Se sabe, por ejemplo, de alguna persona que teniendo en su poder gran parte de la documentación carrancista, se dedica a elegir, para alguna publicación esporádica, todo aquello "que no le haga mal a la memoria del jefe". Lo que se considera peligroso lo deja en el ocultamiento. Pero ¿qué sucederá cuando eso peligroso sea publicado conjuntamente?

CARRANZA APOYABA A DON PABLO

Mas volviendo a la llamada "imposición" bonillista, ¿fue el ingeniero Bonillas, a la sazón embajador de México en los Estados Unidos, originariamente el candidato de don Venustiano Carranza, para que le sucediera en el poder?

No parece que tal fuese el plan primero del señor Carranza. Todas las noticias conocidas hasta hoy indican que el candidato a quien don Venustiano pretendió, en su principio, elegir como su sucesor, fue el general de división don Pablo González.

Dentro del gobierno carrancista había un partido más fuerte que el pablista. Este partido era el burocrático, que tenía todos los resabios del burocratismo de los treinta años porfiristas.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de febrero de 1936, año xii, núm. 1964, pp. 1-2.

¿HABRÁ IMPOSICIÓN EN 1940?

GANARÁ EL GRUPO CON MÁS FUERZA

FIGURAS DEL PASADO Y DEL PRESENTE

CÁRDENAS A NADIE APOYARÁ

Pero el partido oficial se encuentra muy bien organizado para la lucha y si gana contra una débil oposición, no podrá decirse que hubo imposición

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

La literatura política que abusó de la palabra "imposición" aumenta en cantidad al aproximarse las elecciones presidenciales de 1924.

En la época en que se inicia la campaña, el país goza de libertades democráticas. Los periódicos populares surgen uno tras otro; y el periódico popular, desgraciadamente, sostiene su vida explotando un temor popular: el de que el presidente de la República, general Álvaro Obregón, no sepa elegir, de acuerdo con su grupo, al hombre que ha de sucederle en el poder.

Este temor nacional es lógico, pues aunque ha habido abuso gubernamental en cuanto a los fondos de la hacienda pública, el gobierno obregonista ha significado or-

den político y orden militar. Además, el presidente Obregón supo rodearse de hombres que supieron darle lustre con sus hechos y sus talentos al país.

La República pudo ver a uno de los gabinetes más completos, en el que quedaron representadas todas las tendencias originales del partido de la revolución, organizándose entonces fuertes partidos políticos; los periódicos de ese tiempo abundan en ideas; no son simples tribunas de noticierismo híbrido; discuten todos los problemas nacionales con certeza: animan al espíritu cívico.

MANCHAS Y LUCES DEL OBREGONISMO

En esa vida de orden y de progreso, solamente causan el desdoro de la administración obregonista las francachelas de algunos funcionarios públicos—inclusive del presidente Obregón, quien sin recato asiste a clubes en los que los naipes y el licor juegan un papel importante— y algunos actos de violencia en los que Obregón no puede dejar de extender su dura mano.

Estos actos de crueldad, llevados a cabo cuando ni siquiera peligraba la estabilidad del Estado, cuando sólo aparecen por el afán de seguir arrancando vidas y como continuación del lúgubre soplo de días de la guerra civil, dejaron manchada para siempre a la administración obregonista.

Más el país parecía estar dispuesto a continuar resignado por la pérdida de hombres que, por haber intentado alguna perturbación del orden, merecían otro castigo y no el de la muerte.

Sobre estos hechos sangrientos estaba un noble afán de progreso; pero no sólo de progreso material, sino también intelectual. México vio crecer entonces, acaso arrolladoramente, una juventud talentosa, llena de entusiasmos. Todo hacía creer que el país estaba llamando a una edad de oro para las letras, las artes, las industrias.

Por todo esto, los mexicanos se sentían hondamente preocupados por el problema de la sucesión presidencial. ¿El hombre que sucediera en el poder al general Obregón seguiría el mismo camino que éste? ¿El renacimiento mexicano continuaría el sendero que le habían trazado los colaboradores del general Obregón?

EL NUEVO SISTEMA DE MANDO

Un gran temor reinaba de que la elección del sucesor de Obregón—fuese el resultado de esa elección ya por el sufragio universal o fuese por la designación del partido dominante—no tuviese el acierto que la República pedía.

Por eso es que ese temor lo explotaban maravillosamente los periódicos populares. Éstos, en lugar de penetrar en los problemas de la nación para exponer los temores ciudadanos, no tuvieron otra palanca que explotar que la de la “imposición”.

El general Obregón, hombre inteligente, aunque sin cultura, con un sentido político inigualable, debió haber comprendido cuál era la situación de su gobierno frente al problema de la sucesión presidencial. Desgraciadamente, había en Obregón demasiado amor por el poder. Triunfador siempre, lo mismo en la guerra que en la paz, difícilmente se podría desprender de la autoridad que había tenido durante diez años. Creer en un Obregón resignado a la vida hogareña y cultivador de garbanza es ignorar al hombre y a la historia del hombre.

Si por de pronto, dada su astucia, no creyó conveniente desencadenar una guerra en busca de su reelección; si por esos días consideró importuno enfrentarse a los sentimientos de democracia y libertad de los que él mismo había sido partícipe antes de saborear el ejercicio del poder, sí pensó en la posibilidad de establecer un nuevo sistema de mando: el sistema del “hombre detrás del trono”.

CALLES Y DE LA HUERTA

Los dos únicos hombres que, dentro de los medios oficiales, podían ser llamados a ocupar la Presidencia de la República eran don Adolfo de la Huerta y don Plutarco Elías Calles; pero ambos eran directores de sus propios partidos, y su ascenso al poder excluiría al general Obregón de una intervención en los negocios públicos.

Dispuesto, como queda dicho, a ejercer el mando “detrás del trono”, el general Obregón pensó en un hombre ambiguo, que se viese obligado a gobernar con el obregonismo. éste hombre fue el señor don Ramón Ross. Éste era el individuo a quien el presidente Obregón pretendía imponer.

Fue otro el camino que tomó el problema de la sucesión presidencial, pues dándose cuenta los partidarios del general Calles de las vacilaciones de Obregón, quien no se atrevía a exponer su propósito de dominación detrás del trono, buscaron la manera de imponer al presidente al entonces secretario de Gobernación. Para lograrlo, procedieron, en primer término, a precipitar al señor De la Huerta a un rompimiento con el mandatario, hecho lo cual, obligaron a Obregón a aceptar la candidatura de Calles.

Las documentaciones verbal y escrita descubren, hasta donde las fuentes actuales permiten el examen, que es falso que el general Obregón hubiese pretendido, desde la iniciación de la campaña electoral de 1924, la imposición del general Calles. Fue el

grupo de éste que determinó a Obregón a aceptar la candidatura callista, viéndose así precisado a desistir de la de don Ramón Ross.

CALLES NO IMPUSO A OBREGÓN

Y si el presidente Obregón no impuso al general Calles, ¿éste impuso a aquél, al quedar restablecida la reelección presidencial?

Los papeles de los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, publicados en los *Periódicos Lozano*, indican que la reelección del general Obregón nunca fue bien vista por el presidente Calles. Éste, aunque sin el valor suficiente, casi lo declaró en el mensaje del 1º de septiembre de 1928. Lo hizo más notable cuando durante su acción detrás del trono, hizo que la Constitución fuese nuevamente formada en sentido adverso al criterio obregonista.

Se podría aducir que “hizo” presidente a Obregón por su gratitud —aceptando por supuesto, que el expresidente Calles haya sentido gratitud—; pero esto sería establecer un principio que no es necesario repetir a nuestros lectores.

Asesinado el general Obregón ¿quién fue el candidato del presidente Calles para que ocupara la presidencia provisional de la República? ¿Lo fue acaso el licenciado Emilio Portes Gil? ¿Se puede acusar al general Calles de haber impuesto a Portes Gil?

El candidato del presidente Calles para la presidencia provisional era el general Joaquín Amaro, en tanto que Portes Gil lo era del partido obregonista; y este partido formaba la mayoría del mundo oficial, que estaba llamado a establecer la nueva administración.

Sin embargo, el general Calles se vio obligado a aceptar y apoyar la candidatura de Portes Gil, no sin que antes tuviera que recurrir a sistemas artificiosos como el de las juntas de generales.

A partir de la designación de Portes Gil, hecha contra el deseo privado del general Calles, éste fue señalado como el autor de las “imposiciones” de tres presidentes más.

La jugosa literatura política popular mexicana, que se encarga de proclamar a los líderes que no tienen la capacidad de organizar como el señor Madero, habló desde entonces del “nopalismo”. A esta literatura se agregó la poco feliz del periodismo oficial, cuya misión ha sido hasta hoy fomentar el servilismo, y de acuerdo con la cual el general Calles fue elevado a la categoría de Jefe Máximo de la Revolución, título el más ridículo y más antipopular que se le podía dar a un hombre. Sin el talento político del general Obregón, Calles aceptó gustoso esa designación.

LA ÚNICA IMPOSICIÓN PERSONAL

Esto hizo que la literatura de una y otro bando corroborara la creencia de que el general Calles era el hacedor y deshacedor de presidentes de la república, y así logró realizar la única imposición personal que se registra en México: la del general Abelardo L. Rodríguez.

Pero si el general Calles pudo imponer al sustituto de Ortiz Rubio, lo hizo contra la voluntad de éste, lo que viene a comprobar que un presidente jamás ha podido imponer al hombre que él ha querido.

Y el caso más notorio en el cual ni el presidente de la República ni el jefe de un partido pudieron imponer a un mandatario fue el de 1934.

Calles se oponía a la designación del general Lázaro Cárdenas. Ya Cárdenas había dado demasiadas pruebas de ser un hombre de propio criterio y de acción también propia.

En 1929, durante la revolución escobarista, en tanto que el general Calles no se atrevió a marchar hacia el Norte para batir a las fuerzas sublevadas y mientras que su plan era esperar al enemigo en un punto del Bajío pretendiendo así repetir la hazaña del general Obregón en 1915, el general Cárdenas obligó a Calles a iniciar el avance hacia Torreón y Chihuahua.

¿Y EN 1940?

Tan contrario se mostraba Calles a avanzar al Norte, que ante varios generales dijo que el plan de Cárdenas daría desastrosos resultados como los que éste había tenido en el combate de Teocuitatlán, en 1924.

No fue ésta la única ocasión en que el general Cárdenas se opuso a medidas políticas y militares del general Calles; y a esto se debió el que al iniciar la campaña electoral de 1934, el llamado Jefe Máximo no viera en Cárdenas al hombre de sus confianzas que le permitiese seguir la política de gobernar “detrás del trono”.

El general Calles necesitaba un hombre de fácil manejo, que correspondiese a sus propósitos. Éste era el licenciado y general Aarón Sáenz.

Sin embargo, Calles no pudo imponer a su candidato y hubo de aceptar el candidato de la mayoría del mundo oficial, que fue el general Cárdenas.

Y si ningún presidente ha logrado imponer a su sucesor, ¿pretenderá el general Cárdenas hacerlo? ¿Habrá imposición en 1940?

Faltando un poco más de un año para las elecciones nacionales no existe la menor sospecha de que el presidente Cárdenas pretenda imponer a determinada persona. La

única sospecha podría suscitarse en caso que el candidato presidencial fuese el general Manuel Ávila Camacho, por tratarse de quien ha hecho toda su carrera militar al lado del general Cárdenas y, por lo tanto, sin una personalidad propia que le pudiese proporcionar los méritos suficientes para conquistar la simpatía de todo el mundo oficial.

PRESIDENTE SIN CAMARILLA

Por otra parte, el general Cárdenas no ha sido presidente con camarilla, que le pudiese arrancar alguna palabra a favor de determinada persona.

Mas si los presidentes de la Republica no han podido imponer a sus amigos y favoritos, en cambio es un hecho incontrovertible que el partido que se encuentra en el poder siempre ha logrado imponer a su candidato, a menos que para evitarlo el partido independiente haya tenido que recurrir a la violencia como en 1910 y como en 1920. Si los partidos independientes no han tenido oportunidad de triunfar se debe a que en lugar de proceder a ser una organización seria, consistente, de arraigo nacional, se han dedicado a propagandas románticas, dejándose ilusionar por las multitudes que concurren a las manifestaciones, olvidando que uno es el entusiasmo popular y otro es el espíritu cívico.

El partido oficial, gozando de todos los privilegios de la maquinaria gubernamental, es siempre un partido organizado, y organizado poderosamente, y para que un partido independiente tenga posibilidad de triunfo, debería proceder en primer término a constituir una fuerza organizativa como la del partido oficial. De lo contrario, está llamado al fracaso.

¿Habrà en 1940 un partido tan fuerte, como el Partido de la Revolución Mexicana, que sea capaz de arrebatar el triunfo a éste?

Si ese partido no es organizado y si en las elecciones de 1940 triunfa el candidato del Partido de la Revolución Mexicana, no se podrá acusar a éste de haber impuesto al nuevo presidente de la República.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 5 de marzo de 1939, año xxvii, núm. 21, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 5 de marzo de 1939, año xiii, núm. 171, pp. 1-2.

EL MÉXICO DE AFUERA DEBERÍA TENER VOZ EN LAS ELECCIONES

SUS DERECHOS HAN SIDO OLVIDADOS

LOS MEXICANOS RESIDENTES EN ESTADOS UNIDOS ESTÁN POSTERGADOS
Ningún candidato, a excepción de Vasconcelos, los ha tomado en cuenta

MÁS DE DOS MILLONES DE COMPATRIOTAS VIVEN AQUÍ
Pero ninguna atención reciben del gobierno de nuestra República

SI VOTARAN EN 1940, ELLO LES DARÍA MUCHAS VENTAJAS
Para lograrlo, sólo se requeriría que fuese reformada la Ley Electoral

¿Los miles de mexicanos que residen en los Estados Unidos han perdido sus derechos ciudadanos? He aquí la gran interrogación que surge con motivo de la proximidad de las elecciones presidenciales en México y las que, por vez primera en largos años, parecen despertar los sentimientos cívicos nacionales.

Y surge la interrogación porque ningún candidato presidencial, a partir de 1920, y con excepción del licenciado José Vasconcelos, ni ningún partido político, se ha preocupado por incluir en los programas de gobierno ni una sola frase que indique interés por los millares de mexicanos que residen en los Estados Unidos.

Ningún candidato tampoco —exceptuando nuevamente a Vasconcelos— ha tomado en cuenta los deberes y los derechos cívicos de los ciudadanos del México de afuera; como si ese México de afuera no existiese; como si los mexicanos que por necesidad han tenido que abandonar a su país no fuesen capaces para emitir un voto de ciudadanía en las luchas electorales de México.

Y si a los mexicanos residentes en el extranjero no se les conceden derechos, ¿con qué razón se les puede exigir obligaciones?

SÓLO ACTOS DE BENEFICENCIA

Hasta hoy, desgraciadamente, los problemas de repatriación y de ayuda a los mexicanos del México de afuera han sido vistos en el país como actos de conmiseración y de beneficencia y no como una obligación del gobierno nacional de seguir considerando a los residentes en el extranjero como ciudadanos que tienen los mismos derechos de quienes residen en el territorio nacional.

Ha llegado el poco o ningún interés que se tiene por los hombres del México de afuera hasta el grado de que, mientras que en el territorio mexicano cualquier campesino tiene derecho a la tierra, mientras que cualquier obrero tiene derecho a los privilegios que les otorga la Ley del Trabajo, quienes están afuera del país no han podido disfrutar ni de una ni de otra prerrogativa.

La Constitución de los Estados Unidos Mexicanos aprobada en Querétaro, el 5 de febrero de 1917, establece que son ciudadanos mexicanos los nacidos en México, mayores de 21 años o mayores de 18 años si son casados; lo son también los hijos de los mexicanos, aun cuando hayan nacido en el extranjero. ¿Cuántos son los ciudadanos mexicanos por nacimiento que residen en los Estados Unidos? ¿Cuántos los mexicanos nacidos en el extranjero, pero hijos de ciudadanos mexicanos?

La cifra exacta no es conocida, pues aunque el gobierno del general Calles gastó varios millones de pesos en el censo general de la República, no gastó un solo centavo en un censo de los mexicanos residentes en el extranjero.

LOS DEMÁS EXPATRIADOS SÍ VOTARÁN

Cualquier gobierno civilizado no sólo tiene la cifra exacta de sus nacionales que residen en otros países, sino que conoce los nombres de todos los expatriados; sabe a qué se dedican; les otorga su protección resuelta y los continúa considerando, por lo tanto,

como miembros de la sociedad de la que por una u otra causa se desligaron momentáneamente.

Si en un pueblo de México ocurre un accidente a un ciudadano norteamericano, el gobierno de los Estados Unidos sabe quién es ese ciudadano, dónde nació, cuántos años tiene, quiénes son sus familiares y de qué medios de vida dispone.

Otro tanto acontece con los cientos de ciudadanos franceses que viven en la República Mexicana; y lo mismo ocurre con los alemanes, con los japoneses residentes en el territorio mexicano; desligados de su patria, porque su patria no parece ocuparse de ellos, son los chinos.

Cuando en los Estados Unidos están por llevarse a cabo elecciones presidenciales, los norteamericanos residentes en México forman sus clubes, dan sus opiniones; y el día de las elecciones concurren a sus centros de reunión para extender su voto a favor de los candidatos.

Cuando en Alemania, los ciudadanos son convocados a un plebiscito, el gobierno alemán envía un barco a un puerto en México. Los alemanes ricos hacen el viaje por su propia cuenta al puerto que llega el barco, en tanto que los que carecen de posibilidades económicas reciben el importe de sus gastos en los consulados para concentrarse en el puerto. Todos embarcan y el vapor se hace a la mar para que los ciudadanos alemanes, fuera de las aguas territoriales extranjeras, puedan emitir libremente su voto.

HACE FALTA UN CENSO DE MEXICANOS

De esta manera, los ciudadanos de las naciones civilizadas, no por ausentarse de su país —y por más lejano que sea el punto de su residencia— dejan de estar ligados al país de su nacimiento o de su origen.

Muy diferente es lo que ha ocurrido con los mexicanos que han tenido que ausentarse de su país, a pesar de que han quedado a unos cuantos cientos de kilómetros de distancia de las fronteras de México.

Si el gobierno mexicano no ha incluido en sus censos a los miembros del México de afuera y no se sabe a punto fijo cuántos son los ciudadanos residentes en los Estados Unidos, por las estadísticas del gobierno norteamericano se sabe que el número de mexicanos por nacimiento ascendía en 1926 a cuatrocientos ochenta y cinco mil, incluyendo hombres, mujeres y niños.

No menciona la estadística de los Estados Unidos el número de mexicanos, hijos de mexicanos pero nacidos en territorio extranjero, porque para el gobierno norteamericano estos mexicanos son norteamericanos.

Sin embargo, por las estadísticas de la natalidad, correspondiente a los últimos treinta años, se desprende que el número de mexicanos nacidos en los Estados Unidos alcanza un poco más de un millón y medio. Y ¿los que han nacido antes de 1910? ¿Y los hijos de éstos, que deben también ser considerados como mexicanos?

Seguramente que un censo general de mexicanos residentes en los Estados Unidos daría una cantidad mayor de dos millones y medio de almas.

De los ciudadanos mexicanos del México de afuera toman participación en actos electorales norteamericanos varios miles; 99% de éstos son ciudadanos nacidos en los Estados Unidos.

EL IDIOMA INGLÉS

Y si estos que votan en país extranjero han desvinculado su ciudadanía de México, también se han desvinculado quienes por una u otra razón no saben leer y escribir el castellano.

Las estadísticas de los Estados Unidos indican que 99% de los hijos de padres extranjeros que residen en territorio norteamericano saben leer y escribir el idioma del país en que nacieron. Se ignora, por supuesto, cuántos miles escriben y leen el idioma de su país de origen.

Quienes habiendo nacido en suelo extranjero han aprendido a leer y escribir el castellano, lo deben: A) a sus propios esfuerzos e iniciativa; B) a los *Periódicos Lozano*; C) a las escuelas privadas, pero principalmente a las escuelas religiosas que no sólo han enseñado la fe, sino también el idioma español.

Y no hay que hacer responsable al gobierno de México de no haber establecido escuelas en los Estados Unidos, o por lo menos el no haber destinado partidas de su presupuesto para dar subsidios a las escuelas mexicanas en territorio norteamericano. Y no hay que hacerle responsable, porque a parte de la penuria en que siempre ha vivido el gobierno nacional, ningún presidente de la República ha llegado al poder con el compromiso previo de su programa respecto a este punto de capital importancia para México y los mexicanos.

LOS DERECHOS DEL MÉXICO DE AFUERA

¿Por qué los mexicanos reunidos en los Estados Unidos no han de exigir que el presidente de México establezca en su programa de gobierno los subsidios para las escuelas

mexicanas en territorio norteamericano, el establecimiento de un banco refaccionario para repatriados, la colonización no de regiones de Tierra Caliente, sino de zona templada, el derecho de votar en los puntos de la frontera de los Estados Unidos, el auxilio a las familias pobres y los subsidios a los centros de beneficencia: hospitales, consultorios, clínicas?

Los expertos estiman que un nuevo gobierno de México, comprometido con el voto de los mexicanos residentes en los Estados Unidos, podría destinar ocho o diez mil millones de pesos anuales para el desenvolvimiento de un gran programa de mexicanización.

¿Qué de beneficios tendrían los mexicanos y qué de beneficios también el país!

No se pretendería, por supuesto, que los dos y medio millones de mexicanos regresaran a México. Si todos y cada uno de los mexicanos residentes en el México de afuera regresasen a su país llevando, ya en efectivo, ya en instrumentos de trabajo, cuatro o cinco mil pesos, o si cada uno de los que volvieran a la patria lo hiciera con la seguridad de ser refaccionado económicamente por el gobierno, entonces, una repatriación general sería lo más conveniente.

Pero para la reciprocidad de intereses de los que viven fuera y de los que viven dentro del territorio mexicano, bastaría una política de extensión nacional.

EN CASO DE GUERRA

Moralmente, la República Mexicana aumentaría en poder; ya no serían solamente los dieciséis millones de habitantes del territorio nacional, sino que serían dos millones y medio más residentes en el extranjero, pero perfectamente vinculados con el viejo México.

Y no sería únicamente la protección diaria que el gobierno de México daría al México de afuera sino también la necesaria en casos de gravedad, por ejemplo en casos de una guerra a la que concurriesen los Estados Unidos.

En 1916, los mexicanos nacidos en territorio norteamericano, de acuerdo con las leyes de los Estados Unidos, tuvieron que marchar a la Guerra Mundial.

México era entonces víctima de la guerra civil. Existían tres gobiernos, cada uno de los cuales se disputaba la supremacía del poder. Además, ¿podrían exigir protección los mexicanos residentes en los Estados Unidos, de gobiernos a los que previamente no habían exigido un programa que satisficiera los intereses del México de afuera?

LAS VIRTUDES DEL MÉXICO DE AFUERA

Tienen los ciudadanos del México de afuera muchas virtudes inapreciables hasta hoy: seguir unidos a la patria, aunque el gobierno nacional no les ha tendido la mano derecha; haber aprendido sistemas de trabajo; haberse sostenido en un medio, que si no hostil, sí es, por su poderío, absorcionista; haber comprendido mejor que los ciudadanos del México de adentro el gran sentido de las democracias; haber aprendido a resolver los problemas cívicos dentro del orden y la organización. Y más todavía. El mexicano del México de afuera ve con mayor claridad los problemas nacionales.

De aquí el gran valor que han tenido los *Periódicos Lozano*. Si los gobernantes de México hubiesen escuchado las opiniones de los *Periódicos Lozano* —que son las opiniones del México de afuera—, otros serían los rumbos que habrían tomado las luchas nacionales.

Y que los *Periódicos Lozano*, intérpretes del sentir de los mexicanos residentes en los Estados Unidos, han estado siempre acertados, lo prueba el hecho de que, en 1920 combatieron al régimen carrancista, y el régimen carrancista cayó; en 1926 defendieron la libertad de pensamiento y de creencias, y México convino en que deberían ser respetadas las libertades; en 1930 combatieron al régimen callista y el régimen callista cayó.

Hace cuatro años que los *Periódicos Lozano* invitaron a los políticos de México a organizar un partido democrático independiente. La invitación no fue escuchada por de pronto; pero en la actualidad, ha sido formado un partido independiente.

UN ACTO CÍVICO TRASCENDENTAL

Hace dos años, la voz del México de afuera, a través de los *Periódicos Lozano*, realizó un acto cívico trascendental: formó de acuerdo con el pensamiento de los ciudadanos mexicanos, residentes en los Estados Unidos, la primera lista de posibles candidatos a la Presidencia de la República.

Los políticos de México estaban muy lejos de pensar en ese entonces que los generales Manuel Ávila Camacho, Gildardo Magaña, Juan Andreu Almazán, Francisco J. Múgica y Joaquín Amaro serían candidatos a la Presidencia de la República.

Fue el México de afuera el primero que pensó en que esos generales podían ser candidatos a la Presidencia de la Nación; y la opinión mexicana que vive en el extranjero no se equivocó.

Y es que los problemas políticos no son acertijos; surgen, se desarrollan y se resuelven mediante el sentido común; y los ciudadanos mexicanos que forman el México de afuera han probado que son hombres de sentido común.

¿Por qué, entonces, no han de tener participación directa en los problemas nacionales? ¿Por qué no han de exigir que el nuevo presidente de la República contraiga compromisos previos con el México de afuera?

Y por último ¿por qué los ciudadanos mexicanos que residen en los Estados Unidos no han de tener derecho de votar en las próximas elecciones nacionales, para que se sepa cómo opinan dos millones de mexicanos que tienen tantos derechos como los mexicanos que viven en el México de adentro?

Naturalmente que para lograr esta participación del México de afuera en las próximas elecciones sería necesario retomar la ley electoral de la República, pero éste no es un obstáculo que no pudiese subsanarse.

He aquí, pues, el importante problema que se presenta para quienes, a pesar de su número y de su calidad, han estado olvidados por los gobernantes de México.

NOTA.- Ya escrito el anterior artículo se dio a conocer una iniciativa del senador Gonzalo N. Santos, proponiendo reformas esenciales a la Ley Federal de Elecciones, para que los mexicanos residentes en el extranjero tengan derecho de votar. Juzga el representante potosino, coincidiendo con nuestras apreciaciones, que no existe justificación ninguna para que los millares de mexicanos que residen fuera de la patria queden segregados por ese solo hecho de la vida política nacional. El senador Santos propone que, al igual que todas las naciones más adelantadas, México conserve el control de sus hijos residentes en suelo extranjero, dándoles participación en el encauzamiento de la vida pública.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 26 de marzo de 1939, año XIII, núm. 192, pp. 1-2.

SATURNINO CEDILLO: SU VIDA Y SU MUERTE

CEDILLO: SU VIDA Y SU MUERTE

CÓMO ESCALÓ EL PODER UN HOMBRE SIN VALOR

No tenía talento pero sí terquedad

Y así pudo alcanzar una alta posición

PRIMEROS PASOS EN SAN LUIS

En la Revolución con sus hermanos Cleofas y Magdaleno

TRATOS CON ZAPATA, CON VILLARREAL Y CON EL GENERAL CALLES

CAPÍTULO I

Sin talento, pero sí con orgullo primitivo desmedido; sin resolución, pero sí animado de grandes ambiciones; sin valor, pero sí con terquedad y empeño, el general Saturnino Cedillo llegó a alcanzar la cúspide de su carrera de hombre de armas y a ser una de las figuras más importantes de México.

Y ¿cómo fue que un hombre sin talento, sin resolución y sin valor pudo alcanzar el más alto grado en el Ejército Nacional, uno de los ministerios más importantes en el gabinete presidencial y la jefatura de una rebelión? Es que el general Cedillo supo emplear su orgullo, sus ambiciones y su terquedad en un camino que, si no era la gloria, sí fue de éxitos y de poder —sobre todo, de poder—; y para alcanzar el poder, lo mismo en México que en cualquier país, no se requirieron ni conocimientos literarios, ni especulaciones filosóficas, ni conocimientos científicos, ni sutilezas estéticas.

Por esto quien conocía al general Cedillo ya en su vida privada, ya en su vida pública, ya fuera del poder o ya en el poder, no se extrañaba ya de verlo lo mismo en la gubernatura de un estado que en un sillón ministerial, que en las jefaturas de una rebelión armada.

Los grandes defectos del general Cedillo —algunos de ellos capaces de provocar escándalos— quedaban sepultados ante las otras virtudes —¿de qué otra manera llamarlas?— tan peculiares en él, y que no podía ni quería ocultar, porque eran parte de él mismo: eran consecuencias de su ascendencia, de su ignorancia y del medio en que había nacido y crecido.

LOS CUATRO CEDILLO

Los Cedillo —los, porque eran cuatro: la madre y tres hijos— vieron la luz en el Estado de San Luis Potosí, que había sido tan propicio para formar fuertes y temerarios caciques a partir de aquel famoso don Vicente Romero, y tuvieron que creer que un buen gobernante es aquel que hace sentir más el peso de su autoridad sobre quienes están bajo su gobierno, y no el que hace sentir menos.

Los Cedillo fueron, como todos aquellos que no tenían más patrimonio —si es que lo poseían— que un pedazo de tierra, sometidos a los grandes intereses rurales que manejaban las haciendas; esos intereses fueron haciendo fermentar un espíritu de indignación, odio, venganza.

Por último, los Cedillo, gente rústica y pobre, alejados de la ciudad y, por lo tanto, de los centros de enseñanza, tuvieron que ser iletrados.

Hablar de los sufrimientos del campirano mexicano de la prerevolución parece actualmente demagógico. Todavía no se quiere creer, debido al abuso que en este sentido ha hecho la literatura política y debido también a la falta de una documentación seria tomada de fuentes primeras, lo que era la vida para el campirano de México antes de la revolución. Pero aun no se quiera creer, por lo menos, en la verdad del presente; y la verdad del presente se manifiesta con la aparición de hombres que, como Francisco Villa, parecen energúmenos, y como Emiliano Zapata, parecen maniáticos, y como Saturnino Cedillo, parecen basuras elevadas por la revolución.

Los tres hermanos Cedillo, Cleofas, Magdaleno y Saturnino, no sintieron todos los pesares y todas las tristezas del campirano del último tercio del siglo XIX; pero no pudieron libertarse de los reflejos del mismo. Pero si ellos, los tres hermanos, no vivieron por entero la vida del México que ya no existe, sí la vivió su madre: gran mujer, no en cuanto a talento, sino a valor; no en cuanto a virtudes domésticas, sino a carácter.

LA INFLUENCIA DE LA MADRE

Quienes conocieron a la señora Cedillo hablan de la abnegación del sacrificio de la voluntad y de la perspicacia de esta mujer. Se entiende que los familiares de ella habían sido víctimas de los privilegios innegables que existieron sobre todo en las regiones donde el hacendado fue cacique y fue propietario sin escrúpulos de ningún género y generalmente apoyado en los fueros y gajes de las guerras civiles.

Pero lo que no se ha puesto en duda jamás es que la señora Cedillo tuvo gran influencia en el porvenir de sus tres hijos que, aparte de ser muy amados, fueron sus fieles discípulos. A ella se debió el que hubieran ingresado a las filas de la revolución, no dejándose, por supuesto, de afirmar que, aun los actos reprobables que los tres hermanos cometieron, fueron producto de la influencia materna. Hasta donde esto sea cierto es lo que se ignora, pero sí se sabe positivamente que la señora Cedillo fue el cerebro y el alma de los tres hijos.

De éstos descollaron preferentemente en los primeros años de la revolución Magdaleno y Cleofas. Saturnino fue figura secundaria hasta que quedó solo después de haber perdido en acciones de guerra a sus dos hermanos. De Cleofas se decía que era el más valiente, en tanto que Magdaleno el más capaz en cuanto a talento. Se reconocían en éste dotes de mando y dotes también de gobierno; y estas virtudes hicieron que se les distinguiera en las filas revolucionarias como a hombres de futuro.

Tanto Cleofas como Magdaleno habían participado en la revolución de 1910, pero sin ser los jefes que fueron en 1913. Hasta antes del movimiento armado contra el gobierno del general Victoriano Huerta, los Cedillo no eran más que guerrilleros apenas conocidos en determinada región del Estado de San Luis. A partir de 1913, tomaron parte tan resuelta y tan valiente de la guerra, que pudieron atraer a sus filas a cientos de hombres.

CEDILLISMO Y ZAPATISMO

Muertos sus dos hermanos, Saturnino tuvo un gesto que mucho le significó y que empezó a destacarlo como guerrillero activo y emprendedor: pues en vez de abandonar el teatro de la guerra, tomó el lugar que habían tenido Cleofas y Magdaleno y siguió la lucha.

Los Cedillo habían simpatizado desde 1913 con el programa político y social del general Emiliano Zapata. ¿Cómo no había de simpatizar si para los campiranos potosinos existían los mismos problemas que para los campiranos morelenses! Sin embargo, no fue sino hasta que Saturnino tomó el mando de las fuerzas revolucionarias, cuando

cedillismo y zapatismo fueron la misma cosa: guerra a la hacienda, repartición de ejidos, bienestar de la clase rural mexicana.

Aunque del mismo origen personal y aunque bajo la misma bandera, Cedillo no pudo ser nunca lo que fue Zapata. Cedillo era un hombre excesivamente ambicioso de poder, en tanto que Zapata despreciaba la autoridad. Todos los jefes revolucionarios de México querían el poder, menos el general Zapata. Éste vivía muy alejado de las ambiciones y de las contiendas personales.

No obstante la inferioridad de Cedillo frente a la figura de Zapata, no dejó de hacer un papel de importancia en los sucesos ocurridos de 1917 a 1920. Sin el número de combatientes que Zapata tenía bajo sus órdenes, sin la personalidad y los principios del jefe suriano, Cedillo supo mantenerse en las montañas de San Luis Potosí, asediado constantemente por el carrancismo. Otro hombre que no hubiese tenido la terquedad moral y el vigor físico de Cedillo se hubiese rendido ante la superioridad numérica de quienes le perseguían. Sin armas y sin municiones, pasando hambre y frío en las montañas, Cedillo cumplió lo que había ofrecido al general Zapata: seguirlo en la lucha contra el carrancismo.

Este capítulo de la vida de Cedillo es muy honroso; es quizá el más interesante en la historia del jefe revolucionario muerto el 11 de enero de 1939. No hubo, ciertamente, hazañas guerreras grandiosas, porque Cedillo no fue jefe militar ni guerrillero atrevido; pero sí hubo hazañas románticas y escaramuzas singulares que pertenecen a divertido anecdotario de los tiempos revolucionarios.

RECONOCIÓ A MAGAÑA

Después de la trágica muerte del general Zapata, Cedillo siguió combatiendo por el Plan de Ayala, habiendo reconocido, como todos los zapatistas, como jefe del movimiento al general Gildardo Magaña. Y como Magaña, y como Soto y Gama y como otros tantos jefes zapatistas, Cedillo siguió peleando en las montañas hasta 1920, cuando el Plan de Agua Prieta tuvo la virtud de unir a todas las facciones en guerra para el bien de la nación, ya que con ello quedó reestablecida la paz alterada por largos años.

Consumada la paz, Cedillo quedó, como otros tantos jefes revolucionarios, sumido en la oscuridad. Su nombre no alcanzaba proyecciones nacionales; sus hechos quedaban olvidados. Fue también muy honroso para el general Cedillo no pedir recompensa de ningún género.

Por esos días que siguieron al triunfo del Plan de Agua Prieta, fue nombrado secretario de Agricultura el general Antonio I. Villarreal. Éste llegaba al ministerio con

la justa gloria de haber sido uno de los hombres de ideas de la revolución; y las ideas de Villarreal eran —dejando aparte modalidades— las mismas del zapatismo; para el zapatismo era, pues, un triunfo el nombramiento de Villarreal como secretario de Agricultura y Fomento.

En torno de Villarreal se agruparon los zapatistas, no sin la satisfacción de haber sabido elegir al hombre que tenía que empezar a realizar el programa del general Zapata, pues apenas instalado el nuevo ministro, dictó las primeras medidas en favor de los repartimientos ejidales. Villarreal fue el primer realizador de un programa que no sólo era suyo, que no era tampoco únicamente del zapatismo, sino que era nacional.

Cedillo, que se había retirado a vivir modestamente en la tierra que le vio nacer, al igual que sus compañeros zapatistas, se dirigió al general Villarreal. La correspondencia cruzada entre ambos generales es ya conocida gracias a los *Periódicos Lozano*; pero se hace necesario recordar que en ella Cedillo pedía dos cosas: tierras para quienes le habían acompañado en la revolución y para todos los campesinos, y armas para quienes obtuvieran tierras. Hay alguna frase de Cedillo en una de las cartas que le dirigió Villarreal, en la que en estas o parecidas palabras le dice que en tanto que el campesino tenga tierras y no posea armas, estará expuesto a que le vuelvan a quitar las tierras.

LA AMISTAD CALLES-CEDILLO

Contestando a la petición de tierras que le hacía Cedillo, al secretario de Agricultura le contestó en sentido satisfactorio; pero en lo que se refería a armas le indicó que éstas solamente se las podría dar la Secretaría de Guerra y Marina.

En la correspondencia de Villarreal que hemos citado, se encuentran las cartas que el secretario de Agricultura escribió al secretario de Guerra y Marina, general Plutarco Elías Calles, presentándole al general Cedillo, haciendo un elogio de éste y recomendándole que accediera a lo solicitado. La respuesta del general Calles fue en un principio respuesta de "cajón". Iba a estudiar el asunto y haría lo posible por entender "a su recomendado".

No creyó Cedillo en las promesas del general Calles e insistió cerca de Villarreal para que a su vez insistiera también cerca del secretario de Guerra y Marina. Así lo hizo Villarreal; y de esta manera surgieron no sólo las colonias militares de San Luis Potosí, sino la amistad de Cedillo y Calles.

Éste, más ladino que inteligente, más ambicioso que previsor, vio en el general Cedillo lo que no vio Villarreal; vio en Cedillo un futuro aliado político. Si se revisa la historia política de Calles y Villarreal, se verá que, malicioso y pérfido aquél, ingenuo y

generoso éste, el primero no buscó amigos sino aliados, en tanto que el segundo puso sobre el aliado al amigo. Y porque Calles no hizo amigos, sino aliados, fue por lo que subió y cayó en vertiginosas carreras.

Con el apoyo encontrado en el general Calles para el desarrollo de sus proyectos, Cedillo empezó la organización de las colonias agrícolas militares —militares, no por que sus componentes pertenecieran al ejército, sino porque los jefes de las colonias habían pertenecido a los grupos revolucionarios de los Cedillo—, que en pocos meses adquirieron auge si no como centros de producción, sí como centros de organización campirana.

Y si las colonias no alcanzaron mayor desarrollo en sus primeros tres años de vida, se debió a que el presidente de la República, general Álvaro Obregón, excesivamente celoso de su autoridad, vio en la organización del cedillismo un peligro tanto para el gobierno local de San Luis como para el gobierno federal, aparte de que quizá entrevió la alianza que el general Calles buscaba para el futuro con el general Cedillo y las colonias de éste.

BATIENDO EL DELAHUERTISMO

Pero los acontecimientos que empezaron en diciembre de 1923, cuando Adolfo de la Huerta se puso al frente de un movimiento rebelde, hicieron que el presidente Obregón no se interpusiese más en los planes de Cedillo y Calles, y se vio precisado a proporcionarle todas las armas y pertrechos de guerra que le solicitó el general Cedillo para batir a los delahuertistas.

Gracias a la organización semipaternal y semimilitar que Cedillo había dado a las colonias agrícolas pudo disponer violentamente en los últimos días de diciembre del 23, de tres mil y tantos hombres que, puestos a las órdenes del gobierno federal, salieron a batir a los delahuertistas, en tanto que otros tres mil quedaron en el Estado de San Luis, manteniendo la tranquilidad y evitando la irrupción de las fuerzas rebeldes.

Cedillo había obtenido lo que necesitaba: armas y municiones, y empezaba así una nueva fase de su vida política, la más interesante de su existencia.

(Continuará el próximo domingo).

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 5 de febrero de 1939, año XXVI, núm. 358, pp. 1-7. Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 5 de febrero de 1939, año XIII, núm. 143, p. 1.

CEDILLO: SU VIDA Y SU MUERTE

LA HEGEMONÍA EN SAN LUIS POTOSÍ

CEDILLO LOGRÓ ELIMINAR A MANRIQUE, EL GOBERNADOR

LA CAMPAÑA CONTRA LOS CRISTEROS Y UNA MANIOBRA DE CALLES

CAPÍTULO II

Dominada la rebelión delahuertista en 1924, el general Saturnino Cedillo no sólo se pudo contar entre los generales triunfadores, sino que pudo realizar parte de sus ambiciones, puesto que ya no era sólo el jefe de seis o siete mil hombres armados, sino que conquistó el comando militar en el Estado de San Luis Potosí. Desde ese momento era ya factor en el gobierno de la República, y un factor triplemente poderoso, pues era: líder agrarista, jefe de reservas agrarias y comandante de fuerzas federales. Lo único que le faltaba para redondear su poderío provinciano era la autoridad civil.

Ésta se encontraba en manos de un tipo romántico y maestro en humanidades, el profesor Aurelio Manrique Jr. —el gobernador más culto y de mayor valimiento moral que haya tenido el Estado de San Luis Potosí—, a quien Cedillo fingía amistad, respeto y admiración. Y decimos que fingía, porque Cedillo, en el delirio de sus ambiciones, ya pensaba posesionarse del poder civil.

Pero no sólo acariciaba el general Cedillo el propósito de alcanzar el mando político de San Luis, sino que sus ambiciones le llevaban más lejos. En ocasión a los funerales de un político potosino, expresó a varios amigos su deseo de ser presidente de la República, y que ya esta idea estaba firmemente arraigada en él, lo indica el hecho de que a partir de entonces no dio paso alguno que no le encaminase a un futuro político importante.

EN EL GOBIERNO

Para el logro de sus fines, empezó por hacer una guerra sorda al gobernador Manríque, apoyándose en primer término en las divergencias que existían entre el profesor y el presidente Calles, y en segundo de las despreocupaciones administrativas del gobernador del Estado.

El general Calles, por supuesto, no dejaba de animar al general Cedillo, fortaleciendo la alianza y extendimiento del poderío del aliado hasta no provocar la caída del profesor Manríque del gobierno del Estado, para entregarlo a Cedillo.

Caído Manríque, el general Cedillo quedó ejerciendo los poderes civil y militar, siendo meses después designado gobernador.

El gobierno fue patriarcal. No realizó ni obras públicas, ni estableció centros de enseñanza, ni siguió una política económica determinada. Hombre sin principios, un día amaneció laborista, otro se declaró protector de la gran industria. El estado daba la impresión de un cementerio y no conoció ni la prosperidad económica ni el bienestar social.

La obra de Cedillo se limitó a la protección y ayuda que dio a sus antiguos subordinados. Todos aquellos que habían militado bajo las órdenes de Cedillo, encontraron siempre una mano amiga en el gobernador del Estado. No se detenía éste para vaciar su bolsillo privado como el dinero de la hacienda local para proteger a quienes le extendían el brazo en busca de su ayuda. En auxilios de cincuenta, cien o quinientos pesos fue pródigo el general Cedillo.

PROTECCIÓN PATERNAL

Gustaba que sus subordinados le dieran el tratamiento de "padre"; que las viudas se mostraran siempre satisfechas de la visita que le hacían pidiéndole ayuda; que los hombres de la revolución encontraran en él al hombre que hacía las veces de padre.

Muchos muchachos pobres, hijos de soldados y oficiales cedillistas muertos en la guerra civil, pudieron hacer carrera profesional gracias a la protección del general Cedillo. El gobierno potosino gastaba fuertes sumas de dinero en pensiones para jóvenes estudiantes.

Pero al mismo tiempo que Cedillo extendía su protección paternal a numerosos necesitados, extendía también su dominación política. El sistema electoral fue totalmente abolido. Hasta la más insignificante autoridad pueblerina era nombrada directamente por el gobernador.

Y no sólo se ocupaba el general Cedillo en extender su dominio político, sino también su poder militar. La alianza con el general Calles le daba autorización para seguir armando campesinos; y para 1927, pudo hacerlos desfilar ante el general Álvaro Obregón; a pesar de su notorio disgusto por la existencia de caciques, tuvo que doblar las manos y aceptar a Cedillo como uno de sus nuevos aliados.

NO OBRABA LEALMENTE CON OBREGÓN

Sin embargo, Cedillo no obró lealmente con el general Obregón; abrigaba demasiadas ambiciones para aceptar el regreso al poder de Obregón, cuando él, Cedillo, había mantenido latente el deseo de ser el sucesor del general Calles en la Presidencia de la República en 1928. Si no se atrevió a enfrentarse al general Obregón, fue porque comprendió que éste era demasiado fuerte, en tanto que el cedillismo no tenía poder fuera del Estado de San Luis.

Calles, quien seguramente conocía las ambiciones políticas de Cedillo, intervino hábilmente en calmar las impaciencias del cacique potosino e hizo que emprendiera un viaje a Europa. ¿Llegó el general Calles a pensar seriamente en la posibilidad de que el general Cedillo le sucediese en la Presidencia? He aquí una pregunta que parece muy aventurada; que puede comprometer la seriedad de un trabajo periodístico; que la oposición sorda que el presidente Calles hizo a la reelección del general Obregón da lugar a muchas deducciones que más parecen ser suspicacias de un espíritu suspicaz. Todavía están muy recientes los días de que se habla; falta mucho material para examinar; y es preferible esperar, que no pasará largo tiempo sin que pueda ser descorrido el velo de los hasta hoy misterios de la política nacional.

Para un hombre sin una educación cultural y frívolo en exceso como el general Cedillo, un viaje por Europa no podía tener más motivo que el de la diversión y el apartamiento en un momento dudoso de la política mexicana.

UNA CONDUCTA ESCANDALOSA

El paso de Cedillo por varios países europeos no dejó en él huella alguna. Las crónicas de sus viajes están llenas de incidentes chuscos, de amores venales, de paseos de indiano rico. Viajó ostentosamente y sin escrúpulo de ninguna naturaleza; como hombre que cree que la nación tiene una deuda con él que está pagando con divertimientos, abusó excesivamente en sus condiciones físicas.

Ya desde antes de su viaje a Europa, el general Cedillo, sin poder dominar las pasiones que tiene todo hombre, se había entregado a goces excesivos —los goces fáciles que se proporcionan a todo hombre que ocupa en México más o menos una posición de notoriedad—, que habían causado grandes daños no sólo a él, sino a un pueblo que, por lo menos, quiere ver en la autoridad suprema una autoridad de ejemplo.

Las épocas de degeneración moral en México han partido siempre de los ejemplos de los hombres del poder, que a su vez se van extendiendo de las capas superiores a las inferiores. Y esto que parece ser una regla bien fundamentada, tuvo su repercusión en San Luis Potosí. Viéronse así casos que mueven lo mismo a compasión que a indignación.

Cedillo había quebrantado una y muchas veces las leyes de la moralidad, cambiando las mujeres con facilidad asombrosa. Estos hechos hubieran bastado por sí solos para empañar la vida pública de cualquier hombre.

En su viaje por Europa no pudo el general Cedillo detener sus apetitos sexuales, y a su regreso a México hubo de traer una amante alemana o austriaca. Y sin detenerse al escándalo social, la instaló en San Luis en un chalet al que públicamente dio el nombre de la amante.

UN FACTOR EN LA POLÍTICA

No obstante estos y otros hechos que el tiempo ha de medir en la exigencia de determinar el valor del hombre por sus acciones públicas y privadas, el general Cedillo empezó a ser un factor en la vida política nacional.

La trágica muerte del general Obregón pareció brindarle una oportunidad para alcanzar el mando supremo de México. Él no ocultaba sus deseos. ¿Si algunos generales y abogados de iguales o menores merecimientos que él aspiraban a la Presidencia de la República, por qué el general Cedillo no había de aspirar también?

De los días que se siguieron a la muerte del general Obregón, fue aquella frase del general Cedillo que dio vuelta al país: “Hay que dar el brinco a la silla”. Y pensando en “dar el brinco a la silla”, el general Cedillo se dedicó a fortalecer a sus campesinos

armados y a evitar la entrada al Estado de San Luis Potosí de políticos que pudieran ser desafectos con su régimen.

Tanto llegó a ser el poderío del cedillismo en San Luis a raíz de la muerte del general Obregón, que el general Calles empezó a buscar los medios tanto para acabar la alianza con Cedillo como para exterminar a éste.

DESAFIANDO A CALLES

Para probar su independencia y su fortaleza, el general Cedillo se había atrevido a desafiar a Calles, quizá comenzando a ver en éste un obstáculo para su ascenso al poder nacional. Al efecto contrario sería y enérgicamente la política antirreligiosa del callismo. Mientras Calles decía que la “revolución disponía el exterminio de la Iglesia católica”, Cedillo sonreía, haciendo que el Estado de San Luis abriera sus puertas a sacerdotes y seminaristas y religiosas.

Mientras que en cualquier otra parte de México, cualquier manifestación de religiosidad era objeto de actos de brutalidad, en San Luis proseguían el culto, los sacerdotes gozaban de garantías, abrían sus puertas las escuelas católicas y un seminario y varios conventos funcionaban sin temor alguno.

Calles no se atrevió a contrariar la política liberal de Cedillo. Temía a su antiguo aliado; temía a los varios miles de agraristas armados y temía la aparición de un caudillo. Calles prefirió esperar con la esperanza de poder deshacer al cacique potosino.

No tardó en presentarse la oportunidad para que el general Calles pudiera realizar sus planes. En marzo de 1929, varios generales encabezados por José Gonzalo Escobar iniciaron una rebelión contra el gobierno, sin atreverse a empuñar una bandera que hubiese sido capaz de cobijar a la mayoría nacional.

El general Cedillo se mantuvo fiel al gobierno, y ofreció sus servicios y los de sus agraristas armados y montados. Pero el general Calles, jefe del ejército gobiernista, en vez de disponer que Cedillo se encaminara al Norte para batir a los grupos insurrectos que amenazaban las principales ciudades nortenas, ordenó que los cedillistas fueran a batir a los cristeros.

UNA GRAN CONTRADICCIÓN

¡El general Cedillo, enemigo de la persecución religiosa, que había dado albergue a los perseguidos del callismo, iba a operar militarmente contra quienes había pro-

regido en los límites de su Estado! La acción de Cedillo no podía ser más contradictoria.

¿No fue perfidia la que hizo que Calles enviara a Cedillo a batir a quienes consideraban al propio Cedillo si no como un aliado sí como un simpatizador?

El mundo católico, que tantas y tan risueñas esperanzas había cifrado en el general Cedillo, al ver cómo éste iba a batir a sus huestes sufrió una inmensa desilusión.

Carente de principios y lleno de ambiciones, el general Cedillo no vio el problema como lo veían los católicos. Para él marchar a batir a los cristeros significaba que el gobierno le diera nuevos recursos para la guerra, que armase y municionase espléndidamente a sus hombres para seguir de esta manera los preparativos para el futuro. Los cálculos que el general Cedillo se hizo en este sentido fueron exactos. De doce mil hombres que ascendían sus efectivos antes de ir a batir a los cristeros, aumentaron a veinte mil.

Y entonces pudo el general Cedillo disponer no sólo de carabinas, sino también de ametralladoras, de cañones y de aeroplanos. Con estos elementos de guerra podía formar, para utilizarlo cuando se llegara la ocasión, un ejército dentro del ejército nacional y un Estado dentro del Estado federal.

SU FASE MÁS VALIENTE

La campaña de los agraristas a la orden del general Cedillo en el Estado de Jalisco, en donde los cristeros habían fortalecido sus reductos, no tuvo lustre. Llevose a cabo por una orden de guerrillas, de escaramuzas, de emboscadas y de albazos. Nada trascendental que pudiese significar que en el general Cedillo había un genio militar.

Con la campaña, el general Calles había logrado dos cosas. Una, que Cedillo se enfrentase a quienes había protegido en San Luis; otra, que Cedillo mostrara sus pocas aptitudes para la guerra. Sin la malicia de Calles, el exgobernador se dejó arrastrar a una situación que hizo desmerecer en mucho su personalidad de futuro político.

Sin embargo, todavía el general Cedillo estaba llamado a seguir figurando en la política nacional hasta poder escalar altos cargos públicos. Su nombre y sus hombres armados seguían siendo palanca de capacidad, y por otra parte, un acto de resolución para dominar al país de la dominación callista podría elevarlo a una envidiable posición.

Entra así en juego la última fase de la vida política del general Cedillo: la fase más honrosa, más valiente, más distinguida e interesante del hombre, del político y del guerrillero.

Si los gestos de abnegación o de combate que tuvo el general Cedillo en los años de 1917 a 1920, cuando asediado día y noche por las fuerzas carrancistas se negó a rendirse para seguir haciendo ondear en las Huastecas la bandera zapatista hubiesen continuado a través de toda su vida política, Cedillo, aún sin las ambiciones que le dominaban, hubiese llegado a ser el hombre favorecido por la popularidad nacional; pero las miserias morales por las que se dejó arrastrar de 1920 a 1930 opacaron grandemente su vida, y sólo algunos actos que parecieron volver al Cedillo zapatista a la vida política le salvaron de haber desaparecido de la vida política nacional.

(Concluirá el próximo domingo).

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 12 de febrero de 1939, año XIII, núm. 150, pp. 1-2.

CEDILLO: SU VIDA Y SU MUERTE

RODANDO HACIA EL ABISMO

CALLISTA POR INTERÉS SE ENFRENTÓ A ORTIZ RUBIO

MURIÓ COMO LOS HOMBRES AL FRACASAR SU REBELIÓN
El último capítulo de su vida, si nunca justificado,
fue muy honroso para el caudillo

CAPÍTULO III Y ÚLTIMO

Es la tercera fase de la vida del general Saturnino Cedillo la más interesante de la historia política del jefe potosino. Después de la rebelión escobarista y después también de su breve campaña contra la rebelión cristera, Cedillo, con sus dieciocho mil hombres armados, pudo ser no sólo el hombre más fuerte de San Luis, sino uno de los más temidos en México. Se hizo indispensable que participara en la política nacional.

Si en la designación del presidente provisional de la República en 1928 Cedillo no fue un factor de primera importancia, sí lo fue en 1930. Despertadas todas sus ambiciones, alentado por su alianza con el general Calles, jefe de una fuerza armada que equivalía a la mitad del ejército nacional, impulsado por sus amigos y considerándose merecedor del más alto puesto de la República, el general Cedillo vio en las elecciones de 1930 el momento culminante de su vida política y no sólo abrigó esperanzas de

sucedier en el poder al licenciado Emilio Portes Gil, sino que trabajó afanosamente por realizar sus ambiciones.

SE SUBORDINA AL CALLISMO

Pero Cedillo tenía que luchar contra un partido —el más poderoso que haya existido en el México revolucionario después del obregonista—: el partido callista, y al ver cómo estaba llamado al fracaso, a menos de emplear la violencia, se subordinó al callismo, y aceptó la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Esta aceptación, sin embargo, era aparente; y el general Cedillo tenía que buscar el momento oportuno para convertirse en serio opositor de la administración ortizrubista.

Había dado algunas pruebas de su adhesión a la candidatura de Ortiz Rubio, pruebas que, por cierto, no le honraban, puesto que prohibió que la campaña presidencial del licenciado José Vasconcelos se desarrollara en el Estado de San Luis Potosí, realizando actos de violencia sin evitar la consumación de los asesinatos políticos.

Y no solamente en esos asesinatos se vio envuelto el nombre del general Cedillo, sino también en el que Daniel Flores intentó contra el presidente Ortiz Rubio.

El origen del atentado cometido por Flores el 5 de febrero de 1931 todavía está en la oscuridad; pero existen graves sospechas de la participación si no de Cedillo, sí de los amigos de éste.

La investigación política hecha en torno del atentado contra Ortiz Rubio fue hecha en términos que no permitían esclarecer el verdadero origen del atentado. Flores, nativo del Estado de San Luis Potosí, había sido partidario en 1930 de la candidatura del licenciado Vasconcelos; pero apenas terminada la campaña electoral, fue amigo de los cedillistas que empezaban a surgir como opositores al nuevo gobierno.

UN GRAN CABALLERO: ORTIZ RUBIO

No tenía Daniel Flores el carácter resuelto y valeroso de José de León Toral; no había en aquél la arrogancia y la virtud espiritual nacida de un credo que existía en éste. León Toral era de los hombres capaces de obrar por propia inspiración. Flores no era hombre de ideas, ni de pasiones, pero sí de entereza. Este aspecto moral de Flores es lo que más ha hecho dudar de que hubiese obrado por su propia cuenta. Y si no obraba por cuenta propia, ¿quién o quiénes podrían haberlo inspirado y conducido

a la ejecución del atentado? No podían ser, por cierto, los vasconcelistas, de quienes había permanecido alejado desde el fin de la campaña electoral. Los únicos que habían estado más cerca de él y de quienes pudo recoger la inspiración fueron los cedillistas. Se puede aducir como prueba contraria el hecho de que si Ortiz Rubio hubiera tenido sospecha de la participación del cedillismo en el atentado de febrero, no habría llamado a colaborar a su gobierno al general Cedillo. Sin embargo, es necesario tener en cuenta la caballerosidad de Ortiz Rubio. Si Ortiz Rubio no fue un gran gobernante, sí fue un gran caballero. Todavía falta por conocer todos los esfuerzos que el ingeniero Ortiz Rubio hizo por reconciliar a todos los sectores políticos nacionales. Fue Ortiz Rubio generoso en sus acciones y liberal en su actuación; así que no pudo contener los desbordamientos del callismo ni el fortalecimiento del cedillismo.

Pero la verdad es que el general Cedillo, mientras que era secretario de Agricultura y Fomento seguía preparándose para el futuro. Las colonias agrícolas militares alcanzaron gran esplendor; pero no esplendor económico o social, sino militar. Ya entonces no se conformó el general Cedillo con poseer armas y municiones suficientes para una acción guerrera, sino que fundó una escuela de instrucción de pilotos aviadores; estableció un campo de aviación con todos los adelantos modernos e hizo levantar varias estaciones de radio.

AUMENTA SU PODERIO POLÍTICO

Y en tanto el poderío militar de Cedillo iba en aumento; iba también en aumento su poderío político tanto local como nacional. Localmente —esto es, por lo que respecta al territorio potosino—, Cedillo era un cacique. No había en él sentido de jefe de un partido que pudiese dar orientaciones, que señalase una dirección en los órdenes de la vida del Estado y de la sociedad, y sí una expresión de duelo de vidas y haciendas que todo lo disponía primitivamente.

En la vida nacional, si no tenía una participación abierta y definitiva, el cedillismo era comprendido ya como un partido personalista, débil opositor del partido callista y franco enemigo del ortizrubismo.

Todo cuanto tendía a debilitar al gobierno de Ortiz Rubio encontraba en el general Cedillo y en el cedillismo franco apoyo. En el gabinete Cedillo representaba la oposición sin talento y dirección.

Hubo en esos días maniobras políticas de uno y otro lado, tendientes a debilitar por una parte al cedillismo y por la otra al ortizrubismo.

SIRVIENDO A LOS INTERESES DE CALLES

Cedillo era alimentado en su empresa de oposición por los callistas e ingenuamente llegó a creer que el mismo general era quien le estimulaba en la tarea de derrocar al presidente Ortiz Rubio. El general Calles, por supuesto no veía con disgusto las actividades de Cedillo; las aprovechaba admirablemente para sus propios fines, que no eran otros que sustituir a Ortiz Rubio por otro hombre que con mayor capacidad respondiese a los planes del callismo.

Contra un poder tan débil como el de Ortiz Rubio, el cedillismo tenía un amplio campo de trabajo y no le era necesario acudir a la conspiración, sino que todo lo hacía a la luz del día con la consiguiente zozobra nacional.

Astutamente el general Calles dejó que cualquier acto de violencia contra Ortiz Rubio procediera de las filas cedillistas y no de las callistas. Calles no quería comprometerse en una acción violenta para evitar momentáneamente que el país, ya indignado por verle gobernar detrás del trono, aumentase su indignación contra él.

Si el presidente Ortiz Rubio era derrocado, el callismo quedaría a salvo, culpando de la acción violenta al cedillismo. Cedillo, por su parte, engolosinado con la acción de que disponía y que atribuía a sus propias fuerzas, creyendo que la aparente indiferencia de Calles se debía a que éste no se sentía con fuerzas suficientes para realizar una empresa propia, se propuso a dar el golpe final.

Al efecto, hizo que los líderes agraristas que respondían a sus órdenes armasen varios cientos de campesinos de las exmunicipalidades de Xochimilco y de Milpa Alta, en tanto que de San Luis Potosí hacían llegar hasta Tlalnepantla cerca de mil hombres armados y montados.

CALLES, DE ACUERDO

Cuando ya se creyó listo para una acción semimilitar, y en la confianza de que los jefes del ejército callistas no se oponían a sus designios, acudió al recurso supremo: a la exigencia de que el ingeniero Ortiz Rubio renunciase a la Presidencia de la República.

Cedillo realizaba estos movimientos, confiando en que el callismo, reconociéndole su poder y concibiéndole el derecho de haber sido él el derrocador de Ortiz Rubio, no le obstruiría el paso a la Presidencia de la República. Calles lo había seguido estimulando hasta el último momento.

Una escena en la residencia del general Calles en Cuernavaca pinta de cuerpo entero a éste. Refieren testigos presenciales que, habiendo llamado el general Calles a

Cedillo y después escuchar a éste, que le hizo saber su firme resolución de “tubar” a Ortiz Rubio, le dijo: “compañero, haga usted lo que quiera; yo estoy viejo y enfermo; y la Revolución estará perdida si los hombres como usted no obran enérgicamente”. Esta conferencia entre Calles y Cedillo tuvo momentos patéticos. De ella habrá que hablar en otra ocasión, siguiendo los apuntes que en estos días tomó el periodista que conoció la versión dada personalmente por el general Cedillo.

Mas entre tanto éste preparaba la caída del gobierno del ingeniero Ortiz Rubio, el general Calles se disponía a la designación del nuevo presidente de la República. Cedillo confiaba en que a él se le entregaría el poder. No era así. Calles, previamente, había forjado su plan, llevando a la Secretaría de Guerra y Marina al general Abelardo L. Rodríguez para que éste manejase, en caso necesario, al ejército nacional, sostén indiscutiblemente más sólido que el del cedillismo para una nueva administración.

LE COMIERON EL MANDADO

Caído el ingeniero Ortiz Rubio y elevado a la Presidencia de la República el general Rodríguez, Cedillo comprendió que había sido burlado por el general Calles.

Surge entonces un nuevo Cedillo; aparece el hombre en quien México —a falta de otro hombre de guerra único que podría ser capaz, a falta de un espíritu cívico nacional, de enfrentarse al callismo— confía. Cedillo, aunque sin ideales, sin programa definido, es bandera nacional. Nadie se interesa por su pasado; el país le perdona las faltas públicas y privadas que pudiera haber cometido con tal de que utilizara las fuerzas que disponía para batir al callismo, régimen el más odiado que ha existido en la República.

¿Es un delito, como ha apuntado algún escritor mexicano, que México hubiese cifrado esperanzas en el general Cedillo? Lo hubiese sido sin discusión, si el régimen callista hubiese sido el de un hombre superior, el de una mayoría nacional; pero el callismo estaba manchado por los robos y por la sangre de muchos ciudadanos. Nada y nadie podrá salvar al callismo de una condenación cívica y moral.

CEDILLO TRIUNFA CON CALLES

Y aparte de tener la virtud de enfrentarse al callismo, haciendo causa común con un deseo nacional y con hombres de gran lustre moral como Villarreal, Soto y Gama y otros, tuvo también Cedillo que anotar en su carrera política un paso más que le dio

honra: el de haber influido poderosamente en la elección del general Lázaro Cárdenas como candidato a la Presidencia de la República. De todos los hombres que, formando parte del grupo dominante, eran señalados como candidatos para el Ejecutivo de la nación, era Cárdenas el más distinguido por sus sentimientos humanos.

El triunfo del general Cárdenas significó el triunfo de Cedillo y el abatimiento del callismo. El general Calles y su grupo estaba perdido desde el 1.º de diciembre de 1934.

Pero Cedillo había tendido su mano de amigo y su brazo de combatiente a todos aquellos que lucharan con el callismo, a la hora del triunfo olvidó sus compromisos y volvió a quedar reducido a su propia grupo, empeñándose a partir de ese momento de fortalecer su partido, siempre llevado por sus ambiciones.

Empezó así la última etapa de la vida política del general Cedillo. Quiso hacer, faltando a la lealtad, en el seno del gobierno del presidente Cárdenas, lo que había hecho en el gobierno del ingeniero Ortiz Rubio.

Pretendió seguir fortaleciendo su propio partido; quiso extender su dominación militar a los estados de Guanajuato y Zacatecas; y aunque en otros tiempos conocidos por excesos "ideológicos", creyendo que otro sería el programa que podría inspirar sus actos para el futuro, se presentó como hombre contrario al programa del partido en el poder.

SU ÚLTIMA CONSPIRACIÓN

Empezó su nueva y última conspiración, hasta que colocado en actitud de enemigo del gobierno cardenista, hubo de renunciar a la Secretaría de Agricultura y Fomento, no sin antes haber tenido una participación resuelta y honrosa en la liquidación del callismo, y se retiró a su rancho de Palomas, en el Estado de San Luis.

Convertido en líder político opositorista; haciendo de Palomas un centro de rebeldía contra el gobierno del presidente Cárdenas, el general Cedillo fue caminando poco a poco a la rebelión armada.

Es un hecho sin discusión que el general Cárdenas, obrando como no había obrado ningún presidente, hizo todo género de esfuerzos para evitar que el general Cedillo se lanzara a la rebelión. Es falso que Cárdenas lo hubiese empujado a la acción armada. El presidente lo invitó una y repetidas veces a la reconciliación.

Cedillo abusó de la generosidad del presidente Cárdenas, y creyendo que esa generosidad era acto de debilidad, llevó su osadía a enviar "ultimátums" al gobierno, pretendiendo concesiones políticas y económicas sin discusión alguna.

El gobierno exigió la supresión del aparato militar de Cedillo en San Luis; hizo que el cacique entregara los acroplanos que tenía, contrariando los mandatos constitucionales, y para significar que esto no era acto de hostilidad sino de legalidad, el gobierno cubrió al general Cedillo el importe de los aviones que éste entregó.

Nada satisfizo a Cedillo, y es que los amigos le hicieron creer que era el único hombre capaz de ocupar la Presidencia de la República. Empujado a su loca ambición, el general Cedillo se pronunció. Los hombres en quienes había confiado, no le apoyaron; y es que las revoluciones no son jamás originadas por caprichos personales. Son otros y muy diversos los factores que llevan a la guerra civil.

Cedillo se vio solo en las montañas. En ellas murió. El último y triste capítulo de su vida, si nunca justificado, fue muy honroso: Cedillo se portó y murió como los hombres.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 19 de febrero de 1939, año XVII, núm. 7, pp. 1, 7; segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 19 de febrero de 1939, año XIII, núm. 157, pp. 1-2.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

TRES MINISTROS APOLITICOS

EL PACTO DE PUEBLA

EL AVORAZAMIENTO DE LOS DIPUTADOS Y SENADORES

¿ÁVILA CAMACHO ES HIJO DE ESPAÑOL?: RAMÓN DE LA PAZ

CAPÍTULO I

Ni escéptico, ni frívolo: he aquí lo que no debe ser el periodista, si pretende realizar una tarea de superioridad, de no meras emociones para el público, o de satisfacciones personales del escritor.

Si el periodista fuese escéptico, no sería capaz de escribir una sola línea. ¿A quién creer? ¿Quién ha dicho la verdad y no la realidad política, y cuándo ante un banquero conocerá la verdad y no la económica? Si fuese frívolo, no podría desenvolver un solo pensamiento. ¿Cómo alcanzar, entonces, la altura del hombre y de la sociedad y la elevación de las ideas y de las acciones?

Para el público, sin embargo, el periodista es frívolo y querría verle escéptico. Le ve frívolo porque anota lo que se le dice; lo quisiera escéptico para que estampase únicamente lo ya verificado. Y es que el lector no quiere situarse en donde debería hacerlo: en el papel de juez.

El lector muy a menudo dice: “Si leo la crónica de una reunión política en cinco periódicos distintos, cada crónica es diferente”. Y tras de esta observación, el lector arguye: “Los periodistas no dicen nunca la verdad”. Y si es una verdad que jamás ni dos, ni tres, ni cinco periodistas podrán escribir una crónica —ya no con las mismas palabras, ni con igual temperamento, ni con la misma tendencia—, también lo es que ni dos, ni tres, ni cinco de los más severos académicos de la historia podrían describir una sesión académica sin disparidades. Y esto es humano. No todos los hombres piensan ni sienten igualitariamente. Aun llevados todos por el amor a la verdad, cada quien imprimiría a su crónica el vuelo de su talento, de su cultura, de su observación. ¿Sería por esto uno más que el otro, más apasionado expositor de la verdad?

Estas reflexiones caben cuando se inicia una tarea, si no ingrata, como dice la frivolidad, sí disgustante para quien, queriendo penetrar en las realidades, encuentra a cada paso las oscuridades de la conveniencia política o de la destacada razón de Estado.

RENUNCIA EXPLICABLE

Como niño que por sentir dolor de estómago deja de concurrir a la escuela, mediante el permiso paterno, así el doctor José Siurob dejó de asistir a la Jefatura del Departamento del Distrito Federal.

Casi inexplicable fue para el México político la renuncia del señor doctor Siurob, ya que parecía gozar de toda la confianza presidencial después de los líos en que se vio envuelto con los sindicatos que forman los empleados de las dependencias del Departamento, y después de tener a su lado, como figura de primera magnitud, al general Marciano González, declarado enemigo del socialismo oficial.

Apoyando al doctor Siurob, en tanto que éste fue contrario al socialismo oficial, el presidente de la República dio una prueba más de su sentido democrático, en tanto que destruyendo al doctor Siurob, comprobó una vez más la rectitud de su gobierno.

Entre los múltiples negocios que se estaban haciendo en el Departamento del Distrito, con o sin conocimiento del señor doctor Siurob, estaba el del seguro colectivo, negociado con una compañía privada de seguros. El agente de la compañía que había logrado cerrar la operación, siguiendo los lícitos procedimientos que se siguen en estos negocios, fue exigido para entregar 75% de lo que a él, al agente de seguros, le correspondía por su trabajo personal, a determinados jefes del Departamento, incluido el doctor Siurob.

En la exigencia de los jefes del Departamento hubo poca o ninguna discreción. La noticia del negocio que pretendían hacer los funcionarios llegó a oídos del pre-

sidente de la República, como llegaron también otras noticias, de acuerdo con las cuales los contratistas de diversas obras se quejaban de que no podían disminuir sus presupuestos, debido a que se les exigía que participaran beneficios a funcionarios del Departamento.

PACTO POBLANO

No el pueblo mexicano —y hay que regresar a la designación del pueblo, que es más universal y más humana que la de proletariado—, sino cuatro gobernadores, 60 diputados y 28 senadores, son lo que se han propuesto hacer de un general un nuevo presidente de la República.

Los nombres de los senadores y diputados partidarios de la candidatura del general Manuel Ávila Camacho son ya bien conocidos. ¿Los de los gobernadores?

Los gobernadores son conocidos con el nombre de los “pactados de Puebla”. Este nombre se deriva del acuerdo que tuvieron en Puebla, bajo la dirección del primer mandatario de aquella entidad. Los cuatro gobernadores que subscribieron el pacto de Puebla en favor del general exsecretario de la Defensa Nacional son: Alemán, de Veracruz; Trujillo Gurría, de Tabasco; Labra, de México, y Ávila Camacho (Maximino), de Puebla.

MINISTROS APOLÍTICOS

El más serio golpe asestado por el presidente Cárdenas a los ambiciosos electoralistas fue el nombramiento de tres apolíticos como secretarios de Estado.

No fueron tres amigos a quienes Cárdenas llevó a los ministerios; fueron tres hombres de dignidad y de decoro. Uno de ellos, Guerrero, injustamente calumniado.

Si de los tres nuevos secretarios de Estado hubiera necesidad de señalar al de mayor mérito, éste sería el ingeniero Melquiades Angulo. Hijo de un viejo magonista chihuahuense, Angulo desde su juventud escuchó en su hogar la palabra “libertad” y supo que los primeros revolucionarios no luchaban por lucro personal ni por ambiciones bastardas; supo lo que era abnegación y sacrificio en las batallas políticas y sociales.

Pero hay un mérito más en el ingeniero Angulo, y es que siendo subsecretario de Comunicaciones logró destruir la concesión de los rieles. Mediante esta concesión, el señor Ernesto Soto Reyes, de acuerdo con el hábil hombre de los negocios callistas,

Dalkowitz, iba a surtir de rieles a todas las nuevas vías férreas que construye el gobierno. Nadie más que la combinación Soto Reyes-Dalkowitz podía surtir de rieles al gobierno de México.

Y que el ingeniero Angulo llegó a reanudar su tarea de limpieza que había iniciado durante el subsecretario, es que apenas en el ministerio han querido poner en claro el porqué en el curso de una semana fueron comprados por la Secretaría artículos de escritorio por valor de trescientos mil pesos.

HIJO DE ESPAÑOL

Que el general Manuel Ávila Camacho está incapacitado constitucionalmente para ser presidente de la República es lo que dice una noticia que, fechada en la Ciudad de México, publica el diario *La Prensa*, de San Antonio, Texas, dirigido por el distinguido periodista don Ignacio E. Lozano.

Ávila Camacho, dice la noticia de referencia, está incapacitado para ocupar la Presidencia por ser hijo de español y mexicana, siendo que la Constitución de 1917 establece claramente que para ser presidente de la República se requiere ser ciudadano mexicano en goce de derechos y ser hijo de mexicanos por nacimiento.

Explica el diario del señor Lozano que uno de los partidarios del general Ávila Camacho, habiéndose propuesto escribir una biografía del candidato presidencial para dar a conocer la vida de éste, que es tan poco conocida, fue a Teziutlán para estudiar medio, antecedentes, etc., de la familia Ávila, y que no sin sorpresa, se enteró de que en la partida de bautismo del nuevo divisionario aparece que el señor Ávila, padre de don Manuel, era español. El investigador siguió hurgando y obtuvo informes de varios viejos vecinos en el mismo sentido.

La noticia que hemos venido citando agrega que posiblemente la partida de bautizo de Ávila Camacho no pueda ser elemento definitivo para que el candidato quede excluido de la lista de presidenciables, ya que se supone que deberá ser presentada el acta del registro civil, que no existe en Teziutlán por haber sido quemados los archivos municipales durante la Revolución.

Sin embargo, para el mundo político mexicano, la noticia publicada en *La Prensa* puede ser el principio de una severa investigación, y sólo surge una pregunta:

¿Qué harían los voraces diputados camachistas en el caso de que fuese comprobado que Ávila Camacho no está capacitado constitucionalmente para ser presidente de la República?

AVORAZAMIENTO

“General, déjenos la dirección política de su campaña; usted no se preocupe por nada; nosotros le llevaremos al triunfo”.

Las anteriores palabras las lleva escritas en una libreta de apuntes —que mostró al periodista— un senador sin partido, como las escuchadas de labios del senador Gonzalo Bautista, cuando éste informó a sus colegas lo que había dicho al general Ávila Camacho para convencerle de que aceptara los trabajos electorales que se hacían en su favor.

Ávila Camacho se rehusaba a atender la solicitud que le hacían los senadores para que aceptase trabajos electorales en su favor. Se entiende que se rehusaba, debido al disgusto que debió haberle causado el pensar que su campaña iba a estar en manos de políticos nacidos y desarrollados en la táctica callista. Y en verdad, ¿qué candidato honesto podía ponerse con los ojos cerrados en manos, por ejemplo, del senador Gonzalo N. Santos, que tiene un historial de pistolero, capaz de destruir cualquier candidatura que pudiera auspiciar?

Sin embargo, el general Ávila Camacho, apremiado por los senadores, que insistían en que perder el tiempo era perder la oportunidad del triunfo, aceptó la dirección política de los señores Santos Bautista y otros de la escuela del pasado, ya sepultado para siempre.

Ha sido más atinado, en todo caso, el candidato Rafael Sánchez Tapia al designar como miembros del comité directivo de su campaña a políticos reconocidos. Vale más siempre el que puede ser que el que fue.

BLANCO Y NEGRO

“No somos los primeros en asegurar que los momentos presentes son verdaderamente solemnes para la patria. Solemnes, por los vientos de tragedia que soplan”.

Con las anteriores palabras empieza el opúsculo que el doctor Manrique y Zárate, obispo de Huejutla, acaba de escribir y publicar en los Estados Unidos.

El inquieto prelado, que tiene mucho de caudillo, que ha hecho con sus acciones que se vea en él más al mundano que al religioso, promete hacer conocer en las páginas de su opúsculo las causas de las desgracias nacionales y el porqué el gobierno de Cárdenas es un mal gobierno. Reúne, al efecto, las palabras de mitin de los líderes obreros y hace responsables de ellas al general Cárdenas. Pero se ocurre preguntar: ¿si se reúnen todas las expresiones contra la religión, el capital y la propiedad privada que los ora-

dores socialistas, comunistas y anarquistas pronuncian en los mítines y asambleas de Londres, se puede hacer responsable de ellas al rey de Inglaterra?

Pero si el opúsculo del señor doctor Manrique y Zárate contiene frases bruscas, en cambio, ningún prelado católico ha hecho el elogio que el obispo de Huejutla hace del general Cárdenas, cuando dice:

“Es cierto que el señor Cárdenas no ha asumido actitudes violentas y sanguinarias, como las que asumiera en otro tiempo el llamado ‘hombre fuerte de México’. Es cierto que aun en algunas ocasiones, y a más no poder ha atendido los clamores del pueblo, como en el caso de Garrido, el monstruoso tirano de Tabasco. Es cierto que, desde el principio de su administración, ha procurado ponerse en contacto con el pueblo humilde, dando la impresión de verdadero demócrata. Es cierto que, con su nativa actividad, ha procurado conjurar algunos conflictos obreros y campesinos. Es también público y notorio que no cesa de hablar en público y de recomendar la unión de los trabajadores, el amor al trabajo, la elevación del crédito de la República por medio de la cooperación de todos los mexicanos, la libertad de pensamiento, y aun la misma libertad religiosa”.

Si lo que asienta el obispo de Huejutla es la verdad, ¿qué más puede pedir el pueblo mexicano a un presidente de la República?

Un paso más de libertad y de democracia lo daría el gobierno permitiendo el regreso al país de Manrique y Zárate, quien se encuentra desterrado sin tener más delito que el de su carácter impetuoso.

DON RAMÓN

El señor Ramón de la Paz, postulado para la Presidencia por el Partido Político Libre, constituido en Pueblo Nuevo, de Mexicali, Baja California, persiste en su campaña, enviando comunicaciones a todas partes de la República, firmadas por el propio De la Paz y cuatro miembros de su comité de propaganda. En una comunicación a *Hoy* piden hacer del conocimiento público que:

“Este partido necesita diputados y senadores, los postulantes de cada Estado, Territorio, o Distrito, que quieran postularse, que nos escriban y les ayudaremos inmediatamente”. La dirección oficial del Partido Libre es Avenida Jalisco 133, Pueblo Nuevo de Mexicali, B. C.

El candidato se ha distinguido por su programa político, de una originalidad absoluta. En sus comunicaciones, que circulan por todo el país, dirigidas a determinados grupos, dice, por ejemplo, que: “...mi partido, netamente constitucionalista, acabará

con este... comunismo, que nos tiene cogido, y tanto vago holgazán, líder, que solamente está medrando con las clases laborantes y levantando huelgas, y trastornos políticos, y que nuestro actual Gobierno sostiene estos desacatos constitucionales...”. Igualmente, dice, acabará con el “pistolerismo” de los diputados, y dará absolutas garantías individuales, “desde el Presidente hasta el gendarme”. El candidato Ramón de la Paz, “hombre modelo como ciudadano, esposo y padre de familia, además de ser su conducta intachable, sobre todo, en relaciones comerciales... sostiene su candidatura libre, sin finanzas de gentes extrañas que después quieran manejarlo”. El programa del Partido Libre es “constructivo y de bienestar general”.

Posiblemente el candidato De la Paz inicie pronto una gira por todo el país, para preparar debidamente a sus partidarios.

Por cierto que el señor De la Paz comienza a ser víctima de sus enemigos, uno de los cuales le acusa de deber dinero. El señor De la Paz ya acusó al difamador “por calumnia, injurias públicas y abuso de imprenta”. Igualmente hace constar, que aunque tiene dinero, no lo gastará en orgías ni borracheras.

“Si borracho es mi partidario, no lo acepto”—, dice terminantemente.

Hoy, México, D.F., 4 de febrero de 1939, año II, vol. VIII, núm. 102, pp. 8, 84.

CAMPAÑA PRESIDENCIAL

UN "ALBAZO" A MÚGICA Y SÁNCHEZ TAPIA

CONTINÚAN LOS PACTOS

"COMBATIRÉ A ESOS GENERALILLOS" DICE VASCONCELOS

CAPÍTULO II

La versión de que sólo a un político astuto podriasele haber ocurrido dar un "albazo" a los candidatos Francisco J. Múgica y Rafael Sánchez Tapia, convocando presurosamente a un congreso de la Confederación Campesina Mexicana, hizo que fuese buscado ansiosamente ese político. ¿Quién podía ser?

No podía, desde luego, encontrarsele entre los líderes políticos de la Campesina Mexicana. Uno de ellos, el profesor Graciano Sánchez, no tiene más virtud que la de ser un funcionario probo; otro, el diputado León García, no pasa de ser un agitador de segunda fila, inflado por algunos vuelos de oratoria demagógica; el tercero, el diputado César Martino, no tiene otra personalidad conocida que la de su nombramiento de diputado.

De los directores visibles de la Campesina Mexicana, a ninguno se le consideraban tamaños para premeditar un "albazo", capaz de llevar al congreso que se reunirá en

San Luis a una declaración a favor del general Manuel Ávila Camacho. Esto hizo que se buscasen y se reuniesen hilos —de esos hilos que las más de las veces conducen a verdaderas sorpresas.

Y en esta ocasión, la sorpresa fue mayor de lo que se esperan, pues todo hace indicar que el autor intelectual del “albazo” es el licenciado Emilio Portes Gil, expresidente de la República.

Aunque el licenciado Portes Gil parece tener una posición circunspecta, que no va más allá del cobro de las rentas a su edificio en la Avenida Juárez, esta posición no es más que aparente. Portes Gil, que sabe esperar —virtud que le acredita como político, aunque no como estadista—, esperó. Esperó para vengarse tiempo después de algún castigo que le infligió Calles. ¿Esperaría también en esta ocasión para vengarse del presidente Cárdenas, haciendo que se precipitara la campaña presidencial, a pesar de las serenas recomendaciones del presidente de la República?

TRES POSIBLES

Si en los Estados Unidos, en vísperas de elecciones presidenciales, apareciesen tantos “posibles” candidatos al Ejecutivo Nacional, los reporteros norteamericanos exclamarían: “¡Qué lluvia de candidatos!”.

En el México tropical, donde no podemos hablar de lluvias, tendríamos que decir: “¡Qué aguacero de candidatos!”.

Aguacero, porque después de los candidatos que habrán de disputarse la designación del congreso del Partido de la Revolución Mexicana, hay que aumentar la lista con los llamados independientes.

Un prominente miembro del partido que dirige el general Manuel Pérez Treviño aseguró al periodista que después del 15 de febrero y antes del último día del citado mes, México quedará sorprendido con los tres “posibles” candidatos del Partido de la Revolución Mexicana Anticomunista.

Y después de este anuncio, el prominente político traviesamente dejó caer los nombres... Joaquín Amaro, Aarón Sáenz y Alberto Mascareñas.

Amaro tiene en su haber su rectitud militar, su facilidad de comprensión de los problemas nacionales. Sáenz tiene talento, una buena mano izquierda, arrestos de hombre de empresa, pero gusta excesivamente del dinero. Mascareñas, el tipo del norteño abierto, fuerte, honorable.

Pero sigue la lista de los “posibles”. Sigue con la candidatura del licenciado Gilberto Valenzuela, hombre toda ponderación, pero displicente, sin magnetismo.

Falta el último, que demasiado gordo y adinerado, dice: “Pues si la patria lo exigiera...”.

Éste es el general Juan Andreu Almazán.

POSIBLE IMPOSIBLE

Mientras que la mayoría nacional permanece expectante, dominada por el desconcierto y el temor, los profesionales de la política se encargan de confeccionar hombres y convenciones.

“Para evitar confusiones”, dice la circular firmada por una pareja de diputados de nombramiento, dirigida a los “camaradas campesinos”, y que el periodista ha tenido en sus manos, “nos permitimos recomendar que al proceder de acuerdo con la convocatoria de nuestra ccm (Confederación Campesina Mexicana), se fijen detenidamente en el hombre que ha de suceder en el poder a nuestro digno presidente, general Lázaro Cárdenas” y “creemos que, a guisa de sugestión, es necesario decir a ustedes que ese hombre puede ser elegido entre dos grandes revolucionarios: el general Manuel Ávila Camacho y el doctor Francisco Castillo Nájera”.

Para cualquier ciudadano mexicano es muy honroso figurar como candidato a la Presidencia de la República; pero no lo será para Castillo Nájera, si se entiende que su nombre sólo servirá para los fines de los políticos profesionales. Porque ¿quién va a creer que Nájera pueda ser el candidato de los campesinos, cuando éstos posiblemente jamás hayan oído pronunciar el nombre del embajador mexicano?

Posiblemente en una convención en la que Castillo Nájera no fuese a servir de “chivo expiatorio”, nadie se atrevería a presentar la candidatura del embajador. ¿Cómo pensar en que llegase a la Presidencia de la República una persona que ha tenido excesivas complacencias con un país extranjero?

Una de esas complacencias del embajador hirió profundamente a México, a pesar de que el país no conoció el fondo del asunto en el que “maniobró” Castillo Nájera; pero sí leyó, indignado, la nota aquella en la que los Estados Unidos lastimaban la dignidad nacional. El borrador de esta nota fue entregado por el Departamento de Estado a Castillo Nájera; y éste, que pudo rechazar el borrador en el que se insultaba a su país, lo aceptó, y aceptó, por lo tanto, los términos denigrantes de su contenido.

BIÓGRAFO GRATUITO

Hemos recibido la siguiente carta:

México, D. F., 4 de febrero de 1939
Señor D. REGINO HERNÁNDEZ LLEGO,

Director de la Revista *Hoy*.
Vallarta No. 8.
Ciudad.

Distinguido señor director:

Con toda atención me permito dirigir las presentes líneas, suplicándole sea servido darles cabida en su acreditado semanario *Hoy* y que se relacionan con una nota publicada en el último número de esa revista, en cuya página titulada "La Campaña Presidencial" se asienta, que en el periódico *La Prensa* de San Antonio, Texas, un gratuito biógrafo del señor general Manuel Ávila Camacho, precandidato a la Presidencia de la República, dice que el mencionado señor general está incapacitado para ocupar tan alto cargo si resulta electo por el pueblo, en virtud de que es hijo de padre español y madre mexicana.

Sin más importancia, señor director, que la que tiene el conocimiento de la verdad tangible de un hecho que no tiene refutación, me permito manifestarle que estoy en circunstancias de afirmar de manera categórica, que lo asentado en el periódico de referencia, y en relación con la genealogía del señor general Ávila Camacho, es total y absolutamente falso. Dicho señor general es hijo de padre y madre mexicanos y solamente la ligereza o mala fe del "biógrafo gratuito" pudo asentar conceptos totalmente alejados de la realidad más absoluta.

A mayor abundamiento y como prueba evidente de mis afirmaciones, me permito manifestarle, que con tal motivo, y en días pasados, el señor Gral. Anacleto Guerrero, viejo y leal amigo del señor Gral. Manuel Ávila Camacho, se dirigió al Sr. Lozano, director de *La Prensa* de San Antonio, Texas, ofreciéndole pagar los gastos de viaje a la persona que esa publicación designe, para que, trasladándose a México, compruebe en el terreno de los hechos, la realidad de esas versiones totalmente desprovistas de la más elemental seriedad.

Anticipándole mis cumplidos agradecimientos, me ofrezco de usted, su muy atento y seguro servidor.

Dr. J. GÓMEZ ESPARZA.

Reforma No. 430.- Lomas de Chapultepec.

VASCONCELOS DICE

Como del hombre que no sólo por su talento y su cultura, sino también por su intuición y rebeldía, es capaz de ser guía espiritual de un pueblo, ha esperado México la palabra de José Vasconcelos sobre la campaña presidencial.

Pero Vasconcelos no ha hablado. Ha preferido señalar ejemplos cívicos de otras naciones americanas, con los grandes recursos de su talento, aunque pecando en inexactitudes históricas.

Las únicas noticias de lo que Vasconcelos siente y cree, fueron obtenidas por la entrevista publicada recientemente por *Hoy*. Y a las palabras dichas en esa vez por Vasconcelos al redactor de esta revista, hay que agregar las muy significativas que expresó ante los licenciados Salvador Azuela y Andrés Pedrero, quienes acaban de regresar de Hermosillo, en donde permanecieron varias semanas.

"Yo combatiré a esos generalillos", dijo Vasconcelos, refiriéndose a dos de los candidatos presidenciales, en ese tono no sólo combativo, sino también escéptico que acostumbra emplear para anonadar a quienes no tienen ni merecimientos ni luces; a esos que creen no por ser ciudadanos mexicanos, sino por ser jefes de armas, tener el privilegio de ocupar la Presidencia de la República, sin poseer siquiera el don de poder levantar la vista para penetrar en los problemas morales y económicos del país.

NUEVO SOL

Ni hombres como Madero y Obregón —y hablamos del Obregón guerrero—, que tuvieron personalidad, que fueron héroes populares, pudieron conquistar fácilmente la Presidencia de la República; ¿cómo es posible que quien se improvisa pueda alcanzar el mando supremo de la nación sin decir siquiera lo que piensa, lo que siente, lo que quiere?

Ésta es la reflexión que se hace el México impasible, viendo cómo baten las palmas del triunfo los amigos de determinada candidatura presidencial, y pensando que quizá lo que la nación está presenciando es como una divertida cinta cinematográfica que pronto pasa. Y es ésta la causa por la cual los recelosos esperan a cada hora una sorpresa.

A la exclamación de "¡Éste no será!", se sigue la pregunta "¿Quién será?". Y con aquella exclamación y con esta pregunta, no se quiere decir que aquél sea el que disguste al presidente Cárdenas y éste el que le satisfaga. No. Por vez primera en la historia política de México, ni con los más ardientes opositores hablan de imposición.

Lo que la duda encierra es la esperanza de que Múgica o Sánchez Tapia puedan tomar vuelo popular, o bien de que aparezca un nuevo candidato.

Y se habla ya con marcada insistencia de los preparativos que silenciosamente se han estado haciendo a favor del gobernador de Michoacán, general Gildardo Magaña.

Magaña, quien sustituyó en el mundo de las fuerzas surianas al general Emiliano Zapata, es, para muchos, un zapatista vulgar. Sin embargo, fue universitario en los Estados Unidos; hizo un brillante papel como gobernador del Distrito Norte de la Baja California y ha hecho intensa labor administrativa en Michoacán.

EL PACTO DE LOS CUATRO

Al pacto de los tres —Múgica, Ávila Camacho y Sánchez Tapia—, se ha seguido el pacto de los cuatro.

Estos cuatro pactantes no son candidatos presidenciales; son grupos, cada uno de los cuales representante de la más adversa "ideología", a saber: grupo callista, grupo anticallista, grupo católico y grupo tapista.

En una reunión, descrita por algunos asistentes a ella como "patética", los ex-combatientes del callismo se rindieron a los callistas y éstos perdonaron a quienes habían injuriado al exjefe máximo; los católicos olvidaron las matanzas de León y Guadalajara y los tapistas, en el afán de triunfar "como quiera que sea", abrazaron a católicos, callistas y anticallistas. Todo esto en nombre de un "santo frente único de la oposición".

¿Oposición? Sí: "Santa oposición" cuando ésta románticamente combatía a un régimen férreo como el callista; pero cuando forman parte de esta posición "lo que quedó en el basurero" —sin que en este basurero queden incluidos muy contados hombres—, ¿qué motivo existe para que se hagan alianzas de esta naturaleza?

El Pacto de los Cuatro obliga a los pactantes a concurrir a una convención en la que será designado un único candidato presidencial.

SIUROB RECTIFICA

Febrero 4 de 1939.

Señor Regino Hernández IJergo.

Director de la revista Hoy.

Vallarta número 1.

Ciudad.

Muy estimado y fino amigo:

Habiendo aparecido en el número 102 de esa revista a su merced cargo, de fecha de hoy, en la 8ª. página, bajo el título de "La Campaña Presidencial" y firmado por el señor José C. Valadés, un artículo en que se manifiesta que el señor presidente de la República me había pedido mi renuncia al puesto de jefe del Departamento del Distrito Federal porque había tenido noticias y quejas de que se les pedía dinero a los contratistas, y aunque en la expresada información no se precisa a quién o a quiénes se pedía dinero, desde luego participo a usted, en primer término, que es notoriamente inexacta la noticia, pues yo presenté mi renuncia al primer mandatario por razones de salud y no tengo informes de que a ningún contratista se le hubiese solicitado dinero para otorgarle un contrato, constándome, al contrario, el testimonio de todos los contratistas de que nunca se les había tratado con más amplio espíritu de equidad.

Desearo desvanecer cargos que por velados podrían dejar lugar a cualquier duda o sospecha, estimaré a usted se sirva tomar nota de lo anterior, en la inteligencia de que si usted o alguna otra persona conoce el nombre de algún contratista al que se le hubiese pedido dinero, le estimaré a usted o a quien tenga datos concretos, se sirva consignarlos ante el C. agente del Ministerio Público para los efectos de ley.

Agradeciendo a usted de antemano la atención benévola que prodigue a esta información, me suscribo de usted atentamente,

General y doctor José Siurob

Hoy, México, D.F., 11 de febrero de 1939, año II, vol. IX, núm. 103, pp. 8, 78.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

COMIENZAN LAS IMPOSICIONES
Ayer, "cañonazos" de \$50 000;
hoy, "embutes" de \$5 000;
por las dudas, a buen árbol se arriman

CAPÍTULO III

Que la candidatura del general Manuel Ávila Camacho está dando la sensación de ser una candidatura de imposición militar es el sentir que se respira en México. Si este sentir es erróneo, corresponde aclararlo a los camachistas. El periodista, casualmente, asistió a una escena significativa en el patio presidencial del Palacio Nacional.

Un grupo de agraristas del Estado de Colima conversaba con varias personas, entre las cuales estaba un empleado de la Presidencia. Uno de los agraristas decía:

"El jefe de las Operaciones en Colima y el senador Torres Ortiz nos llamaron a una reunión; en esa reunión pretendían obligarnos a que firmáramos un acta de adhesión a la candidatura del general Ávila Camacho. De los 88 comisariados ejidales, 17 aceptaron firmar el acta; los restantes nos rehusamos, no porque tuviéramos otro candidato, sino porque el procedimiento nos pareció indigno. El jefe de las Operaciones se molestó y nos ha echado sus fuerzas encima; y hemos venido a pedir garantías".

RESIGNACIÓN

Olvidando viejos rencores los políticos que forman parte de los grupos opositores, han dado pruebas innegables de resignación.

En una reunión del Comité Revolución —oposición unificada— que preside el licenciado Gilberto Valenzuela, alguien propuso que se invitara al general Manuel Pérez Treviño para que formase parte del Comité, no por medio de representantes, sino personalmente; pero el ingeniero Emilio Madero se opuso, y la proposición fue desechada. Al ser informado Pérez Treviño de lo acontecido, resignadamente aceptó su derrota, sin por ello pretender romper con sus colegas opositores. A esto se llama tener resignación.

Resignado también es el general Pablo González, quien a pesar de que en el general Manuel Pérez Treviño tuvo en tiempos pasados a un terrible enemigo, hoy se ha reconciliado con él. Don Pablo ha visitado en varias ocasiones al expresidente del extinto Partido Nacional Revolucionario.

ENEMIGOS DE CÁRDENAS

Si quienes al ver afectados sus intereses —bien o mal habidos— por el presidente Cárdenas se declaran enemigos de éste y del gobierno, esa enemistad puede ser explicada; pero quienes declarándose cardenistas son enemigos del presidente de la República, jamás podrán ni explicar ni justificar su conducta.

Esta observación proviene de lo que a diario se está viendo en el desarrollo de la campaña presidencial.

En tanto que el presidente Cárdenas ha insistido, una y muchas veces, en la probidad de su administración, y ha condenado el sistema de los “embures”, la campaña presidencial, en la que intervienen personas que se supone deberían ser leales a la política del general Cárdenas, está siendo desarrollada en sistemas de corrupción.

Faltando 21 meses para que el nuevo presidente rinda la protesta, los camachistas se han repartido ya los ministerios, los gobiernos de los estados, las embajadas y los asientos en el Congreso de la Unión. No es todo. En el seno de la Confederación Campesina, para catequizar a algunos directivos que se oponían a la convocación prematura de un Congreso, hubo “embures” de cinco mil pesos.

Es necesario aclarar que el profesor Graciano Sánchez fue ajeno a estos “embures”, pues para evitar cualquier compromiso, prefirió hacer un viaje al Estado de Guerrero.

Nadie es tan exigente así, que crea que una campaña presidencial no se lleve a cabo con dinero. No; tanto así no podemos exigir a los políticos; pero sí es indispensable pedir más decencia, más decoro y, sobre todo, más lealtad hacia el presidente de la República, cuyos esfuerzos democráticos son dignos del mayor encomio.

Además, ¿no es faltar a la lealtad que ha pedido el presidente de la República, emplea el sistema del “embure político”, antes de cumplir con lo que el general Cárdenas pidió a sus amigos en el mensaje del 1º. de septiembre de 1938, al señalar las cualidades que deben adornar al futuro presidente de la República?

La no reelección de diputados y senadores es, quizá, la causa de los males que estamos viendo en la campaña presidencial; pues aquellos que están por salir buscan acomodo en otros puestos que no sean los del Congreso de la Unión.

FRENTE ÚNICO

Hay un hombre que, sin ser mexicano y sin ser líder político, ha logrado formar un frente único electoral. Este hombre, que ha descubierto la cuadratura al círculo, es el señor Dalkowitz, judío, texano y capitalista.

El señor Dalkowitz, gracias a los cientos de miles de pesos que ha ganado en fabulosos negocios en los ministerios —pues lo mismo ha vendido rieles a la Secretaría de Comunicaciones, que cobre a la Secretaría de la Defensa Nacional y carros para el cuerpo de bomberos al Departamento del Distrito Federal— posee una quinta de recreo en las Lomas de Chapultepec. En esta quinta hay salones de baile, de boliche, de billar, y hasta pista para carreras de perros.

En la quinta del señor Dalkowitz se reúnen —y lo ha dicho él, orgullosamente— representantes de los candidatos Ávila Camacho, Múgica, Siurob y Sánchez Tapia.

Gracias a este frente único electoral, cualesquiera de los candidatos que triunfe dejará en posición privilegiadas a tan hábil “líder” del frente único electoral.

CANDIDATO LOMBARDISTA

El apresuramiento en la designación de candidato presidencial da la impresión de que este apresuramiento es la resultante del temor de que el candidato no sea capaz de resistir el análisis de su persona, de sus hechos y de su pensamiento. Si es que sabe pensar.

Da también la impresión de que ni el candidato ni sus partidarios tienen confianza en el futuro. Da, por último, la impresión de que el candidato no tiene “control” sobre sus partidarios.

Todo lo anterior lo sugiere el apresuramiento que se emplea para la designación del general Ávila Camacho como candidato presidencial de la Confederación de Trabajadores de México y de la Confederación Nacional Campesina.

Ambas confederaciones designarán a su candidato presidencial en el curso de estos meses; ambas elegirán al general Ávila Camacho.

Éste será candidato de hombres que, como Lombardo Toledano, pueden pecar por su excesivo burocratismo, y de Gonzalo Santos, quien en *La Prensa*, de San Antonio, Texas, declaró fanfarronamente que se siente “como rifle”, al mismo tiempo que atacó a los izquierdistas.

Esto hace preguntar: ¿Si el general Ávila llegase a la Presidencia de la República, con quién gobernaría: con las izquierdas de Lombardo —que siquiera tiene ideas— o con las derechas de Santos, manchadas con la sangre y el oro del callismo?

DICEN LOS CONSTITUYENTES

A pesar de la defensa que del general Ávila Camacho hace el gobernador del Estado de Nuevo León, empeñando su palabra de honor de que su amigo y candidato presidencial es hijo de padres mexicanos por nacimiento, el “caso” del general Ávila Camacho es el mismo del señor José Ives Limantour.

¿Por qué ante la duda no son exhibidas pruebas documentales? Puede ser que la versión de que el general Ávila es hijo de español sea obra de la maledicencia; pero un candidato a la Presidencia que ha de gobernar al país por seis años, que ha de ser el primero en cumplir con los preceptos constitucionales, tiene la obligación de rendir pruebas; y el candidato Ávila Camacho, siguiendo la antigua táctica del callismo, que se empeñaba en despreciar la opinión nacional, ha permanecido en silencio.

Entre tanto, el periodista ha preguntado a varios constituyentes cuál fue el espíritu de la asamblea de Querétaro al aprobar el capítulo constitucional que establece que para ser presidente de la República se requiere ser ciudadano mexicano por nacimiento e hijo de padres mexicanos por nacimiento.

He aquí lo que nos han dicho los constituyentes:

Andrés Magallón: “Por el peligro que envolvían las relaciones familiares de descendientes de extranjeros, que generalmente ejercen influencia decisiva en el seno de la

familia; y para poner a cubierto la nación de toda posible intromisión de influencias extranjeras en los intereses nacionales”.

Estaban B. Calderón: “Se buscó la garantía plena de patriotismo, para evitar influencia extranjera”.

Félix F. Palavicini: “Por Limantour... Nos recordamos el caso de Limantour, y por eso establecimos que el presidente de la República debería ser hijo de mexicanos por nacimiento”.

Hilario Medina: “Para evitar en lo posible que pudiera repetirse el caso de Limantour, quien estuvo a punto de ocupar la Presidencia de la República”.

Manuel Aguirre Berlanga: “Por espíritu de nacionalismo. Teniendo cerca de los Estados Unidos, se hace más necesaria esa cualidad; y porque siendo el presidente el que define la integridad de la República, es necesario que tenga el mayor arraigo en el país. Además, la lógica aconseja que para el bien del país”.

Crisóforo Rivera Cabrera: “Porque aquellos que tuvieron sangre aborigen podrían tener más amor a su patria, que aquellos por cuyas venas corre sangre de procedencia extranjera”.

Uriel Avilés: “Si no lo hubiéramos hecho, habríamos faltado al deber de patriotas”.

AMISTAD PRESIDENCIAL

En vez de comprobar a la nación que gozan de las simpatías populares, los generales Rafael Sánchez Tapia y Manuel Ávila Camacho parece que quieren dar la impresión de que son los amigos predilectos del general Lázaro Cárdenas, presidente de la República.

Diariamente, los dos candidatos presidenciales llegan a la residencia presidencial de Los Pinos. No sabemos si todos los días son o no recibidos por el Presidente Cárdenas, pero llegan.

Cada uno de los candidatos habla en tono de confianza de su amistad con el presidente. En lo que este acto tiene de lealtad, es admirable; pero en lo que tiene de aparentar que se tiene el voto Número Uno, es reprochable.

Este empeño de los candidatos a la Presidencia de querer aparentar que gozan del favor presidencial, a pesar de las reiteradas declaraciones que ha hecho el general Cárdenas en el sentido de que sus labios jamás pronunciarán una palabra a favor de cualesquiera de los candidatos, ha llevado a los amigos de Ávila Camacho y de Sánchez Tapia a pronunciar palabras que seguramente disgustarán al presidente de la República.

Por ejemplo, los partidarios del general Sánchez Tapia, en su afán de fijar que gozan del favor presidencial, han hecho circular la versión de quien “financea” la candidatura del excomandante militar del Valle de México es el coronel Dámaso Cárdenas.

Hoy, México, D.F., 18 de febrero de 1939, año II, vol. IX, núm. 105, pp. 6-7.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CAPÍTULO IV

Los ávilacamachistas han liquidado por fin el caso —que ya se estaba haciendo viejo— sobre si el precandidato presidencial, general Manuel Ávila Camacho, era hijo de español, o no. Y han dado por terminado el asunto, de la única y mejor manera que podría hacerse: demostrando, con pruebas, lo contrario.

Y, en efecto, triunfalmente, uno de los líderes del ávilacamachismo se presentó la semana pasada en la redacción de *Hoy*, exhibiendo copia certificada del acta de nacimiento del exsecretario de la Defensa Nacional. Y como quien ha consignado un rumor tiene la obligación de desmentirlo si para ello se exhiben pruebas en contrario, gustosos reproducimos, en facsímile, la copia dicha. Es conveniente añadir, por nuestra parte, que la versión de que el general Manuel Ávila Camacho era hijo de español, y estaba, en consecuencia, incapacitado para ocupar la primera magistratura del país, fue publicada en el sur de Estados Unidos por los *Periódicos Lozano —La Prensa*, de San Antonio, Texas, y *La Opinión*, de Los Ángeles, California—. Por sensacional, *Hoy* recogió el rumor, para darlo a conocer a sus lectores. Ahora, con la publicación del acta, el general Manuel Ávila Camacho queda limpio de ese cargo, por lo que deben felicitarse sus partidarios, y entristecerse sus enemigos.

El texto de la copia, expedida por el juez del Registro Civil de Teziutlán, Puebla, es como sigue:

Departamento Ejecutivo del Gobierno del Estado de Puebla. Gobierno Constitucional del Estado Libre y Soberano de Puebla. Departamento de Gobernación y Seguridad Pública. Secretaría General.-

En nombre de la República de México, y como Juez del Registro del Estado Civil de este lugar, certifico: que el libro número 1-1896 del Juzgado que es a mi cargo, a la foja 33-F y V. se encuentra un acta del tenor siguiente: "78. Acta número setenta y ocho. Nacimiento de Manuel Ávila Camacho. Al centro: En la ciudad de Teziutlán, a las 9 nueve de la mañana del día 1 primero de Mayo de 1896 mil ochocientos noventa y seis, ante mí, Manuel Hidalgo, Jefe Político del Distrito y Juez del Estado Civil de esta ciudad, compareció el ciudadano Manuel Ávila Castillo, quien está al corriente en el pago del impuesto personal, originario de Teteles, vecino de esta población, mayor de edad, casado, comerciante, domiciliado en la casa número 289 doscientos ochenta y nueve de la 8ª. octava calle de la Avenida Cuauhtémoc, y presentó un niño vivo nacido en la expresada casa a las 10 diez de la noche del día 25 veinticinco de abril próximo pasado, a quien puso por nombre MANUEL ÁVILA CAMACHO, que es hijo legítimo suyo y de su esposa, señora Eufrosina Camacho, natural de ésta, mayor de edad, casada, vive en la mencionada casa. El niño presentado es nieto por línea paterna del ciudadano Francisco Ávila y María Antonia Castillo, originarios del referido Teteles, mayores de edad, casados, el primero arriero, domiciliados en la Sección 2ª. segunda. Fueron testigos de este acto, los ciudadanos José María Hernández y Trinidad Mota, mayores de edad, el primero originario de Perote, casado, peluquero, domiciliado en la Sección 7ª. séptima, el segundo natural de Tlaxco, soltero, comerciante, domiciliado en la sección 1ª. primera. Leída la presente acta por el subscripto juez al comparente y testigos, la ratificaron y firmaron. Manuel Hidalgo. Manuel Ávila Castillo. José María Hernández. Trinidad Mota. Rúbricas. Es copia fiel tomada de su original al que me remito.— Teziutlán, Puebla, a 9 de febrero de 1939 mil novecientos treinta y nueve.— SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.— El juez del Registro Civil, Florencio Cerda. M. Confrontada. El Éscribiente, Jesús Núñez Velarde. Un sello: Juzgado del Estado Civil. Teziutlán, Pue."

ALIANZA SALVADORA

No sólo la invariable política del presidente Cárdenas, tendiente a evitar el subibaja de los gobernadores de estado; no sólo el apoyo de los sonorenses que vieron en la intro-

misión de la CTM, en los asuntos interiores del estado, como una amenaza al sistema federalista, salvados al general Román Yocupicio de una caída del poder; a Yocupicio lo salvó también su alianza con el general Manuel Ávila Camacho.

Éste, que inició su campaña presidencial —a pesar de ocupar a la sazón la Secretaría de la Defensa Nacional— con un viaje al Estado de Sonora, debió haber descubierto en Yocupicio al soldado valeroso y al hombre resuelto, y se propuso atraerlo a su partido, lográndolo fácilmente.

Entregado al camachismo, el gobernador Yocupicio dio protección y elementos al general Anselmo Macías, candidato al gobierno sonorenses; y ha sido, además, uno de los campeones de la candidatura ávilacamachista.

Al llegar el gobernador Yocupicio a la Ciudad de México para probar el triunfo de su amigo Macías, antes de visitar al presidente de la República, acudió al besamanos de las Lomas de Chapultepec.

Después del besamanos, se aseguró que el general Manuel Ávila Camacho ofreció a Yocupicio la jefatura de su campaña presidencial, como medio de reducir a uno el número de comités camachistas.

Si Yocupicio llegase a ser el jefe de la campaña camachista, quiere decir que Lombardo Toledano, quien con tanto ardor ha combatido al actual gobernador de Sonora, quedaría sometido a éste.

AMARO, LIBRE

El general de división Joaquín Amaro, exsecretario de Guerra y Marina, ya no está en disponibilidad política; el general Amaro puede ya figurar como candidato a la Presidencia de la República.

El 10 de febrero, el general Amaro tuvo una conferencia con el presidente de la República, y en ella hizo saber al general Cárdenas su deseo de pedir licencia ilimitada para separarse del ejército y poder dedicarse con toda libertad al ejercicio de sus derechos ciudadanos.

Inmediatamente después de la entrevista con el presidente, el general Amaro presentó a la Secretaría de la Defensa Nacional la solicitud de rigor.

A continuación, el general Amaro recibió a sus amigos y admiradores, haciéndoles saber que al separarse del ejército no había tenido más objeto que el figurar como "soldado de la lucha cívica", aclarando así que no tiene ambiciones presidenciales.

Hombre austero, poseedor de una rica biblioteca que él mismo ha organizado y clasificado, las interesantes páginas de su vida revolucionaria han sido recargadas con

leyendas fantásticas. El general Amaro será una personalidad vigorosa en la lucha presidencial; pero antes será necesario que exponga claramente sus ideas; que dé a conocer con claridad y sin rencores sus puntos de vista sobre la situación actual y sus problemas, pues como ya se ha podido comprobar, el país quiere franqueza y un régimen de lealtad para los intereses verdaderamente nacionales. Sin embargo, el hecho de abandonar el general Amaro una carrera a la que ha dedicado lo mejor de su vida, para actuar en política, es significativo...

NUEVO LEÓN TAPADO

Poco antes de regresar al gobierno militar de Nuevo León, en donde aparte de grandes tareas militares, ha realizado tareas civiles de producción económica, el general Juan Andreu Almazán asistió a una cena que le dieron amigos y partidarios de esta ciudad.

Asistieron a la cena profesionistas, militares, industriales y comerciantes. No concurrió ni un líder obrero ni un líder campesino.

Durante la cena, los amigos de Almazán expresaron a éste el deseo de "lanzarlo" como candidato a la Presidencia de la República.

Hombre cauteloso, que sabe cuidar vida y fortuna, el general Almazán, a quien los periodistas norteamericanos llaman, quién sabe por qué, el "Napoleón mexicano", a los ruegos de sus amigos para que aceptase la postulación, respondió que quería ser leal a la política del presidente Cárdenas; que no tenía ambiciones presidenciales; que consideraba que cualquier hombre honesto antes de aceptar una postulación debería saber si contaba o no con simpatías populares y, finalmente, que era amigo de uno de los presidenciables.

Los amigos insistieron; pero ante la insistencia, el comandante militar de Nuevo León repuso que no le harían variar sus propósitos; aunque, no obstante esto, autorizaba a sus amigos para que "sondearan la opinión nacional".

En estas condiciones, el general Almazán es el cuarto candidato. ¿Será el "tapado"?; se preguntan muchos.

El general Almazán es hombre de grandes empresas. Lo mismo levanta colonias en las cumbres de las montañas a cuyos pies se encuentra la ciudad de Monterrey, que hace de Acapulco un centro de atracción turística, que proyecta erigir ciudades en la lejana y romántica isla de Mujeres. Pero, si está ya Almazán definiéndose en la lucha política, ¿cuándo piensa pedir su licencia para separarse del ejército?

SORPRESA CROMISTA

Bajo la dirección de Francisco Ramírez Escamilla —hombre limpio, líder de alcances y tipo caballeroso—, la Confederación Regional Obrera Mexicana no es la CROM viciada, corrompida, de Luis N. Morones; no es la CROM cuyos problemas eran discutidos en las orgías de la villa de Tlalpan.

La nueva CROM, dirigida por Ramírez Escamilla, que no es la de los "dos millones" de miembros que inventó el criollo Morones, reunirá a sus socios en una convención la semana entrante.

En época que no fuese electoral, la reunión de los nuevos cromistas pasaría inadvertida, porque en México se acostumbra, desgraciadamente, sólo dar tribuna a los que pagan o a los que gozan del favor oficial; pero en tiempo de elecciones, la convención de la CROM adquiere importancia inusitada.

Y adquiere gran importancia porque habrá de intervenir en el problema de la sucesión presidencial, ya que toda la honradez del apoliticismo —del apoliticismo que niega la intervención del Estado para resolver los problemas económicos y humanos de los débiles— ha sido olvidada por las organizaciones obreras.

La CROM y la CGT son las dos únicas confederaciones cuyos miembros pueden opinar libremente sobre sus candidatos a la Presidencia, ya que sus líderes, por más influencia que tengan sobre la masa, no teniendo en sus manos la fuerza que da el dinero y la alianza con el Estado, no podrán imponer su voluntad.

De aquí, pues, que aun cuando los sistemas de corrupción desatados en la actual campaña electoral afectasen a los dirigentes de la CROM, posiblemente la masa, de alguna u otra forma, daría a conocer su parecer en el delicado terreno al que se le ha conducido por la falta de líderes abnegados y con ideas.

Por todo esto se comprende por qué hay interés en conocer el acuerdo que tome la convención cromista.

Dos son las tendencias que predominan entre los nuevos cromistas; una, la de esperar hasta octubre próximo para que los obreros den a conocer su candidato a la Presidencia de la República; otra, la de designar a otro candidato que no sea el que hasta hoy es apoyado por los diputados, senadores y gobernadores, considerando que este candidato ha nacido no de un movimiento popular, sino que es producto de la ambición de funcionarios que desde hoy buscan acomodo personal para el próximo sexenio.

Quién pueda ser ese candidato en el caso de que la CROM procediese a designarlo en la convención de la semana entrante, es lo que hasta hoy se ignora.

EL PRAC

El PRAC (Partido Revolucionario Anticomunista) acusa, a primera vista, una amalgama de hombres que actuaron de modo diametralmente opuesto en pasadas luchas políticas. Callistas unos, anticallistas otros —todos de diversos matices en la actividad políticosocial—, pero con una tendencia armonizadora.

Tal es lo que, en síntesis, nos dijo el general Manuel Pérez Treviño, jefe del PRAC, quien para dar mayor vigor a la idea expresada ante el periodista, añadió: "Esto quiere decir que hay un ideal que liga, que une por encima de lo circunstancial".

TRAICIÓN

Después de los diputados y senadores, fueron los gobernadores de Estado —y todavía cuando no terminaba el año de 1938 y cuando el presidente Cárdenas acababa de recomendar serenidad— quienes tomaron posiciones en la campaña presidencial.

Cuatro fueron los primeros gobernadores que públicamente tomaron posiciones, declarándose en favor del exsecretario de la Defensa Nacional; y, a invitación de estos cuatro, diez o doce más se unieron al camachismo.

Entre estos tres o cuatro estaba el gobernador Perdomo, de Morelos. El compromiso de éste con determinado candidato era definitivo. Vieja amistad, simpatías y también respeto parece que era el motivo de la adhesión de Perdomo a ese presidenciable.

Pero, seguramente dudando del triunfo de su viejo amigo y protector, el gobernador Perdomo, no siendo de los hombres que saben perder y que, en una lucha como la presidencial, puede ser de las masas campesinas y obreras —del pueblo en general— contra los cónclaves de gobernadores, necesitan tener sentido de sacrificio, optó por el camino de la deslealtad y se unió a la candidatura del general Ávila Camacho.

Menos severo sería el juicio que ha de hacerse sobre el gobernador Perdomo, si para abandonar a uno y unirse al otro hubiese consultado la opinión popular. Si los morelenses, por mayoría, hubiesen expresado su opinión en favor del camachismo, el gobernante, uniéndose a los deseos de su pueblo, habría sido desleal al amigo; pero habría cumplido con sus conciudadanos.

Hoy, México, D.F., 25 de febrero de 1939, año II, vol. IX, núm. 105, pp. 6-7.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

MÁS NOTAS DIPLOMÁTICAS

DOS REVOLUCIONARIOS ROMÁNTICOS

LOS GOBERNADORES SE TOMAN LA PALABRA

LOMBARDO, DEFENSOR DEL CAPITALISMO

CAPÍTULO V

El doctor y general Francisco Castillo Nájera, embajador de México en los Estados Unidos, ha escrito una carta al director de *Hoy*, que es como un legado que hace a la historia de la diplomacia mexicana.

En la carta, el doctor Castillo Nájera aclara su función diplomática, en conexión con una nota política insertada en esta revista; y sin el menor propósito de polemizar, a nuestra vez, previamente consideramos necesario aclarar: 1.- Que la noticia periodística es ajena a las disciplinas históricas, aunque puede servir como referencia a diversas fuentes históricas —prueba de ello es que nuestra noticia sirvió para que Castillo Nájera expidiera un documento que podrá ser aprovechado para la verdad diplomática, aunque no para la realidad de los negocios extranjeros; 2.- Que no hemos dicho que nos constara que el embajador mexicano hubiera recibido el borrador de la nota nor-

teamericana en la que era lesionado el sentimiento nacional, al decirse que México era un país que no sabía cumplir con sus compromisos —verdad política ésta, pero no realidad económica—; pues lo que hemos dicho —no porque hayamos tenido a la vista documentación verificada, sino por sentido común y por dignidad—, es que un embajador que recibe una nota injuriosa para su país, no debe transmitirla oficialmente a su gobierno; y sin discutir si esto cabe o no dentro de las prácticas del Derecho Internacional, será suficiente establecer que, si el periodista recibe de un amigo una carta dirigida a otro amigo, en la que el primero injuria al segundo, el periodista, a sabiendas de que va a ser portador de una injuria, faltaría a su dignidad si aceptase ser portador o transmisor de la carta.

Y hechas las anteriores aclaraciones, pasamos a dar a conocer el documento suscrito por Castillo Nájera, y que dice:

Washington, D. C., 15 de febrero, 1939.

Señor don Regino Hernández Llergo,
Director de la Revista *Hoy*,
Vallarta número 8,
México, D. E.

Muy estimado señor director:

En el número correspondiente al 11 del actual de la Revista *Hoy*, que usted dirige, aparece el artículo "La Campaña Presidencial", escrito por el señor José C. Valadés, quien asienta, como verídicas, algunas afirmaciones que necesitan rectificarse.

Acostumbro dejar sin respuesta los ataques que se me dirigen, por la prensa, prefiriendo que los hechos o las informaciones ulteriores desvirtúen las falsedades. En varias ocasiones, personas imparciales se han encargado de hacer, sin mi intervención, las rectificaciones necesarias. En el caso presente me aparto de mi señalada costumbre, por tratarse de un pretendido hecho histórico, afirmado por un historiador de conocidos méritos. Guardar silencio, en esta ocasión, entraña el peligro de que la especie perdure como cierta o, al menos, como dudosa, dañando no sólo a mi persona —lo que tiene poca importancia— sino al gobierno y aún a la nación.

Desatendiéndome de que mi nombre, según el señor Valdés, esté sirviendo "para los fines políticos profesionales", pues tal aspecto del asunto no me interesa, me limito a la cuestión histórica que es la que urge aclarar.

Asegura el señor Valadés que yo he "tenido excesivas complacencias con un país extranjero" y añade, exponiendo, sin duda, la mayor de todas, que: "Una de esas complacencias del embajador hirió profundamente a México, a pesar de que el país no conoció

el fondo del asunto en el que "maniobró" Castillo Nájera; pero sí leyó, indignado, la nota aquella en la que los Estados Unidos lastimaban la dignidad nacional. El borrador de esta nota fue entregado por el Departamento de Estado a Castillo Nájera; y éste, que pudo rechazar el borrador en el que se insultaba a su país, lo aceptó, y aceptó, por lo tanto, los términos denigrantes de su contenido".

Niego haber tenido nunca complacencias con ningún país extranjero. Mi modesta actuación, en las distintas misiones que me ha cabido el honor desempeñar, se ha ceñido a las instrucciones de mi gobierno y tengo la conciencia de haber obrado con empeño, con energía y con patriotismo. Me satisface publicar que el Ejecutivo y la Secretaría de Relaciones siempre han aprobado la forma en la que he cumplido las órdenes de la Superioridad. La Cámara de Diputados y la de Senadores me han distinguido con sendos votos laudatorios por algunas de mis gestiones.

En cuanto al caso concreto, citado por el articulista, me extraña que una persona de criterio, familiarizada con los procedimientos habituales de investigación histórica, haya aceptado, con una ligereza inexplicable, una noticia o rumor inverosímil. Basta un análisis somero para desechar, por absurda, la afirmación que con tanta seguridad ha estampado el escritor.

Es pueril, cuando menos, suponer que una cancillería, antes de entregar una nota "insultante", someta el borrador a la aprobación del enviado del país contra el que va dirigida. También resulta infantil la insinuación de que, aun cuando sea para corresponder a otras complacencias, se tenga la excesiva de conceder al representante la alternativa de aceptar o de rechazar, dejándole, así, "maniobrar" en determinado sentido.

Ignoro a cuál nota se refiere el señor Valadés, quien no cita fecha, contenido ni, siquiera, funda su afirmación en testimonios; pero puedo asegurar que cuando he recibido documentos particulares o semificiales que estoy facultado para responder, lo he hecho con la mayor prontitud posible, con energía y con dignidad. En mis modestas atribuciones no se encuentra la de aceptar o de rechazar notas; mi papel se limita a transmitir las a la Secretaría de Relaciones.

En resumen: se me han entregado notas que, conforme al uso habitual y las instrucciones precisas de mi gobierno, he transmitido a la Secretaría de Relaciones. Nunca se me ha entregado, para su aprobación, el borrador de ninguna nota insultante para mi país, concediéndome la alternativa de aceptarla o de rechazarla.

Pongo punto final a esta cuestión, pues no es el caso de entablar una polémica, para lo que tendría que perder el tiempo destinado a las labores de mi cargo, en el que seguiré, como hasta ahora, poniendo, sobre todas las condiciones circunstanciales, el interés nacional.

Como el señor Valadés no se presenta en calidad de testigo a quien le conste el hecho que afirma, supongo que se lo han referido. Queda a su conciencia de historiador y

de hombre honrado obrar en consecuencia, al convencerse de que aceptó, sin pruebas y precipitadamente, un relato imaginario, que no sólo es falso, sino que es inverosímil.

Agradeciendo a usted, por anticipado, la atención que se sirva conceder a estas líneas, aprovecho la oportunidad, muy estimado señor director, para suscribirme a usted afectísimo amigo y atento seguro servidor,
E. Castillo Nájera

PAREJA INDESEABLE

Mientras todos los viejos y los nuevos políticos toman "posiciones" en la campaña presidencial, hay entre aquéllos, entre los viejos, dos que, a pesar de los elevados cargos públicos que han tenido en la República, en esta ocasión permanecen en el olvido; esto no obstante que uno sabe manjar la pluma para fraguar documentos como el de 1.º de septiembre de 1928, y el otro de concertar grandes negocios de Estado y privados.

Estos dos viejos políticos son el doctor José Manuel Puig Casauranc y el ingeniero Alberto J. Pani.

Por la trayectoria que siguieron en los últimos días del régimen al que debieron, con las "estrellas" de cine, fama y fortuna, Puig y Pani han visto cerradas todas las puertas de los candidatos presidenciales; nadie confía en ellos; todos temen ser sus nuevas víctimas.

Desafortunadamente para el país, todos los cortesanos de otros tiempos de otros regímenes, han sido tan castigados como Puig y Pani. Hay quien llevando el estigma de la traición ha podido convertirse en dirigentes de determinados candidatos a la Presidencia de la República.

HOMBRE ÍNTEGRO

De entre los hombres que no recibieron los gajes de la Revolución, apenas si será posible reunir unas dos docenas y entre los revolucionarios que suman dos docenas, se encuentra el general Antonio I. Villarreal.

Éste es uno de los pocos políticos mexicanos que ha cumplido 33 años de vida pública, sin haberse manchado ni con el oro ni con la sangre.

Y no es esto todo lo que hace grande a Villarreal: son su cultura, su talento y su proceder rectísimo. Y si Villarreal ha tenido un defecto como político, este defecto es ser ingenuo de los principios del siglo, que cree fervorosamente en la democracia.

Y Villarreal, con todos los viejos vaivenes políticos, ha tomado partido: sus inclinaciones están a favor del general Múgica, otro gran iluso.

Y al igual que Villarreal, otro de los románticos mexicanos ha levantado bandera para unirla a otro candidato presidencial. El romántico a quien ya referimos es el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, entusiasta admirador del general Juan Andreu Almazán. Sabia y hermosa figura la de Soto y Gama a pesar de estar unida a la de un plutócrata como Almazán...

TREINTA ELECTORES

A pesar de los nobles propósitos del presidente Cárdenas para que la elección de su sucesor sea la libre voluntad del pueblo, lo cierto es que en México no hay más que treinta electores; éstos son los gobernadores de Estado.

Los gobernadores, llegados al poder debido a los vicios electorales, han tenido que seguir un camino viciado, pretendiendo ser ellos los únicos que elijan al sucesor de Cárdenas. Así, si el general Ávila Camacho alcanza la jefatura nacional, nadie podrá dudar que fue electo, no por el pueblo, sino por los gobernadores.

Y lo anterior se desprende de lo que el periodista vio en Cuernavaca, en la asamblea del "campesinado morelense". Los "delegados" que asistieron a esta asamblea, no fueron nombrados por las comunidades agrarias; fueron designados por el gobernador, quien, a su vez, estuvo dirigido por el general Bravo Izquierdo, líder camachista.

El periodista tuvo la oportunidad, poco antes de que la asamblea quedase instalada en el teatro "Morelos", de Cuernavaca, de interrogar a varios "delegados", para saber quién los había nombrado. Ninguno de los interrogados supo qué contestar; sólo pudieron confesar, con inseguridad indígena, que "nos han pagado para que votemos por el general Ávila Camacho".

Y como alguien confundiese al periodista con algún agente político, fue inmediatamente a dar noticia de lo que sucedía a los directores de la asamblea; y el general Bravo Izquierdo, nervioso, apareció en escena, diciendo: "No se dejen engañar, compañeros: todos por mi general Ávila Camacho".

MOZO DEL "ROXI"

El licenciado Vicente Lombardo Toledano, en quien muchos —quizá la mayoría nacional, desgraciadamente— creen un espíritu diabólico, por más que no es más que

un buen burócrata, quiso llevar al gobierno del Estado de Querétaro a un exmozo del cine "Roxi".

Para logro de sus propósitos, y dispuesto a enfrentarse al gobernador queretano actual, coronel Rodríguez Familiar, dispuso que los sindicatos obreros del Distrito Federal contribuyesen con un día de sueldo.

El exmozo del "Roxi" inició su campaña, aunque con tan mala suerte que, apenas iniciada, ocurrió el grave incidente de San Juan del Río, en el que perdió la vida el alcalde de la población.

Nada hay que objetar en el destino que se dieron a los fondos sindicales, cuando ya los sindicatos han dejado de serlo para convertirse en dependencias estatales; pero lo que sí hay que observar es que Lombardo Toledano ha hecho alianza con Saturnino Osornio, rico hacendado, explotador de peones e individuo sin escrúpulos, con tal de batir al gobernador Rodríguez Familiar —único gobernador de filiación mugiquista.

A Lombardo Toledano, hombre honesto en su vida privada, solamente le ha faltado en su vida pública alma de héroe y espíritu de sacrificio. Con estas dos virtudes, Lombardo sería un peligro para la propiedad privada, para lo que se denomina orden y para el gobierno; sin estas dos virtudes, México, en lugar de considerarle como un hombre peligroso, le debería estimar como el primer defensor de la propiedad privada, del capitalismo y de la burguesía.

RETRATOS MORALES

La necesidad de que la propaganda electoral tome otros rumbos es indispensable para satisfacer los nuevos tiempos, las nuevas preocupaciones.

Todavía hasta hace quince años, cuando las campañas electorales se imprimían bajo la influencia del romántico democrático, el retrato mural del candidato, el fotobotón, el clavel rojo y otros distintivos formaban parte de una bien dirigida campaña.

Pero hoy, cuando el periódico diario y la revista reproducen constantemente los retratos, en diferentes posturas, de los políticos; cuando a la claridad de la fotografía moderna se debe el conocimiento de todas las características físicas del hombre, ¿qué objeto tiene que los partidarios de los candidatos presidenciales hagan imprimir carteles con la efigie de éstos?

Lo que el país reclama actualmente; lo que los partidarios de los candidatos presidenciales deben dar a los ciudadanos mexicanos son otros retratos: retratos morales.

México reclama retratos morales de Múgica, de Sánchez Tapia, de Ávila Camacho, de Amaro, de Valenzuela, de Magaña; es decir, de todos los hombres que figuren o puedan figurar como candidatos a la Presidencia de la República.

Los querría también —aunque esto es ya mucho exigir— de los hombres que rodean a esos candidatos.

LOS MISMOS ASES

Es tan reducido el número de los hombres que en México forman parte de la baraja política, que cuando llegan actos de importancia, como el de la elección de nuevo presidente de la República, el país quiere saber la posición de todos y cada uno de los ases, y de las otras figuras que deben conocer quienes de naipes saben.

No por morbosidad, sino por la esperanza de que figuren los malos, es por lo que se manifiesta una inquietud, principalmente en el México apolítico, que es el verdadero México, sobre la participación de los hombres de la baraja pública, en la campaña presidencial.

¿Quién, por ejemplo, no vería con gusto que don Adolfo de la Huerta dejase sus labores burocráticas en los consulados mexicanos, en un afán de servir mejor a los intereses de su país, orientando la campaña presidencial?

Y ¿quién, también, no vería con honda satisfacción que, a pesar de que el crédito nacional lo resintiese, don Luis Montes de Oca abandonase la dirección del Banco de México para cooperar en el acto trascendental que hondamente preocupa en estos momentos al país?

Y así como la nación vería con interés y con satisfacción las actividades políticas de Montes de Oca y de De la Huerta, así tiemblan algunos sectores que del otro bando, hombres como el licenciado Tomás Garrido Canabal, empiezan a prepararse para participar en la lucha presidencial.

Un hermano del exgobernador de Tabasco, quien seguramente no obra independientemente, figura entre los miembros del PRAC.

Pero las noticias que llegan son en otro sentido; hablan de que Garrido será uno de los ejes de la campaña a favor del general Juan Andreu Almazán.

VIENE CALLES

Cuando el director de *Hoy* entrevistó al general Plutarco Elías Calles en San Diego, Cal., el expresidente de la República anunció que vendría a México. ¿Cómo puede ve-

nir, habiendo sido desterrado por el presidente Cárdenas? Calles se encargó de aclarar que vendría por "sus pantalones" (otra debió haber sido su expresión).

No dijo el general Calles cuándo vendría; pero las nuevas noticias que llegan de San Diego, y que los amigos del expresidente se encargan de publicar entre ellos, ya sin reserva alguna, hacen saber que Calles vendrá en junio próximo.

Pretende el expresidente asistir a la convención que para ese mes habrán de efectuar los líderes de los partidos opositores.

No falta callista que, llevado del entusiasmo, creyendo en una posible restauración de un régimen condenado, asegure que el general Calles vendrá a dirigir la campaña en favor del general Joaquín Amaro.

Esta afirmación, sin embargo, parece infantil. Amaro es un hombre de carácter independiente; es un señor de mando, de ideas propias y con una clara visión de los problemas nacionales.

ÁUREO

Colima, Co., 20 de febrero. D. 13.
Regino Hernández Llergo,
Director Gerente *Hoy*,
Vallarta Núm. 1 UNO México, D. F.

Sesión extraordinaria celebrada sábado último comité Central Pro-Torres Ortiz integrado fuertes núcleos representativos sectores campesinos obrero popular acordó protestar enérgicamente contra versión calumniosa publicada ese semanario en página catorce edición correspondiente dieciocho actual poniendo en labios sedicentes agraristas colimenses burda patraña atribuyendo Comandante esta Zona Militar Gral. Aureo L. Calles y a suscritos actos coercitivos para obligar campesinos firmar adhesión precandidatura Gral. Ávila Camacho punto. En cumplimiento dicho acuerdo hágolo conocimiento usted suplicándole hacer rectificación que estimo de justicia porque es público y notorio dicho Comandante Zona observa intachable conducta ciñéndose estrictamente cumplimiento su deber punto Atentamente. Presidente Comité Central. Senador Pedro Torres Ortiz.

Colima, Col. 20 de febrero D. 13, 20
Regino Hernández Llergo,
Director Gerente *Hoy*,
Vallarta Núm, 1 UNO, México, D. F.

En convención Delegados Zonas regionales celebrada ayer rómosse acuerdo protestar con toda energía contra falsos agraristas proporcionaron redactor ese semanario informes calumniosos asegurando Comandante Zona Militar y Senador Pedro Torres Ortiz ejercen presión entre campesinos organizados para obligarlos adherirse candidatura Gral. Ávila Camacho punto En nombre Ligas Comunidades Agrarias este Estado suplicole hacer aclaración correspondiente en inteligencia Gral. Aureo L. Calles jamás inmiscúyese asuntos políticos, concretándose otorgar garantías todos sectores sociales completamente falso haya amenazado nunca elementos agraristas quienes por mi conducto otorgáronle un voto confianza y simpatía por su meritoria labor frente Comandancia Militar esta Entidad. Atentamente. Presidente Comité Ejecutivo Liga Comunidades Agrarias. Dip. Santiago Sánchez.

Hoy, México, D.F., 4 de marzo de 1939, año III, vol. IX, núm. 106, pp. 96-97.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CAPÍTULO VI

Hace varios años, el líder socialista argentino Alfredo Palacios vino a México invitado por el gobierno para que conociese los progresos sociales del país. Palacios recorrió la República, deseoso de admirar la obra de la Revolución, y al terminar la gira, preguntó: "¿Dónde está la Revolución?"

Y, seguramente, igual o parecida pregunta hará Indalecio Prieto después de que haya conocido y tratado a los gobernadores, a los senadores, a los diputados. Hará esta pregunta porque si conoce y trata a los gobernadores de Sonora, de Sinaloa, de Nuevo León, de Nayarit, de Chihuahua, etc., descubrirá que éstos no tienen la menor noción de socialismo.

Posiblemente Prieto, hombre de gran talento, necesitará conocer y tratar a los gobernadores y demás gente menuda de la política mexicana para preguntar: "¿Dónde está el socialismo?"; pues será suficiente que vuelva la vista, por un instante, sobre la campaña presidencial.

Una vista sobre esta campaña le llevará, seguramente, a esta reflexión: si existiese una verdadera izquierda mexicana, esa izquierda, por lógica, debería apoyar a un candidato de izquierda; sería el general Francisco J. Múgica.

Bien sabido es que si México ayudó a los republicanos españoles, se debió al esfuerzo y a la decisión de dos hombres: de Lázaro Cárdenas y de Francisco J. Múgica.

Por esto, y por otros muchos hechos, Múgica debería ser el lógico candidato presidencial de las izquierdas mexicanas... si las izquierdas existiesen. Pero esas izquierdas —dicho sea para tranquilizar a las derechas— no existen en México; lo que se llaman izquierdas son los grupos burocráticos que, con Calles en el poder, son callistas y derechistas; que, con Cárdenas en el poder, son cardenistas e izquierdistas; que, con un nuevo presidente serán lo que éste quiera que sean. Y porque no hay izquierdas es por lo que el candidato Múgica no cuenta con apoyo izquierdista.

SOMOS ALMAZANISTAS

“No puedo negar que la mayoría de los partidos independientes es almazanista”, nos dijo el líder político Jorge Prieto Laurens.

Y, por supuesto, Prieto Laurens, a quien ni los reveses políticos, ni las duras experiencias del destierro han podido restarle ingenuidad, no pudo ocultar sus propias simpatías por el general Almazán, aclarando que la candidatura de éste “ha entrado en México por los cuatro costados”.

El único serio rival que el general Almazán podría tener dentro de los partidos independientes sería el general Joaquín Amaro, apoyado éste por el grupo que encabeza el general Manuel Pérez Treviño.

Sin embargo, los líderes de los partidos independientes insinúan que Almazán y Amaro no podrán ser rivales. Ambos son amigos, son soldados; creen tener los mismos propósitos. Ambos representan una tendencia de moderación.

La lucha entre amaristas y almazanistas puede haber empezado hoy; pero de acuerdo con lo que dicen los líderes de los partidos independientes, terminará a fines de mayo, cuando se lleve a cabo la convención para designar candidato.

Y, ¿si triunfara en la convención el general Amaro, sería Almazán el jefe de la campaña presidencial, o viceversa?

¡TAMBIÉN CÁRDENAS!

Para los desafectos al régimen cardenistas, el papel del general Lázaro Cárdenas en la campaña presidencial es insincero; y es insincero, dicen, porque “está jugando con cin-

co candidatos, con cinco amigos y con cinco divisionarios” (Almazán, Ávila Camacho, Magaña, Múgica y Sánchez Tapia).

Como prueba de su creencia, los desafectos esgrimen el hecho de que amigos personales del presidente de la República como Lombardo Toledano se inclinan a favor de Ávila Camacho, en tanto que otros lo hacen en pro de otros candidatos. Esto que no es más que prueba evidente de que el general Cárdenas no ha exigido a sus amigos el apoyo a determinado candidato, para los desafectos forma parte de una comedia.

Pero es que el medio político nacional está tan viciado, que nadie cree en la sinceridad de nadie. Por esto, cuando se haga el balance del gobierno cardenista, se tendrá que decir que si el general Cárdenas se preocupó hondamente de los problemas económicos de México, en cambio, olvidó los problemas morales.

El problema moral mexicano es trascendental, después de once años de callismo, durante los cuales se perdió el respeto a la vida humana, se permitió el enriquecimiento de los funcionarios públicos, se ahogó toda expresión cívica.

El callismo dejó una herencia perniciosa, concentrada en la expresión más divulgada, a la vez que más perniciosa para la dignidad nacional; esta expresión es la de la “realidad mexicana”.

La “realidad mexicana” quiere decir que no hay hoja que se mueva, ni hombre que piense, ni grupo que actúe si no es bajo el mandato del presidente.

Nadie más indicado para acabar con esa funesta “realidad mexicana” que el general Cárdenas; el más indicado porque aparte de su hombría, de sus buenas intenciones y de su talento, liquidó el caudillismo; pero al régimen cardenista le preocuparon más los problemas económicos que los morales. No hay que negar que el problema económico para un país insalubre y árido como México necesariamente tenía que ser resuelto —y la resolución de ese problema se ha significado por la paz que reina en el país—; pero junto a ese problema debió también haber sido resuelto el moral. Si esto se hubiese hecho, la República hubiese llegado a una elevación de civismo, que evitaría que al jefe del Ejecutivo se le llamara el “Voto Número Uno”, y que propios y extraños no esperaran en la designación del nuevo presidente la resolución de ese voto de cantidad y de calidad.

“DETRÁS DEL TRONO”

Que los partidarios del general Manuel Ávila Camacho llevan a cabo trabajos “electorales” de tal naturaleza que parece que se preparan a enfrentarse al poder público es lo que se desprende de las informaciones que nos llegan.

Éstas pueden resumirse así:

1.- Que los ávilacamachistas hablan de un serio partido que, en caso necesario, se opondría al partido cardenista.

2.- Que en los cuarteles han organizado comités ávilacamachistas.

3.- Que ya no pretenden insistir en que el presidente Cárdenas llevó al general Ávila Camacho a la Secretaría de la Defensa Nacional "para formarle a fin de que le sustituyera en la Presidencia", sino que ahora dicen que "ganada la voluntad nacional por nuestro candidato, el general Cárdenas tendrá que aceptarlo".

Y los líderes ávilacamachistas no solamente tratan de cerrar sus grupos frente a una supuesta política de intervencionismo electoral del presidente de la República, sino que hacen todo género de esfuerzos para evitar que dentro de sus filas se fortalezca otro grupo: el del general Maximino Ávila Camacho.

La influencia que se asegura éste ejerce sobre su hermano Manuel es considerada perniciosa por los ávilacamachistas, quienes saben que el gobernador de Puebla es hombre de decisión y que, si el exsecretario de la Defensa llegue a la Presidencia de la República, Maximino sería el "Presidente Número Dos", o lo que sería igual, "el hombre detrás del trono".

DESPRONUNCIAMIENTOS

Desde que los gobernadores, los senadores y los diputados se "pronunciaron" a favor de la candidatura del general Manuel Ávila Camacho, no ha dejado un solo día de asegurarse que "pronto vendrán los despronunciamientos".

Y quienes hablaban de despronunciamientos afirmaban que éstos empezarán tan luego como el presidente de la República hiciera notar que Ávila Camacho no era su favorito.

Si el general Cárdenas ha dicho que no es el general Ávila Camacho su candidato no lo sabemos; pero es el caso que después de la aparición de dos nuevos candidatos a la Presidencia (Almazán y Magaña), los ávilacamachistas han empezado a dudar de su triunfo, para el que no se fían más que del apoyo del presidente de la República.

Y apenas entrada la duda, se anunciaron los "despronunciamientos".

El primero, se dice, que se ha "despronunciado" ha sido el gobernador Chapital, de Oaxaca. Éste, por supuesto, no ha hecho ninguna manifestación pública de "despronunciamiento". Por el contrario: dirigió la reunión de numerosos campesinos oaxaqueños en la que fue "designado por unanimidad" candidato presidencial el general Ávila Camacho.

Sin embargo, los oaxaqueños se han mostrado sorprendidos de que mientras durante el día la ciudad de Oaxaca era tapizada con propaganda ávilacamachista, durante la noche era sembrada propaganda almazanista.

Nada tendría esto de particular, y no sería prueba del "despronunciamiento" del gobernador Chapital, a no ser que bien pronto se descubrió que la propaganda a favor de Almazán era fijada en las noches por los gendarmes de la ciudad, bajo la dirección del inspector general de Policía; y como los inspectores de policía, en las capitales de Estado, son siempre personas de todas las confianzas del gobernador, nada más lógico que éste hubiera dado órdenes a aquél.

Por lo demás, aparte de que Chapital es como todos los gobernadores, que están esperando la verdadera "cargada", tiene viejos lazos de amistad con el general Almazán, aunque la amistad está en periodo de enfriamiento, porque Chapital no pudo conceder al comandante militar de Nuevo León la curul que éste le pidió para uno de sus amigos, en las pasadas elecciones federales.

MALA SUERTE

No obstante sus éxitos como líder obrerista y no obstante su millón ciento cincuenta mil quinientos setenta y cinco obreros —novecientos mil menos de los que presumió Morones, y ochocientos mil más de los que las estadísticas oficiales dicen que existen en México— el licenciado Vicente Lombardo Toledano no ha podido lograr un solo triunfo en la política electoral mexicana.

Por el contrario, todo candidato que es apoyado por Lombardo Toledano es derrotado. De aquí por qué los ávilacamachistas, desde que cuentan con el apoyo de Lombardo, temen la derrota de su candidato. Lombardo Toledano lleva consigo la mala estrella.

Los ávilacamachistas, sin embargo, parecen tener consuelo en que el apoyo de Lombardo Toledano no les acarrearé la derrota que el líder lleva a donde pone la vista, diciendo que "sólo queremos aprovecharlo".

Y como los ávilacamachistas consienten no sólo en que Lombardo lleva la mala suerte a los candidatos que apoya, sino que, además, su programa —programa fascista, por cierto— le hace mucho mal a la candidatura del general Ávila Camacho, exponen como hecho evidente de que Lombardo Toledano no es figura secundaria en el ávilacamachismo el hecho de que el secretario de la Defensa Nacional cometió un serio desaire a los cetemistas, no concurriendo a su convención, asistiendo, en cambio, a la de los agraristas de Graciano Sánchez.

RATIFICACIONES Y RECTIFICACIONES

Con el procedimiento de las rectificaciones, los líderes políticos han buscado siempre un sistema de salvación.

Muy a menudo, en presencia de los periodistas, los líderes políticos se desbordan; hablan los unos contra los otros; critican al presidente de la República; refieren los entrestidores de la política; y luego estos boquiflojos amenazan: "Si dicen algo de lo que les hemos dicho, los rectificamos".

Los más de los periódicos de México, si para publicar una noticia política exigen que se les pague por la inserción no obstante las ilimitadas libertades de que gozan, en cambio, para insertar una rectificación, lo hacen con beneplácito y apresuramiento, como una complacencia para el fuerte y una humillación para el débil, que es el periodista, quien está obligado a reproducir la noticia que obtiene.

Pero así como para el periodista la rectificación es una constante amenaza a su dignidad, la ratificación mediante documentos que algún día salen a la luz pública constituye prueba evidente de buena fe y de comprobación de que sirve a la verdad.

Dijimos, por ejemplo, en esta misma sección, que la mayoría del comité directivo de la Confederación Nacional Campesina había sido comprada mediante cinco mil pesos para que se declarase a favor del general Ávila Camacho, y a continuación en un manifiesto político se dijo que la noticia "era falsa y calumniosa".

Pasaron los días, y lo que nosotros informamos fue ratificado en un manifiesto firmado por el líder agrarista Pablo Rangel, diciendo que tanto a él como a otro de sus compañeros del directivo de la CNC se les habían ofrecido los cinco mil pesos. A esta declaración ya no hubo quien hiciese rectificación.

Y Rangel no se ha limitado a ratificar lo del "embute", sino que ahora encabeza una seria oposición a la CNC, que posiblemente llegue a ser el punto de partida para una nueva Confederación campesina.

Hoy, México, D.F., 11 de marzo de 1939, año III, vol. IX, núm. 108, pp. 14-15.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

DEL COLABORADOR AL DIRECTOR

CAPÍTULO VII

Querido amigo:

Cuando usted me mostró la copia del acta de nacimiento del general Manuel Ávila Camacho, yo le expresé que me parecía poco serio el procedimiento aclaratorio, puesto que tratándose de una duda sobre la ascendencia de quien desea ser presidente de la República —esto es, de quien desde antes de ser presidente debe dar pruebas inequívocas de saber satisfacer la opinión pública—, el propio general Ávila Camacho o sus amigos debieron haber presentado pruebas apodícticas.

Recordé el caso de don José Ives Limantour, quien no obstante la indiferencia con que siempre vio los ataques de sus enemigos políticos, y quien no obstante también que se encontraba en el esplendor de su carrera de estadista, al tener conocimiento de que el país dudaba de su ciudadanía mexicana, hizo pública la documentación que México exigía.

A esto usted me contestó que se sentía con obligación de dar a conocer el documento que un amigo del general Ávila Camacho había puesto en sus manos, por varias razones, entre ellas, por caballerosidad.

Nada tuve que objetar, porque creo en la caballerosidad y creo también en las libertades, aparte de que soy hombre sin partido político, pero sí con ideas sociales, ajenas éstas a la campaña presidencial y al gobierno de la República.

Apareció en un número de *Hoy* (que no puedo hacer figurar por no tener al alcance la colección de la revista) la copia del acta de nacimiento de Ávila Camacho, y al margen una nota explicativa escrita por la redacción de *Hoy*, pero que, incluida, por razones de formato, bajo el epígrafe de *La Campaña Presidencial*, parecía ser producto de mi modesta colaboración.

Hablé con usted a este respecto, y usted, el caballeroso, el amigo y el maestro de siempre, me dijo que podía hacer la aclaración cuando lo creyese oportuno. Agradecí su proceder; pero no quise, por de pronto, recurrir a esa aclaración, porque podría haberse visto como una pequeñez en quien sólo desea la superación del hombre y de la sociedad.

Sin embargo, el momento de referirme al “caso” ha llegado:

1.- Porque ya no es la voz de grupo, ni el espíritu de partido, los que siguen negando la constitucionalidad del general Ávila Camacho para ser presidente de la República.

2.- Porque en la nota aclaratoria, al margen del acta de que se trata, parecía que la versión de que el señor padre del general Ávila Camacho no había sido mexicano por nacimiento, había sido una ligereza de los *Periódicos Lozano*, de los que me honro ser colaborador desde hace doce años.

3.- Porque no han faltado amigos —llamémoslos así— que me acusan de haber aceptado un documento oficial como documento definitivo.

Faltaría, pues, a mi conciencia y a mis sentimientos si, aparte de lo que he dicho, no dijese:

a) Que existen grandes dudas sobre la autenticidad del documento publicado.

b) Que estas dudas se han extendido porque en la redacción del acta se emplea un estilo que no era el de fines del siglo pasado, asentándose, por ejemplo, que el señor padre del general Ávila Camacho “está al corriente en el pago del impuesto personal”.

c) Que son varias las personas originarias del Estado de Puebla —y entre ellas un exfuncionario de Teziutlán— quienes afirman haber conocido a don Manuel Ávila, español.

Ante esta abc, que no verifico, porque usted sabe que son otros mis trabajos históricos y no los de investigar estos asuntos, estimo que los ávilacamachistas debían atender la demanda pública para dejar finiquitado este negocio, que no es de los que se arreglan entre bastidores, sino a la luz meridiana.

TRES CENAS

Para que los médicos, los abogados, los ingenieros y demás profesionistas e “intelectuales” se resolviesen no sólo a firmar un manifiesto, sino a tomar partido político, se efectuaron tres cenas.

En la primera cena, 99% de los asistentes era de filiación ávilacamachista; y esto hizo que los directores del movimiento de “profesionistas e intelectuales” hábilmente invitaran a una segunda cena.

En la segunda cena, los ávilacamachistas habían quedado reducidos a 40%, en tanto que el porcentaje mayor era de sáncheztapistas; y con nueva y más rara habilidad, los organizadores del festín optaron por invitar a una tercera cena.

En la tercera cena, el número de ávilacamachistas quedó reducido a 10%; el de sáncheztapistas a 20% y un tercer grupo surgió con espléndida mayoría: el de los almazanistas.

Ya en esta cena se aprobó el manifiesto publicado a todo vuelo en los periódicos diarios. Causó expectación general, ya que es la primera vez que los profesionistas se resuelven a tomar parte activa en una campaña electoral.

¿Quién puede ser el candidato presidencial de los firmantes del manifiesto? El número de profesionistas que abiertamente hace saber su filiación almazanista hace creer que el candidato será el general Juan Andreu Almazán.

Las ligas de amistad, de compañerismo y quizá de subordinación de un buen número de los firmantes del manifiesto con el doctor Leonides Andreu Almazán, jefe del Departamento de Salubridad, hacen pensar en la influencia de éste en la determinación de los médicos, principalmente.

PLANES Y PROGRAMAS

Los cortesanos, en el eterno afán de servir no a la nación, sino al hombre que consideran poderoso, hablan del Plan Sexenal como de un plan que ha sido norma del gobierno del presidente Cárdenas y que, por tanto, debe ser extendido a otro sexenio.

Olvidan, sin embargo, los cortesanos, que el Plan Sexenal fue programa del callismo; del callismo que, inconsulto, imponía al país, no una enseñanza socialista, sino una enseñanza marxista; del callismo intolerante; del callismo que quiso ser una extensión del programa de Roosevelt; del callismo que quiso aparentar dar bienes al país con carreteras y presas, cuando otros eran los problemas trascendentales de la nación.

Cárdenas tuvo el valor de penetrar —“adelantar” dirían los “teorizantes” mexicanos que reproducen las mal traducidas palabras de los teóricos europeos— en los grandes problemas nacionales y realizó así, no un plan sexenal, sino un programa humano.

De aquí que el programa para el próximo sexenio no podrá ser continuación del plan sexenal callista, sino continuación de la obra humana del presidente Cárdenas. De aquí que resulte ridículo que el doctor José Siurob, que mantuvo capacidad para tapar los baches de las calles de la Ciudad de México, pretenda hoy “componer” la República mediante un plan de prolongación callista.

El país está exigiendo la continuación de una obra humana. No quiere carreteras, quiere un vaso de leche para la niñez pretuberculosa; no quiere cien mil maestros de dos pesos cincuenta centavos, quiere diez mil de cinco pesos diarios; no quiere centralización fiscal, quiere un socialismo municipal; no quiere libertad de cátedra, no quiere que los sindicatos obreros sean dependencia de Estado, quiere la separación del sindicato y del Estado; no quiere una escuela marxista, quiere que frente a la escuela marxista pueda existir la católica, la tolstoiana, la jacobina; no quiere presas, quiere la salubridad de las costas. Y aun cuando parezca demagógico, quiere pan y libertad. Esto es lo humano. Lo demás: lo del crédito comercial, lo de la protección a la industria, lo de los aranceles, puede quedar para los teorizantes.

¿Habrá un candidato a la Presidencia de la República que quiera servir a su país y a los dieciséis millones de habitantes del país?

HOMBRE ESPERADO

Más que listas de adhesiones a los candidatos presidenciales —listas generalmente fraguadas en esta ciudad— el país desea conocer la posición de los líderes políticos —nos referimos a los grandes y honestos líderes, que todavía los hay— frente a los diferentes candidatos.

Poco a poco, los líderes han ido determinando sus posiciones; pero faltan otros que son para el país una incógnita.

Entre estos últimos se encuentra el licenciado Rodolfo Brito Foucher. Brito es uno de los hombres de México que tiene más altura de líder. Con talento y su cultura, con valor y con los pies puestos sobre la tierra —quizá con un poco de diablo metido en el cuerpo—, Brito podría ser no sólo líder, sino candidato a la Presidencia de la República; tiene más capacidades que las de algunos que figuran como candidatos.

Brito está en Washington entregado al estudio; pero la preparación que hace no es de aquellas que anuncian que en el futuro se dedicará a la literatura, por ejemplo. La preparación que realiza es la que indica que participará en la batalla presidencial.

Brito no podría estar con el lastre que carga la candidatura de Ávila Camacho, ni con el lastre que cargarán otros bandos. ¿Con quién, entonces? ¿Él solo?

Si Brito no es el hombre a quien se espera ansiosamente, sí es el líder de quien hay mucho que esperar.

VASCONCELOS

Es falso que José Vasconcelos vaya a participar en la campaña presidencial; lo podemos decir autorizadamente.

Cuando Vasconcelos tomó bandera como el jefe del Partido de la Regeneración Nacional fue abandonado. El país no tiene derecho a reclamarle nada. Él, Vasconcelos, es quien puede reclamárselo al país.

Y el desprecio con el que Vasconcelos ve la campaña presidencial está significado en esta frase, dicha a amigos que recientemente le visitaron en Hermosillo:

“De los tres candidatos a la Presidencia (Ávila Camacho, Múgica y Sánchez Tapia), triunfará Ávila, porque de los tres es el único que no sabe leer”.

La frase es sangrienta, pero proviene de un hombre que ha trabajado, como nadie, por un México grande.

LOS FIFÍES

Cuando un candidato a la Presidencia de la República está apoyado por los fifíes de la Ciudad de México, está perdido.

Los generales Díaz y Huerta cayeron del poder —y no deseamos mencionar hechos más recientes— cuando no tuvieron más que el apoyo de los fifíes, sin que por esto queramos señalar una causa, sino un síntoma.

Y el apoyo de los fifíes de la Ciudad de México empieza a manifestarse desde hoy, para el general Juan Andreu Almazán.

Cuando a lo largo de las avenidas Madero y Juárez no se oye hablar más que en favor del general Almazán, como del hombre único que puede dar “garantías a la sociedad” —y la sociedad, para los fifíes, sólo la constituyen los especuladores—, es un mal síntoma.

Y es que el general Almazán jamás ha convivido con el pueblo; nunca ha dado una prueba de generosidad, de desprendimiento, de amor a su país. Ni siquiera ha sido lo que otros generales ricos: un mecenas.

¿DINERO DE QUIÉN?

Los candidatos a la Presidencia de la República han venido publicando extensas listas de ciudadanos que aparecen como sus partidarios.

Pero hay dos clases de partidarios: unos, los más, son los que se exhiben en comités, en manifestaciones, en listas de adhesión; otros, los menos, los que se mantienen a la "retaguardia".

El valor verdadero de un candidato sería conocido si los de la retaguardia pudiesen ser exhibidos. Una manera de alcanzar este propósito sería que se dijese el origen del dinero que los candidatos gastan en la campaña.

Un candidato puede pretender un programa radical; ¿pero si se descubriese que estaba siendo "financiado" por fuertes intereses capitalistas extranjeros?

Sin pretender aludir a ninguno de los candidatos, viene lo anterior debido a que una comisión que se dice "autorizada" visita constantemente a industriales y comerciantes de esta capital, ofreciéndoles que si triunfa su candidato, "habrá garantías para el capital".

FALTA MICHOACÁN

Tres de los candidatos a la Presidencia de la República son originarios del Estado de Michoacán; los tres han sido gobernadores.

Una garantía para el país, de gran significación, sería que el Estado de Michoacán dijese quién le ha servido mejor, y cómo le ha servido.

El Estado de Guerrero se ha manifestado espontáneamente a favor del general Almazán, guerrerense. Los habitantes de Guerrero deben conocer las virtudes de su coteráneo, y por eso, seguramente, le apoyan.

Puebla no podrá decir una palabra respecto al general Ávila Camacho, pues éste no ha servido nunca a su Estado, a excepción de cuando fue empleado en la Proveduría del Cuerpo de Ejército de Oriente, que era a las órdenes del general Pablo González.

Michoacán se encuentra en especiales condiciones, pues habiendo sido gobernado por los generales Múgica, Sánchez Tapia y Magaña, podría hacer escuchar su voz en la República.

Pero los michoacanos parecen alejados del concierto electoral. Para el país sería de mayor valor la opinión de quienes han sido gobernados por los candidatos presidenciales que la palabra del presidente Cárdenas a favor de uno de los candidatos —palabra que, por honor, por dignidad, no pronunciará un hombre de los tamaños de Cárdenas.

Y deben convencerse los políticos cortesanos de que no la pronunciará el general Cárdenas, después de la experiencia sufrida por uno de los que fueron candidatos al gobierno del Estado de Sonora, que cada vez que acudía a la residencia presidencial, decía al presidente: "Señor presidente, no tengo compromisos con ningún candidato presidencial, ¿tiene usted algo que ordenarme?". A lo que el general Cárdenas, siempre severo, le respondía: "Sólo desco que se cumpla con la ley y con el pueblo".

Hoy, México, D.F., 18 de marzo de 1939, año III, vol. IX, núm. 108, pp. 14-15.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CAPÍTULO VIII: EL CUADRILÁTERO

Cuatro candidatos a la Presidencia de la República —Almazán, Múgica, Sánchez Tapia y Magaña— están muy cerca de constituir un fuerte bloque. Cuando menos, tal es lo que dicen los amigos de los tres primeros.

Los cuatro candidatos, de acuerdo con lo que se dice, se enfrentarán simultáneamente a los candidatos Ávila Camacho y Amaro, bajo una condición: que el cuadrilátero concurra a una sola convención, y que el que resulte triunfante en ella sea apoyado incondicionalmente por los otros tres.

Con la formación de este bloque se pretende: a) combatir contra lo que se llama la imposición de los gobernadores de los estados; b) oponer una sólida resistencia a la derecha representada por el amarismo; c) demostrar que las fuerzas democráticas están en torno del cuadrilátero; d) significar que los cuatro candidatos quieren el desarrollo sereno de la lucha presidencial; e) que a ninguno que los cuatro les empujan ambiciones personales.

El candidato elegido entre los cuatro en una gran convención sería, sin duda alguna, el más poderoso de todos los que han surgido hasta hoy. De esta manera, explican

los organizadores de este movimiento de unificación, el problema de la sucesión presidencial tomaría otros caminos de los que ha tomado hasta hoy.

Respecto a los “interiores” de estos trabajos, nada se sabe de cierto. Se ignora si estos trabajos se llevan a cabo con la anuencia de los generales Múgica, Almazán y Sánchez Tapia; como también se ignora si los partidarios del general Magaña accederán a formar parte del bloque.

Hay otra gran interrogación sobre la posibilidad de que se formalice el bloque: ¿la convención proyectada se llevaría a cabo al margen del Partido de la Revolución Mexicana?

Sobre el particular, parece que los autores del proyecto solamente esperarían hasta lo último a que se realice lo que parece que es una necesidad política: la depuración del PRM.

REBELIÓN DE MASAS

Una semana antes de que se efectuara el Consejo Nacional de la Confederación de Trabajadores (CGT), dijimos que había dos organizaciones obreras cuya participación en la campaña presidencial no podría estar, como en la Confederación de Trabajadores de México (CTM), determinada por los intereses de sus líderes.

Los hechos nos dieron la razón. La Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), que era la otra central de las dos a las que nos referimos, con toda amplitud dejó a sus federaciones que votasen libremente en favor de los candidatos a la Presidencia; en tanto que la CGT, bajo la tutela de Julio Ramírez, fue obligada a declararse ávilacamachista; pero de acuerdo con nuestras predicciones, en el seno de esta central se produjo un movimiento contrario a los intereses personales de Ramírez, y éste fue “destronado”.

Pero no sólo en la CGT ha habido un movimiento contra los directivos inconsultos, sino también en el seno de la CTM.

Gracias a la habilidad de Lombardo Toledano, la unidad sindical de la CTM no ha sufrido quebranto, por de pronto; pero varios sindicatos han resuelto hacer saber a sus directivos el acuerdo tomado por los sindicalizados de no intervenir en cuestiones electorales. Y esto se ha derivado del indigno papel de los directores de la CTM, en el “caso” de Sonora.

Cuando el licenciado Lombardo Toledano inició una campaña contra el gobernador de Sonora, Yocupicio, envió a territorio sonorense a los “más valientes” líderes cetemistas para que instalasen comités que no solamente conspirasen contra el

gobernador antilombardista, sino para que apoyasen la candidatura del general Ignacio Otero.

Pero Otero perdió —perdió como han perdido todos los políticos apoyados por Lombardo Toledano—, y entonces el jefe de la CTM ordenó a los mismos “más valientes” líderes para que fuesen a Sonora a deshacer lo que habían hecho. Los “más valientes”, que dijeron haber ido a exponer sus vidas en el cacicazgo de Yocupicio, se indignaron y resolvieron desobedecer las órdenes del jefe Lombardo.

HABLARÁ CÁRDENAS

Desde hace varios días reina intranquilidad en los campos políticos. Esta intranquilidad no la ha sembrado el manifiesto del general Amaro, sino un rumor que ha sido esparcido por los propios políticos.

De acuerdo con este rumor, el general Cárdenas elevará su voz de un momento a otro para condenar la actitud que los gobernadores han asumido en el problema de la sucesión presidencial. El presidente de la República, se dice, hará ver la inconveniencia de que los Ejecutivos de los estados no sigan la misma línea de conducta que en la campaña electoral ha adoptado, de manera formal, el Ejecutivo de la Unión.

Una palabra de Cárdenas en este sentido —palabra que se cree lógica en el proceder de rectitud del presidente de la República— sería suficiente para causar una desbandada entre los políticos que, como principal apoyo para determinada candidatura, cuentan con el de los gobernadores de los estados.

Pero no solamente para los políticos, sino para todo el país, la palabra del presidente de la República es esperada con interés. Si de los labios de Cárdenas no podrá salir la orden de consigna de imposición, sí puede brotar la orden de afianzamiento de libertad electoral.

Cierto es que el general Cárdenas ya ha expresado, en tono de altura, que debe haber libertad electoral; pero falta que diga cómo puede ejercerse esa libertad; y una de las maneras de ejercerla sería condenar la actitud de los gobernadores.

EL LADO CONTRARIO

Conversaba el periodista con el general Antonio I. Villarreal, en los portales de un elegante hotel de Cuernavaca, cuando llegó el general Manuel Pérez Treviño.

Villarreal y Pérez Treviño se saludaron con cierto estiramiento. Ninguno parecía dispuesto a iniciar la plática; ambos sonreían maliciosa y significativamente.

Por fin, Villarreal se resolvió a preguntar a Pérez Treviño “cómo va la organización del PRAC” (Partido Revolucionario Anticomunista).

El general Pérez Treviño habló de los progresos de su partido; explicó cómo había respondido la “masa ciudadana”; aseguró que el nuevo partido quería hacer un amplio ensayo de democracia en México. Pérez Treviño habló con medida y con talento, en tanto que su antiguo jefe le escuchaba con una sonrisa escéptica en los labios.

A continuación, los dos generales hablaron del magnífico clima de Cuernavaca; de la notable afluencia turística; de la quietud pueblerina.

El presidente del PRAC volvió al tema político y, como dijera que todos los partidos opositoristas estarían unificados en la campaña presidencial contra el candidato oficial, hábilmente quiso que Villarreal se “definiera”; esto es, que aclarara si estaría, como otras veces, en el campo de la oposición.

Villarreal levantó la puntería y contestó:

—No más dígame de qué parte se irán Calles y los callistas para tomar el lado contrario.

Los dos generales se vieron frente a frente; sonrieron y se despidieron.

LA VOZ DE AFUERA

El México político ha pasado inadvertida la voz de los millares de mexicanos que residen en los Estados Unidos. Y esto hace preguntar: ¿esos miles de ciudadanos que se han visto obligados a ausentarse del país no tienen derecho a opinar en el concierto político nacional?

Dos poderosos voceros tiene el México de afuera: los dos periódicos que dirige don Ignacio E. Lozano.

Éste, con la serenidad y libertad con que se ven y se discuten los problemas mexicanos al otro lado del Bravo, ha dedicado un sesudo editorial, en la última de las grandes ediciones de sus periódicos, al problema de la sucesión presidencial.

Es el editorial un llamado a la ciudadanía mexicana, desde una altura pocas veces vista; sin la menor intención partidista; con la pasión de quien quiere el bien para su país; es el llamamiento del partido sin candidato, que es el partido nacional...

Lozano ha demostrado, en los últimos años, ser un fervoroso partidario de la democracia. ¿Por qué México, pregunta en el editorial, no ha de tener el orgullo de saber elegir libremente al próximo presidente de la República?

Elogia la actitud desapasionada y recta del presidente Cárdenas, y termina diciendo que no hay más que un escollo para el ejercicio de la libertad. Este escollo es el Partido de la Revolución Mexicana, cuyos directores actuales están dando la impresión de que las organizaciones que forman el partido están obligadas a inclinarse a determinado candidato, porque tal es la consigna oficial, a pesar de que el país siente que no hay consigna y de que no habrá consigna.

La elevada posición en que Lozano ha colocado a sus periódicos es ejemplo de civismo; y debería ser ejemplar para los periódicos de este lado de México que, por el temor de comprometerse, callan lo que el país quisiera y debiera conocer.

PRIMERA EXHIBICIÓN

Los 22 gobernadores en cuyas manos parece estar la elección del nuevo presidente de la República han cumplido con la primera exhibición de las ocho que se comprometieron a entregar en favor del general Manuel Ávila Camacho.

Cada uno de los 22 gobernadores comprometidos en la sociedad entregó, el 1° de marzo, cinco mil pesos, reuniéndose así una preciosa suma.

Si todos y cada uno de los gobernadores fuesen ricos, nadie objetaría la contribución que se han asignado mensualmente; pero es bien sabido que los gobernantes de los estados no disponen de fondos propios para empresas de esta naturaleza, sino que disponen de los fondos de las tesorerías provinciales.

La contribución que han dado los gobernadores, no obstante que ha sido extraída de los presupuestos locales, ha sido estimada como pequeña por algunos líderes; pero a éstos el gobernador de Sinaloa, coronel Delgado, ha respondido que, en caso necesario, el “pueblo sinaloense” está dispuesto a contribuir inmediatamente con cien mil pesos.

TRAIDORES

Tres conocidos diputados al Congreso de la Unión mostraron al periodista un proyecto de manifiesto que pretenden suscriban los de la mayoría, en el cual se declarará “traidores a la Revolución” a los generales Francisco J. Múgica, Rafael Sánchez Tapia, Gildardo Magaña y Juan Andreu Almazán, si éstos no renuncian a sus precandidaturas.

Dice el manifiesto que, habiéndose pronunciado los cuatro sectores del Partido de la Revolución Mexicana en favor del general Manuel Ávila Camacho, no hay ra-

zón para que los generales Múgica, Magaña, Sánchez Tapia y Almazán pretendan dividir "las fuerzas organizadas de la Revolución", haciéndole así "el juego" al general Joaquín Amaro.

Agrega el proyecto de manifiesto que "Amaro es el jefe del fascismo en México", y que, por tanto, los revolucionarios deben oponerle un frente único; y que ese frente único no podrá quedar constituido hasta que los cuatro generales no renuncien a sus candidaturas y dejen enteramente limpio el campo al "candidato nacional".

El manifiesto termina diciendo que es indispensable que los cuatro generales desistan de sus candidaturas, inmediatamente, sin esperar a que llegue la convención el PRM, pues la división existente en estos momentos entre los revolucionarios sólo servirá para que la candidatura del general Amaro, "el candidato de la reacción", tome vuelos que más tarde serán incontenibles.

HOMBRE INTERESANTE

¿Qué papel desempeñará el coronel Adalberto Tejeda, embajador de México en España, en la campaña presidencial?

He aquí la pregunta que se hacen los líderes políticos desde que se inició la campaña y que se ha agigantado con motivo del regreso al país de Tejeda.

A pesar por los tantos enemigos que tiene, Tejeda es un hombre sano, moralmente; uno de los más sanos de México. Es una figura interesante, con modulaciones que le hacen ser hombre de porvenir en la política nacional.

Una de las virtudes de Tejeda es la de haber sido uno de los primeros políticos que, reconociendo los errores del callismo, se separó de Calles. Uno de sus graves defectos es la indolencia.

En 1934, fue rival en la lucha presidencial del general Cárdenas; y con modestia sin igual reconoció el triunfo de éste y aceptó servir a su país. Si sirvió íntegramente en la más delicada misión que pudo tener un diplomático mexicano, todavía no lo ha aclarado el propio Tejeda; y necesitará aclararlo, puesto que él, durante su campaña presidencial, afirmó que no debería haber secretos de Estado.

Y aparte de que el ingeniero Tejeda pueda tomar posiciones en la batalla electoral, muy interesante será que diga al país cuál es la verdadera participación de México en la guerra civil de España. Si en esta participación mexicana en los asuntos españoles hubo pasión, también es cierto que nada hubo que pueda avergonzar a los mexicanos, a excepción de alguna que otra picardía de empleados inferiores del servicio diplomático.

FOBIA

Lo poco que del general Manuel Ávila Camacho se sabe es a través de sus amigos. Éstos se encargan de señalar las virtudes del exsecretario de la Defensa Nacional, y ratifican lo que de éste dijo el general Francisco J. Múgica: que es un hombre bueno, caballeroso e incapaz de hacer mal a nadie.

Uno de los amigos que, al parecer, es de todas las confianzas del general Ávila, como prueba de la bondad de éste, aseguró al periodista que el candidato presidencial se expresa en tono amable de todos sus rivales, a excepción de uno, del general Gildardo Magaña.

El general Ávila Camacho parece reconocer en Magaña a un serio rival; muy serio, porque en cuatro años de gobierno, primero en la Baja California y después en Michoacán, el general Magaña se ha destacado como hombre de altura, dándose el caso, por primera vez en la historia contemporánea de México, que un gobernador de estado es candidato a la Presidencia de la República.

En tiempos pasados parecía indispensable que un candidato a la Presidencia fuese previamente secretario de Estado; y es que todavía reinaba la herencia de la política porfirista que hizo de don Bernardo Reyes, de la Secretaría de Guerra y Marina, una máquina de presidenciables.

Magaña es un caso excepcional, resultado de la política democrática del presidente Cárdenas.

Hoy, México, D.F., 25 de marzo de 1939, año III, vol. IX, núm. 109, pp. 22-23, 55.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CONTINÚA LA INSCRIPCIÓN

CAPÍTULO IX

Cuando ya se creía cerrada la inscripción de aspirantes a la Presidencia de la República con los nombres de seis divisionarios, un séptimo candidato ha surgido.

El nuevo candidato presidencial es Jesús Agustín Castro, general de División y secretario de la Defensa Nacional.

El nombre del general Castro ha sido agregado a la lista de presidenciables por varios militares, quienes, inconformes con uno de los candidatos y creyendo que los restantes no gozan de un sólido prestigio en el Ejército Nacional, han creído que el recién nombrado secretario de la Defensa Nacional puede ser el hombre llamado a reconciliar a todos los grupos y a presentarse como candidato de unificación.

El general J. Agustín Castro es, ciertamente, hombre de capacidad, de limpia carrera militar, con conocimientos políticos y administrativos, estimado en el ejército, aunque sin el atrayente de una popularidad pasada o con una popularidad por hacer; y es necesario convenir en que si un candidato no llega a tener arraigo en las masas, no podrá contar con el apoyo en la mayoría nacional.

Además, cabe preguntar: ¿si el general Castro continuase al frente de la comandancia militar del Estado de Chihuahua, habría alguien que se fijase en él para hacerlo candidato a la Presidencia de la República?

De esta pregunta se deriva otra de trascendencia política: ¿el hecho de ser secretario de la Defensa Nacional significa que éste ha de ser presidente de la República?

Dando una respuesta afirmativa es como se explica el porqué los partidarios del general Ávila Camacho insisten en argüir que “si el presidente Cárdenas tuvo en la Secretaría de la Defensa Nacional a Ávila Camacho, no fue más que para prepararlo para que le sucediera en el poder”.

¡Bien poco conocen al general Cárdenas quienes así argumentan!

PRIMEROS OBSTÁCULOS

Apenas iniciados en la lucha cívica, los médicos, arquitectos, químicos, etc., que forman el Frente Nacional de Profesionistas, han encontrado serios obstáculos en el desarrollo de sus anhelos.

Mientras que se creyó que el Frente se inclinaría a la candidatura presidencial llamada “oficial”, ninguno de los firmantes del manifiesto del Frente fue molestado; pero tan pronto como se supo que se trataba de una agrupación que podría inclinarse a algún otro candidato que no fuese el “oficial”, los firmantes del documento que prestaban servicios en algunas dependencias gubernamentales fueron conminados a renunciar al empleo o a renunciar como miembros del Frente.

Para los directores de la agrupación de profesionistas todo esto es una sorpresa. No protestan, pues la abnegación es una de las características del médico, por ejemplo; pero sí explican su posición. Y la han explicado, no sin grandes reticencias, por conducto del doctor Rigoberto Aguilar, eminente especialista en niños y presidente del Frente, quien después de una docena de visitas que le hizo el periodista, dijo, al fin:

“Nosotros no tenemos más misión que despertar el espíritu cívico entre los profesionistas y las gentes preparadas de México, que siempre han permanecido en criminal abstención, sin pensar en la responsabilidad del futuro del país que debe recaer sobre todos los mexicanos.

“No es la ambición de prebendas políticas la que nos hace luchar, sino que sentimos la responsabilidad que tenemos en el futuro de México”.

EMBAJADOR EN WASHINGTON

La campaña presidencial puede tener aspectos trágicos; pero también los tiene cómicos. ¿No es, acaso, cómico que un general de División, exgobernador de un estado, anuncia a sus amigos que ha sido comisionado para marchar a Washington para “hacer atmósfera” a favor del general Manuel Ávila Camacho?

Este general, que se anticipa a hacer méritos para substituir al doctor Francisco Castillo Nájera en la Embajada de México en los Estados Unidos, si llega a triunfar el general poblano, es el chihuahuense Rodrigo Quevedo, acusado de haber dado muerte al senador Posada.

El general Quevedo está por salir, o ya salió para Washington, acompañado de un periodista norteamericano, quien asegura tener “poderosas influencias” cerca del secretario de Estado de los Estados Unidos y de otros personajes, entre éstos, el vicepresidente Garner.

Parece que el general Quevedo cree que todavía estamos viviendo en los tiempos de los “colorados”, cuando era necesario acreditar “agentes confidenciales” ante el gobierno norteamericano, con el objeto de hacer “atmósfera favorable” a los caudillos.

La Presidencia de la República no se gana en Washington, sino en México. Es en México donde todavía se sigue esperando que los candidatos, o por lo menos los amigos de éstos, den a conocer al país, quiénes son y qué quieren.

PROPAGANDISTAS Y EMPLEADOS

Nadie duda de que el licenciado Ignacio García Téllez, secretario de Gobernación, sea cardenista por los cuatro costados; se quiere indicar que García Téllez es persona que, por su cultura y por su rectitud, es incapaz de faltar a los sinceros deseos del presidente Cárdenas de que el gobierno nacional no intervenga en la campaña presidencial, para dar oportunidad a que el país elija libremente al futuro jefe del Ejecutivo.

Y si no hay quien ponga en duda la rectitud del licenciado García Téllez, sí hay quien dude de la lealtad de algunos de sus colaboradores. Por ejemplo, el licenciado Rodríguez Ochoa, secretario particular del ministro.

Este abogado, juntamente con otros, también altos empleados del gobierno nacional —y entre los que contamos a estimables amigos nuestros— está entregado, por entero, a la propaganda en favor del general Manuel Ávila Camacho.

Varios líderes de las Juventudes Socialistas Unificadas, hablando con el periodista, decían:

“Convénzase usted de que el general Ávila Camacho es el candidato del señor presidente de la República. ¿Puede usted creer que estamos engañados, cuando el secretario particular del ministro de Gobernación, cuando el licenciado Manuel Lerín, y el doctor Fermín Cuellar, para no mencionar a otros altos empleados del gobierno, son activos propagandistas del ávilacamachismo?”.

Y, por supuesto, podríanse citar otros muchos ejemplos. Entre éstos, el del licenciado Ismael Lozano, jefe de la Oficina Central Calificadora de Infracciones del Distrito Federal, que a la vez es funcionario del comité ávilacamachista del Paseo de la Reforma.

TÍTULOS NORTEAMERICANOS

Los partidistas norteamericanos, que gustan de juzgar a lo que no es norteamericano, de acuerdo con el sabor y el gusto de sus pensamientos y preocupaciones domésticas, tienen salero no tanto para la leyenda, como cuanto para endilgar los títulos honoríficos a políticos y caudillos extranjeros.

En los Estados Unidos a nadie se le habría ocurrido ocuparse en la vida de un general mexicano, por ejemplo, Antonio López de Santa Anna, si el “humor” yanqui no hubiese discurrido llamarle el “Napoleón del Oeste”. Con estos títulos honoríficos, el periodista norteamericano ha tenido el tino de despertar interés en personajes extranjeros, de quienes jamás se hubiesen ocupado las millonadas de lectores de los periódicos diarios.

Y esto viene a consideración, después de revisar los diarios y revistas norteamericanos que han tratado de la campaña presidencial en México. Para los salerosos periodistas de los Estados Unidos, el presidente Cárdenas es el “Roosevelt mexicano”; el general Joaquín Amaro es “el enemigo de las expropiaciones”; el general Manuel Ávila Camacho “es el amigo de Lombardo Toledano, el Lewis de México”.

CONSECUENCIAS E INCONSECUENCIAS

Consecuencia de la recta actitud del presidente de la República ante la campaña presidencial fue la renuncia de algunos funcionarios. Entre éstos, hay que mencionar al profesor Graciano Sánchez, quien, como jefe del Departamento Indígena, ejercía una influencia poderosa sobre la Confederación Nacional Campesina.

Sánchez, a quien el profesor Aurelio Manrique sacó de la oscuridad, y cuya alianza, más tarde, con un personaje político, lo elevó a la categoría de gran líder, renunció a la

jefatura del Departamento Indígena, cuando “la cosa estaba hecha”; esto es, cuando ya los líderes de la Confederación Campesina habían hecho su composición de lugar.

Quiso el profesor Sánchez ser consecuente con la política presidencial y renunció; pero a esa consecuencia siguió la inconsecuencia, que consiste en que el Departamento Indígena continúe siendo manejado por el propio don Graciano, a través de su hermano Eusebio.

Nada tendría de particular que el señor Eusebio Sánchez, a pesar de ser hermano del líder político, estuviese al frente de un departamento autónomo, si no siguiese la carrera política de don Graciano.

Mas no parece ser así. Tres empleados del Departamento Indígena han hecho saber al periodista que, no obstante que los burócratas no tienen hasta hoy candidato a la Presidencia de la República, en el Departamento se les exige ser de esta filiación.

Además, afirman los empleados, la influencia de don Graciano en el Departamento sigue siendo tan decisiva, como antes de que el líder ávilacamachista se separara de la jefatura.

PERDÓN, AMIGOS

Interrumpiendo esta modesta glosa de la campaña presidencial, he de dirigir unas cuantas líneas al jefe de la Policía del Distrito Federal. Helas aquí:

Señor general Montes:

Residiendo mi familia en Cuernavaca, muy a menudo tengo que ir a esa ciudad.

En el kilómetro no sé cuántos, pero de todas maneras, a la salida de Tlalpan, se encuentra una caseta de policía. Durante el día, quién sabe con qué objeto, los empleados no se limitan a tomar los números de las placas, sino a detener a los coches. Exigen, con voz de trueno, “los documentos”. Y no es todo: pretenden revisar el interior de los vehículos como si México fuese un país de bandoleros.

Como generalmente viajo de noche y en compañía de mi familia, me han detenido no sé cuántas veces, exigiendo siempre, con la misma altanería, “los documentos”; y al ver que la tarjeta de circulación, el reglamento de tránsito, la licencia de manejar y la credencial de la AMA están en regla, han buscado otro pretexto para seguir causando molestias, ¡quién sabe con qué propósitos!

Una de esas noches, conduciendo a mi casa en Cuernavaca una pequeña pintura del siglo xvii, obsequio de mi noble y querido amigo el señor doctor don Leopoldo Escobar, el policía encargado de la caseta, no teniendo qué objetar a “los documen-

tos”, pretendía que le mostrase la factura de la pintura, pues que de otra manera “no me daría el paso”. Y no quiero hablar del agrio y violento altercado que sucedió al incidente, que terminó debido a la intervención de un amigo, quien sin mi consentimiento, y menos con mi consentimiento, dio la respectiva “mordida”.

Como no solamente a mí han sucedido cosas parecidas, transitando en la noche, frente a la caseta de Tlalpan; y como sé de su rectitud y buen juicio, espero que tanto usted, general Montes, como los lectores, perdonarán que con un negocio personal me haya alejado de la política nacional. ¡Alguna pequeñez habría de ocurrir en medio de lo trascendental mexicano!

ENTRE LECTORES

Si el periodista acoge las noticias verbales, tratando siempre de verificarlas, aun dentro del fuego de las pasiones y de los odios, ¿por qué no ha de acoger también las noticias escritas?

Las cartas que recibe el periodista —incluyendo las salpicadas de veneno, y exceptuando, por supuesto, las anónimas— forman generalmente un epistolario lleno de interés. Hay en ellas optimismo y confianza, despechos y rencores; pero también hay ideas; y si algo hay en la vida que valga, son las ideas.

Por esto, no es posible trasladar esta correspondencia, por entero, al archivo en que se aglomeran elogios, desenfados y juicios. Y se hace necesario ir tomando lo que pueda servir para el bien del país. ¡Para el bien del país!, hay que repetir en alto.

“...que, sobre todas las cosas, cualesquiera de los seis candidatos que hasta hoy sueñan en nuestros medios políticos, demuestre que está dispuesto a trabajar por el bien del país”, nos dice el señor Tomás González Garza, de Ciudad Victoria, agregando: “La crítica que se hace de los candidatos podrá parecer despiadada; pero es necesaria. No tenemos caudillos de imposición, y, por lo tanto, podremos discutir a los hombres para elegir a quien creamos puede hacer bien a la patria”.

Y el licenciado Roberto Salas Moncada, de México, D.F., nos dice: “Cinco precandidatos a nuestra productiva Presidencia tenemos, y con ninguno de ellos simpatiza el grupo mayoritario del pueblo mexicano... Sin embargo, el abúlico mexicano acogerá, benévola y quietamente, al presidente que nos imponga el grupo de políticos y líderes desvergonzados y vividores”.

Y a través de las cartas recibidas, se ve que el pesimismo continúa reinando en el país. El señor Felipe Z. Manzano, comerciante de la Ciudad de México, nos dice: “¿Quién puede creer en las promesas de los políticos? Cuando el señor Sánchez Tapia

estuvo al frente de la Secretaría de la Economía Nacional, tuvo la oportunidad de realizar una brillante labor, que hubiera sido el adelanto de lo que hoy nos ofrece para el futuro. Si nada hizo en el pasado, ¿quién va a creer que lo haga en el futuro?

El señor Alfredo Méndez, de Toluca, Méx., nos reclama:

Muy en lo justo ha estado usted cuando reclama las ideas y los retratos morales de los candidatos que aspiran a la Presidencia de la República. Pero ¿por qué habiendo ya candidatos que han hablado, por qué, repito, no han comentado ustedes las ideas expuestas por esos candidatos? ¿Es que ya no tenemos en nuestro México escritores que analicen lo que hablan los candidatos? ¿Por qué no analizan, punto por punto, el manifiesto del general Amaro y las declaraciones de los generales Magaña y Múgica.

La invitación del señor Méndez es tentadora; tal vez se pueda aceptar cuando hayan sido escuchados todos y cada uno de los seis candidatos a la Presidencia. Y entonces, quizá también se podrá saber si tendrán o no la posibilidad de realizar lo que prometen.

Hoy, México, D.F., 1 de abril de 1939, año III, vol. IX, núm. 110, pp. 14-15.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

FARSANTES IZQUIERDISTAS

CAPÍTULO X

Cuando el hombre carece de dignidad y ha nacido con alma de cortesano; cuando no tiene ideas y sólo ha de seguir servilmente la moda del pensamiento, nada extraño es que escuche el calificativo severísimo de “farsante”.

Y esta reflexión ocurre, después de conocerse, aunque no con todos los detalles que gustaría conocer la curiosidad femenina que siempre hay en el hombre, lo acontecido en el despacho privado del general Francisco J. Múgica, del edificio que, en las calles de las Artes, ocupa el comité mugiquista.

Las noticias sobre este acontecimiento, no vagas e inciertas, sino precisas y lacónicas, dicen que el licenciado Xavier Icaza, ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, visitaba muy a menudo al general Múgica; que en una de esas visitas —la última—, el ministro salió violentamente del despacho del precandidato presidencial, con el rostro desencajado, mientras que del interior se escuchaba la alterada voz del general: “¡Farsante!”.

Hubo movimiento de líderes mugiquistas, comentarios e interrogatorios, y se supo:

Que el licenciado Icaza insistía cerca del general Múgica en hablar en nombre de los “izquierdistas”, por lo que el candidato, de tanto oír de “izquierdas” e “izquierdistas”, preguntó al magistrado a cuáles izquierdistas se refería, contestando el interpelado que “a los nuestros”.

El general montó en cólera, y dijo:

“Qué izquierdistas, ni qué izquierdistas van a ser ustedes; ustedes son unos convencencieros; ustedes presumen de izquierdismo porque es el sol que más calienta”.

Icaza trató de justificar su izquierdismo, y Múgica gritó:

“¡Váyase de aquí con su izquierdismo! ¡Váyase! ¡Farsante!”.

EJEMPLO DE CIVISMO

Lo que la rectitud de un gobernante influye en el pueblo y en los funcionarios públicos puede quedar demostrado en un hecho significativo, en el que la revista *Hoy* es partícipe.

Señalado el licenciado Agustín Rodríguez Ochoa, secretario particular del secretario de Gobernación, como funcionario que faltaba a sus deberes por estar adherido a los grupos que postulan para presidente de la República al general Manuel Ávila Camacho, el licenciado, dando una muestra de civismo y correspondiendo a la recta conducta del general Cárdenas, borró la liga que pudiera tener con el ávilacamachismo, presentando su renuncia como miembro de Juventudes Socialistas Unificadas de México, de las que había sido fundador y presidente.

“Como mi posición de miembro de Juventudes Socialistas Unificadas de México”—dice la renuncia del licenciado Rodríguez Ochoa—, “organización que se encuentra actuando en la presente lucha cívica electoral, resulta incompatible con mi calidad de funcionario público, ruego a usted se sirva concederme dicha licencia (por tiempo ilimitado)”.

En otras épocas, un funcionario público señalado como partidario de un candidato aparentemente oficial no hubiese tenido la delicadeza del actual secretario particular del ministro de Gobernación. Con su determinación, el señor Rodríguez Ochoa se honra a sí mismo y honra al gobierno del presidente Cárdenas.

ASÍ SE HABLA

Ninguna promesa política tendrá valor para el país mientras éste no tenga la seguridad de que el candidato podrá cumplirla de acuerdo con sus antecedentes.

De aquí que sea tan importante que quienes han sido gobernados por los hoy candidatos presidenciales digan cuál fue la obra de éstos, y si conquistaron o no el aprecio popular.

Y parece que a la petición, que no es nuestra, sino general, han empezado a responder los gobernados. Un manifiesto suscrito por los habitantes de Tijuana, B. C., encabezado por los señores Joaquín Robles y Luis M. Díaz, hablando de la obra realizada en el Territorio Norte de la Baja California por el general Gildardo Magaña, dice:

“Posiblemente para el resto del país no signifiquen mucho los hechos realizados por el general Magaña como gobernador de este Territorio... Toda su administración fue trabajo y diafinidad, pureza y sinceridad. Fue Magaña el primer gobernante que inició las gestiones para la formación de pequeñas parcelas en el Valle de Mexicali... Fue el primero que supo conquistar el aprecio de los habitantes de este Territorio”.

Los bajacalifornianos ponen en alto la figura de Magaña, pero ¿qué dirán los michoacanos? ¿Cuándo habla Michoacán?

CAUSA DEL SILENCIO

Aunque la impresión general es de que el candidato a la Presidencia de la República Manuel Ávila Camacho no habla por falta de capacidad, lo cierto es que hay otra causa poderosa que lo obliga al silencio.

En el supuesto de que el exsecretario de la Defensa Nacional no tuviera capacidad para redactar sus primeras declaraciones, apelaría, en todo caso, a sus colaboradores, que son muchos, y entre ellos, algunos hombres de fuste y de letras.

Así, pues, es otra la causa del silencio del general Ávila Camacho. La explicó al periodista un senador, y posiblemente sea la verdadera.

Dijo el senador que el problema del ávilacamachismo después “del triunfo político sin precedente logrado en unas cuantas semanas”, consiste en “coordinar las ideas de seis sectores de ideas divergentes” que postulan al general Ávila Camacho; los “seis muy respetables en cantidad y calidad”, y que, por tanto, necesariamente deben ser incluidos en el programa político y social del candidato presidencial.

Estos seis sectores son: la CTM, la CGT, la CNC, el comité de los militares encabezados por el general Donato Bravo Izquierdo, el comité de los senadores y diputados y el comité que los maledicentes conocen con el nombre de la “pierna perfecta”. Cada uno de estos grupos tiene su propio programa. No hay dos de esos seis grupos que se puedan entender entre sí. La guerra entre la CNC y la CTM es subterránea y terrible; la rivalidad entre la CGT y la CTM es manifiesta; los militares que responden a la jefatura

de Bravo Izquierdo están calificados de “reaccionarios” y vistos con extrema desconfianza por la CNC, por la CTM y por la CGT; los diputados y senadores que “dirige” el capitán Gabriel Leyva están celosos de las actividades de Bravo Izquierdo; el comité de la “pierna perfecta” reclama para sí el derecho de haber sido el primero en dar el grito a favor de Ávila Camacho.

Para realizar y manejar una “coalición”, lo mismo en México que en Europa, se requiere o tener el poder o poseer el don del apostolado. El general Ávila Camacho ni es apóstol ni es autoridad; de aquí que el senador tenga razón cuando explica que la causa del silencio del candidato exsecretario se debe a las dificultades con que éste ha tropezado para contener, en unas declaraciones únicas, a los seis grupos divergentes que lo postulan.

ENTRE AMIGOS

Amigo Jorge Prieto Laurens:

No sé controvertir. En el teatro, en la plaza, usted, de gran vivacidad, con sutileza y ardides, me vencería. Vea, pues, que me doy por derrotado. Y digo esto —sin el menor asomo de ironía— porque en su carta me insinúa una controversia que no acepto.

No obstante, permítame algunas reflexiones, que se derivan de: a) que, según usted, estoy “bajo la influencia del cardenismo”, a pesar de que “ha dicho usted que no suscita partidatismo político alguno”; b) que he asentado una falsedad al referirme a “la popularidad o arraigo que cree usted sigue teniendo el presidente Cárdenas”; c) que he asentado una segunda falsedad al referirme a la reforma a la ley del Banco de México; d) que he asentado una tercera falsedad cuando digo que reina la tranquilidad donde existe “la miseria y el hambre en la mayoría de los hogares humildes”.

Nada extraño es que entre usted y yo haya divergencias. Usted es político, yo no lo soy; usted habla a las galerías, a mí no me atraen los éxitos. Sin embargo, amigo Prieto, póngase un momento en un plano de serenidad, olvide sus compromisos, levante la vista, abandone sus ambiciones, y escuche:

1.- Que nada debo al Estado: ni empleos, ni negocios; que al único funcionario a quien me he dirigido para hacerle una petición (consistente en que me diera facilidades para examinar los archivos de dos secretarías de Estado, para poder concluir el primer tomo de la *Historia del Porfiriato*, que escribo actualmente), ha sido el señor Arroyo Ch., y éste no ha tenido la caballerosidad de recibirme.

2.- Que habiendo recorrido casi toda la República, en trabajos de investigación histórica y periodísticos, he constatado que no se piensa lo mismo del presidente Cár-

dénas en las oficinas de los edificios de la Avenida Madero que en los campos agrícolas, donde está el nervio vital del país; que en tanto en la ciudad los abogados, los agoristas y los comerciantes atribuyen su incapacidad productiva a la existencia de un presidente como Cárdenas, en el campo se respeta y se quiere a quien ha dado agua potable e higiene a míseros pueblos, a quien ha ido a tender una mano amiga, a quien ha construido escuelas.

3.- Que es muy extraño que un político de primera fila, como usted, no esté enterado de la ley del 28 de diciembre último, que reformó la del Banco de México, prohibiendo a esta institución extender nuevos préstamos al gobierno. No conozco, ciertamente, el artículo del “Instituto de Ciencias”. ¿Qué puede decir? Que el gobierno está “sobregirado”. Pero, amigo Prieto, pregunte usted al “Instituto”, si no lo están también los gobiernos de Francia, de Italia, de Alemania, de los Estados Unidos. Lo grave hubiese sido que el “sobregiro” se hubiese empleado en privilegios personales; pero ¿cuando los ciento y tantos millones han sido derramados sobre el país! Y dígame usted, ¿qué ganaría la nación con tener almacenados los ciento y tantos millones? ¿Estaríamos, acaso, más ricos usted y yo, o cualesquiera de los quince millones de mexicanos?

4.- Yo mismo he descrito la miseria que reina en los campos agrícolas. He visitado, por ejemplo, a los ejidatarios del Bajío; he llamado a las míseras chozas y he reproducido en las páginas de los *Periódicos Lozano* las quejas y las penas de esas gentes. He dicho lo que comen, cómo duermen, cómo trabajan, qué quieren. Pero, dígame, amigo Prieto, ¿no existían pobres y ricos antes de que el general Cárdenas ocupara la Presidencia de la República? Y ¿cree usted que en el mundo haya un hombre capaz de acabar con la miseria de los pueblos de un soplo? ¿Si usted fuese presidente de la República —y usted podría ser un buen presidente si lograra dominar las pasioncillas que a veces le agitan— podría transformar el cuadro que usted pinta en su carta con tan tétricos colores? Convenga, amigo, que sólo en un arranque oratorio lograría usted convertir los ríos en arroyos de leche y las montañas en pilones de azúcar.

Termino, amigo Prieto, esperando que sobre la crítica de plazuela, usted y sus amigos tengan el valor y el tino de dar al país un programa trascendental, incluyendo la separación del ejido y del Estado, la autonomía política y económica del Ayuntamiento, y la libertad de enseñanza.

Hoy, México, D.F., 8 de abril de 1939, año III, vol. IX, núm. 111, pp. 14-15.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CONDICIÓN PRIMERA

CAPÍTULO XI

Si no es posible pedir para un futuro presidente de la República tanto como virtudes públicas y domésticas, sí, por lo menos, será indispensable exigir una cualidad: la de que sea un hombre de trabajo.

La holgazanería en los hombres ha sido siempre un síntoma de decadencia; lo fue en la última etapa del callismo. Al febril trabajo a que se entregaron tanto el general Calles como sus colaboradores a la iniciación del régimen, siguió la holgazanería. El expresidente empezó a perder su poderío en viajes a Ensenada, a El Tambor y a Las Palmas; dos funcionarios políticos siguieron el ejemplo del jefe; y las vacaciones de fin de semana se pusieron de moda. Comenzó el goce de los éxitos; y el placer es ruina de hombres y de pueblos.

Y no sólo en México puede constatarse que la holgazanería es signo de decadencia. Si la Gran Bretaña no ha podido contender con Alemania, se debe a la holgazanería de sus grandes hombres. La Inglaterra de hoy ya no es la Inglaterra de los tiempos de la reina Victoria, en los que para el funcionario público no había vacaciones de fin de semana. El funcionario inglés moderno abandona esas sus altas funciones el vier-

nes por la tarde para no ocuparse más que de placeres mundanos durante dos días; y mientras que los hombres de Estado de Inglaterra se divierten y descansan, otros pueblos trabajan todos y cada uno de los días de semana.

Para México será garantía de progreso, de prosperidad, un candidato presidencial que sepa sumar horas y días, y comprender que el país necesita hombres de trabajo.

NI LOS MOZOS LE HABLAN

Hombre lleno de inquietudes, alimentando siempre grandes proyectos y tipo de campirano mexicano, el licenciado Lauro G. Caloca es muy dado a la frase pintoresca, en la que muy a menudo encierra verdades aplastantes.

Don Lauro, que ha nacido y ha vivido para ser político, se había eclipsado en los últimos dos años. De él no se sabía más que estaba dedicado a labores agrícolas en un rancho de dos hectáreas a las orillas del lago de Chapala, y en el que al igual que un héroe de Mirbeau, tiene un par de todos y cada uno de los animales domésticos.

Y tan a pecho tomó don Lauro su función de agricultor, que abandonó la pluma, no obstante que llegó a ganar lo que no ha ganado ningún escritor mexicano publicando artículos en una revista de los Estados Unidos, a razón de 150 dólares por artículo.

Dos años estuvo ausente Caloca de la política militante. Su reaparición, por supuesto, ha sido comentadísima. Y como hombre de combate que es, y como alguien le dijese cómo creía en el triunfo de un candidato presidencial que no fuese el general Ávila Camacho, cuando éste tenía el apoyo de la mayoría de los diputados y senadores, don Lauro, sin titubear, contestó:

"Diputados... senadores: esos van pa Juárez y sin boleto... Yo sé lo que digo; yo tengo mucha experiencia política. Yo sé que faltando un año para la renovación de las Cámaras, ni los mozos dirigen la palabra a los diputados..."

DIVORCIO Y RECONCILIACIÓN

Hace poco más de un año que el nombre del general Román Yocupicio, gobernador del Estado de Sonora, sonó como el de un político que estaba llamado a desempeñar altas funciones en la República; la de la Presidencia, inclusive.

Sin gran lustre como gobernante, pero sí con lo llamativo que es para México el descubrimiento de un hombre de energías, de carácter capaz de dar dirección a las cosas, la corriente nacional iba hacia Yocupicio. Éste, sin embargo, olvidó un detalle: que

fundándose la simpatía hacia él en el carácter que había revelado, cualquier debilidad le perdería.

Yocupicio cometió la debilidad de hacer una alianza con el ávilacamachismo, impresionado por la caballerosidad del general Manuel Ávila Camacho, cuando el gobernador de Sonora y el secretario de la Defensa Nacional se encontraron frente a frente en Hermosillo, para resolver el conflicto suscitado por algún jefe militar; la debilidad perdió a Yocupicio, y la popularidad que pudo alcanzar quedó barrida bien pronto.

A una debilidad cometida tenía que seguir otra. Fue ésta en Yocupicio de mayor trascendencia, puesto que hizo, si no un pacto escrito, sí un pacto moral con el lombardismo al admitir que éste apoyase al general Macías, quien había sido candidato yocupicista en las elecciones internas de Sonora.

Estos compromisos estaban ahogando a Yocupicio, y no le quedaban sino estos dos caminos: o acabar su carrera política sometido al destino lombardista, o volver al puesto que había ocupado en el principio de su gobierno en Sonora. Hombre de carácter, al fin, optó por el segundo de estos dos caminos.

Y que Yocupicio se salvó lo demuestra el hecho de que, apenas conocida en México la liberación del gobernante sonoreño, el nombre de éste ha vuelto a figurar en el cartel de los candidatos a la Presidencia de la República.

A una última prueba, sin embargo, tendrá que ser sometido Yocupicio. Ésta será la de su imparcialidad en las elecciones de Sonora, que se efectuarán dentro de dos semanas y en las que compiten el candidato del PRM y un candidato independiente: el general Francisco Bórquez.

FUTUROS COLABORADORES

La elección que los candidatos a la Presidencia de la República hagan de sus colaboradores tiene una importancia mayor de lo que se estima a primera vista. Un colaborador de hoy es, generalmente, un colaborador de mañana. Quisiera decir esto: que el país, a través de los hombres que los candidatos llamen a los comités directivos de propaganda puede saber quiénes serán los que lleven las riendas nacionales en 1940.

Al presente, los candidatos al parecer han sido conducidos por una misma táctica: la de no enseñar todas las cartas de la baraja. Al efecto, el ávilacamachismo deja detrás del trono a los "cerebros mágicos", para presentar como jefe de su comité central al licenciado Miguel Alemán, político joven, considerado como el más ambicioso de los gobernantes, pero sin nombre nacional.

El sáncheztapismo, vacilante, espera mejores tiempos para la definitiva composición de su "gabinete", del que podría ser jefe un hombre que, como el general Ramón F. Iturbe, tiene la virtud de ser un romántico.

Magaña, siempre cauto, lleva a cabo una auscultación, comprendiendo quizá que con el nombramiento de sus colaboradores políticos hará un anticipo al país de lo que pudiera ser en lo futuro. Por de pronto tiene como actor número uno al senador Luis Mora Tovar, político sutil y hombre de letras.

El general Múgica tiene de líder al senador Soto Reyes, el más político de los senadores; y el general Almazán, a un ceñudo exprocurador, el licenciado Eduardo Neri.

CONTRASTES

El licenciado Luis L. Rodríguez se ha hecho impopular por sí mismo, a pesar de que es ágil de palabra, ágil de pensamiento y ágil hasta en el andar. No merece, positivamente, el licenciado Rodríguez ser impopular, menos como director de un partido, que no tiene más que un defecto: ser demasiado político, olvidando que sobre lo político del mundo tiene algo más que hacer. Pero Rodríguez ha labrado su impopularidad por sus excesos de oratoria, cuando la oratoria ya no es, como en el siglo pasado, mérito para llevar a alguien a la Presidencia de la República; por la actitud que asumió al iniciarse la campaña electoral, que le hizo aparecer como el principal sostén de un candidato desconocido para el país y, por último, por su alianza con el licenciado Lombardo Toledano, hombre que, a pesar de sus ideas, aparece siempre amarrado como el contradictor de cuanto pueda significar elevación y bienestar nacionales.

Y al hablar de la impopularidad del licenciado Rodríguez bien podría creerse que se trata de un mero adjetivo político. No es así. Lo sucedido en la plaza de toros El Toreo, cuando el matador Ortiz brindó un toro al licenciado Rodríguez, es muy significativo: el público rugió contra Rodríguez; lanzó palabras mal sonantes, de esas que los anónimos no saben medir. Luego, como Ortiz estuvo mal en su faena —cuando menos así lo dicen quienes de esas cosas entienden—, y no pudo dar pronto fin al infeliz animal, alguien gritó "¡Que le den la puntilla como Rodríguez se la dio a la Revolución!". La exclamación arrancó una ovación, y sumió al presidente del PRM en las filas de la impopularidad.

Un hecho que contrasta seriamente con lo acontecido al licenciado Rodríguez ocurrió durante la función dada en El Toreo en honor del maestro Miguel Lerdo de Tejada.

En esta función, al ser descubierta la presencia del general Gildardo Magaña entre los concurrentes, el público, puesto de pie, tributó una ovación sin precedente al candidato a la Presidencia de la República.

Magaña escuchó el signo de popularidad, conmovido, en tanto que uno de sus acompañantes fue obligado a corresponder al público con breves y atinadas palabras.

LA VOZ DE LA JUVENTUD

Aparte de esperar, no sin ansiedad, que el próximo presidente de la República sea un hombre sereno, honesto, trabajador —y démosles calificativos domésticos—, aunque sea de extremoso sentido popular y decimos con intención de "extremoso sentido popular", porque es imposible que México tenga un presidente de los ricos, de los señoritos—, espera también ver surgir nuevos hombres. La juventud no viciada por las modas del pensamiento, ni menos por la aristocracia del pensar, puede llenar el vacío; y de aquí que sea tan interesante conocer la opinión de jóvenes que empiezan a brillar en el horizonte político nacional.

Y la opinión del joven licenciado Alfonso Pedrero G., quien formó parte de la expedición tabasqueña que derrumbó el trono garridista, es la siguiente:

"Las generaciones pasadas de México sienten el devenir político como cosa que les pertenece y esperan, en silencio, al Bernardo Reyes que se torne en puente hacia el porvenir. No creen en los electoralismos ridículos y criminales de nuestras dictaduras, sino en el fuego —ley fatal en la historia de un país que no conoce una elección libre y que ha tenido en menos de un siglo setenta y cinco revoluciones armadas".

Y el licenciado Pedrero, exsecretario de la Embajada de México en España, pesimista en sus primeras palabras, surge optimista, cuando agrega:

"Nuestro país puede salvarse si aparece un militar que se ponga al servicio incondicional de un hombre civilizado, como lo hizo el general Urquiza con Sarmiento en Argentina, después de los caudillajes bárbaros de Rosas y Facundo Quiroga".

Pero, ocurre preguntar, como pequeño comentario a las palabras de Pedrero, ¿no podría repetirse el caso de 1920 cuando Obregón, a pesar de su generalato, llamó a colaborar a civiles tan distinguidos como Vasconcelos, De la Huerta, Alessio Robles?

Hoy, México, D.F., 15 de abril de 1939, año III, vol. IX, núm. 112, pp. 14-15.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

FANTASMA POLÍTICO

CAPÍTULO XII

La versión de que el general Plutarco Elías Calles se encontraba en la Ciudad de México —de “incógnito”, se decía— fue muy socorrida la semana pasada. El expresidente, se aseguraba, había venido a la capital quién sabe con qué siniestros propósitos, puesto que había entrado en territorio nacional subrepticamente y estaba oculto en la casa de uno de sus allegados.

Si no había una persona que dijese haber visto al general Calles, sí hubo quien afirmase haber estado muy cerca de los hijos del segundo matrimonio del expresidente de la República; y la presencia de los chicos parecía ser la mejor indicación de la presencia del padre.

En el mundo oficial, sin embargo, no hubo manifestación de inquietud alguna. ¿Es que se ignoraba la versión, o es que no se tiene temor por la presencia de Calles en el país? Sin poderse negar o afirmar lo segundo, más parece que no se tuvo noticia de la versión. Pero que ésta tomó vuelos lo prueba el hecho de que fueron despachados mensajes a California, preguntando por el paradero de Calles y que, como un cable de

Los Ángeles hiciese saber que el expresidente no estaba en su residencia de San Diego, la inquietud aumentó.

La inquietud que puede experimentarse por el regreso del general Calles está justificada. El expresidente significa guerra; y el país no quiere guerra. Calles puede o no ser un fantasma para el Estado, pero lo es para los mexicanos. México no olvidará jamás las trágicas jornadas que el expresidente le hizo vivir; las lesiones que le infligió Calles no alcanzan todavía a ser curadas; la pérdida de días de progreso y de bienestar fue inmensa. ¡Cuántos males hizo al país el partido obregonista llevando a Calles a la Presidencia de la República! ¡Si en lugar de Calles hubiese sido presidente Adolfo de la Huerta, otro muy distinto hubiese sido el México sepultado en odios y humillaciones durante once años!

DOS CARTAS

“No solamente ideas, señor nuestro, sino también hombres, necesitamos en esta campaña presidencial”, nos dice el señor José Ma. Crespo, de Guadalajara, Jal., comentando un párrafo de esta sección.

“Suponga usted, agrega el señor Crespo, que los cinco o seis candidatos que tenemos hasta hoy nos ofrecen lo mismo; y nos lo ofrecen, en realidad, porque todos ellos hablan del bien a la Patria; ¿qué haríamos entonces para elegir a uno de ellos? Tendríamos —¿no le parece a usted?— que buscar ya no ideas sino cualidades personales.

“Hombres, muchos hombres bien intencionados es lo que estamos pidiendo a gritos. Háblenos usted de ideas, de todas las ideas que usted quiera, pero háblenos también de los hombres. Los periodistas tienen la oportunidad de tratar a todos nuestros hombres públicos, y nadie mejor que usted nos puede hablar de ellos; sólo que hable con la verdad y llevándose siempre la mano al corazón; pues engañar a los lectores de *Hoy*, es engañar a la Nación”.

La segunda carta a la que hemos de referirnos está firmada por el teniente coronel Eulogio V. Salazar, quien aclarando nuestra nota sobre la “embajada” del general Rodrigo M. Quevedo en Washington nos dice:

“Creo que el señor Valadés ha sido sorprendido en su buena fe al consignar semejante noticia, y más aún, al afirmar que el señor general Quevedo anunció a sus amigos el motivo de tal viaje. Porque la verdad es que a nadie le ha hecho tal confidencia ni ha visitado la capital de los Estados Unidos”.

“Para terminar, concluye el teniente coronel, réstame dar las gracias al señor Valadés por su advertencia y consejo, cuando nos hace saber que la “Presidencia

de la República no se gana en Washington, sino en México”. ¡Eso es descubrir el Mediterráneo!”.

Debemos aclarar a las palabras del teniente coronel: a) que la noticia de la “embajada” del general Quevedo fue dada por un periodista norteamericano, quien aseguró que él acompañaría al exgobernador de Chihuahua en el viaje a Washington; b) que nunca hemos pretendido “descubrimientos”, pues el país también sabe que la Secretaría de Guerra ha sido fábrica de presidentes, no obstante lo cual será necesario insistir en tal hecho, con la esperanza de alcanzar un México de dignidad, de decoro y de civilización.

EL HOMBRE QUE FALTA

Desde hace veinte años México se ha acostumbrado a ver en las luchas políticas a un hombre alto, corpulento, barbado —tipo que hace pensar en los románticos del diecinueve—. Este hombre es Aurelio Manrique.

Es orador, profesor de botánica, humanista y político. Traduce a Horacio y, con bella entonación, lee *La Iliada*. Hace discursos en alemán; habla inglés, francés e italiano. En sus años mozos fue estudiante de medicina. Nieto de uno de los más elocuentes oradores mexicanos, con su palabra hizo oposición al régimen carrancista y fue propagandista del general Obregón.

Hombre valiente, merecía el título de general. Se enfrentó resuelto y audaz al callismo; y cuando fue a la guerra, en las trincheras de Jiménez, al lado de los soldados rebeldes gritaba: “No tengáis miedo a las balas, chiquitines”. Y tal fue su arrojo, que el jefe de la rebelión, el general Escobar, decía: “Este Manrique no es un general; es un mariscal”.

Cuando estuvo en el destierro, fue actor de cine. Sus barbas, su arrogancia, su voz llamaron la atención en Hollywood cuando empezaba las *talkies*.

Regresó a México todavía en pleno poderío callista. Cruzó el Bravo a nado, viajó en trenes, de “garrotero”; anduvo conspirando. A poco, caído el partido que le perseguía, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional.

Después de haberle visto en veinte años de batallas políticas, México se pregunta hoy: ¿Dónde está Manrique? ¿Qué hace Manrique? ¿Está perdido para la política y continuará sepultado entre la montaña de papeles y de libros que llena el despacho de la Biblioteca?

UNIFICACIÓN FRUSTRADA

Todos los esfuerzos tendientes a unificar a cuatro de los candidatos presidenciales, quienes en esta forma se enfrentarían simultáneamente a los generales Joaquín Amaro y Manuel Ávila Camacho, vinieron por tierra después de una serie de incidentes de los que ya habrá oportunidad de hablar en un futuro cercano.

La señal de que estos trabajos unitarios fracasaban fue dada por el general Rafael Sánchez Tapia, en intemperantes declaraciones, que hacen ver qué lejos se encuentra este candidato del nuevo ambiente que reina en la República, que ya no es el mismo de hace años, cuando lo que no se hacía entender con bravatas se hacía entrar con tiros de cañón.

Los trabajos de unificación eran realizados por un grupo de viejos revolucionarios, encabezado por un prestigiado general del ejército que, al fin, parece haber convenido en que el problema de la sucesión presidencial ya no podrá ser resuelto en los campos de batalla.

Y si noble fue el proceder de ese grupo de viejos revolucionarios, franca fue la expresión de los amigos de los cuatro candidatos invitados a la unificación. Franca, porque dijeron la verdad: no puede haber unificación donde no hay afinidad de ideas.

Fracasados los intentos de unificación, no queda en la competencia de los hasta hoy seis presidenciables más que un camino: el de las eliminatorias; pero el de la eliminación, no por la violencia, sino por el valor de la personalidad y de las ideas que cada candidato vaya poniendo a la discusión de las mayorías nacionales.

TROTSKY EN ESCENA

Un hombre que ha sido por largos años una de las figuras internacionales, que se dedica a escribir libros, que vive como recluso, es también carta en la baraja política nacional.

Nadie cree que León Trotsky interviene en la política mexicana. Sin embargo, Trotsky es la causa por la cual un grupo político no decide su adhesión al general Francisco J. Múgica. Este grupo es el comunista.

Para los comunistas, un candidato presidencial puede ser reaccionario; pero, por ningún motivo, ha de tener simpatías por León Trotsky, y ha de prometer para el futuro, expulsar del país al desterrado ruso.

Un conocido comunista confesó al periodista que las simpatías de su partido hacia la candidatura del general Múgica son casi unánimes; pero que si éstas no son expresa-

das públicamente se debe a que el exsecretario de Comunicaciones influyó mucho para que el gobierno de México diese asilo a Trotsky en el país.

Para los comunistas, el enemigo principal no es el capitalismo, ni el imperialismo, ni la burguesía, sino León Trotsky. De aquí que tengan empeño en hacer un "pacto secreto" con el candidato que se comprometa, en caso de triunfar, en dar veinticuatro horas a Trotsky para que abandone el territorio mexicano.

Los políticos y candidatos parecen muy ajenos a las medidas que se deben tomar en el futuro con respecto al perseguido de Stalin. El único político que posiblemente estaría muy interesado en la suerte de Trotsky sería el licenciado Narciso Bassols. Éste se contrarió tanto con el acuerdo presidencial, dando asilo a Trotsky, que hubo de renunciar a la legación mexicana en Londres.

Hoy, México, D.F., 22 de abril de 1939, año III, vol. IX, núm. 113, pp. 12-13, 50.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

CALLISMO Y CARDENISMO

CAPÍTULO XIII

La función electoral, conforme avanzan las semanas, va quedando encauzada en dos fuertes corrientes, a las que convergen numerosas afluentes. En la terminología —digamos así, aceptando que la política sea una ciencia— política, una de esas corrientes es la oficial, la otra la opositora, aunque para los sin partido las dos fuerzas llamadas a chocar en 1940 son clasificadas como cardenista y callista.

Sin que aparentemente Calles y Cárdenas sean factores personales en la campaña presidencial, puesto que el primero vive aparentemente retirado del teatro político nacional en San Diego y el segundo ha asumido una severa actitud de no intervención electoral, sus nombres significan en sí, si no dos partidos, sí dos corrientes, las dos más poderosas corrientes que hayan existido en México después de la trágica muerte del general Obregón en 1928.

De aquí que, para los políticos, la campaña presidencial se presente con serio dilema: o callismo o cardenismo.

Sin embargo, no se deja de hablar de un tercer partido, el independiente. Este partido, se supone, que no sería el oficial ni el opositora, estaría con un pie en el

cardenismo y el otro en el callismo, y con el espíritu, suponemos nosotros, en libertad. Esto es, ocuparía una posición intermedia.

Pero, ocurre preguntar, ¿cuándo y dónde han triunfado los términos medios? Si el partido intermedio fuese un partido de cátedra o de salvación virginal, puede ser que en defensa del espíritu lograra éxito; pero en la política militante lo neutral es lo sin partido; y quien en política no tiene partido no es político.

HOMBRE DE PELIGRO

Por su valor, por su talento, por su cultura, por su juventud, el licenciado Rodolfo Brito Foucher puede ser el más peligroso candidato presidencial para los candidatos presidenciales.

Y esta afirmación originada, no por simpatía personal o por interés político, sino por conocimiento del hombre, es hecha cuando empiezan a saberse los serios preparativos que se desarrollan en favor de la candidatura Brito Foucher.

Sin noticias del actual estudiante en Washington, se puede decir que los trabajos del britismo son más intensos de lo que en apariencia se ven. Brito, según se sabe, regresará al país de un momento a otro.

Lo único que cabe preguntar es en qué fuerzas sociales se apoyará el britismo. A Brito le falta una tradición de director de multitudes, de conocimiento de multitudes; y es necesario convenir en que, sin estos atributos un hombre, personalmente peligroso y con capacidad combativa innegable, puede ir al fracaso.

No falta, sin embargo, quien crea que en un "caos de multitudes" pueda surgir un espadón; pero, ¿es posible concebir a uno de esos magnos fusileros en medio de países que pretenden regímenes democráticos?

PROGRAMAS INTRASCENDENTES

Si los programas de los partidos políticos mexicanos no despiertan entusiasmos; si tienen un lugar secundario en las batallas electorales; si sobre ellos están los hombres, se debe a una intrascendencia.

A falta de fórmulas creadoras, los políticos se obstinan en presentar un dilema en el desarrollo de la campaña presidencial: comunismo o anticomunismo; y es que la superficialidad del político cree ver comunismo donde no hay más que fortalecimiento del Estado; y el Estado puede ser fuerte, sin ser fascista o comunista; la estatolatría no es de

hoy, sino de ayer; será de siempre. ¿Cuándo y dónde podrá ser descubierto el hombre o el partido que, aspirando al poder, no pretenda el fortalecimiento del Estado?

Y esta y otras reflexiones se ocurren cuando son leídos los programas de los partidos políticos mexicanos, el del Partido Revolucionario Anticomunista, por ejemplo, que en el fondo es el mismo del gobierno cardenista, puesto que establece "respeto absoluto al derecho de propiedad privada, sin más limitaciones que las que establezcan las leyes sobre la materia". La salvedad que señala el PRAC indica que el Estado está facultado para dar nuevas modalidades a la propiedad privada. Y ¿qué otra cosa, si no dar nuevas modalidades a la propiedad privada, ha hecho el gobierno cardenista?

Luego, el PRAC agrega, como remedio salvador (y aquí cree sentar un programa anticardenista): "Reparto sensato y metódico de tierras". Pero ¿cuál será la sensatez de los repartidores metódicos o cuál el método de los repartidores sensatos? ¿Quiere decir el PRAC que la sensatez y el método darán privilegios para que algunos latifundios no sean afectados?

El programa del Partido Anticomunista se opone a la colectivización de la tierra. Pero, ¿conocen en verdad los directores del partido nominal de la tierra? No la puede vender, ni hipotecar, ni traspasar, ni arrendar. No es dueño más que de lo que siembra; el propietario de la tierra es el Estado. ¿Quién, en estas condiciones, puede refaccionar al ejidatario? Seguramente que un particular no lo haría; el único que puede hacerlo es el Estado. Y si el Estado presta a los millares de ejidatarios de la República, ¿qué garantía puede obtener a cambio del préstamo? La única forma como el Estado queda garantizado es haciendo préstamos a colectividades ejidales. De aquí la fórmula de "colectivización", que no es fórmula colectivista, en el sentido marxista, como no pudo ser marxista la fórmula colonial del ejido comunal.

Dos son los caminos a seguir en el problema agrario. Uno: continuar considerando al ejidatario en minoría de edad, como lo fijaban las Leyes de Indias, y, en este caso, el Estado seguir siendo propietario de las tierras y, por tanto, el único que puede refaccionar económicamente al campesino. Otro: declarar al ejidatario mayor de edad y darle definitivamente la propiedad de la tierra, para que la pueda vender, hipotecar, etc., y, en este caso, ponerlo en condición de que pueda obtener la refacción del capital privado. ¿Cuál de estos caminos es el comunista y cuál, el anticomunista? ¿Qué haría el PRAC, si llegase al poder, para refaccionar a los ejidatarios? Los refaccionaría individualmente, sin garantía alguna, a sabiendas de que cada peso invertido era peso perdido, o los organizaría colectivamente para que fuesen las colectividades las que respondiesen de la devolución del préstamo del Estado?

Pasando por alto puntos intrascendentes del programa anticomunista, que no constituyen ningún medio de bienestar nacional, que no señalan una ruta para el

engrandecimiento social y económico del país, es necesario detenernos ante una promesa del PRAC. Esta promesa consiste en suprimir y disminuir impuestos. Pero, ¿es posible que hable seriamente el PRAC? ¿Suprimir y disminuir impuestos en una ciudad que, como la de México, todavía tiene impuestos de diez centavos en los mercados? ¿Suprimir y disminuir impuestos en una ciudad que, como la de México, teniendo el mismo número de habitantes que la de San Francisco, California, recauda la vigésima parte de lo que ésta recauda? ¿Suprimir y disminuir impuestos en un país que tiene un presupuesto nacional de pobreza?

El único capítulo del programa del PRAC que señala una visión de futuro, que indica posibilidad de crear un programa sólido y trascendental, es el que se refiere a la enseñanza del niño. Si la política educativa del gobierno del presidente Cárdenas no ha sido resplandeciente, se debe al afán de los directores de la Secretaría de Educación Pública de pretender convertir al marxismo a los niños mexicanos. ¡Al marxismo, que es la doctrina antipedagógica por excelencia! Y de pretender, también, dañar los espíritus infantiles con la lucha de clases, ¡como si sobre la lucha de clases no estuviese la lucha humana!

Y si el PRAC pretende una renovación de métodos educativos, ¿por qué no sentar definitivamente la necesidad de libertad de enseñanza? ¿Cuándo se acabará en México el temor de establecer un programa de gobierno que dé la libertad de que existan no solamente escuelas aconfesionales, sino también confesionales? ¿Jamás el Estado mexicano se sentirá suficientemente fuerte para enfrentar la escuela aconfesional a la escuela confesional?

Las consecuencias de esta falta de libertad habrán de sentirse en el futuro. La escuela religiosa en México subsiste, vive en el clandestinaje, y los niños y las niñas que a ellas asisten están adquiriendo el sentimiento del perseguido y no habrá mayor mal para el país que el que nuevas generaciones surjan con la idea persecutoria. Y no es todo. Prohibida la existencia legal de los seminarios, quienes actualmente estudian la carrera eclesiástica lo hacen en seminarios pueblerinos, y esto hará que el clero mexicano, dentro de pocos años, sea un clero ignorante, pequeño, que en lugar de enseñar grandezas cristianas, enseñará bajezas idolátricas.

EL TEÓRICO DE LA REVOLUCIÓN

Hay un hombre en México, cuyo retrato físico —barbas de profeta, cabeza de ser pensante, encorvadas espaldas de sabio— deja entrever en él al maestro. Posiblemente de ascendencia hebrea, pues de hacerse el retrato moral se encontraría en él la inde-

pendencia frente a lo poderoso y el amor a lo débil —reflejado esto último hasta en el disgusto de causar daño a un insecto—, es de los hombres que han trabajado silenciosamente en el país.

Este hombre, don Andrés Molina Enríquez, es el teórico de la Revolución Mexicana.

Ahistórico y apolítico es, por excelencia, el más grande sociólogo mexicano. Debió haber sido ministro; debió haber sido llamado a colaborar por el Estado para el bien del país. Si no lo ha sido, es porque en la política nacional brillan generalmente los haraganes. A quien piensa, se le tiene temor, en un medio en el que sólo se cree que se puede servir al Estado como cortesano y no como hombre.

La campaña presidencial que se está desarrollando tiene, sin embargo, una virtud: la de que los candidatos puedan abandonar, quizá para siempre, el viejo lastre político de los tiempos pasados, para llamar a colaborar, para el bien de México, a los valores mexicanos; y con mayor razón a un valor que, como Molina Enríquez, anticipó la necesidad de romper con la economía clásica para incorporar a la economía nacional a varios millones de seres.

Hoy, México, D.F., 29 de abril de 1939, año III, vol. x, núm. 114, p. 14.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

¡NO ESTOY LOCO!

CAPÍTULO XIV

El próximo presidente de la República debe ser un hombre que esté en pleno uso de sus facultades mentales.

Tal es lo que dice don Ramón de la Paz, “hombre de hogar”, que “no está enfermo de la cabeza”, que “tiene el corazón bien puesto, y algo más también”, y que es candidato a la Presidencia de la República.

Y don Ramón, al anunciar al país su resolución de continuar su campaña electoral, patrocinada por el Partido Político Libre, dice que, si sale derrotado, se dirá a sí mismo que “supo cumplir con un deber heroico, patriota y desinteresado, y se quedará con sus mismos negocios actuales, ya que no es el ordeñador de una vaca menos abundante que la que más allá ordeñará”.

El candidato presidencial, cuyo cuartel general se encuentra en Mexicali, Baja California, promete abundancia, honradez, trabajo en caso de resultar electo presidente; promete, también, educación laica, científica y racional; el restablecimiento del talón de oro; el respeto a la propiedad privada; la modernización del ejército y todo cuanto tienda a mejorar al país.

La candidatura de don Ramón fue lanzada en noviembre último, y, amparada con el lema de "Libertad, Constitución y Reforma", ha tenido, de acuerdo con lo que dicen sus partidarios, "enorme aceptación en la República".

Don Ramón, por supuesto, al mismo tiempo que habla de sus progresos, no deja de lanzar puyas a sus contrincantes; para él, no "valen la pena", puesto que hay un refrán muy viejo que dice: "enójense las comadres y salen las verdades", que se ha comprobado por lo que hemos visto en manifiestos y programas, en candidatos y precandidatos, todos generales".

El candidato, que se muestra disgustado porque su nombre no aparece incluido entre los de otros aspirantes a la Presidencia, junto con los documentos relacionados con su campaña, nos envía su retrato con una dedicatoria que dice: "Humilde obsequio a mi distinguido colaborador", que parte del propio Precandidato Libre don Ramón de la Paz".

GOBERNADORES EN HUELGA

México no dejó de ver asombrado cómo surgía una candidatura presidencial basada sobre la suposición de que era la del presidente de la República, general Lázaro Cárdenas. Y el asombro venía de que los líderes políticos creyesen que Cárdenas era como Calles, a pesar de que el primero había ya dado pruebas inequívocas de que era otra la consistencia moral de su gobierno, que distintos eran sus procedimientos, que el cardenismo, en suma, era la antítesis del segundo.

Pero los líderes políticos de ascendencia callista no creyeron, no pudieron creer, en un presidente ajeno al problema de la sucesión presidencial, en lo que respecta a la elección de un hombre; no pudieron concebir cómo el general Cárdenas podría apartarse de un pasado de indignidades; y esos líderes, incapaces de penetrar en la razón nacional del presidente de la República, dieron pábulo a la creación de una candidatura artificial.

Viviendo así, días del callismo, los líderes que se creían más diestros en manejos políticos organizaron contingentes, como en tiempos pasados, y pronto tuvieron una maquinaria en la que gobernadores, senadores, diputados y profesionistas del liderazgo fueron los más fuertes engranajes.

Dispuesta la maquinaria, sólo esperaban la última palabra para festejar su triunfo. Esta esperada palabra era la del presidente de la República; pero pronto descubrieron que si Cárdenas era hombre de la misma arcilla, no pertenecía espiritualmente al pasado. Y he aquí por qué la maquinaria ha empezado a desgranarse.

De los 22 gobernadores comprometidos a ejercer toda su autoridad para "hacer" un presidente de la República que creían sería grato al general Cárdenas, ocho se han declarado en huelga, negándose a dar la cuota que a cada estado se había asignado para el sostenimiento de la campaña.

LOS MILITARES DICEN

La campaña presidencial empezó con un serio y notorio coqueteo, por lo menos, de dos candidatos, hacia los miembros del Ejército Nacional.

Justo era, ciertamente, que el Ejército quedase comprendido entre los sectores a que los candidatos han de dirigir promesas, por lo menos; pero del ejercicio del compromiso hay una gran distancia. Los candidatos, ya en competencia, torcieron el camino que conducía a la explicación de un programa de futuro, tratando de envolver a los militares en actividades políticas que no hubieran causado más que la zozobra nacional.

Ajenos a la militancia política, los miembros del ejército, sin embargo, pueden expresar opiniones tan importantes como las expresadas en el banquete dado en honor de los generales Jesús Agustín Castro y Cesáreo Castro, en el restaurant "Concordia", la semana pasada.

Trescientas personas asistieron al homenaje a los dos divisionarios. De estas trescientas personas, 90% era de militares en servicio activo.

Y como no podían faltar los brindis, un teniente coronel habló para decir que al ejército le repugnaban y le repugnarían siempre los líderes demagogos; que quien camine del brazo de estos líderes está perdido. Las palabras del teniente coronel quizá no hubiesen tenido mayor significación, a no ser que cada vez que con ellas hacía alusión a los demagogos, la concurrencia, puesta de pie, estallaba en aclamaciones.

FRENTE A FRENTE

Dos divisionarios de fuste; de ascendencia universitaria los dos; peregrinadores de montañas durante la revolución ambos, quedarán frente a frente en la tercera semana de junio próximo, para iniciar la batalla electoral más emocionante que quizá haya contemplado el país.

Los dos generales de División, representando campos adversos, social y políticamente, y en quienes se cree quedarán el sí o el no de la campaña presidencial, son Gildardo Magaña y Juan Andreu Almazán.

Almazán y Magaña, cuyos partidarios han venido trabajando casi en silencio, sin descubrir sus verdaderas fuerzas, renunciarán, el primero a la comandancia militar en el Estado de Nuevo León y el segundo, a la gubernatura.

Hoy, México, D.F., 6 de mayo de 1939, año III, volumen X, núm. 115, pp. 12-13.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

FANTASÍA DEMOCRÁTICA

CAPÍTULO XV

La idea de que todos los candidatos a la Presidencia de la República concurren a una convención democrática y única ha vuelto a tener carta de ciudadanía en los medios políticos.

La base sobre la que se levanta el proyecto es de que la convención se efectúe como una asamblea popular, sin la dominación de partido político alguno, con la que se quiere decir que a ella concurrirán todos los grupos que participan en la campaña presidencial.

Uno de los autores de esta idea, cuyo nombre pidió caballerosamente que no se diese a conocer para “no destejer lo tejido” y advirtiendo que no obra en favor de intereses políticos determinados, sino en bien del país, concretó el proyecto en la siguiente forma:

1.- A la convención asistirán los representantes de todos los partidos políticos y, por lo mismo, de todos los candidatos a la Presidencia.

2.- Los candidatos darán a conocer previamente, ya sea por ellos mismos o por conducto de sus partidarios o centro director, su programa de gobierno.

3.- En la convención tendrán asiento únicamente los representantes directos de clubes, partidos, sindicatos, ligas agrarias, etc. debidamente registrados en la Secretaría de Gobernación.

4.- Los delegados a la convención deberán comprobar no haber recibido dinero para sus gastos de representación ni de las autoridades de los estados o municipales, ni de los candidatos a la Presidencia.

5.- Los convencionistas, después de discutir los programas de los candidatos, procederán a la designación de un candidato único cuyo programa, cualquiera que éste sea, deberá ser aprobado también por la asamblea popular.

Los trabajos encaminados a la reunión de esta asamblea se han venido extendiendo entre los partidarios de los generales Almazán, Ávila Camacho, Magaña, Múgica y Sánchez Tapia con las siguientes esperanzas de los proyectistas:

a).- Que la designación de un candidato a la Presidencia sea hecha en un acto democrático, tan sólido y popular como el de la convención en la que fue designado candidato don Francisco I. Madero.

b).- Que el problema de la sucesión presidencial sea resuelto pacíficamente, para comprobar la unidad del México revolucionario.

c).- Que el Partido de la Revolución Mexicana, o cualquier otro partido, sea el privilegiado en la designación de uno de los cinco candidatos mencionados.

Pero, después de dar a conocer el proyecto, cabe preguntar, ¿no será la idea una mera fantasía democrática?

TRES EN UNO

Esperar a un hombre con tres partidos distintos es tanto como esperar a que un día la llamada ciencia haga brotar sobre nuestros hombros tres en vez de una cabeza.

“Y piense usted que tal es el grave problema del general Manuel Ávila Camacho”, nos decía en Cuernavaca, con grande preocupación, uno de los más conspicuos senadores ávilacamachistas, agregando:

“Ningún obstáculo encontraríamos en la marcha triunfal del general Ávila Camacho, de no ser por la existencia dentro del ávilacamachismo de esos tres partidos”.

Los tres partidos aparentemente reunidos en torno del exsecretario de la Defensa Nacional son: el maximista, el cardenista y el marxista. De éstos, el más fuerte es el maximista; el más débil, el marxista y el más indeciso, el cardenista.

El marxista, encabezado por el licenciado Lombardo Toledano, se había propuesto obligar a Ávila Camacho a que se hiciese una declaración aprobando las

teorías de Marx, “con garantía a la clase obrera”; pero al rehusarse el exsecretario de la Defensa, hubo de dar un serio contratiempo a Lombardo Toledano, por lo que éste se negó a concurrir al mitin de El Toreo, primero, y después a la manifestación atlixquense, al mismo tiempo que hizo saber su resolución de que sus huestes no ocupasen la Secretaría de Acción Obrera del comité directivo que encabeza Alemán.

El cardenista, llamado así porque si está con el general Ávila Camacho es porque cree que éste es el candidato del presidente Cárdenas, ocupa una posición indecisa, pues es creencia general de que al convencerse de que Cárdenas no tiene candidato, se retirará de la arena.

El maximista, llamado así por ser el gobernador de Puebla su director cumbre, ocupa en el ávilacamachismo el sitio privilegiado, con el consiguiente disgusto de Lombardo Toledano, quien clasifica al maximismo como “grupo reaccionario”.

Expuesta esta situación el senador hizo este interesante comentario:

“Para lograr el triunfo final, será necesario que el general Ávila Camacho forme un solo partido: el ávilacamachista; y creo que para lograrlo no le faltará ni talento ni energía”.

APOLITICISMO POLÍTICO

El apoliticismo es hoy una doctrina de moda... entre políticos; y de seguir extendiéndose la moda, llegará el día en que no se crea ni en la existencia de un escritor apolítico.

Decimos lo anterior porque en un edificio de las calles de San Juan de Letrán, que no es el que ocupan los “salvadores” de don Pancho (Patada) Coss, se han venido reuniendo varios diputados, cuyo número se hace ascender a once, con el objeto de formar un bloque que, al inaugurarse las sesiones del periodo ordinario de las Cámaras federales, se declarará apolítico.

Pretenden estos diputados volver al buen camino; desandar lo andado y reconciliarse con los descos expuestos por el presidente de la República el 1º de septiembre de 1938, cuando recomendó serenidad y paciencia a todos los políticos mexicanos para no sumir al país en agitaciones electorales prematuras.

El nuevo bloque, cuyos miembros han sido invitados con sigilo, hará la promesa pública de abstenerse de participar en la designación de candidato a la Presidencia de la República, para poder dedicar las semanas del periodo ordinario de sesiones a labores legislativas y cooperar, en esta forma, a la resolución de los grandes problemas que tiene encima el Ejecutivo de la nación.

A los trabajos que llevan a cabo estos diputados, la mayoría de ellos vinculados a determinada candidatura presidencial, son conectados los nombres de dos gobernadores de Estado. Uno de estos gobernadores es Chapital, de Oaxaca, de filiación almazanista; el otro es Rojo Gómez, de Hidalgo, de filiación "apolítica".

DINERISMO Y OPORTUNISMO

Los obreros del Estado de Sonora han expedido un manifiesto en el que hacen varias acusaciones al licenciado Vicente Lombardo Toledano. Una de estas acusaciones —quizá la más socorrida nacionalmente— es que Lombardo Toledano ha dispuesto para sí mismo de doscientos y tantos pesos reunidos entre los sindicatos obreros para la construcción de un edificio de la CTM.

La acusación, sin embargo, tiene excesos de literatura, exceso de pasión y exceso de difamación. En Lombardo no hay la ambición del oro; sus exaltaciones tienen otra causa; y si esas exaltaciones contrarían, y a veces hasta indignan, se debe a que en el líder falta un sentido: el sentido heroico. Impulsado por nobles ideas —y ¿quién será capaz de negar los más nobles propósitos al socialismo?—, Lombardo, faltándole lo heroico, en vez del apostolado atrayente, ha hecho un liderismo de violencia sistematizada, mediante el cual sus deseos han perdido todo lo expositivo para convertirse en impositivos.

El exceso impositivo ha llevado al líder a un dislocado oportunismo que, poco a poco, le conduce a una derrota; derrota de él y, desgraciadamente, derrota de los trabajadores.

Signos evidentes de derrota son: la inconformidad creciente entre los trabajadores de convertir una organización económica en una organización política: el acuerdo del comité de la CTM para que los sindicatos trabajasen el 1º de mayo y diesen para la campaña presidencial 50% del salario doble correspondiente a ese día, ya que los sindicatos se rehusaron a cumplir; la resolución de los líderes cetemistas para que los trabajadores contribuyeran con cincuenta mil pesos para la campaña de determinado candidato a la Presidencia de la República y, por último, el desplazamiento de los líderes cetemistas del ávilacamachismo.

Por oportunismo, el licenciado Lombardo Toledano llevó a los sindicatos de la CTM a las filas del ávilacamachismo, no obstante que bien se sabía que la dirección de la campaña en favor del general Ávila Camacho estaba en manos de políticos adversos al socialismo. ¿Qué garantía, no para Lombardo, sino para los sindicatos mexicanos, podía ofrecer la presencia en el comité ávilacamachista de un tipo de creciente calvicie

y de perfil de ave de rapiña, que en San Antonio, Texas, declaró que había que acabar con las "huelguitas"?

No; sobre Lombardo Toledano no puede caer la acusación del dinerismo; pero sí la del oportunismo.

TREINTA AÑOS DE GOBIERNO

Después de la derrota de la rebelión encabezada por el general José Gonzalo Escobar, los amigos del general Plutarco Elías Calles no se contuvieron para apresiar la creencia de que el país entraba en nuevos Treinta Años.

Y para esos Treinta Años, los líderes políticos del callismo empezaron a tomar posiciones, ora en preparativo de carrera ministerial, ora en las jefaturas de los gobiernos de los estados, ora en la militancia de las Cámaras federales. Nunca, después de la caída del porfirismo, el campo político nacional ofrecía tantas perspectivas como las que ofrecía el triunfal carro del callismo.

Los nuevos Treinta Años prometían a los políticos ir de un cargo de "elección popular" a otro: recorrer toda la escala desde la diputación al gabinete o viceversa; y esta esperanza política fue la creadora de un engranaje en el que tuvo que apoyarse el general Cárdenas al ascender al poder.

La caída del general Calles rompió la perspectiva de los Treinta Años, no obstante lo cual las camarillas directoras de la política provinciana siguieron existiendo, con la pretensión de seguir empleando el sistema de hacerlo todo desde la Ciudad de México, mediante el recurso del apoyo de un poder irresponsable.

Una de esas camarillas que en una nueva moral oficial ya no tiene razón de existir, pero que todavía hace esfuerzos por existir, es la que ha venido manejando la política del Estado de Sinaloa. Jefe de ella es el senador Rodolfo T. Loaiza.

Loaiza da la impresión de que nada, en Sinaloa, ha de moverse si no es bajo su dirección. Tiene, por supuesto, en qué apoyarse: durante doce años los diputados locales y federales, los senadores y los gobernadores sinaloenses, han salido del círculo loaicista.

El senador Loaiza discurriré y ordena, políticamente, en nombre de los ciudadanos sinaloenses.

Hoy, México, D.F., 13 de mayo de 1939, año III, vol. IX, núm. 116, pp. 18-19.

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

OTROS MILICIANOS

CAPÍTULO XVI

Siendo México una república democrática, regida por una Constitución, ni los individuos ni las corporaciones deben tener privilegios de ningún género.

Así, si la CTM organiza milicias, ¿por qué otras corporaciones obreras o políticas no han de organizar también las suyas?

Esta pregunta la hacía uno de los líderes de los partidos políticos llamados independientes, al mismo tiempo que informaba sobre el memorial que dirigirán los mencionados partidarios al presidente Cárdenas, comunicándole el acuerdo de organizar otras milicias que han de servir de mayor afianzamiento al poder público.

Pretenden los independientes organizar una milicia cuyas finalidades sean:

- 1.- garantía de paz nacional;
- 2.- apoyo incondicional al presidente de la República;
- 3.- fortalecimiento físico de la juventud que no pertenece a la CTM;
- 4.- desarrollo del espíritu de defensa nacional.

Los autores de este proyecto aclaran que con la organización de la nueva milicia no se intenta hacer un grupo antagonico a la CTM, sino solamente en el caso de que los cetemistas llegasen a enfrentarse al gobierno del general Cárdenas.

Crean, por otra parte, los iniciadores de la nueva milicia, que ésta serviría para establecer un equilibrio social, actualmente descompensado por un privilegio de que parece gozar la CTM, no obstante que la Constitución es terminante en cuanto a la prohibición de privilegios.

DIGNIFICACIÓN DE LA CTM

¡Hay que dignificar la CTM!

He aquí la sobresaliente de las exclamaciones de un grupo de personas que rodeaban al general y diputado Celestino Gasca en San Angel Inn.

El general Gasca ratificaba a media voz: "Hay que dignificar la CTM".

Y hasta la mesa que ocupaba el periodista en el mismo restaurant eran escuchadas expresiones como éstas: "Nos estamos fascistizando, sin quererlo, compañero Gasca"; "Hemos sumado cantidades; y es necesario que hagamos calidades"; "Estamos marchando a un voladero"; "No hemos hecho institución, sino organización". Y de vez en cuando llegaba el rumor de alguna queja contra "el compañero Lombardo", o bien la expresión familiar de "Vicente es así...".

Si el general Gasca festejaba su onomástico o algún triunfo parlamentario o algún éxito comercial en su aserradero en Guerrero o de su rancho de gallinas; o si había reunido a sus amigos para tratar asuntos de la CTM, lo ignoramos. Difícilmente se hubiese podido penetrar en aquella reunión, en la que a veces la voz de la concurrencia adquiría sonoridad de mitin, y otras, cautela de conjuración.

Suspiciousamente, se podría llegar a la conclusión de que el general Gasca no está ni estará conforme nunca en que el licenciado Lombardo Toledano, su examanuense en el gobierno del Distrito Federal, haya llegado a la jefatura de "un millón doscientos mil trabajadores"; pero, sin suspicacias, sólo hay que decir que el tema de los reunidos en San Angel Inn fue el de la "dignificación" de la CTM.

Lástima fue que el periodista no hubiese podido seguir escuchando a los "dignificadores", pues el general Antonio I. Villarreal, quien en esos momentos salía de uno de los "privados" del restaurant, tomándolo del brazo, y después de cambiar un frío saludo con Gasca, le dijo sentenciosamente: "Es de personas mal educadas estar escuchando conversaciones ajenas...".

ASPIRACIÓN JUSTA

Uno de los discursos más cortos y más significativos que se han pronunciado en México en los últimos años fue, sin duda, el que pronunció el gobernador interino de Veracruz, señor Casas Alemán, durante el desfile matutino de obreros de la CTM en Jalapa, Veracruz, el día 1º de mayo. Sabido es por todo México el hecho de la división obrera que existe en aquel estado, entre la CTM y la CROM. Para evitar choques, el 1º de mayo desfilaron ambas organizaciones, pero una en la mañana y otra en la tarde.

Ese día, el gobernador Casas Alemán, ante los contingentes de la CTM, expresó en unas cuantas palabras más que muchos oradores en largos discursos. Dijo que la mayor satisfacción que él podría tener algún día, sería que los trabajadores, un 1º de mayo, desfilaran juntos, todos, absolutamente todos. "Ese día —agregó—, yo me sentiría satisfecho de marchar a la cabeza de la manifestación, hombro con hombro, con los obreros veracruzanos, unidos todos bajo la misma bandera".

Con su corto discurso, el gobernador de Veracruz mostró tener una perfecta visión de los problemas de su estado y de sus posibles y factibles soluciones.

Hoy, México, D.F., 20 de mayo de 1939, año II, vol. IX, núm. 117, p. 7.

LOS PRESIDENCIALES

MÚGICA HACE LA SEMBLANZA DE SUS PROBABLES RIVALES

"Ávila Camacho es bondadoso, el pueblo dirá si quiere de presidente un caballero; Sánchez Tapia tiene talento, pero es indolente, el pueblo dirá si éste es el hombre que quiere"

Con las características del hombre combativo —del combativo que asusta a los timoratos—, que tiene por Evangelio el "If" de Kipling —del poeta del imperialismo británico—; con el talento del superior, que alcanza a ver en la altura a los hombres y a la sociedad, para justificar a aquéllos y para medir a ésta; con el aire del romántico, que a veces lo hace aparecer infantil e ingenuo, es como el general Francisco J. Múgica, candidato a la Presidencia de la República, va surgiendo ante el periodista.

Tras de él —de Múgica— un pergamino enmarcado, en el que se lee:

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
Todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
Si cuando todos dudan, fías en tu valor
Y, al mismo tiempo, sabes excusar su franqueza;
Si puedes esperar y o blanco de mentiras esgrimes la verdad
O siendo odiado, al odio no le das cabida,
Y ni endulzas tu juicio ni ostentas tu bondad...

Frente a él, los periódicos de todos los matices, las cartas de los amigos y admiradores, los retratos de los hombres y los libros de las ideas, de quienes y de las que ha de hablar.

En él, serenidad y pasión; serenidad ante los hombres, pasión por las ideas; tanto de serenidad y tanto de pasión surge una visión del romántico con un poco de siglo pasado que no puede alejarse del híbrido enciclopedismo.

Y si éste es el retrato moral de Múgica, el físico es consecuencia de aquél. Elevada la frente, tan elevada que forma un serio contraste con la pequeñez de su cuerpo; ágil y viva la mirada, con los ojillos despiertos y luminosos de quien ha doblado al cabo de los cincuenta años y sigue amando y pensando en la vida; la barba cuadrada, con dos gruesos surcos que caen sobre sus lados y que hablan de energía y de resolución; las orejeras hacia atrás, con amplia cuenca, como la del nervioso en quien hace gran efecto todo lo auditivo; con los labios delgados y secos, que no siempre cubren la dentadura irregular y pequeña.

Físicamente y, sobre todo, cuando habla con calor, o bien cuando hay en él un analítico —y el análisis es el poder mayor de su pensamiento—, el general Múgica tiene un gran parecido con el ilustre José Vasconcelos. “No lo sé”, me dice cuando hago de su presencia esta observación, y agrega: “Vasconcelos es también combativo; pero ojalá tuviera yo su cultura y su talento”.

Y en la ropa de vestir lleva una unidad con su temperamento y con su fisonomía. El nudo de la corbata suelto e inclinado hacia un lado; un chaleco entallado al cuerpo, y del que, en la parte superior, sobresale un suéter café; un flux mascota, con una línea diluida en el pantalón; unos botines bayos, de resorte, como los que usaban los abuelitos.

Cuando lee o cuando escribe, calza anteojos con aros de carey. Escribe con inusitada rapidez, haciendo rechinar la pluma sobre el papel; y con la rapidez con que escribe es con la que habla, aunque teniendo la virtud de, al referirse a problemas trascendentales, saber ser cauto en sus expresiones, aunque sin que nunca las rectifique, pero sí las complementa.

—Tendremos un mano a mano— me dice mientras se sienta, cruza la pierna, se pone una mano en el bolsillo del pantalón, en tanto que con la otra toma, nervioso, sus anteojos que están sobre el escritorio.

DOS FACTORES PODEROSOS

Sin hacerse esperar, y al preguntarle cuál es el panorama político que en estos momentos ofrece el país, contesta diciendo que, en primer término, existen dos sectores

poderosos; “poderosos —aclara— no porque sean las fuerzas únicas de México, sino por su organización”. Estos dos sectores son el campesino y el obrero.

Por su número, por lo que representan en la economía rural, el campesino debería significar el factor número uno en las luchas cívicas; en la presidencial, más concretamente. Pero el campesino, en su mayoría, está dominado: A) por los gobernadores; B) por los líderes profesionales. Aquéllos y éstos, queriendo tener en su manos un poder que es contrario a los principios institucionales; que pone una muralla ante las expresiones de libertad, han recurrido a la organización maffista.

Después de esta generalización, Múgica va analizando el valer del campesino, la participación que ha tenido en las contiendas políticas y guerreras; lo que en el ejido y en la región colectivizada va representando para la economía del país y para su propio bienestar. Hace ver cómo se desarrolla la influencia del líder y del gobernante local, y cómo el hombre de campo necesita libertarse del tutelaje para alcanzar las prerrogativas y los anhelos en que se fundaron los principios de la Revolución mexicana.

Hace ver todos los esfuerzos realizados por el gobierno del presidente Cárdenas, tendientes a llevar al campesino a una mejor vida social y económica, aclarando que, si la organización campesina sigue dominada por los políticos y profesionales y por los gobernadores de los estados, se debe a que esa organización está fundamentada en los métodos que le imprimió el portesgilismo. Y esto hace recordar, no a él, sino al periodista que fue Portes Gil, quien inició el sistema de organización campesina que priva en los campos mexicanos, con fines que, desde 1935, fueron significados como de “aprovechamiento de las masas rurales para futuros políticos”.

LA ORGANIZACIÓN OBRERA

Después de hablar de las condiciones de la organización campesina, el general Múgica pasa al examen de la organización obrera.

El obrero, más en contacto con la vida citadina, con caracteres de mayor independencia, no puede ser sometido tan fácilmente a las demandas de sus líderes.

Ha faltado en los medios obreros coordinación, sentido de unificación de clase; han sobrado líderes. La CTM representa un fuerte movimiento de masas; la CGT y la CROM son las confederaciones tradicionales. En los líderes de la CTM existe un sentido de burocratismo, perjudicial para sus representados.

Pero sobre lo que se pueda esperar de los líderes, hay que esperar más de las masas. Un despertar cívico, impulsado ya por el presidente Cárdenas, puede conducir a los obreros a una participación activa y resuelta en la próxima campaña presidencial.

EL SECTOR POPULAR

Y, ¿el sector popular? Este sector, dice el general Múgica, está formado por otros grupos sociales que carecen de organización, pero no por ello sin importancia para el país. Desgraciadamente esos grupos sociales insisten en su indiferencia, en el alejamiento de los problemas cívicos; y esta indiferencia proviene del temor y de la falta de líderes. Sin embargo, ¿por qué no creer que el sector popular esté llamado a desempeñar un papel de importancia en la actual contienda electoral?

¿Que pueden existir temores de que dentro de este sector se manifiestan tendencias reaccionarias?

El general Múgica responde —y éstas son sus propias palabras:

—¿Reacción? La reacción ya no existe en México. Después de los sacudimientos de los últimos años, después del gobierno del general Cárdenas, después de una serie de enseñanzas que el país ha tenido, podemos decir que la reacción no existe. Existirá en ciertos sectores que no están de acuerdo con los progresos de las clases laborantes en los últimos años; habrá timoratos ante las grandes empresas que se han realizado; habrá quienes no crean en la obra social; pero no hay grupos que pretendan destruir lo que la Revolución ha hecho en un largo y ya consolidado periodo revolucionario. No; no es a la reacción, que no existe, a la que se debe temer; es a la indiferencia a la única que debemos combatir; y es necesario combatirla para que el país, al unísono, pueda seguir por el camino de las conquistas que la Revolución ha logrado.

EL SECTOR MILITAR

Termina el general Múgica el análisis de la situación, refiriéndose al sector militar. Tiene éste grandes problemas que resolver; pero esos problemas, como los de los sectores campesino, obrero y popular, no han de ser resueltos separadamente.

Y como prueba de que, a su parecer, esos problemas deben ser resueltos conjuntamente, el general Múgica se expresa contrario a la idea de que por separado se efectúen convenciones obreras y campesinas para elegir candidato a la Presidencia de la República.

—Si el propósito de que exista un partido político es precisamente para la conservación de la unidad, ¿por qué entonces los líderes de los sectores obrero y campesino se anticipan a celebrar sus convenciones?— pregunta el general Múgica, y agrega:

—Si el sector campesino elige a su candidato; si el sector obrero al suyo, esto quiere decir que los sectores militar y popular tienen también derecho a efectuar sus conven-

ciones; y sobre el orden político que el presidente de la República quiso imprimir a las expresiones cívicas, a través de un partido, tenemos el desorden que imprimen los líderes políticos.

Una observación del periodista produce una réplica violenta del general Múgica. Esta observación consiste en que, teniendo los sectores campesino y obrero dentro del PRM, la mayoría numérica, al efectuarse las convenciones de las centrales campesina y obrera y al designar éstas a su candidato presidencial, el candidato que resulte triunfante en esas convenciones tendrá también que resultarlo en la convención nacional del partido, lo que quiere decir que, después del último de febrero, la campaña electoral dentro del partido oficial habrá terminado, ya que los hombres que no se hayan visto agraciados con el voto de la mayoría no tendrán ya posibilidad de triunfar en la convención de noviembre.

—Es justa la observación, y la precipitación de los líderes políticos no sé a dónde nos conducirá— exclama el general.

—Y ¿qué haría en este caso?— pregunto al candidato, quien contesta:

—No lo podré decir; pero si hemos dado fin al régimen de los caudillistas, si estamos pisando el terreno de la democracia, si queremos conocer realmente la voluntad popular, no es posible acatar los designios del liderismo.

Por un instante, el general Múgica ha perdido la serenidad; el fuego de la pasión le ha exaltado; pero pronto vuelve a la tranquilidad anunciando que, de un momento a otro, saldrá a recorrer el país.

—Un candidato debe ir a ponerse en contacto con las masas, con las necesidades del país y no esperar a que todo lo hagan los líderes— dice.

SUS RIVALES

—Y ¿qué opinión tiene usted de sus rivales?— pregunto en seguida.

—¿Cómo cree usted que puedo darle tal opinión? A los generales Sánchez Tapia y Ávila Camacho los deben juzgar los electores y no yo— responde.

Sonríe maliciosamente, y como observara que habiendo sido funcionarios los tres de un mismo régimen, debió haberlos tratado y conocido, y que lo que ese trato y conocimiento dedujo sería muy interesante saber.

—Ciertamente, los traté y los conozco— dice, después de tomar buen acomodo en su sillón, y prosigue:

“Estimo que es injusto pretender que el general Ávila Camacho no tiene méritos revolucionarios por no ser del grupo de 1910. ¿Por qué hemos de exigir que un can-

didato presidencial sea precisamente de ese grupo? Yo no creo que la Presidencia de la República sea un premio por antigüedad en las filas revolucionarias. La Presidencia ha de darla el pueblo mexicano a quien considere más apto para conocer y resolver sus problemas trascendentales; a quien esté más identificado con el programa de progresos realizado y por realizar”.

El general Múgica hace una grave pausa. Frente a él, y sobre el escritorio, está un recorte de periódico en el que sobresale el retrato de Ávila Camacho.

—El general Ávila Camacho —continúa Múgica, después de la grave pausa— es un distinguido jefe del Ejército Nacional y tiene grandes cualidades, de las que yo no voy a juzgar, sino de las que juzgarán los ciudadanos.

“Es un hombre de talento; y el pueblo dirá si quiere un hombre de talento; es un hombre bondadoso en extremo; y los ciudadanos mexicanos dirán si quieren como presidente a un hombre bondadoso; es todo un caballero, y el pueblo dirá si quiere un caballero”.

—Y ¿es el general Ávila Camacho hombre combativo?— le pregunto.

—No; no lo es; pero los ciudadanos dirán si quieren en la Presidencia a un hombre no combativo— añade Múgica, y sigue con el retrato del general Sánchez Tapia, diciendo:

—El general Sánchez Tapia es un hombre con gran talento, con mucho talento; pero refrenado por la indolencia. De las veinticuatro horas del día, tiene cinco minutos de productividad; el resto del tiempo es indolente. Los ciudadanos mexicanos serán los que resuelvan si éste es el hombre que quieren para el Ejecutivo de la nación.

Múgica hace un nuevo alto en su plática y, sonriendo, pide:

—Si reproduce estas palabras mías, hágame el favor de hacer esa reproducción, sin la menor ironía...

Luego dice cuánto desea que la campaña electoral se desarrolle tranquilamente, prometiendo que de sus labios no se escuchará una frase hiriente para sus rivales.

LA SALIDA DEL MINISTERIO

—¿Y es cierto —pregunto— que a usted y a Ávila Camacho los “tumbó” Sánchez Tapia?

—Todo tiene su explicación —contesta—. Todo tiene su explicación. Sánchez Tapia, hablando conmigo y con Ávila Camacho, nos pidió igualdad de condiciones. Yo le hice ver que yo había condenado toda agitación electoral prematura; que a ninguno de mis amigos le había permitido que me hablara de próximas actividades políticas;

que mi Secretaría tenía instrucciones desde que mi nombre andaba en los corrillos políticos, de que abstuviera de pasarme la correspondencia de mis amigos en la que hubiera alusión al problema de la sucesión presidencial. Yo, ajeno a la contienda precipitada, continuaba entregado a las labores de la Secretaría de Comunicaciones y era mi deseo seguir colaborando con el presidente de la República; pero pensé que si no renunciaba ante la petición de “igualdad de condiciones” que exigía Sánchez Tapia, se llegaría a pensar que yo podía utilizar el presupuesto ministerial para trabajos políticos, y como siempre he sido enemigo de despertar suspicacias y, como conozco la rectitud del general Cárdenas, preferí acceder a las demandas de Sánchez Tapia”.

Y como le preguntara qué había de los rumores que corren por todo México en el sentido de que el general Sánchez Tapia está recibiendo dinero, para su campaña presidencial, de fuertes intereses capitalistas y de que, a través del coronel Bolívar Sierra, se ha unido a los callistas, contestó severo:

—Eso no lo sé...

Y también con otro “eso no lo sé”, me contestó a la pregunta que le hice de cómo era posible que un candidato presidencial que, como el general Ávila Camacho, está considerado como hombre honesto, se hubiese rodeado de hombres que están muy lejos de tener autoridad moral en el país.

AMARO Y MAGAÑA

Todavía ceñudo, después de su “eso no lo sé”, el general Múgica, contestó así la pregunta que le hice sobre qué opinión tenía del general Joaquín Amaro.

—¿A qué se debe esa pregunta? ¿Cree usted que Amaro sea candidato? Yo no lo creo. Amaro no es más que un soldado.

—¿Quiere eso decir, que aparte de Ávila, de Tapia y de usted, no habrá más candidatos?

—Todo ciudadano mexicano tiene derecho a ser candidato a la Presidencia de la República; y pienso que posiblemente surjan otros hombres.

—Se dice— insisto— que hay trabajos a favor del gobernador de Michoacán, general Gildardo Magaña.

—Gildardo— responde— es mi amigo; somos dos viejos amigos. Nos conocimos en la juventud; mi padre debió favores al padre de Gildardo, que era en Zamora una persona acomodada; Gildardo es un revolucionario, un hombre de talento, ponderado, con dotes de gobernante. Muchos amigos me han dicho que es necesaria una alianza entre Magaña y yo, y les he respondido que las alianzas se hacen entre enemi-

gos y no entre amigos. Además, tengo la seguridad de que Gildardo no será candidato, porque es hombre demasiado sereno y demasiado juicioso para no autopostularse.

En seguida, el general Múgica, con agilidad y penetración, acude a los problemas nacionales; los repasa en cuanto a lo que se ha hecho durante el gobierno del presidente Cárdenas; los expone como una necesidad de continuidad para el futuro.

Nada pasa inadvertido para él. En sus palabras no hay promesas de político, ni exaltaciones de demagogo. Formó una Constitución y sería contrario a los mandatos de la tradición del hombre ser contrario a lo que él forjó.

Si hay recelos respecto a Múgica es por su agresividad, por el tono de combate que da a su pensamiento y a su acción.

México será —si es de creerse en la democracia— quien diga, después de conocer a los hombres y los principios morales y políticos de éstos, si es que le conviene, para que ocupe la Presidencia de la República, del 1º de diciembre de 1940 al 30 de noviembre de 1946, un combativo como Múgica o un equilibrado como Magaña o un caballero como Ávila o un soldado como Amaro o un hombre de talento, pero indolente, como Sánchez Tapia.

Hoy, México, D.F., 18 de febrero de 1939, año II, vol. VIII, núm. 104, pp. 26-27, 60.

AMARO ES IDEALISTA, DICE EL GRAL. AMARO

Declara que no piensa levantarse en armas, sino convertirse en un misionero que, con toda pasión, provocará un despertar cívico

Un hombre de tez oscura, de menudas facciones, con el cabello un poco crespo echado para atrás y que descubre una frente en la que si no hay luminosidad, sí hay revelación de orgullo y de sentido común; que en la mirada del único ojo que tiene existe pasión y dominio, es el hombre que por estos días es el más discutido de México.

Habla quedamente, con la voz un poco tipluda, y sin contracciones en su rostro. Ríe poco; pero cuando ríe, deja escapar un ja, ja, ja gangoso, enseñando unos dientes blanquísimos y largos.

Nada parece ser artificial en él, a excepción de la postura que toma cuando se pone de pie. Entonces levanta la cabeza, con gesto de mando en sus labios; erguido el pecho; parece soldado y dicen que lo es —que quizá es el mejor soldado mexicano.

Viste, sin embargo, de civil: una americana color azul marino con rayitas blancas, de cuatro botones, untada al cuerpo; una camisa blanca con pequeños dibujos negros; una corbata roja, de seda, esparcida elegante y cuidadosamente sobre el pecho. Calza zapatos bajos, negros, tan lustrosos como si fuesen de charol.

Se sienta con parsimonia, pone la cabeza de lado, examina al visitante de pies a cabeza, enlaza los dedos de sus manos —unas manos grandes con fuertes dedos, como

dedos de campirano—, cruza la pierna moviéndose ligeramente en la silla y se dispone a escuchar.

El hombre que tengo frente a mí es Joaquín Amaro, guerrero durante la guerra civil mexicana; secretario de Guerra y Marina y director de Educación Militar en el régimen callista; jefe de un partido político y posible candidato a la Presidencia de la República actualmente; hombre que ha hecho despertar celos y suspicacias entre los celosos y suspicaces cortesanos, y autor de un manifiesto en el que dice lo malo de un régimen, olvidando que la reputación del hombre más puro que exista sobre la Tierra, como de la nación más civilizada que haya en los cinco continentes, puede ser destruida cuando sólo se habla de sus vicios sin dar fe de sus virtudes.

CUATRO AÑOS DE OLVIDO

Hacía casi cuatro años que el nombre de Amaro no aparecía en el cartel de la política nacional. Nadie quería acordarse de él; como nadie quería acordarse más de quienes sirvieron a un régimen que fue grande a través de miserables cortesanos —de cortesanos más envilecidos que los de la imperial república porfirista—, pero que para la mayoría nacional fue empequeñeciendo por sus arbitrariedades.

Amaro vivió en los últimos cuatro años en el aislamiento, dedicado al estudio, obteniendo ventajas en sus estudios y formando un hogar incomparable. Rodeado de su madre, de su esposa y de sus ocho hijos, no sabía más que dos cosas: que era soldado y que era padre de familia.

Una hermosa residencia en la prolongación del Paseo de la Reforma, construida de cantera, con una mezcla de líneas del afrancesamiento porfirista y del modernismo arquitectónico, plantada en medio de veinte mil metros cuadrados cubiertos de césped, de árboles y de rosales, con mesas de tenis, con caballerizas, garages, gallineros y casas de servicio en el fondo, ha sido desde hace largos años la casa de la familia Amaro.

Disfrutaba el divisionario de la tranquilidad burguesa, cuando apenas iniciada la campaña presidencial, el nombre de Amaro volvió a aparecer en el cartel político nacional, sin que, por de pronto la actitud que éste pudiese tomar en la política mexicana despertase pasiones y suspicacias hasta el día en que los periódicos diarios insertaron su manifiesto dirigido a la nación.

Amaro fue, a partir de ese instante, no solamente el hombre que atrajo hacia sí la atención nacional, sino el más discutido de los mexicanos. Quienes hasta hace pocos años le llamaban el "Jefe Amaro", quienes hacían imprimir los discursos e informes del

que fuera secretario de Guerra y Marina, volcaron como respuesta al manifiesto todas sus injurias y dijeron lo que antes consideraban calumnioso para Amaro.

—Me injurian porque no tienen argumentos para rebatir mis argumentos— observa Amaro, apenas iniciada la plática.

Sin embargo, si los antiguos admiradores del general no tienen esos argumentos y se ven obligados a recurrir a la injuria y a la calumnia, al exsecretario de Guerra y Marina parece olvidársele que sí los tiene la nación; que si se acusa al presidente Cárdenas de mantener a la nación en estado caótico, puede responder que es falso porque nunca en el caos reina la paz que hoy reina; que si ante la nación se acusa a Cárdenas de estar rodeado de líderes perniciosos, la nación tendrá que recordar que líderes también hubo en el régimen callista, y líderes que mataron y robaron; que si a Cárdenas se le acusa de estar gobernando al margen de la ley, la nación hará recuerdo del gobierno de irresponsabilidad callista.

PEQUEÑECES

Amaro, sin embargo, parece triunfal, sin interesarle lo que de él se diga.

—Ésas son pequeñeces; lo que yo ambiciono, lo que yo quiero para México, son pensamientos y los hechos trascendentales. Miremos todos nuestros problemas desde la altura... —asienta el exministro.

Y seguidamente, viene un diálogo entre el militar y el periodista.

—¿Cuáles son los problemas fundamentales de México? —le pregunto.

Amaro se incorpora, y como viera que no hacía ningún preparativo para anotar sus palabras, pone a mi disposición una hoja de papel y un lápiz; se quita los anteojos, desenvuelve las piernas y dicta:

—Son múltiples. El principal de ellos es el económico, pues nos encontramos en bancarrota. El ambiente de desconfianza general desquició la producción, especialmente la agrícola, deteriorando un estado de miseria que está en su apogeo por el alto costo de la vida.

—Y ¿qué debe hacerse para lograr el bienestar económico en la mayoría nacional? —vuelvo a interrogar.

Con tranquilidad, y pareciendo muy seguro de lo que dice, y ya sin visible preocupación de ver si escribo o no lo que contesta, asegura:

—Colocarnos en las realidades internas en que vivimos, rectificando los procedimientos que han sido empleados, y por virtud de los cuales se ha creado esta situación angustiosa.

Muy atento a mis palabras, el general escucha impasible mi nueva pregunta:

—¿Cree usted que el Estado debe seguir refaccionando económicamente a los ejidatarios?

—Sí —contesta inmediatamente—. Se detiene, y muy despacio dice:

—Sí; pero en condiciones distintas a las actuales, alejando de la politiquería el crédito ejidal.

EL BANCO DE MÉXICO

—Y ¿qué opina de los bancos? —le pregunto; y como hiciera un medido grato de sorpresa, agregó: —Más concretamente: ¿cuál debe ser la misión principal del Banco de México?

Me mira con un poco de desconfianza; parece que cree que al hacer esta pregunta pretendo hacer alusión a los negocios que el callismo pudo hacer en torno de especulaciones bancarias. Se rehace pronto, y pidiéndome que escriba sus palabras, me dicta:

—Éste es un asunto técnico, del resorte de los técnicos. Pero le expondré mi idea lisa y llana. El Banco debe ser nuestro órgano vital de crédito interior y exterior y a su alrededor gravita nuestro sistema monetario. Cuando se atacan sus reservas y después se pretende reconstruirlas con malabarismo en su contabilidad; cuando se viola la ley y el sobregiro ilegal del gobierno va siempre en aumento, entonces nuestros sistemas bancario y monetario están amenazados. Habría que reformar la ley para evitar en lo futuro estos peligros.

Estoy por decirle que la ley ha sido reformada; que conforme esa ley, el Banco de México no puede hacer más préstamos al gobierno. Y a decirle también, que si como ésta es toda la crítica, es inconsciente y sólo la ignorancia podrá gozarse en ella. Pero me detengo, pues ¿qué papel harían el periodista que en lugar de entrevistar se dedicara a polemizar con el entrevistado?

El general, impaciente, espera nuevas preguntas; y pregunto:

—¿Cree usted que debe continuar reparto y dotación de ejidos?

—Por lo que se refiere al reparto y dotación de ejidos, debe proseguirse para liquidar este problema en la forma mas sensata y eficaz.

—Y ¿cree usted que debe desaparecer totalmente la hacienda, como finca de explotación agrícola?

—La hacienda —responde el general— como latifundio ha desaparecido de hecho. Por lo que toca a las extensiones dedicadas a la ganadería, que la ley autoriza, deben respetarse y ser objeto de protección y estímulo.

Atentamente espera mi nueva pregunta, que es ésta:

—¿Debe el Estado limitar el derecho de propiedad privada?

El exsecretario de Guerra contesta:

Seguramente. La propiedad privada debe tener como límite el interés público y esta noción no se discute ya. Nuestra Carta Magna la consagra.

LA CUESTIÓN DEL PETRÓLEO

—Entonces —añado—, ¿está justificada la expropiación petrolera? Según usted, ¿el país debe o no debe devolver los bienes de las empresas petroleras? Y si no los devuelve, ¿debe pagarlos? Y si los ha de pagar, ¿cómo pagarlos?

El general con tranquilidad me dice:

—Aunque su pregunta es en extremo delicada en los momentos actuales, tengo el deber de contestarla con absoluta claridad. Pecaría de insincero si no dijese que he reflexionado hondamente en este problema, el cual afecta los intereses actuales y futuros de mi país.

Naturalmente, desearía, como mexicano, que México confirmara de una buena vez y en forma honorable la propiedad de los bienes petroleros. Pero la solución debe ser de tal naturaleza, que estemos capacitados para cumplirla. En ningún caso, por salir momentáneamente airosos sin profundas heridas en nuestro amor propio, debemos hacer concesiones envolviéndolas en un ropaje engañoso, pues así pagaríamos más tarde, con creces, las satisfacciones efímeras del presente.

UN PARÉNTESIS

Hay que hacer un alto en el interrogatorio. Un exsenador hace saber al general Amaro que varias personas, que se encuentran en el pórtico de la residencia, necesitan hablarle con urgencia.

Con aire de señor nacido en las mejores cumbres, el divisionario se pone de pie, y pide: “Me va a hacer el favor de perdonarme unos minutos para hablar con mis amigos, y después quedará nuevamente a sus órdenes”.

Se ausenta, y durante su ausencia examiné la estancia. Son dos salones unidos por ancha puerta. En uno, en el más pequeño, un sencillo escritorio de metal; en el otro, una mesa ministerial rodeada de sillas. Sobre los muros del pequeño despacho hay dos

retratos: uno de don Francisco I. Madero, el presidente de la civilización mexicana, y el otro del general Gertrudis Sánchez, a cuyas órdenes militó Amaro por varios años. Los muros de la pieza mayor están cubiertas de estantes cuajados de libros. Bajo los libros, hay una infinidad de pedazos de cartón con letras. Éstas son las iniciales de los autores de las obras. Allí están los clásicos españoles; allá varias obras de historia universal. Dos estantes están llenos de libros de historia mexicana. En el centro de éstos las obras de José Vasconcelos, hermosamente empastadas. Bajo algunos libros se ven unos pedazos de cartón marcados con rayas de lápiz color azul. ¿Serán los libros predilectos del dueño de la casa?

Veo otros estantes llenos de obras militares, todas empastadas y arregladas con mucho orden. Sobre estos estantes está un retrato del general Plutarco Elías Calles, luciendo la banda presidencial que ostentó sin tener méritos.

LEYENDAS

Amaro, entretanto, ha regresado. Estoy frente a él; y como me habla de otras cosas que no se refieren a la política militante, puedo verlo más íntimamente.

Habla con pasión de sus hijos y de su señora esposa. Cuando hace alguna alusión a su señora madre, dice: "Mi mamacita", o bien "Mi mamacita amada".

Me refiere cómo fue su juventud. Lo hace con muchos detalles, señalando fechas, dando a conocer nombres. Tiene 47 años de edad, pero no representa más de 40.

Para México, todavía existe la leyenda del "indio Amaro" y del "hombre de la arracada". Cuando le digo esto, ríe como un buen muchacho. Amaro ni es indio yaqui ni usó arracada.

Amaro nació en el Estado de Zacatecas, pero pasó su niñez en la ciudad de Durango, haciendo su instrucción primaria elemental y superior en el colegio Guadalupano; estudió teneduría de libros y fue ayudante del tenedor de libros de la hacienda del Sau-cillo; después fue dependiente en una de las importantes tiendas de Durango; más tarde estableció su propio comercio. Su padre, don Antonio Amaro, fue amigo y partidario del señor Madero y murió peleando al comenzar la revolución de 1910.

Cuando le observo que su escritura es fina, me dice:

—Pues, ¿qué no ve que de muchacho fui aplicado y me dediqué mucho a la escritura de los libros de contabilidad?

Le digo que de él se dicen muchas cosas, y me contesta:

—Pequeñeces, Valadés, pequeñeces... Todo revolucionario está expuesto a la leyenda.

Poco a poco, el general va tomando confianza. Un signo de confianza que parece que hay en él es que habla con mayor rapidez, rompiendo a veces las palabras, con un acento norteño, del norte aguerrido, franco, abierto. Deja entonces de usar el pronombre personal para decir, cuando habla en primera persona: "el general Amaro", o bien "Joaquín Amaro". Así dice: "El general Amaro quiere que sus hijos sean hombres de provecho" o "éstos son los libros que ha seleccionado Joaquín Amaro para la lectura de esta semana".

"BETO"

Y no es todo. Hace dos o tres horas que platicamos. Creo que me ha hablado con el corazón, sin buscar ya el efecto que sus palabras, transmitidas al público, pudieran causar en éste... No habla de políticos ni de negocios políticos; habla de historia, de su pasado; de un gran proyecto escolar: primero, a cada cosa que decía, me preguntaba:

—¿Qué le parece, Valadés, qué le parece? Pero más adelante, la pregunta era invariablemente así: —¿Qué le parece "beto", yo siempre he sido un idealista, "beto"; más adelante, refiriéndose a un pasaje de su vida de revolucionario: "Llegamos, "beto", frente a Tacámbaro, y mi general Sánchez, "beto", nos dio los dispositivos de combate, "beto".

Me cuenta páginas enteras de su vida, llenas de interés y de colorido, advirtiéndome: "Y mire, "beto", lo que le dice el general Amaro es la verdad, "beto". Lo que pasa es que a Joaquín Amaro no le agrada la publicidad, y le ruego que lo que le estoy contando no lo publique, "beto".

Pero, ¿cómo no dar este apunte del Amaro íntimo, que revela al hombre sencillo, con un poco de ingenuidad infantil, cuando no ha faltado quien le pinte como una fiera? ¿Por qué no hacer estas instantáneas, que se alejan de la pose del político?

Y después de la anterior explicación, cabe preguntar: ¿Por qué tanto encono contra el hombre que expone sus ideas o sus críticas? Un prominente político me ha dicho a este respecto: "México no es como Inglaterra. En Inglaterra un político que habla como Amaro no es un peligro para la tranquilidad del país; pero en México. Amaro, con su manifiesto, ha incitado a la rebelión".

Mas esta apreciación es exagerada. En la tranquilidad de Amaro no hay nada que denote premeditación para el ejercicio de la violencia. Y si México cuenta con un presidente como Cárdenas, que, quíerese o no, tiene gran arraigo en el país, ¿por qué desconfiar de lo que pudiera hacer Amaro? ¿Por qué alarmarse?

RESPECTO AL PRESIDENTE

Pensando en éste, le pregunto al exsecretario de Guerra:

—¿Cuáles son sus relaciones con el presidente de la República?

—La de completo respeto a su investidura oficial —responde con prontitud.

—¿Será usted candidato a la Presidencia de la República? —le interrogo.

El general Amaro parece dispuesto a seguir contestando el interrogatorio político. Se sienta nuevamente. Pone a mi alcance por segunda vez el papel y el lápiz, y habiendo repetido mi pregunta, contesta:

—No lo sé; estaré en el lugar que me indique mi partido y en último análisis al servicio de mi país.

—Y, si no es usted candidato a la Presidencia de la República, ¿qué papel desempeñará en la campaña?

Amaro contesta secamente:

—Repito que el que designe mi partido.

—¿Cuál es su mayor deseo en esta campaña presidencial?

—Que la opinión pública se organice para apoyar el programa constructivo que sirva de norma al nuevo gobierno.

Prosigo:

—¿Cree usted que el pueblo mexicano libremente pueda acudir a depositar su voto el primer domingo de julio de 1940?

—Sí lo creo, y es mi deseo.

—Luego, ¿no cree usted que habrá imposición de determinado candidato?

—Los procedimientos que emplee el partido oficial nos darán la respuesta.

UNIFICACIÓN

Pendiente de que yo escribo sus palabras, Amaro sigue escuchando las siguientes preguntas y dando las respectivas respuestas. Pregunto:

—¿Cree usted posible la realización de un frente único de todos los partidos opositoristas?

Respuesta:

—No sólo lo creo posible. Estoy absolutamente seguro de que se hará. En todos los partidos independientes campea el deseo de buscar el bien del pueblo y ese sentimiento desinteresado realizará la unificación.

Pregunta:

—¿Cree usted que los hombres que colaboran en regímenes pasados deben volver a colaborar con un nuevo régimen?

Respuesta:

—El país necesita de todos sus hombres útiles.

Pregunta:

—¿Qué conexiones tiene usted con el general Calles? Y ¿cuáles con el presidente Rodríguez?

Respuesta:

—Fueron mis compañeros de lucha y fueron mis jefes; continuarán siendo mis amigos. Siempre he sabido ser leal a mis amigos y conservar mis amistades.

EL MUNICIPIO LIBRE

Amaro sonríe esperando nuevas preguntas, y como observara que por mi parte lo que deseo es seguir conociendo su pensamiento en otros problemas nacionales, habla del municipio libre, de la Universidad Nacional Autónoma.

—El ayuntamiento —empieza diciendo—, debe ser una institución esencialmente administrativa. Con franqueza diré, que soy un entusiasta del municipio libre, como que él constituye la celdilla de nuestra organización política. Si esta celdilla está sana, el organismo democrático será un organismo sano.

Y como llegado a este punto le interrumpo preguntándole si el ayuntamiento debe ser una institución de dirección política o una institución administrativa, me contesta:

—Esa pregunta me desconcierta. Porque, ¿no cree usted que la política es precisamente, o debería serlo, la buena administración de la cosa pública?

Amaro continúa:

“Pero si importante es la función municipal, importante también, por no decir trascendental, es la función cultural de la Universidad Nacional de México. La Universidad es el más elevado centro de nuestra cultura. Creo que la Universidad debe gozar de libertad absoluta de cátedra y de examen; y que el Estado está obligado, mientras se consigue la independencia económica de la Universidad, a asegurarle su subsistencia.

El general Amaro recuerda enseguida la obra educativa que hizo en la Secretaría de Guerra y Marina, lamentando que Vasconcelos, al hablar de la educación nacional, no se haya referido el esfuerzo que el gobierno hizo con el objeto de educar a los militares, y entonces le preguntara cuál capítulo de presupuesto de egresos de la República debería tener preferencia, sin titubear me contestó: “El de educación”.

—Y, en general —agrego—, ¿cree usted que debe seguir existiendo la escuela en la que se imparta enseñanza de la moral cristiana en la condición de misterio y de ocultación en que se encuentra actualmente?

—No —responde—. La escuela clandestina no debe existir, cualquiera que sean sus tendencias; la moral cristiana o cualquier otra, son del dominio del hogar.

LOS SINDICATOS

Se vuelve el general Amaro hacia los problemas sindicales, y como le preguntara qué relaciones estima que deben existir entre el Estado y los sindicatos obreros, lacónicamente contesta: “las que marcan la ley”.

Se detiene, y me pide:

—Hágame el favor de que recalque usted mi respuesta, que implica mi respeto a la ley, mi desecho de que en mi país impere la ley; pues no hay tiranía, por benéfica que se le suponga, que compense a un pueblo por la conculcación de sus leyes.

Amaro hace una pausa y, con mucha energía, asienta:

“Pero no crea usted que eludo los alcances velados de este asunto, y voy a extenderme.

“Es deber del Estado procurar que la producción satisfaga las necesidades colectivas; por lo tanto debe proteger y dar apoyo decidido a todos los organismos tendientes a estabilizar y a equilibrar esa producción. Organismo de esa especie son los sindicatos”.

Y como a continuación le preguntara si el Estado debe limitar el derecho de huelga, contestó con laconismo y firmeza:

—Sí; ya lo he expresado claramente.

Habla después de las juntas de conciliación y arbitraje, diciendo: —Es indispensable combatir enérgicamente la corrupción que prevalece en los elementos que intervienen en el funcionamiento de las juntas de conciliación.

Como el general señala algunos errores en el funcionamiento sindical, le pregunto su opinión sobre la administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales de México, y expone:

—Dado el poco tiempo que está en poder de los obreros la administración de los ferrocarriles, y las circunstancias desastrosas en que les fueron entregados, sería prematuro hacer un juicio definitivo.

Observo que la respuesta es muy “política”; pero el general Amaro, severo, contesta:

—Estoy diciendo la verdad.

MÉXICO DEBE RECONOCER A FRANCO

Hace poco más de cuatro horas que estoy hablando con el general Amaro. Sonriente, quiere saber si tengo más preguntas que hacerle.

—Cinco más, general— le digo.

—Hombre, que sean tres— contesta amable.

Le pregunto, entonces, si México debe establecer relaciones diplomáticas con España en caso de que triunfe el general Franco, y me contesta:

—Los principales países del mundo, y especialmente de la América hispana, viviendo las realidades internacionales, han reconocido a ese gobierno. México, de honda cepa española, deberá hacerlo.

—¿Y debe ser protegida la inmigración española o la judía?

Con su habilidad, el exsecretario de Guerra, me dice:

—Antes que nada, debe resolverse la situación de los mexicanos, en nuestro país, y la de los que están en el extranjero; y más adelante, previo estudio que se haga de la inmigración, abrir nuestras fronteras a los que se consideran útiles para el progreso de nuestra nación.

—La última pregunta, general. Será la última —le prometo—. ¿Cree usted que México debe ampliar sus tratados comerciales con los países extranjeros y principalmente con los Estados Unidos?

—Sí —contesta—. Debe ampliarse el intercambio comercial con todos los países del mundo, y especialmente con los Estados Unidos, por ser nuestro vecino.

El general Amaro ha terminado. Se pone de pie. Todavía le pregunto qué hará en lo inmediato, y me dice que será un misionero; que con toda pasión provocará un despertar cívico.

Le tiendo la mano para despedirme, y a bocajarro le pregunto:

—¿Y usted se levantaría en armas, general?

—¡No! —exclama—. Me mira con fijeza, tratando de adivinar mi pensamiento. Comprende seguramente que mi mirada es la de un periodista, y después de lanzarme una mirada de benevolencia, agrega:

—Valadés, tenga usted la seguridad de que el general Joaquín Amaro es un idealista.

Hoy, México, D.F., 18 de marzo de 1939, año III, vol. IX, núm. 108, pp. 38-40.

HAY QUE MOVER LAS ALMAS Y CREAR UN CLIMA MORAL

SIN MORAL ESTAMOS PERDIDOS, DECLARA EL LIC. GÓMEZ MORIN

¡Asombraos! ¡Ha aparecido un mexicano, que no desde el púlpito, que no en la cátedra, sino en el torbellino de la política, exclama, llevando el fuego a sus ojos, a sus labios, a su corazón:

“¡Hay que mover las almas!”.

¿Es un reformador o es un maestro, es un místico o es un líder, o es un apóstol, quien en medio de las pasiones y de los odios, de la ambición y de la envidia, del desconcierto y de la ignorancia, nos dice: “¡Hay que mover las almas!”?

Sí. En Manuel Gómez Morin hay un pensamiento de reformador, una expresión de maestro, un hábito de místico, un sentido de líder; ¿se encontrará también en él el sacrificio heroico del apostolado?

Joven y rico, culto e inteligente, Gómez Morin es una sorpresa; es una sorpresa, porque sin dejar la apacibilidad que reina en su rostro, que se manifiesta en su mirada y en su palabra, aparece ya no como el profesor de humanidades que aparecía hasta hace un año, sino como el hombre que se ha entregado al bien de su país; y el bien del país reclama el ímpetu, la acción en torno de una vida que es política, pero también cultural.

Y cuando se está cerca de Gómez Morin, se siente una honda impresión: la impresión de que se está en otro México; en un México que nace, que se anima en una nueva

generación, que piensa en grandezas. Pero es más: se siente no en un México en el que reina el privilegio, sino en un México en que el privilegio del cerebro y del corazón se derrama en toda la extensión de sus valles y en toda la altura de sus montañas; en todas sus capacidades sociales, confundidas en un sentimiento que es, y será siempre, más elevado que el de las clases: el sentimiento humano.

Gómez Morin mismo se da cuenta de su transformación. Antes, él lo dice, era maestro y discípulo. Vivía para sí solo; examinaba los problemas de su país desde la atalaya. hoy ha descendido al pueblo, ha cruzado la República, ha ido a entregar su palabra y su acción a la multitud que, anhelante, espera hombres nuevos.

Acción Nacional se llama el partido que dirige, ya no desde el bufete, sino entre la muchedumbre, y que lleva el grito de guerra que siembra paz: “¡Hay que mover las almas!”.

CHIHUAHUA

Tiene Gómez Morin poco más de 40 años; pero en la madurez de los 40 porta un rostro de jovialidad. Sonríe con cierta ingenuidad; habla siempre sereno, y sabe disolver lo trascendente en lo accesible.

Morena la tez; hermosa la frente; delgado el cuerpo; pequeñas las manos, hay algo extraordinario que sobresale en Gómez Morin: es la mirada. Cuando baja la vista para leer, es un Gómez Morin que no tiene nada de singular, si no es su cabeza; pero cuando mira de frente, la mirada le da un aspecto de iluminado.

Vástago de un español, muerto a los 24 años —edad en la que “todavía no se hace fortuna”, según las propias palabras de Gómez Morin— y de una distinguida dama del Parral, nació en plena Sierra Madre Occidental, en el mineral de Batopilas; pero pasó su niñez en la ciudad de Chihuahua.

“¡Chihuahua!”, exclama con satisfacción; “La ciudad que conserva lo colonial...”.

Y al recordar los lugares donde nació y donde pasó su niñez, quizá quiere también recordar que lleva en sí el ímpetu y el sacrificio del norteño que, como don Francisco I. Madero, deja de ser hijo de familia para convertirse en héroe.

UN CLIMA MORAL

Hablando así de lo que fue, Gómez Morin llega a lo que es; y luego, muy pronto, abandona lo de él, para hablar de lo que es de todos: el país.

“Hay que crear un clima moral”, nos dice. “Creado el clima moral, aparecerán las nubes, caerá la lluvia, quizá vendrá la tempestad”.

Reflexiona y continúa:

“Mientras no tengamos un clima moral, viviremos sin nacionalidad; tendremos que sufrir las consecuencias del caos; sin moral estamos perdidos; perdido el Estado, perdidos nosotros.

No habiendo un clima moral, si San Pedro, rodeado de los ángeles, viniera a gobernar a México, se vería envuelto en las mismas tragedias de nuestros gobernantes...”.

Por eso, explica, la tarea de “Acción Nacional” no consiste en la conquista del poder público.

“Sobre la política épica nuestro partido quiere la política ética”, señala Gómez Morin.

Y ¿qué nuevos valores ha encontrado Gómez Morin, apenas abandonada su atalaya para confundirse con el pueblo! México ignora que posee una nueva generación; una generación que prepara grandeza, que va creando el clima moral...

Para comprobarlo, Gómez Morin abandona su bufete, que era laboratorio y asiento de cátedra, para ir a Tampico, luego a Monterrey, después a Saltillo. A Chihuahua, a Torreón y San Luis Potosí por último.

Cada ciudad que ha visitado ha sido para él una sorpresa. Allá van los hombres y las mujeres al mitin; y los hombres y las mujeres, lo mismo pobres que ricos, saben escuchar. Y ¿cómo se ha operado el milagro de la atención, del interés? Es que en ese vaivén de hombres y de ideas, en la multitud se ha ido despertando el deseo de oír y aprender; y si ayer conoció a los sembradores de la guerra, hoy quiere oír a los cultores de la paz.

TEMAS NUEVOS

Pero si para los líderes y oradores de Acción Nacional ha sido una sorpresa encontrarse con una multitud que escucha y que atiende, ¿cuál no será también la sorpresa de esa multitud al escuchar palabras que nunca antes habían escuchado en labios de quienes convocan a la vida política!

Un tema han llevado los líderes y oradores del partido que dirige Manuel Gómez Morin a cada ciudad. A Tampico han ido a hablar del deber; a Monterrey, del ímpetu; a Torreón, del río; a Chihuahua, de la Colonia; a San Buenaventura, de la semilla; a San Luis Potosí, de las manos: de las manos que con la cantera rosa hicieron muros e hicieron adornos. Solamente en Saltillo no pudieron hablar; para Saltillo tenían des-

tinado otro tema: el libro; pero a la palabra de cultura y de paz respondió el machete, que todavía blande, de vez en cuando, el pasado tenebroso.

Llevando la palabra e invitando a la acción, Gómez Morin, aparte la observación que hace sobre el interés y la atención de la muchedumbre, hace otra no menos importante: hay libertad. Explicando ambos fenómenos, nos dice:

“Se debe a ellos, a los agitadores, el haber despertado la costumbre de la asamblea; se debe la libertad a ese deseo de quienes habiendo escuchado a unos, quieren oír a los otros”.

LA PALABRA “PATRIA”

Brilla la alegría en los ojos de Gómez Morin, y está emocionado porque ha llevado, junto con los líderes de Acción Nacional, otra palabra al corazón del pueblo mexicano: la palabra “patria”.

“La palabra “patria”, nos dice, “estaba en el olvido; solamente era recordada cada 16 de septiembre. Nosotros la hemos vuelto al pueblo; lo hemos hecho pensar en el deber primero de todo mexicano; hemos dado todo el calor a nuestro pensamiento, sin el menor asomo de demagogia, y queriendo solamente enaltecer el nombre de México”.

Y cuando los oradores del partido han hablado de la patria, la multitud se ha puesto en pie y espontáneamente ha cantado el Himno Nacional.

“Es un México nuevo el que surge”, repite Gómez Morin, “y a ese México nuevo vienen los jóvenes, y vienen los viejos... Allí está don Ezequiel Chávez, que habla y que siente como la juventud; que a los 70 años, él, quien siempre había vivido en el aislamiento, nos dice: la vida es lucha...”.

Mas quien pide: “Hay que mover las almas”, y quien clama por “un clima moral”, no parece tener grande interés en la actualidad política mexicana. “La política episódica pasa; la política ética salva”.

Es por esto por lo que dice:

“Si el general Almazán triunfa, bienvenido el triunfo; si pierde, continuaremos infatigablemente la obra que hemos emprendido”.

No ha pensado el partido que dirige Gómez Morin en la colaboración en el gobierno del general Almazán si éste llegase a triunfar. “¿No acaso también se gobierna, y se gobierna mejor fuera del Estado?”, pregunta el presidente de Acción Nacional.

EL PROBLEMA POLÍTICO ES PARA EL FUTURO

Cuando la tarea de crear el “clima moral” haya terminado para Acción Nacional, entonces la nueva generación pensará y determinará seriamente el problema político; y será para ese porvenir, porque será cuando México pueda llevar al poder a todos sus hombres limpios, sin distinción de clases; y será para ese futuro, porque será cuando reine la política ética; y con ésta, terminarán todos los vicios, todas las degeneraciones padecidas desde hace largos años, desde que acabó el viejo partido conservador; no el partido conservador de la “mochería” —“de la mochería” que causó más daños que la demagogía”, asienta Gómez Morin—, sino de los conservadores que acabaron su carrera política con la muerte de don Lucas Alamán.

Y no ve Gómez Morin lejano el día para el establecimiento del clima moral de México. No; no lo ve lejano, porque ha comenzado por creer que este movimiento político que se desarrolló en las rivalidades por la conquista de la Presidencia de la República, terminará felizmente. Y terminará felizmente, porque no presente la posibilidad de conmoción subversiva alguna.

“Lo que existe”, pronostica el presidente de Acción Nacional, “se derrumbará por sí mismo, porque no tiene vínculos morales, porque está pegado con un cemento artificial, de la peor calidad... No habrá necesidad de empeñar fuerza alguna. Su estructura es tan débil, que no soportará la prueba...”.

Y no parece interesar a Gómez Morin grandemente lo que interesa sobremanera a los políticos; a los políticos que quisieran encontrar en todos y cada uno de los que hablan al país, vaticinador que dé la clave de lo que es tan oscuro, como tan impenetrable.

Para Gómez Morin, que conforme habla, toma el vuelo, ora de un reformador o de un místico; ora de un líder o de un apóstol; que ve en el nuevo llamado el “soplo de Dios”, sólo hay una tarea; una inmensa tarea, que él resume en esta exclamación:

“¡Hay que mover las almas!”.

Hoy, México, D.F. 2 de marzo de 1940, año III, vol. XII, núm. 158, pp. 12-13.

PÉREZ TREVIÑO ACUSA

PROHIBIR COMO ÓRGANO POLÍTICO DEL GOBIERNO A UN PARTIDO
DE CLASE COMO EL PRM ES UN ACTO COMUNISTA, DICE

¡Cómo miden sus palabras los políticos mexicanos! Y ¡con cuánta cautela señalan sus probables derrotos! Parece como si temieran perder... Y tienen razón, pues alguien ha dicho que el político no se hizo para la derrota, sino para el triunfo. Un hombre que se entrega a la política y que no logra la victoria para él y los suyos no es político. La pérdida es para el político lo que la bancarrota para el comerciante, lo que el fracaso para el periodista, lo que el destripamiento para el estudiante...

Y todo esto se viene a la mente, mientras tomamos el asiento que nos ha ofrecido, con un "jállese esa silla", el general Manuel Pérez Treviño, presidente del PRAC.

Después, en el curso de la conversación, casi confirmamos nuestra opinión. Un político rebusca pensamientos, como un literato palabras.

Ya sentados frente al general Pérez Treviño, lo vemos ora orador, ora tranquilo, ora impaciente, ora sereno. Cada pregunta tiene su efecto en el semblante del presidente del PRAC. De vez en cuando se siente la impresión de que el líder político quisiera adivinar qué propósito se persigue con determinadas interrogaciones, como si detrás del periodista estuviera alguna mano invisible, y no la ansiedad pública que quisiera descorrer tantos y tantos velos, que a veces llegan a cubrir el panorama mexicano.

HOMBRE DE EXPERIENCIA

Al general Pérez Treviño, en lo que parece experimentar cierta turbación ante las tantas preguntas que se le hacen, lo salva su gran experiencia. ¡Cuánto y cuántos políticos no habrán desfilado frente a él como secretario de Estado, como gobernador, como excandidato presidencial, como jefe de un partido político, como embajador!

Cuando se le lleva de un asunto a otro asunto; de una época a otra época, se defiende, diciendo:

“Pero una entrevista con tantos aspectos sería tan confusa que nadie la leería...”.

Seguramente que él comprende que lo que quiere el redactor de *Hoy* no es solamente la impresión del hombre, sino el conocimiento de los medios en que ese hombre se ha movido. Los pueblos no se entregan a un hombre sin haber sabido lo que éste ha hecho y pensado.

Pero el general Pérez Treviño se escapa; a veces se escurre. Hay demasiada vivacidad en sus ojillos, mucha meditación en su ancha frente, bastante prisa en sus nerviosas manos, excesiva desconfianza en sus labios.

Tiene sobre sus espaldas una seria carga; la seria carga del opositor que, por ser el débil, todo lo que hace parece mal al que está fuerte. Si el opositor habla fuerte, es subversivo; si habla bajo, es miedoso. El general Pérez Treviño está probando el acíbar de los opositores al régimen del que él, el general Pérez Treviño, fue uno de los principales jefes.

ANHELO DE DEMOCRACIA

Mas démosle tribuna; es de justicia darla al débil. Si esta tribuna no se la da una revista independiente como *Hoy*, ¿quién se la dará? Escuchemos lo que dice sobre el cambio de panorama que se ha operado en México en los 12 últimos meses:

“La situación política de México sí ha variado. Cuando yo lancé el manifiesto de 1939, no habían salido a la luz pública otros documentos políticos, como el primer discurso del general Manuel Ávila Camacho, como el manifiesto del general Almázán, como el nuevo plan sexenal del PRM”.

Pero esos documentos no constituyen prueba evidente de que hay democracia en México. ¿Por qué no? El presidente del PRAC nos dice:

“De los documentos que han expedido candidatos y partidos, no se puede deducir la existencia de la democracia en México. Existe, a mi juicio, un gran anhelo por la democracia; pero ese anhelo constantemente se está viendo defraudado”.

Qué, entonces, es lo básico para la realización del anhelo democrático?

Aquí, el general Pérez Treviño dicta:

“Lo básico para que exista democracia en México es que el Partido de la Revolución Mexicana sea efectivamente demócrata, que lo manifieste públicamente y, además, que los actos del gobierno correspondan a sus palabras.

“Somos un pueblo gobernado por un presidente de facultades omnímodas, de manera que si de él no sale la iniciativa y la acción para garantizar las funciones democráticas, las actividades políticas estarán siempre llenas de escollos y no se avanzará en el terreno de crear una democracia institucional”.

El general Pérez Treviño no quiere hablar sin pruebas; y cuando dice que México no vive en la democracia, tiene que asentar:

“El PRAC no puede ostentarse pretenciosamente como el representante de la democracia en el plan de altura en que estamos hablando; pero tenemos varios casos que hemos encontrado absolutamente cerradas las puertas a la acción democrática de nuestro partido”.

“En las próximas pasadas elecciones para diputación en el Estado de Coahuila, el PRAC lanzó candidatos que no encontraron en las autoridades sino la decisión absoluta de obstruccionar sus trabajos en una negación completa de sus derechos más elementales; ni registros de candidaturas, ni posibilidad de figurar en las boletas electorales, ni nada que siquiera aparentemente pudiera indicar que se aceptaban dentro del juego democrático”.

BALANCE DEL PRAC

Tras de hacer pública esta prueba de que el PRAC ha encontrado serios escollos en el terreno democrático, el general Pérez Treviño hace el balance de su partido, un año después de haberse iniciado en las tareas políticas y electorales. Nos habla así:

“Encuentro, con verdadera satisfacción, que el PRAC ha sido un factor de gran importancia para la formación de opinión en mi país, sobre todo en el anticomunismo, y en cuanto a la necesidad de modificar muchas prácticas del régimen actual, que todo el mundo considera que han sido perjudiciales para la vida económica del país”.

El cargo de “comunista” ha venido haciéndose al gobierno del general Lázaro Cárdenas desde hace cinco años. Que hay comunismo en México nadie lo ignora y nadie lo condena. ¿Por qué no ha de existir un partido comunista en un país democrático? ¿Quién tiene derecho, en un país de leyes y de libertad, a prohibir que

sean expuestos todos los pensamientos sociales y políticos? Pero que el gobierno del general Cárdenas sea comunista o patrocine el desarrollo del comunismo es lo que está en duda.

Mas si preguntamos al presidente del PRAC cuál es el acto del Gobierno cardenista que indique que el gobierno auspicia principios comunistas, el presidente del PRAC nos contestará:

“Es el de prohijar como órgano político del gobierno un partido de clase: el PRM.

Y ¿cuál es el defecto principal del PRM, ser partido oficial o ser partido de clase?

El general Pérez Treviño nos dice:

“Ser un partido oficial. Yo no consideraría la existencia de un partido comunista en México; lo que condeno es que un partido de clase sea prohijado por el gobierno”.

¿Y EL PNR?

Si el general Pérez Treviño condena la existencia de un partido de clase, ¿tendrá el valor de confesar que el partido que él dirigió, el PNR, era también oficial?

“¡Claro que sí!”, exclama a renglón seguido el general Pérez Treviño, aclarando:

“Considero que el PNR, en la época que yo fui de sus directivos, no hacía exclusión ninguna por lo que se refería a la acción social o económica de sus asociados, pues definía en plebiscitos sus precandidaturas, de manera que no eran los grupos favoritos los que determinaban el triunfo de los candidatos, sino que éstos eran la expresión de la voluntad de las mayorías, que no excluían, como en la actualidad, a importantísimos sectores; y aquello significaba un paso muy importante para ir interesando a los ciudadanos en los actos políticos”.

Al hablar del extinto PNR, al recordar la actuación que en ese partido tuvo el general Pérez Treviño, fue necesario, pues, volver al pasado, al callismo; y el callismo, ¿debe ser condenado?

“Creo que debe hacerse su balance”, responde el presidente del PRAC.

¿Y qué dirá el general Pérez Treviño si se le pregunta si la administración actual, como no ha faltado quien lo afirme, no es más que la continuación de la administración callista?

Pues el general Pérez Treviño nos dirá que sí; que sí es la continuación del callismo, pero “en forma desorbitada”.

¿Por qué?

“Porque”, dice el político, “en cada uno de los aspectos del programa revolucionario más interesantes, como en el agrario, el obrero, el educativo, se han seguido los

principios del pasado, aunque sin noción de límite, lo que ha creado un estado de desazón y de desconfianza perjudicial para la vida orgánica del país”.

PROYECTOS PARA EL FUTURO

Y ¿cuáles son los proyectos futuros del PRAC?

El jefe del partido contesta:

“El PRAC observa actualmente con sumo cuidado el desarrollo de los acontecimientos. No desea separarse de sus propósitos iniciales de formar una agrupación de principios, de programa definidos, que consiste esencialmente en la defensa de la teoría de la Revolución mexicana, libre de mixtificaciones e influencias extrañas, pues considera que desplazar las actividades del campo de la Revolución mexicana al de la Revolución rusa es un grave error. Por eso somos anticomunistas”.

Pero ¿respecto al candidato del PRAC a la Presidencia de la República? Sobre este capítulo, el general Pérez Treviño dicta:

“No hemos tenido ni tenemos prisa para lanzar una candidatura presidencial; esto lo haremos cuando lo consideremos pertinente y oportuno; pero nuestra actuación será de línea recta en la defensa de los postulados que ya hemos concretado en nuestro programa que conoce la nación entera”.

Y en cuanto a la reacción, el general Pérez Treviño nos dice que “no existe un movimiento organizado de reacción. Podrán existir tendencias conservadoras o capitalistas, pero en forma desorganizada, que no constituyen ningún frente contra el cual puedan luchar las agrupaciones de programa avanzado, por lo que considero que no existe ningún grupo que quiera dar paso atrás en las conquistas realizadas”.

El general Pérez Treviño ha puesto punto final. Sus últimas palabras se refieren a la posibilidad de que el sufragio del pueblo en las próximas elecciones sea respetado. ¿Cómo podrá ser respetado?

“Si el presidente de la República impone esa tarea, creo que sí podremos hacer verdaderas elecciones”.

No habla más el presidente del PRAC. No quiere hablar; ha hablado demasiado. Ha dicho todo lo que tenía que decir...

Hoy, México, D.F., 9 de marzo de 1940, año IV, vol. XII, núm. 159, pp. 21, 108.

AMARO EXPONE SU DOCTRINA

"CREO EN JUAN DIEGO, PERO TAMBIÉN CREO EN HERNÁN CORTÉS",
DECLARA A *HOY* EL SECRETARIO GENERAL DEL PRAC

Como un corolario magnificante de su credo político y social —de un credo que es optimismo y voluntad, ambición y relámpago—, Joaquín Amaro, general de ayer y de hoy, hombre de hoy y de mañana, ha exclamado:

"¡Creo en Juan Diego, pero también creo en Hernán Cortés!".

Creo en Juan Diego —no lo dice; parece decirlo— porque Juan Diego es indio, y siente; es débil y pide; es tradición y espera. Creo en Hernán Cortés —no lo dice; parece decirlo— porque Hernán Cortés es español y piensa; es heroico y ambicioso; es civilizado y humaniza. Y de lo que Juan Diego y Hernán Cortés tienen de indio y español, de débil y de heroico, de tradicional y de civilizador, hace Amaro su credo.

Hay una convicción profunda en sus palabras cuando me dice:

"Creo que todavía a mi generación le toca contemplar el principio de una nueva era para mi país. Creo que México hallará, finalmente, su destino. Creo que políticamente encontraremos alguna fórmula sana de acuerdo con las realidades. Creo en nuestra generación espiritual; y creo firmemente que en ella se encontrará la mejor solución de equilibrio social".

¡Cuánta satisfacción se experimenta oyendo hablar así a un capitán de cien batallas! El "Creo en Juan Diego, pero también creo en Hernán Cortés", de Joaquín Amaro,

suenan tan grande, tan imponente como el "Hay que mover las almas" de Manuel Gómez Morín. ¡Que "¡ojalá!" el contenido arábigo sea una realidad para México y los mexicanos!...

Durante cuatro horas he conversado con Amaro. Han desfilado hombres y hechos, ideas y sentimientos. ¿Crudezas? Sí. ¿Amarguras? No. Las opiniones y los juicios brotan de sus labios. Mide con vara de rectitud e invita a la discusión. ¿Por qué un periodista no ha de discutir? "Mis conceptos pueden ser erróneos; usted hable, opine", me dice y escucha. Escucha como caballero, casi como camarada.

Se sorprende porque se le considere poco comunicativo. No es un hurón. Es, ante todo, observador. Quiere saber a quién tiene frente a él; y con penetración descubre apetitos e inquietudes. Luego, apoyándose en la privilegiada memoria que posee, va hablando de los hombres. Pero sus juicios sobre los hombres de México —crea él— no tienen importancia para los mexicanos. Habla de Villa como habla de Cárdenas; de Múgica como de Murguía; de Almazán como de León; de Carranza como de Calles. A cada quien le da un asiento; dice de actos generosos y de actos de valor. Descubre las aptitudes de unos y de otros.

Cuando cree haber hablado inmodestamente, se detiene. La jactancia no es con él; quiere ser humano. Así también cuando está a punto de expresar su opinión contraria a algún hombre, se sobrepone a un duro juicio y sólo dice: "Es un tontito..." o bien: "Es un vivo...". Después, advierte: "Recuerde usted que hay diferencia entre ser vivo y ser inteligente...".

Hablando de los hombres, llega a lo episódico. Recuerda episodios dramáticos de la Revolución, que un día habrá necesidad de escribir. Del episodio habla a las ideas. Llega un momento en el que exclama:

"La Revolución no puede morir; ha de continuar su camino...".

Pide la pureza de la Revolución. No faltan hombres. No; no faltan. Y ¿por qué esos "puros" de la Revolución no han de gobernar al país? ¿Es tan sencillo gobernar a un México que siente, que ama! ¿Y es tan fácil encontrar a los hombres que hagan buen gobierno!

Amaro nos abre el camino para la interrogación, quizá para algo más que el interrogatorio: para el combate. Me ha conducido en zigzag, librando escaramuzas, haciendo observaciones, pero de pronto, parece como si ambos nos diésemos cuenta de que hay que llegar al punto final: él en su combate político; yo en mi combate periodístico.

"General", le digo, "un año después de haber expedido su comentado manifiesto, ¿ratifica o rectifica sus puntos de vista sobre las situaciones moral, económica y política del país?".

Antes de contestar, don Joaquín Amaro me pide que ante la trascendencia que el interrogatorio —"no mis respuestas", advierte caballerosamente— pueda tener, evite que esas respuestas vayan "salpicadas con la sal y la pimienta que acostumbran los periodistas"; y es después de esta advertencia, cuando me dicta con la mayor serenidad:

"Para que yo rectificara los conceptos que en él verí, habría sido necesario que el gobierno, a su vez, hubiese seguido, durante el año que transcurrió, una honrada política de rectificaciones".

"Sería importante releer uno por uno los conceptos del documento que usted menciona, y verá que los errores se han acumulado a tal grado, que si en lugar de haber visto la luz pública en marzo de 1939 hubiese sido publicado ahora, su tono obligado habría sido de mayor energía. Lo que entonces pareció de una agudeza extrema, hoy habría que considerarlo débil. Creo que el único mérito de ese manifiesto consistió en haber sintetizado en él el clamor general del país; clamor producido por los errores de un régimen disparatado, incongruente y desordenado".

Al terminar de dictar, con sencillez y modestia sorprendentes, me pregunta: "¿Tiene usted algo que objetar?". Contesto, como es natural, que no es a mí, sino al acusado, a quien corresponde responder, aunque en el transcurso del interrogatorio me permitiría hacer alusión a sus palabras, pues que por de pronto, deseaba que me dijera qué efecto creía él, Amaro, que hubiese producido, al cabo de un año, en la conciencia ciudadana, su discutido manifiesto, a lo que me contestó:

"Los hombres nos sentimos inclinados a dar a nuestras palabras y a nuestras acciones mayor valor que el que tienen en realidad".

"Sin embargo, viendo las cosas a través de un año de distancia, juzgo sinceramente que el llamado que a la masa ciudadana hizo el señor general Pérez Treviño y el manifiesto que posteriormente publiqué, fueron las primeras enérgicas llamadas de atención acerca del peligro de las tendencias comunistas del régimen. Creo que ambos documentos contribuyeron en mucho a despertar el espíritu público y a darle cuerpo a una opinión opositora que para estas fechas tiene ya plena conciencia de sí misma y constituye la fuerza más vigorosa en el actual momento político. Esto es tan patente, que hasta en las esferas oficiales existen grupos bien identificados con nuestras doctrinas anticomunistas; y si quiere usted una prueba, ahí tiene a los maestros rebelándose contra sus líderes comunistoides. Sin falsa modestia debo decir que el revuelo que

levantó mi manifiesto me sorprendió extraordinariamente, pues nunca pensé que la enunciación de unas cuantas verdades que están en el espíritu de todos, pudiera agitar en el modo de conciencia pública”.

Cierra el general Amaro, con las anteriores palabras, el comentario a su propio manifiesto y los resultados de éste.

Pero el país parece deseoso de saber qué hará Amaro; qué papel desempeñará en el curso de la campaña electoral. ¿Será candidato a la Presidencia de la República? ¿Continuará, y hasta cuándo, como director de un partido político?

“Lo único que deseo, como buen mexicano, es que haya un gobierno de hombres capaces, honestos y patriotas. Realizado este anhelo, consideraré que he cumplido con mi deber ciudadano”, me dice.

Hay que insistir, e insisto. Amaro sonríe cuando le pregunto si será candidato a la Presidencia, y contesta:

“Nunca he abrigado ambiciones personales y me he concretado a decir que sólo en el caso de que una verdadera corriente de opinión pública lo exigiera, por estar en peligro los principios por los cuales he luchado toda mi vida, aceptaría mi candidatura a la Presidencia; y aun así tendría que hacer un análisis sereno para definir si mi entrada a esta lucha electoral no debilitaría las probabilidades que tenemos de terminar con un régimen nefasto para la Nación...”.

Amaro repite y subraya: “...con un régimen nefasto para la Nación...”.

“En cuanto a mi intervención en el PRAC (Partido Revolucionario Anticomunista)”, continúa el general, “debo decir a usted que estoy resuelto a continuar mis actividades dentro de él, mientras que la existencia de este partido sea una necesidad nacional. Lo considero así porque alrededor de este núcleo se agrupa cada día un número mayor de hombres de buena voluntad, dispuestos a oponerse, por todos los medios que la ley les concede, a las tendencias imposicionistas del actual gobierno, luchando con su bandera anticomunista hasta lograr la desaparición de los comunistas en el país”.

Aunque en el curso de la conversación anterior al interrogatorio he preguntado a don Joaquín Amaro si ha temido alguna vez ser objeto de la agresión de sus enemigos políticos, o bien de que el Estado entorpezca la acción política de él, de Amaro, y del PRAC, y el general me ha contestado con un rotundo no, insisto. Me dice, entonces, que vive a la luz del día; que el partido del que es secretario general trabaja dentro de la ley.

“¿Quiere esto decir, general”, interrogo, “que el país ha gozado y seguirá gozando de libertades democráticas en la campaña presidencial?”.

Seguidamente viene la contestación:

“Es imposible gozar de esas libertades cuando existe una maquinaria oficial empeñada en violarlas y cuando todos los elementos del gobierno, desde los más altos dirigentes, están enrolados en su engranaje. Los hombres que tiene el poder han creado ya tantos intereses alrededor de la imposición, que hablar de libertades democráticas resultaría infantil.

“Ahora, señor Valadés, ¿por qué dice usted que si el país seguirá gozando de libertades democráticas? ¿Por qué ese “seguirá”? ¿Es que acaso hemos disfrutado de ellas hasta ahora?”

Y quien sí habla, está obligado a dar a conocer su opinión sobre el desarrollo de la campaña presidencial; así como también hablar sobre las próximas elecciones. Amaro no rehúsa tocar ni uno ni otro punto. Por el contrario, cuando le he pedido su impresión sobre el ejercicio ciudadano a través de la campaña presidencial, me ha contestado inmediatamente.

“Existe una opinión pública vigorosa; pero ésta no se concreta en actos positivos. Los ciudadanos no tienen confianza en que estos actos los lleven a la libre elección de sus mandatarios. En una palabra: se tiene perdida la fe en el ejercicio democrático”.

Luego, elevando la voz, y como dándose cuenta de la trascendencia de las palabras que va a pronunciar, agrega:

“Yo declaro que una gran parte de la responsabilidad de este fenómeno corresponde a los gobiernos revolucionarios: los fraudes electorales, las imposiciones en veces fracasadas y en veces logradas, la postergación de los mejores valores ciudadanos y la corrupción política han dado al traste con la confianza pública. Hago este cargo en la única forma decorosa: aceptando la parte de responsabilidad que me toca con la participación que como revolucionario me corresponde en los gobiernos a que aludo”.

No oculto a Amaro la impresión que me causan sus palabras, en un ambiente de corrupción política, en el que decir una verdad es motivo del disgusto de quienes han dirigido o dirigen el Estado; en una situación política en la que nadie tiene el valor de aceptar responsabilidad. Amaro escucha sereno; escucha la crítica que sobre él también recae; y sólo comenta:

“Es de hombres aceptar los errores y reconocer las responsabilidades...”.

Y si esos errores han existido y existen —insisto, refiriéndome a vergonzantes procedimientos “electorales”—, ¿es posible que los mexicanos acudan con fe a las casillas electorales el 7 de julio? Amaro dicta:

“El pueblo independiente sabe que el voto que emita el 7 de julio será violado, y quizá por esta razón se mostrará remiso para acudir a las casillas electorales. México, desgraciadamente, no tiene tradición democrática y como el voto ha sido burlado in-

veteradamente, el ejercicio del sufragio no es visto por las masas con especial entusiasmo. Pero de una cosa puede estar usted seguro, señor Valadés, absolutamente seguro: es del hecho indiscutible de que habrá muchos más ciudadanos que acudan por su libre albedrío a depositar su voto a favor de las planillas representativas de una tendencia enérgica de rectificación, que los que concurren también por su libre albedrío, a votar en pro de los candidatos de la imposición. Lo que no puedo decirle a usted es cuál será el número de los votos emitidos por los hombres acarreados en camiones o en jaulas de ferrocarril; tampoco le podría decir cuántos serán los que voten varias veces llevados de una casilla a otra, y menos aún sería posible precisar cuál será el número de votos falsificados que aparezcan en los legajos electorales. Todo esto depende de la actividad que desarrolle el PRM y de los dineros con que cuente, en contra de la organización de la opinión pública que la oposición realice”.

A pesar de ese aspecto pesimista del panorama electoral, ¿podría realizarse el fenómeno de que el partido dominante diese acceso a las Cámaras federales a los ciudadanos que, perteneciendo a otros partidos, llegasen a resultar electos diputados y senadores?

¿Cuántos años hace que México espera el cumplimiento de esa promesa democrática! ¿Cuántos años hace que el país está deseoso de que los distritos electorales dejen de ser repartidos por gobernadores, ministros y presidentes de la República! ¿Quimera? Quimera, sí, en tono romántico; imposición y violación de leyes en el tono combativo del general Amaro, quien me va haciendo escribir las siguientes palabras:

“Si se permitiese el acceso a las Cámaras a los candidatos de otros partidos, toda esta maniobra fracasaría. Por lo mismo, puedo asegurarle que el PRM no permitirá que de las Cámaras federales formen parte ciudadanos opositoristas, lo que sería extraordinariamente peligroso para su candidato.

“Pero cabe hacer las siguientes reflexiones: la imposición no tiene ninguna fuerza popular y sus partidarios pretenden sustituirla por una situación de fuerza legal. Ésta no puede ser otra sino la de contar con el apoyo de un Congreso en el cual las fórmulas legales hayan quedado cubiertas. Es decir, este Congreso deberá estar forzosamente compuesto por los candidatos de la imposición”.

Pero si los candidatos independientes no tienen acceso a las Cámaras federales, ¿es entonces posible que sean instalados dos Congresos?

El general sonríe; vuelve a sonreír. Al fin, habla:

“El papel de profeta en materias políticas es muy fácil y es muy difícil. Su pregunta indica sólo una posibilidad de los acontecimientos futuros; pero también es posible

que éstos se desarrollen sin que lleguemos a ver la instalación de los dos Congresos a que usted alude”.

Pero hay que insistir: la instalación de dos Congresos parece ser la única solución al problema electoral.

“Suponga usted, general”, repetimos, “que fuesen instalados dos Congresos, ¿qué actitud estima usted que sería la del actual presidente de la República?”

Hay una fuerte contracción en el rostro del general Amaro, pero violentamente se domina. “Me hace usted una pregunta embarazosa”, reclama. Queda un momento silencioso, y luego, va dictando, poco a poco:

“Yo hubiera deseado que en este interrogatorio no hubiera usted mencionado al señor presidente, para no verme obligado a hacer acerca de él ningún comentario desfavorable. En realidad, mi actitud hacia el señor presidente no implica ninguna enemistad; soy enemigo de sus desaciertos. La imposición que se pretende consumar es uno de ellos, y creo que el señor presidente se debate inútilmente para no dejarse arrastrar por la incontrastable corriente de sus errores. Para no hablar de términos figurados, le diré, señor Valadés, que el señor presidente de la República está de tal manera cogido en los engranes de la maquinaria impositivista que aunque deseara salirse de ella y ejercer su influencia política para darle el triunfo a un verdadero representante del pueblo, le sería imposible hacerlo...”.

Hemos llegado al punto culminante. Sé que Amaro no ha de perder ni una sola de mis palabras. Por mi parte, confieso que no quiero perder tampoco el menor de sus movimientos, con la pregunta que he venido preparando.

“¿Cree usted, general, que el problema de la sucesión presidencial sea causa de la subversión del orden?”, interrogo.

El general me mira fijamente. No descubro en él el más ligero gesto. Con inteligencia parece comprender que no tengo propósitos de fiscal. Apaciblemente, me pide: “Hágame el favor de escribir”. Escribo:

“El orden está ya subvertido. El asesinato de once sinarquistas en Guanajuato; el manejo inmoral de la industria petrolera, los choques ferroviarios de La Llave y Las Adjuntas, el Ministerio Público procurando declarar inocente a un líder asesino, el imperio de los pistoleros, la propaganda comunista de Educación, el medio millón de los sin trabajo, el frijol a cincuenta centavos, el dólar a seis por uno, el hambre y la miseria... Todo esto es subversión del orden”.

Hace una grave pausa, y agrega:

“Creo sinceramente que la actitud resuelta del pueblo para no dejar que se burle su voluntad es la garantía más completa de que el orden volverá a imperar”.

“Y si usted no es candidato a la Presidencia de la República”, pregunto seguidamente, “y cualesquiera de los candidatos actuales, ya triunfante, lo invitara a colaborar con el gobierno de la nación, ¿aceptaría usted el encargo?”.

“Pienso que estas entrevistas tienen por objeto ilustrar al país sobre asuntos de importancia para él”, contesta.

Y con esta respuesta cree haberme molestado. Pide, caballeroso, una excusa; pero es que piensa que “no es mi posición personal la que interesa a la nación; aunque creo que el país necesita de todos sus hombres útiles para la reconstrucción nacional”.

Busca nuevamente mi mirada tratando, quizá, de dejarme convencido de que al decir que mi pregunta carecía de interés no ha sido una descortesía, y pide con modestia sin igual:

“¿Me permite usted que deje sin respuesta su pregunta?”.

Seguimos conversando; continúa el desfile de los hombres, el recuerdo de los hechos.

Surgen, entonces, las figuras de Juan Diego y de Hernán Cortés. Detengo, sin esfuerzo, las palabras que encierran su credo político y social, y repito, en voz baja, la frase más singular que político mexicano alguno haya pronunciado:

“Creo en Juan Diego, pero también en Hernán Cortés”.

Hoy, México, D.F., 16 de marzo de 1940, año IV, vol. XII, núm. 160, pp. 12-13, 17.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DEL LICENCIADO PORTES GIL

POR QUÉ EL GOBIERNO NO PUEDE PERDER, EN TANTO QUE EL JEFE DEL ESTADO SEA UN HOMBRE DE ACCIÓN QUE MUEVA EN TORNO DE ÉL Y DE SU GOBIERNO A LOS HOMBRES DE ACCIÓN

¿QUIÉN SERÁ CAPAZ DE VENCER A LA ACCIÓN?

RETRATO

Después de los 40 años, el hombre no puede ocultar en el rostro si su vida ha sido camino de triunfos o de derrotas. Don Emilio Portes Gil ha sido hombre de triunfos; y de triunfos en la carrera más difícil que puede elegir un mexicano: la carrera política.

En medio de un marco de fuertes líneas que hacen el conjunto de su rostro, la jovialidad resplandece en la mirada y en la sonrisa de Portes Gil; y después de los 40 —hay que repetirlo— lo joven sólo brilla cuando el pasado es de victorias.

Mirando bajo espesas cejas mientras que es interrogado, Portes Gil, antes de contestar, levanta la cabeza con un aire de confianza y de simpatía. Una sonrisa aparece en sus labios, sus ojos brillan, baila su mirar, surge la juventud. Ningún esfuerzo hay en su frente, en la que entra y sale el cabello como en pequeñas olas.

Con 90% de sangre indígena. Bajo y corpulento de cuerpo. Con el cabello negro, echado hacia atrás y peinado cuidadosamente. Las manos anchas, los dedos gruesos.

El cuello corto, tan corto que cuando está sentado queda la cabeza hundida entre los hombros, Portes Gil es aménisimo conversador.

Cuando habla, a veces exalta; pronuncia sentencias y descubre cuanta experiencia tiene en los negocios políticos. De sus labios brotan fórmulas indiscutibles, pensamientos sutiles, análisis convincentes.

Deja correr la conversación, yendo de un punto a otro, penetrando en una y otra cosa; parece como si en el momento de entusiasmo olvidase el comienzo. Mas no es así: es que ha querido ir del hecho a la reflexión, para regresar de la reflexión al hecho. Y cada capítulo de su conversación tiene un enlace final. Vive en Portes Gil un orador, pero también un filósofo.

Mientras habla, bien se sume en el sillón o se adelanta, mueve los brazos, señala con el índice, da pequeños golpes con el dorso de la mano; y entre todos aquellos movimientos, es sorprendente verle el rostro; el rostro impassible, en el que juegan, jovialmente, la mirada y la sonrisa.

PSICOLOGÍA

¡Qué admirable conocimiento de los hombres tiene don Emilio Portes Gil!

Esé conocimiento de los hombres, aunque él no lo desee —así me lo ha dicho una y varias veces durante la conversación—, lo tendrá ligado a la política nacional, como lo tiene vinculado a la política de su estado natal.

Hace varios años que dejó la capitanía política, pero sus amigos le siguen. ¡Cómo no han de seguirlo, si siempre los ha llevado al triunfo! A veces ha habido necesidad de esperar; y ha esperado. Pero la espera no significa derrota, sino medio para alcanzar la victoria.

Esperó de 1932 a 1934. Tamaulipas —y pronuncia el nombre de Tamaulipas con sentido paternal— estuvo en manos de sus enemigos; pero el enemigo cayó; Tamaulipas volvió a ser del portesgilismo.

“Y muchos preguntan por qué Portes Gil sigue vinculado a Tamaulipas”, me dice; y no en arranque vanidoso, sino como prueba evidente de lo íntimamente ligado que vive a su estado, Portes Gil va mencionando uno, dos, cinco, siete y más jóvenes tamaulipecos cuyos estudios son sostenidos por él; y nos lleva, jovialmente, a su residencia particular. Allí hay campesinos enfermos; han venido a curarse a la capital y el expresidente de la República costea, de su peculio, los gastos de curación.

“Y tú, ¿a qué has venido a México”, pregunta a un campesino. Y éste, risueño, contesta: “A pasear”; y mientras que pasea, se aloja en la residencia de Portes Gil.

De un pueblo de Tamaulipas le escriben pidiéndole ayuda para un canal de irrigación; de otro, para un camino carretero. Portes Gil envía la ayuda. ¿Quién obrando así puede dejar de ser querido por su pueblo?

FILOSOFÍA

“No volveré jamás a ocupar ningún puesto público”.

Las anteriores palabras las pronuncia don Emilio Portes Gil con tono de convicción profunda.

¿Para qué ir de nuevo al gobierno? Ha sido todo lo que ha deseado; más de lo que ha deseado. Su ambición política era ser gobernador de Tamaulipas. Fue diputado; luego gobernador.

Después fue ministro, jefe de un partido político nacional y presidente de la República. Estos altos cargos fueron “el pilón”. “¡El pilón de la política!”, repite riendo como muchacho.

Veintitrés años duró en su carrera política; después de veintitantos años de inquietudes y de alegrías, de obstáculos y de triunfos, justo es descansar. Hoy está entregado a lo que él llama “el ruleteo judicial”.

“Pero ¿es que el político se jubila?”, preguntamos.

Portes Gil analiza lo que es político. Dos son las causas por las cuales el político no admite su jubilación: fracasos que quiere reponer, o ambiciones que le son inconcebibles. Pero si no ha sido hombre de fracasos, ni tiene más ambiciones, ¿por qué no aspirar a la vida tranquila?

Y ¿si el país reclamara sus servicios? ¿El país? Eso es literatura... No; el país no reclama servicios; menos a quienes se los han prestado ya. Además, en México los hombres pasan rápidamente. “Hay un deseo constante de renovación; los hombres envejecen más pronto de lo que se cree; los jóvenes aparecen día a día más pujantes”, dice el expresidente.

LITERATURA

Pocos son los políticos mexicanos que tienen el valor —y es problema de valor y de valer propios— de permanecer inalterables ante los filos de la literatura política. ¡Y la literatura política mexicana está cubierta de procacidades! Todavía vivimos en la medianoche del México que inventa chascarrillos impúdicos; que no quiere alcanzar el amanecer tan siquiera para entrever alguna posibilidad de verdades.

¿Quién de los políticos mexicanos se ha escapado del libelo? Y ¿quién, de esos mismos políticos ha tenido el valor de superar la maledicencia humana, a excepción, quizá, de don Francisco I. Madero?

Jamás, nos ha dicho Portes Gil, ha sentido indignación, ni menos deseo de venganza ante la injuria y la calumnia. Ha leído todo, o casi todo, lo que de él se ha escrito. Nunca, sin embargo, se ha sentido molesto.

Lo único que posiblemente le hubiese molestado es que se le hubiese acusado de "pelismo". Si alguien quiso aludir a su actuación como presidente de la República en tal sentido, no fue durante su ejercicio, ni inmediatamente después. La injuria de esta naturaleza llegó años más tarde, cuando se habían visto muchas cosas; lo que no se vio durante su gobierno. Pero eso, eso fue y es literatura. Otra fue la realidad.

Si siendo presidente de la República encomendó la cartera de Guerra para combatir a los sublevados del general Escobar al general Calles, fue porque el Jefe de la Nación está obligado a encomendar un cargo de tal categoría a quien considera el más apto, el más enérgico, el más vigoroso. Calles lo era dentro del Ejército; Amaro hubiese dirigido la campaña, pero Amaro acababa de perder un ojo.

HISTORIA

Portes Gil proporciona trascendentes noticias para la historia política y militar del México de 1929.

Suenan y corren nombres de generales y de políticos. "No es el momento oportuno de que esas noticias sean publicadas", advierte. ¿Cuándo será el momento oportuno? Dentro de un año; posiblemente dentro de veinticuatro horas... ¿Quién lo sabe? Pero tiene la gentil confianza de comunicar hechos que sorprenden.

Allí está el caso de un general, quien reclamando al presidente de la República "libertad" para expresar determinadas opiniones sobre determinados personajes políticos, obtuvo esta seca respuesta del Jefe de la Nación: "En este momento queda usted en libertad para obrar conforme a sus deseos y opiniones". Y el general supo que había sido nombrado su sustituto en el alto cargo que desempeñaba.

Acá está un momento patético, cuando siendo Portes Gil presidente de la República, tuvo noticias de que iba a ser asaltado en el Castillo de Chapultepec. Entonces, y cuando no había en la Ciudad de México más de trescientos soldados para defender la residencia presidencial, llama al jefe de la conspiración, lo destituye y lo obliga a presentarse en la prisión militar.

¿Triste historia de México? No; historia de realidades; historia que no se escribe; pero que se escribirá.

METEOROLOGÍA

El cielo político mexicano está limpiísimo. Si alguna nube aparece de vez en cuando, si el viento zumba alguna noche, es porque se aproxima la temporada de lluvias. Y en México llueve, llueve a cántaros. ¿Por qué extrañar si aparte de la lluvia viene la tormenta? ¿No acaso vivimos en el trópico?

Y quien conoce la meteorología política, ¿para qué necesita que se le hagan pronósticos sobre el tiempo? Los pronósticos se quedan para el Observatorio de Tacubaya, para el Calendario de Galván.

En México llueve a cántaros; en la capital se inundan las calles, en los campos a veces se inundan las cosechas, los ríos salen de madre. Sin embargo, ¡qué espléndidamente surge el sol después de las tormentas tropicales! Vuelve el sosiego a los campos, a las ciudades. En aquéllos y en éstas, regresa la tranquilidad y la alegría.

Hablando así, y con su sonrisa juvenil, el expresidente de la República encuentra la mejor fórmula para replicar a preguntas que no quiere contestar directamente.

¿Pero no es clara su explicación para comprender su optimismo a propósito del panorama electoral?

Se ha dicho que Portes Gil es el político más hábil que ha existido en México en los últimos 20 años. Él lo niega, modestamente. Sus palabras confirman lo que de él se cree.

MATEMÁTICAS

¿Por qué el Estado nunca pierde?

He aquí la pregunta que hago al licenciado Portes Gil. Y al buen entendedor, pocas palabras.

El Estado nunca pierde con sus candidatos... aunque no los tenga.

"Los gobiernos de México, a partir del general Obregón, han reunido a los hombres de acción; y la acción de esos hombres es siempre la que resuelve las situaciones por más difíciles que aparezcan", dice el expresidente.

Y ¿en dónde está otro partido, que no sea el del gobierno, que haya sido capaz de reunir a los hombres de acción?

El hombre de acción es el campesino que ha recibido sus tierras del Estado, y que está listo para defender el patrimonio logrado; es el obrero de la ciudad, que ha recibido grandes beneficios del gobierno, y que está dispuesto a mantener las conquistas obtenidas. Y el hombre de acción se organiza, no para servirse de la organización como aplanadora, sino para hacer saber qué está dispuesto a obrar.

Y en tanto que el Jefe del Estado sea un hombre de acción, que mueva en torno de él y de su gobierno a los hombres de acción, ¿quién será capaz de vencer a la acción?

Lo que parece un problema económico es un problema de matemáticas. Los nuevos gobiernos de México se han fortalecido más y más. Los hombres del gobierno perderán cuando en lugar de estar en la acción, se entreguen, como en los tiempos del general Díaz, a la fiesta, a la alegría.

DERECHO

De la acción se deriva la organización; ésta significa siempre mayorías. ¿Imposición de mayorías? Posiblemente; pero no del gobierno.

Allí está lo ocurrido en Tamaulipas. La mayoría organizada impuso a su candidato al gobierno del estado.

Sólo una vez se ha visto en México, en los últimos 20 años, que las mayorías no estuviesen al lado del gobierno. Fue en 1923.

Portes Gil tiene el valor de declarar que en 1923 las mayorías estaban con Adolfo de la Huerta.

Afortunadamente para el país, De la Huerta tomó el camino de las armas; y en ese camino, el hombre de acción volvió a triunfar. El hombre de acción fue Obregón.

Y entre el derecho de las mayorías de imponerse, al derecho del gobierno de imponer, hay una gran diferencia.

En México seguirán victoriosos los hombres de acción; y en tanto que el gobierno esté rodeado de los hombres de acción, será fuerte; fuerte en bien del orden y en bien del país.

HIGIENE

La acción del hombre, lo mismo que la del Estado, deben llevar a un fin; el beneficio de la comunidad. Con un límite; éste no debe alcanzar el plano de la demagogia.

A los gobiernos revolucionarios de México ha tocado el fortalecimiento y la reconstrucción nacionales. De aquí la conveniencia de la higiene política; y la higiene debe poner fin a la demagogia.

Los demagogos recurren a todas las armas para evitar su desplazamiento. No han tenido escrúpulos para lanzar sus injurias a quienes han servido a la Revolución y al Estado revolucionario.

¿Se ha referido Portes Gil, al hacer mención de la demagogia y de los demagogos, al licenciado Vicente Lombardo Toledano?

No ha pronunciado el nombre de éste. Ríe, feliz, si se le habla de algún incidente producido con motivo de los ataques de que le hizo objeto Lombardo Toledano y de la respuesta que él, Portes Gil, le dio desde Nueva York. Ríe, pero no menciona ni al abogado ni al líder.

“Es un caso liquidado”, dice. Pero ¿la higiene? Ésa es harina de otro costal. Hay higiene y continuará la higiene. Él no sabe cuándo y cómo, porque ya no es político; no quiere serlo; lo fue durante 23 años.

EPÍLOGO

No tiene Portes Gil frases deslumbrantes; pero sí pensamientos sólidos, de hombre que ve todos los aspectos de la vida política; que conoce de veleidades y de obstáculos.

Lleva la política y a los políticos en la palma de la mano; y es tan firme como brillante su mirada; es a veces tan austera y sentenciosa su voz, que sin esfuerzo alguno se reconoce el porqué ha sido hombre de triunfos; de tantos triunfos que con razón no falta quienes le siguen, sin titubeo alguno, sabedores de que les conduce a la victoria.

Hoy, México, D.F., 23 de marzo de 1940, año IV, vol. XII, núm. 161, pp. 19-21.

LA TRANSFORMACIÓN DE ANTONIO I. VILLARREAL

EL VIEJO REVOLUCIONARIO, HASTA HACE POCO VIVIENDO APACIBLEMENTE,
TIENE UNA OBSESIÓN: DESTRUIR A ALMAZÁN

Don Antonio I. Villarreal es un volcán en erupción: utiliza hilos telegráficos y telefónicos; tiene en movimiento a amigos y mensajeros, va y viene a diferentes partes de la República, agrupa a la gente, reparte sonrisas... y dinero, redacta manifiestos y cartas y diariamente hace un mitin, que comienza en la esquina de Bolívar y Madero y termina frente a un edificio de la Avenida Juárez.

“¿Qué pretende don Antonio?”, se preguntan todos, viendo al viejo profesor, general y político, entregado a tamañas tareas. México sabe que Villarreal ya no es conspirador como hace 30 años; que no es candidato a la Presidencia de la República. Entonces, ¿qué es y qué pretende don Antonio?

Villarreal cree en peligro las “conquistas de la Revolución”, y afirma que todos los viejos revolucionarios deben estar en guardia. Pero, ¿existe ese peligro haciendo un examen sereno del panorama político-electoral del momento? Villarreal dice que sí; y lo dice con estas palabras:

“El panorama político se presenta con lineamientos bien precisos y claros. Hasta podía considerarse vulgarmente simplista; no hay lugar a confusiones”.

“De un lado, con Almazán, se han agrupado las fuerzas conservadoras; los hombres de ayer que buscan regresiones imposibles; los terratenientes que sueñan en que les serán devueltas sus haciendas con las peonadas sumisas; la aristocracia pulquera, que,

como alguien dijo, se asfixia de emoción al imaginarse que todavía podría ser posible trasmutar en pergaminos nobiliarios las pulposas y elegantemente esbeltas hojas de maguey; los retoños del huertismo, más reaccionarios y obcecados que sus mismos ancestros, empeñadísimos en detener la marcha del progreso y volver al mundo al revés. A estas falangas negras, hay que añadir algunos ejemplares, incomprensivos de la época, mentalmente morbosos e irremediablemente extraviados que se consideraban ellos mismos revolucionarios para convencerse, finalmente, en la senectud opaca y gazmoña, que no hay otra moral antigua de 'dar al César lo que es del César', ni otra verdad que la que consagra la sumisión eterna de los pobres y de los desvalidos".

"Del otro lado, ante el peligro de que un solo golpe de guillotina decapite a la Revolución, se agrupan alborozados y entusiastas quienes no permitirán que sean incinerados en la hornaza de la Historia estos últimos 30 años de generosos anhelos y de esperanzas de manumisión; se agrupan los indios que se sienten dueños de su parcela —un jirón de su patria—, los obreros sindicalizados, cualquiera que sea la central a que pertenezcan, que han dejado de ser esclavos del capricho de los explotadores, que han realizado el milagro de estar humanizando a éstos; el pueblo, en una palabra, en su inmensidad encrespada e indómita ahogará el esfuerzo de la vocinglería y engaño que están llevando a cabo Almazán y sus aliados".

LA REACCIÓN

Villarreal habla en tono dramático; y antes de referirse al panorama político del país, ha tenido un reproche para los periódicos mexicanos. Los periódicos, dice, en vez de realizar una tarea de civismo, se han entregado "en brazos de la reacción". Luego, reclama: "Me han atacado injustamente; y cuando me he defendido, no han publicado mi defensa...".

Pero ¿no podrían ser esos ataques consecuencia de la agresividad de don Antonio? En treinta y tantos años, Villarreal ha sido uno de los hombres más combativos del México político. Vigoroso y pasional, don Antonio ha visto transcurrir su vida en medio de graves peligros. Empuñó una y muchas veces banderas populares; su papel como jefe opositorista durante 15 años ha sido altamente honroso y digno. Vivió destierros y sufrió persecuciones. Su anecdotario está lleno de capítulos emocionantes, de esos capítulos de los que se prueba la fiereza y el desinterés del individuo.

Quien haya vivido cerca de Villarreal en los últimos 20 años sabe de los sacrificios y de la abnegación de don Antonio, quien, más que profesor, general y político, es un hombre.

Hasta 1935 vivió pobreza sin cuento, mientras que otros, disfrutaban de los gajes de la Revolución; de la Revolución en la que Villarreal fue parte tan importante, si no

como general de cien batallas, si no como guerrillero astuto y felino, sí como educador y como orientador.

¿Quién, si no él, dio a la rebelión de 1913 un programa político y social, durante las Conferencias efectuadas en Torreón?

Después de la caída del callismo, Villarreal se dedicó a los negocios —pero "no a negocios oficiales", advierte—. Sus enemigos exageraron la importancia de las empresas de las que participó, y le han hecho poseedor de una enorme fortuna.

YA NO ES ROMÁNTICO

De eso no se puede acusar al general Villarreal. La única sorpresa que ha dado al reaparecer en el escenario político es que no es en esta vez el líder romántico de ayer. Y cuando decimos líder romántico, es necesario volver a 1935; en aquel momento, en el que nos tocó ser testigos, cuando don Antonio rehusó firmar un manifiesto solidarizándose con el presidente Cárdenas frente al problema del callismo, para que no se le confundiese con un buscahueso.

Cuatro años más permaneció en el silencio político, hasta el día en que estalló suscribiendo un manifiesto agresivo "contra la reacción y su candidato el general Almazán". Desde entonces no ha parado; y en cada acto y en cada palabra del general Almazán cree descubrir el fantasma de la reacción.

Y si después de varios años de silencio don Antonio regresó a las actividades políticas, fue porque "Almazán cometió la osadía despampanante de autopostularse como candidato revolucionario". Si Almazán no acepta su candidatura, agrega Villarreal, "yo hubiera perseverado en mi propósito de abstenerme en tomar participación alguna en esta campaña electoral; pero la osadía de Almazán fue superior a la resistencia de mis nervios y tuve que combatirlo".

¡Qué manera de combatir al enemigo político! Con esa pasión tan viva en don Antonio, y con ese estilo ardiente y agresivo del hombre del trópico, el general Villarreal no puede hacer referencia alguna a los problemas del país sin mencionar con disgusto al general Almazán.

Así, durante la entrevista, el nombre de Almazán ha sonado cientos de veces. "Almazán, Almazán", dice don Antonio con un gesto mohino.

"Y ¿si Almazán fuese el presidente de la República?", le preguntamos.

"¿Almazán?", contesta don Antonio sorprendido. "¿Cómo es posible que Almazán triunfe? La derrota de Almazán es inminente y decisiva, porque es el candidato de una minoría ridícula de privilegiados, o de aspirantes a privilegiados...".

Objetamos: no es la minoría de los privilegiados la que concurre a las manifestaciones almanaznistas. Afirmar tal cosa es no tener ojos para ver, porque si en la Ciudad de México fuesen cien mil las personas del privilegio; y en Puebla fuesen otras cincuenta mil; y en Guadalajara ochenta mil, y en León cuarenta mil, la República Mexicana sería, sin duda alguna, un país maravilloso, único en el mundo.

“¡Esas cifras son fantásticas!”, responde el general Villarreal, y luego explica:

“Aun en el supuesto de que a las manifestaciones almanaznistas asistan algunos miles de gentes, yo no digo que todos esos manifestantes sean los privilegiados; pero sí que son movilizados por éstos. ¿Además, cuántos miles de concurrentes a las manifestaciones almanaznistas no son meros curiosos?”.

LA HERENCIA DEL CALLISMO

Hablando así Villarreal llega a la función electoral, a propósito de la cual, dice:

“Indudablemente que la función democrática adolecerá de innumerables deficiencias y será objeto de atracos tan reprobables como inútiles. Las taras del callismo no desaparecerán fácilmente. El régimen actual, a pesar de haber repudiado a Calles y de haber roto con él, se empeñó en continuar gobernando con el callismo. Almazán, por ejemplo, uno de los más connotados lugartenientes de Calles, después de eliminado éste, continuó fungiendo como cacique militar en Nuevo León, convertido en dueño de vidas y haciendas en aquel importante estado. Lo mismo podría decirse de otros muchos callistas, bien alocucionados en el arte de las imposiciones y de los chanchullos electorales. No obstante que las masas populares de buena gana votarán contra Almazán en las próximas elecciones, no han de faltar, repito, atropellos e irregularidades debidos a la fuerza de la costumbre”.

Sin embargo, hay que insistir ante el general Villarreal. ¿No podría suceder que el día de la elección nacional, los almanaznistas dieran una sorpresa acudiendo en mayoría a depositar su voto?

“¡Jamás!”, exclamó el general. “¡Jamás! La mayoría de la nación, la inmensa mayoría, es enemiga del privilegio, que está representado por el almanaznismo...”.

Es necesario hacer a Villarreal la pregunta que se ocurre a cualquier mexicano: “¿Cree usted que el derrotado en las elecciones, si es que éstas se realizan conforme a las prácticas democráticas, acepte su derrota?”.

Don Antonio, quien ha participado en media docena de sublevaciones, que ha sido uno de los políticos revolucionarios más inquietos de México, contesta:

“No puedo creer que el candidato derrotado, que seguramente será Almazán, apele a la violencia, ¿quiénes lo secundarían? ¿Los generales del antiguo y derrotado ejército

federal? No, porque siempre consideraron a Almazán como un irregular huertista, que nunca tomaron en serio. ¿Los “lagartijos” de Plateros? ¿Los señoritos de nuestra nobleza pulquera? ¿Los terratenientes de ayer? ¿Los industriales fascistas? Algunos de todos éstos tal vez le compren bonos a hurtadillas; pero ninguno de ellos tomará la carabina; primero toman las de Villadiego...”.

“No; no habrá asonadas, motines o cuartelazos almanaznistas. Algunos disturbios de poca monta se registrarán, por supuesto; pero Almazán no se comprometerá, y esto por una razón elemental sencillísima, primaria: porque solamente hay algo más temido que un dólar, y son dos dólares; y más temido que un millón de dólares que son dos millones de dólares...”.

Villarreal no oculta la intención de sus palabras con una sonrisa maliciosa, y vaticina que después de las elecciones de julio el general Almazán “consagrará los años que le queden de vida a cuidar sus millones y a paseitos principescos por el extranjero”.

¡IMPOSIBLE!

Insistimos: ¿Y si una mayoría de los ciudadanos mexicanos da su voto en favor del general Almazán?

“La mayoría de la nación debería ser respetada...”, responde; pero luego, con vehemencia, exclama:

“¡Pero eso no sucederá! ¡Imposible! ¡Nunca la mayoría podrá ser contraria a las conquistas de la Revolución!”.

Para Villarreal es incomprensible que los opositores hayan elegido al general Almazán como candidato a la Presidencia de la República. “¿Es que la reacción no pudo encontrar a un hombre de más tamaños, de más valer que Almazán?”, pregunta Villarreal; y a continuación enseña una montaña de papeles: recortes de periódicos, manifiestos impresos, cartas, mensajes, etc. Todos estos documentos, dice, los ha estado reuniendo para “demostrar que Almazán no merece el apoyo popular”.

Toma en sus manos unos documentos y lee. Se trata de una lista de contratos que asegura ha manejado el general Almazán: contratos de ferrocarriles, de carteles, de hospitales.

Después da lectura a numerosas cartas y manifiestos en los que suena el nombre del general Almazán, unido al de regímenes que “la Revolución ha condenado”.

“¡Negra es la carrera política y militar de Almazán!”, afirma don Antonio.

“Pero si el general Almazán tenía esa carrera tan negra como usted dice, ¿cómo es que se le permitió servir en el gobierno del general Cárdenas?”, preguntamos.

“No es a mí a quien toca contestar esa pregunta, sino a los hombres que han servido al régimen actual”, contesta rápidamente Villarreal.

“Y si el general Almazán no es santo de su devoción, ¿quién es su candidato a la Presidencia de la República?”, interrogamos.

“Yo soy almanista...”, responde.

“¿Villarrealista?”, insinuamos.

Don Antonio estalla en una sonora carcajada, diciendo entre dientes:

“¡Hombre, hombre, qué bromista!...”.

Luego, muy serio, agrega:

“Ya he dicho que he regresado a las actividades políticas no por ambición personal; lo único que quiero es dar mi cooperación para evitar que la República sea gobernada por un hombre como Almazán, y que el país vuelva a la época que todos los revolucionarios combatimos. Alguien ha dicho que yo pretendo ser senador o no sé qué. Falso. Repito: no tengo ambiciones...”.

ALMAZÁN ESTÁ YA DERROTADO

La lucha electoral actual, tiene, en el entender del general Villarreal, una trascendencia mayor de cuantas se han realizado. Aparentemente, “la reacción se ha fortalecido”; pero lo cierto es que “solamente se ha entusiasmado creyendo en Almazán”.

Los ricos, según Villarreal, ven en el general Almazán “a otro rico que les podría dar grandes facilidades para continuar la vida de lucro y de holganza”; pero “los millonarios con todos sus millones, y junto con los millones de Almazán, perderán”, y “perderán porque la mayoría mexicana es antialmanista”.

“Ya lo comprobaremos el día de las elecciones”, insiste don Antonio. “Ese día, miles de ciudadanos concurrirán a las casillas a depositar su voto en favor del candidato que represente los intereses revolucionarios”.

Don Antonio es un volcán en erupción. Ha vuelto a ser lo que era en 1934, en la campaña terrible que abrió contra el callismo; sólo que hoy, ha dirigido todos sus fuegos, no contra el general Almazán, y pronostica con toda su vehemencia:

“Almazán será derrotado; está derrotado desde hoy. Lo mejor que debería hacer es abandonar sus pretensiones y volver a la vida que llevaba antes de esta campaña...”.

Hoy, México, D.F., 30 de marzo de 1940, año IV, vol. XII, núm. 162, pp. 12-13.

“¡RECTIFICAR!”, GRITA LUIS LEÓN

“CÁRDENAS NO HA SEGUIDO UN NUEVO PROGRAMA,
SÓLO HA EXAGERADO EL NUESTRO”, DICE EL EXMINISTRO CALIISTA

Quienquiera que sea el presidente de México a partir del 1º. de diciembre de 1940, tendrá que rectificar. ¿Rectificar? Sí. Pero rectificar no es volver hacia atrás, no es desconocer el programa trazado por los hombres de la Revolución; no es detener el progreso del país, ni el desarrollo de instituciones creadas y afirmadas por el tiempo, por las necesidades.

Mas si se afirma enfática y categóricamente que el sucesor del general Lázaro Cárdenas tendrá que rectificar, ¿en qué consiste la rectificación? ¿Qué camino es el que hay necesidad de abandonar para tomar un nuevo sendero? ¿Qué obra hay que destruir para comenzar otra tarea? ¿De qué pensamientos hay que renegar si es que es indispensable renegar?

Las preguntas se suceden; forman un hilo interminable en quien lleva el deseo de descubrir causas. El interrogatorio va de un lado a otro; es como un examen de conciencia, mas no de conciencia propia, sino en conciencia ajena. Y es que hay que saber en qué consiste la rectificación política y económica de México. ¿Demagogia? Tal parece cuando hay quienes sólo saben decir: “Vivimos en el caos; esto es el caos; hay que acabar con el caos”. Pero cuando uno se encuentra a quien le toma de la

mano, y le conduce serenamente a través de los problemas mexicanos; y le explica el porqué de esto y de aquello; le dice dónde está el bien y el mal de la política; y le confía la causa de errores pasados en los que ha sido partícipe; y le explica el deber y el derecho del Estado que llaman revolucionario —lo llaman sin serlo, porque, ¿puede ser el Estado conservador por naturaleza, revolucionario?—, entonces uno se vuelve todo ojos, todo oídos, y sigue las sutilezas del pensar y las emociones del sentir.

Y esto sucede escuchando a don Luis L. León, ingeniero agrónomo, exsecretario de Agricultura y Fomento, exdirector del periódico oficial y hombre prominente que fue en el “régimen callista”, a quien no es posible llegar sin el explicable prejuicio que se siente hacia quienes muy de cerca colaboraron con el general Calles en turbulencias que tan seriamente afectaron la moral mexicana.

RECTIFICACIÓN NO ES REGRESIÓN

Si en León hay otro León que no es el que fue, no es posible afirmarlo; pero ¿por qué no explicar la posibilidad de que así sea? Cuando se ha descendido del trono no se piensa como en el trono. ¿Qué de experiencias y qué de enseñanzas tiene el caído! Además, quien ha dejado atrás a los cortesanos, quien ha vuelto a la calma, puede dedicarse al estudio y a la premeditación; y don Luis L. León produce la impresión de haber aprovechado los días y los meses que ha permanecido alejado de las escaleras del Palacio Nacional para penetrar en lo que no se ve desde arriba y que sólo se ve desde abajo.

“Rectificar, sí”, me dice. “Es indispensable rectificar. Rectificará el general Ávila Camacho si es presidente; rectificará el general Almazán si es presidente; quienquiera que lo sea tendrá que rectificar...”.

Pero rectificar no es regresión; no implica renegar de un programa revolucionario, ni detener el progreso nacional. Rectificar es reemplazar en los puestos de responsabilidad a los ineptos por los aptos; es sustituir a los agitadores por los técnicos; es dar fin a la promesa para hacer realidades; es condenar la caricatura para poner la vista en el retrato fiel y viviente del pueblo mexicano.

“¿Cómo es posible volver atrás de un programa trazado por los revolucionarios de México?”, habla León, y agrega: “El general Cárdenas no ha formulado un nuevo programa; ha seguido el programa hecho por todos nosotros, los revolucionarios; el general Cárdenas solamente ha exagerado ese programa”.

DAR Y DAR MÁS

¿A dónde está un programa que pudiera llamarse cardenista? El programa revolucionario, dice León, comienza con el general Álvaro Obregón; continúa con el general Calles. Las grandes obras de irrigación fueron iniciadas por Calles, al igual que las escuelas agrícolas, que la construcción de carreteras, que la legislación obrerista, que los repartimientos de tierras, que el mejoramiento del ejército, que la elevación cultural del pueblo mexicano. El presidente Cárdenas no ha hecho más que seguir el viejo programa de la Revolución; pero, desgraciadamente, desfigurándolo en la exageración de la promesa.

“Dar y dar más” ha sido la política del general Cárdenas, según el ingeniero León. Si los gobiernos anteriores dieron —una suposición— un millón de hectáreas a los campesinos, el presidente Cárdenas ha dado dos; si el callismo construyó cuatro presas, el cardenismo ha prometido 20; si el general Obregón vio la posibilidad de establecer diez mil escuelas, Cárdenas ha creído fácil ofrecer veinte mil más.

Y no es el único mal ofrecer y no cumplir, sino que el mal es que al cumplir algo de lo tanto prometido, en ese “algo”, en lugar de ser empleados los técnicos, han sido ocupados los líderes.

EL CASO DE DON MARTÍN

El ingeniero León pone varios ejemplos; uno de ellos es el de la presa de Don Martín. Todavía no era inaugurado el sistema de riego, cuando llegaron, procedentes de los Estados Unidos, numerosos colonos mexicanos. Se establecieron bajo los mezquites: sufrieron penalidades sin cuento; pero gracias a su acción emprendedora, pronto construyeron sus casas y comenzaron a labrar la tierra. El agua de la presa empezó a regar las tierras; y una nueva ciudad surgió. Cuando todo era prosperidad, se quitaron tierras a los colonos para darlas a otros agraristas; pero en la política de dar más, mucho más de lo que se tiene, se puso a disposición de los agraristas todo el caudal de agua; no hubo medida de riegos. Los técnicos que dirigían el sistema fueron sustituidos por los líderes; y éstos, continuando la política de dar todo, hasta lo que no hay, repartieron tal cantidad de agua, que la presa se secó. Los colonos, quienes con tantos esfuerzos habían triunfado, se vieron en la necesidad de emigrar; los agraristas también abandonaron las tierras, y lo que pudo ser grandeza, quedó convertido en miseria.

Cita el ingeniero León otros muchos “casos”, dando así cómo ha estudiado los problemas nacionales y cómo su conclusión de que “hay que rectificar” es justa y

necesaria. "Los técnicos mexicanos, que tanto podrían cooperar en la resolución definitiva de los problemas nacionales, están subordinados, desgraciadamente, a los líderes arribistas; y esos líderes no tienen más capacidad que para la demagogia", dice León y a continuación hace esta pregunta:

¿Dónde está el peligro, para el verdadero programa de la Revolución, de una nueva política de rectificación?"

Y quienquiera que sea el próximo presidente de la República, insiste León, tendrá que rectificar. ¿Qué sería de México si no rectificara? ¿A dónde iría el país si continuase en manos de los agitadores y no de los técnicos?

La política de rectificación no solamente es parte del programa de los opositoristas, sino también del candidato del PRM, general Ávila Camacho.

"Lea usted despacio los discursos de Ávila Camacho; lea las entrelíneas y encontrará que también Ávila Camacho comprende la necesidad de rectificar".

"¿QUIÉN TRIUNFARÁ?"

Al mencionar los nombres de los candidatos presidenciales, León lo hace con sencillez.

"¿Quién triunfará?", le preguntamos.

León salta de su asiento, se pone en pie, toma actitud de orador, habla con vehemencia; da pasos hacia atrás y hacia delante. Lo podemos ver de cuerpo entero. Es de regular estatura. La frente echada hacia atrás le da aspecto de impetuosidad; los ojos grandes, expresivos. Habla con fluidez, haciendo a veces frases elegantes; mueve los brazos constantemente; une el índice con el pulgar, como en oratoria de cátedra.

¿Que quién triunfará? No hay tradición democrática en México; pero ¿por qué no confiar en un triunfo democrático? Los partidarios del candidato del PRM intentarán continuar los vicios electorales; las imposiciones de siempre, aunque el gobierno parece impasible ante aquéllos y éstas. Es necesaria una regeneración política, y cumplir las promesas democráticas que ha hecho. Los periódicos mexicanos deben cooperar en la obra de civismo. Vierte, a continuación, las quejas y las protestas contra procedimientos del presente. Pero, ¿qué del pasado?

EL CALLISMO

"¿No cree usted, ingeniero, que ustedes que figuraron de una manera prominente en el régimen callista son responsables de la ausencia del civismo nacional? Ustedes, en

los largos años que estuvieron en el poder, bien pudieron haber realizado lo que hoy claman para el pueblo mexicano", le decimos a León.

Hace entonces la historia del PNR, de los proyectos del general Calles. Seguimos objetando: "Ustedes, los callistas, fueron los responsables de la decadencia moral de México". Rechaza la acusación; explica y vuelve a explicar.

"El general Calles y ustedes fueron los responsables de la guerra civil más infame que se haya conocido en México: la guerra religiosa", insistimos.

"¡Falso!", exclama León. "Quienes la provocaron fueron los obispos..."

"Eso es argumento político... Jamás los débiles han sido los provocadores; provoca quien es fuerte...", argüimos.

León se detiene, y hace una confesión que mucho le honra y le eleva: "El general Calles y sus colaboradores cometimos muchos errores... Pero es necesario acreditar al general Calles los grandes beneficios que hizo al país. Calles ha sido uno de nuestros más grandes estadistas..."

"¿Y es cierto", preguntamos, "que usted fue quien dio al general Calles el título de "Jefe Máximo"? Lo dice el general Abelardo L. Rodríguez en una carta recientemente publicada".

"No es verdad. El primero que dio ese título al general Calles fue el general Melgar, actual gobernador de Quintana Roo...", contesta, y luego, gozoso, recomienda la lectura de cierto libro, que puede servir de punto de partida para calificar a los hombres que se dedicaron al elogio de Calles.

Con el nombre de Calles vienen otros nombres y numerosos episodios. Calles no fue hacedor de presidentes. La derrota del licenciado Aarón Sáenz en la convención de Querétaro en 1929 no se debió a Calles, y sí, en gran parte, al partido imperante del licenciado Portes Gil, a la sazón presidente de la República. Recuerda León que todavía el día anterior a la convención, habiendo visitado al general Calles él y otro amigo, quisieron conocer la opinión del expresidente sobre las candidaturas de Ortiz Rubio y de Sáenz. Calles no soltó prenda; cualesquiera de los candidatos era buen candidato; lo único que deseaba es que la "familia revolucionaria" no se dividiera.

CÁRDENAS Y CALLES

¿Y respecto del general Cárdenas? Cárdenas fue uno de los generales predilectos de Calles; éste le consideraba como "uno de sus hijos"; pero Cárdenas jamás comprometió su amistad con Calles. Éste tiene un precioso archivo en el que salen mal parados muchos políticos mexicanos; pero en ese archivo no hay una sola carta de Cárdenas.

¿Sentirá Calles rencor hacia Cárdenas? El ingeniero León lo ignora. Cuando León, junto con Morones y Melchor Ortega, llegó al campo de aviación escoltado por la policía para ser embarcado hacia el extranjero, y se encontró frente al general Calles, no fue posible descubrir en el rostro de éste cuáles eran sus pensamientos. No habló en todo el viaje; después hizo un comentario despectivo para quienes le expulsaban del país.

León cuenta todas estas anécdotas con viveza, con lujo de detalles; pero no se queja del destierro, por más que pasó pobreza.

“¿Rico? Esta leyenda... Tenía una propiedad rural, pero la vendí para pagar las deudas...”.

Explica su situación; quiere dejar satisfecho a quien le ha interrogado. Vive en una modesta casa de la colonia del Valle; viaja en camión; ha tenido que vender su biblioteca.

Cuando termina de hablar de su situación personal, vuelve por sí solo a los problemas políticos.

“¿Cree usted que la sucesión presidencial dé lugar a la subversión del orden?”, interrogamos.

“No lo creo, soy miembro del Partido Revolucionario Anticomunista (PRAC) y mi partido está realizando una intensa labor cívica. La cuestión electoral es, para nosotros, secundaria. Cuando hayan pasado las elecciones el PRAC continuará trabajando en un despertar cívico. ¿Por qué no tener confianza en la democracia mexicana? Lo único que sentimos es que el PRAC haya venido a la lucha política hace apenas un año. Si los trabajos que acabamos de emprender hubiesen comenzado antes, el PRAC habría realizado ya la gran tarea que se ha propuesto. Pero en fin, nunca es tarde. Continuaremos preparando al pueblo mexicano para las batallas cívicas del futuro; ése es nuestro deseo, y creo que lo dejaremos cumplido”.

León dibuja, después, la posibilidad de un gran programa social y político. Desenvuelve los problemas nacionales con gran conocimiento; en ello goza y hace gozar, y pregunta a cada paso:

“¿Estoy o no en lo justo cuando insisto en hay necesidad de rectificar? La rectificación es el empleo de nuestros técnicos y el desplazamiento de los líderes impreparados. ¿Cómo es posible que un país pueda vivir en manos de líderes irresponsables?”

El ingeniero León ha dado la más clara definición sobre lo que es la rectificación al gobierno cardenista, y quizá por esto es que tiene mucho de profético su frase:

“¿Quiquiera que sea el próximo presidente de la República tendrá que rectificar!”.

Hoy, México, D.F., 6 de abril de 1940, año IV, volumen XII, núm. 163, pp. 12-13.

ALMAZÁN YA TRIUNFÓ

“LOS VIEJOS VAMOS A ENSEÑAR A LOS MUCHACHOS CÓMO SE LUCHA”,
DICE, ENTUSIASMADO, EL LIC. SOTO Y GAMA

LO ANÍMICO

La anticipación del triunfo es, en el militar, estímulo; en el artista, egolatría; en el periodista, delirio; en el amante, ensueño. En don Antonio Díaz Soto y Gama es un grito del corazón.

Cuando Díaz Soto exclama: “¡Ya triunfamos!”, y pregunta: “¿Quién puede negar que el triunfo electoral está representado por el almanismo?”, él mismo se conmueve; conmueve a todos. No se dirige al calculador; habla al sentimental. Por esto, cuando repite su “¡Ya triunfamos!”, hay en él una transformación: en sus ojos brilla la luz; en sus labios la magia.

Y si en la mirada de Díaz Soto hay luz, y en la palabra, magia, es porque en Díaz Soto no existe el abogado, ni el político, ni el agitador: en él vive el moralista; y como moralista, cuando cree penetrar en el sentimiento ajeno penetra en el suyo propio.

LO FÍSICO

Sobre un cuerpo delgado, alto y recto, se yergue una cabeza espléndida. Elevada la frente con un violento arranque hacia atrás, en ella está lo ágil con lo contemplativo.

La fisonomía de Díaz Soto tiene un tanto de goethiana; revela viveza y valor; pero posee también un aire romántico. ¡Pero algo hay tanto de romanticismo en la vida y en la historia de Díaz Soto!

Con el timbre de voz metálico, Díaz Soto y Gama hace sentir, como pocos, el acento de sus palabras. Él se dice “agitador”; pero si a su oratoria se unen sentimiento y pensamiento, se encontrará al predicador. Cuando habla en la tribuna, da la misma sensación que Lombardo Toledano —otro predicador acusado de agitador—. El agitador es teatral, veleidoso, indisciplinado; puede demoler y crear; y ni Díaz Soto ni Lombardo Toledano han demolido nada, ni han creado nada. En la Edad Media, ambos hubiesen sido elocuentes catequistas; pero sometidos a la jerarquía. Díaz Soto me ha dicho, contradiciendo su afán de llamarse agitador: “Fui soldado de Zapata; fui soldado de Obregón; soy soldado de Almazán”. ¿No hablaría también así, en un arranque de sinceridad, el licenciado Lombardo Toledano?

LO PRETÉRITO

Hace 25 años, Díaz Soto producía el estupor y la alarma que hoy causa Lombardo Toledano. Sin embargo, en 1915, Díaz Soto no era más que el moralista de 1940. ¿No fue acaso una lección de moral la que Díaz Soto dio a los generales y políticos mexicanos en la Convención de Aguascalientes, al estrujar entre sus manos la bandera nacional burlada y traicionada una y muchas veces por políticos y generales?

Pero hace un cuarto de siglo nadie hubiese atrevido a afirmar, después de lo ocurrido en Aguascalientes, que Soto y Gama era un moralista, como por muy audaz se tendrá hoy a quien diga que Lombardo Toledano es también un moralista, y no un agitador.

Díaz Soto vivió por largos años víctima de la incompreensión; y es que abusaba de su dialéctica. Renegó de todo, menos de las jerarquías; por eso no fue agitador; no pudo serlo.

Fue necesario que pasasen 25 años para que la sociedad se reconciliase con él; y el día de la reconciliación encontró en Díaz Soto al apacible, al romántico, al contemplativo, al místico. La sociedad reconvinó en que Séneca siempre sirvió al príncipe.

LO FUTURO

Algún día Soto confesará que no ha sido ni es político; que no ha sido ni es agitador. Si vive en política es porque quiere hacer de ésta una tribuna de ética, y porque de esa tribuna que ofrece la política mexicana salen frases atrevidas que gustan y que guían.

¿Por qué es almazanista Díaz Soto? “Porque México quiere un constructor y no un ensayista”, me dice, señalando a don Juan Andreu Almazán como el constructor; a don Manuel Ávila Camacho como el ensayista.

Pero hay más que admirar en Almazán: “Su decisión absoluta, su valor personal y cívico: su fe conmovedora en el triunfo”.

Y ¿triunfará el general Almazán? “Sí”, dice Díaz Soto, y agrega: “Si el gobierno federal, a pesar de las constantes y reiteradas declaraciones de Cárdenas, llegase a pretender violar el voto público y desconocer el mandato de la soberanía nacional, el actual gobierno sería suicida, como lapidariamente lo declaró el general Almazán”.

EL CAOS

Cómo saltan y brillan las frases en los labios de don Antonio Díaz Soto y Gama. Está hablando no sólo frente a mí, sino ante una nutrida concurrencia que sigue atenta, entusiasta, si no las preguntas que se hacen a Díaz Soto, sí las respuestas que éste da.

“Pregunte usted a todos y cada uno de los aquí presentes si hay quien duda en el triunfo de Almazán”, pide y luego exclama:

“¿Quién puede creer que es posible seguir viviendo en un régimen comunistoide! ¡Y yo prefiero morir antes de seguir viviendo en esta liderocracia!”.

“¿Es, pues, el actual gobierno un gobierno...?”.

Díaz Soto se arrebató en la respuesta:

“Sí, éste es un gobierno de secta; de secta porque solamente participan en el poder los comunizantes, en tanto que han quedado excluidos los revolucionarios auténticos de las escuelas de Zapata y de Obregón”.

EL ORDEN

¿Qué es lo que quiere el almazanismo?

Don Juan Andreu Almazán sintetizó su programa en un lema significativo —tanto o más significativo que el de don Francisco I. Madero en 1910—: “Libertad y orden”.

El lema almazanista no niega que existan libertad y orden; pero sí confirma que debe existir la libertad y el orden. ¿Qué otro puede presentar la democracia? El actual gobierno tiene como lema “Sufragio efectivo. No reelección”. ¿Quiere acaso decir este lema que el propio gobierno niega que existan el sufragio efectivo y la no reelección?

Díaz Soto, al hablar del programa almazanista, no lo sintetiza; lo funda:

“El almanismo tiene un programa precioso y claro: el contenido de los artículos 27 y 123 de la Constitución; de la Constitución que no ha sido cumplida y sí torpe e inicua desvirtuada. El almanismo quiere un gobierno nacional y no un gobierno de secta”.

“Por eso, el almanismo rechaza todos los aditamentos postizos al programa auténtico de la Revolución mexicana e intenta despojar a ésta de todo exotismo. Por eso mismo Almazán quiere dar toda su autenticidad a la Revolución mexicana; por eso clama por la justicia, el orden, la libertad”.

LA REACCIÓN

En México ha ocurrido lo que en todos los países cuyo Estado es débil, enfermizo y torpe, y que se ve en la necesidad de recurrir al adjetivo, por más absurdo que éste sea. Porque, ¿qué más absurdo que llamar revolucionario al Estado?

El Estado mexicano es revolución; y lo que no es Estado es reacción. Si hay un hombre que ama el pueblo, que vive para el pueblo, pero que no es relevante para el Estado, es reaccionario. En cambio, quienes viven colgados de los hábitos del Estado eternamente —y por sólo este hecho son más conservadores que los paladines del conservadurismo— son revolucionarios.

¿Es por no estar atados al Estado por lo que los almanistas son reaccionarios? ¿Es que Almazán es el jefe del conservadurismo?

Díaz Soto sonrío al escuchar mis preguntas.

“Nos dicen reaccionarios”, explica, “los conservadores de los intereses mal habidos a la sombra de la Revolución. Nos dicen reaccionarios, ellos, los que representan el totalitarismo”.

“¿Reaccionarios nosotros, los que hacemos público el deseo de comer que tiene el pueblo mexicano? ¿Reaccionarios nosotros que queremos el cumplimiento de la constitución?”

LA REVOLUCIÓN

Si el almanismo fuese la reacción, de acuerdo con la observación de Díaz Soto, el general Almazán nunca podría contar con el apoyo popular.

“¿Quién puede negar”, pregunta Díaz Soto, “que el hombre del pueblo es nuestro mejor aliado?”

Las masas populares no podrían seguir a los reaccionarios, “¡Eso jamás!”, exclama Díaz Soto; y las masas populares de México “están más candentes que nunca”, y ¿quién de los mexicanos no está contagiado por el ambiente?

Además, ¿en dónde está el mexicano que no desee el progreso? Pero para que el país progrese, para que todo ciudadano tenga derecho a vivir en la libertad y en el orden, es necesario realizar “un cambio de hombres y de cosas”.

“¿Reaccionarios nosotros?”, insiste Díaz Soto y Gama; al referirse a los rivales del almanismo, los llama despectivamente “imposicionistas”. ¿Por qué no llamarlos ávilacamachistas? ¿Por qué “imposicionistas”?

“Tiene gracia la pregunta”, reclama Díaz Soto. “¿Preguntar por qué son imposicionistas!”.

Luego de las anteriores palabras, Díaz Soto, como si estuviera en cátedra, dice:

“Son imposicionistas porque son los sucesores de los que impusieron a Corral en 1910 y a Bonillas en 1920...”.

¿La acusación de “imposicionistas”, que se hace a los partidarios de Ávila Camacho, puede ser suficiente para atraer a los ciudadanos mexicanos a las filas almanistas?, pregunto a Díaz Soto, quien responde:

“Sí, porque verdaderamente en el pueblo mexicano produce pánico la continuación de un régimen de anarquía y de desastre”.

“¿De anarquía y desastre?”, interrogo.

“Sí. Para no darse cuenta de la anarquía y del desastre se necesita o estar ciego o estar en el poder...”.

LA OPOSICIÓN

¿Recurrirá la oposición a la violencia? Esta pregunta surge, empujada por el pensamiento más limpio, y como temor nacional de ver subvertido el orden por negocios políticos.

“La violencia ya empezó”, me dice Díaz Soto; “pero los provocadores son ellos, los imposicionistas. Ellos son quienes se han salido de la ley, los que se saldrán de la ley. ¡Pecor para ellos, porque estarán perdidos!”.

Y, ¿cree usted en la sinceridad de Cárdenas?, pregunto a Díaz Soto.

“Nadie puede penetrar en el santuario de las intenciones”, contesta pausadamente, y añade:

“La opinión pública está vigilante y alerta; va a ser muy difícil engañar a la República”.

LA DERROTA

En política, ¿es derrota un error? O ¿es el error una derrota?

Díaz Soto se detiene ante la pregunta. Habla; pero habla como moralista más que como político:

“Sólo creo en los hombres que han sufrido derrotas...”.

Luego, comenta:

“Obregón no había sufrido derrotas, por eso lo mataron. Antes de la derrota, era un muchacho; después de la derrota, fue un hombre”.

Ha dicho lo que piensa de la derrota; ¿y el error? Mi insistencia parece ponerle frente a aquella confesión del general Almazán —confesión impropia de político pero propia de hombre—, que hizo saltar a un político mexicano, quien llegó a creer que sus ruindades eran grandezas.

“Sólo en México”, me dice al fin Díaz Soto, “se ignora que todo hombre ‘tiene derecho al error’, frase de Martí que no alcanzan a comprender los agentes de la imposición”.

EL TRIUNFO

La palabra “triumfo” brota de los labios de Díaz Soto una y muchas veces. Hay que repetirlo: “¡Triunfo!” en Díaz Soto no es estímulo, ni egolatría, ni delirio, ni ensueño; es grito del corazón.

Y es grito del corazón, porque con la luz en los ojos y la magia en los labios, me ha de decir para terminar:

“Siento al país vibrante como nunca, con una fe en su misión y en su destino; con esa fe que lleva a los pueblos al triunfo a pesar de todos los déspotas...”.

“Los viejos vamos a enseñar a los muchachos cómo se lucha... ¡Un viejo tiene más energías que muchos de esos individuos que se llaman jóvenes!”.

Hoy, México, D.F., 13 de abril de 1940, año IV, volumen XIII, núm. 164, pp. 20-21.

¿ALMAZÁN NO PUEDE SER PRESIDENTE DE MÉXICO?

“CON CRITERIO POLÍTICO, EL ARTÍCULO 82 CONSTITUCIONAL LO INCAPACITA”,
DECLARA EL SENADOR MORA TOVAR

“El presidente Cárdenas está para dejar el poder. El pueblo todo quiere que salga limpio. Le exige que salga sin mancha, ¡porque le tiene devoción y cariño!”.

Ésta es la exclamación que brota de los labios del senador Luis Mora Tovar, cuando le pregunto, ante todo, si cree que el general Lázaro Cárdenas sería capaz de romper las ilusiones democráticas de México.

—Saber o creer —dice Mora Tovar— que el señor presidente es capaz de romper las esperanzas democráticas a lo que él mismo dio alas y echó a volar optimistamente es de momento imposible. La respuesta pertenece a la incógnita, y la incógnita habrá de descifrarse muy pronto. Si cabe creer y augurar que el señor general Cárdenas, valorando su obra y su responsabilidad y considerando su deber absoluto salvar aquélla y ésta aun para satisfacerle imperativo personal que le manda presentarse limpio al juicio del futuro, habrá de cerrar la misma obra con un gesto definitivo y heroico que afirme de una vez para siempre las instituciones de México. Esto sería el remate más digno, más elevado, que diese el señor general Cárdenas a su encargo presidencial.

Después de la anterior respuesta, Mora Tovar me pregunta si el interrogatorio será o no “inquisitorial”.

—¿Teme usted comprometerse? —le digo.

—No; no tengo compromisos; puedo y debo hablar con toda claridad —contesta.

QUIÉN ES MORA TOVAR

Don Luis Mora Tovar es una de las figuras más interesantes del mundo político mexicano. Tiene en sus manos el don de su talento; talento sutil, analítico. Conoce a los hombres, y nadie como él ha penetrado en los medios políticos. Desenvuelve con seguridad y con gusto la situación más complicada. Gran conversador, va de un lugar a otro, haciendo las más profundas observaciones; parece un general que se prepara a marchar al teatro de la guerra.

Ha escrito versos; fue líder socialista; ha colaborado en diarios y revistas. En los últimos 15 años ha sido representante en las Cámaras federales, participando activamente en los más importantes sucesos políticos del país. Fue jefe de la campaña presidencial del general don Gildardo Magaña.

Sobre la dolencia física que padece Mora Tovar desde hace largos años, surge una cabeza espléndida; en ella hay inteligencia, vigor y voluntad. En el hablar del hombre no hay arranques oratorios, pero sí penetración; a veces frases complicadas que revelan cómo el político —y Mora Tovar es político sobre todas las cosas— sabe eludir o aceptar los más altos compromisos.

Nadie en esta serie de entrevistas me había dicho lo que me dijo Mora Tovar:

—Haga usted todas las preguntas que desee, por más peligrosas que parezcan, que es indispensable que el país conozca la verdad.

Ante la espontánea petición del senador, se suscita el siguiente diálogo:

P. ¿Cree usted en la democracia?

R. Creo en la democracia como puede y debe creerse en un ideal, prostituido por sus propios guardianes, pero que habrá de surgir indefectiblemente, redivivo y magnífico, para ser eje de unión y grandeza entre los hombres y entre las naciones.

P. ¿Cree usted que la actual campaña presidencial ha dado motivo a un despertar cívico de los ciudadanos mexicanos?

R. El civismo de los mexicanos está adormecido pero latente. Lo han quebrantado sus continuos desengaños, pero subsiste y se muestra a veces en actitud imperativa.

P. ¿Ha dado el gobierno del presidente Cárdenas verdaderas libertades para el ejercicio democrático?

R. El presidente Cárdenas ha procurado dar plenas garantías a todos los habitantes de la República y ha concretado reiteradas veces su credo democrático franco y abierto, para el debido ejercicio del derecho.

P. Y si el presidente Cárdenas ha manifestado en diferentes ocasiones que el gobierno actual es imparcial en el problema de la sucesión electoral, ¿cómo explica usted

que altos jefes del ejército en servicio activo acompañen en giras al general Manuel Ávila Camacho?

R. El señor presidente, como en la mayoría de sus buenos propósitos, ha encontrado la falacia de sus colaboradores, la falta de escrúpulos de sus amigos, el interés criminal de los políticos profesionales en las altas esferas de la administración, oponiéndose a su obra, anulando sus intenciones, manchando sus principios y haciendo de la historia de este régimen, que es alta en su origen y noble en su programa, un asqueroso semillero de pasiones bastardas.

P. ¿Y qué opina de la acción que realiza el PRM en el proceso electoral?

R. Hemos visto cómo en la acción del PRM —que se basta a sí mismo por la fuerza de sus postulados y por la cohesión y disciplina de sus organismos para imponerse democráticamente en el país— emerge la llaga purulenta de altos representantes del poder público, que guiados por sentimientos ególatras ajenos al interés social, ayunos de rectitud, ebrios de sectarismo servil e hipócrita, se han empeñado en hacer que gran parte de la nación condene los procedimientos electorales que ellos practican oficiosamente y torpemente, desprestigiando a su propia causa, en esta hora que marca tremendas responsabilidades históricas para los dirigentes de la Patria.

P. ¿No cree que el gobierno actual tiene en sus manos la fuerza de las leyes para evitar que sean burlados los principios democráticos?

R. Estimo que un gobierno democrático tiene en sus manos los recursos de la ley para evitar esos hechos vergonzosos, y sigo creyendo que el señor general Cárdenas especialmente cuenta con la fuerza política y con la autoridad moral necesarias para cortarles de raíz. Cabe esperar que lo haga a tiempo, evitando males mayores de inculpable trascendencia, y dando ocasión a que el PRM tenga, de hecho y de derecho, las necesarias características de institución genuinamente popular.

P. ¿Cree usted en la sinceridad de las promesas democráticas del presidente Cárdenas?

R. La actitud presidencial durante toda la actual campaña política en que el señor general Cárdenas no desaprovecha ocasión para ofrecer respeto al voto democrático del país, y la invención del mismo en el llamado caso de Jiquilpan, acorde con su teoría electoral ratificada en carta relativa que se sirvió dirigirme y que publicaron los periódicos de México, me hace creer en la sinceridad de las promesas que ha hecho a la República.

P. Sin embargo, ¿por qué los líderes políticos aseguran que el presidente ha intervenido en la formación de las planillas para representantes en las Cámaras federales?

R. No solamente no creo que haya participado en la formación de las planillas para representantes de las Cámaras federales al margen de los sectores interesados, sino que no dudo en afirmar que las reprueba.

LAS ELECCIONES

Hemos llegado al punto más importante de la conversación. Ésta gira en torno a las elecciones que se efectuarán el 7 de julio, de la actitud que pueda asumir el presidente Cárdenas y de la actuación de los candidatos presidenciales. Sigamos el diálogo.

P. ¿Cree usted que el presidente Cárdenas podría reconocer el triunfo de un candidato antagónico al PRM, siendo el general Cárdenas miembro de ese partido? ¿No sería el reconocimiento del triunfo del enemigo una deslealtad al PRM?

R. Por lo que toca a que el señor general Cárdenas pudiera reconocer el triunfo de un candidato ajeno al partido sin recurrir en deslealtad para éste, pienso que éste, pienso que el actual mandatario, como todo presidente de la República, reconocerá un candidato ajeno al partido de Estado si tal victoria se demuestra y finca indubitablemente en la ley. El señor general Cárdenas lo hará seguramente si su fuerza de voluntad y su entereza, bien conocidas, lo sostienen hasta el final de su encargo, como es de suponerse y esperarse, lejos de cualquier mira que no sea la de sus altos deberes representativos. Y debe hacerlo, porque el primer mandatario del país, así haya surgido de una institución política férrea y celosa en su disciplina, deja de ser soldado de su grupo para deberse a la colectividad cuando se constituye en jefe de una nación en marcha. Desde tal momento; los intereses de su partido quedan para él definitivamente supeditados a los intereses de la República; sobre el Plan Sexenal tiene como guía la Carta Magna del país; antes que a la institución que lo llevó al poder se debe a la Patria. El presidente Cárdenas ha demostrado cómo procura observar estos mandatos de su misión constitucional.

P. ¿Qué opinión tiene usted de los candidatos presidenciales Ávila Camacho, Almazán y Sánchez Tapia?

R. Soy amigo personal de los señores generales Ávila Camacho, Almazán y Sánchez Tapia. Reconozco en el primero, entre otras cualidades, las de hombre ponderado, buen hijo y buen amigo, que bastan por sí solas para hacer un buen ciudadano; en el segundo reconozco que es un buen soldado a cuya rigidez en el concepto de sus obligaciones se debió quizá que se hallara en el campo gobiernista del general Huerta, usurpador y asesino a quien el Congreso otorgó los fueros de la legalidad; y pienso del general Sánchez Tapia que a más de ser un ciudadano íntegro, un revolucionario sin tacha y un amigo recto, posee una vasta cultura, que abordaría con éxito la resolución de nuestros problemas internos y externos. Considero que los tres candidatos han tenido errores como todos los hombres, pero también considero que a cambio de éstos llegará al poder cualquiera de ellos con la energía necesaria para sacudirse no pocos zánganos que zumban en su derredor. Para seleccionar sus colaboradores

entre hombres útiles, aptos y bien intencionados, antes que entre los políticos de profesión oropelescos, aduladores y falsos; para hacer obra revolucionaria, constructiva, sin demagogias; para evitar que las conquistas del trabajo sigan degenerando en raquetismo criminal; para exigir a todos los habitantes de México el cumplimiento de sus obligaciones a cambio del usufructo de sus derechos; para dar, en fin, al espíritu la atención que merece en la escuela, el que lograrse triunfar podría ser un buen presidente, capaz de elevar al país en constante superación. Sin estas realizaciones en el programa presidencial del próximo periodo, quienquiera que sea el encargado de verificarlo fracasará rotundamente.

P. ¿Tiene usted compromiso con alguno de los tres candidatos?

R. En la vida pública no tengo más compromisos que los señalados para mi actuación por mi carácter constitucional, y por mis deberes de revolucionario ajeno a todo sectarismo.

P. ¿Cree usted que las manifestaciones en honor del general Almazán sean prueba de que éste es popular?

R. El sector almazanista es la oposición. Ésta es numerosa, aunque desorganizada, pasional y entusiasta. Sí creo, por consecuencia, que las manifestaciones efectuadas en honor del general Almazán prueban que éste cuenta con numerosos prosélitos, aunque no por sí mismo, sino como abanderado del campo independiente.

P. ¿Cree usted que el triunfo de cualquiera de los candidatos sea reconocido por el Congreso de la Unión?

R. El Congreso de la Unión constituido democráticamente, con elementos disímboles pero genuinos representativos de sus entidades, sí reconocería el triunfo de cualquier candidato presidencial. Pero es infantil creer que suceda lo mismo con un Congreso cuyos miembros, pertenecientes al PRM, declararían indefectiblemente primer mandatario al candidato de su instituto, sin vulnerar en su propio concepto la rigidez de su encargo, puesto que, aplicando el criterio político —vicioso pero hecho costumbre y aprovechado como ley—, estimarían satisfecha su responsabilidad, máxime cuando la apatía de los almazanistas, que no se han preocupado por lanzar planillas de representantes que en el Congreso de la Unión pudieran defender la causa de su grupo, dará establecimiento y función del Congreso ávilacamachista, carácter democrático y constitucional, por haber sido electos sus miembros sin enemigo al frente.

P. ¿Cree usted en la posibilidad de que sean instalados dos Congresos?

R. Si los almazanistas se organizan y actúan hasta la elección de julio, no será difícil que se instalasen dos Congresos.

P. ¿En esta causa cuál cree usted que sería el papel del actual Ejecutivo?

R. En este caso el Ejecutivo debe reconocer al Congreso que reúna las características de elección, constitución e instalación claramente expresadas en nuestra Carta Magna y en la ley comicial relativa.

¿ALMAZÁN INCAPACITADO?

Es necesario hacer un alto en la conversación con don Luis Mora Tovar. Hay un problema planteado ante el senador que obliga a éste a revisar el texto constitucional. El problema surge en la plática, cuando se le dice que no falta quien asegura que aun en el caso de que resultase electo por la mayoría del país presidente de la República, el general Almazán estaría incapacitado para ascender al poder, de acuerdo con los mandatos de la Constitución, que señalan que no puede ser presidente de la República quien haya servido al gobierno del general Victoriano Huerta.

Consultada la carta de Querétaro, el senador Mora Tovar me dice:

—Yo pienso que la incapacidad constitucional del general Almazán para ocupar la Presidencia de la República en el caso que usted me plantea no existe si nos atenemos al criterio meramente legalista; mas puede ser insuperable si a su triunfo se aplicase el criterio político por una representación nacional en que los antialmazanistas controlasen la mayoría.

Dictada la anterior respuesta, continúa el diálogo de la siguiente manera:

P. Y si fuesen instalados dos Congresos, ¿cree usted que esto podría dar lugar a que las elecciones fuesen nulificadas?

R. La instalación de dos Congresos no determina la nulidad de la elección, sino el reconocimiento por el Ejecutivo de uno solo —el que esté más acorde con la ley—, y las naturales eliminación y consignación del espurio. Si ninguno llegase a funcionar oportunamente en derecho, sobrevendría la desaparición de poderes, con las consecuencias previstas por el código supremo.

LA TRANQUILIDAD DEL PAÍS

P. ¿El problema de la sucesión presidencial puede provocar la subversión del orden?

R. Es posible, pero no muy probable, que en derredor de la sucesión presidencial suframos algún movimiento subversivo; pero seguramente, cualquiera que pueda ser su importancia, está condenado a la derrota, porque en México —ya se demostró en 1923 y en 1929—, ninguna rebelión, ni aun de la de gran parte del ejército, tiene

probabilidades de triunfar si no cuenta con el campesinaje, que si fue determinante en 1910 a 1920 como sostén de sus principios, lo sería de la misma manera y con mayores probabilidades en el presente. Porque suponiendo, sin conceder, que el señor general Ávila Camacho no tenga ante los campesinos arraigo absoluto, sí lo tiene el señor general Cárdenas, por el que no hay actualmente un solo grupo de ellos, afecto a las principales organizaciones, que no se juegue la vida. Por otra parte, es indiscutible la conciencia cívica del ejército, el amplio concepto de su responsabilidad, su elevación moral y su respeto a las instituciones que la Constitución pone bajo su cuidado inmediato. Así, quedan en relativa incógnita la clase media y la llamada clase alta. Mas yo estimo que la primera no actuará por ningún concepto en contra del gobierno, debido a su desorganización y a su apego a la tranquilidad doméstica de que disfruta, pese a su pobreza, y la segunda jamás ha sido partido peligroso como entidad de lucha en nuestras diversas convulsiones. Total: la tranquilidad del país no está en gran peligro.

BALANCE DE CÁRDENAS

Para terminar, he pedido a Mora Tovar su opinión sobre la obra del general Cárdenas. La respuesta no ha sido la de un político, ni la de un cortesano: ha sido la del hombre que quiere justificar lo bueno y lo malo, lo hecho y lo por hacer, lo grande y lo pequeño. Mora Tovar hace el elogio de Cárdenas, pero también señala los errores de éste. En las palabras del senador hay entusiasmo y hay doctrina, quizá más de lo primero. Leámoslas:

—Como defensor de los derechos humanos y reivindicador de las libertades; como soldado de la revolución social incontenible y justiciera, el general Lázaro Cárdenas pasa a la historia limpio de toda mancha. Ha sido, según el decir de un psicólogo, un Cristo ateo. Pese a sus protestas materialistas es romántico y apóstol. Su obra personal, plena de sinceridad, de gestos viriles en cuanto a su credo revolucionario, es y debe seguir siendo respetable y respetada por sus más encarnizados enemigos. Sólo tiene una negación, ¡una sola!, pero tremenda: la de su soledad infinita y dolorosa en las realizaciones de su ideal. Todos sus ímpetus de elevación, todos sus postulados de humanidad, todos sus esfuerzos progresistas y reivindicadores han tenido en la práctica el veto de sus copartícipes en las responsabilidades públicas, quienes mistificando los avances sociales y torciendo dolosa y criminalmente en la interpretación y en la práctica los elevados propósitos del Primer Mandatario, no solamente los anularon como dije antes, sino que son capaces de presentarlos a la posteridad como un baldón nacional digno de las más negras recriminaciones y de los más apasionados anatemas.

“En cambio, con respecto a los órdenes político y administrativo, la obra del señor general Cárdenas adolece de errores originales, probablemente por nuestras circunstancias y costumbres, pero errores al fin. Llegó al gobierno proponiéndose con sus verdaderos amigos hacer de México un país institucional, sustituyendo así los viciados sistemas de las administraciones pretéritas, y hemos visto cómo no le fue posible prescindir del centralismo autócrata, eliminar el caudillaje arbitrario, acabar con los gobernantes espurios, dar fin a las mafias y camarillas de politicastos sin escrúpulos, establecer sobre el burdo y decantado materialismo de los pseudorradicales, el imprescindible cultivo del espíritu, elevándolo constantemente, dar a la escuela unidad de pensamiento y de acción con una filosofía propia y una pedagogía que con ella se acople a nuestras realidades sociales, elevar la justicia hasta los planos que requiere la humanidad contemporánea, y fijar los lineamientos definitivos de una patria en que la Democracia sea el hecho indiscutible en que se apoyen de manera fundamental todos los intereses colectivos. Sin embargo, al cargo que significan estas omisiones hay que contestar que solamente siendo perfecto, omnipotente, infalible y omnisciente, habría podido el señor general Cárdenas por sí solo, únicamente por sí solo, desarrollar su labor en forma impecable. Dio a la República cuanto sus facultades y sus fuerzas de hombre permitieron dar prodigándolo todo, ¿qué más puede dársele? Se me dirá que le fue posible y debió allegarse colaboradores absolutamente identificados con sus tendencias personales, pero, ¿de dónde llamarlos si en todas partes hay una gran orfandad de valores espirituales y morales, si en todos los campos predominan los egoísmos misérrimos, y México requirió durante el sexenio que fina una labor intensamente pronta y oportuna?

Hoy, México, D.F., 27 de abril de 1940, año IV, volumen XIII, núm. 166, pp. 23-25, 98.

MÉXICO NO QUIERE MÁS CAUDILLOS

“LO QUE MÉXICO QUIERE ES UN HOMBRE SENSATO,
DIGNO, DE CARÁCTER”, DICE RAÚL MADERO

Un hombre sencillo, con penetración de todos los problemas nacionales, sin tradición de caudillaje, con un criterio democrático, es lo que México necesita en la Presidencia de la República en el próximo periodo constitucional, de acuerdo con lo que dice el general don Raúl Madero.

Y al expresar estas condiciones para un futuro presidente de la República, el general Madero cree encontrar en el general Juan Andreu Almazán el obstáculo principal para que se realice la forma de un Estado democrático.

“Almazán”, me dice don Raúl Madero, “es en sí un poco de caudillo; y es necesario que si queremos un régimen institucional, el próximo presidente esté lejos de cualquier sentimiento o propósito de caudillaje”.

Figura de las más salientes de la numerosa e importante familia Madero, don Raúl es un hombre sencillo, sereno, con un amplio sentido de las cosas y sin los prejuicios que tanto daño hacen a la política y a los políticos.

De mediana estatura, caballeroso, de fácil palabra, poseedor de magnífica memoria, penetrante en los deseos y las ambiciones de los hombres, con un poco de la sagacidad del rancharo del norte, don Raúl lo mismo hace recuerdos de familia —recuerdos

interesantísimos para formar el anecdotario de los Madero— que habla de los grandes problemas agrícolas, de la situación industrial y, por fin, de la política mexicana.

No quiere tener reservas —dice—; no necesita tener reservas. ¿Para qué? El hombre debe expresar cuanto siente y cuanto piensa. Si es rencoroso y vengativo, debe dejar escapar odios y venganzas. Si es sereno y generoso, debe hablar con la tranquilidad y la bondad.

Otro hombre que no estuviese armado de estos sentimientos como don Raúl Madero habría estallado al llevarse a los trágicos acontecimientos de 1913. En ellos perdió dos hermanos; uno era el presidente de la República; el otro un político de gran estatura a quien todavía no se le ha hecho justicia. Sin embargo, en la condenación del crimen no descubre el señor Madero un sentimiento de odio o de venganza. Pero sí cree que aquella línea de conducta que tan rectamente siguieron sus hermanos debe ser continuada para el bien de su país.

De aquí que con insistencia, dando a sus palabras todo el énfasis posible, el general Madero repita:

“No es un caudillo lo que México necesita; lo que México quiere es un hombre sensato, digno, de carácter y, sobre todo, de conocimientos de las necesidades de las gentes por quienes se inició y se realizó la jornada de 1910”.

LA FAMILIA DE MADERO

Después de repetir este pensamiento que puede ser para el país, dentro de su sencillez, más útil que los pensamientos dichos con la mayor elocuencia, el señor Madero me conduce a la juventud de su hermano don Francisco, recuerda entonces la permanencia de aquella numerosa familia Madero que vivió cuatro años en Europa bajo el patriarcado de Francisco Madero; del viejo don Francisco que ganaba y perdía fortunas, que hacía y deshacía ilusiones. ¿Qué de páginas interesantes corren durante la conversación! ¿Y cómo sirven esas páginas para comprender lo que en la familia Madero fue don Francisco I. Madero; y lo que significó el maderismo!

Hay un episodio en la vida de don Francisco I. Madero casi ignorado, y que revela el carácter, la voluntad, el arrojo y el sacrificio del hombre. El episodio se desarrolló en Nueva Orleans.

Cuando los amigos del señor Madero creían perdida para siempre toda tentativa revolucionaria en México, don Francisco, aislado y silencioso y en compañía de su hermano Raúl, concluía un vasto plan para derrocar al gobierno del general Díaz. Iba a embarcarse con unas cuantas gentes más en el puerto norteamericano para dirigirse

a un punto de la costa veracruzana, en donde comenzaría la guerra; y mientras que se hacían los trabajos para conseguir las armas, las municiones, los cuantos soldados que le acompañarían, don Francisco soñaba en el triunfo; tanto así creía en el triunfo, que a su hermano Raúl le comunicaba quiénes serían los hombres a quienes él llamaría a formar parte de su gabinete presidencial.

Esta ilusión maravillosa de don Francisco Madero revela ante la claridad del sol cuán grande era, por su ingenuidad y por su sencillez, y por su ilusión y por su engaño, el maderismo. ¡Sólo una vez en muchos y largos años de su vida podrá México tener la oportunidad de contemplar otro espectáculo tan grandioso como el que dio Madero en 1910!

MADERO Y ALMAZÁN

Por esto cuando pregunto a don Raúl Madero si él que vivió en 1910 puede decirme si entre las manifestaciones alborozadas que se hacen al general Almazán y las que se hicieron al señor Madero hay algún punto de comparación, me contesta:

“Hay una grandísima diferencia entre las manifestaciones que se hacen en honor del general Almazán y las que se hicieron a mi hermano en la campaña de 1910. En 1910, antes del triunfo de la Revolución nadie creía en mi hermano; y no creían porque ignoraban lo que existía dentro de él. Después del triunfo vinieron las manifestaciones tumultuosas; pero ni éstas por su número, por su entusiasmo, por su frenesí, por su patriotismo, pueden ser comparadas con las que se hacen al general Almazán, como tampoco lo pueden ser aquellas primeras que se hicieron a mi hermano Francisco, porque mi hermano tenía que luchar contra una indiferencia y un temor casi insuperables”.

¿Y qué lejos debió haber estado él, que soñaba en la democracia, pensar que un día alguien iba a comparar a las manifestaciones hechas con porras viajeras, con las manifestaciones espontáneas, hermosas y brillantes, del maderismo de 1911!

Pregunto a don Raúl cuál cree que sea el camino más propicio para continuar el sentido democrático nacional que iniciara don Francisco I. Madero:

“Ante todo, insisto en que el próximo presidente no tenga sentimiento de caudillo. Después, seguir esa obra de acercamiento que inició mi hermano, que ha continuado el general Cárdenas, entre el gobierno y el pueblo. Quien tenía conciencia en 1910 debe recordar el abismo casi insondable que existía entre el poder público y el poder popular. Cualquier intento de regresión para restablecer la diferencia entre el pueblo y el gobierno nos llevaría al caudillaje y a la dictadura”.

“Pero”, objeto, “¿cree usted que en Almazán haya alma de caudillo?”.

“Conozco al general Almazán desde 1910. Puedo asegurarle que es hombre que jamás ha sentido la Revolución; pero que, en cambio, ha sentido siempre ansias de mando y de dominación”.

¿IMPOSICIÓN?

Recuerda el señor Madero algunos episodios de la vida política y militar del general Almazán, habla de ellos con tranquilidad, con el desco de exponer, no de juzgar; no hay ni una palabra que pudiese lastimar la más sensible de las cuerdas —de las muchas y muy sensibles que posee— del general Juan Andreu Almazán. Y cuando termina, un tanto sorprendido, me mira fijamente con sus ojos verdes de hombre conservador cuando le pregunto: “¿Y cómo es, general, que habiendo usted combatido a las imposiciones federales desde 1910, en 1940 venga usted a ser uno de los sostenes de la imposición?”.

“¿Imposición?”, me pregunta con actitud severísima reflejada en su rostro. “¿Imposición?”, repite, buscando ansioso en mi mirada algo que le indique qué causa me pudo haber impulsado a hacerle aquella pregunta, que si no parece molestarle, sí parece sorprenderle.

Y como yo insistiere, me dice:

“La imposición es un juego de cierta habilidad política, puesto en boga por quienes no tienen otro argumento para combatir la personalidad sencilla del general Ávila Camacho. De imposición se podía hablar y comprobar en elecciones pasadas cuando el poder gubernamental apoyaba a un determinado candidato; cuando no se permitían libertades para un candidato rival independiente; cuando los partidos únicos del candidato oficial eran los empleados del gobierno. Pero hoy, ¿cómo hablar de imposición cuando yo, y como yo hay cientos de miles de ciudadanos que no pertenecemos a la maquinaria oficial y que estamos apoyando la candidatura del general Ávila Camacho porque creemos que con ella se salvará el país de volver al caudillaje?”.

Después, el general Madero hace algunos jugosos comentarios sobre el hecho de que los almanistas se quejan de que altos funcionarios del gobierno sean partidarios del general Ávila Camacho, cuando la verdad es que hay también altos funcionarios que son amigos del general Almazán.

“¿Cuánto hubiera dado el general Almazán por haber conquistado la mayoría de los funcionarios públicos, aunque lo hubiesen acusado de candidato de imposición!”, dice, riendo, don Raúl.

Luego, también sonriente, explica el porqué uno de sus hermanos es almanista, mientras que la mayoría de los Madero es ávilacamachista.

“Vea usted”, me dice, “esencia de la doctrina que Madero sostuvo es la libertad de opinión. La diferencia de criterio entre mi hermano Emilio y yo no tiene mayor importancia que la diferencia de criterio entre cualesquiera otros dos libres ciudadanos mexicanos para pensar y externar su pensamiento y sentir y exteriorizar sus simpatías. No es ésta la primera vez que los hermanos Madero tenemos posiciones divergentes. Julio optó por apoyar a Obregón; yo por seguir con Villa. Pero lo que sí digo y sostengo convencidamente es que creo con la mayor firmeza que estar con la candidatura del general Manuel Ávila Camacho es interpretar fielmente, a la luz de las condiciones actuales, la doctrina maderista al servicio de los intereses patrios, posición de lealtad a los principios democráticos y de adhesión al esfuerzo por elevar a un plan de dignidad la vida humana de México”.

UNA REBELIÓN SERÍA ANTIPATRIÓTICA

Hay un nuevo alto en la controversia política. Otra vez surgen episodios y hombres del pasado. Fue don Raúl una de las columnas del villismo; y del villismo hablamos. En la conversación hay que recordar días trágicos para México; y entonces es cuando pregunto a don Raúl si cree que con motivo de las próximas elecciones presidenciales sea subvertido el orden.

“Cualquier movimiento subversivo será injusto, antipatriótico y reaccionario, porque la mayoría del país votará por Ávila Camacho”, me dijo con cierta severidad el general Madero, agregando: “Pero no creo en tal posibilidad de rebelión, ni creo que hombre sensato alguno desee que se incendie nuevamente la República con una asonada que lastimaría hondamente los intereses de todos, acarrearía gran derramamiento de sangre, que incubaría una nueva dictadura, deteniendo el proceso democrático que va forjando nuestra ya vigorosa nacionalidad, y creándose una situación altamente propicia para los demagogos, siempre al acecho de estas oportunidades”.

Con el sentido y el juicio del hombre que sabe los dolores sufridos por el país en años de guerra civil, don Raúl Madero añadió:

“A buen seguro que sería precisamente a los elementos de la reacción que más almanismo vienen demostrando, a quienes más perjudicaría una nueva época de violencias; mas si se tiene presente la mayor conciencia que el pueblo ha adquirido de sus derechos y su resolución de defenderlos al sacrificio, no creo que se alterarán el orden y la paz del país. Créanme, no habrá, no puede haber levantamiento; pero si lo

hubiese, el gobierno revolucionario es lo bastante fuerte con la lealtad y disciplina del ejército y con el vigoroso apoyo de la vasta mayoría del país, para aplastar cualquier brote rebelde, lo encabece quien lo encabece”.

El señor Madero ha hablado con tanta tranquilidad y tanta convicción, que gusta y satisface, y aunque posiblemente esté muy lejano el día que pudiese llegar al Poder —porque el poder en México no es para los Madero—, habrá que decir que cuánto bien recibiría una nación civilizada llevando a los puestos de responsabilidad y de trabajo a estos hombres de sentimientos blancos, cualesquiera que sean sus ideas y sus partidos, siempre que en aquéllas y en éstos los ilumine el ensueño de libertad que iluminó al Gran Joven Presidente de México, que fue la consecuencia del Grande Anciano Presidente de México.

Hoy, México, D.F., 4 de mayo de 1940, año IV, volumen XIII, núm. 167, pp. 24-25.

¿POR QUÉ SOY ALMAZANISTA?

“SOY ALMAZANISTA PORQUE HE TENIDO QUE IDENTIFICARME
CON MI PUEBLO”, DICE RAMÓN F. ITURBE

¡Qué digna se siente la política mexicana, cuando se habla de ella a través de un hombre como don Ramón F. Iturbe!

Hay en Iturbe tanto de honrado, tanto de moral, tanto de ensueño, tanto de serenidad, que dan ganas de seguirle. Pero ¿a dónde va Iturbe? Ni él mismo lo sabe. Es de esos tipos románticos que llenan sus vidas de ilusiones, que experimentan un ansia de hacer el bien, que tienden la mano al prójimo sin esperar la recompensa; que tienen visiones de grandeza, que se atreven a penetrar en las más difíciles y atrevidas aventuras.

Tiene Iturbe un notable parecido no solamente físico, sino también moral, con el general Lázaro Cárdenas. Es, como éste, el tipo del tímido, que una vez llegado a la responsabilidad, hace desenvolverse en él mismo a un nuevo hombre; al hombre que pocos, muy pocos, podían descubrir en el período de la timidez.

A pesar de todos sus contradictores y críticos —¿quién no los tiene?—, Cárdenas lleva en sí los elementos para que alguien produzca una gran biografía —no una biografía cortesana, sino una biografía del hombre que pasó de la timidez a la soberbia; y esos mismos elementos que posee Cárdenas viven en Iturbe, aun cuando éste no haya sido presidente de la República, por más que podría serlo.

GENERAL A LOS 20 AÑOS

Hace 20 años, en tanto que los más de los generales de la Revolución mexicana no sabían más que vestir las galas del triunfo, Iturbe buscaba a los pobres. Pensó en los huérfanos, amó a los huérfanos; ayudó a los huérfanos, y un hermoso documento dejó a la posteridad, retratado en medio de niños y con niños en los brazos.

Antes había realizado una obra que revela un carácter, una pasión, un sentimiento, una vida. Al triunfo de la revolución maderista, y en tanto que los jefes triunfadores se disputaban negocios y canonjías, Iturbe hacía construir una hermosa escalinata al pequeño Santuario de la Virgen de Guadalupe en la ciudad de Culiacán. Luego, el joven, que no solamente era místico, sino también ambicioso, marchó al extranjero a estudiar. Tenía 20 años; y a los 20 años pocos serán quienes logren abandonar las vanidades de un generalato conquistado en atrevidas y valientes empresas, para ir a engrosar, como un desconocido, las filas de los colegiales.

Los acontecimientos de 1913 hicieron volver a Iturbe al ejercicio de las armas. Hubo entonces de vencer envidias, de dar pruebas de arrojo. Conquistó una simpática figura del soldado romántico. Ascendió al poder supremo del Estado de Sinaloa, y comenzó a desenvolver sus ensueños de grandeza política. Mientras que los odios y las pasiones hacían víctimas en el país, Iturbe —y antes de que Vasconcelos diese el impulso que dio a la instrucción pública— abrió escuelas y soñó en una gran Universidad del Occidente de México.

Con el Iturbe gobernador de Sinaloa surgió el Iturbe proyectista; y hasta en su vida particular crea grandeza, y levanta una casa sobre el punto más bello de la costa de Mazatlán; y allí establece su centro de estudio, piensa en su biblioteca, vive en el ensueño, escribe versos, cree en la eternidad del espíritu.

La caída de un gobierno encuentra a Iturbe en grandes realizaciones que se ven interrumpidas. Pero el hombre prosigue. Inventa portentosas empresas; va de una inquietud a otra inquietud. Llena su casa de obras de arte. De estar en el poder, ¡cuántos beneficios no hubiese rendido México!

Después va al destierro, no sin antes haber probado de lo que era capaz como jefe de una columna militar. Vive varios años en el extranjero. Cuando regresa la país, parece un olvidado; pero a poco se levanta. Organiza un partido. De ese partido fue jefe, pero pudo haber sido candidato presidencial, de no haber andado con titubeos. Luego se convierte al almazanismo.

—¿Por qué se hizo usted almazanista? —le pregunto.

SIGUE A SU PUEBLO

—Soy almazanista —me responde con esa serenidad tan peculiar en él— porque he tenido que identificarme con el pueblo del Estado de Sinaloa, que en su mayoría absoluta es partidario del general Almazán. Yo no he hecho otra cosa al tomar partido en las candidaturas presidenciales que seguir a mi pueblo. No quiero penetrar, en este momento, en las causas por las cuales la mayoría del Estado de Sinaloa es almazanista; pero deben ser causas poderosas, porque estoy convencido de que los sinaloenses han abrazado el almazanismo con entusiasmo delirante.

Me refiere el general Iturbe que aunque la mayor parte de sus amigos, desde los comienzos de la campaña presidencial, se habían inclinado a favor de uno u otro candidato al Ejecutivo nacional, él se había abstenido de hacerlo, esperando el momento de conocer los deseos y las convicciones de la mayoría mexicana. “Sin embargo —agrega—, no he de ocultarle que tuve grandes simpatías por un hombre equilibrado como era el general Gildardo Magaña, y así se lo dije en una ocasión al señor presidente de la República”.

Una gira por el Estado de Sinaloa, hecha recientemente, hizo que Iturbe se inclinase a favor de la candidatura de Almazán. “Fui a Sinaloa —me dice— sin compromisos y sin prejuicios. Debo expresar que para mi fue una sorpresa la espontaneidad del recibimiento de que fui objeto. Entonces quise realizar un acto plebiscitario, para cumplir así con la forma más democrática, y pregunté a las multitudes en cada una de las poblaciones que visité a quién deseaban ver en la Presidencia de la República después del general Cárdenas; y la respuesta unánime que tuve fue un grito único: “¡Almazán!”. Y cuando conocí los deseos de mi pueblo, creí obligatorio hacer profesión de fe: desde ese momento soy almazanista”.

El general Iturbe, lleno de entusiasmo, exclama:

—¡Y tenga usted la seguridad de que en Sinaloa triunfará en general Almazán!

CON ALMAZÁN Y CON CÁRDENAS

—¿Y la imposición? —interrogo.

Iturbe sonríe. “¿Imposición? —repite sin dejarse sonreír—. Posiblemente exista un grupo político que pretenda realizar una imposición; quizá existan malos gobernantes que intenten consumir una imposición; pero me da usted oportunidad, con su pregunta, para decirle: tengo la más arraigada convicción de que el general Lázaro Cárdenas es y será ajeno a cualquier intento imposicionista. En Sinaloa, nuestros gri-

tos de guerra son: '¡Viva Cárdenas!' y '¡Viva Almazán!' En Sinaloa se cree en el actual presidente de la República; se quiere al actual presidente de la República".

Hablando con firmeza del hombre que sabe lo que dice, el general Iturbe me pregunta:

—¿Conoce usted a Cárdenas? ¿Ha seguido usted, no como hombre de partido, sino como mexicano, la obra de Cárdenas? Y yo creo sinceramente en Cárdenas; creo que Cárdenas será grande en la historia de México, porque si bien es cierto que ha producido la agitación más tremenda que sacudiera a un pueblo, también es cierto que ha prometido respetar y hacer respetar la voluntad del pueblo. Con Cárdenas hemos tenido serias crisis; pero todas las crisis son saludables: humanizan al pueblo, lo hacen buscar nuevos caminos, lo llevan a la solución inmediata de sus problemas, aun de aquellos problemas que parecían más peligrosos y atrevidos.

Luego, el general Iturbe va señalando los grandes problemas de México. "¡Qué gran carácter se necesita para abordarlos y solucionarlos!" —exclama y agrega:

"Jamás me cansaré de dar testimonio ante mi pueblo de los hechos, de los grandes acontecimientos que presencié en la gira en que tuve la honra de acompañar al general Cárdenas por el sureste de la República; y declararé siempre que Cárdenas es un luchador incansable, que busca la solución de todos los problemas del pueblo, que tiene puesto su corazón al servicio del pueblo; y que, para procurarle su bienestar, no ha vacilado en asumir una gran responsabilidad. Cárdenas no ha sido correspondido; pero día llegará en que sea plenamente justificado".

GARANTÍAS EN LAS ELECCIONES

Insisto ante el general Iturbe en el tema de la "imposición". ¿Qué hará el presidente Cárdenas para hacer cumplir los resultados de una votación, cuando en primer término tendrá que encontrarse frente a la muralla que han formado gobernadores y autoridades inferiores en los estados?

—Repito —me dice Iturbe— que he hablado con Cárdenas sobre el particular. Las palabras con que me ha contestado, tengo la absoluta seguridad, han salido del fondo de su corazón. Cárdenas es un hombre aparentemente frío, calculador; pero esto es solamente apariencia. Cuando se está con él, hombre a hombre, aparece el verdadero Cárdenas: el sensible, el pasional, el de los rasgos sinceros y generoso. Yo le he expresado mis temores de que sus propósitos de libertad electoral resultasen estériles; yo le he dicho que quizá sus esfuerzos para otorgar garantías a los ciudadanos mexicanos resultasen estériles ante la maquinaria inconsciente y arbitraria de los inferiores. Ante

mis escrúpulos, he visto al hombre más tranquilo que nunca; con esa calma de gran gobernante, que México ha dicho que, respetuoso de la ley, no se atreverá a violar la soberanía de los estados si las autoridades de éstos no cumplen con las libertades electorales; pero que tiene la confianza entera de que el Ejecutivo de la Nación sabrá otorgar las garantías que sean necesarias a través del Ejército Nacional.

Iturbe recalca la trascendencia de las palabras de Cárdenas, y comenta:

—Es necesario creer en Cárdenas, y creer en el Ejército Nacional.

—General —pregunto—, ¿y si triunfa Almazán, será triunfo de la reacción?

—Si triunfa Almazán —contesta Iturbe rápidamente—, el triunfo corresponderá, en primer término, al general Cárdenas, porque habrá hecho respetar la voluntad popular.

—Pero —objeto—, es que a Almazán le llaman el "candidato de la reacción".

—No sé —dice pausadamente Iturbe— si entre los partidarios de Almazán existen o no reaccionarios; como tampoco sé si reaccionarios existen o no en las filas del otro candidato. Pero lo que sí sé es que los hombres que fuimos a la Revolución jamás podremos traicionar los principios de la Revolución.

Al pronunciar estas últimas palabras, el general Iturbe me invita: "¿Quiere usted que dejemos de hablar de política y acompañarme a un rincón de mi casa que invita al estudio?".

HERBOLARIO

Me conduce a su laboratorio de herbolario. En grandes frascos tiene coleccionadas cientos de plantas medicinales. Me hace conocer sus observaciones sobre los resultados de la aplicación de ciertos medicamentos. No oculta el gozo de querer hacer el bien a quienes sufren. Es candidato al gobierno del Estado de Sinaloa y es también médico de los pobres. Lo siguen los hombres; lo siguen las mujeres.

Hace 30 años, Iturbe era uno de los más admirados y jóvenes capitanes de la revolución maderista en Sinaloa. Hoy, a los 50 años, con esa sencillez y plenitud de vida que hay en su rostro, ha vuelto a conquistar su estado.

—¿Por qué no humanizar nuestra política? —me dice—. Si soy electo gobernador de Sinaloa —agrega—, haré del estado un centro de cultura, de trabajo, de bienestar, de libertades. ¡Qué de grandes experiencias he recogido en 20 años de vida silenciosa!

Si todos los políticos tuviesen ese espíritu de trabajo y de creación de Iturbe; si todos viviesen en el ensueño de las grandes cosas; si todos pensaran con esa voluptuosidad con que se piensa cuando se cree en el triunfo de sí mismo, como en el triunfo de

los demás, México tendría que llamar entre los primeros hombres que fuesen capaces de servir a su país a don Ramón F. Iturbe.

Éste apenas es conocido como el audaz que se levanta enérgico contra líderes que alguien llamó "tenebrosos", como el organizador incansable de un partido, como el soñador de múltiples empresas. Todavía falta conocerlo como el gran emprendedor que hay en un corazón que puede estallar para producir millares de corazones capaces de las más arriesgadas y generosas empresas.

Después de Cárdenas —se crea o no en él— hay que comenzar a creer en los tímidos. ¡Cuidado! Iturbe es uno de ellos; como Iturbe hay, quizá, todavía muchos...

Hoy, México, D.F., 11 de mayo de 1940, año IV, volumen XIII, núm. 168, pp. 28-29.

¿TRIUNFARÁ ALMAZÁN?

CÓMO CONTESTA ESTA PREGUNTA EL LIC. GILBERTO VALENZUELA
Habrá, opina, dos presidentes de México

¿Triunfará el general Juan Andreu Almazán? Esta única pregunta ha servido no para alentar un discurso político, sino para animar una cátedra de derecho que ha ido a penetrar en el espíritu de las leyes, en el espíritu del pueblo, y para discurrir en torno de esa gran quimera que es la democracia.

La pregunta ha sido hecha a un hombre que sólo es brillante cuando se le deja ir de un punto a otro, cuando puede realizar, caudalosamente, un análisis de ideas, de hechos; a un hombre que goza en la exposición de la filosofía del derecho; que clama por los principios de la justicia, por los deberes del Estado. La pregunta ha sido hecha a don Gilberto Valenzuela, abogado, exsecretario de Estado, exdiplomático, excandidato a la Presidencia de la República.

¿Triunfará el general Almazán?, repito y espero. Espero, ¿por qué no decirlo?, una respuesta inmediata, un sí o un no, que no de otra manera habría contestado un político cualquiera. Pero Valenzuela me sorprende. La pregunta, advierte, es, en la apariencia, superficial. Sin embargo, ¡a cuántas reflexiones invita! Y esas reflexiones ¡cómo llevan, y cómo pueden llevar, sobre todo, la salud a un pueblo, a un Estado! Otro político (¿lo es en esencia Valenzuela?) se habría precipitado; Valenzuela, no. Ha dejado la pasividad de una conversación previa, en la que corren temas ajenos a los problemas del Estado y de la sociedad, para marcar la elevación del pensamiento. A partir de ese

instante, tengo ante mí a otro Valenzuela; a aquel Valenzuela, casi ignorado, que en los comienzos del gobierno de Calles llegó a ser el verdadero jefe del Gabinete —postura arrogante y quizás inigualada por ministro mexicano alguno.

NIÑO GRANDE

Pero antes de dar a conocer el pensamiento de don Gilberto Valenzuela, es necesario conocerlo físicamente. No dobla todavía el cabo de la vida, y no obstante que hace 20 años era ya secretario de Gobernación. En sus 48 años, Valenzuela tiene fisonomía de niño grande. Hay algo de ingenuo en su rostro; hasta en su manera de hablar y en tanto no penetra en la cátedra. Cuando llega a la doctrina, es cuando se observa en él una transformación notable. El hombre crece, pero sin entusiasmarse. Siempre es sobrio.

Es alto, corpulento. Dos ligeros surcos corren ligeramente en la frente. No hay gestos que indiquen esfuerzos mentales. Habla sentado en un rincón de la silla; no cambia de postura. Con el índice, dicta. Repite varias veces las frases, para confirmarlas. No hay indecisión. Por el contrario, parece demasiado ejecutivo; es que en Valenzuela hay un hombre, si no de “acción”, sí de ideas.

¿Triunfará Almazán?, insisto; y Valenzuela —figura de las más importantes en el almanismo— comienza a hablar.

DOS BATALLAS

Dos deberán ser las batallas del almanismo. Una en el terreno democrático; la otra en el campo de la intriga. Aquélla es en la que participan las masas populares; ésta, en la que intervienen las autoridades, los cortesanos, los rufianes.

Dividido así el teatro electoral, Valenzuela me dice:

“Democráticamente, el triunfo del general Almazán será arrollador; y en cuanto a la segunda batalla, ésta será resuelta a favor de Almazán, si la voluntad popular tiene fuerza suficiente contra el fraude y la intriga”.

En el terreno democrático, el general Almazán ha demostrado, hasta la evidencia, que la mayoría de la nación está con él; esa mayoría ha salido a la calle una y muchas veces; saldrá una vez más, el 7 de julio.

Y si el día señalado para las elecciones presidenciales, el almanismo logra reunir a dos millones de ciudadanos en las casillas y en las plazas, ¿serán esas reuniones suficientes para asegurar el triunfo del general Almazán? ¿Esas reuniones pueden tener “efectos legales”, es decir, puede considerarse como una elección no popular y sí constitucional?

¿Cómo compaginar una expresión popular con una elección legal? ¿Existe algún renglón de la Constitución de Querétaro o de la Ley Federal Electoral que pueda servir para justificar el triunfo de un candidato por medio de una asamblea plebiscitaria?

Todas estas preguntas se van desenvolviendo en la plática del licenciado Valenzuela, porque si ésta acepta de una manera definitiva que el triunfo del general Almazán está asegurado democráticamente, en cambio opone a ese triunfo popular la fuerza de la intriga, en la que intervienen las autoridades, los cortesanos, los rufianes.

¿Quién puede dudar que el 7 de julio se respetarán los “procedimientos electorales” tan en boga en México: instalación clandestina de casillas, depósito fraudulento de votos, falsificación de padrones, robo de ánforas, etc.?

Si estos “procedimientos electorales” son empleados en las elecciones de julio, ¿cómo podrá el general Almazán comprobar que obtuvo una mayoría de votos, aunque se permitiera a sus partidarios concurrir, en orden, a las casillas?

“Todas estas observaciones son importantes”, me dice Valenzuela. “Precisamente por eso hemos organizado un comité electoral, que presido, y que estudia la forma de que podamos comprobar el triunfo legal del general Almazán”.

COMPLICACIONES

El problema, sin embargo, tiene grandes complicaciones. Si el voto es secreto, ¿cómo es posible saber cuántos miles de ciudadanos votaron en favor de Ávila Camacho?

Las violaciones a la Ley Electoral, advierte el licenciado Valenzuela, han comenzado desde nueve meses antes de las elecciones. Los artículos 14 y 15 de la Ley Federal Electoral mandan que en el mes de octubre anterior a las elecciones se lleven a cabo las divisiones municipales por secciones de dos a diez mil votantes. ¿Se han hecho estas divisiones? No: se ha faltado a la ley.

En los primeros 15 días de enero debieron haber quedado instalados los consejos de distrito, para tomar nota de las altas y bajas en los padrones electorales de acuerdo con las noticias que deberían haber rendido los jueces del registro civil. Pero ni los jueces han cumplido, ni han sido instalados los consejos, ni siquiera se conocen las listas electorales.

El 1º. de febrero debieron haber sido publicadas estas listas e invitados los partidos políticos a intervenir en la vigilancia de las mismas. Tampoco se ha cumplido con este mandato de la ley.

Valenzuela me enseña las anotaciones que ha hecho al margen de la Ley Electoral. Son tantas las faltas que se han cometido, que es posible anticipar que la violación de

la ley será flagrante el 7 de julio. ¿Qué harán, entonces, los almanistas? Si creen tener el triunfo asegurado democráticamente, y difícilmente podrán asegurarlo dentro de los preceptos legales, ya que quienes deberían cumplir con la ley habrían sido quienes han comenzado por violarla, ¿qué camino están llamados a seguir? ¿La violencia?

“No: la violencia la emplean quienes no cumplen con la ley. Nosotros, que queremos cumplir con la ley, no podríamos recurrir a la violencia”, advierte.

DOS PRESIDENTES

Si las autoridades señaladas por la ley no han cumplido con los mandatos de ésta, los almanistas sí quieren cumplir con esos mandatos. Al efecto, el almanismo ha comenzado a empadronar a sus partidarios. Tres millones de “cuestionarios” están siendo distribuidos en el país, para poder realizar un rápido y eficaz empadronamiento.

Pero si hay padrones almanistas y padrones oficiales, quiere decir que habrá casillas dobles; y habiendo casillas dobles, habrá colegios electorales dobles: cámaras dobles y presidentes dobles. ¿Dos presidentes de la República?

Sí, dos presidentes; uno en la forma, otro, en la esencia. El presidente “en la forma”, según explica Valenzuela, será el que “instale” el Congreso oficial; el presidente en “la esencia” será el que instale el derecho del pueblo. Y ¿cuál de los presidentes, el de la “forma” o el de la “esencia”, será el verdadero?

Valenzuela, a su vez, me pregunta: “¿Qué poder es, conforme a la Constitución, el que debe elegir al presidente de la República?”. Y a continuación, él mismo responde: “Es el poder del pueblo”. La autoridad, continúa explicando el abogado, conforme a la ley, tiene el deber de respetar y hacer respetar los mandatos populares, y, “deja de ser autoridad cuando viola las leyes contra el pueblo, y rompe, por sí misma, con este acto, su legalidad”.

“La autoridad”, continúa diciendo Valenzuela con gravedad, “que rompe las leyes, no debe ser obedecida, sino juzgada. En nuestro régimen institucional, esencial y profundamente democrático, todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio; de aquí que los funcionarios y empleados públicos deben ser, ante todo, servidores del pueblo y ejecutores fieles de la voluntad popular”.

En esta doctrina constitucional, que es la que rige a México, si el general Almazán triunfa en las elecciones de julio, y este triunfo se comprueba ante la nación con todos los elementos legales de que disponen y de los que el almanismo dispondrá, ¿qué podrá hacer la intriga de las autoridades —dice Valenzuela—, de los cortesanos y de los “rufianes de la política” para burlar ese triunfo popular?

Solamente queda un recurso para quienes pretendan burlar la voluntad popular; ese recurso es el abuso de la autoridad; pero “la ley no protege el ejercicio abusivo de un derecho”, como también “la ley no puede proteger sino castigar a quienes no ejercen la ley”.

EL ASPECTO MORAL

Pero, objeto, ¿no siempre la autoridad ha abusado en su ejercicio? ¿No este abuso es tradicional en la vida de México? ¿Cómo castigar a la autoridad, cuando ésta tiene en sus manos el poder mediante el cual puede imponerse en todos sentidos?

Todo esto es cierto, confirma el licenciado Valenzuela; de aquí que el *alma mater* del problema electoral radica en el aspecto moral. Pero también es verdad, agrega, que los abusos de la autoridad provocan desequilibrios, ya que “la misión cardinal del poder público es armonizar debidamente el mantenimiento del orden con el ejercicio de la libertad individual en sus distintas manifestaciones”; y en esos desequilibrios es cuando el pueblo puede fijar, definitivamente, sus mandatos.

Cuál pueda ser la actitud popular frente a un presidente “en la forma” y un presidente “en la esencia” es lo que el licenciado Valenzuela ignora; pero sí cree que el almanismo estará en posibilidad de comprobar el triunfo legal del general Almazán en las próximas elecciones. ¿Cuál será ese medio de comprobación? El licenciado Valenzuela calla. Preside la comisión electoral almanista que creará los órganos y señalará la ruta legal para la verificación del triunfo del general Almazán. Su silencio indica que no es el momento de descubrir los recursos legales a los que se apele.

“Mas es necesario ir señalando, desde hoy, las dos columnas principales que pretenden emplear los rivales del almanismo para nulificar el triunfo de éste”, me dice.

EL PRM

Una columna es el de las violaciones a la Ley Federal Electoral, de cuyo incumplimiento señala como autores a las autoridades. Son ocho, diez, quince mandatos de la Ley Electoral con los que no se ha cumplido hasta hoy. La otra columna es el Partido de la Revolución Mexicana.

El PRM es anticonstitucional, antirrepublicano, antirrevolucionario. Es anticonstitucional porque funciona como órgano del poder público, no obstante que no lo establece la Constitución; es antirrepublicano porque México es una república federal regida por tres poderes, el PRM, es un “cuarto poder”; es antirrevolucionario porque ha sido el principio básico de la Revolución el respeto al sufragio universal, y el PRM designa y elige en los comicios nacionales.

“El PRM”, afirma Valenzuela, “es un poder público ‘sui generis’, puesto que se impone sobre los tres poderes de la República federal; es un poder público que fija normas de política; que acaba con la independencia de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; que acaba con la autonomía municipal que ha dado fin a la soberanía de los estados”.

“Los miembros del Poder Ejecutivo son miembros del PRM, luego obedecen a este poder, y con ello han perdido su independencia. Los miembros de la Corte, de los tribunales de justicia, de los juzgados, son miembros del PRM; luego el Poder Judicial, ha perdido su libertad. ¿Qué justicia puede impartir ese poder, cuando sus miembros están obligados, en primer término, a servir al PRM? Los diputados y senadores son miembros del PRM y, por lo tanto, no pueden legislar más que conforme a los mandatos de su partido”.

“De aquí que la existencia de un partido oficial o de Estado se halla en abierta pugna con la letra y el espíritu de nuestras instituciones, imposibilitando sustancialmente el imperio de la democracia integral establecida por la Constitución”.

El abuso del poder, reclama Valenzuela, ha ido creciendo en México, no obstante que “en nuestro sistema de gobierno las autoridades sólo pueden hacer aquello para lo cual han sido expresamente facultadas por las leyes, en tanto que los particulares son libres para ejecutar todo lo que la ley no les prohíbe”.

Y este abuso del poder en México, agrega el abogado, ha llevado hasta hacer que el presidente de la República establezca, no como un deber del Estado “sino como una gracia particular”, una oficina “defensora de la pequeña propiedad”; una oficina, dice Valenzuela, que no está ajustada a los cánones del derecho, a las normas de la jurisprudencia; que carece de reglamentos emanados de las leyes, y a la que “sólo pueden tener acceso los diputados, los senadores, los gobernadores”, esto es, el mundo oficial y no el mundo popular, que es el quejoso, y es al que debe, en primer término, proteger la ley y la autoridad.

Don Gilberto Valenzuela ha dado fin a su exposición. Luego esboza lo que ha de ser un programa del partido de “la libertad y el orden”. Llega en su programa a todos los problemas trascendentales de México, y lo concluye con estas palabras que no cierran, sino abren camino:

“Es necesario dar realización plena a los anhelos de la Revolución, consolidando las conquistas sociales, económicas, políticas y morales de este movimiento libertario, y preparar la cristalización de nuevos anhelos populares de bienestar y de progreso, crear un medio jurídico, un Estado de derecho donde imperen, armoniosamente, el orden, la libertad y la justicia”.

Hoy, México, D.F., 1 de junio de 1940, año IV, vol. XII, núm. 171, pp. 36-37.

GOBIERNO DE MESTIZOS

DON NAPOLEÓN MOLINA ENRÍQUEZ, LÍDER DEL MESTIZAJE,
QUIERE UN GOBIERNO POR Y PARA 85% DE LA POBLACIÓN

Mientras que en la América del Sur un descendiente de Atahualpa, el último rey inca, trabaja por la formación de un imperio indígena continental —un imperio que abrazaría a todos los países comprendidos de México a la Argentina—, en la República Mexicana ha surgido el líder de los mestizos; el líder que, condenando los gobernantes criollos, las centralizaciones políticas, los privilegios económicos de los blancos, la explotación de los indígenas, cree en la posibilidad de que 85% de la población mexicana, que es la población de los mestizos y de los indios, se pueda liberrar de los criollos y constituir su propio gobierno.

Ese nuevo líder mexicano, que ha venido trabajando en silencio, primero al calor de las concepciones de su padre, don Andrés Molina Enríquez —el ilustre sociólogo de México—, después por sí mismo, con el entusiasmo de un apostolado y con la voluntad del hombre que sabe adónde va y qué quiere, es don Napoleón Molina Enríquez.

Todo un cuerpo de doctrina lleva en sí Molina Enríquez. Con él se experimenta la misma sensación que con Manuel Gómez Morín —la sensación de que en México aparecen nuevos valores; que surge una nueva generación; que vienen nuevos hombres; que quienes guiaron sus pasos en las doctrinas y enseñanzas de 1910, están a punto de

terminar sus tareas. Del pasado solamente van quedado las huellas —unas muy nobles; otras muy negras—; para lo futuro van apareciendo las guías. Gómez Morín en un camino, llevado “por la mano de Dios”; Molina Enríquez en otro sendero, conducido “por el brazo del hombre”, significan, aun en lo opuesto de sus medios, la proximidad de un México Nuevo.

¿Por qué no un México Nuevo?, nos preguntamos todos. ¿Por qué siempre los mismos? ¿Por qué no pensar sería y firmemente en una ascensión de nuevos valores culturales, políticos y económicos? ¿Por qué no confiar en lo porvenir cuando hasta en el sector clasista hay un líder —don Vicente Lombardo Toledano— que, con todos sus errores burocráticos, supera en mucho al líder de ayer, al dipsómano Morones?

Los hombres de hoy en todos los campos de la vida mexicana se agrandan; y este engrandecimiento no es resultado de condenación del pasado. Es consecuencia de una realidad que se humaniza; es anhelo de un progreso viviente; es deseo de elevación espiritual... De aquí que cuando alguien pronostica la proximidad de una nueva guerra civil, entre el sordo rumor de la mexicanidad, se pueden escuchar estas palabras: “No queremos guerra civil”. ¿Para qué la guerra, si serán los mismos los que triunfen y los mismos los que pierdan? Y en medio del rumor popular, es posible captar esta otra consideración: es preferible para México y los mexicanos que se llegue a una “combinación” burocrática-militar que podría echar mano de hombres como don Francisco J. Múgica, como don Rafael Sánchez Tapia, como don Ramón F. Iturbide, como el propio general Cárdenas —últimos y honrados líderes de lo que entrañó y entraña el 1910; es preferible cualquier “combinación”, decimos, a la guerra civil, al infierno de la guerra civil.

Si entre los dos poderosos rivales de la actualidad a la Presidencia de la República no hay doctrina —¿dónde la doctrina de Ávila Camacho?, ¿dónde la doctrina de Almazán?— y México quiere para lo porvenir hombres con cuerpo de doctrina, dejemos que éstos surjan, que vivan, que luchen. Y que van surgiendo ¿quién lo duda? Ya están allí Gómez Morín y Lombardo Toledano. Llega hoy Molina Enríquez. ¿Cuántos más vendrán tras de ellos? Dar tiempo al tiempo; he aquí la palabra de orden popular mexicana.

CÓMO ES MOLINA ENRÍQUEZ

Pero penetremos en la doctrina de don Napoleón Molina Enríquez, hombre inquieto, sumamente inquieto, y de quien las ideas salen a borbotones. Físicamente es pequeño de cuerpo; y como todos los pequeños de cuerpo, ama lo grande; lo más grande que

pueda existir en el Universo. Fuma grandes puros, usa grandes gafas, porta grandes bastones, camina a grandes pasos, sueña en grandes acontecimientos. Sin afectación, y como lo más natural, llama a todos los hombres “hermanos”; el “hermano” Cárdenas, el “hermano” Tejeda, el “hermano” Múgica, el “hermano” Sánchez Tapia.

No niega Molina Enríquez su ascendencia hebrea; pero ¿qué importa la poca sangre judía que pueda correr por sus venas, si es, ante todo, un mestizo! Y hay en él ese sentimentalismo del mestizo culto; de ese mestizo de voluntad, de trabajo y de orden. Su casa es un hotel de pobres, es un hospital de inválidos. ¡Con qué soberano desprecio ve el dinero! Y ¡con qué soberano desprecio también mira al poderoso!

Ha sido amigo de varios candidatos a la Presidencia de la República, con quienes a poco riñe. No ha encontrado en ninguno de ellos solidez en las ideas, y si les ha descubierto una suprema ambición de poder. Por eso ha encontrado más albergue entre los grupos agrarios, socialistas y anarquistas de México, aunque siempre llevado de los dos obsesionantes principios de su vida: el mestizaje y el municipalismo.

“El problema racial”, me ha dicho Molina Enríquez, “es por el momento el más importante de todos, porque los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, fuera de nuestro país, convencen de que los impulsos raciales son los que más poderosamente se hacen sentir en los hombres: esos impulsos determinan las agregaciones colectivas; ellos hacen las naciones; ellos, en función de la intensidad con que dentro de cada nación ligan a unos hombres con otros, construyen las complejas estructuras colectivas, desplegando en ellas la riqueza y variedad de las manifestaciones culturales”.

Luego me explica:

“Entre nosotros, por razón de la enorme desigualdad del número de los indios y del de los blancos, en los aciagos días de las conquistas, la organización colonial se hizo en dos castas, que suponían dos naciones diferentes articuladas, y esa organización persiste todavía; es claro que mantiene dentro de la población total de la República un estado de lucha permanente entre las dos castas, que produce desgarramientos y hemorragias constantes, que es preciso que cesen ya, haciendo que los blancos, sus descendientes criollos y sus adictos criollos-mestizos, en suma, 15% de la población que constituye la oligarquía de nuestro país, se someta 85% de los indios y de los indios-mestizos, porque es un verdadero absurdo y una injusticia incalificable, que en cada elección presidencial se obtengan con promesas y engaños los votos de 85% de la sangre india, para constituir un gobierno que habrá de gobernar con la oligarquía y en contra de dicho 85%, pareciendo lógico que, si éste es un país de indios, el gobierno esté dentro de los indios y sea con preferencia para los indios”.

EL PRÓXIMO PRESIDENTE

Y creyendo firmemente que el presidente de la República debe ser un indio-mestizo, elegido por los indios mestizos, Molina Enríquez cree que deben ser eliminados de la contienda electoral de hoy "los dos criollos perturbadores", los generales Almazán y Ávila Camacho.

Eliminados los dos candidatos actuales ¿quién sería el próximo presidente? Veamos lo que me ha dicho el líder racista:

"En política no hay más que hechos. Sin embargo, habrá que examinar los aspectos de este caso. A la altura que está la lucha electoral, el futuro presidente debía ser elegido, constitucionalmente, de entre los candidatos, registrados, que entiendo únicamente son los generales Sánchez Tapia, Ávila Camacho y Almazán. Los dos últimos han desarrollado su agitación en el mismo plano, en el mismo nivel. El primero hacia lo que se denomina "izquierda" y el segundo hacia lo que se llama "derecha"; los dos han usado su demagogia a su modo; pero ninguno de ambos responde, en mi concepto, a las exigencias del pueblo ni a los ideales verdaderamente revolucionarios de los mexicanos. El propósito no llega más allá de substituir una oligarquía criolla por otra. Los dos hacen correr rumores de violencia y de desorden; y si existe la buena intención de que el orden no se perturbe en el país, lógicamente deberá eliminarse a los dos criollos perturbadores; aunque queda otra posibilidad y es la de que la necesidad de mantener la paz a toda costa obligue a otorgar el poder a alguno de los que se han retirado, en un interinato probable, si se anulan las elecciones; o a intentar el surgimiento de un nuevo candidato independiente, transaccional y adicto al régimen, que triunfará aunque no esté registrado".

"Por último, queda la posibilidad, recurso muy frecuentemente empleado por nuestras oligarquías trapaceras, de provocar cualquier exabrupto que justifique una prolongación del mandato".

De seguir el pensamiento de Molina Enríquez se abre, espléndido, un camino de triunfo para el general Sánchez Tapia; pero también se abre otro sendero: el sendero de la paz que conduciría al país a escuchar a las nuevas generaciones.

RACISMO

Más hay que hacer una pregunta a quien pide el fin del poderío político de los criollos para llegar al poderío político de los mestizos: ¿racismo es nazismo?

¡No!, nos contestará categóricamente Molina Enríquez. No; no es nazismo, ni política ni económicamente. El racismo que proclama el líder del mestizaje es el acomodo-

damiento de las mayorías de México; es el progreso de quienes han estado sometidos a una oligarquía de blancos; es la aparición del americanismo; de la cultura, de la economía, de la política americana, americana de este lado del río Bravo, se entiende.

Es la vinculación continental, "de manera señalada entre todos los mestizajes de América", advierte Molina Enríquez, y agrega: "Esta vinculación dará fuerzas a las repúblicas que han sido injustamente ofendidas por el imperialismo inglés, que hará recobrar a la Argentina sus islas Malvinas; a Guatemala y a México, la porción de Belice que a las dos les corresponde, y que de no reclamarse ahora, en común esfuerzo, hará perder a nuestro país una gran oportunidad; los productos de Quintana Roo no pueden salir libremente por la bahía de Chetumal, porque una fijación arbitraria de Inglaterra, de límites en el mar, abarca todas las aguas de esa bahía, teniendo que ser fiscalizadas por el gobierno inglés las entradas y salidas de embarcaciones, personas y mercancías que van o vienen a Quintana Roo.

"Las Guayanas, Curazao y Jamaica, y todo lo que se suponga avanzadas de Europa en nuestros continentes, están en el momento de liberarse, para poder contribuir a la vinculación fraternal de las Américas. Argentina ya emprendió sus trabajos y Guatemala también; sólo falta México.

"Y ahora recuerdo las frecuentes omisiones de nuestros gobiernos para ver por el mejoramiento de México: en 1935 emprendimos, colaborando con mi extinto amigo el general Magaña, la primera reclamación seria de nuestros derechos a las aguas del río Colorado, que pronto serán conducidas exclusivamente a territorio norteamericano por el canal "Todo Americano". Esas aguas que suponen la prosperidad de la Baja California, hasta el punto de que allí puede producirse algodón para que nuestra población más pobre pueda tener a bajo costo dos mudas de ropa manta para cada indio; esas aguas, repito, fuera de nuestro intento de asegurarlas para los mexicanos, se perderán por mera omisión de nuestra parte, pues los Estados Unidos no resisten dárnoslas ni concedernos al costo energía eléctrica para las industrias de la Baja California".

MUNICIPIO LIBRE

Conocido el pensamiento del líder de los mestizos mexicanos por lo que respecta a los problemas exteriores del país, es necesario insistir ante Molina Enríquez: ¿Un gobierno de mestizos sería un gobierno de dictadura?

Hay un ¡no! definitivo en los labios de Molina Enríquez. Ciertamente es que el descendiente de Atahualpa pretende la formación de un imperio continental con los indios y los mestizos; verdad es que el movimiento indigenista sudamericano está siendo arras-

trado hacia la fórmula imperial. Otro, sin embargo, es el concepto político de Molina Enríquez. Éste quiere la descentralización; quiere una federación de municipios libres y soberanos; y así, me dice:

“Entre las preocupaciones de lucha que como patrimonio vienen heredando las generaciones de Molina Enríquez, de los que todos nos reputamos indios-mestizos de pensamiento y de corazón, ha figurado siempre primordialmente, al lado de nuestro agrarismo para los indios y los mestizos, la causa de municipio libre y soberano para su régimen interior, como base de todas las conquistas de orden político de nuestro pueblo”.

Después de exponer así su pensamiento, Molina Enríquez critica:

“La nación se duele ya de los estragos de centralización creciente que tanto ha dominado en los últimos gobiernos, con los embozos de una falaz federalización que ha absorbido los restos de la soberanía de los estados y de los municipios, anulando por completo nuestra organización institucional.

“Tal tendencia, contraria en todo al texto expreso y al espíritu de la Constitución, parte primordialmente de los apetitos de la oligarquía por concentrar las rentas públicas para hacer ella el reparto y tener a los gobiernos de los estados económicamente sometidos; éstos, a su vez, se han echado a saco sobre los municipios, siendo una realidad la de que la mayoría de los ayuntamientos, en la más completa miseria, ni siquiera pueden retribuir a sus escasos servidores con el salario mínimo que obliga por ley a los particulares; cada millón que la oligarquía centralista agrega a sus presupuestos, lo extrae de las rentas de los estados; y éstos, cada mil pesos que agregan a sus presupuestos locales los han saqueado de las míseras rentas municipales”.

¿COMUNISMO INCAICO?

Hay que hacer otra pregunta a don Napoleón Molina Enríquez: ¿Un gobierno de indios mestizos nos haría volver al comunismo incaico?

Molina Enríquez condena las regresiones; así también condena, por considerarlo como una regresión, el sistema de explotación colectiva de la tierra. ¿Por qué? He aquí lo que me ha dicho:

“En el amplio sistema del artículo 27, como estaba antes de la reforma que se le hizo para adoptar una solución unilateral, con excepción de la gran propiedad, del latifundio, de la hacienda feudal del régimen de la dominación española, cabían todos los sistemas de la propiedad privada, desde la simple ocupación, pasando por el sistema comunal del ejido, hasta la pequeña propiedad, todos sujetos fundamentalmente al

derecho superior del Estado que constituyó el antiguo derecho de reversión de la Corona de España; pero todos esos sistemas se hacían convergir al sistema de la pequeña propiedad; en la realidad positiva de las cosas, no se ha hecho así, sino que, para conservar el sistema de la explotación de la tierra grande por el sistema esclavista de peonaje, se ha importado el sistema de la explotación colectiva, que entre nosotros es una lamentable regresión, que no significa adelanto alguno y que no es más que una forma de explotación latifundista con su peonaje más esclavizado que el de la servidumbre medieval. Como, sin embargo, una nación no puede vivir indefinidamente dando traspies con los sistemas de propiedad, porque de ello resultaría lo que ocurre en nuestro país —un estado de indecisión, de intranquilidad y de desorden que haría mucho daño—, se hace indispensable y no sólo indispensable, sino urgente, consumir definitivamente la disolución de las haciendas, convirtiéndolas automáticamente en pueblos de pequeña propiedad, dividiendo los terrenos que les pertenecen en fracciones de pequeña propiedad que se enajenarían al reconocer el precio en ‘censo reservativo’, como se enajenaron en la reforma del 57 los terrenos de repartimiento de los pueblos. Los terrenos de los ejidos deben fraccionarse entre los ejidatarios, adjudicándoseles sus fracciones a título de plena propiedad. Naturalmente que para que las haciendas no se reconstituyan por los viejos sistemas ya conocidos, la pequeña propiedad creada con las medidas anteriores se sujetará a ciertas limitaciones que en ningún caso impidan ni la plena disposición de la parcela, ni su enajenación, cuando no haya peligro de un daño social cierto y seguro”.

Las palabras del líder de los indios-mestizos adquieren grandísimo valor, cuando se sabe que ha pasado la mayor parte de su vida entre los campesinos, cuando es escuchado por miles de agraristas, cuando se sabe que es hijo de don Andrés Molina Enríquez, el autor del artículo 27 de la Constitución mexicana.

EL SISTEMA MONETARIO

Pero todavía no ha acabado el licenciado Molina Enríquez de hacerme conocer los problemas de los indios-mestizos. ¿Hemos olvidado que el de la moneda atañe directamente a la vida económica de los indios y de los mestizos? ¿No acaso el sistema monetario ha sido conducido para el beneficio exclusivo de los criollos?

Este problema, me aclara, tiene mayor trascendencia en la vida económica de los indios y de los mestizos de la que aparentemente se cree.

“Los economistas, particularmente los nuestros”, me dice, “no son hombres de ciencia dedicados de veras o viven de ese dinero. Entre nosotros, los economistas han

sido incapaces de apreciar que México, como necesita de un sistema general de propiedad, todos los sistemas de propiedad que requiere la comodidad de los habitantes de la República, requiere asimismo un sistema general de moneda dentro del que quepa la moneda internacional, la moneda interior de las operaciones de la oligarquía y la moneda inferior de los indios, que no hay.

“Lejos de proveer a los indios de esta última, se ha reducido en estos últimos tiempos la moneda fraccionaria, que los economistas, en estos mismos días, con el pretexto de que sobra moneda, de que hay inflación de moneda, han proclamado a gritos que es indispensable retirar moneda, para sostener el precio de la que queda.

“No comprendo que no haya habido quien diga a esos señores que están profundamente equivocados, que ni el general Almazán, ni los dorados, ni los demás señalados como perturbadores presentes ni futuros le harán tanto daño a la nación, cuanto las medidas monetarias que han llevado a ejecución; que no sólo no hay exceso de moneda, sino que ni siquiera hay la mitad de la que debía de haber, para secundar la acción del señor presidente; que los altos precios que desesperan a todo el mundo no dependen del exceso de moneda, sino de que se emitió más papel moneda del que debía servir para facilitar las transacciones, dentro de las seguridades del cambio por moneda metálica que debía sostener ese papel, y de que viendo el público que el papel moneda saltaba sus límites de contención, subió los precios, que subirá más todavía con la emisión ya no del papel moneda, sino de moneda de papel, pues esos son los billetes que dicen en su texto que serán pagados a la vista y al portador; pero que ya no dicen que en efectivo, ni valen en sí nada; y su falta de valor ha perjudicado a todo el sistema monetario, determinando su general depreciación”.

“Habrá que recoger cuanto antes esos billetes y volver a la pluralidad de las casas de moneda, y a la libre acuñación, porque la plata podrá valer más o menos, pero valdrá siempre más que los billetes incontrovertibles. Modestamente así lo siento y así lo expresa 85% de la población, que es la población de los indios mestizos, que opina sobre el mismo caso, que el ingeniero don José Luis Requena”.

Hemos llegado al final de la plática con Molina Enríquez. El líder se yergue. “Tiene fe en los mestizos; cree que éstos están llamados a la realización del futuro; cree que el mestizaje del continente americano se unirá y será fuerte; cree, por último, que los mestizos harán la transformación de los países americanos para organizar, después, una gran federación continental de los mestizajes.

Hoy, México, D.F., 15 de junio de 1940, año IV, volumen XXI, núm. 173, pp. 36-37, 97.

RESPECTO PARA TODOS

“LOS ÁVILACAMACHISTAS SOMOS LOS PRIMEROS EN DESEAR QUE HAYA ELECCIONES DE VERDAD”, DICE A *HOY* EL LIC. MIGUEL ALEMÁN

REFLEXIÓN

Al sentido humano y civilizador de Lázaro Cárdenas corresponde el desarrollo de una idea nacional, que ha ido sólida y firme del individuo al Estado, del Estado al individuo. Es esa idea la que engendra un nuevo tipo de político: el tipo que debe ser de doctrina, de ponderación, de orden.

Nadie puede concebir a los futuros mandatarios de México sin esos tres atributos. Quienquiera que sea el nuevo presidente de la República no podrá escapar de la herencia moral que dejará Cárdenas. Las herencias social y económica que el actual jefe del Ejecutivo deje a su sucesor podrán ser objeto de diferentes adaptaciones, pero la moral será intocable.

Después de que el general Cárdenas ha comprobado que es posible fortalecer y engrandecer al Estado sin el ejercicio de la violencia, ¿quién sería el audaz que desafiase ese principio hecho realidad en un sexenio de cambio?

Y la continuación del sentido humano y civilizador del cardenismo —y digamos “cardenismo”, no como pie de partido, sino como pie de doctrina— implica, para lo futuro inmediato, hombres de ponderación y de orden.

PROMESA

Promesa para el país, que espera ansiosamente el destierro definitivo de los sistemas de violencia, es el viejo político sin mancha; es el nuevo político "sin historias". Es, en suma, el hombre de la doctrina, de la ponderación y del orden.

¿Qué dónde están esos hombres? Hemos hablado de algunos de ellos, sin distinción de grupo o de partido; hemos intentado penetrar en ellos, en sus ideas; hasta en sus ambiciones. Hablemos de otro; del último de esta serie. Puede ser un triunfador; puede ser un derrotado. De todas maneras, forma parte legítima de una herencia que dejará Cárdenas, y que reclama el país como suya propia.

La promesa que entraña el nuevo tipo de político mexicano no radica en la victoria política; está —habrá que repetirlo una y muchas veces— en la continuación del espíritu humano y civilizador.

El joven político a quien tenemos frente a nosotros es Miguel Alemán, abogado, gobernador constitucional del Estado de Veracruz y director de la campaña ávilacamachista.

SILUETA

Alto, delgado y recto en su estatura es Miguel Alemán. Lleva una cabeza redonda y pequeña, con la frente echada hacia atrás, con una entrada significativa sobre la izquierda. Los ojos, oscuros; los labios gruesos y sencillos. Hay en el rostro un espíritu de jovialidad, sin malicias, pero, eso sí, con fuertes rasgos de energía.

En sus movimientos denota gran capacidad de trabajo, comprensión rápida de los problemas; pero, sobre todo, modestia y serenidad. Dobla los brazos y escucha; levanta la mano derecha y habla; alza la cabeza y explica; adelanta el cuerpo y censura. Para no atropellar su pensamiento, prefiere, muy a menudo, dar palabra por palabra con suavidad. Sonríe juntando los labios, para luego levantarlos sobre el lado izquierdo.

Es hijo de un honrado y viejo revolucionario veracruzano; es hijo del general Alemán; y desde niño escuchó de política. Sin embargo, antes de ser político fue profesionalista. Luego, quiso servir a su estado, fue candidato a diputado al Congreso de la Unión, y perdió; más tarde, gobernador. Del gobierno veracruzano salió para ocupar el lugar más distinguido y prominente en una campaña electoral nacional.

Al licenciado Alemán se debió esa gran organización que tuvo el ávilacamachismo, y que alcanzó doble mérito, al fijar una unidad de mando sobre grupos heterogéneos.

ARRIBA

Una de las más serias críticas hechas al ávilacamachismo es que éste no surgió como entidad política y electoral de la espontaneidad popular, sino que apareció desde arriba; desde los puestos de mando, representados éstos por los gobernadores de los estados.

Ante la crítica, Miguel Alemán sonríe y explica: los gobernadores de hoy, no son los de ayer. Éstos vivían desvinculados de lo popular; eran intérpretes de lo de arriba; ejercían su mandato inconsultamente. Los de hoy viven junto al pueblo; conocen los problemas de éste; son la expresión de los deseos de las mayorías.

El presidente Cárdenas dio el ejemplo a los gobernadores. Creó un nuevo tipo de gobernante; el del gobernante que recorre los pueblos, que escucha opiniones, ideas, ambiciones. El gobernador actual, para inclinarse a favor de una causa, es que sabe que la causa que apoya es la del pueblo mismo.

Los gobernadores, si se resolvieron en favor del general Manuel Ávila Camacho, no fue por su propio deseo o interés, ni por el mandato superior, sino porque previamente escucharon la voz popular.

"Ésta es la verdad, la verdad entera", nos ha dicho Alemán.

ABAJO

Para exponer sus problemas, lo mismo económicos que políticos que sociales, las grandes masas, continúa explicando el licenciado Alemán, poseen cuerpos debidamente organizados. La voz de la organización, libre en todos sentidos, no puede engañar a nadie; y no engañó a nadie cuando espontáneamente se manifestó unánime en favor de la candidatura del general Ávila Camacho. Éste es el origen del ávilacamachismo.

Los campesinos, los obreros, la clase media organizada, apenas dieron comienzo los trabajos electorales a fines de 1938, buscaron con interés —seguimos al licenciado Alemán— al hombre que debería suceder en la Presidencia de la República al general Cárdenas. La tarea no era fácil; había que asegurar conquistas.

Figuraba entre los posibles candidatos el nombre de Ávila Camacho. Éste, leal y firme colaborador del presidente Cárdenas, constituía una garantía. Además, buenas pruebas había dado de su capacidad administrativa y de su capacidad política.

¿Quién puede dudar que la candidatura de Ávila Camacho se desenvolvió pronta y espontánea en los medios organizados del país? Y ¿quién puede negar que esos medios representaban lo popular?

No fue, pues, desde arriba de donde surgió la candidatura del general Manuel Ávila Camacho; fue desde abajo, y un gobernante que se siente ligado al pueblo está en la obligación de seguir los mandatos populares.

“Ése fue el origen del ávilacamachismo”, asienta Alemán.

ENEMIGOS

“¿Para qué hablar del enemigo político? El enemigo ha manchado por los caminos del descrédito y de la debilidad día con día la lucha electoral. ¿Qué otra cosa ha hecho el general Juan Andreu Almazán, sino contradecirse a sí mismo en cada uno de sus discursos? Ha querido jugar con todos, y al final de la campaña, ha reñido con todos. Ni siquiera ha sido capaz de realizar la unidad de sus partidarios”.

“El propio Almazán ha anticipado su derrota. ¿Posibilidades de triunfo para el almazanismo? Ninguna: absolutamente ninguna. No es concebible que triunfe cuando es enemigo de las masas populares; cuando no ha logrado demostrar en ningún momento de su campaña que tras de él están las mayorías”.

“Almazán será derrotado el 7 de julio. La derrota no está escrita, pero la escribirán las mayorías, con grandes letras, el próximo domingo”.

“Almazán será derrotado”. Y ¿qué hará después de su derrota?

“Volverá a dedicarse a sus negocios”, afirma Alemán. “Los negocios le están llamando...”.

Pero, recordamos, ¿no todos los candidatos derrotados apelan a las armas?

“Almazán no se levantará; volverá a sus negocios”, insiste Alemán. “El país debe estar tranquilo, completamente tranquilo”.

AMIGOS

El licenciado Alemán continúa explicando:

En tanto que la campaña almazanista fue de descrédito y de debilidad, la de Ávila Camacho fue de consolidación, de unidad, de simpatía.

El general Almazán recorrió el país exasperando pasiones: hizo siembra de odios. Ávila Camacho viajó haciendo amigos. Pero aparte de hacer amigos, fue a conocer las necesidades nacionales. Almazán fue a preparar un futuro propio; Ávila Camacho fue a preparar un futuro mexicano.

Cuando Ávila Camacho llegó a Yucatán o a la Baja California o a Michoacán o a Oaxaca, iba ya con una comprensión de los problemas de esas regiones. Por eso no habló al pueblo de los odios políticos, sino de los problemas que entrañaban un bienestar.

Hay algo más que enaltece a Ávila Camacho, prosigue Alemán: es su prudencia y serenidad. Para Ávila Camacho no hay enemigos: hay mexicanos. A sus amigos les ha exigido prudencia y serenidad frente al enemigo. Y esto lo ha exigido en el torbellino de la campaña electoral; quiere decir que con su actitud ofrece una garantía sin límites para lo futuro.

“¿Represalias contra sus enemigos para el día del triunfo?”, pregunta, asombrado, el licenciado Alemán. “¡No! No habrá represalias; no podrá haberlas. El general Ávila Camacho no es hombre que se presta a represalias”.

PRUEBAS

El ávilacamachismo, por supuesto, no se contentará con haber probado, durante la campaña presidencial, que Ávila Camacho es el candidato de las mayorías nacionales. Tiene que hacer una comprobación pública de su triunfo. La comprobación la hará el domingo próximo; y la hará frente al enemigo en las casillas electorales.

Los ciudadanos mexicanos, predice el licenciado Alemán, concurrirán en masa a las calles. Los directores del ávilacamachismo exigirán a los partidarios de Ávila Camacho que se presenten a votar; y la votación será arrolladora en favor de Ávila Camacho.

Pero al mismo tiempo que se ha exigido a los partidarios de Ávila Camacho que se presenten a las casillas, se les exigirá que respeten a los contrarios. El ávilacamachismo está dispuesto a respetar todos los mandatos de la ley; a obrar democráticamente; a realizar el primer ejercicio serio, formal y definitivo de la democracia mexicana. Y se siente tan fuerte, y es tan fuerte, que no necesitará recurrir a los chanchullos, ni a la violencia ni a ninguna argucia que desdigan el deseo de un triunfo limpio, y el propósito democrático del presidente Cárdenas.

“Y en las casillas vamos a comprobar que hemos triunfado, que sabemos triunfar, porque he de decirlo muy alto: los ávilacamachistas somos los primeros en desear que haya elecciones de verdad”, afirma Alemán. Luego, advierte:

“Por supuesto, estamos dispuestos a rechazar digna y enérgicamente cualquier atropello del contrario...”.

PROBLEMAS

Pero si el problema electoral queda reducido a la sencilla función electoral del 7 de julio, ¿qué problemas surgirán al día siguiente que tome posesión de la Presidencia el general Ávila Camacho si triunfa en los comicios del domingo entrante?

El país, observa Alemán, tiene, ciertamente, serios problemas para lo futuro. Uno de éstos, el de los más trascendentales, es el internacional. Pero los problemas, en general, llevan en sí un fin: el bienestar de la nación. Tal será el fin del general Ávila Camacho.

Éste tiene sobre su rival dos grandes ventajas: 1ª. que su candidatura surgió de las masas populares; 2ª. que sus antecedentes personales, como colaborador de Cárdenas, garantizan la realización de un programa.

El programa de Ávila Camacho, que es el programa de su partido, del PRM, del general Cárdenas, tiene que ser continuado en su aspecto revolucionario. ¿Quién sería el audaz de detener la marcha del programa cardenista, que ha sido de honestidad administrativa, de respeto a la vida humana, de libertades políticas y religiosas?

En cuanto al programa que afecta al sector obrero, el licenciado Alemán tiene esta acertada respuesta:

“Creo que el sector obrero, siempre comprensivo, dará su colaboración desinteresada y completa al general Ávila Camacho”.

CONSECUENCIAS

Si lo por venir mexicano se presenta con halagadoras perspectivas, se debe, en primer término, a que el general Ávila Camacho seguirá la política humana y civilizadora; en segundo, al despertar democrático que se ha observado durante la campaña electoral, y que es la base sobre la que se erigirá el próximo gobierno.

Así pueden resumirse las palabras del licenciado Alemán, al hacer un análisis de la lucha presidencial. Ésta sirvió para comenzar un gran debate de ideas, para fijar posiciones. Más que una pugna de intereses de partido, la campaña ha sido un balance político, en el que ha pesado, sobre todas las cosas, el espíritu democrático. La era de la democracia está garantizada para seis años más.

Este despertar es un buen síntoma, el mejor síntoma de la nacionalidad mexicana. Pero hay que rendir homenaje a Lázaro Cárdenas; nadie, como éste, había logrado penetrar en la conciencia popular y en el sentimiento democrático.

Tuvo otra particularidad la campaña en favor de Ávila Camacho: fue el resultado de una estrecha cooperación de los sectores populares. Es inexacto, declara enfáticamente el licenciado Alemán, que el ávilacamachismo se hubiese desenvuelto con la ayuda oficial. “Puedo decir, muy en alto, que no hubo ayuda oficial”, ratifica Alemán.

“La campaña en favor del general Ávila Camacho, debo repetirlo, fue hecha con la cooperación de los sectores populares ávilacamachismos. Aparte de esta cooperación, debió su éxito a la unidad. No ha habido, durante la lucha, más que una cabeza; ésta ha sido la del general Manuel Ávila Camacho”, concluyó el licenciado Alemán.

CONCLUSIÓN

Miguel Alemán nos ha conducido sencilla y modestamente a través del campo político mexicano; la misma sencillez en su expresión y la modestia en su persona nos han facilitado la tarea de resumir su pensamiento.

Deja el político una impresión de sinceridad, de talento, de tacto. Acaba con esa impresión de dominio y de astucia que fue tan peculiar en el político que va desapareciendo. Abre una esperanza, en la que se borran los partidarismos, los odios y las pasiones: la esperanza de un México político cada día más humano y más civilizado, y hace exclamar, no por entusiasmo, sino por reflexión:

¡Quienquiera que sea el presidente de la República será un gran presidente si se rodea de los nuevos políticos mexicanos; nuevos no por su edad o por su historia, sino por los sentimientos que posean, y que entrañen el bien pacífico y armonioso de la colectividad y del individuo!

Hoy, México, D.F., 6 de julio de 1940, año IV, vol. XII, núm. 176, pp. 44-45.

CON ÁVILA CAMACHO

Con serenidad de digno, el general Manuel Ávila Camacho pasó el instante que pudo ser el más dramático de la batalla electoral del domingo —el instante en que los almanistas, provocativamente, trataban de abrirse paso hasta el edificio del Partido de la Revolución Mexicana.

—“Reclamo serenidad, señoras”, pidió una y varias veces Ávila Camacho a las veinte o treinta mujeres que le rodearon al sonar los primeros disparos casi a las puertas del edificio del PRM, y mientras que líderes y ayudantes ocupaban los balcones, listos para repeler la agresión.

Y las varias peticiones hechas por el candidato sembraron la serenidad entre las mujeres, y Ávila Camacho, impasible, con una significativa sonrisa en los labios, salió al balcón, cuando todavía se escuchaba el disparar de una “Thompson” que los almanistas hacían sonar desde la Avenida Juárez.

Minutos antes del tumulto, el general Ávila Camacho me había dicho, al preguntarle si no temía por su vida:

“Si pasara las horas pensando en mi seguridad personal, no podría dedicarme al estudio de los problemas nacionales”.

Tres horas hacía que el candidato presidencial se encontraba dedicado a escuchar los informes que constantemente le hacían llegar los líderes de su campaña y a leer los mensajes que se recibían en el PRM, de diferentes partes del país, cuando la tumultuosa manifestación almazanista se presentó frente al "Caballito".

EN LAS LOMAS

Faltando cinco minutos para las 10 de la mañana, Ávila Camacho salió de su residencia en las Lomas de Chapultepec para concurrir a la casilla instalada en el número 37 de las calles de Monte Himalaya, a depositar su voto, su voto por el general Rafael Sánchez Tapia.

El exterior de la risueña y modesta casa de Ávila Camacho presentaba un aspecto extraordinario. Soldados federales estaban tendidos sobre la vía férrea que pasa por un costado de la residencia; policías vestidos de civiles hacían guardia en las esquinas. Los políticos entraban y salían de la casa.

En el jardín, tras de recios muros que dan placidez a la residencia, reinaba la tranquilidad. Paseaban el doctor José Víctor Fernández Manero, los generales Ignacio Otero y Sánchez Cano y varios ayudantes del candidato.

Éste apareció en el pórtico de la casa poco antes de las 9 de la mañana. Extendió la mano, cordialmente, a sus amigos. Luego, los invitó a sentarse.

Vestía Ávila Camacho de gris oscuro, camisa blanca, corbata negra. El rostro tostado y con canas sobre las sienes el candidato tenía el aspecto de hombre que acaba de viajar por el campo. Habla apaciblemente. No hay en él gestos teatrales, ni frases conquistadoras.

La tertulia en el pórtico de la casa fue breve. Se agregaron a ella, minutos después, el general Heriberto Jara, el coronel Hernández Cházaro y varios senadores.

La conversación que el candidato sostenía con sus amigos era interrumpida a menudo. Los líderes entraban y salían llevándole noticias, noticias que el general escuchaba sin pestañear.

Entre estas noticias pudieron estar solamente las que hacían saber las primeras tragedias ocurridas en la batalla electoral, sino también la de que los almazanistas se habían apropiado de la casilla instalada en las calles de Monte Himalaya, en donde el candidato del PRM iba a depositar su voto.

No obstante que esta última noticia pudo causar desagrado a Ávila Camacho, no hubo en él gesto alguno que lo denunciara.

A VOTAR

Minutos antes de las 10 de la mañana, y después de que alguien informó al general que la casilla había sido rescatada, el candidato se puso de pie. A grandes pasos avanzó por el jardín, y al salir a la calle estalló una ovación acompañada de "vivas". Eran dos o trescientos partidarios que allí le esperaban. Le esperaban también los periodistas mexicanos y los corresponsales extranjeros. Ávila Camacho saludó a todos, quienes le tendieron la mano. Estaba entre la multitud, sonriente; con sonrisa de hombre y no de caudillo.

Dijo algunas palabras contestando a algunos corresponsales extranjeros; subió a su automóvil. Con él montaron al coche los generales Jara y Sánchez Cano y el doctor Fernández Manero.

Al descender del auto a corta distancia de la casa donde estaba instalada la casilla, la multitud lo rodeó. Ávila Camacho se perdió, por instantes, entre la gente, a pesar de que había allí numerosos almazanistas, quienes poco antes habían sido desplazados de la casilla.

Ya ante la mesa de la votación, entregó su boleta de elector. Después, como si quisieran los "vivas" a su favor, se llevó la mano, militarmente, a la frente. Luego, sin titubear, eligió entre las cédulas en la que se leía el nombre del general Rafael Sánchez Tapia. Seguidamente tomó la cédula de la planilla del PRM, para senadores y diputados. Con mano firme marcó sobre una y otra una cruz; extendió su rúbrica sobre la cédula de Sánchez Tapia, y volvió a saludar a la multitud allí reunida, que seguía aclamándolo.

Estrechó muchas y muchas manos, y volviendo la cara a derecha e izquierda para saludar a sus amigos, abandonó la casilla.

AL PRM

El automóvil del candidato enfiló hacia el Paseo de la Reforma. Todos creían que el candidato regresaría a su residencia. No fue así. Se dirigió a las oficinas del Partido de la Revolución Mexicana.

Frente al edificio del PRM parecía haber fiesta. Por medio de un altoparlante eran transmitidas las noticias que el partido recibía sobre las elecciones en el Distrito Federal y en los estados. Y la fiesta creció con la llegada del general Ávila Camacho.

El candidato entra en el edificio entre los vítores de sus partidarios. La confianza parece brillar en su rostro. Le veo una y muchas veces; no le encuentro ni una nota

de ostentación. Parece fiar, no en un entusiasmo callejero, sino en la organización de su partido.

Apenas instalado en las oficinas del PRM, el general Ávila Camacho comenzó a recibir a los líderes de su campaña, a senadores y diputados.

De pie tras de un escritorio, con una mano sencillamente colocada en el bolsillo del saco, el general Ávila Camacho escuchaba a uno por uno de sus amigos e informantes. Cuando entraba el general Jara, el candidato se apartaba de él.

¿Buenas o malas noticias? Posiblemente casi todas buenas para el candidato, pues éste sonreía y volvía a sonreír.

Un mundo de telegramas fue colocado sobre el escritorio. Ávila Camacho se excusó ante quienes conversaban con él; se sentó y comenzó a leer. Leyó ávidamente los mensajes, haciendo anotaciones al margen de algunos de ellos.

Terminó la lectura de los documentos y reanudó la plática. Alguien le refirió un cuento conectado con la vida política mexicana y el candidato correspondió con comentarios de contento.

Hombre notoriamente organizado, siguió conversando, atendiendo a las comisiones, leyendo mensajes. A veces, al recibir un informe, agolpaba una ceja contra la otra, llamaba a sus ayudantes y daba órdenes.

La pequeña sala estaba repleta de gente, y hasta ella llegaban las ruidosas manifestaciones que seguían haciendo los ávilacamachistas frente al PRM.

Al tocar los mariachis, que estaban en una pieza contigua, el Corrido de Ávila Camacho, uno de los presentes lo hizo observar al candidato. Éste, calladamente, lo escuchó. Al escucharse el final del corrido que dice "Ávila Camacho será presidente", el general sonrió amable.

Siguió atendiendo los negocios que se ponían sobre el escritorio, y sin interrumpir el trabajo, comió con gran apetito dos "sándwiches", haciendo algunos festejos a los posiblemente sabrosos bocados.

UNA DECLARACIÓN

Después del incidente provocado por los almanistas cuando pretendieron abrirse paso hasta el edificio del PRM, el general Ávila Camacho quiso saber lo que había ocurrido. Se lo informó, seguramente, el general Jara. Ávila Camacho escuchó atento al presidente del partido, y movió lentamente la cabeza para uno y otro lado. Luego, siguió en el trabajo.

Trabajó incansablemente, sin dar muestra alguna de fatiga en las oficinas del PRM, hasta las 6 de la tarde.

Una hora antes de retirarse, a petición mía, escribí, llevando la pluma ágilmente sobre el papel, estas palabras:

"Hasta donde es posible conocer el resultado de la elección el mismo día de los comicios, puedo asegurar a la opinión pública del país que nuestra causa obtuvo la más franca acogida y contamos, consiguientemente, con la abrumadora mayoría de los sufragios leales del pueblo".

"En breve podrá conocerse el cómputo general y confiamos en que los organismos legalmente capacitados pronunciarán en su oportunidad su decisión, confirmando esta victoria cívica".

¡Cuánto habla de Ávila Camacho la recta línea de sus letras, el estilo sencillo en la redacción y la modestísima rúbrica casi perdida bajo su nombre!

Acababa de escribir el general Ávila Camacho su declaración, cuyo manuscrito me entregó, cuando en las afueras de las oficinas del PRM, se escucharon gritos de "Muera Almazán"; después un pequeño desorden. El general Ávila Camacho, quien estaba de pie, pudo alcanzar a ver lo que había sucedido. Varios automóviles, cargados de almanistas, habían pasado frente al edificio del partido lanzando "vivas" a su candidato y "muera" a Ávila Camacho.

A los gritos de entusiasmo y de provocación correspondieron los ávilacamachistas arrojando una andanada de piedras. Ávila Camacho, severo, dijo a una persona que parecía ser de su confianza:

"Vaya usted y ordene que la gente se abstenga de cometer atropellos. Todos los ciudadanos son libres para gritar lo que quieran; para eso es la función cívica".

Ávila Camacho habló recio, y cuando su orden fue transmitida a los ávilacamachistas que ocupaban la acera frente al PRM, éstos, sin decir palabra, recogieron las piedras que ya habían amontonado, arrojándolas a distancia.

El general Ávila Camacho, después de nueve horas de atender comisiones, de leer y escuchar informes y de dar órdenes, se retiró de las oficinas del PRM.

Del candidato se pudo recoger la última impresión: la impresión de que estaba tan seguro de sí mismo, como de sus partidarios.

Hoy, México, D. F., 13 de julio de 1944, año 4, vol. XIII, núm. 177, pp. 7-8.

TRES HORAS CON ÁVILA CAMACHO

"¡SOY CATÓLICO!", DICE EL PRESIDENTE ELECTO
EN UNA SENSACIONAL ENTREVISTA CON *HOY*
Y añade: "El comunismo no prosperará bajo mi gobierno"

FIJA SU POSICIÓN ANTE EL FUTURO

Si la modestia y el talento, la serenidad y la rectitud no fuesen virtudes; y la virtud elogio, y el elogio, muchas veces, cortesanía, ¿con cuánta y cuánta libertad se podría juzgar a los contemporáneos!

Si todo lo que se ve y se escucha hoy pudiese ser guardado para mañana, para un mañana frío, sin la impresión del momento, en el que se hiciese revivir, como en un laboratorio, la carne y el espíritu ¡qué fácil sería conocer y hacer conocer a los hombres!

Pero cuando no es posible reservar todo a lo futuro; cuando el individuo y la sociedad exigen lo de hoy, hoy mismo; cuando es necesario saber, cotidianamente, el sentir y el pensar del hombre que está en la política o en la guerra o en las letras; cuando es indispensable ascender a una posición desde la que sea dominado el panorama de la vida extensa, entonces es menester decir la verdad con la verdad en la mano.

Estas reflexiones se ocurren después de haber obtenido la confesión de un hombre; la confesión laica en la que no solamente se habla de lo que es realidad, sino también de lo que es verdad.

Y al hablar de confesión, yo no creo haber confesado al general Manuel Ávila Camacho; pero sí tengo en la conciencia que el general Manuel Ávila Camacho se ha confesado con los mexicanos. ¡Trascendental confesión ésta, que ha comenzado con un "Soy creyente", para concluir con una promesa solemne: "¡Sólo deseo servir a mi pueblo!".

He conversado con el general Manuel Ávila Camacho durante tres horas. No ha habido un interrogatorio previo; las preguntas y las respuestas han ido saliendo espontáneas, en el curso de la plática. He conducido ésta hacia todos los problemas; aun hacia aquellos que llevan a la vida privada del hombre. ¿Audacia? No. ¿Curiosidad? Tampoco. Sólo deseo de penetrar en lo más hondo de quien tiene la investidura de presidente electo de la República Mexicana.

¿Por qué —me he preguntado— no ha de tener derecho el pueblo mexicano de conocer el más íntimo de los pensamientos del hombre que el 1º de diciembre ha de sustituir en el poder al general Lázaro Cárdenas?

Y guiado por este propósito, he ido a Teziutlán, en busca de Ávila Camacho. No he ido a la Meca de la burocracia ambiciosa; he ido a un lugar de sosiego, de maravilloso sosiego, en donde la quietud espiritual se confunde con la espléndidez de la naturaleza: he ido a "El Encanto".

En medio de una cañada, cuya parte alta está coronada por bosques de madroños, y en cuyo fondo se extienden huertos de manzanos y perales, está plantada la modesta finca en la que descansa el presidente electo. No sé de quién será la finca —no es de don Manuel Ávila Camacho, me lo ha dicho él mismo—; pero quien sea el propietario, debe sentirse orgulloso de haber encontrado el sitio magnífico, que invita a la meditación y al estudio.

No había tratado al general Ávila Camacho. Lo conocí un día de extraordinaria excitación: el 7 de julio de 1940.

Ese día de intensidad nerviosa, no fue posible ni siquiera fijar sus rasgos fisonómicos; menos hubo oportunidad de penetrar en sus pensamientos y sentimientos. Lo vi, ciertamente, reposado; pero la teatralidad del momento era la menos oportuna para llegar, no a la mano del candidato, sino al corazón del hombre.

Entre la majestad del paisaje y la quietud del ambiente, voy a tratar a Ávila Camacho.

Veámoslo avanzar por el hermoso corredor de la finca. Recta la espalda, alta la cabeza, cortas las piernas; camina sin apresuramiento, pero a grandes pasos. Tiende el brazo, severo; estrecha la mano, con calor. Deja al huésped que elija el lugar para la plática, aunque después, él mismo señala la terraza. Ésta vuela sobre la cañada imponente.

Nos hemos sentado. La conversación comienza con reservas. A él lo martillea el gusto de hablar de su pueblo; del Teziutlán de los tejados "volados", de las calles angostas, empedradas y en sube y baja; de la moral teziutleca fincada en el hogar.

Mientras habla, tengo oportunidad de examinarlo físicamente. Está sentado a plomo, sin tocar el respaldo de la silla; ha cruzado ligeramente los pies. Tiene la mano derecha en el bolsillo del pantalón en tanto que la otra acciona metódicamente. Viste de azul, la camisa blanca, la corbata negra.

La frente es recta, la nariz roma, los ojos pequeños, con mirada vivaz, muy vivaz, que no pierden, ni un segundo, la del interlocutor. Son los labios delgados, y habla despacio, sin alterar el tono, ni cuando pronuncia las más graves palabras. No sonríe en la malicia; sonríe en la satisfacción. No hace pausa alguna cuando contesta a las preguntas. Da una respuesta firme, categórica, para luego ampliarla con explicaciones. La cabeza de Ávila Camacho no brilla en entusiasmo; luce en ponderación.

De entre elogio y elogio que hace de la moralidad de la familia teziutleca, que revela su propia moral, surge en mí una pregunta:

—¿Es usted católico?

Sin desprenderse de mi mirada, me contesta con convicción profunda:

—Soy creyente.

Es la primera vez, por lo menos desde que el liberalismo llegó al poder, que un presidente mexicano —y presidente es quien ha sido declarado presidente electo— tiene el valor de confesar su credo.

Pero ser católico no es ni clerical, ni fanático. "Lo católico es —explica el general Ávila Camacho— por origen, por sentimiento moral. México y los mexicanos —me dice— tienen ante sí dos grandes problemas: el moral y el económico; el de la pobreza espiritual y el de la miseria física".

El problema moral ha de comenzar por el presidente mismo; y entonces pregunto:

—¿Con cuántas propiedades llega usted a la Presidencia de la República?

Y ante la interrogación excepcional en la historia de México, un hombre que está por ascender al Ejecutivo federal, confiesa a su país a cuánto asciende su capital: un

rancho, 20 hectáreas en San Lorenzo, entre Xochimilco e Ixtapalapa, en el Distrito Federal; treinta y cinco mil metros cuadrados en las cercanías de San Bartolo Naucalpan, que obtuvo en siete mil pesos —declinados a su madre, ya fallecida—; una casa en las Lomas de Chapultepec, a nombre de su señora esposa, que compró después de vender la que poseía en Guadalajara y que adquirió al contraer matrimonio.

El general Ávila Camacho me hace saber su confianza en la capacidad moral del país y de los mexicanos. Y basado sobre esta confianza, creo lograr reunir en torno de él un grupo de colaboradores digno y representativo de los intereses nacionales.

—No gobernaré con círculo de amigos —dice—. Hay grupos que no están formados por amigos míos pero sí por ciudadanos mexicanos que por su pensamiento y su fuerza moral son dignos de la confianza del país.

Luego agrega:

—Mi mayor deseo es inspirar la confianza a la nación, que dé aliento para lo porvenir.

Pregunto:

—¿Será el licenciado Lombardo Toledano uno de sus colaboradores?

El presidente electo, contesta:

—Creo que no. Una de las virtudes que tiene Lombardo Toledano es que no aspira a su beneficio personal. Yo siempre he reconocido las virtudes que se reconocen en un hombre desinteresado.

Pregunto:

—¿Será su colaborador el general Lázaro Cárdenas?

Ávila Camacho, quien minutos antes, al referirse al general Cárdenas, había llamado a éste respetuosa y afectivamente “mi general Cárdenas”, me da esta respuesta:

—Con el afecto que tengo al general Cárdenas, por los valores morales que representa, desearía, muy de veras, su colaboración; pero no creo que piense, por ahora, integrar el nuevo gobierno.

He llegado al punto que deseaba.

—¿Cómo será integrado el gabinete a partir del 1°. de diciembre?

El presidente electo me hace conocer su deseo de no dar un paso hacia la integración de su gabinete, sino hasta pocos días antes de tomar posesión de la Presidencia. Quiere ser el realizador de los anhelos del país; quiere conocer a los hombres todos. El país no carece de hombres, pero es necesario buscarlos, encontrarlos y elegirlos, “no importa a qué partido pertenezcan” —aclara.

“En estos dos meses y medio que faltan para ocupar la Presidencia —me dice—, quiero ir adonde se encuentren los hombres de capacidad moral, siempre que sean una garantía para el país y para el programa que estoy dispuesto a desarrollar”.

Insiste en su propósito de buscar hombres nuevos. ¿Quién puede dudar que los hay en México?

Pero, objeto, ¿si esos hombres útiles, pertenecen a un partido contrario?

Su respuesta es rápida.

—Si son garantía para crear la confianza nacional, los invitaré a colaborar en el gobierno —repite.

Y ¿los comunistas? Si existe algún fantasma que azote al país, que produzca en miles y miles de ánimos una repulsión, es el comunismo.

Ninguna bandera ha prosperado más en México en los últimos años que la bandera anticomunista. El solo temor de que los comunistas logren acomodarse en el gobierno del general Ávila Camacho ha sido causa para que, entre una parte de la sociedad y el ávilacamachismo, exista un telón, que a veces parece indestructible.

Sin embargo, cuando pregunto al presidente electo si los comunistas colaborarán en su gobierno, se muestra sorprendido, y dudando de la interrogación, a su vez me pregunta:

—¿Dice usted comunistas? No; los comunistas no colaborarán en mi gobierno. Los comunistas por sí mismos y por la fuerte corriente nacional contraria a ellos, tendrán que irse diluyendo. Las ideas comunistas no han encajado, no pueden encajar en México.

“Nuestro país es un país de libertades; el pueblo ama profundamente la libertad; quiere sus propias doctrinas. Por esto, el único régimen que puede prosperar en México es el democrático”.

—¿Pero usted es socialista, general? —pregunto.

—No; no soy socialista, soy demócrata. Creo firmemente que el Estado debe tender la mano a los pobres; creo que nuestra economía debe estar encaminada a buscar y a encontrar el mejoramiento de las clases trabajadoras; pero no soy socialista. Creo en la democracia; creo en la libertad; creo en el bienestar económico de mi pueblo.

—¿Qué reformas trascendentales proyecta usted? —le pregunto después—. O, ¿no habrá reformas al comenzar su gobierno?

—El gobierno que presida —responde— ha de ser un gobierno progresista; y el progreso obliga reformas. No quiero hablar de éstas. Estoy entregado al estudio de las observaciones que he hecho en mi gira política; quiero ahora, en la tranquilidad, estudiarlas, resolverlas; no puedo hacer anticipos. Tengo todavía dos meses y medio por delante, antes de hacerlas públicas”.

Pregunto:

—General, si es usted católico, no riñe su catolicismo con el artículo tercero constitucional?

—No. El artículo tercero constitucional puede reñir con el fanatismo, pero no con el catolicismo.

Luego me dice que hay necesidad de serenar los ánimos; de pasar de las batallas políticas a los trabajos de laboratorio, que serán los únicos que digan qué reformas serán necesarias para el bienestar del país.

Posiblemente las reformas afectarán a las cuestiones educativas; pero sin que estas reformas ataquen el espíritu de la Constitución mexicana.

—¿Y la Universidad? —interrogo.

—Uno de mis mayores propósitos es elevar el espíritu cultural de México; y la Universidad es una de nuestras grandes fuentes de cultura. Lo que deseo es que la Universidad esté más vinculada a los programas de enseñanza del Estado; pero sin que pierda su autonomía, pues es ésta base de su libertad.

Habla después del subsidio a la Universidad; pero el subsidio no lo determinará sino hasta conocer los presupuestos correspondientes al año de 1941.

—Sin embargo —aclara—, desde hoy puedo decir que empeñosamente me esforzaré por el bienestar económico de la Universidad.

Pero el problema que atacará con mayor energía por ser uno de los más importantes del país es el económico.

—Es necesario llevar el mejoramiento económico a los hogares —me dice.

Después explica que una de las palancas más fuertes para mejorar la economía es la protección a la agricultura.

Con gran conocimiento de los problemas agrícolas, el general Ávila Camacho me lleva a las cuestiones de riego, de refaccionamiento, de producción. Va de región en región; a veces me conduce hasta los hogares del campirano; descubre las necesidades en la alimentación, en la salubridad.

—¿En La Laguna —pregunto— continuará el sistema colectivizado?

—Ya expuse en mi programa, y he aprovechado mi gira para repetirlo, que creo que debemos en materia orgánica emplear diversos sistemas de trabajo y de producción. Lo mismo el sistema colectivista que el mutualista que el cooperativista que el de pequeña propiedad. Cada región tiene sus propios problemas, y lo interesante es resolverlos de acuerdo con las necesidades de esa región.

“En cuanto a La Laguna, creo que debe prevalecer, como sistema de trabajo, el colectivista. Esto no quiere decir —repito— que las explotaciones individuales no sean protegidas. Uno de mis mayores deseos es que, cuanto antes, se proceda a la titulación de la parcela; y que los pequeños propietarios puedan gozar de toda la confianza que debe inspirar un gobierno”.

Siguiendo el curso de los diferentes problemas mexicanos, el general Ávila Camacho pasa del de salubridad, en el que entra en detalles llenos de interés, al de vías de comunicaciones.

Conecta este último problema con el agrícola. Faltan caminos para enlazar los diferentes centros de producción; el país debe sentir alivio a sus necesidades económicas con cada nuevo camino que se abra; es indispensable fijar la atención en los caminos vecinales.

—¿Y los ferrocarriles? —interrogo.

—El problema de los ferrocarriles es uno de los que actualmente ocupan más mi atención. Hablar de este problema hoy mismo sería hablar superficialmente. Le he dicho que estoy entregado al estudio; y tengo confianza en que al problema de los ferrocarriles le daremos una solución benéfica para el país.

—¿Y el Estatuto Jurídico será objeto de reformas? —pregunto.

—Sí —me contesta rápidamente—. El Estatuto Jurídico será objeto de modificaciones y adiciones; modificaciones y adiciones que serán el resultado de las experiencias que ha tenido el régimen actual, y que deseo aprovechar de la mejor manera.

—¿Y el problema petrolero? —aclaro.

—Si el gobierno de mi general Cárdenas no liquida la situación con las empresas, éstas, de seguro, tratarán con el nuevo gobierno de obtener algunas ventajas. Mi posición será, ante las empresas, la de todo mexicano digno: la de defender los intereses de la nación.

—¿Y la Ley de Responsabilidades? —pregunto.

—Creo que es indispensable la existencia de la Ley de Responsabilidades a los funcionarios públicos; pero sobre la aplicación de esta ley, hay un problema más tras-

cidental. Éste consiste en crear una fuerte comprensión de sentimiento patrio y crear también el concepto de honor y de las virtudes cívicas. Si creamos el concepto del honor y de las virtudes cívicas, entonces tengo la seguridad de que no habrá necesidad de aplicar la Ley de Responsabilidades.

Llega aquí el general Ávila Camacho al único momento de su conversación en el que hace brillar el entusiasmo.

—¿Por qué no empeñarse en hacer resaltar los sentimientos patrióticos en el pueblo? ¿Por qué no realizar un supremo esfuerzo para elevar las virtudes cívicas?

“Es indispensable hacer a los mexicanos amar más y más a México; es necesario formar el cuerpo de la nacionalidad; créame que haremos en el gobierno obra de nacionalidad”.

La conversación se anima más y más. Invito al general Ávila Camacho para que me dé su opinión sobre el Servicio Militar Obligatorio.

—Yo diría —advierte— que más que un servicio militar obligatorio es un Servicio Militar Nacional. Deseo hacer caso omiso de la palabra “obligatorio”. México tiene la virtud de amar intensamente sus libertades; y lo obligatorio resulta contrario a nuestras tradiciones. Digamos, pues, “Servicio Militar Nacional”; y al decir así, he de expresar mi deseo de que este nuevo servicio sea implantado; es necesario para el bien de mi país. No quiere decir que con el Servicio Militar nos preparemos para la guerra; eso no. Nos prepararemos para una mejor educación; una educación de disciplina que servirá a la juventud en todos los órdenes de la vida.

Pregunto entonces al presidente electo si la implantación del Servicio Militar no puede dar lugar a que se susciten rivalidades entre la juventud que ingrese a filas y los actuales soldados del ejército nacional.

Pero Ávila Camacho explica el desarrollo del proceso, técnicamente. Hace un elogio del ejército; presenta como garantía para lo futuro del ejército su actuación en la Secretaría de la Defensa Nacional, y afirma que el problema principal en el ejército es hoy un “problema de jerarquías”. Para solucionar este problema habrá necesidad de expedir la Ley de Cuadros, que será la mejor garantía para los soldados, los oficiales y los jefes.

—¿Podrá ser afectado México por la guerra en Europa y conducido a participar a favor de alguno de los países beligerantes? —pregunto.

—No. Tenga usted esa seguridad —dice el general— que el continente americano no está por las guerras. La guerra actual no es más que una guerra de mercados; y no-

sotros no tenemos enfrente más que un problema: prepararnos para no ser un pueblo conquistable. Por eso tengo profundo interés en el desarrollo de nuestra industria, en el aumento de nuestra producción agrícola. Para esto debemos elevar a la categoría de primera magnitud un problema que es moral: el problema de la confianza.

Como a continuación hay varias alusiones a la situación en Europa, pregunto al presidente electo:

—¿Reanudará México sus relaciones con España?

Ávila Camacho responde:

—Nosotros debemos estar bien dispuestos a reanudarlas. Creo que España debe estar más interesada que México en la reanudación de las relaciones, ya que siempre ha sido mayor la exportación de productos españoles a nuestro país que la exportación de los productos mexicanos a España. Debo decirle, respecto a este asunto, que el gobierno próximo hará todo lo que la dignidad de México dicte.

Volvemos a los problemas internos.

El general Ávila Camacho no cree que la paz del país sea alterada. “El enardecimiento explicable de la campaña electoral va pasando —me dice, y agrega:

“Siento que el país está tranquilo; creo que no hay razón por alterar esta tranquilidad, máxime que quienes lo intentan son los viejos políticos inconformes. Tengo la más íntima confianza en que el pueblo condenará el proceder de esos políticos”.

Luego hace saber que a todos sus amigos les ha recomendado que usen de la mayor prudencia; que hagan saber a los mexicanos que ha llegado el momento de la concordia.

—Además, ¿qué razón existe de pretender subvertir el orden, cuando no se conocen los actos del futuro gobierno? —pregunta el presidente electo.

Con honda satisfacción, dice cómo ha tendido la mano a viejos enemigos políticos y cómo piensa en un México mejor. Cree que cualquier acto subversivo no hará sino acabar con las pocas esperanzas democráticas, que poco a poco se han animado más y más en el país.

Expone su deseo de que al inaugurar sus funciones el nuevo gobierno, se proceda a preparar, poco a poco, la maquinaria electoral, que sea una garantía precisa para comicios del futuro.

—Es necesario acabar con ese problema que se ha creado en torno del presidente de la República, a quien se le hace, injusta e indebidamente, el cargo de ser el único responsable de las cuestiones electorales.

Después se lamenta del viejo vicio político de México, que consiste en que los aspirantes a puestos públicos esperan el gesto, la palabra del mandatario, para saber en favor de quién se inclina éste. "Es necesario —me dice— acabar con ese viejo mal. Si alguien viene a mí pidiendo apoyo electoral, estoy dispuesto, lo anticipo desde hoy, a decirle: "Vaya usted y consulte con su pueblo".

Por último, el general Ávila Camacho pasa al problema del inversionismo, y anuncia su política: una política que consistirá en mantener, inalterable, la confianza nacional.

—Es necesario crear la confianza al inversionista; primero al inversionista mexicano; luego al extranjero. Necesitamos poner en movimiento todos nuestros recursos. No es posible pensar únicamente en los recursos del Estado; es indispensable pensar en todos los recursos del país. Cuando logremos alentar y estimular al inversionista mexicano, tengo la seguridad de que vendrá el inversionista extranjero; pero un nuevo tipo de inversionista; y no aquel inversionista que venía en son de conquistar, para llevarse todos nuestros recursos y dejar al país tan pobre como siempre.

Conforme ha avanzado la conversación, don Manuel Ávila Camacho ha ido hablando con mayor confianza.

Su modestia, su talento, su serenidad, su rectitud, lo llenan todo.

"Deseo servir a mi pueblo", me ha dicho varias veces en el curso de la conversación; repite la frase cuando después de tres horas parece haber abierto todo su corazón. Sonríe y comenta, jubilosamente, algunos acontecimientos de los que algún día habrá ocasión de hablar.

Y cuando uno se despide de Ávila Camacho, se piensa:

Éste no es el Ávila Camacho que conoce México; México conoce al candidato deformado en medio de las pasioncillas y de los odios de la política electoral. ¡Ojalá conozca, por el bien de todos los mexicanos, al verdadero Manuel Ávila Camacho!

Hoy, México, D.F., 21 de septiembre de 1940, año IV, vol. XIV, núm. 187, pp. 8-10.

LA OPOSICIÓN NO DEBE ACUDIR A LA VIOLENCIA

Lo dice el general Pérez Treviño en una entrevista, en la que afirma que no se puede dejar de reconocer que el presidente electo es Ávila Camacho

Como si hubiese llegado el momento en el que los mexicanos han de enmendar los errores del pasado, para forjar las esperanzas de lo futuro; como si la visión que fue de optimismo se convierte poco a poco en realidad; así parece que el país va admitiendo que los ojos se hicieron para ver y los oídos para oír...

Lo que era increíble va dejando de serlo. Lo que ayer era signo de debilidad, hoy es de fuerza. ¿Quién esperaba que en México se diese el milagro de que vencidos y vencedores políticos extendiesen y estrechasen sus manos?

El milagro se ha dado en 1940, después de una de las más enconadas batallas electorales, en la que no solamente tuvo participación el político profesional —burócrata eterno; el descontento eterno—, sino en la que también figuró un buen porcentaje de población ciudadana.

Y así se hace necesario sentir y pensar, cuando uno se encuentra frente al general Manuel Pérez Treviño, que fue el primero de los líderes políticos que abrió el fuego opositor contra el mundo oficial, al comenzar la batalla electoral que culminó con el suceso del 7 de julio.

Rompiendo los moldes del viejo político mexicano, acostumbrado a diluir su pensamiento en artificiosos juegos de palabras, el general Pérez Treviño me ha dado el ABC del vencido, políticamente, que reconoce al vencedor.

Sin drama y sin comedia, sino sencillamente, con la firmeza y el talento de quien sólo quiere decir la verdad, el general Pérez Treviño ha asentado:

A.- La oposición fracasó; y fracasó por su falta de unidad, y porque las ambiciones personalistas estuvieron sobre los propósitos de un programa nacional opositorista.

B.- La oposición fracasada no debe acudir a la violencia; los actos violentos no harán sino fortalecer a un régimen caduco, que está a punto de expirar dentro de pocas semanas.

C.- No se puede dejar de conocer —como no lo podría desconocer ni el jurista, ni el legislador, ni el militar, ni el ciudadano— que el general Manuel Ávila Camacho es el presidente electo de México.

Estamos en los días de las confidencias, de las revelaciones políticas.

La oposición, me dice Pérez Treviño, comenzó espléndidamente, en un campo que era del todo propicio; el país estaba cansado de ser la víctima de la "mala yerba"; del comunismo.

Uno de los grandes problemas de la oposición era el de la unidad. El PRAC propuso la realización de una gran convención en la que, aparte de formar un programa nacional, se eligiese un candidato también nacional; pero el general Juan Andreu Almazán se autopostuló candidato presidencial.

"Si se hubiese ido a la convención, mi candidato habría sido el general Joaquín Amaro", afirma Pérez Treviño.

Durante la campaña electoral, si Almazán alcanzó la popularidad, no fue por Almazán mismo, sino porque el almanismo "fue la polarización del anticardenismo". Por esto, el almanismo fue lo negativo; le faltó lo positivo. Lo positivo es tener, en el momento en que se inicia una lucha, la fuerza de personalidad, el arrastre para atraer y encauzar a las masas; significa ser lo caudillo que había en el general Obregón, por ejemplo.

—¿Y el fracaso de la oposición en 1940 —pregunto— significa una nueva desesperanza para la democracia mexicana?

—No; eso no —contesta el general—. El ensayo ha sido trascendental, vigoroso; tendrá una gran repercusión en lo futuro; de él surgirán los partidos de principios para lo porvenir.

Seguidamente, Pérez Treviño pronuncia estas importantes palabras:

—Pero es necesario decir desde hoy que el futuro electoral de México está en manos del nuevo presidente de la República. Es indispensable que no nos engañemos: en la mano del presidente está la organización de la maquinaria electoral. Si el nuevo presidente acaba con esta táctica de imponer desde el centro, se acabará con ese vicioso sistema que ha imperado en el país y que se traduce en que el presidente hace gobernadores, y los gobernadores, presidentes municipales.

Además, será necesario transformar la actual Ley Electoral, que "está plagada de vicios"; y como prueba de que sí es posible, mediante la reforma de la ley, que el pueblo ejercite libremente su voluntad, el general Pérez Treviño da a conocer el mecanismo de la Ley Electoral del Estado de Coahuila que él puso en vigor, y conforme a la cual se limita poderosamente la intervención del Estado en los problemas electorales.

—¿Y si el general Almazán recurre a la violencia? —he preguntado a Pérez Treviño.

—Hará un grave daño al país, aparte de que no prosperará —contesta, y añade:

—Ésa es otra de nuestras viciosas prácticas postelectorales; tal parece que ese es el destino de nuestra oposición; pero no debe ser así. La oposición debió haber dado pruebas de su fuerza en su organización, en su programa y en su lucha electoral.

—¿Contra quién va a combatir Almazán? ¿Contra el gobierno del general Cárdenas, que está a punto de extinguirse?

Lo único que haría Almazán sería dar fuerza a un gobierno caduco, cuando lo cierto sería dejarlo morir, tal como se está muriendo...

En medio de los vicios democráticos y de las deficiencias de la Ley Electoral y de las deplorables condiciones cívicas en que vivimos, ¿quién puede negar que el general Ávila Camacho es el presidente electo?

Tal es la pregunta que hace el general Pérez Treviño, quien explica cómo la declaratoria del Congreso de la Unión da al general Ávila Camacho investidura legal.

Todos los errores del mecanismo electoral nacional pasan a segunda categoría cuando los Poderes de la Unión han sancionado el triunfo de Ávila Camacho. Negar la

legalidad de la investidura de éste sería tanto como negar la legalidad del ejercicio del general Lázaro Cárdenas; sería desconocer la existencia de un orden constitucional.

Para el ejército, para el campesino, para el burócrata, para el obrero, en fin, para el país entero, el general Ávila Camacho es el presidente electo, afirma el general Pérez Treviño.

—¿Y cuál será el problema más importante que tendrá que resolver el general Ávila Camacho al tomar posesión de la Presidencia de la República? —preguntamos al presidente del PRAC.

—Son dos. Uno, será el problema de opinión —contesta Pérez Treviño.

Una fuerte corriente de opinión adversa, más que un serio rival político, fue el enemigo del general Ávila Camacho; todos los males y errores del cardenismo habían hecho que en la opinión nacional se formara una atmósfera contraria a Ávila Camacho. No fue el temor a la continuación de una política de principios revolucionarios lo que al comienzo de la contienda electoral pareció alejar al general Ávila Camacho de la opinión; fue el temor que sentía el país de que siguiesen “el caos del cardenismo” y la “amenaza comunista”.

Pero el general Ávila Camacho, aclara Pérez Treviño, con talento y habilidad, ha dado los primeros pasos para resolver ese problema de opinión.

Fue el primer paso el discurso que pronunció en la ciudad de Puebla al terminar su campaña electoral; fue el segundo la respuesta que dio a los diputados y senadores cuando éstos le participaron que había sido declarado presidente electo —respuesta que Pérez Treviño califica de documento de alta trascendencia política—; fue el tercero las declaraciones que hizo a *Hoy* el viernes 13 de septiembre.

—Así, pues, el general Ávila Camacho va conquistando acertadamente la confianza del país —dice Pérez Treviño.

Si el general Ávila Camacho, expresa Pérez Treviño, continúa en su camino con rectitud y si sigue venciendo el problema más grave del país —el problema de opinión— ¿por qué no esperar que haga un buen gobierno?

Dos de los puntos básicos del PRAC son hoy dos de los puntos básicos del futuro gobierno del general Ávila Camacho: “Acabar con la mala yerba del comunismo” y “hacer un gobierno nacional”.

—El segundo de los problemas con que tendrá que encararse, sin pérdida de tiempo el general Ávila Camacho, es el de promover e incrementar la producción agrícola del país para bajar el costo de las substancias y aliviar las difíciles condiciones de vida actual en México —dice el general Pérez Treviño y agrega:

“El país ha demostrado ya con anterioridad que el país puede bastarse a sí mismo para satisfacer con holgura las necesidades de alimentación del pueblo”.

Y Pérez Treviño después de las anteriores palabras abordó, con amplitud y con gran conocimiento de causa, sobre los grandes e importantes problemas que giran en torno de la producción nacional.

En la conversación, hemos ido del pensamiento político del general Pérez Treviño a los “secretos de la política”.

—¿Es cierto, general —pregunto— que el general Calles tuvo participación directa en la organización del Partido Revolucionario Anticomunista?

—No es exacto —responde Pérez Treviño—. Con el general Calles no he tenido más comunicación que las noticias que de él me han traído algunos amigos que lo han visitado. Meses antes de hacer el “llamado a la masa ciudadana”, hice una visita al general Calles; pero en esos días todavía no había resuelto organizar el PRAC.

—¿Y cree usted que el general Calles esté de acuerdo con el general Aíma?

—No lo creo; y me fundo en lo que el propio general dijo a su hijo Rodolfo y que éste publicó en algunos periódicos.

Pérez Treviño no me ve con el recelo de otras veces que le he interrogado; así se lo digo y ríe jovialmente. Luego, animado por la confianza, me refiere algunos episodios políticos llenos de interés, pero alejados del momento actual.

—¿Y el PRAC desaparecerá? —le pregunto.

—No lo sé. Una de las principales misiones del PRAC fue acabar con el comunismo y la mala yerba está cada vez más marchita.

Después explica que al retirarse el PRAC de la contienda electoral, los miembros del partido quedaron en libertad para elegir candidato presidencial; pero los más se abstuvieron de hacerlo.

—¿Y el general Joaquín Amaro? —interrogo.

—El general Amaro es uno de nuestros más altos valores políticos; su papel ha sido y es el de un hombre digno —contesta el presidente del PRAC.

Hemos terminado. Pérez Treviño se ha fumado una docena de cigarrillos; ha hablado sin interrupción; ha reído y ha hecho interesantes clasificaciones de los políticos mexicanos.

Pretende resumir la conversación en unos cuantos puntos; pero luego me dice:

—Como no tengo nada qué ocultar, dejo a usted esa tarea; el país reclama que hablemos con la verdad; yo ya he dicho.

Hoy, México, D.F., 28 de septiembre de 1940, año IV, volumen XIV, núm. 188, pp. 11-12.

LA REORGANIZACIÓN DEL PRM

David Ayala, exsenador y técnico de la política,
explica cómo debe ser la nueva estructura de partido

Un hombre con gran experiencia política, puesta de manifiesto, una y muchas veces, como funcionario prominente del extinto PNR y como senador de la República en la pasada Legislatura nacional, don David Ayala me ha dicho con entereza y con profundo conocimiento del problema al que lo he llevado:

“Sí. El Partido de la Revolución Mexicana debe existir, pero transformado; y debe existir, porque repitiendo la frase que pronunciara el licenciado Ezequiel Padilla, en memorable ocasión: ‘Un gobierno es partido en el poder’, un partido dirigente, que debe defender, propagar y enaltecer sus doctrinas”.

Y el PRM debe ser transformado, agregó el señor Ayala, porque, a pesar de que “siendo el régimen que se avecina en muchos aspectos un continuador del que termina, debe tener una personalidad propia y tendrá que variar derroteros por causas que impone la marejada social del mundo en su constante acomodamiento”.

Ayala dijo las últimas palabras con la seguridad del hombre que sabe adónde va y qué es lo que necesita en el mundo de la política mexicana. En su ancha frente y en su mirada inquieta, parecen correr un caudal de ideas, de proyectos; pero espera, paciente, que se le interrogue.

CONTRADICCIÓN

¿Que si existen contradicciones entre la declaración de principios del PRM y lo que el general Manuel Ávila Camacho expresó en sus discursos durante la campaña electoral?

¡Seguramente que sí existen esas contradicciones! Y para confirmar la categórica respuesta que ha dado a mi pregunta, el exsenador Ayala lee el tercer punto de la declaración de principios del PRM, que dice:

“Reconoce (el PRM) la existencia de la lucha de clases, como fenómeno inherente al régimen capitalista de producción, y sostiene el derecho que los trabajadores tienen de contender por el poder político, para usarlo en su interés de mejoramiento, así como el de ensanchar el frente único, con grupos que, sin pertenecer al trabajo organizado, tengan, no obstante, objetivos afines a los de éste. Las diversas manifestaciones de la lucha de clases, sujetas a los diferentes tiempos de su desarrollo dialéctico, estarán acondicionados por las peculiaridades del medio mexicano”.

Sin hacer todavía el menor comentario, el exsenador prosigue la lectura del cuarto punto de la declaración:

“Considera (el PRM) como uno de sus objetivos fundamentales la preparación del pueblo para la implantación de una democracia de trabajadores y para llegar al régimen socialista”.

Sonríe el señor Ayala y continúa leyendo el inciso C del quinto punto, que dice:

“Obtener la expedición de leyes que den base a la organización y explotación colectivas del ejido y las garanticen, proscribiendo el sistema parcelario”.

COMPROBACIÓN

Ha terminado la lectura, y el exsenador Ayala, comenta:

“¿No es acaso notoria la contradicción que existe entre esos puntos de la declaración de principios del PRM y lo que ha dicho el presidente electo en sus discursos y declaraciones?”

La lucha de clases puede ser un fenómeno social; pero no debe estar incluida en los principios de un partido democrático, como lo es o debe ser el PRM.

“Y, ¿por qué nuestro partido ha de pretender la implantación de un régimen socialista, cuando el general Ávila Camacho es un demócrata?”

“Y, por último, ¿por qué hemos de proscribir el sistema parcelario, cuando el presidente electo ha sido el primero en anunciar la necesidad de la titulación de las tierras que han sido entregadas a los ejidatarios, y ha aclarado, una y muchas veces, que si

es verdad que en La Laguna debe continuar el sistema colectivista, en otras partes del país será necesario el fomento de la pequeña propiedad y la titulación de la parcela a los ejidatarios?”.

PARÉNTESIS

El exsenador parece olvidar por un momento los problemas que se suscitan en torno a la existencia y al programa del PRM, para volver la vista al problema agrario.

—¿Considera usted un éxito la repartición ejidal?, le pregunto.

Muy despacio, el señor Ayala va diciéndome:

—Considero que el problema agrario de México es tan vasto, que apenas se está finalizando la primera etapa que requiere su resolución; esa primera etapa es la repartición ejidal. El segundo paso será la debida organización de la producción; y cuando ésta sea un hecho, podremos considerar, al ver el resultado, si es un éxito la reforma agraria.

“Tengo aquí, como usted puede ver”, agregó consultando algunos recortes de periódicos, “la publicación que hizo un diario de esta capital, en febrero de 1937, de una sugestión mía para el establecimiento de un Departamento de Organización y Crédito Ejidal, a efecto de desligar lo que constituye el reparto en sí de la posterior organización con finalidad estrictamente económica”.

“Es necesario, además, dar seguridad en la parcela al ejidatario y confianza y estímulo al pequeño propietario. Se necesita llevar la técnica a los campos y pienso que la creación de una fábrica de fertilizantes ayudaría mucho al fomento agrícola.

El problema demográfico es también de ingente resolución, ya que la población rural se ha acumulado en determinadas regiones en las que ya la tierra propicia a ser insuficiente; tenemos vastas regiones susceptibles de colonizarse hacia las que pueden ser movidos importantes núcleos de población.

“Estoy seguro de que la ya próxima administración del señor general Ávila Camacho resolverá meditada y convenientemente esta segunda etapa de nuestro problema agrario”.

INTERVENCIÓN

Pero hemos de volver a hablar del PRM. El señor Ayala no se rehusa, y contesta, una tras otra, las preguntas que le hago. Interrogo:

—¿Qué intervención debe tener el PRM en la vida política mexicana?

—¿Intervención?”, pregunta a su vez el exsenador, y agrega: “Intervención, no; acción, sí. Acción social; una profunda acción social”.

Insisto en la pregunta, y el señor Ayala habla discretamente de algunos problemas políticos, y aprovecho para interrogarle:

—¿Y qué intervención tuvo el Senado, del que usted formó parte, en el rompimiento político entre los generales Cárdenas y Calles?

Ayala se detiene un poco, y luego me dice:

—Iniciada apenas nuestra labor legislativa en 1935 principió a dejarse sentir la fuerza coercitiva del PNR sobre los miembros de ambas Cámaras; las amenazas de expulsión hacia aquellos que emitían sus opiniones libremente eran frecuentes y hacía nugatorio el fuero constitucional de los representantes. En consecuencia, el 17 de mayo de 1935, 22 senadores secundaron una iniciativa mía, a la que concedió su importancia la prensa nacional; iniciativa en la que pedíamos, en primer término, una reforma a los estatutos del PNR, a fin de que, en caso de indisciplina de un miembro del Poder Legislativo, fuesen los bloques de sus respectivas Cámaras los avocados a juzgarle y de ninguna manera supeditar el Poder Legislativo a la decisión que los dirigentes del partido tomaran en relación con uno o más miembros de ese poder público.

“Decidido el grupo senatorial a que el Poder Legislativo ocupara el lugar de dignidad que constitucionalmente le corresponde, y haciendo frente a un torbellino de ataques que, naturalmente, se desataron entonces en contra nuestra, entrevistamos al señor presidente Cárdenas en Pátzcuaro, quien nos ofreció estudiar detenidamente la situación”.

“Al entrevistar posteriormente al señor general Calles en Cuernavaca, exponiéndole la justicia de nuestras apreciaciones, nos manifestó su inconformidad, considerando indisciplinada nuestra actitud, y agregó las declaraciones trascendentales, de todos conocidas, que provocaron la contestación enérgica del presidente de la República y el rompimiento entre estas dos significadas figuras de nuestra política”.

“Posiblemente la misma causa se agitaba en el fondo de esas diferencias políticas: el Senado exigía su autonomía legislativa; el presidente Cárdenas, su autonomía ejecutiva. Nosotros, el grupo senatorial, seguíamos el correcto lineamiento que fue alguna vez expresión del general Calles: ‘Las Instituciones primero que los hombres’.

COOPERACIÓN

—Y, ¿cree usted que el PRM, con su organización y funcionamiento actuales, está de acuerdo con la nueva época que se avecina?, pregunto.

—Repito, dijo el ex senador Ayala, que es indispensable que la estructura del PRM sea modificada, de acuerdo con una tendencia política de verdadera democracia y con relación también a las nuevas orientaciones de la nación.

“La economía nacional, para su fortalecimiento, exige, como lo ha expresado en diversas ocasiones el presidente electo, general Manuel Ávila Camacho, cooperación de todos los sectores; es por ello por lo que no deben figurar como postulados del organismo político nacional algunos que son verdaderos principios ideológicos de la lucha de clases con tendencia a la implantación del comunismo. Contra la tendencia de la lucha de clases, que es contraria a la democracia, debemos establecer una regla fija, determinante, que implique cooperación y no lucha de clases”.

—Pero estos principios, objeto, ¿deben afectar también, seguramente, al régimen interno del PRM?

—Por supuesto, responde el señor Ayala, ya que para agrupar a los ciudadanos de la República en torno del futuro gobierno, con espíritu de cooperación y anhelo de mejoramiento, es preciso modificar la estructura del actual periodo.

“En primer lugar, el sistema de elección por sectores es indirecto y, en consecuencia, antidemocrático; se presta para que el voto de un individuo valga cien o mil veces; relaja la disciplina de las organizaciones obreras y campesinas, y en el ejército puede crear divisiones perjudiciales para la tranquilidad del país”.

ACCIÓN

Un nuevo programa del PRM, continúa diciendo el señor Ayala, debe ser un programa de acción; y de acción social, sobre todo.

“En la acción social”, explicó el señor Ayala, “el PRM debe conquistar un lugar prominente para que logre cooperar con los Poderes de la nación, en los problemas económicos”.

“Por eso”, dice el señor Ayala, “el PRM debe reunir no sólo las fuerzas políticas militantes del país, sino también las fuerzas sociales. Entonces tendremos un partido poderoso, que se cubra con las simpatías del país. Por eso también, y congruentes con lo que debe ser la recta interpretación de los anhelos de la Revolución, debemos llevar las conquistas de los trabajadores hasta el justo límite marcado por la balanza de nuestra economía; no más allá”.

PROGRAMA

Después de que ha hablado el líder político, en Ayala se descubre al técnico de la política, que conoce en todos sus detalles el abc de la organización.

“Es indispensable”, explica el ex senador, “dejar la autonomía a las organizaciones estatales para la selección de candidatos de carácter local, permitiendo ser electos y votar únicamente a los miembros activos del partido, y en uso de sus derechos”.

“Es indispensable también que quienes contribuyan al sostenimiento del partido, empleados o trabajadores, sientan el beneficio de su contribución; y uno de los beneficios que el partido podría dar sería el de fundar un Banco de Seguro Social”.

Además, agrega el señor Ayala, “es necesario que el PRM tenga personalidad jurídica y responsabilidad en el manejo de sus fondos y cumpliendo sus obligaciones”.

Después, con detenimiento, el señor Ayala va enumerando los puntos que serían la base para la transformación del PRM; y cuando uno piensa qué interesante y qué definitivo sería, para la democracia mexicana, un partido de tal naturaleza.

Llegamos así, al final, y para terminar, pregunto al político qué opina de la obra del general Cárdenas. Rápido, responde:

“Todo mexicano reconoce y admira en el presidente Cárdenas al gobernante que desde el primer día de su administración quiso gobernar en beneficio del pueblo. Todos sabemos que el presidente Cárdenas, como gobernante, ha logrado penetrar en el alma nacional. Los resultados de su obra administrativa sólo podrán ser apreciados y valorizados debidamente en el futuro”.

Hoy, México, D.F., 26 de octubre de 1940, año iv, vol. xiv, núm. 192, pp. 8-9.

EL NUEVO GOBIERNO SERÁ UN GOBIERNO DEMOCRÁTICO

“La democracia no es derecha ni izquierda, ni centro: es democracia”,
dice a *Hoy* el Lic. Ezequiel Padilla

Hace de la expresión un pensamiento, como el filósofo; del pensamiento un exordio, como el orador; del exordio un motivo, como el político; y es que es filósofo, orador y político. Presenta la discordia entre las cosas; luego las coordina; llega así a la conclusión.

Hay en la palabra y en la idea de Ezequiel Padilla sutileza y gravedad, tono y preocupación. A veces parece que vuela; hace que la atención lo siga, como sigue un punto imantado. Con él se pierde la noción del tiempo; se conocen y se acrecientan los valores; y lo que es más importante: los valores mexicanos.

Con Antonio Díaz Soto y Gama, con Aurelio Manrique y Ezequiel Padilla se formaría la catarata de la oratoria política mexicana contemporánea. En el orden dialéctico, el primero sería la antítesis, el segundo la tesis, el tercero la síntesis. En el orden social, Soto y Gama sería la derecha mística, atrayente, ordenada; Manrique, la izquierda elocuente, generosa, lapidaria; Padilla, el centro grave, sesudo, conciliador.

Quien pretende llevar la idea y el pensamiento de un hombre a los hombres, frente a Ezequiel Padilla ha de gozar y de sufrir. Gozar, con el encanto de su palabra; sufrir, con la imposibilidad de resolver la transcripción de la belleza de las imágenes que presenta en rosario eterno.

Padilla mismo va encadenando hechos y pensamientos. Se detiene, a veces, en punto y coma, para luego dar mayor énfasis a sus conclusiones. En esto tiene gran semejanza con otro orador mexicano: Nemesio García Naranjo. Pero García Naranjo es gigante no sólo en la frase literaria, sino en los movimientos físicos: alza las manos al cielo, se yergue sobre la punta de los pies, cambia de actitudes, una y cien veces, ora sobre la derecha, ora sobre la izquierda. Padilla, en cambio, parece el orador del parlamento inglés; lleva el ritmo de la voz con el ritmo del brazo, de las manos.

Alto y delgado; recto y ceremonioso, Padilla tiene una frente alta, limpia, serena, apenas perturbada por dos fuertes entradas que hablan de preocupaciones. Como los oradores ingleses maravillosamente retratados por Macaulay, tiene en el mirar la costumbre de volver con rapidez de un lado a otro, como quien lanza luz y energía —don magnífico y único del hombre que quiere triunfar convenciendo, y convencer triunfando.

Todavía no llega la hora de escribir la biografía de Ezequiel Padilla. Vive aún en su mediodía; y quienquiera escribir la historia de los hombres, ha menester que éstos lleguen a la noche de su existencia.

Y será necesario escribir sobre Padilla, no sólo por el talento político que en sí lleva, sino por el tan importante papel que ha tenido en los negocios políticos del país.

Sin embargo, cuando se conoce y se trata de Padilla, como se ha conocido y tratado a Genaro Estrada, a Luis Montes de Oca, uno se pregunta: ¿cómo es posible que estos espíritus tan sutiles, significado de un México de civilización, hayan podido ser colaboradores de un régimen —y aceptamos previamente que fue un régimen— como el callista?

Cuanto más nos alejamos de aquel régimen, más sombrío nos parece, porque durante él, ¡cuán distante vivió el Estado de la noción de moral! Para conocer la obra física de ese régimen basta abrir las dos manos y contar los dedos; para saber la obra moral, hay que presentar los puños.

Sobre todos los errores que se puedan señalar a Cárdenas, éste deja a México el recuerdo imperecedero de una virtud: la de haber penetrado en el alma humana. Y es ésta la virtud que el país espera, anheloso, en Ávila Camacho.

Es éste el tema de la conversación, pero no de la conversación que iría al público; y por ello Padilla puede hablar con libertad. El elogio para quien manda o ha de mandar, causa siempre disgusto.

¿Genio Ávila Camacho? No. El genio es guerrero, ambicioso, audaz, atrabiliario. Modela a su gusto, somete pueblos, deshace naciones. El hombre de Estado de un país democrático no es genio; el pueblo desea que los hombres que lo representen sean expresión de equilibrio, de ecuanimidad; quiere en la medida y el respeto de ese hombre, la medida y el respeto a la voluntad popular.

Y si la ecuanimidad es la quintaesencia del demócrata, “grande ha sido la suerte de México al encontrar a Ávila Camacho”. Una nación no puede tener mayor fortuna, políticamente, que la de ver sus destinos dirigidos por un hombre ecuaníme, en quien encuentre fuerza de anhelo de justicia, que es equidistancia. Una mente equilibrada, armada de energía, es más valiosa que una inteligencia genial sin contrapeso o voluntad, sin sentido común en la vida pública.

Un año y medio de actividad constante ha sido suficiente para que el país conozca a Ávila Camacho. No hay mejor prueba a la que someter a un hombre, para conocer sus hechos y sus pensamientos, su dominio de sí mismo, que la de colocarlo en la posición que se encontró el hoy presidente electo durante 18 meses, cuando a cada paso tenía que exponer pública y francamente sus ideas. Y, sin embargo, el país apenas empieza a conocerle...

Continúa la conversación con Padilla, y borda en torno de esta pregunta: ¿La democracia está en decadencia?

Ni el triunfo de los totalitarios sería signo de decadencia democrática. La democracia está inspirada en el sentido de libertad; y la libertad es la idea que eternamente ha animado al hombre.

La democracia, como todos los ensayos que realiza el hombre buscando afanosamente el bienestar colectivo, posee defectos, comete errores; pero porque concede la libertad de expresión es el único sistema que se corrige a sí mismo; el único capaz de poner fin pacíficamente a los errores y defectos.

¿Qué la democracia es el triunfo de la plutocracia? Inexacto. Es verdad que en los sistemas democráticos pasados nunca el rico ha sido más rico y el pobre más pobre.

Es verdad, también, que en la democracia se han formado castas de privilegio económico; pero es que la democracia todavía no alcanza toda su plenitud. Lo democrático es contrario a lo plutocrático, puesto que es el empeño político constante para realizar la igualdad de oportunidades. La democracia no ha llegado a la perfección; llegará cuando haya acabado con los privilegios económicos que estorban la libertad, manteniendo, sin embargo, íntegras las cualidades creadoras de cada hombre.

El mundo de la civilización debe sus progresos a la democracia; y sólo su afán debe privar en los hombres: hacer más elocuentes las ventajas del sistema democrático.

Y ¿vive México en la democracia?

“México intenta vivir en la democracia”. Cada día dan los mexicanos un paso más hacia lo democrático. ¿Quién sería capaz de negar tal hecho?

Para hacer la democracia es necesario vivir en la democracia, como para obtener la libertad es necesario existir en la libertad. No se enseña a nadar quien tira brazadas al viento; se enseña a nadar quien se arroja al agua, para aprender los movimientos y el ritmo que salvan. Lo mismo acontece con los regímenes políticos. Quien quiera la existencia de la democracia ha de vivir y de luchar dentro de la democracia. Por eso es una falacia cuando se dice que el pueblo no está apto para ejercerla si no se le concede oportunidad para este ejercicio.

Además un régimen de plenitud de derechos individuales y colectivos, como es el democrático, no se alcanza de un salto. La democracia no nació con la Constitución de los Estados Unidos; los fundadores de la democracia norteamericana eran ya de ascendencia democrática.

La diferencia entre la democracia inglesa —origen de todas las democracias— y la norteamericana, es que aquélla se erigió sobre un derecho consuetudinario; ésta, sobre un derecho constitucional.

Y ¿el nuevo gobierno de Ávila Camacho será centro, derecha o izquierda?

El nuevo gobierno será lo que debe ser un gobierno en México: democrático. La democracia no es derecha, ni izquierda, ni centro; es democracia. En la democracia, todos los hombres, todos los partidos, tienen derecho a expresar sus ideas. De aquí que

el gobernante de la democracia debe tener una virtud: la ponderación, el equilibrio para obedecer las ideas depuradas del pueblo.

Pero si el problema de la libertad está resuelto en la democracia, ¿qué problemas trascendentales tendrá que resolver el nuevo gobierno?

Tendrá, en efecto, muchos y graves problemas; desde luego, tendrá uno inmediato: el de hacer vivir la confianza pública. Para esto habrá que terminar con las agitaciones bastardas. A la tranquilidad material hay que seguir con la tranquilidad espiritual.

Pero, ¿la tranquilidad material de México está asegurada?

Las guerras se hacen contra los regímenes y no contra los hombres. Y si la rebelión no pudo prosperar en sus recientes intentos contra el régimen cardenista, ¿por qué pensar que pudiera hacerse contra un hombre, cuando el país no sabe todo lo que ese hombre será capaz de darle? ¿Cómo justificar así una rebelión? Además, no hay fermentos de odio contra Ávila Camacho. Él es un genuino pacificador.

El país se aleja cada día, más y más, de cualquier peligro que pudiese haber existido en cuanto a la perturbación del orden...

Sigue la conversación y surge esta pregunta: ¿Serán necesarias reformas constitucionales de trascendencia en lo futuro?

Éstas no serán necesarias, aunque posiblemente sean indispensables algunas adiciones y modificaciones a las reglamentaciones constitucionales existentes.

El artículo tercero constitucional, por ejemplo, no adolece más que de dos defectos. Uno, lo jactancioso de su declaración, cuando pretende que la enseñanza en México ha de estar basada sobre el conocimiento exacto del Universo. Otro, aparente, el que establece que la educación que se imparta en el país ha de ser socialista, sin determinar a qué socialismo se refiere.

¿Qué socialismo es el que se pretende? ¿El de Fourier, el de Marx, el de León XIII? ¿Por qué no fijar, en todo caso, en una reglamentación acertada, que se trata del socialismo mexicano?

La Revolución de México, hecha Estado, ha modificado las condiciones de la vida civil, el derecho de propiedad, sobre todo; luego, ha hecho socialismo. La Revolución de México, hecha Estado, ha extendido sus bienes más allá del individuo, ha penetrado en el ajuste de la colectividad; luego, ha hecho socialismo. Es este socialismo mexicano sobre el que debe estar basada la educación.

Y ¿por qué no hacer esta enmienda trascendental para lo presente y para lo porvenir en la reglamentación del tercero constitucional?

Al igual que en el artículo tercero habrá que hacer modificaciones en el Estatuto Jurídico. El Estatuto es anticonstitucional, porque desintegraría, si se aplicara, la soberanía del pueblo.

Hemos de volver, durante la conversación, al tema de la democracia. ¿No ésta, en su origen, fue inspiración del protestantismo? Y si fue inspiración del protestantismo, ¿cómo puede ser realizada en un pueblo que, como el mexicano, es católico en su mayoría? O ¿no es el pueblo mexicano católico?

Ciertamente, la democracia se originó en el protestantismo. Pero el catolicismo de hoy no es el de la Edad Media, que era la inspiración del gobierno absolutista.

Los católicos pueden ser demócratas porque la democracia no es contraria a la libertad de creencias. Si el gobierno democrático atacase a las religiones —a la católica en el país—, dejaría de ser, por sólo ese hecho, democrático.

Y si el pueblo de México es o no en su mayoría católico, esto corresponde contestarlo a los propios católicos. El político de las democracias no es el llamado a hacer exámenes de conciencia privados.

Él, Padilla, no es católico; pero, como todo mexicano, tiene un sentido de creencia por tradición. ¿Qué mexicano, hijo de familia católica, no lo tiene? Además, siente un profundo respeto por el ejercicio y el valor moral de las religiones civilizadas.

Espejo del decir y del pensar han sido las palabras de Ezequiel Padilla. ¡Cuánta lástima ha sido el no recogerlas, una a una, y por entero!

El orador deslumbra; pero Padilla es algo más que un orador, por eso lo que habla no es una simple ráfaga de ilusión y de atracción; lo que habla queda estampado como un valor humano.

Sea el valor de lo humano, al igual que la dirección de las cosas, lo que Padilla y otros hombres que, como él, de seguro colaborarán en el nuevo gobierno de México, hagan resplandecer en lo futuro, para el bien del país.

Hoy, México, D.F., 9 de noviembre de 1940, año iv, vol. xrv, núm. 194, pp. 28-29.

LA POLÍTICA AL DESNUDO

El Lic. Portes Gil decide publicar sus memorias

¡Cuánto bien hacen a su país, cuánto a la verdad y cuánto a la historia quienes, deshaciendo el nudo de su vida, exponen a la luz del día sus pensamientos y sus acciones!

Y no caben más reflexiones, cuando todo oídos y todo ojos, unidos los labios y cruzados los brazos, se está frente a un hombre, que con voz pausada y levantando la mirada de vez en cuando, va leyendo una a una, las cien, doscientas o trescientas hojas manuscritas que ocurren poco a poco entre sus manos. Ante la lectura de párrafo a párrafo, se confunden, en quienes escucha, la emoción con el interés, la idea con el hecho.

No hay frases vanas de literatura; no hay alegato jurídico; no hay argucia política. Hay claridad de exposición, conocimiento de hombres, sencillez de gente; hay también actos descarnados, juicios severos. Y hay todo eso, porque quien ha tenido la gentileza de leerme el manuscrito que pronto verá la luz del día bajo el epígrafe de *Quince años de política mexicana* es, por su talento, por su experiencia, por su pensamiento, uno de los políticos más notables de México; es don Emilio Portes Gil.

¡No mentir jamás! He aquí la exhortación cariñosa que el señor Portes Gil dirige a sus hijas Rosalva y Carmen, en la dedicatoria sentimental que hace de la obra a su señora madre, a su señora esposa y a las dos niñas.

“A mi madre”, dice la dedicatoria, “que siempre me enseñó a decir la verdad y cuyo espíritu sigue alimentando mi existencia”.

“A mi esposa, compañera que ha sobrellevado, con abnegación y cariño, todas las vicisitudes de mi vida”.

“A mis hijas Rosalva y Carmelita, con la exhortación cariñosa de que no mientan jamás?”.

Quien habla de la enseñanza de la madre y quien pide a sus hijas no mentir jamás anticipa el culto que tiene por la verdad —garantía inmensa para quien ha de hablar de sí mismo y de los demás; anticipo precioso para quien ha de leer páginas en las que se hace historia; historia de una vida, historia de muchas vidas e historia de un gobierno.

Antes de leer el manuscrito, don Emilio Portes Gil me hace otro anticipo: los *Quince años de política mexicana* es la segunda parte del que será su antecedente; el antecedente que arrancará de los años de juventud, de los primeros pasos en la política nacional.

“Esa primera parte”, advierte modestamente Portes Gil, “solo interesará a mi familia, a mis íntimos y a mis paisanos, los tamaulipecos, amigos y enemigos”. Y esta es la razón, afirma, por la que anticipa el segundo tomo, “ya que los acontecimientos en él narrados tuvieron por escenario la política nacional, en la que milité desde el año de 1915 a 1936”.

Luego, con el sentimiento del gran hijo que fue, con el corazón del respetable esposo y del amoroso padre que es, agrega:

“El primer tomo de mi libro se refiere a mi vida, desde que tuve la fortuna, para mí inapreciable, de haber nacido de una madre como la que desgraciadamente perdí hace muy pocos meses, a la que debo todo lo que he sido, y a quien, sin ayuda de nadie y trabajando a veces hasta por la noche en quehaceres de costura, pudo educarme y dotarme a partir de 1906 de los elementos indispensables para la lucha por la existencia.

“No quiere esto decir, naturalmente, que desde ese año mi madre haya dejado de ser para mí el apoyo de toda mi vida, ni mucho menos que yo no haya necesitado de ella. Muy por el contrario, reconozco deber a mi madre y también a mi esposa, los éxitos alcanzados en todos los órdenes de mi actividad. Estos dos seres, mi madre y mi compañera de hogar, influyeron poderosamente en mi carrera política, me alentaron siempre en los momentos más difíciles y compartieron conmigo los modestos triunfos que alcancé.

“La felicidad de mi hogar fue la consecuencia de la fusión de esas dos santas y nobles mujeres. Mi esposa, siempre cariñosa y prudente, otorgaba a mi madre confianza plena y le hacía sentirse siempre el centro de la casa. En cambio, mi madre, generosamente, renunciaba a todo lo que significaba autoridad y depositaba en mi mujer el centro que las dos compartían como reinas de mi hogar”.

Hace un año que traté, por vez primera, al señor Portes Gil; fue con motivo de una tarea periodística. Intenté, entonces, un retrato físico, moral y cultural del expresidente de la República.

En esa ocasión, conversamos no sólo sobre lo presente de la política mexicana, sino sobre lo pretérito. ¡Qué de importantes motivos y qué de emocionantes anécdotas salieron de los labios del licenciado Portes Gil! “¿Cuándo escribe usted todo eso?”, le pregunté; y me hizo saber que estaba escribiendo la historia de su vida, que la publicaría más tarde.

Hoy, ya para comenzar la lectura del manuscrito, me ha dicho:

“Con toda intención he dejado pasar los años para escribir este libro, en que analizo los problemas que, como gobernante y como político, me tocó resolver. He querido que la serenidad sea norma de los juicios que emito; he querido que el tiempo sea mi mejor aliado para apreciar hechos, situaciones y hombres, a fin de no incurrir en el error —tan frecuente— de que la pasión del momento en que se realizan los acontecimientos juzgados sea la inspiradora de falsos conceptos.

“Por eso he dejado que hablen los hombres que lógicamente debieron hablar antes que yo; por eso he dejado que me ataquen y que me injurien escritores poco escrupulosos de la verdad. He esperado pacientemente este momento para decir mi verdad y, al decirla, cumplo con el deber de hacer una aportación modesta, si se quiere, a la historia contemporánea de mi país. Si algún error de apreciación existe en este libro, no es, seguramente, fruto de la pasión o de la mentira. Podrá ser un error de debilidad humana, pero no un error de perversidad, pues protesto que cuanto en él relato está apegado a la más pura verdad histórica”.

Como al terminar de pronunciar las anteriores palabras, el licenciado Portes Gil se ha dado cuenta de que he puesto la mirada sobre su escritorio cubierto de libros de uno a otro extremo, me ha explicado:

“Son las obras en las que se hace mención directa o indirecta de mis tareas políticas... No contestaré a todos los autores que me han elogiado o me han lanzado inculpaciones...”.

Solamente a lo que han dicho tres personas se ha de referir en su libro el licenciado Portes Gil. Estas tres personas son: el licenciado José Vasconcelos, quien “se ha ocupado de mí extensamente en varios de sus libros”; el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, “quien me ha mencionado” en aclaraciones suyas y “en libros de personas que trabajan con él, entre otros *Un drama nacional*, del ingeniero Francisco Díaz Babio, obra procaz, injuriosa y llena de calumnias” y el general Abelardo L. Rodríguez, “quien me alude en el bien documentado libro que publicó el señor licenciado don Francisco Xavier Gaxiola”.

Advierte el expresidente de la República que no había pensado publicar su libro sino hasta años más tarde. “Pero”, dice, “como me interesa sobremanera que lo asentado en él sea conocido por las personas de quienes me ocupo, es por lo que lo daré a la publicidad. Sería, en efecto, sumamente cómodo decir las cosas que expongo cuando los interesados en conocerlas hubiesen desaparecido de la tierra; pero tal no es ni de hombres ni de caballeros”.

Y al referirse a las personas a quienes contestará los ataques que le han hecho, Portes Gil cree que hace falta que hablen también dos hombres que figuran de una manera prominente en las hojas del manuscrito: el general don Plutarco Elías Calles y el general don Lázaro Cárdenas.

“Estimo”, dice, “que falta que los generales Calles y Cárdenas digan algo de su vida pública. Cronológicamente, me he sentido obligado a hablar antes que ellos”.

Mas hemos llegado al momento de la lectura. Sin embargo, apenas lee el título del primer capítulo, me atrevo a interrumpirle y a preguntarle si colaborará con el nuevo gobierno que presidirá el general don Manuel Ávila Camacho.

“El señor general Ávila Camacho no me ha hecho ninguna sugerencia a este respecto. Además, mi carrera de político militante finalizó en 1936, y desde esa época declaré que jamás volveré a ocupar ningún puesto público”, dijo.

Portes Gil sonríe satisfecho; toma en sus manos el manuscrito y comienza a leer. Lee muy despacio, sin variar de tono.

Comienza por referir sus entrevistas con el general Calles a raíz del asesinato del general Obregón. Menciona la conversación que tuvo, al día siguiente del crimen, con el profesor Aurelio Manrique en uno de los balcones del Palacio Nacional, y en la que Manrique le hizo saber que tanto él como el Lic. Antonio Díaz Soto y Gama y los líderes del Partido Nacional Agrarista consideraban que el llamado a ocupar la Presidencia de la República era Emilio Portes Gil.

¡Cuántos velos descubre el expresidente! ¡Cuántas escenas ignoradas para México!

Al hacer la historia de la formación de su gabinete, dice por qué quedaron al frente de los ministerios de Guerra y de Hacienda el general Joaquín Amaro y don Luis Montes de Oca, y por qué llamó a colaborar a su lado a don Ezequiel Padilla, a don Marte R. Gómez.

No se encuentra, conforme avanza la lectura del manuscrito, en los actos del presidente Portes Gil, la mano de Calles; y sí la mano de aquél sobre éste, como resultado de la acometida del opulento y desprestigiado Luis N. Morones contra el nuevo gobierno. Hay una escena culminante en este capítulo de la obra, cuando Portes Gil exige al general Calles que declare: O con el gobierno o con Morones.

Llega después un capítulo histórico al que nadie había dado trascendencia en la vida política mexicana; el capítulo que dice cómo fue integrada la Suprema Corte de Justicia de la Nación en diciembre de 1928. Aparece aquí el hombre sin partido, que quiere la limpieza, la honestidad y la rectitud del Poder Judicial. Para integrar ésta, Portes Gil no invita a los amigos; llama a los dignos, a muchos de los cuales no conoce personalmente. Y esto lo hace contrariando los deseos de Calles y de los callistas.

Un capítulo especial está dedicado a la rebelión de marzo de 1929. Hay incidentes que jamás pudieron ser sospechados por el país; hay momentos dramáticos. Los nombres de Calles y de Amaro suenan una y muchas veces. Calles es visto en la intimidad política. Portes Gil revive con singular acierto, sin palabras vacuas, las escenas centrales que precedieron a la rebelión y las que se siguieron a ésta.

Entra luego en la vida de los opositores. ¿Qué es la oposición?, pregunta una y varias veces. Y ¿por qué y cuándo triunfa la oposición?

Hace retratos de los candidatos opositores de 1929; pero concentra el capítulo en las actividades de José Vasconcelos. Da a conocer importantes documentos cambiados entre éste y el presidente de la República; inserta los discursos y las declaraciones de Vasconcelos en los que elogia a Portes Gil, “aunque después ha de convertir el elogio en calumnia”. Discurre sobre la tarea educativa de Vasconcelos; comenta la llamada “Breve Historia” y anota “los males que ésta ha causado y causará a la juventud mexicana”.

Hay dos instantes en los que la lectura del manuscrito se sigue con verdadera emoción. Éstos son cuando Portes Gil lee cómo y por qué fue su distanciamiento con el general Calles, y cuando da los pormenores de sus conferencias con los arzobispos don Pascual Díaz y don Leopoldo Ruiz y Flores.

Los tres —el presidente de la República y los dos prelados— discuten los problemas de la Iglesia y del clero. A las objeciones de los arzobispos contesta Portes Gil con sencillez; reduce todo el problema al respeto de la ley, a la cesación de las persecuciones. ¿Tendrá la Iglesia derecho a impartir a la niñez la enseñanza del catecismo? Sí; pero en el interior de los templos. Y ¿si los cismáticos pretenden registrar a sus sacerdotes? No; no hay cismáticos. Los únicos sacerdotes que el Estado deberá registrar serán aquellos cuyos nombres proporcione el Episcopado mexicano.

Aparte de las pláticas con los prelados, el licenciado Portes Gil hace conocer documentos inéditos y trascendentales que revelan cómo fue resuelto el problema religioso.

Y mientras que las pláticas con los arzobispos Díaz y Ruiz y Flores se llevan a cabo, surgen los comecuras, los que pretenden que el licenciado Portes Gil está tratando indebidamente con un enemigo peligroso. Pero entonces el presidente de la República “hace acto de presencia”, y todos se someten; se somete también Calles.

Más adelante, el licenciado Portes Gil va haciendo el juicio de su propio gobierno. Detalla los tropiezos de su obra; lo que en ella pudo realizar y lo que no logró realizar. ¿Qué de atinadas y magníficas observaciones! Y ¿cuántas enseñanzas deja el político en este capítulo!

Los sucesos en torno a la autonomía de la Universidad Nacional, así como las medidas dictadas para la organización y el mejoramiento del Ejército Nacional, son reseñados cuidadosa y documentalmente. La historia cultural y militar de México encontrará en el libro de Portes Gil un caudal de conocimiento y de documentación.

Seguidamente, Portes Gil nos conduce a Nicaragua. ¿Por qué el gobierno de México dio asilo al patriota Augusto César Sandino? ¿Cuál fue la participación del Gobierno mexicano en los acontecimientos de Nicaragua? Cada palabra de Portes Gil constituye una sorpresa.

Y siguiendo el hilo de los problemas internacionales, el autor de la obra hace sensacionales revelaciones sobre la causa del rompimiento de las relaciones de México con la

Rusia soviét. El comunismo iba penetrando en el país, el peligro crecía y era éste otro momento más en que el presidente de la República tenía que hacer “acto de presencia”, esto es, de hacer conocer su autoridad.

De los problemas internacionales, Portes Gil vuelve a los problemas internos del país. Las elecciones presidenciales se acercan. Hay tres candidatos: don Gilberto Valenzuela, don Aarón Sáenz y don Pascual Ortiz Rubio.

¿Tiene el presidente de la República derecho a intervenir en la designación de su sucesor? La pregunta encierra una serie de interesantes consideraciones, en las que el licenciado Portes Gil hace gala de razonamientos, que por vez primera son expuestos con claridad meridiana por quien ha sido Jefe del Ejecutivo Federal.

Y ¿por qué fue el señor Ortiz Rubio el designado? Y ¿por qué no el señor Valenzuela o el señor Sáenz?

¿A cuántas intimidaciones de la política mexicana llegamos en este capítulo! Los más prominentes políticos de esa época pasan por las páginas de los 15 años. Portes Gil no solamente dice lo que con ellos discutió y resolvió, sino que también los retrata.

No concluye el licenciado Portes Gil los capítulos que hablan de su gobierno sin descubrir quiénes fueron los autores del atentado dinamitero cometido contra el tren en que viajaba en compañía de su señora madre, de su esposa, de sus hijas y de varios amigos, y sin revelar cuál fue la suerte de los dinamiteros, aprehendidos en Celaya.

¿Por qué fue el ingeniero Ortiz Rubio presidente de la República?

Tal pregunta, contestada con documentos y anécdotas, nos hace penetrar en la historia que no se había escrito de la política mexicana.

Aunque el ingeniero Ortiz Rubio ha negado que el general Calles hubiese tenido intervención en su gobierno, en este capítulo se ve a Calles, a pesar de que no tenía investidura oficial alguna, asistiendo a los consejos de ministros, dictando disposiciones, burlando la autoridad de Ortiz Rubio.

Y éste, al igual que los amigos de Calles, aparecen interesados en acabar con Portes Gil. Al efecto, se pretende que Daniel Flores declare que fueron Portes Gil y Cedillo quienes armaron su mano para que diese muerte al presidente Ortiz Rubio. Y en un esfuerzo supremo para que Flores acusara a Portes Gil y a Cedillo, el autor del atentado es sometido a las peores torturas. Se le conduce a Huitzilac; se simula el fusilamiento de su padre.

Toda la dramaticidad de esos días la pinta Portes Gil con la serenidad de quien ha olvidado las pasiones para referir lo verdadero.

Aquí, en este capítulo, está el origen del Maximato; de ese Maximato que el país no perdonará jamás al general Calles y a los amigos de éste, y que no es aventurado decir que los mexicanos no volverán a permitir. Si los "hombres detrás del trono" no acabaron con Calles, Portes Gil los liquidó.

El licenciado Portes Gil, después de hacer un juicio sobre el ingeniero Ortiz Rubio y sobre el general Calles, penetra en el gobierno del general Abelardo L. Rodríguez.

Calles pretende revivir el conflicto religioso; intenta que el presidente Rodríguez expulse del país a los obispos católicos. Rodríguez se opone y Portes Gil pide autorización al presidente para exponerle a Calles su opinión, para hacerle saber la causa por la cual el gobierno no expulsa a los prelados. Y viene, seguidamente, una escena en la cual Portes Gil lee a Calles, durante cinco horas, los puntos de vista de la Procuraduría de Justicia de la Nación que es a su cargo, sobre la actuación del clero.

Y continúa intentando intervención en la vida política de Portes Gil el Jefe Máximo, quien por conducto del doctor López envía un mensaje a don Carlos Riva Palacio, a la sazón turista en Francia, haciéndole saber que se opondría a que Portes Gil, ministro de México en París, ocupase el gobierno del Estado de Tamaulipas para el que había sido postulado por los partidos tamaulipecos.

Portes Gil desafía entonces a Calles; renuncia a la Legación; vuelve al país y advierte a sus amigos que, a pesar de su triunfo en los comicios, no será gobernador porque así lo mandaba el Jefe Máximo.

Le lectura de la obra de Portes Gil llega a su fin. El autor dice cuál fue su colaboración en el gobierno del general Cárdenas; hace un juicio sobre la obra de éste, y concluye hablando, por vez primera, del hombre que más odia el país: de don Vicente Lombardo Toledano.

Dejemos que México goce o juzgue el último capítulo del libro de Portes Gil; y mientras que llega ese día no escatimemos el elogio al político que ha tenido el valor de decir sus verdades, y al hombre que rinde una aportación de magnitud a la historia contemporánea de México.

Hoy, México, D.F., 16 de noviembre de 1940, año iv, vol. xv, núm. 195, pp. 27-29.

GONZALO N. SANTOS EXPLICA SU ACTUACIÓN PASADA Y PRESENTE

"LA CALUMNIA SON PLUMAS DISPERSAS: UNA VEZ QUE SE LAS LLEVA EL VIENTO, NADIE LAS PUEDE JUNTAR", DICE A *HOY* EN UNA ENTREVISTA

Mientras tres mil y tantas gentes asistían a una fiesta en la que había baile, danzas y mariachis, un político —un político tan discutido a quien sus adversarios han señalado como el representante de la violencia— me ha hecho recorrer todas las escalas de una vida; la que comienza en la existencia personal y la que termina en los grandes problemas de un país.

Durante tres horas he conversado con Gonzalo N. Santos. Hace dos años —y la explicación íntima se impone— como funcionario del Estado conocí y traté al señor Santos. No hicimos confianza mutua; creo que no nos interesaba ni a él ni a mí. Se había expresado, anteriormente, de mí con fuertes palabras; yo le había correspondido con algunas "lindezas".

En ese trato que se da a las cosas políticas en el país, en esa expresión que acostumbramos dentro del poder, todo parecía indiferente en la posición en la que el señor Santos y yo nos habíamos colocado. Sin embargo, ¡cuán profundo conocimiento de los diversos órdenes de la vida política nacional había descubierto en Santos!

Si ese hombre, me decía yo, no tuviese sobre su cabeza ese infundado manto negro; si sus hechos fuesen tan claros y tan precisos como su talento, ¡cuán grande político tuviese el país!

Yo le veía siempre de pies a cabeza; me interesaba penetrar en él. Sé que nunca habría rechazado mi intento; pero la función oficial veda tantas y tantas cosas, que la única confianza que pude tenerle fue la de decirle: "Hombre ¿por qué no deja de usar esos sombreros tejanos que le dan el aspecto de un pistolero?". Lo obligaba, con esta pregunta constante, a buscar mis ojos como intentando penetrar en mi pensamiento; y fue tal mi insistencia en su sombrero tejano —insistencia aparentemente ingenua, pero que, y él bien lo comprendía, llevaba un fondo moral— que cada vez que llegaba a mi oficina en la Secretaría de Relaciones Exteriores, me decía de manera zumbona, pero como queriendo advertir que conocía el secreto de mi aparente broma: "Ya estoy abandonando los tejanos por los catrines".

PERIODISMO Y POLÍTICA

Dos años después de nuestro primer encuentro en uno de los salones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y cuya narración ya entra en el campo de lo anecdótico, resolví ir en busca del señor Santos a su rancho "El Gargaleote" en el Estado de San Luis Potosí.

No es cierto que el periodista sea curioso; tanto o más curioso es el político, que todos los días pregunta: "¿Qué se dice de mí?". No es verdad que el periodista busque el "sensacionalismo". Lo "sensacional" fue creación teatral, primero; después, adaptación política. Y hago esta aclaración, porque al periodista se le cuelgan más milagros que a un santo.

EL GARGALEOTE

Pero dejemos aparte la esencia de un escritor para volver a Gonzalo N. Santos, a quien he ido a buscar a "El Gargaleote", hermosa finca plantada sobre las riberas del Tamuín. En medio de una muestra de la lujuria tropical, está la casa del propietario de "El Gargaleote". Es sencilla en su exterior, modesta en su interior. Un corredor de clima caliente, cuyos muros están adornados con frescos relacionados con la vida campirana; un comedor amplio como de rancho; una sala con muebles de mimbre y cuyo adorno central es una chimenea en la que arden leños de ébano; tres recámaras como la de cualquier empleado de la Ciudad de México que gane veinte pesos diarios; un baño citadino, adornado con frescos alusivos a la ablución, y un pequeño museo, en el que el dueño de la casa ha reunido todo lo que producen las artes populares de

México junto con una maravillosa colección de cerámica prehispánica. Cuando crucé las aguas del Tamuín, descubrí la fiesta en la casa y en los jardines del propietario de la finca. Desde las primeras horas del día, las músicas habían hecho saber que el señor Santos festejaba su onomástico, y que todo el San Luis político y familiar se encontraba allí reunido.

Cada quien había llegado con su regalo. Un grupo de indígenas se presentaba con una media docena de guajolotes; varias mujeres cargaban con más de diez canastas cargadas de frutas y legumbres de una región lejana. Había un costal de café, enviado por los ejidatarios de Xilitla; papayas de todos colores y de todos tamaños estaban regadas en el corredor: todas habían sido obsequio de los campesinos. Varios grupos de obreros petroleros esperaban; al frente de ellos, el líder era portador de un tarjetón impreso y dedicado "al compañero Gonzalo N. Santos".

En el jardín estaba siendo preparado el almuerzo para los visitantes: tres terneras, media docena de marranos, 25 guajolotes. No había pulque ni mezcál; cocacolas, limonadas y cántaros de agua purísima del Tamuín. El dueño de la casa vestía una chamarra oaxaqueña de gamuza, con bordados blancos y con una porción de tiritas también de gamuza que pendían de los hombros, quién sabe con qué objeto. Llevaba una mascada de vivos colores atada al cuello y calzaba unas botas tejanas.

—Vengo a confesarlo; siento que usted esté de fiesta, pero...— le advertí.

—Siéntese y olvide la fiesta— me pidió.

Y comenzó la plática frente a la chimenea; ambos recordamos el famoso discurso del presidente Roosevelt.

—Usted me dijo en una ocasión —comencé— que no volvería a la política, pero veo que no ha sido así.

—Es cierto. Pero he servido a la Revolución; he servido a mi partido. Nunca había sido útil directamente a mi estado. Mis amigos me quieren postular para gobernador, pero puedo decir que no, sabiendo, como sé, que puedo servir a mi pueblo —me contestó.

Hemos hablado, después, de la guerra. La viveza de la conversación ha hecho que, sin sentirlo, vayamos acercando nuestras sillas hasta quedar, definitivamente, frente a frente. En un momento, nos hemos puesto de pie. Él se ha calado un gran sombrero; un gran sombrero tejano.

—Ya sé que no le gusta a usted —se ha anticipado—, pero aquí estoy en el rancho; soy rancharo, y es el sombrero propio para quien gusta vivir intensamente la vida del campo.

ENEMIGOS CONVERTIDOS EN AMIGOS

Me ha tomado del brazo. Salimos al corredor. Aquí lo esperaban muchas y muchas gentes. Ha ido de un abrazo a otro abrazo. Luego, dirigiéndose a mí, y señalando a varias personas que estaban a nuestro lado, me ha dicho:

—Estos amigos eran ayer mis enemigos; estoy reconciliado con todos, con todos los presentes y muchos más. Los enemigos fueron producto de la época del agresor; más que del agresor, del hombre combativo; los amigos son de la época de paz, de la concordia.

Y mientras que sigue abrazando a sus amigos y partidarios, continuamos caminando entre la multitud, para luego penetrar en los prados del jardín. Hace un frío terrible, y buscamos los rayos del sol. Tomándolo del brazo, casi lo arrastro a sentarse en el suelo. La gente nos ve, asombrada, desde unos cincuenta metros y más de distancia. Cuando estamos sentados en el suelo, le pregunto:

—¿Son ciertos los crímenes que se le atribuyen?

Don Gonzalo parece estremecerse. Calla. Baja la cabeza, las alas del sombrero tejanos sombrean el pecho del hombre sólo un instante porque, incorporándose con noble altivez y levantando con la mano derecha su sombrero para descubrir la frente, me contesta:

—A todos los que hemos actuado con firmeza en la política de México se nos atribuyen muchos crímenes. En esta clase de acusaciones no estoy solo. Pero adivinando el pensamiento recóndito de su pregunta, debo decirle que —abrió sus ojos azules y relampagueantes— cuando ha sido necesario he defendido mi honor y mi dignidad de hombre. Nadie se deja mancillar. Por otra parte, la calumnia es como una multitud de plumas dispersas, que una vez que se las lleva el viento, nadie puede juntar. Yo no podría reunir, para combatir las, las diatribas que mis enemigos han esgrimido en contra mía.

Creo que nunca un hombre había hablado con el aplomo, con la tranquilidad con que habló Gonzalo N. Santos.

Vi entonces a Santos erguido, muy erguido, para luego decirme:

—He sido jefe de infanterías; de infanterías combativas; de las que eran necesarias en aquel tiempo. El enemigo era todavía muy fuerte. Un hombre que está en la línea de fuego de la política siempre es víctima de calumnias; un hombre que formó varias Cámaras siempre carga con la inconformidad y el veneno de los vencidos. Yo he sido de éstos.

REGALOS

Santos se puso de pie, invitándome a continuar el recorrido por el campo. Fue éste un alto para dar lugar a que sus amigos, que desde lejos presenciaban la escena, se acercaran a él. Llovieron más y más abrazos. Unas niñas le presentaron un ramo de flores.

—¿De dónde vienen ustedes?— les preguntó, haciéndoles una caricia.

Le hicieron saber el nombre del pueblo de donde habían llegado, y agregaron este comentario ingenuo:

—Allá en nuestro pueblo todos hablan de usted; dicen que usted nos dará más escuelas, que nuestros padres tendrán los ejidos que hace muchos años vienen pidiendo...

Las niñas sonreían tratando de clavar una flor en la chamarra del líder político. Éste también sonreía. Se había descubierto, y casi se hincó para recibir el obsequio de las pequeñas, tras de las cuales estaban las madres y los padres.

—Se las trajimos, don Gonzalo— dijo uno de los hombres—, porque queremos que lo vayan conociendo, porque, ya le han dicho, allá por nuestra región, todos lo queremos...

Los abrazos se sucedieron. Una mujer acompañada de un anciano quiso que el señor Santos la escuchara unos minutos. Don Gonzalo se apartó del grupo, pero se puso a escuchar cómo la mujer le pedía que ayudara a una comunidad agraria para que tuviera posesión definitiva de sus ejidos, y que se le ayudara también para la introducción del agua potable, y, por fin, para que se les edificara una escuela.

EL PISTOLERISMO

Don Gonzalo logró nuevamente deshacerse de sus amigos, volvió para tomarme del brazo y seguimos caminando y platicando.

—Y ¿qué haría usted si tuviera un contrincante en su campaña política? ¿Lo atacaría usted?— interrogué.

—¿Atacar? No. Ya pasó la época del ataque, hoy vivimos otros días.

Y se detuvo agregando:

—Aquí ya no uso pistola al cinto. Vea...

Y permitió, con sencillez casi infantil, que lo revisara como cuando se entra en El Toreo. Él mismo se levantó la chamarra.

—Vea usted, vea usted...— repitió.

—Pero, hombre, parece que usted vive también en la leyenda... El pistolerismo todavía alberga en las ciudades; pero aquí, en el campo, no solamente se lleva pistola

al cinto en la revolución o cuando se va de cacería... Eso del pistolero forma parte de una leyenda pintoresca...

—¿Y es usted católico?— le pregunté.

—Yo amo la libertad de la conciencia, amo la libertad del pensamiento, soy respetuoso de todos los credos. Afirmo que ésta es la posición moral, dentro del fuero interno del hombre particular, que debe corresponder a la actitud política del hombre que actúa para sus conciudadanos; en una palabra, del hombre público, dentro de los principios democráticos.

—¿Y usted respeta y respetará el pensamiento aunque sea reaccionario?— agregué.

—Amigo, debemos decir, durante los días graves por los que atraviesa el mundo y, por ende, nuestro país; ni reacción ni revolución; solamente México. Pero esto, por supuesto, no quiere decir que haga abstracción de mis principios de revolucionario mexicano. Ante todo, soy revolucionario de verdad, porque creo en el pueblo, porque creo en la necesidad de mejorar a la clase campesina, porque creo en la necesidad de elevar el nivel de vida de los trabajadores, porque creo que el clero no debe intervenir en el negocio político, porque creo en la democracia, porque creo en los principios que bebí desde 1910, cuando yo era un muchacho.

—¿Y sus hijos están bautizados?

—Sí, ¿por qué no? Le repito cuán alto pienso sobre la libertad de credos.

Seguimos caminando y don Gonzalo me refirió la impresión imborrable que hizo de él la visita a la iglesia de Budapest.

Él es un hombre que ha viajado por toda Europa. Cuando los turcos ocuparon la vieja ciudad de Buda, respetaron la imagen venerada por los católicos en el templo, pero hicieron pintar un fresco musulmán. Recuperada la ciudad por los cristianos, respetaron a su vez la pintura hecha por los turcos; los siglos de creencia la siguen respetando.

—Ese sentido de libertad es el que norma mis sentimientos— comentó don Gonzalo.

CAMPO EXPERIMENTAL

Y alejándonos más y más del ruido de la fiesta llegamos a lo que él, el líder político, llama "mi campo experimental". Y comenzó a señalarme las plantas que ha traído de diferentes partes del mundo. Allí, un precioso mango de la India; más allá, una verdadera colección de toronjas; luego, plantas exóticas; muchas otras, medicinales.

—Todo esto lo he traído al país, más que para embellecer mi huerto, para probar lo que aquí podemos tener, para mejorar nuestros cultivos, para ver si es posible obtener otros frutos —me advierte, y añade: Estos últimos años los he dedicado a la tarea que atiendo personalmente. Observo y gozo en ello, con mis propios ojos, el desarrollo de las plantas. Saboreo; pero más que eso, estudio sus frutos.

Y se detiene frente a una colección de bananos, y observa:

—Aquí tiene usted, este plátano que no estaba clasificado por los especialistas. El fruto tiene semillas, creo que es un plátano absolutamente mexicano.

Llegamos donde están los animales. Gansos y garzas, guajolotes y gallinas rarísimas, cisnes...

—Aquí tiene usted una especie de gallina que puede dar grandes resultados en el país. Las cuido con mis manos, y puedo asegurarle que esta especie es la más fuerte para nuestro clima tropical y la más resistente para nuestras enfermedades.

Después de sus últimas palabras, se detuvo y, poniéndome la mano sobre el hombro, comentó sobriamente:

—¡Cuánto trabajo tenemos encima de nosotros para mejorar nuestra vida social, nuestra vida económica!

—¿Qué hará si usted es gobernador del Estado de San Luis Potosí?

—Trabajar— contestó secamente, añadiendo—: Tenemos tantos problemas encima, que creo que ni una vida bastaría para resolverlos. Un problema de pobreza un problema de moral, un problema de cultura. Éstos son los tres grandes problemas por los que me interesaría si fuera gobernador de mi Estado.

—¿Qué haría en el orden cultural?

—No soy, amigo Valadés, desgraciadamente, hombre de letras; serví al pueblo en la lucha armada, eso sí, y creo entender la importancia de la cultura en la vida social. Quisiera para mi estado tres grandes escuelas secundarias; una gran escuela de arte y oficios; una gran escuela de agricultura; una gran escuela normal y una gran Universidad. Como usted oye, hablo de grande, porque a mí me gustan las cosas grandes. Escuelas verdaderas. Yo no soy universitario, pero creo que la Universidad potosina debe manejarse ella sola con libertad; el gobierno debe ayudarla económicamente con amplitud.

SU FORTUNA

De nuevo hemos comenzado a caminar. Llegamos a un pequeño bungalow. "Aquí es mi despacho ranchero", me indica. Nos sentamos en una pequeña escalera de cemento.

—¿Es usted muy rico?— le pregunto.

—Un hombre como yo no puede ser rico, sólo tengo lo suficiente para vivir. Soy dueño de esta finca, que está cubierta con cabezas de ganado; mi esposa posee una casa en la Ciudad de México. ¿Dinero en efectivo? Tengo unos cuantos pesos; no me interesa el dinero.

—¿Y ha hecho usted negocios ilícitos?

Don Gonzalo me clava la mirada. Siento que le ha molestado mi pregunta. Se quita el sombrero rejano; lo pone sobre sus rodillas; se vuelve a mí para quedar frente a frente y exclama:

—Siempre la leyenda!, yo no soy hombre de negocios ilícitos; no soy hombre siquiera de negocios lícitos; he obtenido alguna concesión, con la que luego he cumplido sacando de ella el provecho justo. Esta propiedad la compré hace 18 años; la he ido agrandando con mis esfuerzos, con mi perseverancia, con mis cuidados directos. No sé cuanto vale, ni me interesa. Creo que el valor puede ser estimativo, nada más.

Nos hemos puesto de pie nuevamente. Me hace entrar en su despacho. Al fondo descubro el retrato de uno de los más distinguidos hombres de la Revolución: Pedro Antonio Santos, hermano de don Gonzalo.

Refleja el retrato de don Antonio un aire de serenidad; tiene una mirada apacible, como la de los hombres de 1910; lleva barbas, casi apostólicas.

En los muros hay otros retratos. Hay uno de la mocedad de don Gonzalo, cuando la calvicie ni siquiera iniciaba. Es el retrato de un guapo criollo, aunque con un no sé qué de sentido campirano. En un gran cuadro están unos versos de Otón; sobre el escritorio una leyenda: "Cuanto más conozco a los hombres, más quiero a mi perro". Sócrates.

En la parte superior de los muros y en festones están pintadas las palabras de grandes poetas.

—¿Ha escrito o escribe versos?— interrogo.

—No. Pero los leo, y los leo con pasión, aunque no son el interés que en mí despierta la Historia. Y me enseña sus libros. Es una pequeña pero bien elegida biblioteca de asuntos históricos.

—He leído sus libros— me advierte.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, porque en una ocasión supe que usted decía que yo era un reaccionario por ocuparme de don Lucas Alamán.

Don Gonzalo rio, pero rio con todas sus ganas. Hizo que me sentara frente a su escritorio; él siguió de pie, y comentó:

—Pude haber dicho eso y más. Usted estaba equivocado cuando me juzgaba; yo lo estaba cuando juzgaba a usted. Ahora he leído sus obras; las he discutido desde

entonces con usted mismo, y he convenido en que precisamente por ser revolucionario se ha de tener la libertad de hablar y de juzgar a todos los hombres, cualquiera que haya sido su partido. Cada día siento más el derecho de la libre conciencia, del libre pensamiento.

LA FIESTA

Abandonamos casi el despacho. El señor Santos, tomándome del brazo, me ha dicho:

—Venga, venga, que ya están las varitas.

Lo he seguido. Él se ha ido abriendo paso entre la multitud. El número de concurrentes a la fiesta fue en aumento. Cuando aparece en público estalla un aplauso. Aquellas tres mil y tantas gentes quieren, todas, estar cerca del hombre. Los abrazos se suceden. Los mariachis tocan y los huapangos tocan; el entusiasmo crece.

Una niñas detienen a don Gonzalo: "Venimos a cantarle las mañanitas", le dicen. El líder se quita el sombrero y atento escucha. Las niñas comienzan: "Éstas son las mañanitas...".

Y terminan:

—A don Gonzalo lo queremos, lo pedimos....

Y luego, los mariachis quieren también hacerse oír. Tocan un huapango. ¡Qué maravillosos son y qué letra tan singular!

El señor Santos me advierte al oído:

—Oiga usted cómo cantan los huapangos en mi tierra... Oiga qué diferencia con las cursilerías de los cantares que haya usted escuchado en la Ciudad de México.

Después de un huapango, los del mariachi quieren seguir; pero don Gonzalo los detiene, y como un muchacho que tiene el espíritu de algo nuevo, me toma del brazo y me arrastra. Ya no oye felicitaciones, ni peticiones de abrazos, ni aplausos.

—Venga, venga...— me dice insistentemente.

Llegamos adonde están los danzantes. Son diez o quince indígenas que dan pasos, vueltas y medias vueltas; que después emprenden una carrerita, se detienen; hacen ruido con unas sonajas, saltan y finalizan con una caravana. Uno de ellos, hablando en huasteco, invita a don Gonzalo a que los acompañe. El líder, que conoce el idioma aborigen, no se hace del rogar. Ocupa el centro del cuadro, toma en su mano derecha una varita; en la izquierda una sonaja y da pasos al igual que los danzantes para adelante y para atrás, para uno y otro lado; luego da vueltas y medias vueltas; se detiene; mueve los pies; hace ruido con la sonaja y algunas señas con la varita. Termina con una reverencia. Y se escucha una ovación.

Los indígenas lo rodean. Le siguen hablando en huasteco y en esa misma lengua les responde. Después, me traduce las palabras de aquellos hombres que le hacen saber que necesitan tierras; que quieren tierras; que necesitan también agua. La fiesta sigue en grande. Luego una avalancha de gente. En diez minutos don Gonzalo ha sido abrazado por un centenar de amigos, por lo menos. Me los presenta; son profesores, líderes agraristas, dirigentes obreros, empleados municipales, alcaldes, parientes.

¡EL CURA!

En un momento hay expectación. “El cura, el cura”, dicen algunas gentes.

En efecto, ha llegado el sacerdote párroco de Villa Guerrero. Le da un abrazo al líder político. “Mucho éxito, señor Santos”, le dice.

—Amigo Valadés —dice Santos dirigiéndose a mí— aquí tiene usted al señor cura de Villa Guerrero, es un buen amigo, y también, y para que vea que en la iglesia hay de todo, un revolucionario.

El hombre de iglesia y el hombre político complaciéndose mutuamente —y previo un gesto para mí—, se sueltan en una grata conversación en francés. Y advirtiéndome que yo les comprendo, no se recatan para pugar cada uno de ellos por un mejor acento.

El sacerdote, orgulloso, saluda también a los líderes agraristas.

Quiero dejar a don Gonzalo en paz con sus invitados; intento una y varias veces despedirme, pero el barullo aumenta, el entusiasmo se despierta más y más, y el líder sigue yendo de unas manos a las otras.

Por fin, Santos logra despedirse por enésima vez de sus amigos, e insiste en que permanezca unas horas más; quiere platicarme de su interés por cuestiones arqueológicas.

—Usted me ha dicho que no es universitario— observo.

—Pero, amigo, no ser universitario no quiere decir ser ignorante. Venga a la casa para que le enseñe los libros que estoy leyendo.

Y vamos a verla. El párroco iba con nosotros. De repente me detengo y digo al sacerdote:

—Señor cura, y ¿por qué no confiesa usted al señor Santos?

El sacerdote se sorprende, sonrío y pretende entrar en mi pregunta maliciosa; pero don Gonzalo termina la escena diciendo:

—Amigo Valadés, ¿para qué quiere que me confiese? ¿Si usted ya me ha confesado!

Hemos entrado nuevamente en la casa. Don Gonzalo me ha enseñado los libros que lee: una obra filosófica, una novela, una historia económica de Europa; y me muestra cómo va marcando los párrafos que le parecen más importantes.

Nos despedimos. Me acompaña hasta el embarcadero. Nos despedimos por segunda vez; en esta ocasión, efusivamente.

—Ya sabe, le advierto que yo no sé ocultar nada; y digo lo que siento, lo que oigo y lo que creo.

—Hace usted bien: diga siempre la verdad, me contesta enérgico y comprende, seguramente, que he de reproducir todas sus palabras, por más graves que éstas hayan sido.

Hoy, México, D.F., 23 de enero de 1943, año IV, vol. XXI, núm. 309, pp. 20-23.

MAXIMINO ÁVILA CAMACHO HABLA CLARO
Y FUERTE SOBRE SUS BIENES

"TOME LISTED LA VOZ DEL PUEBLO", DIJO EL SECRETARIO DE COMUNICACIONES

Si todos los políticos tuviesen el valor de autorizar la publicación de los pensamientos que vierten en conversaciones privadas, ¡cuánto bien se harían a sí mismos, y cuántos bienes también al país!

Es ésta la reflexión que me he hecho después de un acontecimiento singular en mi carrera periodística, que es necesario referir. La semana pasada hablé con el general don Maximino Ávila Camacho, en su despacho ministerial, para explicarle la necesidad de que, para el progreso de los periódicos en los estados, la Secretaría de Comunicaciones mejorara el sistema de transmisión de los mensajes de prensa. El general me escuchó atentamente, prometiendo resolver la petición lo más pronto posible, no como un privilegio, sino como medida progresista.

La plática había sido breve, y estábamos ya de pie; mientras que le hacía las últimas explicaciones hablando en representación de varios periódicos, me observaba con mirada tranquila pero penetrante.

El general me detuvo unos minutos más, haciéndome preguntas que indicaban su interés por los periódicos de los estados. Pude entonces verlo a mis anchas: de regular estatura, de vigorosas espaldas, de labios recortados con movimientos enérgicos; de

cabeza madura, bien sentada sobre los hombros; ágil y simpático —quizás atractivo e insinuante— en su manera de ser. Me sentí en presencia de un hombre que es capaz de abrir su corazón; me inspiró la confianza a la que invita un amigo, y ya despidiéndome de él, se me ocurrió, no por afanes periodísticos, no por malicia, sino porque tuve la impresión de que el hombre era lo suficientemente grande para comprenderme, hacerle esta pregunta:

“¿Sabe usted, general, que circulan numerosas leyendas sobre usted? ¿Sabe que se dice que usted es muy rico y que se dedica a hacer cuantiosos negocios?”.

Don Maximino sonrió indulgentemente, y me contestó:

“Lo sé. Sé que los conservadores, convencidos de que yo no soy ni seré su portacandado, porque ante todo soy revolucionario, me injurian y me calumnian. Me quieren hacer el segundo tomo de Dámaso Cárdenas. A esas gentes no les bastó con injuriar al general Cárdenas, y calumniaron a Dámaso. Y como ahora no se atreven a atacar al Presidente de la República, atacan innoblemente al hermano de Manuel Ávila Camacho. Los conozco; sé hasta dónde llega su perfidia; y han querido hacer de mí el centro de sus fuegos”.

“Dicen —agregué— que usted se ha enriquecido con negocios hechos a la sombra del poder; que usted es el concesionario del rastro de la ciudad; que usted es el principal accionista del Hipódromo; que tiene participación en el cabaret *Ciro's*; que últimamente ha comprado edificios por valor de varios millones de pesos; que ha adquirido una veintena de haciendas o ranchos; que ha repartido concesiones entre sus amigos, quienes a su vez le participan de sus ganancias; que vive usted como un príncipe y que quiere ser el próximo presidente de la República”.

Don Maximino recibió mis palabras serenamente; luego me tomó del brazo; me hizo tomar asiento, y con la sencillez más grande que yo haya escuchado de un ministro, pidió:

“Tome usted la voz del pueblo; pregunte lo que quiera...”.

Ya sentados, quedamos frente a frente. Hemos conversado más de dos horas. Parecíamos dos viejos amigos, que después de no verse en largos meses, uno de ellos quiere saberlo todo, absolutamente todo. No pasaba por mí la idea de que esa plática pudiese llegar a ser del dominio público; por eso mis preguntas surgían deshilvanadas.

Después de esa primera conversación, hemos seguido platicando en el jardín de la residencia del general en El Batán, en donde el fotógrafo que pretendía “hacer posar” a un par de caballos recientemente adquiridos por don Maximino, nos ha seguido inquietantemente, hasta descubrirnos cuando, tirados sobre el césped, seguíamos hablando, aunque ya no de política, sino de episodios revolucionarios.

SU FORTUNA

De estas dos conversaciones —y que más adelante se verá cómo el secretario de Comunicaciones me autorizó a hacer públicas— he formado estas noticias. Creo haber recogido una a una todas las palabras interesantes. ¿Cuán distinto se siente al general Maximino Ávila Camacho viéndolo y escuchándolo de cerca, a como se le ve y se le siente de lejos! Modestia y dignidad, talento y sinceridad: todo esto, y más, parece encontrarse en él.

Pero trataré de reconstruir la conversación, que comenzó con esta pregunta que le hice:

“¿A cuánto asciende su fortuna?”.

“No podría decírselo con precisión; pero calculo, estimativamente, que será de dos y medio a tres millones de pesos”.

“¿Y cómo hizo usted esa fortuna?”, volví a preguntar.

Acercándose a mí, el general comenzó:

“Tenía doce años de edad —y de esto es testigo todo mi pueblo— cuando empecé a trabajar. Tuve necesidad de ayudar a mi padre desde muy temprana edad. Mi padre tenía una partida de asnos que ocupaba en llevar carbón de coque al mineral de La Aurora, que más tarde se llamó Teziutlán Copper Company, y del que eran propietarios el abuelo y el padre de Vicente Lombardo Casas”.

¿Se refiere usted al gran líder socialista?”, interrumpí.

“Me refiero a Vicente Lombardo Casas”, confirmó el general, prosiguiendo:

“Recogíamos el mineral de la empresa de Lombardo y lo conducíamos a Teziutlán; y como mi padre era propietario también de una recua de mulas, a veces llevábamos mercancías a Tierra Caliente, y volvíamos a Teziutlán cargando tabaco, maíz y vainilla. Mi niñez fue de pobre. Mi pueblo es testigo de cómo batí el lodo muchas veces descalzo.

“Después, fui vaquero de las haciendas de Cedro Viejo, de Santa Domitila, de la Vizcaya y de Santa Lucía, cuyos antiguos dueños todavía existen. Son los señores Lanzagorta y Mora. Ésa fue mi vida hasta los 15 años...”.

“¿Cuántos tiene actualmente?”, volví a interrumpir.

“Voy a cumplir 50, en agosto entrante”, contestó el general secamente, y siguió:

“Más tarde trabajé en la compañía de máquinas de coser Singer, teniendo a mi cargo una gran zona que comprendía Tlapacoyan, Martínez de la Torre, Misantla, Nautla, Papantla y Espinal. Pero, al mismo tiempo, me dedicaba a la agricultura, por la que siempre he tenido pasión. Sembré tabaco y cultivé caña de azúcar, haciendo piloncillo y alcohol; y me dediqué también a criar y a engordar ganado, cosa que hago hasta hoy. Fui, por algunos meses, agente de correos en Cedro Viejo.

“Era agente de la Singer, empleo que me había dejado dinero, cuando me sorprendió la Revolución. Fui miembro de la junta revolucionaria que presidía en Puebla Agustín del Pozo, y en la que figuraban los hermanos Aquiles y Máximo Serdán. Soy revolucionario desde 1910”.

“Cuando triunfó la Revolución, el señor Madero quiso licenciarnos. Los jefes revolucionarios con quienes había yo actuado se oponían a esto; era injusto e indebido que se entregara el país a los mismos a quienes habíamos combatido. Pero así lo quiso el señor Madero; y nosotros, de acuerdo con los hermanos Vázquez Gómez, nos levantamos en armas”.

“¿Usted combatió al gobierno maderista?”.

“Sí, señor. Y cuando fui inspector general del ejército, algunos compañeros me presentaron mi expediente, creyendo que era la oportunidad para que quitara de él la nota que se refería a mi rebelión contra el señor Madero. Me opuse, pues es uno de los timbres de satisfacción que tengo. Sí; me rebelé contra don Francisco I. Madero, por defender los intereses de la Revolución. El gobierno nos persiguió; sus fuerzas nos dieron alcance y nos derrotaron; tuve que ocultarme. Entonces creí que debería dedicarme a lo que siempre me había llamado la atención; quise ser torero”.

“¿Afiicionado o profesional?”.

“¡Profesional!”.

“Y, ¿lo logró usted?”.

“Sí; toreé en México, en Pachuca y en otros lugares”.

“Y, ¿por qué no siguió usted en el toreo?”.

“Es que otro era mi destino. Mi padre, que estaba siempre con el pendiente de que me hicieran daño por haberme sublevado, logró por conducto de don Juan Sánchez Azcona que don Pancho me perdonara. El señor Madero me conocía, y aunque sabía que yo era un muchacho atrevido y grosero, si usted quiere, no dejaba de simpatizarle; y me mandó a la Escuela de Aspirantes; pero como yo ya había probado las dulzuras de la vida, ordenó que se me diera lo que correspondía a una clase de tiro. Esto que le estoy platicando sucedía en el mes de noviembre de 1912; y aunque ya estaba matriculado, llegó el primero de enero de 1913, y no me presenté a la escuela. Uno o dos días después me encontré en el Café Inglés a Agustín Rubio Navarrete, a Santiago Mendoza, que era el jefe del escuadrón al que yo pertenecía, y al capitán a quien llamaban el “Chino Zurita”, y me dijeron que ya se había levantado el acta de mi desertión; y que habían dado órdenes para que me aprehendieran y me consignaran. Apenas tuve la noticia, me salí de México y me fui a Jalapa y de allí a San Antonio Atzinzintla, en donde estaba mi tío el general Gilberto Camacho, a cuyo lado me encontraba cuando los sucesos de febrero”.

“¿Es cierto que usted participó en la sublevación de los aspirantes?”.

“¡Es falso!”.

“Pero se asegura que usted estuvo en las torres de la Catedral y que fue de los que dispararon contra los soldados que defendían al gobierno”.

“¡Falso! ¡Yo no sé por qué la gente hace tantas fantasías! Repito: el 9 de febrero de 1913 estaba al lado de mi tío Gilberto”.

“Pero el nombre de usted figura en la lista de los aspirantes”.

“Es cierto; pero también figura el acta levantada con motivo de mi desertión, que ocurrió el 1°. de enero”.

“¿Fue usted, en su juventud, muy calavera?”.

“He sido muy inquieto; muchos me han tachado de loco; pero mi satisfacción es que los cuerdos que me censuran me vienen siguiendo”.

“¿Bebe usted licor? ¿Fue un bebedor en su juventud?”.

“No. No crea usted que por virtud o por presunción no tomo una copa. No lo hago porque me hace daño tremendo, no obstante que soy fuerte físicamente. Si me fumo un cigarro, soy hombre al agua. Todas esas cosas me intoxican grandemente”.

El general hizo pausa, y luego preguntó:

“¿Quiere usted conocer todos los episodios de mi vida de revolucionario? Estoy dispuesto a platicarle toda mi vida. Si quiere usted, venga a mi casa el domingo y le podré contar todo lo que quiera...”.

SUS PROPIEDADES

“Pero, ¿sus negocios? ¿Cómo ha hecho su fortuna?”, volviendo a la conversación original.

“Toda mi vida la he emprendido en negocios; no ahora”.

“Y, ¿me podría usted decir cuáles son sus propiedades?”.

“Yo no tengo nada que ocultar. Creo que un funcionario público, y un hombre que como yo vivo para mi pueblo, debe hablar con toda claridad. Me gusta que me esté confesando”.

“¿Puede usted enumerar sus propiedades?”, insistí.

“Sí, señor. Tengo un rancho, El Encanto. Este rancho lo conservamos de familia. Pero cuando me hice cargo del gobierno de Puebla, no queriendo crear intereses dentro del estado durante mi gestión gubernativa, y no obstante que mi madre lo había heredado a mi hijo Luis Manuel, se lo vendí al gobierno del general Cárdenas por conducto de don Miguel Ángel de Quevedo; pero el general Cárdenas, debido a la intervención de mi madre, se negó a que se hiciera la operación, y ya entonces me resolví

a conservarlo. En aquella ocasión lo había vendido en cincuenta mil pesos. Me quedé con él; lo seguí atendiendo y Hoy tengo una plantación de cien mil frutales”.

“¿Le da producto?”.

“Sí; tengo una planta empacadora y refrigeradora. Hoy, el rancho vale no sé cuánto; pero no lo daría ni por un millón de pesos.

“Tengo otro rancho en el Estado de Veracruz, y se llama San Marcos. Ese rancho lo formó mi padre cuando tenía 25 años; pero lo perdió y pasó a la testamentaria de Manuel Zorrilla; luego lo abandonaron. Se lo compré a don Juan B. López en diecinueve mil pesos. Lo he trabajado con todo mi empeño; le metí ganado y ahora tengo mil toros, aproximadamente.

“Tengo otro rancho que se llama Santa Luisa, en la barra de Tecolutla; no vale gran cosa. Tengo otro que se llama El Cocal; lo compré en treinta y un mil pesos; y como tiene veinte mil plantas de coco y como la copra ha alcanzado gran precio con motivo de la guerra, y como le he metido árboles frutales, es mi inversión mayor. Me han ofrecido por él medio millón de pesos”.

“Se dice que usted está haciendo una carretera para poder vender los terrenos de Nautla”.

“¿Falso! La carretera no toca a Nautla; va por la margen izquierda del río, y Nautla está en la margen derecha. Llega la carretera a Tecolutla, Gutiérrez Zamora y Papantla, para entroncar con la de Poza Rica, y hacer uno de los primeros y grandes circuitos”.

“Y en Acapulco tiene usted una residencia, según dicen”, advierto.

“Sí. La tengo en una isleta. Tenía una casa en Fortín, pero la vendí y con los productos de esta casa y de un ranchito llamado El Rodeo, que vendí también, fabriqué la casa de Acapulco y otra en Veracruz”.

“Pero la casa en Acapulco, se asegura que le costará medio millón”, agregó.

“Si hay quien me dé cincuenta mil, como está y con todo lo que tiene, la doy.”

“¿Qué otras propiedades tiene?”, insisto.

“Una casa en Puebla, que compré al general Rafael Melgar, dándole seis mil pesos al contado y seis mil en abonos; y una casa en El Batán. Hoy, después de muchos años de convertirlas en otra cosa de lo que eran, valen mucho más”.

“Cuentan que es una suntuosa residencia que vale un Potosí”, observo.

“Lo invito a que vaya a verla. Ya verá que todo lo que de mí se dice es pura fantasía. La realidad, lo que es cierto, es lo que estoy platicando. La casa de El Batán no vale más de setenta y cinco mil pesos; cuando menos, en eso se la compré al ingeniero Pascual Ortiz Rubio. Está muy cambiada en cuanto a jardines, porque esos jardines son producto de mi propio esfuerzo, del de mi esposa y del de mis diez hijos. Porque a mi lado toda la gente trabaja; ¡hasta mis hijas!”.

SUS NEGOCIOS

“¿Y sus negocios, general?, vuelvo a preguntar.

“Tengo la empresa de toros “El Torero”, que comencé con treinta y siete mil quinientos pesos de mi parte, y otra cantidad igual que invirtió mi compadre, Anacarsis Peralta. En dos años de explotar la plaza, liquidé a mi socio; y lo que para mí representa una inversión de setenta y cinco mil pesos, me dejó en dos años una utilidad de setecientos mil, de los cuales mi esposa y mis hijos han dedicado trescientos cincuenta mil a la fundación de una maternidad que nosotros, sin intervención oficial, hemos resuelto atender directamente; y hemos dado otros setenta mil pesos para los pobres de Puebla”.

“Y es verdad que es propietario de un rascacielos en el Paseo de la Reforma?”, le pregunto.

“Ésas son tontas versiones callejeras. Lo cierto es que con cinco socios más compré un edificio en la calle de Gante. La inversión que hice fue de doscientos cincuenta mil pesos”.

“Y ¿el edificio de los Ferrocarriles?”.

“¡Cuánta leyenda; cuánta calumnia! Yo nunca he vivido hipócritamente. Por largos años he tenido mando de tropas; y jefes como los generales Calles, Abelardo Rodríguez, Amaro, Eulogio Ortiz, Rodrigo Quevedo, Matías Ramos y todos aquellos que se significaron en el ejército son testigos de mi desenvoltura; y tengo la satisfacción de haber conquistado no solamente su cariño, sino también su respeto. Nada he hecho que me ponga colorado; nunca he tenido comisiones jugosas. El país sabe cómo me manejé en el Estado de Puebla siendo gobernador. Limpié al Estado de las deudas que tenía desde 1914; hice 197 escuelas, once carreteras; hice el edificio para la escuela secundaria y el Palacio de Gobierno. Pero lo principal: logré armonizar a todas las fuerzas vivas; aumenté el presupuesto de cuatro a ocho millones de pesos. Vaya usted a Puebla y verá a todos los grupos obreros y campesinos entregados al trabajo; se acabó la sangre que era derramada sin causa alguna. Yo no quiero darme baños de pureza; pero tengo la satisfacción de decir que desde el más humilde jacal hasta la más encumbrada mansión, sus habitantes me reciben con los brazos abiertos. Yo invito a los señores secretarios de Estado, a los gobernadores, a los senadores, a los diputados y presidentes municipales, a que me digan públicamente cuándo he recomendado a alguna persona para que haga negocios, o los haya hecho yo”.

“Se dice, general, que usted es copropietario de la cadena de tiendas 1-2-3”, le dije.

“Eso no había llegado a mis oídos. Lo que sé es que ayer, durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, dijeron de su hermano Dámaso un sinnúmero de torpes fan-

tasías, y hoy quieren formar una segunda edición de Dámaso con Maximino. Ayer me llamaban fascista, nazista, derechista; hoy me llaman "acaparador". Dicen también que tengo el rastro de la ciudad, que es una mentira tan grande como el mundo".

"¿Es cierto que tiene usted como mil trajes?"

"No podría decirle el número; pero sí puedo asegurarle que no hay dos de la misma tela. Yo no acostumbro hacerme docenas de una misma pieza para engañar al público".

"¿Es cierto que tiene usted los mejores caballos del país y que valen mucho dinero?"

"Sí creo tener el mejor criadero. Lo he hecho por dos cosas: por gusto y por mejorar la raza caballar en el país. Hasta hoy, en tantos años, no me acuerdo haber vendido uno; todos los regalo a distintos amigos de diversos lugares del país con el fin de pagar la buena raza".

"¿Y a qué atribuye las calumnias?"

"Es que ayer los desocupados y los perversos se empeñaron en querer que los hermanos Lázaro y Dámaso se pegaran; y hoy quieren que suceda lo mismo. Lo que pasa es que quieren molestar al señor presidente; y creen que lo molestan calumniándome. Afortunadamente, mi pueblo me conoce, como no me conocen esos vividores, autores de tanta fantasía".

LA PRESIDENCIA

"¿Sabe usted que se dice que usted será candidato a la Presidencia de la República?"

"Sí; sé que no falta quien me vea como posible candidato presidencial; pero yo soy de los hombres que creen que todo tiene su límite, principalmente la ambición de las gentes. Ya cumplí como soldado; ya he cumplido como funcionario, no como político, porque no soy político. Yo vine a la Secretaría de Comunicaciones no con la pretensión de, por ser el hermano mayor del presidente de la República, absorber su personalidad política o vulnerar el principio de autoridad que él representa. Mi autoridad de hermano mayor imperará en el hogar, entre todos mis hermanos, porque así nos lo enseñaron nuestros padres; pero fuera del hogar la máxima autoridad es la de mi hermano Manuel. Yo vine a la Secretaría a colaborar con el gobierno del presidente Ávila Camacho, y no a hacer negocios a su sombra. Yo siempre he vapuleado lo impuro, y hoy estoy vapuleando al ávilacamachismo fingido".

"Entonces, ¿no será usted candidato a la Presidencia de la República", insistí.

"No seré candidato, pero estaré en el lugar que me corresponda para que los intereses generales del país queden en manos de aquellos hombres que ambicionen el

bienestar nacional, y no en poder de los políticos de profesión, que ven solamente por sus intereses personales".

"¿Quién puede ser el candidato a la Presidencia?", interrogué.

"No lo sé; todavía faltan tres años y medio, y hay muchos hombres que se pueden presentar como hombres dignos, aptos y honrados".

"¿Cree usted, general, que esos hombres deberán pertenecer al partido que hoy gobierna?"

"¿Por qué han de serlo? El país ya no vive horas de sectarismo. Mi hermano no gobierna para un partido, sino para la nación. Pero, eso sí: nosotros no vamos a entregar el gobierno, después de una lucha de treinta y tres años, que tantos sacrificios ha costado al país, a un régimen contrario a los principios revolucionarios, al programa de la Revolución".

"¿Cree usted que las próximas elecciones presidenciales serán libres?", le pregunto.

"Absolutamente".

"¿Es usted derechista?"

"Ni derechista ni izquierdista. Vivo con la realidad. Además, esas denominaciones se acabaron. Hoy no hay más que una cosa: realidad mexicana, que quiere decir: bienestar social y económico del pueblo de México".

SU AMISTAD CON CÁRDENAS

"¿Es verdad que entre usted y el general Cárdenas hay un serio distanciamiento?"

"¡Falso! ¡Enteramente falso! Lázaro Cárdenas es más que un amigo; porque estamos ligados espiritualmente. En lo personal es un hombre admirable".

"¿Es cierto que al comenzar la segunda guerra usted simpatizaba con los nazis?"

"Pero, ¿de dónde habrá sacado la gente tanta falsedad? Por principios, mi admiración y mi brazo están al lado de las Naciones Unidas".

"¿Es usted enemigo de los sindicatos obreros?"

"¿Cómo podía serlo, si soy revolucionario; si nací a la vida al calor de la Revolución y me forjé al calor del trabajo? Todas las organizaciones obreras saben que yo estoy con ellas, que soy su amigo y guardián".

"¿Cree usted que pueda el país tener un gobierno derechista?"

"Ya le he dicho que no. Eso no es posible. Nosotros necesitamos un hombre que merezca la confianza del pueblo, sin doctrinas exóticas ni de derecha ni de izquierda; queremos gente de trabajo que dirija a la nación, y no hombres que presuman de redentores de las masas obreras, aunque nunca hayan trabajado, como mi paisano Lombardo Casas".

“¿Es verdad que usted es amigo del general Calles?”, pregunto a don Maximino.

“Es mi respetado amigo”, me respondió.

“¿Cómo juzga al general Calles?”, volví a preguntar.

“Creo que el país no ha sabido pesar el verdadero valor del general Calles. Durante el gobierno del general Calles no disfruté de favor alguno; puedo hablar, pues, con toda franqueza y sinceridad. El general Calles es un hombre de gran experiencia, que tuvo grandes aciertos que la nación no le ha reconocido, pero que la Historia juzgará. Le tocó gobernar a México en una de las épocas más difíciles, cuando las ambiciones estaban desatadas. En sus aciertos, todos compartieron satisfacciones; hoy, las responsabilidades sólo se le arrojan a él”.

“Se asegura que el general Miguel Henríquez Guzmán es aspirante a la Presidencia de la República”, digo al general.

“Insisto en que es prematuro hablar de eso. Ignoro si el general Henríquez se siente con los antecedentes, la capacidad y experiencia que se requieren para estas cosas, y que le hagan merecer la confianza del pueblo, aunque respaldo creo que sí lo tiene de alguno de sus amigos”.

“¿Es usted católico?”.

“Soy creyente; como ya lo dijo mi hermano, a usted mismo”.

“¿Va usted a la iglesia?”.

“Muy raras veces; no necesita uno estar dentro de ese recinto para hacer honor a sus convicciones y creencias”.

“¿Se ve muy a menudo con el arzobispo?”.

“Somos buenos amigos”.

“¿Es usted muy paseador?”.

“No, señor; pero cuando dispongo de tiempo, me divierto a mi modo, tengo el defecto de ser sincero y muy exclusivista”.

“¿Es usted muy afectivo?”.

“Mucho, hasta la exageración, de cuerpo y de alma”.

“¿Lo ha traicionado alguien?”.

“No, hasta hoy, no; sólo he recibido decepciones”.

“¿Cree usted en la amistad?”.

“Rindo culto a la amistad. Muchos creen que soy una pantera; que vivo enjaulado lamiéndome los bigotes ensangrentados. Esto es lo contrario de lo que soy. Creo que hasta carezco de la seriedad propia de un hombre de gobierno, porque tengo un alto sentido de la alegría; pero de la alegría sana. Siempre estoy en plan de broma con mis amigos”.

“¿Don Manuel es opuesto a usted en ese sentido?”.

“Sí; Manuel es muy serio, seco; y así ha sido desde que nació”.

“¿Nunca fue jovial?”.

“Sí; eso sí, pero con otro temperamento. Siempre se le ve en casa reconcentrado, meditando. De todos mis hermanos, el alegre, el bullanguero, el travieso, soy yo”.

“¿Es cierto que cuando el Presidente Roosevelt, ha platicado con usted, al recibirlo lo hace con un ¡Hello, Max!”.

“El, es mi amigo, a quien admiro, quiero y respeto. Me acaba de escribir dos cartas y hemos roto las formas protocolarias. También soy amigo de Batista y de Ubico”.

“¿No cree usted que todo lo que se dijo del coronel Dámaso Cárdenas fue una leyenda?”, pregunto.

“Hubo mucha fantasía”.

“¿Usted cree que el coronel Cárdenas sea el hombre rico de la leyenda?”, pregunto.

“No lo creo”.

“Y ¿los señores Henríquez?”.

“Sí; ésos sí tienen dinero. Tienen contratos muy grandes celebrados con esta Secretaría; y son dueños de otras grandes empresas y negociaciones”.

“¿Por qué han suspendido las obras de la carretera de Tepic al norte? Los trabajos en Sinaloa, por ejemplo, están completamente paralizados”.

“Anteriormente se había tomado la determinación de hacer estos trabajos por tramos. Por ejemplo, uno de Mazatlán a Sinaloa; otro de Sinaloa a Navojoa; otro de Navojoa a Hermosillo. Los contratistas terminaban tramos y después venía la parte difícil: la conservación. Por eso cambiamos de táctica. Pero estamos trabajando empeñosamente hacia Tepic; continuaremos a Mazatlán; le aseguro que pronto podrá usted ir en automóvil a su tierra. Ahora estamos trabajando empeñosamente hacia el sur; ya estamos petrolizando hasta cerca de Tlaxiaco”.

“¿Cuál cree usted que sea el problema más importante de México?”.

“Trabajar y producir”.

“¿Pasea usted mucho, general?”.

“Trabajo siempre, y paseo cuando puedo”.

“Pero va a los toros y a las carreras de caballos”.

“Al Hipódromo he ido dos veces; y eso porque tengo pasión por el mejoramiento de la raza caballar”.

“¿Cuántos hijos tiene general?”.

“Diez, y todos de trabajo. Trabajan conmigo, juegan conmigo. Hay días, en lo que pudiera llamar ratos de ocio, que los hago jugar tanto que los canso. Soy hombre de hogar”.

“¿No cree usted que es necesaria una nueva política que no sea de carreteras sino de campos de aterrizaje?”.

“Por supuesto. Durante año y medio que llevo al frente de la Secretaría, los campos de aviación han aumentado en un cuatrocientos por ciento”.

El general detiene la conversación. Se pone de pie; se dirige a su mesa de trabajo; me enseña los grandes proyectos para el desarrollo de la aviación en México; señala cómo va progresando la red de carreteras.

“No he venido a la Secretaría de Comunicaciones a hacer política; he venido a trabajar”, dice.

“¿Qué piensa de la guerra, general?”.

“Que estamos ganando, ¡que la vamos a ganar más pronto de lo que creen los nazis de México”.

“¿Cree usted que el país necesita mandar soldados a los frentes?”.

“Creo que ya no es necesario; la guerra está tocando a su fin”.

“¿Qué opinión tiene usted del licenciado Padilla?”.

“Usted la conoce; usted ha estado más cerca de él; usted sabe que somos grandes amigos”.

“Y ¿sus relaciones con el resto del Gabinete presidencial?”.

“Soy amigo de todos los miembros del Gabinete. Es a mí, como hermano del señor presidente, a quien toca velar por que la fraternidad en la familia oficial impere”.

“¿Cree usted en la democracia?”.

“Por eso nos levantamos en armas en 1910; y creo que, después de la guerra, las instituciones democráticas privarán en todo el continente”.

Dos horas y media he conversado con el general Maximino Ávila Camacho en el despacho de la Secretaría de Comunicaciones. Cuando me despido por segunda vez, le digo:

“¿Por qué, si usted no tiene nada que ocultar, no me permite publicar esta conversación que hemos tenido?”.

“No tendría memoria para repetir mis palabras...”, me contestó.

“General, le advierto, “ha sido tan interesante lo que usted me ha dicho, que le garantizo que podría reproducir íntegramente las preguntas mías y las respuestas de usted”.

“¿Me lo garantiza?”, me pregunta un tanto sorprendido.

“Se lo garantizo...”.

“Pues haga usted lo que guste... Pero no he terminado. Vaya usted a mi casa en El Batán el próximo domingo y le referiré importantes sucesos de la época revolucionaria, en los que sé usted tiene interés”.

He ido a la preciosa granja que el secretario de Comunicaciones posee en El Pedregal; he vuelto a hablar con él tres o cuatro horas. He sabido de episodios revolucionarios interesantísimos; algunos novelescos, que algún día, si el general me autoriza, he de dar a conocer.

Cuando después de esta visita, el general Ávila Camacho me preguntó si ya había reproducido la conversación, y le hice saber que había comenzado a trabajar, con la pretensión de no perder un solo detalle, me dijo:

“Diga usted todo, absolutamente todo; es necesario que los funcionarios del pueblo informemos al pueblo hasta de nuestras intimidades; que el pueblo nos juzgue”.

Ya despidiéndome, me ha detenido, y me ha preguntado:

“¿A usted lo han calumniado alguna vez?”.

“Y, ¿a quién no, general?, le respondí.

“Usted entonces sabrá cuán amarga y cuán cruel es la calumnia”.

Y la sencillez casi infantil del general Ávila Camacho me llegó hondamente, profundamente; y es que este hombre puede tener muchos defectos, pero tiene una virtud que salta en él, que brilla en él: la virtud de ser humano; y grandemente humano.

Hoy, México, D.F., 22 de mayo de 1943, año VII, vol. XXIV, núm. 326, pp. 12-17.

MÉXICO EN LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

MI RESPUESTA A UNA PREGUNTA INQUIETANTE:
¿POR QUÉ ENTRAMOS A LA GUERRA?

En una tertulia de gente de letras, en la que no podían faltar ni los sentimientos afines ni las rivalidades del pensamiento, un prominente intelectual mexicano, coreado por sus amigos —sus amigos supongo—, me hizo esta sana e ingenua pregunta —ingenua y sana, digo, para no lastimar al interrogante—: “¿Por qué entró México en la guerra?”.

“¿Por qué México hizo la guerra de Independencia?”, he demandado a mi vez, maliciando que el docto corro pretendía que mi respuesta derivase de la modesta función oficial que tuve durante 19 meses.

“No cabe la comparación entre el “grito” de 1810 y la “declaración” de 1942, comentó, no sin desilusión, el intelectual, explicando en seguida que las condiciones políticas, económicas —y culturales, agregué por mi parte— de México a principios del siglo XIX no tenían semejanza con las actuales.

“Sin embargo —afirmé—, en 1810 el país tuvo el privilegio de tener a Hidalgo; y en 1942 ha tenido el privilegio de poseer a Ávila Camacho”.

Mas no era, bien se comprendía, el deseo de mis contertulios conducir la discusión a los problemas de una mecánica nacional, sino a un tema nacido y desarrollado en un espíritu de inferioridad: el tema de los Estados Unidos y México.

Sólo la toxina de la sujeción colonial pudo criar esa idea catastrófica sobre la vida mexicana que se reduce, en el lenguaje popular, a que México no puede dar un paso en su existencia sin el consentimiento de los Estados Unidos.

Hasta hombres de un talento fulgurante como el de José Vasconcelos han caído en esa idea catastrófica; y todo, o por no conocer la historia de su país, o por pretender hacer —dígoles por don Carlos Pereyra— una historia caprichosa.

Y por ignorancia o por interés, se ha inventado un satanismo que corre de Poinsett a Morrow; y por interés o por ignorancia también, han sido ensuciados todos los valores de México sometiéndoles —y poniendo entre comillas todos los motivos de honor— a los supuestos mandatos de los “precónsules”.

El prejuicio de la idea catastrófica ha llevado a un pesimismo político. Si hay guerra civil, el victorioso, dice el pesimista, será apoyado por los Estados Unidos; si existe competencia presidencial, el triunfador, esgrime el pesimista, será el de las simpatías de Washington. Y como México declaró la guerra a las potencias del Eje, los de la idea catastrófica —y tales eran mis contertulios— querían satisfacer su emotividad auditiva con una respuesta a su pregunta que dijese más o menos: “Amigos, fuimos a la guerra porque así nos obligaban la amistad, el vecindaje y el poderío de los Estados Unidos”.

Los de la tesis pesimista nada conceden a su pueblo, ni a los hombres de su pueblo; y el argumento superior que esgrimen contra la “declaración” de mayo es que nada tenía México que sentir de Hitler. ¿Nada? ¿Es posible que gentes que cuidan tanto el capítulo moral de la vida hablen así? ¿Nada, cuando el hitlerismo estaba minando la moral mexicana? ¿Nada, cuando se estaba extendiendo sobre el país el pensamiento de un mundo de absorción? ¿Nada, cuando la influencia del hitlerismo estaba borrando las ideas de libertad? ¿Nada, cuando ya se insinuaba un rugiente caudillismo a lo prusiano? ¿Nada, cuando el candidato a la rectoría de la Universidad Nacional Autónoma se negó a hacer una declaración antinazi “para no perder simpatizadores”? ¿Nada, cuando una turba pretendió invadir el despacho del ministro de Relaciones con el propósito, según confesión que me acaba de hacer uno de los provocadores del tumulto, de golpear al canciller? ¿Nada, cuando los empresarios o propietarios de varios cines de la capital se negaban a pasar por la pantalla las películas que pudiesen aparecer de propaganda británica, para “no desagradar al público”? ¿Nada, cuando la plebe maloliente y bienoliente se entregaba a manifestaciones de simpatías en las salas de espectáculos cuando aparecía la figura del loco trágico de Europa?

La dignificación de una moral que se extingüía y la elevación de un principio de vida nacional que estaba a punto de perderse: he aquí las dos fuentes principales que

produjeron la guerra. Nunca, antes de Ávila Camacho, un presidente de México había tenido una visión tan clara del peligro de su pueblo; y jamás, por una causa moral, los mexicanos habían ido a la guerra. Y en esto no hay nobleza y no hay honor; entonces, ¿qué es el honor y qué es la nobleza?

Viviendo una nueva era de cruzados, había que ir a buscar a los enemigos de la fe. La fe nuestra hizo que el presidente llevase la guerra al otro lado del Atlántico. Sin este paso cierto, firme y valeroso, estábamos perdidos.

¿Que no teníamos derecho de intervenir en “un pueblo amigo”? Pero es que el hitlerismo no es problema interno de un pueblo; es problema universal; y cuando México no tuvo conciencia de sí mismo, pudo dejar inadvertidos a los Hitleres; pero hubo un presidente que le dio esa conciencia, ¿por qué no unirla a la comunidad mundial?

El hecho mismo de que todavía entre gente de letras surja la pregunta: “¿Por qué México entró en la guerra?”, indica cuánto había penetrado en el país el hitlerismo; y cómo había minado a los elementos de la cultura, a pesar de que el hitlerismo es la muralla más recia que se haya levantado contra la cultura. Un ejército debió haber sido ya formado para combatir el atropello a la ciencia o la conversión de la ciencia al arte de matar.

Mas para esa gente intelectualizante a los dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, no fue el mandato de la conciencia ni la defensa de las libertades ni el principio de la dignidad humana lo que condujo al gobierno de México a declarar la guerra al Eje; para esa gente, el mandato vino de allá, de los Estados Unidos; y si no se atreve a hablar crudamente, de acuerdo con su pensamiento de inferioridad, si borda la teoría pesimista en esta forma: “El gobierno no tenía otro remedio; hay que aceptarlo todo, por esa maldita vecindad”.

Lo extraordinario es que quienes así hablan hagan esta deprimente conjugación: “Ya que nos llevaron a la guerra, siquiera hubieran sacado ventajas a los Estados Unidos por nuestra cooperación”.

¿Es posible, se pregunta uno, que haya mexicano que así se exprese?

Si, como afirman los de la idea catastrófica, hubo “mandato” de los Estados Unidos para que entrásemos en la guerra, ¿cómo y por qué se habían de hacer exigencias a Washington? Pero, en todo caso, ¿no sería canallesco pedir tanto más cuanto a los Estados Unidos para enviar mexicanos a la hoguera? O ¿es que la sangre y la vida de los ciudadanos de México ha estado algún día de venta?

Hemos ido a la guerra; pero hemos ido por nuestro propio pie y por nuestra propia cabeza. Si los Estados Unidos no hubiesen participado en la guerra, nosotros habríamos ido —y ésta no es una mera suposición: estábamos en guerra con Hitler

desde ese gran día que tanto honra a Cárdenas, cuando el *Magallanes* se hizo a la mar conduciendo armas mexicanas para enfrentarlas a las del hitlerismo en España; —y si no nos hubiesen hundido el *Potrero del Llano*, también habríamos ido a la guerra. Por algo México ha creído y cree en el presidente Ávila Camacho.

Hoy, México, D.F., 26 de septiembre de 1942, año vi, vol. XXI, núm. 292, pp. 8-9.

EL EXSECRETARIO PARTICULAR DEL CANCELLER PADILLA DICE:
¡MÉXICO DEBE PELEAR LAS FILIPINAS!

“Si no llevamos la guerra afuera de nuestras fronteras,
nos las traerán aquí, a nuestro propio solar”. agrega

Cuando una potencia extranjera ha declarado la guerra a México, no lo ha hecho para esperar a que los mexicanos envíen soldados a su territorio. La guerra es agresión. Por eso alguien ha dicho en una apreciación justa de los hombres y de los hechos de los hombres: la guerra es la guerra.

De esa obligación de hacer la guerra a quienes se ha declarado la guerra parece no estar advertido el país. ¿Es que vamos a esperar a que llegue la hora de la agresión de afuera? No; es indispensable agredir a quienes nos han agredido moral y físicamente.

“Es ridículo”, comentaba un distinguido amigo, “que enviemos soldados a Europa; serán aplastados por las fuerzas motorizadas de Hitler”.

Un crimen cometeríamos, hay que aclarar, si, dispuestos a combatir, fuesen cien mil mexicanos a luchar a cuerpo descubierto a Europa, o si esos soldados nuestros fuesen en calidad de tropas de coloniaje.

La guerra actual, como todas las guerras, tiene dos aspectos. Uno, el técnico; otro, el humano. El técnico es ese que ha enseñado Hitler con sus fuerzas motorizadas en el aire y en la tierra; el humano es el que se presentará en el agotamiento de la técnica. La técnica tiene, en sus recursos, un hasta aquí. La misma guerra a la que hoy asistimos

no es, en esencia, más que una crisis de una "técnica de ciencia"; y la historia del mundo ha enseñado hasta dónde puede alcanzar un tecnicismo. Las fortalezas de la Edad Media pudieron existir hasta el día en que el sentido humano —valor, perseverancia, energía, talento— saltó sobre el temor que inspiraban las murallas.

Técnica fue la paz mexicana de los treinta años —el teléfono, el telégrafo, los ferrocarriles, los facultativos, fueron parte principal de esa técnica—, hasta que el corazón humano no se sobrepuso a ella, haciendo surgir a esos dos generales que se llamaron Álvaro Obregón y Francisco Villa. Después de éstos: ¿quién en México podrá atreverse a afirmar que la guerra la resolverán los tanques, los aviones o los submarinos?

Este juicio, emitido en los días de victoriosos avances de la técnica guerrera, parecerá un romántico ensueño. Sin embargo, ¿cree alguien posible que la humanidad se entregue por años y años a la exclusiva fabricación de máquinas de acero? Y aun cuando esto sucediese, llegaría el momento en que frente a una línea de tanques hitleristas se apostaría, inmovible, otra línea de tanques antihitleristas. ¿Quedaría paralizada la guerra? ¿Transarían los pueblos? ¿Qué absurdo! La guerra es la acción, es lucha; y veríamos entonces, ante la inamovilidad de los tanques, saltar a los hombres para "combatir a lo hombre"; y en esta acción cruel, pero humana, es a la que debe penetrar México.

Servir de alimento humano a tanques de otras naciones, aun cuando éstas sean amigas y aliadas, no puede ser tarea de los soldados mexicanos. Otra será nuestra misión; otra es nuestra misión, hablemos más claro, para determinar que ya estamos dentro de ella.

Y no tenemos tanques ni aviones, ¿hacia dónde debe dirigirse nuestra virtud guerrera, si es que en verdad la poseemos? Es otro punto del mundo el que está llamando nuestro destino; ese punto está en Las Filipinas. A Las Filipinas nos unen idioma, tradiciones hispánicas, mestizaje, simpatía. Nos vincula también a Las Filipinas la sangre de los mexicanos que pelearon al lado de McArthur. Un orden moral y un orden cultural, nos llama a las islas; con ellas estuvimos unidos en la Colonia; y si esa cooperación la perdimos desde los primeros días independientes, fue por indolencia y por miedo.

No faltará quien tomando un mapamundi mida la distancia que nos separa de Filipinas y sonría escéptica y burlescamente. Pero, si la distancia fuese lo único por vencer, entonces podríamos decir que estaba asegurada la victoria.

Si la vista se vuelve hacia Las Filipinas, no es sólo por simpatía, sino porque allí toda la técnica de los tanques y de los aviones será inútil. Las montañas, el clima, las gentes filipinas son como las montañas, el clima y las gentes nuestras. Allí, el yanqui como el mestizo podrán pelear como pelearon con Villa y Obregón. Entonces veríamos si tenemos o no soldados; si la guerra de guerrillas es o no fructífera; si sabemos o no disparar con el valor y la astucia el terreno que ocupan los japoneses.

Tomar una acción de guerra es dar fin a lúgubres sentimentalismos. Además, si no tomamos una actitud de agresores, estaremos expuestos, si no hoy, sí mañana, a ser barridos del mapa universal. Si no llevamos la guerra afuera de nuestras fronteras, nos la traerán aquí, a nuestro propio solar.

Hablar de debilidad es sumirnos en el temor y estar al capricho de la benevolencia extraña. Un pueblo que quiere ser fuerte —y convengamos que México quiere serlo— ha de comenzar por dar soldados. Nadie podrá vivir, después de esta guerra, sin haber comprobado su osadía. Si no podemos fabricar tanques ni aviones, sí podemos hacer soldados.

Lo único que sería contrario a un temperamento agresivo y guerrero sería la leva. Un nuevo ejemplo democrático está llamado a dar México, entre los tantos que ha dado en los últimos años, a pesar de nuestras inestables instituciones democráticas, que viven más por un sentido de libertad que por una expresión de mandato autoritario, si al enviar soldados al extranjero lo hace con voluntarios y no con obligados.

Recuerdo las palabras que me dijo el general Ávila Camacho el 13 de septiembre de 1940, horas después de habersele hecho saber que era presidente electo. En esa ocasión, y hablando de la Ley del Servicio Militar, el general Ávila Camacho expresó con una firmeza que no daba lugar a dudar de su sinceridad: "Más que una Ley del Servicio Militar Obligatorio, lo que implantaremos será una Ley del Servicio Militar Nacional". Pocas veces ha sido emitida una expresión tan característica de los sentimientos de un pueblo.

De acuerdo con la Ley del Servicio Militar, todos los mexicanos tenemos obligación de estar dispuestos para la defensa del país; pero aparte de esa obligación, existe un deber: ir a combatir a quienes nos están amenazando. Y nos están amenazando, no las columnas motorizadas de Hitler, sino las guerrillas de Hirohito. No nos forjemos ilusiones: si los japoneses llegasen a dominar el Pacífico —y lo intentarán al entrar el invierno—, sus tropas, adiestradas en los desembarcos y, sobre todo, en la lucha en climas tropicales, vendrán a nuestras playas. Por eso, y antes de que el enemigo se fortalezca, cualquiera que sea la suerte de Europa, cien mil mexicanos deben ir a pelear a Las Filipinas.

Necesitamos darnos un espíritu de guerra; es indispensable la formación de un ejército combatiente; debemos tener una personalidad reclamante y vigorosa.

Cien mil mexicanos en marcha a Las Filipinas darían un ejemplo de fuerza interior. Y para que México diese cien mil combatientes, el gobierno no tendría que recurrir a los sistemas de obligación militar. Ávila Camacho en la Presidencia y Cárdenas en la Defensa forman un símbolo; y un símbolo vale más que todas las técnicas y que todos los mandatos autoritarios.

Cuando un símbolo es el que lleva a la guerra, ni hay madres que detienen a sus hijos, ni hijos que abandonen el hogar con la amargura en el rostro. Y no es que vacilemos ante la catástrofe hogareña para lograr la victoria; es que si nos podemos ahorrar ese drama, nos quedarán cabeza y corazón y brazo en la disposición de concurrir, unidos, al gran drama, del que no podremos escapar, y al que hay que hacer por nuestra propia cuenta, con nuestra propia trama y con nuestros propios actores.

Hoy, México, D.F., 3 de octubre de 1942, año vi, vol. XXI, núm. 293, pp. 39-43.

MÉXICO EN LA GUERRA

POR QUÉ PELEAMOS

Hay que meternos el diablo en el cuerpo. Lo hicimos en 1915, y no nos hemos arrepentido. Si no nos metemos el diablo en el cuerpo, tendremos que resumir nuestras ambiciones a esa ambición de 90% de los capitalinos que no quiere más que una casa de apartamentos para vivir de las rentas.

Si logramos volver al espíritu de 1915, que fue el comienzo de un renacer mexicano, la frase de Mitre, dicha después de la victoria sobre Paraguay: "La victoria no confiere derechos", resultará inocua. De frases del antiguo pacifismo no podemos vivir en una época de guerra. La expresión del canciller Padilla en Pachuca, tan acremente comentada, de que debemos estar en las trincheras, es expresión de orden; de un orden que se está haciendo, y que se hará. Incitar al asalto a la trinchera es meternos el diablo en el cuerpo; es revolucionar; y revolucionar a México para hacerlo de un espíritu combativo de progreso fue la obra de Cárdenas, con quien el país contrajo tantas deudas.

La guerra actual, a pesar de poseer las características de todas las guerras, no podrá llegar a las conclusiones de otras épocas. Una redistribución territorial, por ejemplo,

no puede ser salvación del mundo. Los ensayos hechos a este respecto desde las guerras napoleónicas han sido siempre adversos a una paz universal definitiva.

Hay en el mundo un nuevo proceso hacia el que se inclinan los capitanes de la actual conflagración: uno económico, el otro moral. De este proceso se deriva la expresión de un Nuevo Orden. Por lo que nos interesa saber es qué alcance puede tener México en ese Nuevo Orden. ¿Puede un país pobre, como México, participar en un Nuevo Orden de naciones ricas? ¿Dónde están las materias primas nuestras que pudiesen servir de enlace en la transformación del orden económico? ¿Dónde nuestras industrias capaces de participar en nuevas modalidades económicas?

Nada de eso tenemos que poner a disposición del Nuevo Orden; otros son nuestros valores; otras nuestras esperanzas.

A la pregunta ¿por qué peleamos?, hay una y varias respuestas de índole mexicana; y a la interrogación de ¿qué ganaremos?, hay una contestación, también mexicana.

Hablemos en esta guerra, y después de la guerra, si es que en ella participamos no en la medida de un decreto sino en la espléndidez de un cuerpo y de un alma que vibran en un intento de progreso; hablemos, digo, con claridad. La política de las tortuosidades, del engaño, ha de fenecer para siempre. El político ha de marcarnos un camino recto o, de lo contrario, debe colgar sus bártulos. Y hablando con la verdad, nuestra tarea inmediata no ha de consistir únicamente en cooperar a salvar al mundo de las manos de Hitler, ni evitar el retorno al país de un ilegible. Nuestro deseo es que, al igual que otras naciones, esta guerra traiga consigo bienestar y riqueza. Mas la riqueza y el bienestar no las obtendrá el país interviniendo o confiscando empresas alemanas, japonesas o italianas, ni cayendo en la ridícula creencia de que los Estados Unidos, graciosamente, nos enviarán millones de dólares.

Hay tres puntos esenciales para la vida futura del país, que se plantean por sí mismos conforme se desarrollan los acontecimientos guerreros en el mundo; tres puntos a los que México puede y debe concurrir, a menos de que, cruzado los brazos, vea cómo se matan los hombres y cómo son destrozadas las ciudades. Por eso debemos decir que nuestra actitud guerrera no debe reducirse a la contemplación: o vamos a la guerra o seremos víctimas de la postguerra.

Los tres puntos mexicanos —los que vienen de abajo— son: el regreso al comercio con el Extremo Oriente —y esto no es, para México, un problema de libertad del aire, del mar y de la tierra; es problema de competencia de navegación a la que jamás hemos tenido acceso—; un orden federativo centro y sudamericano, en el que debemos incluir a España y a Las Filipinas, y en el que la cotización de nuestros valores culturales se haga por la propia Federación; y un derecho de mejoramiento humano, en el que no tengamos la competencia del trabajo barato de pueblos sometidos.

Territorialmente, nada hemos de ambicionar. Cuando más, algún día, el país ha de reclamar el derecho absoluto sobre la bahía de Chetumal. Más territorio no lo queremos, pero más equidad en la competencia sí la exigimos.

Cuando después de la guerra las distancias no tengan significado alguno, las puertas de México y de China deben quedar abiertas de par en par. Nunca hemos apreciado lo que perdimos sin el comercio chino —como jamás hemos querido reconocer la pérdida sufrida con la expulsión de los chinos del noroeste mexicano, de los chinos a quienes tanto debíamos. Una vuelta al Extremo Oriente no sólo de México, sino de los países centro y sudamericanos, libertaría al Asia y a los americanos de la vieja competencia del trabajo y del comercio baratos. Tehuantepec sería entonces lo que se figuró, algún día, que podía ser.

Mas sin un derecho de orden federativo americano, un intento para enlazar a China con México y las Américas sería infructuoso. Federación, hemos dicho; y la guerra actual nos hace pensar más y más en ello.

Jamás como hoy dan ganas de releer a Proudhon y a Pi y Margall. Hay algo que, en el pensamiento de la postguerra, nos atrae a estos dos hombres. Y la idea de lo federativo no sólo viene de nosotros. El mundo está sintiendo el deseo de lo federativo, como un medio que no provocará desintegraciones territoriales y sí formará una unidad mundial de paz militar, de comprensión política y de distribución equitativa de las riquezas. Prueba notoria del poder de este pensamiento es que la Historical Association de Londres —una de las instituciones de la historia más serias de Europa—, ha acogido el trabajo de uno de sus socios más importantes, el doctor A. Berriedale Keith (*Federation: its nature and conditions*, Londres, 1942), quien en su trabajo parece volver la vista principalmente a Pi y Margall.

Un Estado federativo que incluyese a los países centro y sudamericanos —no latinos, que es cursilería francesa; ni hispanos, que es lujo imperialista—, a España —a una España liberada de Hitler, por supuesto—, constituiría una asociación, no de rivalidades económicas con otras porciones del mundo, sino un motivo de equilibrio de riquezas y un principio de existencia cultural.

Para esto, sería indispensable la realización del derecho de mejoramiento humano. Así, cuando hablamos de las puertas de Las Filipinas y de la China, no queremos referirnos exclusivamente al comercio fenicio, sino a un equilibrio de pueblos que han tenido desventajas en cuanto al pago del trabajo, y que sirven de ruinoso competencia humana a México y a los demás pueblos centro y sudamericanos.

Nuestra mirada nunca ha sido puesta en China; y China ha sido condenada a trabajo de miseria en el orden que existía antes de la guerra. Intereses de pobreza humana nos unen a los chinos; y ya lo dijo Proudhon: los pobres con los pobres se salvarán.

En el camino a China hemos de encontrar las islas Filipinas. Éstas, a cuyo auxilio militar debemos concurrir, como en los tiempos coloniales —pero ya sin el sabor y sin el afán imperialista de esos tiempos—, han de ser el punto intermedio entre el Extremo Oriente y Centro y Sudamérica.

Si los países centro y sudamericanos no logran, en la postguerra, un equilibrio con el Extremo Oriente para evitar el trabajo barato, como tan ágil y profundamente lo expresó el canciller Padilla en la Conferencia de Río de Janeiro, volverán a caer en las manos de Europa, y con ello a la explotación de los imperios del futuro.

Contra el dominio que el Japón pretende en Oriente y Alemania en Occidente, el pensamiento de México debe ir a los Estados federativos, en lo que la cooperación y el entendimiento comunes están sobre los mandatos imperiales.

Ésta es la persistencia de un futuro mexicano; pero es perspectiva que sólo podrá realizar México si va a la guerra; si comienza por dar la mano a Las Filipinas, y quizá, más tarde, a China.

Hoy, México, D.F., 10 de octubre de 1942, año VI, vol. XXI, núm. 294, pp. 19, 62.

UN COMPROMISO CONTINENTAL

EL HOMBRE DE AMÉRICA

El licenciado Ezequiel Padilla es el autor de una idea: la del Hombre de América. La expuso en la asamblea de cancilleres reunidos el año pasado en Río de Janeiro. La idea voló sobre el continente; era necesario darle cuerpo. Pensamos así en una Carta de la Democracia.

Esta guerra, nos hemos dicho, no ha de ser estéril. En esta vez, o afianzamos los principios democráticos o tendremos que condenarnos a nosotros mismos. Nuestra democracia ha de existir, en todos los sentidos de la vida, o estamos perdidos para siempre. Demasiado se ha jugado con lo democrático, hasta llegar a creer que se trata de una quimera. Muy susceptibles hemos sido en la defensa de nuestras libertades cívicas, económicas y culturales; y es que esas libertades es todo lo que hemos podido dar a la formación de una conciencia americana.

Nos lastima intensamente tener que sentir y pensar democráticamente y tener que someternos a mandatos antidemocráticos; pero en la intimidad de ese dolor, de esa tragedia nuestra, hay una defensa: la firma de la paz. El día que la paz sea firmada, después de la destrucción de las potencias del Eje, habrá muchas reclamaciones que hacer; pero se presentará la más grande de todas: la que nos conduzca a una Carta de la Democracia.

La Carta de la Democracia es la base sobre la que ha de vivir el Hombre de América, anunciado por el canciller Padilla. Las palabras de éste no podrán quedar en el aire. El secretario de Relaciones Exteriores de México contrajo un compromiso continental; y el compromiso está latiendo en acción futura.

Hay aquí, para nosotros, un punto de partida; lo hay también en la América del Sur. Nos inspira a los americanos a un ideario común, de pequeñas proporciones actualmente —tal es el número de escépticos que existe—; de tamaño mayúsculo para lo porvenir.

Mientras que en México promulgamos en la expresión de nuestras ideas una Carta de la Democracia, en Argentina ha sido fabricado el pensamiento del Hombre de América. No en vano habló el canciller Padilla; no en vano hemos de hablar y hemos de trabajar.

Como una corriente que comunica los pensamientos a las más lejanas distancias, de Buenos Aires, los doctores Juan Lazarte, Horacio E. Roqué, Rafael Frinfeld y Manuel Martín Fernández, cruzándose en el aire con nuestra Carta Democrática, nos hacen llegar el ideario del Hombre de América.

“Exaltación y dignificación de la persona humana en el libre acuerdo”, nos dicen de Argentina. “Comprensión de la realidad americana, adaptando a la misma nuestras formas de actuación, sin excluir los valores sociales de las culturas extracontinentales”, agregan de Buenos Aires.

Pero hay un punto que nos llena de gozo a los americanos en el ideario de Hombre de América. Ese punto es:

“Superación de las actuales formas de la decadente democracia nominal que rige en casi todas las naciones americanas”.

Y hagamos un alto en este capítulo. ¿No es acaso la esencia de la Carta de la Democracia que hemos pedido? ¿No es el primero que ha de regir en un nuevo sistema de la vida de los hombres y de los pueblos americanos?

Hemos dicho, y hay necesidad de repetirlo: ¿Cómo podrá ser posible una existencia continental en la postguerra, si no tenemos la garantía democrática? ¿Vamos a seguir viviendo en el engaño, en la rutina de una “decadente democracia nominal”?

Ninguna nueva manera de vivir obtendremos de la guerra en la que estamos empeñados contra el Eje si no hay dos garantías: la de un bienestar económico que signifique la extinción definitiva de vida barata de pueblos pobres y de vida de grandeza para los pueblos ricos; y la de un status que excluya la convivencia continental a aquellos países que no sepan garantizar la libertad humana.

Mas será necesario hablar con claridad meridiana: la guerra nos está empujando a descubrir los fundamentos de una batalla de hombres ricos y hombres pobres; de pue-

blos ricos y pueblos pobres. No nos detengamos a meditar por más tiempo lo que esto significa. Prestemos todo el vigor de nuestra conciencia para dirimir, anticipadamente, el contenido de esta prueba decisiva de la existencia individual y colectiva.

Hay órdenes vitales que se pronuncian en un discurso —como en el discurso del canciller Padilla—, que continúan en una escuela; que se satisfacen en plena acción del espíritu.

Cuando el ideario democrático se produce simultáneamente en México y en el extremo del continente americano, es indispensable comprender que no hay manera de dar un paso hacia atrás. La batalla está empeñada. Lo dijimos desde que conocimos las palabras de Willkie en China. Ya entonces el camino estaba serio y resueltamente trazado.

Dos capítulos más del ideario del Hombre de América vienen a semejanza con la Carta de la Democracia. Estos capítulos son:

“Práctica de auténtico federalismo, que vitalice la autonomía dentro de la unidad, sobre la base de regímenes libres, tanto en el orden interno de cada país como en el continental”.

“No justificación, en mérito de su presente lucha contra las naciones totalitarias, de la opresión que sobre ciertos pueblos ejercen algunas potencias”.

El sentido federalista se acentúa en los pueblos que están en guerra contra los totalitarios. Nos hemos referido, recientemente, a un opúsculo editado en Inglaterra, y en el que el federalismo es expresión viva de ese gran pueblo que nos ha dado tantos ejemplos de libertades. El federalismo debe ser digno de defensa, manifestación de respeto individual, entendimiento libre de la comunidad.

Lo veremos: nunca el hombre será más celoso de sus libertades que cuando termine la guerra. De aquí ese deseo de ir adelantándonos a lo que viene; a lo que vendrá. Lo que implica el sometimiento lo hemos experimentado una y muchas veces en las formas decadentes “de la democracia nominal”; lo han sentido más directamente que nadie los hombres y los pueblos del Eje. Seríamos inconsecuentes con una manera de proceder en esta guerra si no garantizáramos un futuro federalista.

Y así como creemos en lo federal, creemos también en la necesidad del libre ejercicio de los pueblos pobres. Por eso, cuando se ha anticipado la posibilidad de que al terminar la guerra continúe la opresión ejercida por los pueblos ricos, hemos dicho: “Lo que se ha pensado en el momento crítico del drama debe ser ejercicio pleno y decisivo en la hora de la victoria”.

No es posible que la promesa del instante amargo, del instante en que nos unimos para salvar una situación, sea olvidada en el triunfo. Un ideario para lo futuro no ha de ser una maniobra para hacer un ambiente atractivo y propicio para los minutos difi-

ciles y trágicos. Hemos tomado el vuelo todo de nuestro pensamiento; nos han salido alas. Las palabras de Padilla fueron palabras continentales; de ellas salió el Hombre de América; de ellas brotó la idea de una Carta de la Democracia.

Las guerras napoleónicas produjeron el ideario de las independencias americanas; las hitlerianas han de provocar el de la democracia. Una democracia anodina, sin principios de bienestar social, sin garantía de libertades, la hemos tenido antes de la guerra. Después de la conflagración no será posible tener un pie sobre la tierra y otro sobre las nubes. Debemos plantarnos firmemente exigiendo lo que nos prometió la marcha a la guerra. A ésta hemos ido cargando ensueños, que solamente realizará una Carta de la Democracia del Hombre de América.

Hoy, México, D.F., 30 de enero de 1943, año vi, vol. xxi, núm. 310, p. 19.

LA HISTORIA DEL MILLONARISMO

¿EL MILLONARISMO ERA NECESARIO?

DE EL MANTE SURGIERON

Utilizando a los políticos más adictos a las empresas mercantiles que a cosas del espíritu, Calles creó la casta de los poderosos millonarios mexicanos

Un hombre puede ganar fama como creador de industrias, pero ¡cuán difícil es manejar una empresa que negocia con la miseria del pueblo!

Cuando estudiemos el origen y desarrollo de la empresa de El Mante (y es causa de pena que en la interesante obra de don José Ch. Ramírez, que recibí y agradezco, hayan sido omitidos los antecedentes de la empresa), habremos empezado a conocer la historia del millonarismo mexicano. Llámole millonarismo porque, a diferencia del capitalismo europeo, aquél, en su nacimiento, no fue engendrado en el aprovechamiento del trabajo ajeno, sino en el monopolio económico que ejerce el poder público. No se debe, pues, a las leyes de la industria y del salario que formó al capital. Sus condiciones son tan específicas, que comete un error imperdonable quien se empeñe en interpretar ése, como otro capítulo de nuestra historia económica, a través de los teóricos europeos.

Éstos, para no tomarse el trabajo de estudiar y pensar, resolvieron de una pluma nuestra economía. Apellidándola, al efecto, economía colonial. Pero, a propósito de México, ¿no es tal nombre en realidad un lujo europeo? Verdad que la economía

mexicana estuvo aprisionada por extranjeros mientras no llegó la Revolución. Sin embargo, tales monopolizadores de la riqueza social de México no fueron dependencia de Europa u otro continente. Baste recordar que, durante la guerra de independencia, los comerciantes españoles establecidos en el país intentaron, los primeros, desligarse de los intereses económicos peninsulares.

La tesis de economía colonial nació durante la época victoriana. Debiose a los fabianos; y podrá entenderse, tanto en la superficie como en la profundidad, si se revisa la correspondencia epistolar de Lord Palmerston y de John Russell.

Señala la economía colonial la prolongación de la economía metropolitana a territorios en los cuales, como en África del Sur, el nativo es excluido de todos los bienes de la comunidad, como sucedió antes en las colonias de Norteamérica. En México no aconteció tal cosa ni la intentaron los españoles.

Ahora bien; ajenos históricamente a la economía colonial, somos por consiguiente extraños al capitalismo. He aquí una prueba de que no pretendo emplear un vocablo por capricho o novedad: ¿podríamos hablar, para significar un proceso económico propio, de un capitalismo político? ¿No está más de acuerdo con el origen y desarrollo del enriquecimiento de los políticos llamar a éste millonarismo?

Costará trabajo, ciertamente, hacer comprender que los políticos de México no se hicieron millonarios a consecuencia de una siembra de favoritismos y compromisos; pero es necesario emprender la tarea de la razón histórica unida a la de la razón económica; porque es incalculable el desprestigio que nos hemos echado encima los mexicanos, y por lo mismo, no tiene fin el mal que hemos causado a la República, cuando en vez de explicar nuestras leyes de necesidad y de la voluntad, hemos puesto, sin testimonios ni examen, una tesis moral sobre una realidad económica.

Cierto que la tesis moral es inmaculada e incuestionable. Pero, ¿era patriótico que la sociedad y el Estado mexicanos siguiesen viviendo sojuzgados por el millonarismo extranjero? ¿Podría permitirse la existencia de un código moral mientras la miseria desgarraba las entrañas de la nacionalidad mexicana?

Preguntas fueron ésas que se hicieron los primeros ideólogos de la Revolución. Sin embargo, como los gobernantes parecían temerosos de ser prejuzgados en su ética pública, ninguno, antes de don Plutarco Elías Calles, tuvo el valor de dar el paso decisivo. Éste no sólo comprendía el desenraice del rico monopolizador extranjero, sino la formación de los nuevos tenientes de la riqueza social mexicana.

Ya he dicho cómo Calles, luego de medir las circunstancias (pues bien conocía a su país y a sus hombres), resolvió dar cimiento al millonarismo nacional, utilizando para esto a los políticos más adictos a las empresas mercantiles que a las empresas del espíritu.

No ocultó Calles sus designios, aunque tengo la seguridad que tampoco dejó de examinar los peligros que se avecinaban tanto por el poder absorbente que ganaría el Estado, cuanto por la corrupción de que se inficionaría la sociedad. Además, Calles, poseedor de excepcionales prendas de hombre de Estado, debió advertir cómo el instrumento de lucro cerca de la mano de los adalides políticos haría sobresalir, incontablemente, el interés mercantil al interés de la ley.

Así y todo, Calles con su férrea voluntad creyó que el gobernante podría vigilar y castigar los malos pasos de los funcionarios. Mediante estas ideas, y no por el vulgar apetito de mando, fundó un partido y se dejó apellidar "jefe máximo". Por supuesto que en lo que respecta al partido hubo en Calles influjo extranjero; porque desdichadamente, por falta de ideólogos mexicanos, el gobernante se siente tan ayuno de doctrinas, que suele ir a buscarlas en los teorizantes europeos o norteamericanos.

Estoy hablando de testimonios escritos; pero no por esto me aparto de una historia nacional cada día más al alcance de todos, al grado que hoy nos es fácil explicarnos uno a uno los problemas mexicanos. No necesitamos, pues, inventar, como acostumbró Bulnes hace 50 años; tan poco es indispensable deturpar, como lo hizo don Luis Cabrera hace un cuarto de siglo.

Además, vivimos tan cerca de los comienzos del millonarismo mexicano, que los hechos se precisan con los hechos. La fundación y desarrollo de El Mante, verbigracia, es la luz primera que se ofrece a nuestra vida.

El estado de ánimo de Calles, unido al concepto que tenía acerca de la organización y dirección de la riqueza social, está allí, en El Mante. Calles reúne a los novatos industrialistas políticos. No hay más privilegio que el de la confianza, puesto que no hace junta de posibles defensores del callismo ni de hombres que le den igualas o ventajas económicas indecorosas.

Es El Mante el primer núcleo del millonarismo político; y aunque la censura señaló el acontecimiento como un vulgar negocio mercantil, la compulsa de los acontecimientos parecen acercarnos a la magna idea de Calles.

Y, a tiempo de que el nuevo millonarismo fundado en El Mante tomaba como caudillo a don Aarón Sáenz, don Abelardo L. Rodríguez convertíase en el campeón de la naciente economía del noroeste mexicano.

Puede Rodríguez haber cometido grandes errores políticos; pero posee una cualidad muy relevante: ha sido el primer millonario mexicano con más sentido de lo mexicano. Pero no es todo. Rodríguez ha mantenido una independencia económica respecto al Estado que debe seguir de ejemplo. No ha abusado del influjo que dan las lides políticas; tampoco del que proporcionan los millones.

Al igual que Rodríguez elevóse Sáenz. Solo que éste, por deseo del visionario que era Calles, encargóse del almacén económico más peligroso de México. Un hombre puede alcanzar la fama y el respeto como creador de una industria maderera; pero ¿cuán difícil es manejar decorosamente una empresa que atañe al hombre del pueblo!

Lo que no pudo hacer un extranjero ni varias empresas extranjeras hizo el genio creador y emprendedor de Sáenz.

Infortunadamente hago este justo elogio en vida de Sáenz; mas es que tarde o temprano estaba obligado a poner una semilla —una sola semilla— para la historia del millonarismo mexicano que, en su orden económico —digo económico y no orden moral— representa, aunque seamos doctrinariamente contrarios a los enriquecimientos privados, una grandeza nacional.

Erigidas esas dos primeras columnas del millonarismo político mexicano que fueron Aarón Sáenz y Abelardo L. Rodríguez, la doctrina de don Plutarco Elías Calles hincábase en el país.

La censura a los políticos que abrían tierras y fundaban ranchos, obtenían contratos de carreteras y ferrocarriles, que eran constructores de presas y edificios, formaban empresas de navegación aérea, adquirían fábricas, y movían el comercio exterior; la censura a tales políticos, repito, era, ciertamente, agria y tenaz. Sin embargo, y dejando a su parte el hecho de que a veces el Estado pareció convertirse en una sociedad anónima, la verdad incontrovertible es que México, con su millonarismo político, tiene dentro de sus mojoneras asegurados sus intereses económicos.

Pero, una vez más, llevo al entreacto. Quisiera abreviar la materia, pero, ¿es posible estudiar el origen de nuestras condiciones económicas sin esta compendiada revisión de nuestros millonarios y políticos? ¿No es necesario fijar los límites de lo que compone nuestra economía y lo que forma nuestra descomposición moral?

Hablemos, pues, un poco más, de nuestros millonarios políticos. De algunas dudas y sensiblerías saldremos.

Hoy, México, D.F., 29 de diciembre de 1951, núm. 775, pp. 16-17.

CÁRDENAS Y LOS MILLONARIOS

Cuando Lázaro Cárdenas llegó a la Presidencia de la República no tenía partido ni programa. Su triunfo debióse, entre otras, a dos causas de primera mano. Una, la audacia de una minoría política. Otra, la confianza que en sí mismo tenía don Plutarco Elías Calles.

Está a la luz del día —los documentos verbales son innúmeros— que mucha era la distancia entre la mentalidad de Cárdenas y el pensamiento político de Calles; tanta así, que el primer vocablo se hace preciso si se entiende como capacidad de voluntad y propósitos, mientras el segundo define el conocimiento y realización de las ideas.

Mas no es éste el momento de examinar el proyectismo de uno y otro caudillo. Si se acude al hecho es para señalar la desemejanza entre los hombres, sus idealizaciones y procedimientos.

Cárdenas, no por estudio y discernimiento, sino por tradición, estaba obligado a pronunciarse contra la formación del millonarismo político. Mas para interrumpir una corriente que no provenía de la imaginación callista, sino que constituía un recurso defensivo de la naturaleza mexicana, Cárdenas se vio obligado a emplear toda la fuerza del poder público para que, al paso de evitar que la riqueza nacional regresara a manos de los extranjeros, esa riqueza quedase distribuida entre los mexicanos más débiles y pobres.

La tarea era ardua, atrevida y peligrosa. Tenía también las características de lo magno. Entre las oscuridades de su mentalidad laboriosa, pero ajena a las disciplinas, Cárdenas no tanto por ciencia cuanto por razón empezó a dar concierto a un ideario; de tanto vigor y embeleso era éste, que poco faltó para ir al crisol de la doctrina.

Es innegable la grandeza de los propósitos de Cárdenas en lo que respecta a dar a cada quien lo correspondiente en derecho común; aunque es verdad que esta regla contrariaba, en el orden económico, nuestro invariable y excelso individualismo. Pero al final de cuentas, ¿no el establecimiento del signo de pesos en la vida rural de México sirvió para dar más volumen y seguridad a la individuación nativa que dice: "Tengo tietras, no por ganar más, sino para ser libre"?

He dicho, en un bosquejo sobre la vida campesina actual en México, publicado en esta revista, cómo el labriego está satisfecho no debido a que el estado le haya dado más qué comer, sino porque fuma o duerme o trabaja cuando quiere. Este principio de libertad, que ha guiado las guerras entre los hombres, y las relaciones entre los hombres y el Estado, estaba perdido en México de muy largos años atrás. Cuando remiremos, sirviéndonos de la investigación moderna, nuestra historia, descubriremos esa idea de libertad en los más rústicos de los mexicanos, y no en los disfrazados de mexicanos.

Mientras don Lázaro Cárdenas realizaba, impertérrito, esta obra venida al azar, que ni siquiera tenía roce con los discursos europeizantes de quien a la sazón era presidente de la República, mientras tal obra, se repite, abría una nueva vida social mexicana, el millonarismo político seguía el curso que la naturaleza da a sus designios. Lo que Cárdenas creyó capricho y favoritismo del partido callista, era savia del estudio, experiencia y talento de hombre tan excepcional como fue don Plutarco Elías Calles.

Tan patriótico y certero era el programa de Calles, por lo que respecta a la necesidad de fundar el millonarismo político para establecer adelante la justicia natural de las riquezas, que todo el imperio verbalista político y todo el estatismo centralizado del partido cardenista no fueron suficientes para arrancar de cuajo el árbol de la economía nacionalista plantado por Calles.

Aunque Cárdenas, personalmente, es desordenado y manirroto, ¿puede ponerse en duda el alto sentido de moral oficial (repito: "moral oficial") que se hincó durante los seis años de gobierno? ¿Habrá quien pueda presentar pruebas de que Cárdenas extendió privilegios para satisfacer los apetitos de sus amigos o siguió el sistema de los disimulos para favorecer a los generales y primates políticos o hizo de la inobservancia de la ley un precepto impelido por las conveniencias y necesidades?

La literatura política pudo poner sobre la espalda de Cárdenas esas y otras manchas; pero no será prematuro ni innatural decir que Cárdenas se creía adalid de una moral oficial precisamente contraria a las supuestas corrupciones del callismo. Este

solo hecho, que era causa de la obsesión de Cárdenas, bastará para fundar la garantía de la honestidad oficial del cardenismo, en lo que respecta a los negocios económicos ya directos, ya derivados del Estado. Hablo de los negocios económicos, mas no de los políticos.

Prueba evidente, pues, de que el millonarismo político no se originaba en dádivas, gratitudes y alcahuetterías es su ascendente e indefectible marcha al través del gobierno cardenista.

Para el vulgo, en los años de 1934 a 1940 sólo hubo fortunas improvisadas como las de don Ernesto Soto Reyes, don Dámaso Cárdenas, don Jorge Henríquez y don Rafael Sánchez Tapia. Sin embargo, si se examinan los documentos escritos —y éstos se encuentran en cantidad, y a la mano, en el archivo de notarías y otras dependencias oficiales— se descubrirá que no fueron esas cuatro personas las únicas millonarias ni improvisaron sus haciendas ni debieron sus fortunas a gajes o prebendas.

Es, durante el sexenio cardenista, cuando a pesar de que el presidente de la república aparecía como el guión antimillonarista, cuando el millonarismo se asienta y esplende. Aunque no faltan, como es natural, los vulgares rateros y especuladores, la nota de la riqueza nacionalista crece y se propaga por sí misma. A veces, su desarrollo es contrario al Estado; a veces, también, el propio Cárdenas cae en la ley fatal que determina la supervivencia de los pueblos; porque si es verdad que la expropiación de las empresas petroleras tiene motivos europeizantes y caracteres de la más grosera estatolatría, también fue justificación y alimento del millonarismo político mexicano.

No es todo. El gobierno cardenista, con toda su oposición a la idea del nacionalismo económico callista, no fue ni siquiera un intermedio para el millonarismo político. ¿No acaso dentro de aquella vida del sexenio cardenista que parecía condenar al enriquecimiento de los funcionarios, aparte de los cuatro señores citados, cuando labráronse las más grandes fortunas?

Fue curioso cómo en esa época se acusó a Cárdenas de ser caudillo de la disolución social, cuando en la realidad, no sólo el país marchaba impávidamente al progreso económico, sino también formaba el mayor número de millonarios mexicanos.

Las urdimbres extranjeras de bancos, empresas mineras, industriales, comerciales y agrícolas quedaron deshiladas, para siempre, al expirar el periodo presidencial de Cárdenas. La obra, más de la razón que de la ciencia, había sido fecundísima; porque al llegar el nuevo presidente, la tarea cardenista en la vida rural mexicana dejaba, en el orden social, rehecha la individualidad nativa, como defensa inexpugnable de la libertad mexicana; y en el orden económico, enraizado un millonarismo nacional, estimulado para construir una muralla defensiva contra los ataques del capitalismo europeo y americano.

Tampoco era todo. Si el callismo había hecho de don Abelardo L. Rodríguez y de don Aarón Sáenz las primeras columnas del millonarismo nacional, el cardenismo reforzó tales columnas con la mezcla de hierro y de cemento que fueron en su origen y desarrollo las fortunas de don Pascual Ortiz Rubio y don Maximino Ávila Camacho.

Hoy, México, D.F., 19 de enero de 1952, núm. 778, pp. 18 y 19.

Y ASÍ SURGIERON LOS MILLONARIOS EN MÉXICO

SI SON MÁS RICOS, MEJOR

Entre que se hagan millonarios aventureros extranjeros en las obras nacionales,
preferible que esas fortunas se queden en México; 15 años después,
nos convencemos del valor de Calles al abrir un camino a la riqueza
que estaba vedado en el régimen porfirista

No una, sino muchas veces, he escuchado esta afirmación: “El gobierno carrancista sólo un político hizo rico: Juan Barragán; en el de Obregón: los políticos millonarios fueron diez o veinte; en el de Calles, unos cien; número doble durante el cardenismo, hoy son más de diez mil”.

Con lo anterior, se pretende establecer que la Revolución mexicana sólo ha servido a los logros; y aunque es verdad incontrovertible el aumento del número de los políticos millonarios, no convirtamos un hecho económico en un juicio de faltas morales.

El desarrollo, pues, del millonarismo político no se debe a que un gobernante haya sido más inmoral que el otro. El Estado mexicano, deseando salvar al país del extranjerismo, tenía la obligación de construir los cimientos del millonarismo nacional; pero hincado éste, ¿cómo podía organizarlo y dirigirlo cuando la Constitución de México es una suma de preceptos para la vida de un cuerpo político y no de un cuerpo económico?

Con todos sus males y deficiencias, entendamos al Estado nacional. Si el progreso de México —y el Estado es siempre instrumento primero del progresismo— exigía

la construcción de carreteras y hoteles, ¿a quién encomendar esta obra? Realizarla el Estado por medio de lo que llama "sistema de administración" era a todas luces improba, indebida y peligrosa. Había un procedimiento: llamar a tal tarca a las empresas particulares. Pero, ¿no existían pruebas incontestables de que era así como el capital extranjero penetrara antes en México? ¿No era ése el origen de la Cananea Copper Company, de la Colorado River, de Compañía de Tehuantepec, de la Exploradora de Lechuguilla, de la Tlahualilo y de las empresas carboníferas de Coahuila? ¿No las primeras aventuras de Doheney tuvieron el mismo vicio? Además, ¿no estaban a la vista los peligros que constituyeron para el país las concesiones a supuestas empresas ferroviarias mexicanas como las de don Sebastián Camacho y otros nacionales, en el último tercio del siglo XIX?

Si las desviaciones y derivaciones de las empresas aparentemente mexicanas hacia el dominio económico extranjero causaron tantos males y amenazas a la República, ¿podían, no los hombres, sino los principios de la Revolución, permitir que se repitiesen acciones denigratorias y condenatorias para el bien de la República?

Ya no a los gritos casi siempre altisonantes de las ideas políticas, sino al compás de la ciencia y razón, ¿podremos llamar actualmente inmoralidad o pillada o corrupción a la concesión dada al general Juan Andreu Almazán para construir un tramo de la carretera a Nuevo Laredo y otro del ferrocarril al sureste?

Que Almazán ganó tantos más cuantos miles de pesos y ¿qué de incorrecto tiene, dentro de la moral pública y de las necesidades económicas, la obtención de una ganancia cuando México vive en las reglas de la oferta y la demanda? ¿Qué es lo que se quería? ¿Que la concesión hubiese sido dada a otro Pearson o a otro Doheney?

Si en esa misma época el Estado abrió crédito y ofreció ventajas a los señores Alberto J. Pani y Carlos Riva Palacio a fin de que construyeran hoteles, ¿qué delito cometió el Estado, y cuál los señores Pani y Riva Palacio?

En la literatura política de la cotidianeidad pudimos decir: "A la sombra del poder público los hombres se enriquecen"; pero no explicamos racionalmente la causa de ese enriquecimiento.

No tengo ningún género de devoción por los dos últimos señores mencionados; pero si examinamos los intereses morales y materiales de la nación mexicana y ponemos a los señores Pani y Riva Palacio frente a los señores Doheney y Pearson, no tanto por patriotismo, cuanto por racionalidad, admitiremos que fue preferible la riqueza mexicana en manos de los primeros que en el codo de los segundos.

Pero, aparte de lo que provenía de la literatura política, si remiramos los documentos históricos, llegamos a la conclusión inequívoca de que la censura al millonarismo político fue obra de los extranjeros desplazados.

Hay también otra causa, la cual, no obstante ser fundamentalmente mexicana, es repugnante. Las angustias, primero; la debilidad, después; la guerra civil, por fin, nos hicieron partidarios de la violencia. No es verdad que el ejercicio de quebrantar los preceptos escritos o las reglas naturales o los cánones de la razón sea una función específicamente mexicana. Todos los pueblos, como todos los individuos, suelen ser víctimas del dolor y, con esto, de los medios irracionales de las violaciones; pero si en México tales medios toman aspectos excepcionales y a veces son señalados como provenientes de la tradición, se debe, en primer término, a que ésa ha sido la tarea de un extranjero conquistador y sojuzgador, y en segundo a que los rastros de la dominación son indelebles hacia nuestros días.

Tampoco quiero decir con lo anterior que es preferible un látigo a otro látigo ni que el derecho de sometimiento debe tener prioridad en nacionalidad y tiempo. Lo que deseo establecer es que a los señores Pani y Riva Palacio les pudimos tener bajo el orden de nuestras leyes, en tanto que los señores Pearson y Doheney fueron siempre ajenos a los preceptos de nuestras costumbres, de nuestros intereses, de nuestra moral y de nuestro Estado.

Para la literatura política de 1934, el hotel Reforma o Chula Vista pudieron ser un estigma —y de tanto tamaño que fue causa de la derrota política de don Plutarco Elías Calles—; pero 15 años después dos obras empujadas por las vicisitudes y el progreso nos hacen comprender cuán grandes fueron la idea y el valor de Calles al abrir un camino que ni siquiera pudo desmalezar el régimen porfirista.

Sin documentos escritos a la mano no quisiera interpretar los proyectos de Calles; pero he llegado a suponer —y espero que las futuras investigaciones me den la razón— que don Plutarco Elías Calles, extraordinario observador y estudioso de la vida mexicana, entrevió la necesidad de fundar el millonarismo nacional a causa de los incansables peligros que para el progreso económico de México representaba el monopolio del comercio al menudeo que los chinos ejercían en los estados del noroeste.

Es incuestionable que los asiáticos proporcionaron numerosos bienes; dieron a conocer un sistema mercantil; establecieron las bases del consumo; rompieron el temor a la vida en las zonas costaneras; introdujeron nuevos cultivos; dieron ejemplos inigualables de laboriosidad. Pero no por esto dejaron de advertir al país la amenaza de condenar a los mexicanos a ser herramienta perenne del salario.

Si se tenía deuda con los comerciantes chinos, quienes no cometieron atropellos sino fueron leales y aventajados discípulos de una ley económica, me pareció injusta la acción violenta contra tales comerciantes. Siempre he creído innecesario e indebido desvestir un santo para vestir otro.

Con lo observado en Sonora y Sinaloa, y en torno a las violentaciones contra los comerciantes asiáticos. Calles debió cobrar una gran experiencia. De aquí que, en lugar de enviar a la guillotina legal a los grandes capitales extranjeros establecidos en México, procediera a fomentar el millonarismo político.

Y tan sólida era la doctrina callista de la economía mexicana, que don Lázaro Cárdenas, no obstante que su bandera era antagónica a los proyectos fundamentales de Calles, no pudo contravenirlos, por lo cual, con singular sagacidad les dio una tregua desviando la política de los millones a una política de los pesos, que en el fondo no distaba de la callista, puesto que se trataba de hacer más ricos a los mexicanos. Y no es todo; porque Cárdenas a pesar de su afán de llevar el desarrollo económico a las clases más pobres, no pudo oponerse al desenvolvimiento del millonarismo político. Hombres de su gobierno se hicieron también millonarios. Es que no se trataba de beneficiar a un grupo favorito, sino que, o se volvía a la política extranjerista del régimen porfirista o se construía y organizaba una riqueza nativa.

En este capítulo, sin embargo, encontraremos otra manifestación del millonarismo mexicano, de la cual por su importancia hemos de volver a tratar aquí.

Hoy, México, D.F., 5 de enero de 1952, núm. 776, pp. 14 y 15.

EXAGERACIONES DEL MILLONARISMO

La formación del millonarismo político mexicano, si no se ve como el desarrollo natural del anticapitalismo extranjero, da lugar a todo género de fantasías, supercherías y patrañas. Quien más, quien menos, cree saber el origen y desarrollo de las fortunas políticas. Y no es todo: también afirma conocer la suma total de los millones, ya por empresa, ya por individuo.

Cuando don Plutarco Elías Calles ocupaba la Presidencia de la República, se decía que era el depositante número uno del banco de Inglaterra. Una publicación periódica de la época hizo ascender la fortuna de Calles a diez millones de libras esterlinas. Sin embargo, los documentos verbales, el conocimiento de los papeles de otros hombres de la época callista, el examen de la vida oficial de México de 1924 a 1934, es decir, todos los testimonios de que se ha podido disponer en nuestros días, establecen lo ajeno que era Calles a la acumulación de los pesos.

No bastará, por supuesto, para fijar la realidad de la verdad, lo que aquí se afirma. Será necesario publicar más adelante las pruebas incontrovertibles del aserto. Cuando esto suceda, se derrumbará todo un castillo de novelas, que sirvió, hace años, para llevar la aficción al ánimo de Calles.

A partir, pues, del callismo, la política se hizo sinónimo de enriquecimiento. Y lo que es peor. De un enriquecimiento torticero; esto es, en daño de los intereses nacionales y en la improvisación cinematográfica.

Incluidos en tal catálogo, y figurando, después de Calles, Rodríguez y Sáenz, aparecieron don Pascual Ortiz Rubio y don Maximino Ávila Camacho. Este último, sobre todo, vino al escaparate del millonarismo con cierto escándalo y tantos atuendos, que alcanzó increíble magnitud.

Mas dejemos por el momento a don Maximino, cuyo es el genio caballeroso y travieso, que se necesita estudiar, no al través de la tramoya política ni de la inventiva popular, sino en las diferentes fases de su alma. ¡Y vaya que la tenía grande y arrobadora!

Muy superior figura en los orígenes del millonarismo político don Pascual Ortiz Rubio. Consolidó éste, en efecto, una de las más fuertes formas de un poderoso rosario, fraccionando y vendiendo terrenos. Es decir que, siguiendo la tesis callista, lo que en otra era del desenvolvimiento económico de México hubiese hecho una empresa extranjera, en la etapa que examinamos lo realizó un expresidente de la República.

Durante la dominación del sentido extranjero en México, no se habría podido comprender a don Guadalupe Victoria, o a don José Joaquín Herrera, o a don Sebastián Lerdo de Tejada, o a don Adolfo de la Huerta, vendiendo "lotes" o casas en abonos. Pero la era del millonarismo dio a los expresidentes de México, sin que éstos perdieran dignidad ni empañaran el nombre de su país, otros caminos.

En torno a las empresas mercantiles de Ortiz Rubio, hemos de ver no sólo la índole de tales negocios, sino cómo las imitan y apoyan otros políticos. Observemos, por ejemplo, la transformación que se opera en los ranchos de los generales, gobernadores y diputados, empezados a la manera porfirista; esto es, con fincas para recreo. Ahora esos ranchos empiezan a ser centros de producción. Los nuevos rancheros ya no importan vacas, cabras o cerdos para la admiración y deleite propio de sus amigos, tampoco siembran árboles de ornato ni cultivan legumbres para el obsequio a sus favorecedores.

Cuando los futuros historiadores escriban acerca del nacimiento de la propiedad rural de los nuevos ricos mexicanos, encontrarán los pies de cría, de siembra, de maquinismo y de distribución, precisamente en el período que siguió al gobierno de don Lázaro Cárdenas.

A partir de 1940, dejan de tener justificación las réplicas de las granjas californicas. El político es ahora productor de café o de caña de azúcar o de cacao o de naranja o de algodón o de coco o de trigo. Faltará solamente la finca millonarista que dé maíz. De aquí el desequilibrio que se experimenta en la economía rural.

Tendrá la penetración del millonarismo político en el campo un gran influjo para el desarrollo económico del país. Si los políticos no empiezan el laborío mercantil de las tierras, ¿quién de la colectividad nacional no política regresa a la agricultura, con el sano recuerdo de los acontecimientos que se siguieron a los repartimientos?

Quien diga que la Revolución no trajo nuevos sistemas de vida nacional es un necio o un ignorante; porque si en 1876, para restablecer la paz y organizar la economía rural, fue necesario que el régimen porfirista empleara la violencia de las armas, en 1940, la reapertura de una vida que parecía segada se hizo en medio de la tranquilidad, y mediante un instrumento proyectado en el laboratorio de la realidad mexicana dirigido por don Plutarco Elías Calles.

Esa decisión del millonarismo político para invertir su dinero, primero en "jugar al rancho", y luego en crear la nueva finca agrícola, es un hecho que no sólo debemos reconocer, sino también agradecer.

Entendamos que en esta revisión estamos siguiendo únicamente el aspecto favorable de las cosas. Lo anticipo porque podría creerse que el optimismo es causa de mi obsesión. Así que no está por demás repetir que la entrada del millonarismo político al campo nos trajo no pocos beneficios. Primero, porque sembró la confianza en la vida rural; segundo, porque sirvió de puente entre el justamente desconfiado ejidismo y los nuevos propietarios ricos; y tercero, porque abrió la etapa de la grande y rica producción agrícola.

Véase, pues, que no siempre es justa y precisa la apreciación vulgar acerca del enriquecimiento torticero. Y todavía más. Franca y pública enseñanza nos da el capítulo concerniente a las inversiones del millonarismo político en la industria.

El propio don Lázaro Cárdenas, cuyo es el nombre que corre en muchas obras impresas como de individuo contrario a la riqueza individual, fue, como ya he dicho, quien tuvo que volver a la tesis callista del millonarismo, pero por lo que respecta al fomento de la industria.

Quizás todavía bajo el influjo de la vieja voz porfirista acerca del llamado *inversionismo extranjero*, Cárdenas quiso que las empresas eléctricas emplearan sus redes en beneficio de los pueblos pobres. Mas pronto debió encontrar cuán errónea era su creencia, al descubrir que no serían los extranjeros quienes dieran el bien económico a México. De aquí derivó Cárdenas la Comisión Federal de Electricidad. Y si es verdad que ésta no iba a enriquecer al Estado ni al individuo con su producción de energía, en cambio sí daría ocasión a la formación de nuevos millonarios con la construcción de presas y plantas hidroeléctricas.

Y no es todo. ¿No fue acaso Cárdenas el eje para la reunión de los nuevos millonarios políticos que fundaron Altos Hornos? Y en esta misma época, ¿no vino a poder de

los mexicanos toda la fuerza industrial de Monterrey? Ciertamente que aquí no entraron en juego los políticos. Mas, ¿quién puede dudar que el despertar del nacionalismo económico se debió a los Sáenz, Rodríguez, Pani, Ortiz Rubio y otros muchos exsoldados de la Revolución? Sin el estímulo que la ganancia del millonarismo político proporcionó a los hombres que se dedican a las tareas del dinero, no se habría transformado la economía de la cervecería de Monterrey que históricamente es el punto de partida del industrialismo localista de Nuevo León.

Ahora bien: no todos los estados de la República gozan de los dos elementos que sirvieron a la mexicanización industrial en Monterrey. Ya he explicado con prolijidad y documentos, en mi *Porfirismo*, cómo y por qué Monterrey se inició en los negocios industriales. Pero, para no repetir páginas de una obra de historia, diré que la causa central fue la cercanía a los yacimientos carboníferos.

Y como no todos nuestros viejos centros semiindustriales tenían a la mano el privilegio de Monterrey, era indispensable otorgarles otras ventajas. ¿Cuál, por ejemplo, podía darse en Puebla en donde parecía imposible quebrantar la cortina de los intereses extranjeros todavía posesionados de fábricas, bancos y comercios, después de dos décadas de establecido el régimen nacionalista de la Revolución?

Éste debió ser uno de los problemas de don Maximino Ávila Camacho cuando llegó al gobierno poblano; y si es verdad que don Maximino carecía de educación científica para examinar y resolver los negocios de Estado, era lo demasiado astuto y lo bastante ambicioso para entender que no podría llevar a cabo ninguna obra que realizara su nombre, su partido y su programa, mientras frente al gobierno de Puebla existiese un poder económico mayor que el manejado por la tesorería local.

Hombre de poco estudio, pero de un entendimiento acelerado. Dueño además de un amor a su autoridad, pronto encontró don Maximino el camino a seguir. Iba a aparecer como un enriquecido torticero; pero era Ávila Camacho de aquellos individuos que dejan correr las malicias como aguas de los ríos que se pierden en el mar. Así emprendió sus designios, que para el vulgo fue uno solo: el de atesorar dinero sin más afán que el de satisfacer placeres.

Mas hemos de volver a tan interesante personaje.

Hoy, México, D.F., 26 de enero de 1952, núm. 779, pp. 18-19.

LA MISIÓN HISTÓRICA DE MAXIMINO ÁVILA CAMACHO

Es un infortunio insondable para la patria mexicana que hombres como don Maximino Ávila Camacho hayan hecho sus carreras políticas ayunos de las culturas mexicanas. Digo y repito *de las culturas mexicanas*, para no caer en las necedades de don José Vasconcelos, quien ha censurado a nuestros caudillos políticos y militares por no haber leído éstos a los clásicos griegos y latinos o a los literatos y filósofos franceses.

Lo que aflige no es la falta de erudición de nuestros adalides políticos, sino la ausencia en ellos de la disciplina mental originada en el estudio de los pensamientos y de los hombres; porque ajeno a la escuela, el individuo, no obstante su talento, es versátil y desordenado; y su laboriosidad, si es que la posee, se pierde entre los matorrales y vericuetos, propio de quien no sabe a dónde va ni qué quiere.

Mas esa desgracia que de personal se hace colectiva, cuando se trata del gobernante, no se debe a capricho, ignorancia o vicio de los caudillos. Débese a la pobreza general de los mexicanos. Todavía hace 50 años sólo los hijos de extranjeros y de muy contados nacionales podían estudiar; y lo que estudiaban era cuestiones europeas. La gran mayoría, pues, de los niños en México, llegando a los 12 o 14 años tenía que trabajar.

Y como mucho es lo que un mexicano ha de sudar para obtener el pan, pocos eran los jóvenes llamados a la meditación y al conocimiento del alma y necesidades de su pueblo.

Aunque no pretendo escribir una biografía de don Maximino, podría explicar brevemente los capítulos de su vida conexivos al millonarismo; es indispensable recordar que tal hombre de luminosa inteligencia y de extraordinaria inventiva apareció desorganizado y voluble, e hizo que se consideraran ambiciones como apetitos, y sus inquietudes tuviesen reflejos de odios, y a su laboriosidad se le atribuyeran propósitos dictatoriales, y sus alegrías fuesen catalogadas como cosas vesánicas, y a sus singulares escenificaciones políticas las llamasen *nefandas intrigas*; si tal hombre, repito, tuvo esas proporciones equívocas para el vulgo, obedeció a la inseguridad y cavilosidad que se apodera de quienes carecieron en su juventud de la disciplina de la razón.

Pero que don Maximino posea junto a su talento virtudes que pocas veces adornan la cabeza y el corazón de los caudillos, eso está a la luz del día. Representanse aquéllas en la transformación económica realizada en el Estado de Puebla.

No era, ciertamente, Ávila Camacho un reformador. Sin ideario público, sin método oficial y sin el orden específico tan necesario para conducir las grandes obras, don Maximino siguió el camino del millonarismo, aunque, infortunadamente, dando pábulo a la idea de que trataba de enriquecerse para su gusto y goce personales; y aunque es verdad que no pocos de los placeres y satisfacciones proporcionados por el dinero y que hace a éste muy apreciable para quienes no se dedican a las tareas del espíritu, convengamos, por determinarlo así la razón, que la riqueza tiene un fin en el progreso material de los pueblos.

Rústico como era en su pensamiento, no por disculpa —pues pertenecía a la categoría varonil—, sino resuelto a quebrantar el poder económico extranjero que monopolizaba la industria y el comercio poblanos, el general Ávila Camacho quiso dar ejemplo de autoridad política y social. Así empezó su introducción en un campo en el cual no habían osado poner sus plantas los gobernantes del régimen porfirista ni los que vinieron en los primeros años de la Revolución.

Un apoyo poderoso tenía don Maximino: la escuela del millonarismo político fundada por don Plutarco Elías Calles.

Pocos son los papeles de don Maximino de que he podido disponer; pero de tales piezas se desprende que Ávila Camacho fue penetrando económicamente a manera de capricho o de rito torticero en las principales empresas industriales y comerciales de Puebla. No empleaba, que se sepa, la amenaza ni la autoridad oficial. Gustaba más que todo dar la apariencia de un audaz cínico, a quien no le importaban los medios para enriquecerse.

De esta manera, al salir del gobierno de Puebla, don Maximino —dejando a su parte lo que pudo ser una vanagloria o deseo íntimo— poseía una fortuna metida en fuentes importantes de producción y trabajo. Había fundado, pues, las bases de un millonarismo mexicano, hoy floreciente en Puebla, puesto que ya no hay en ese estado, como en 1940, un gran rico llamado Maximino Ávila Camacho, sino muchos ricos poblanos.

Las artes, por supuesto, de que aquél y éstos se sirvieron para el enriquecimiento, no pertenecen al presente estudio. Años y testimonios nos esperan para escribir la historia de la propiedad y riqueza privadas en la República.

Pretendo en estos apuntes, no el examen y compulsión documentales, sino la idea general de un hecho, que puede ser censurable como todas las obras del hombre y de la sociedad; pero que debe ser admitido como uno de los muchos capítulos materiales por los que debe cruzar la vida de una nación.

Digo que don Maximino tenía ya un poder económico al salir del gobierno de Puebla. Ahora lo aumentaría no sólo con las ganancias de empresario industrial, sino también durante su ejercicio ministerial. Parecerá esto pronta medra e insaciabilidad mercantil. Sin embargo, como por ser ajeno a las culturas, dejaba don Maximino de poseer un claro entendimiento y propósitos muy adelantados, llena tenía la cabeza de nuevas y poderosas empresas mexicanas; y no hacía altos para realizarlas.

Simultánea a su riqueza personal era la riqueza de sus amigos y socios. Sabía que un contrato de caminos daba beneficios al contratista, y exigía a éste una partida de la ganancia, que desde luego invertía en el progreso industrial y agrícola de México.

Si la cuestión, además del capítulo que examino, pertenece a otro de índole moral, es asunto que deberá verse más adelante. Porque pronto nos pone de manifiesto que a Ávila Camacho le impedía el deseo de crear y fomentar fuentes de producción nacional. Más que ensueños políticos, los tenía de capitán de industrias.

Por otro lado, lo que decía, a veces atropelladamente no era tanto para ganar trincheras electorales, cuanto para dar énfasis y fortaleza al gobierno de su hermano. Visto desde fuera, don Maximino daba idea de hombre más de ímpetu que de razón, y por lo mismo aspirante a ser pieza de violencias en los cambios políticos de 1946. Sin embargo, creo que don Maximino sólo gustaba de aparentar un poder que él sabía que no tenía ni podía tener.

Valíase para mantener ese aspecto, que mucho favorecía al presidente de la República de no pocas agañazas. Solazábase, por ejemplo, en enseñar una caja de hierro, en la cual convenientemente arreglaba hileras de monedas de oro para dar la impresión de que poseía un incalculable tesoro. Él mismo hacía correr la voz de ser dueño de cuatro o quinientos millones de pesos.

Hablaba de dinero como un general que aumenta el número de sus soldados de dientes para afuera a fin de hacerse temer por el contrario. Sabía que alguna vez la posteridad conocería tales argucias; pero no le interesaba el pensamiento del futuro, sino el de sus coetáneos.

Mas, por estar tratando de una figura singular, me he salido de la traza original de este estudio, entrando en el primer cornijal del terreno deleitable que don Maximino dio a su vida. Si resumimos ésta, establecemos que don Maximino persiguió dos fines. Uno, fundar y desarrollar más riqueza mexicana, pues Ávila Camacho poseía un señalado carácter nacionalista. Otro, fomentar su poder económico y político para el resguardo de su hermano.

Y a propósito de éste. No obstante que a veces don Maximino hacía burla graciosa e inteligente de don Manuel, siempre tuve la impresión de que entre los Ávila Camacho reinaba un excepcional cariño fraternal.

Siento haberme apartado una y varias veces del camino, pero no tanto por sus particularidades, cuanto por representar uno de los capítulos centrales del millonarismo político, la figura de don Maximino me ha atraído más de lo que la benevolencia de los lectores me pueda conceder.

EL AUGE DEL MILLONARISMO

Hace diez años escribí un juicio crítico acerca del gobierno de don Plutarco Elías Calles. Comprendía cuatro temas. Uno, conexivo a la capacidad de Calles como caudillo y jefe de Estado; otro, sobre su obra política. Examinaba en el tercero a los hombres de lo que llamaremos, para facilitar el entendimiento de la idea, *era callista*: don Gilberto Valenzuela, don Joaquín Amaro, don Luis L. León, don Alberto J. Pani, don Aarón Sáenz, don Luis Montes de Oca, don Lázaro Cárdenas. Incluía, por supuesto, a los contrarios: don Antonio I. Villarreal, don Alfonso de la Huerta, don Enrique Estrada.

Tratábase, repito, de un juicio crítico acompañado de un número de reflexiones; y aunque sin blandir documentos, arrancaba el estudio de los papeles manuscritos e impresos a mi alcance.

El trabajo, sin embargo, no fue complicado. Hubo, para esto, una razón; pues habiendo entregado el original a don Regino Hernández Llergo, me preguntó éste si no tendría yo inconveniente si daba a leer el manuscrito al propio Calles. Deseaba Hernández Llergo que don Plutarco iluminara algunos párrafos que parecían lagunas

y oscuridades; sobre todo, los concernientes a sus relaciones políticas con don Álvaro Obregón y don Lázaro Cárdenas.

Luego de haber leído el estudio dio Calles su opinión. Había, en efecto, huecos y equívocos en lo referente al tercer tema. Sus relaciones políticas con los hombres de su gobierno tenían tantos aspectos, que sólo a riesgo de aparecer compendioso podían tratarse como yo lo hacía; y esperaba conversar conmigo a fin de revisar serenamente algunos sucesos entre él y dos o tres de sus amigos o subordinados.

Más tarde tuve, en efecto, oportunidad de platicar una y muchas veces con don Plutarco Elías Calles, gracias a los buenos oficios del siempre apreciable y servicial amigo don José María Tapia. De esto todo conservo apuntes y grata memoria; porque era Calles de los hombres, decía don Melchor Ocampo, que son discretísimos cuando se pertenecen al Estado; llanos cuando son útiles al conocimiento del pueblo.

Pero no pretendo, en esta ocasión, volver a un manuscrito que en corrección y reposo ha pasado una década. Deseo, en cambio, recoger el tema final del trabajo, el que se refiere a la formación de los millonarios, no sólo porque fue y sigue siendo base para una historia sobre el origen de la riqueza privada durante el primer ejercicio de paz de la Revolución, sino también porque Calles sirvió de documento verbal a propósito de tal capítulo.

En diez años, si es verdad que no he aumentado mi pequeño fondo de documentos impresos o manuscritos útiles para la historia del millonarismo mexicano, en cambio ¡qué caudal de noticias venidas de los cuatro rumbos cardinales y capaces de ser capturadas y examinadas por quienes se interesen en la manera de vivir pretérita de la sociedad y nación mexicana!

Y digo esto, porque si durante los años de 1924 a 1934, que corresponden a la construcción de la base del millonarismo, hablan de hombres enriquecidos en la arena o en la contigüidad de la arena política, constituía el descubrimiento de un suceso contrario a la razón, a partir del gobierno de don Lázaro Cárdenas, el millonarismo pudo seguir clasificado como enriquecimiento torticero; pero así y todo, admitido como un hecho conexivo a la empresa de la política y del Estado.

Puédese hablar hoy con desdén del millonarismo; mas lo que no es factible negar, con todos los males físicos y morales que aquél nos haya acarreado, es la inquebrantable muralla constituida por los millonarios mexicanos contra las intrusiones del capitalismo extranjero. Puede también el poderío económico del millonarismo ser fortuito, monopolizador, desigualitario, concusionista, cursi, pernicioso e ignorante, pero es nuestro. Gracias a esto, estamos en aptitud de darle valencia, tasa y dirección cuando querramos y como querramos sin la amenaza de tener a las bayonetas extranjeras sobre nuestras playas para reclamar intereses de los Jenkins o de los Doheney.

El hecho no es, pues, proveniente de la inventiva mágica o del vulgar apetito. Es que era necesario dar orden nacional. Y así se hizo; y tan necesaria como atrevida era la empresa que a la ganancia de uno se sucedía del otro; la de muchos también.

Basta hacer un examen del número de nuestros millonarios y de sus recursos, primero para su propio bien; luego para satisfacer las necesidades del Estado. Por fin, para el desarrollo de las fuentes productoras de una elevación pequeña, pero firme, de la vida económica popular.

Mientras durante el régimen porfirista (régimen porque instituyó un modo de vivir) los empréstitos extranjeros fueron el centro de la vida económica de México, hoy tales préstamos son accesorios. Hace 50 años, los servicios públicos en las principales ciudades de México dependían de empresa o créditos exteriores. Quien estudie los empréstitos municipales de Guadalajara, San Luis Potosí, Veracruz, sabrá cuánto tuvieron que pagar los habitantes de esas y otras ciudades para su saneamiento. Las ganancias del trabajo y del esfuerzo nacional iban a parar a manos de los banqueros y agiotistas europeos.

Tan razonable, pues, fue el millonarismo mexicano, que a ello, más que a los favoritismos oficiales, se debió su auge. A esto, igualmente debiose que luego del embarazo de los primeros políticos millonarios, los nuevos ricos mexicanos, originados o no en las empresas ligadas al Estado, aparecieron a la luz del día.

Y ya no sólo tuvieron riqueza los políticos acostumbrados a los mainobreos al margen del poder, sino vióse de la Presidencia de la República con mucha prestancia, para vivir como hombre industrioso y adinerado, a don Manuel Ávila Camacho.

Venció no la maldad y el apetito, sino la necesidad nacional; y de una docena de millonaristas de 1924, la cantidad se multiplicó muchas veces en 1950.

No falta, por supuesto, quien atribuya el enriquecimiento de los políticos a dejadez, escepticismo o sojuzgamiento de los mexicanos. Verdad es que hoy esos síntomas en el orden moral; pero no en lo relativo al millonarismo porque a menos de que el hombre se dedique profesionalmente a las tareas del espíritu, ¿quién de los lectores es capaz de negar su ambición de escalar la plataforma del millonarismo? Cuando por una u otra parte se ha visto que los mexicanos sí son capaces de engendrar y desarrollar riqueza, la pasión por adquirir tal riqueza ha penetrado más hondamente de lo que se cree en la naturaleza nativa.

Tantas son las raíces que han echado esta idea principal, que quien siga considerando a los ejidatarios de hoy como a los pobres pedigüños de 1920 está en un error. Forman los antiguos agraristas una clase rural todavía hirviendo dentro del pauperrismo, pero con una definición propia de sus problemas y ambiciones. He visitado comunidades en las cuales comisariados y no comisariados hablan de sus trabajos como negocios

mercantiles; y empiezan a sentir los propósitos de riqueza. Así como hay ejidatarios hundidos en la miseria, a otros he visto dueños de tractor y automóvil.

Todavía no sé de un estudio de razón y ciencia que nos presente sin estadísticas de voluntad un verdadero panorama de la riqueza nacional, con la idea principal en torno de la que yo llamo *millonarismo*: de lo que los europerizantes apellidan *capitalismo*. Esto no obstante, están a la vista las pruebas del alto desarrollo que tal idea ha tenido en el país, incluyendo en clases aparentemente ajenas a las cuestiones mercantiles y a propósito de las cuales he de hablar, pues mucho interesa a fin de llegar a conclusiones, de razón, saber cómo y cuánto abarca el proyecto de enriquecimiento que seduce a no pocos mexicanos.

Hoy, México, D.F., 2 y 9 de febrero de 1952, núms. 780 y 781.

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

— TOMO VIII —

El Estado constitucional.
Su consolidación

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Se terminó en la Ciudad de México en diciembre de 2014

José C. Valadés

LA REVOLUCIÓN
Y LOS REVOLUCIONARIOS

La crisis del Porfirismo

TOMO I

Maderismo

TOMO II

La revolución
constitucionalista

TOMO III

Las rupturas en
el constitucionalismo

TOMO IV

El convencionismo

TOMO V

El Estado constitucional.
Sus inicios

TOMO VI

El Estado constitucional.
Ajustes internos

TOMO VII

El Estado constitucional.
Su consolidación

TOMO VIII

El octavo tomo de la colección *La Revolución y los revolucionarios, El Estado constitucional. Su consolidación*, que comprende los artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadés, cubre los años 1936 a 1952, con los cuales Valadés colaboraba en varios periódicos: *Hoy* de México, *La Prensa* de San Antonio, Texas, y *La opinión* de Los Ángeles, California. En éstos incluye una serie de artículos sobre el periodo cardenista y buena parte del gobierno del general Manuel Ávila Camacho. Casi todos se refieren a la clase política y, sobre todo, a sus personajes centrales. José C. Valadés, que para aquel entonces bordaba los cuarenta años, nos deja una serie de imágenes e impresiones extraordinariamente penetrantes y coloridas sobre sucesos centrales y personajes de la política nacional.

Leer los artículos y ensayos de Valadés sobre un periodo decisivo de la historia de México es someterse a un bombardeo de percepciones agudas y profundas que sólo los ojos entrenados en la observación y el análisis de la historia de México en sus diferentes momentos pueden tener.

La obra periodística de Valadés es una continuación orgánica de su obra histórica, llevada al suceso del momento, pasajero, pero no menos significativo, en el devenir de una nación.

ENRIQUE SEMO

LA REVOLUCIÓN...

